

**Nuell
Martin**



**OPERACIÓN
BIFROST**

Contenido

[Página del título](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Consideraciones
Acerca del autor](#)

Operación Bifrost

Nuell Martin

Capítulo 1

Se detuvo cansado frente al edificio y lo miró con dignidad, brazos en jarras.

Llevaba esperando este día más tiempo de lo que era capaz de recordar. Los vaivenes en su misión, contratiempos que habían obstaculizado una operación que se suponía un camino de rosas, le habían llevado a dar con sus extenuados huesos a la puerta de la Bürgerbräukeller de Múnich ese 8 de Noviembre de 1923. Tras varios improvisados cambios de planes, era incapaz de recordar ni cómo ni cuándo había comenzado todo y ahora solo pretendía terminar con éxito su trabajo en esta última oportunidad.

Debía contactar con Adolf Hitler para poder así dar por completado su interminable servicio; y sabía que este entraría hoy en el local que se alzaba ante sí durante el mitin de Gustav von Kahr, a la sazón gobernador de Baviera, para interrumpir su discurso y promulgar el comienzo de la revolución nacionalsocialista. Mientras rondaba la puerta de la cervecería intentando no llamar la atención pensó que le convenía ser cauto en su aproximación a Hitler, puesto que sus brutales SA^[1] estarían encantados de acabar con él si interpretaban su presencia como una amenaza.

Su nerviosismo aumentaba a medida que avanzaba la tarde. Había sido testigo de cómo los asistentes al discurso del gobernador llegaban a la Bürgerbräukeller y desaparecían en su interior donde manojos de jarras de la mejor cerveza alemana comenzaban su baile entre los grifos y las mesas, animando al personal antes de que el dirigente bávaro hiciera acto de presencia junto a algunos miembros de su gabinete.

Empezó a percibir la desagradable sensación de que estaba siendo observado. Su presencia, merodeando la cervecería, debía haber llamado la atención y comenzó a figurarse que lo vigilaban, lo que le hizo desechar la idea de entrar en el establecimiento en el que Von Kahr había empezado ya su arenga. Si se encontraba bajo vigilancia porque su actitud era sospechosa de causar problemas en la reunión, podía ser detenido por la policía y apartado de los objetivos que debía cumplir. Estuvo todavía algún rato deliberando si entrar o no en la Bürgerbräukeller cuando la llegada de los camisas pardas nazis le hizo decidirse. Centenares de uniformes marrones sincronizados rodearon la cervecería, rechazando con violencia gratuita a todo aquel que quisiera entrar. El momento de acercarse hoy a Hitler había pasado.

No obstante, sabía que deberían salir al día siguiente. Los disparos que resonaban en el interior de la cervecería anunciaban que el golpe de estado del NSDAP^[2] había comenzado y que atraerían al exterior un buen número de simpatizantes del ahora pequeño partido, lo que le facilitaría mañana el pasar desapercibido para poder así acercarse a Hitler y prevenirle. Solo necesitaba dos escasos minutos para hacerle llegar una información que el líder del NSDAP no debía olvidar jamás, quizás cimentando el mensaje en la manía persecutoria de la que este hacía gala. Una vez seguro de que su recado había echado raíces en la obsesiva mente del dirigente del partido, podría dar por terminada su misión.

No tenía muy claro qué haría una vez la hubiera completado. Europa central era un avispero en esos momentos y no sería un buen lugar en el que esperar el fin de sus días. Mientras paseaba por las calles de Múnich camino de vuelta al cochambroso albergue que a duras penas podía pagar, pensó que tras dejar a Hitler su mensaje quizás debería ir a los Estados Unidos ahora que era más fácil. Su misión lo prohibía expresamente, pero sus superiores no se iban a dar cuenta si decidía cruzar el Atlántico... ¿O sí? Y en caso de enterarse, ¿podrían tomar medidas contra él?

Decidió que eran preguntas que debía plantearse una vez hubiera terminado e intentó descansar lo más posible antes de la presumible agotadora jornada del día siguiente.

Liquidó al salir la cuenta en el albergue con sus últimas monedas, seguro de que no volvería una vez terminada su misión. Nada más salir a la calle al amanecer del día 9 de Noviembre se enteró de que tropas de las SA, lideradas por su comandante Röhm, habían tomado el ministerio bávaro de defensa, por lo que sintiendo que su última oportunidad estaba ya en marcha, se apresuró hacia la Bürgerbräukeller cruzando el río Isar. No fue necesario buscar a los participantes del *putsch* puesto que se los encontró cruzando el río camino del centro de Múnich. Una figura altiva dominaba la comitiva. Se trataba de Erich Ludendorff que ejercía de líder pensando que el aura de invulnerabilidad que desprendía el héroe de la batalla de Tannenberg les hacía inmunes a la acción de la policía. Los dirigentes bávaros cautivos dentro de la cervecería habían sido liberados por Ludendorff a condición de no adoptar acciones contra ellos pero, incumpliendo su reciente promesa, en cuanto pudieron dieron a la policía la orden de acabar con el levantamiento.

Cuando vio con claridad a Adolf Hitler en el grupo de cabeza junto a Ludendorff, su corazón dio un vuelco. Era un momento inmejorable para entrar en la marcha al igual que cientos de simpatizantes estaban haciendo, y decidió unirse a la manifestación para llegar a sus líderes antes de que se amontonase más gente y de que las cosas se pusieran peor. También sabía que esa aventura no iba a acabar bien.

Ahora sí que nada ni nadie podía impedir que completara su misión.

Capítulo 2

Había dejado atrás Múnich y su coche volvía a acelerar por la *autobahn* A8 hacia el sur una vez se libró del tráfico local que ralentizaba el tráfico en la circunvalación. A medida que los más de 500 caballos del Audi R8 le empujaban comenzó a apreciar esa sensación que pincha en los extremos de los nervios y que solo la conducción de coches de elevada potencia puede procurar. Estaba convencido de que únicamente con deportivos alemanes era posible disfrutar con plenitud de las autopistas alemanas y las emociones que su montura le proporcionaba no hacían sino confirmar sus teorías.

A Tim Gottlieb le embriagaba la sensación de conducir, y lo hacía siempre que podía; sin importarle que su diseño y su confort no fueran los más adecuados para realizar largos recorridos. Sus ingresos como CEO^[3] del importante holding de empresas de tecnología punta que administraba le hacían poder permitirse el coche que, en total comunión con su piloto, le llevaba por encima de los 300 kilómetros por hora hacia los Alpes bávaros. Solo cuando las circunstancias del viaje desaconsejaban el viaje por carretera pilotaba su jet privado, el cual le aportaba otro tipo de sensaciones que, aunque placenteras, en ningún caso podían compararse con las que su automóvil favorito le garantizaba. Y ahora que Joe Strummer afirmaba a través del equipo de audio que vivía junto al río mientras Londres se ahogaba^[4], reconocía que el hecho de poder escuchar música conduciendo a altas velocidades era una de las muchas satisfacciones que su vehículo podía darle a diferencia de su aeronave.

La fortuna de su familia le permitió realizar en su juventud todo tipo de deportes de riesgo mientras perfeccionaba su formación teórica y práctica en las mejores escuelas alemanas, lo que le permitió tomar el relevo de su padre al frente de sus industrias. Ahora, a sus cuarenta y dos años ya no tenía tanto tiempo como solía tenerlo antes, pero seguía siendo un inconformista y adicto a la adrenalina que practicaba sus aficiones siempre que sus obligaciones se lo permitían. Conducir a altas velocidades era una de ellas, y le encantaba hacerlo tanto de forma legal como ilegal, siendo habitual participante en concentraciones privadas de coches de altas prestaciones para realizar carreras a toda velocidad por carreteras públicas.

Hoy se alegraba de tener que conducir por las autopistas alemanas donde, aunque prevalece una recomendación de velocidad máxima, no podían detenerle por conducir a la velocidad a la que lo hacía por no existir límite legal superior. Tenía una reunión a la que no podía faltar y, de ser arrestado, pondría en grave peligro tanto su pertenencia al selecto club a cuyo encuentro se dirigía como el audaz proyecto que debía presentar. Para llegar a la cita, sus compañeros usarían el aeropuerto de Salzburgo, en Austria, instalados tan a gusto en sus lujosos aviones y coches con chófer mientras él devoraba kilómetros a ritmo endiablado, convirtiendo en exhalaciones a su derecha a cuanto vehículo se cruzaba en su camino.

El sistema de navegación del coche le propuso tomar la siguiente salida de la autopista para dirigirse a su destino en el corazón de las montañas del Tirol bávaro; pero en el último instante antes de levantar el pie del acelerador decidió no hacerle caso y sacrificar algo de la milimétrica optimización de la ruta que le brindaba el GPS para estar algo más de tiempo lanzado sobre el asfalto y tomar la salida siguiente a la recomendada por la tan sugerente como sintética voz femenina del navegador. Como de todas maneras llegaría antes de hora, tomarse algo más de tiempo en conducir no era lo peor que le podría ocurrir y sonrió seguro del hecho de que el navegador encontraría con rapidez otra ruta hasta su destino. Siempre lo hacía.

Una vez en carretera centró sus esfuerzos en mantener una conducción relajada. Pese a disminuir el ritmo, su alta velocidad promedio le llevó con rapidez a su destino: había llegado a Berchtesgaden, pintoresco pueblo con típicas casas de vivos colores, tejados de pizarra y adornados balcones; en el que lo que más le sobrecogía eran las majestuosas cumbres que se erigían descarnadas rodeando el pueblo. Ante sus ojos tenía un paisaje bávaro típico que no hacía sino enardecer sus más profundos sentimientos de nación. Ninguna otra parte del mundo tenía un espíritu semejante que había alimentado siglos de pasión germánica. Y puesto que había recorrido el globo varias veces, hablaba con conocimiento de causa cuando, tras bajar la ventanilla para aspirar el frío y seco aire del exterior, pensaba que no había una vista igual en todo el planeta.

Todavía tuvo que conducir algo más para llegar a su destino. Cruzó por un puente el pequeño riachuelo que trascurría junto al pueblo y se armó de paciencia cuando vio en su misma dirección un autobús lleno de turistas japoneses que se disponía a atacar las rampas de más del 25% que debía acometer para llegar al Obersalzberg, donde hoy en día se ubicaba el Centro de Documentación del complejo nazi levantado en la zona durante la Segunda Guerra Mundial. Tuvo que adecuar su velocidad a la del autobús durante un tramo pues este, pese a ser de última generación, sufría para subir algunos repechos. No tardó mucho en desviarse Tim de la carretera general y, tras un par de bifurcaciones, su navegador le anunció el final del trayecto. Entre un tupido manto de pinos y hayas, detuvo su vehículo ante la verja que cerraba el paso a un imponente chalet tirolés cuyo color blanco vetado de vigas de madera contrastaba con el fondo gris y verde de las montañas.

La presencia del superdeportivo ante la puerta de entrada puso en alerta al personal que velaba por la seguridad de la finca dentro de una discreta caseta. Estaban al tanto de que sus distinguidos huéspedes irían llegando a lo largo del día, pero no esperaban que el primero llegase tan temprano. En el momento que el coche se acercó se pusieron en marcha una serie de sistemas destinados a identificar conductor y vehículo. Cámaras polarizadas de gran resolución enfocaron desde varios ángulos a Tim Gottlieb a través de sus negros cristales mientras la matrícula de su coche era examinada. Todos los datos que las cámaras devolvían eran contrastados con sendas bases de datos, de manera que cuando se abrió la verja, el personal de seguridad del chalet ya tenía confirmada la identidad del conductor.

Tan solo era necesario pasar a través de un pequeño arco de ladrillo visto que tras la verja de entrada daba acceso a la finca. Tal estructura tenía una finalidad muy diferente de la estética puesto que albergaba una serie de sensores que realizaban una inspección visual y electrónica del coche buscando elementos que pudieran suponer una amenaza. Una vez el coche era declarado limpio, un en apariencia inocuo portero deseaba un buen día al conductor del vehículo llevándose una mano a la visera mientras que con la otra sostenía un subfusil *Spectre M4* oculto entre los pliegues de su capa y dispuesto a hacer uso de él si las circunstancias lo requerían.

Semejante dispositivo de seguridad era necesario para mantener la integridad de los ocupantes del chalet, sede de una de las corporaciones más influyentes del último siglo alemán. Pese a que se encontraba lejos de su momento de máximo esplendor, la Sociedad Thule todavía tenía un gran poder dentro y fuera de la Alemania del siglo XXI, sobre todo ahora que había absorbido de nuevo las pequeñas facciones que se desgajaron de su núcleo al principio del siglo XX, cuando se encontraba en su época dorada. Se fundó en 1918 como una escisión de otra organización secreta, la Orden Teutónica, fundada poco antes como una institución ocultista de corte ario. Al amparo tanto de sus ideales sobre la superioridad de la raza como de su tendencia esotérica tan de moda en la sociedad alemana de principios de siglo, pronto empezaría a captar adeptos, sobre todo entre las clases más pudientes a las que no le faltaban pretextos para destinar

jugosas donaciones a la Sociedad. A la vez que crecían en número, su poder aumentaba en igual proporción, tanto que tuvieron a bien expandir sus horizontes.

Para ello compraron una publicación semanal, el *Münchener Beobachter*^[5], con el fin de difundir sus ideales y su filosofía aria mientras se centraban en la política. Uno de sus socios, Anton Drexler, disponía de varios contactos en organizaciones de ideología conservadora y acabó fundando el DAP^[6], partido que tuvo como uno de sus afiliados a Adolf Hitler y que pronto fue refundado como NSDAP añadiendo la filiación nacionalsocialista. De este modo, la Sociedad Thule, de inicial carácter esotérico, acabó siendo el germen del partido nazi y, a la larga, del Tercer Reich que habría de llegar de su mano. Destacadas personalidades del gobierno nazi fueron integrantes de la Sociedad que, en cuanto empezó a decantarse por la senda política, siguió buscando al superhombre ario con renovado ahínco.

Sin embargo, y aunque muchos de los miembros de Thule y sus ideas fueron incorporados al del Tercer Reich, la llegada al poder de Hitler acabó con la sociedad puesto que la totalidad de órdenes esotéricas fueron prohibidas. Pero con la práctica totalidad de la cúpula nazi como miembros de la Sociedad, esta no solo no fue disuelta –salvo en apariencia–, sino que pasó a ser un poder en la sombra hasta el día de hoy.

Únicamente tras el final de la Segunda Guerra Mundial corrieron el riesgo de desaparecer. En ese momento, gran parte de su directiva se encontraba por entonces fallecida, desaparecida, o ambas cosas; y aquellos que habían logrado sobrevivir a la guerra tenían otras prioridades en sus vidas que mantener la estructura de una organización que se centraba en buscar y mantener la supremacía de una raza aria que, en esos momentos de posguerra, se veía abocada a sufrir el mismo destino que el resto de la sociedad alemana. En el colmo de la mediocridad, la raza que con tanto fervor la Sociedad había proclamado como superior deambulaba por la paupérrima tierra alemana que tan exhausta había quedado tras la contienda. Todos necesitaban encontrar un punto a partir del cual reconstruir una civilización. La sociedad alemana se encontraba desestructurada y sus individuos profundamente desarraigados, por lo que en los primeros años de posguerra hubo que trabajar duro para levantar de nuevo el tejido industrial y económico que habría de hacer resurgir al país de sus cenizas.

Pese a todo, los miembros de Thule seguían siendo dueños de las fábricas sobre las que habían basado su antiguo poder y dado que muchas seguían operativas pese a carecer de mano de obra, pronto fueron reactivadas para tirar del resto del sector productivo y catalizar la ardua tarea de poner en marcha un país.

No pasó mucho tiempo antes de que los antiguos miembros de la Sociedad Thule que habían mantenido su status tras la contienda se acordasen de sus antiguos camaradas. En un par de años tenían localizados a aquellos que pensaron serían útiles para lograr sus objetivos y les ayudaron a recuperar el poder que habían perdido junto con la guerra, en muchos casos proveyendo a sus miembros de una nueva identidad, algo fácil en una Alemania donde la mayor parte de sus ciudadanos estaban indocumentados y lejos de sus casas. Se refundó la organización y volvieron a definir sus líneas de pensamiento, solo que ahora se movían en un ambiente mucho más hostil que el que había visto nacer la Sociedad original.

Semejantes dificultades externas y el secretismo al que se habían visto abocados habían endurecido las condiciones de afiliación, de manera que hoy en día la entrada a la Sociedad se realizaba únicamente por invitación y bajo un estricto control puesto que sus ideales, ahora prohibidos, no solo no habían cambiado sino que además habían sido ampliados. Sin dejar de lado su marcado carácter antisemítico, seguían investigando sobre el mito del superhombre y rechazando los ideales comunistas pero, a partir del resurgir tras el final del Tercer Reich, había

sumado a sus prioridades la de volver a detentar el poder y proclamar así, como habían hecho tras su fundación en su época dorada, el Cuarto Reich.

Tal empresa requería que todos los miembros de la Sociedad Thule fueran personas que gozaran de un importante respaldo económico, además de una inquebrantable implicación con los ideales y un nivel de discreción que solo la observación de las más estrictas normas de seguridad podía garantizar. Por ese motivo no se escatimaba en gastos a la hora de asegurarse de quién entraba en sus reuniones, porque para ser uno de ellos debían superarse de manera satisfactoria un elevado número de difíciles requisitos y una exhaustiva investigación sobre todos los aspectos de la vida de los candidatos; incluyendo su patrimonio. Si la Hacienda alemana supiera de él una cuarta parte de lo que sabía la Thule, se encontraría en serios problemas con el fisco. Todo ello, sumado al obligatorio hecho de que todos los socios debían aprobar por unanimidad la incorporación del nuevo miembro, hacía muy ardua la entrada a tan selecto club.

Ese sentimiento de exclusividad era el que percibía Tim Gottlieb mientras dentro de su coche dejaba atrás la caseta de seguridad, examinado de pies a cabeza sin haber salido de su vehículo, cuyo motor gorjeaba plácidamente como si los kilómetros que había devorado a gran velocidad no le hubieran supuesto ningún esfuerzo.

El saberse miembro de uno de los clubes de más difícil acceso del mundo fue quizás uno de los motivos por los que había accedido a formar parte de la Sociedad cuando su padre, un importante ingeniero químico, se lo sugirió hacía ya más de diez años. Fue el miembro más joven en formar parte de ella y sus mentores pronto vieron en él el espíritu que hacía falta para conseguir sus metas. Era conocido en todo el mundo, joven, bien parecido y rodeado de un aura de vitalidad al que muy pocos, incluyendo sus compañeros de sociedad, podían sustraerse. Ocupaba portadas de todo tipo de revistas, desde las económicas a las de sociedad. No se le conocían escándalos y el mundo amaba su característica sonrisa presidencial y su estilo de triunfador desenfadado.

Tim Gottlieb era consciente de eso y de mucho más. Sabía que desde Thule se fomentaba esa imagen porque le tenía como candidato a presidir el nuevo Reich. Gran parte de su imagen había sido fraguada por la Sociedad usando sus contactos en los medios de comunicación para ofrecer un producto a gusto de todo el mundo, pero Tim no estaba por la labor. En sus planes no entraba nada que le impidiera seguir con la vida que había estado llevando hasta ahora, lo cual no significaba que fuera a dejar de lado a sus compañeros. Llevaba mucho tiempo tejiendo un ambicioso proyecto que quería exponer en esta reunión y por ese motivo procuró llegar antes que los demás. Muchas personas de diferentes países habían trabajado duro en él y quería tenerlo todo más que preparado para cuando todos llegaran. No podía permitirse el lujo de fallarles a todos.

El aparcamiento, vacío como un gran vestidor sin estrenar, le confirmó que era el primero en llegar. Recreándose en el crujido de la gravilla bajo las anchas ruedas de su coche, lo dejó en su aparcamiento y, tras apagar el motor, salió del deportivo llevando tan solo su portátil y sabiendo que la servidumbre del chalet subiría en breve sus pertenencias tan eficaz como discretamente a su apartamento. Respiró una vez más el frío y seco aire alpino antes de entrar en la casa y saludar al servicio con la mejor de sus sonrisas para luego dirigirse a sus habitaciones, deseando disfrutar de una bebida bien fría en la terraza con vistas al valle.

Una vez en su estancia se miró al espejo de cuerpo entero que hacía de puerta del gran armario que presidía el dormitorio, frente al cuarto de baño. Acababa de llegar de Hawaii tras firmar un importante proyecto de instalación de un complejo sistema de comunicaciones vía satélite en una base militar y había aprovechado para hacer surf en sus playas. Su rubio pelo había adquirido reflejos dorados y su tez mostraba un envidiable bronceado como resultado del tiempo

que había pasado montando olas del Pacífico. Sonrió al espejo mientras se afirmaba en su posición: no aceptaría ningún puesto que le impidiera disfrutar de las olas o de la nieve como hasta ahora lo venía haciendo.

Abrió una botella de agua con gas, añadió un par de piedras de hielo y una rodaja de limón y se sentó en la terraza calefactada mientras a su espalda, el servicio del chalet colocaba en el armario el equipaje que habían sacado del escueto maletero de su coche. Tras comprobar que no había nuevos correos desde su centro de investigación, colocó en un pequeño maletín de piel negra los informes que había llevado para aportar datos tangibles al proyecto que debía presentar. Aspiró el olor a cuero de la valija cuando depositó en su interior de Jacquard el primero de los documentos; aquel que hacía casi tres meses le envió Michelle Hüber, la jefa de su laboratorio. En él se le informaba que su equipo había conseguido que la radiactividad de una muestra de ^{15}O cayera instantáneamente a la mitad^[7], lo que apuntaba a que se había encontrado el camino correcto.

Levantó la vista hacia el valle que noble se abría ante el chalet y evocó el día que conoció a Michelle Hüber. No recordaba haber pasado por un trance tan escalofriante en su vida. Y no había sido solo por conocer a la doctora.

Michelle era una mujer con un físico envidiable. Con sus 185 estilizados centímetros de altura, su media melena de pelo negro azabache complementado con un flequillo que acabado en punta caía a un lado de su ovalado rostro y que solía ocultar uno de sus ojos del color del mar después de una tempestad, podía haberse dedicado con igual éxito tanto a lucir exclusivos modelos en las más prestigiosas pasarelas como a revolucionar la ciencia. Ella no soportaba a quienes por su apariencia física no creían que hubiera terminado los estudios de Ciencias Interdisciplinarias y los de Administración, Tecnología y Economía en el prestigioso ETH de Zúrich con la mejor de las calificaciones.

Su posición como jefa de laboratorio de la empresa de alta tecnología SIT GmbH, en las inmediaciones de Frankfurt, era el resultado de un proyecto personal del señor Gottlieb y, pese a su impresionante currículum, había tenido que luchar duro para acceder al puesto que ejercía. Cuando se graduó, varias empresas comenzaron a tentarla incluso antes de comenzar los estudios de doctorado que tenía planeado cursar y, pese a que tenía la firme determinación de no dejarse hechizar por tan seductores cantos de sirena, en el momento en el que una de las empresas de Tim Gottlieb llamó a su puerta se planteó el continuar sus estudios ante el evidente atractivo y el magnetismo que desprendía el dueño del grupo de empresas. Su predisposición natural al trabajo, su excelente formación y su determinación en los objetivos que se marcaba habían sido claves en la decisión de Tim de colocarla al frente del SIT y, una vez le fue comunicada la decisión de contratarla como jefa de laboratorio, decidió que daría lo que fuera por darle buenas noticias al señor Gottlieb.

Nada de eso sabía Tim el día que fue a visitarla a las instalaciones del SIT para conocer el estado de sus investigaciones. A tenor del informe que la doctora le había enviado el día anterior –a la sazón el mismo que acababa de guardar en su maletín–, habían comenzado a dar sus frutos. Tim no pudo reprimir una sonrisa al evocar la primera imagen que tuvo de Michelle Hüber antes de entrar a su ultramoderno despacho. Ella ojeaba con avidez en el monitor curvo de su ordenador el parte que le habían proporcionado del laboratorio mientras, balanceando inconsciente los pies sobre los tacones de sus zapatos, sonreía satisfecha leyendo las inequívocas conclusiones del mismo: el experimento que su equipo acababa de realizar había sido un rotundo éxito. Se retrepó en su asiento de cuero color claro y dejó por un momento que su mirada recorriera el despacho que ocupaba, de un blanco deslumbrante solo roto por algunas plantas que había hecho colocar

para darle un toque de naturalidad. Antes de reparar en la presencia de Tim tuvo el objetivo a la vista. Estaba segura de que tan solo necesitaba un ensayo determinante para demostrar la viabilidad del proyecto... Y alguien dispuesto a realizarlo.

El experimento que su equipo había realizado y cuyos resultados releía una y otra vez resultó ser mucho más provechoso de lo que se esperaba. Los tiempos obtenidos se ajustaron a los previstos, sin desviación alguna sobre los parámetros definidos con anterioridad. Les supuso un gran esfuerzo el conseguir proyectar el mecanismo que otorgase validez a los cálculos teóricos que una pléyade de matemáticos había diseñado y aunque sabían que la teoría funcionaba, dudaban de que su proyecto fuera operativo sin antes realizar varios ajustes que lo encarecerían hasta límites insospechados. Tim Gottlieb en persona le prometió fondos inagotables, pero no esperaba tener que llegar a esa situación. Y así había sido. Su capacidad de transmitir a su equipo la ilusión con la que afrontaba el reto fue clave para que la radiactividad de una muestra de ^{15}O descendiese instantáneamente a la mitad tras trasladarla 122,24 segundos hacia atrás.

La muestra, sin embargo, no se había movido del sitio, lo cual era también un éxito en el experimento puesto que se ahondaba en un campo desconocido para la ciencia. Hasta donde conocía, ni tan siquiera se había intentado retrotraer algo en el tiempo y el hecho de que solo se hubiera variado su variable temporal dejando inalteradas sus coordenadas espaciales debía ser tomado como un éxito sin precedentes.

Para obtener los datos se habían colocado multitud de sensores junto a la cámara estanca que contenía la muestra para determinar con la mayor eficiencia que esta no se había movido. Y el resultado de movilidad fue cero. Un cero incontestable.

La decena de detectores de radiactividad que convergían en la muestra de ^{15}O habían otorgado la misma lectura y, tras retrasar un periodo exacto de 122,24 segundos una muestra de radiactividad conocida, la lectura de todos los sensores había caído de repente a la mitad, lo que significaba que había pasado ese periodo en un instante al volver atrás en el tiempo. Ni uno solo de ellos, perfectamente calibrados, había dado una lectura diferente. Podía, por tanto, deducirse que habían enviado al pasado una muestra que había envejecido al instante.

Una vez dado el experimento por válido, habría que diseñar una serie de experimentos paralelos para confirmar las conclusiones a las que habían llegado y así, contrastando punto tras punto, acometer el último fin del proyecto que no era otro que saber si era posible mover en el tiempo a un ser humano; y para ello le faltaba alguien dispuesto a someterse al procedimiento que sin emitir queja alguna había sufrido la muestra de oxígeno radiactivo.

El sonido que un nuevo correo electrónico entrante generó atrajo la atención de Michelle mientras pensaba cómo enfocar el experimento para que diera un resultado positivo. Habían llegado a un punto en el que sabían que la tecnología funcionaba, pero desconocía si las moléculas de un ser humano funcionarían igual que una muestra de oxígeno radiactivo. Los átomos tienen siempre el mismo comportamiento predecible. Han reaccionado igual entre ellos desde que el universo es tal. Pero las moléculas orgánicas son otra cosa, muy susceptibles al entorno que las rodea y con un proceder dependiente de todo un abanico de variables.

En ese momento, llamaron a la puerta de su despacho. Era Andreas Ackermann, su jefe de proyecto, acompañado del mismísimo Tim Gottlieb.

En la terraza del chalet de Berchtesgaden, Tim inspiró con fuerza al recordar cuándo le fue presentada la doctora por la que había apostado tan fuerte para sacar su proyecto adelante. Estuvieron unos cinco minutos hablando de nimiedades, escrutando cada uno el semblante del otro, como una cobra y una mangosta en extremo obsequiosas. No podían apartar la vista de los ojos de Michelle mientras le dedicaban inconscientes frases estándar de cortesía. Por un momento

olvidaron el objetivo de la visita hasta que Tim ensalzó el trabajo de ella.

– Siempre he sabido que eres la mejor.

En ese momento en el que su alma se licuaba de placer ante la comunicación de su admirado superior supo que si quería llegar a una conclusión rápida, debía ser ella la que asumiera los riesgos del proyecto y con una decisión a prueba de bombas, obligó a Andreas a convocar al resto del equipo para una junta de urgencia. Mientras su jefe de proyecto congregaba a todos, Michelle se quedó a solas con Tim en el despacho.

–Debería usted conocer al resto del equipo –expuso ella para romper el tenso ambiente mientras comenzó a buscar algo en su mesa. Lo que fuera–. Creo que será una reunión muy productiva –añadió.

No tardó mucho Andreas en reunir al equipo en la sala y así se lo comunicó por teléfono a su jefa para que ella invitase a Tim a seguirla. La sala de reuniones, decorada con idéntico immaculado criterio que su despacho, exceptuando sus queridas plantas, se encontraba muy cerca. Tanto que entró en ella con la misma decisión con la que abandonó su despacho. Tras presentar al resto del equipo, se dirigió a ellos sin ambages.

–He venido con el señor Gottlieb solo porque tengo una duda tras leer el informe –dijo Michelle sin tan siquiera tomar asiento–. ¿Podéis confirmar que ninguna de las moléculas de la muestra se movió durante el experimento?

Tim se mantuvo en un discreto segundo plano junto a la puerta, sabiendo que allí, entre científicos, poco podría intervenir sin molestar.

–Creo que no podemos llegar a ese nivel de detalle –explicó tras una pequeña pausa uno de los sentados a la mesa–. La muestra era líquida por lo que sus moléculas están en constante movimiento; y es imposible con el material que tenemos determinar que todas y cada una de esas moléculas permaneció en su sitio durante el experimento.

–Así es –añadió Andreas Ackermann–. Como mucho podemos afirmar que el continente de la muestra no se desplazó durante el experimento, pero no hay manera de confirmar que ninguna de las moléculas de la muestra se movió tras el retraso de 122,24 segundos. Es evidente que tras ese tiempo se movieron puesto que su naturaleza líquida así lo dispuso, pero creo que el movimiento molecular es irrelevante y sin influencia en los resultados de este experimento.

–Bien, pero... –Michelle se masajeaba el mentón pensando cómo realizar la pregunta correctamente– ¿La muestra sufrió algún cambio químico o físico?

–¿A dónde quieres llegar, Michelle? –Preguntó Paul König, el ingeniero jefe, entornando los ojos.

–Pues a que quiero saber si consideráis que el experimento ha sido un éxito.

–Eso era lo que estábamos tratando hace diez minutos.

–Perfecto –sonrió Michelle Hüber mientras tomaba asiento–. En ese caso me quedaré a escuchar vuestras conclusiones. ¿Por dónde ibais?

–Estábamos analizando el estado actual de la muestra –explicó una mujer al otro lado de la mesa. Parecía ser la más veterana del grupo–. Pese a que la radiactividad se redujo lo esperado tras trasladarla hacia atrás un tiempo igual a su periodo de semidesintegración, a partir de ese punto la bajada de radiactividad ha sido normal y no ha habido fluctuaciones en la tasa de desintegración, lo que induce a pensar que no ha habido cambios físicos en la muestra.

La mente de Michelle Hüber procesaba todo con celeridad. Poseía un puesto más ejecutivo que científico y necesitaba digerir los datos que el equipo le proporcionaba. Sin embargo, su excelente formación junto con el admirable dominio del proyecto que lideraba le facilitaba mucho la asimilación de toda nueva información. Tim se encontraba igual de

maravillado, absorbiendo cuantos conocimientos pudiese. Lo que en breve iba a suceder allí le iba a dejar tan marcado durante el resto de su vida que meses más tarde podía recordar con claridad las conversaciones que tuvieron lugar en aquella sala.

–O sea, que la muestra ahora es normal del todo –dedujo entonces Michelle, a lo que la mujer que había expuesto anteriormente sus conclusiones asintió con ostentación.

–También estamos analizando el frasco utilizado en el experimento –intervino Andreas, el jefe del proyecto, enviando las imágenes de la pantalla de su tablet a un monitor general para mostrar una serie de datos a sus compañeros–. Los resultados son normales y en este caso tampoco parece haber habido cambio alguno en las propiedades físicas del vidrio.

Michelle Hüber asentía en silencio desde su asiento. Parecía estar dando vueltas a algo mientras no dejaba de cambiar de postura.

–¿Hay alguien ahora mismo en el laboratorio? –preguntó de repente tras mirar su reloj.

Los demás miraron con extrañeza a Michelle tras la pregunta que no tenía relación con nada de lo que estaban tratando en ese momento.

–Pues no –logró balbucir el jefe del proyecto–. Lleva vacío más de una hora... ¿Por qué?

–No... Por nada –de repente pareció centrarse y retomar su consciencia en la sala de reuniones sacudiendo su cabeza–. ¿Algún cambio químico en la muestra?

–Tampoco –contestó al instante otro de los reunidos–. La reactividad es la misma.

–Perfecto –exclamó Michelle Hüber antes de levantarse de su asiento–. ¿Cuál es ahora el siguiente paso, Andreas?

–Diseñar un experimento con un ser vivo –concluyó al instante.

–¿Bajo qué condiciones?

–No sabemos todavía –contestó el jefe de laboratorio tras madurar la respuesta durante algo más de un segundo–. El experimento con el oxígeno nos abrió una puerta a un campo tan nuevo que no sabemos aún cómo establecer mecanismos fiables de control.

–Hemos de tener en cuenta que si retrasamos, digamos, una cobaya, no sabemos qué es lo que debemos esperar –continuó otro de los reunidos tras una pequeña pausa en la que nadie supo muy bien qué decir–. Es seguro que se mueva de su sitio de una manera casi instantánea, pero eso en sí no proporcionaría dato alguno porque no habría forma de saber si se ha retrasado el tiempo especificado en el experimento.

–Así es. Como mucho valdría para saber si el proceso es compatible con la vida, pero habría que diseñar experimentos para tener la certeza de que el sujeto viaja hacia atrás en el tiempo –concluyó el jefe de proyecto.

–¿Y no se podría colocar un reloj junto al animalito? –preguntó Michelle, interesada en la *compatibilidad con la vida* que Andreas había mencionado.

–Me temo que no valdría de nada –opinó otro de los reunidos–. Podemos afirmar que el resultado del traslado del reloj junto a la cobaya no son extrapolables en el corto espacio de tiempo que a día de hoy somos capaces de retroceder. El reloj se adelantará instantáneamente una hora al final del experimento; pero una cobaya de un año y otra de un año y una hora son idénticas, por lo que no podremos demostrar la validez del experimento sobre la cobaya de una manera científica.

–Lo que estábamos planeando era realizar el experimento sobre una colonia bacteriana –añadió Andreas a continuación–. Aunque no tiene la misma exactitud que un reloj de cesio, las colonias de bacterias tienen un ritmo de crecimiento conocido. Sabemos que una colonia de *Escherichia coli* duplica su número en 21 minutos, por lo que si atrasamos una muestra ese tiempo y en un instante se duplica el número de individuos, podemos empezar a pensar que el

experimento ha tenido el resultado esperado.

–Bien –asintió Michelle pensativa–. Pero me surge otra duda... ¿Es posible que rejuvenezca el sujeto al atrasarlo en el tiempo?

–No necesariamente, Michelle –continuó Andreas–. Si aplicamos el experimento a un reloj, este se retrasará una hora al trasladarlo hacia atrás en el tiempo, pero sigue siendo igual de viejo. Solo marca otra hora. La muestra se atrasa en el tiempo, pero su edad es la misma. Teorizando con el ejemplo de la cobaya, no por atrasarla un año va a volver a ser una cría, sino que habremos cambiado un año hacia atrás su situación en el campo temporal.

Tim, apoyado contra el quicio de la puerta, tomó nota mental de tal particular. Parecía algo obvio, pero se alegraba de que le hubieran dejado claro algo que, quizás por su simplicidad no había sido expuesto. Se había preguntado con anterioridad si el hecho de retrotraer algo pudiera rejuvenecer el sujeto, como si el fin último de su proyecto fuera crear una especie de fuente de la juventud que quitase edad a los ajados cuerpos que pudieran costearse un tratamiento de tal importe. No quería gastar tiempo y dinero en demostrar que Ponce de León buscaba en sitio equivocado. Miró inquisitivamente a Michelle. Ella le devolvió una mirada cargada de una extraña intención que no pudo descifrar en ese momento. La doctora no tardaría mucho en mostrar sus cartas.

–¿*Campo temporal*? – un nuevo concepto llamó la atención de la jefa del laboratorio.

–Gracias a la doctora Löwe –Andreas inclinó la cabeza con respeto hacia la veterana compañera que había comentado hacía poco la inalterabilidad física de la muestra– ahora sabemos que el tiempo es en realidad un campo escalar^[8] en el que todos los puntos tienen el mismo valor. Nos movemos dentro de un campo isócrono en el que ciertas partículas elementales que hemos dado en llamar Bosón de Löwe interactúan consigo mismas generando una transformación que induce un *estado de tiempo* en esos bosones.

–Entonces, ¿el tiempo es solo una interacción entre esas partículas y un campo? –preguntó Michelle para asegurarse.

–Así es –respondió la doctora Löwe con un rictus de orgullo tras la deferencia de su jefe de equipo–. Y puesto que hemos encontrado la manera de producir su antipartícula^[9], hemos descubierto que el bombardeo de materia con antibosón produce un desplazamiento hacia atrás en el tiempo en una cantidad directamente proporcional a la total de bosón aniquilado. El experimento con el oxígeno así lo demuestra.

–¡Bárbaro! –exclamó Michelle entusiasmada–. ¿Y podemos generar tantos antibosones como para retrasar una muestra una hora?

–Ese no es el problema –contestó Andreas–. Lo difícil es almacenar la suficiente antimateria como para tener un mayor alcance de retroceso, puesto que cualquier contenedor que entrase en contacto con el antibosón de Löwe retrasaría su posición en el tiempo. En estos momentos estamos muy cerca de terminar un sistema de contención por radiofrecuencia para almacenar antibosones de una forma mucho más eficaz que el actual magnético, lo que nos permitirá realizar saltos de mucho más de una hora al multiplicar la capacidad de almacenamiento de antipartículas.

–Pero el contacto de ese bosón con su partícula ¿no generaría mucha energía?

–En efecto. Se genera energía que se reabsorbe *in situ* para proveer de fuerza al sistema –respondió Paul König con gran seguridad–. Si no se recupera, los requerimientos energéticos externos serían tan grandes que harían el proceso inviable.

–Como podrá comprobar, todo está atado y bien atado –aprovechó Andreas la ocasión para transmitir a su superior un mensaje de confianza en el proyecto.

–Y si todo parece ir tan bien... ¿Por qué no se pasa ya al siguiente experimento? –preguntó Michelle Hüber a su jefe de proyecto rodeando la mesa y golpeando amistosamente los hombros de los miembros del proyecto según pasaba.

–Pues porque estamos diseñando el experimento para que nos devuelva información sólida sobre el tránsito. No solo queremos saber si una cobaya viaja atrás en el tiempo, sino *por dónde* pasa.

–¿Quiere eso decir que estás convencido de que la cobaya sobrevivirá al traslado temporal?

–Creemos que con mucha seguridad, aunque seguiremos sin saber si se produjo el salto porque no hay diferencias morfológicas con una hora de atraso temporal –meditó un segundo su siguiente aserción–. Quizás cuando mejoremos el contenedor de bosones de Löwe podamos retrotraer la cobaya unos meses, lo que arrojará otro tipo de datos más fiables dado que sí habrá diferencias del animal antes y después del salto; pero por ahora, no podemos diseñar mecanismos de control para cerciorarnos del paso del tiempo.

Michelle pareció dejar mentalmente la sala durante un segundo. Los científicos reunidos en la sala se dieron cuenta de lo profundo de sus cavilaciones y decidieron dejarla sumida en sus pensamientos. No les parecía prudente interrumpir a su jefa, habida cuenta de que sus enjundiosos sueldos y la considerable celebridad que ganarían si el proyecto llegaba a buen puerto podían depender de lo que fräulein Hüber estuviera pensando en ese momento.

–Perfecto. En ese caso yo seré la cobaya. Así tendréis los datos que necesitáis y yo habré ganado un tiempo precioso que es lo que el señor Gottlieb desea –manifestó con frialdad, inclinando con suavidad la cabeza hacia Tim que, pasmado por los acontecimientos, no reaccionaba junto a la puerta.

Tal anuncio, calificado como una locura por el particular círculo de científicos, produjo un importante revuelo alrededor de la mesa.

–Pero... –el jefe de proyecto fue el primero en poder articular palabra tras el dramático anuncio–. ¡Eso es imposible! ¿Con que ética vamos a experimentar con seres humanos en una etapa primordial del proyecto? ¿Qué reconocimiento podremos ganar con esta investigación si experimentamos contigo sin el más mínimo tipo de garantía? ¡La comunidad científica en pleno se nos echará encima y pedirá nuestras cabezas!

–No hará falta nada de eso –replicó Michelle muy tranquila. Le producía cierta desazón someterse al experimento sin conocer los riesgos, pero su interés por demostrarle a Tim Gottlieb su valía le hacían pensar que quizás mereciese la pena el riesgo en la convicción de que tenía suficientes pruebas del buen funcionamiento del sistema–. Estoy dispuesta a firmar lo que haga falta para exoneraros de cualquier problema. Con tu palabra me vale. Si estás convencido de que la cobaya sobrevivirá, para mí no hay mejor garantía y con gusto pagaré el champán para festejar el éxito del experimento cuando termine.

–No es lo que firmes o dejes de firmar, Michelle –la doctora Löwe tomó la palabra con un tono de forzada calma–. Puedes arruinar la investigación si trasciende el hecho de haber experimentado con un ser humano en una fase tan temprana del proyecto y sin tener seguridades reales de éxito.

–¿Y usted? –Andreas se dirigió a Tim Gottlieb–. ¿Va a permitir este suicidio?

Tim intentó parecer lo más neutral posible. Se hallaba impresionado por la determinación y la valentía de la doctora Hüber, pero en su fuero interno admitía que era una locura. Una cosa era aventurarse por parajes desconocidos, pero otra muy diferente lo era hacerlo sin la más mínima precaución. Se limitó a expresar su neutralidad, alegando que en realidad, no debería

entrometerse en cuestiones técnicas. Michelle intentó atraer la atención del grupo hacia sí argumentando que hasta el momento, todo había salido según lo previsto y que las previsiones eran muy favorables.

–No es en absoluto extrapolable el resultado obtenido con una muestra de oxígeno radiactivo con lo que pueda ocurrir con un ser humano –añadió Andreas–. ¡Os separan millones de años de evolución! Me niego a continuar hablando de este sinsentido.

–Si no accedéis a usarme como sujeto de experimentación os excluiré del proyecto ahora mismo y buscaré otro equipo que tenga menos escrúpulos y esté dispuesto a continuar por cauces legales la investigación y sus ramas colaterales tras mi experimento, sabiendo que funciona. Vosotros decidís –zanjó Michelle sentándose de nuevo en la silla que quedaba libre, esperando respuesta.

De un lado a otro de la mesa se oyeron cuchicheos que, acompañados de continuas miradas buscadoras de complicidad, intentaban llegar a un acuerdo sobre la amenaza que Michelle Hüber había dejado caer. Sabían que quedarse fuera del proyecto era perder un tren que no podían dejar pasar; sobre todo cuando el campo que exploraban tenía enormes posibilidades de crear otras ramas de investigación paralelas. En el momento en el número de rostros de resignación fue mayor que los de indignación, Michelle supo que había ganado, y la confirmación de Andreas no tardó en oírse.

–Está bien. Tú ganas. Realizaremos el experimento que sugieres, pero antes debes exculparnos de cualquier responsabilidad y comprometerte a no revelar a nadie este desagradable punto de la investigación. Sea cual sea el resultado del experimento, nosotros deberemos continuar las investigaciones donde hayan quedado ahora.

–Perfecto. Lo que vosotros queráis. Entonces podemos irnos al laboratorio ahora mismo –sonrió con orgullo mientras se levantaba de su asiento con ímpetu.

Los demás, aunque con bastante menos animosidad y con cierto desconcierto por la facilidad con la que Michelle aceptó sus pretensiones, siguieron su ejemplo y se dirigieron tras ella al laboratorio en silenciosa procesión, cuchicheando y repasando entre ellos los pormenores del experimento previo e intentando no pasar nada por alto que pudiera suponer un peligro para Michelle en su arriesgado viaje. Por mucho documento eximente de culpa que les firmase, un error en el experimento supondría la ruina inmediata para las carreras de todos ellos; lo mismo que ser apartados de la investigación. Tim Gottlieb cerraba la comitiva. En esos momentos no estaba muy seguro de si Michelle era una inconsciente o si sabía muy bien por dónde pisaba. Según sus colegas se trataba de la primera opción, aunque durante el vistazo fugaz que le dedicó tras su anuncio pudo ver el atisbo de cordura que la seguridad en uno mismo imprime en los osados que se lanzan a vivir experiencias intensas aun a costa de su propia integridad física. Él, aficionado a numerosos deportes de riesgo, sabía de qué se trataba.

Ese plúmbeo silencio les acompañó también en el laboratorio, durante la todavía lenta puesta en marcha del sistema. En uno de los informes que hoy en día introducía en la carpeta con la que presentaría el proyecto a sus compañeros se afirmaba que el equipo actual podía arrancar en segundos.

En el laboratorio imperaba un luminoso color blanco roto por numerosos racks de instrumentación digital y pantallas 5K táctiles que mostraban diferentes procesos en ejecución. Recordó entrar en un área diáfana en la que la luz cenital convergía en una gran caja de metacrilato central de la que con cierta laxitud partía un haz de cables hacia una consola lateral.

Se redactó con cierta improvisación el documento en el que se dejaba constancia de que ella insistía en ser probadora del nuevo sistema, asumiendo la responsabilidad de cualquier

incidencia que pudiera originarse incluyendo su muerte; sabiendo que el sistema estaba muy lejos de declararse operativo y haciéndose cargo de que de obtener un resultado positivo, no podrá hacerlo público, permitiendo el normal desarrollo de las investigaciones.

–No lo hagas, Michelle –susurró Andreas a la desesperada antes de que la jefa del laboratorio suscribiese su conformidad.

–Lo siento, Andreas, pero estoy decidida. Estoy convencida de que todo saldrá bien.

Firmó, rematando la rúbrica con un golpe de bolígrafo sobre el documento. El silencio fue tan intenso que se pudo oír el roce áspero del papel según se escribía en él.

–En ese caso, te deseo la mejor de las suertes –extendió solemne la mano para estrechar la de su jefa, la cual sonrió tras el saludo para dirigirse al cubículo en el que estaban instalando los generadores de antibosones que, si todo iba bien, habrían de llevarla al pasado.

El experimento se desarrollaría dentro una cabina cúbica de plástico diseñado para contener y controlar la radiación de antibosones de Löwe. Por lo que pudo saber más tarde, estos irradian desde su generador y, de no contenerse su flujo por las paredes de metacrilato tratado, lo que se llevaría al pasado sería la indefinida esfera en la que los antibosones hubieran interactuado con la partícula que permitía el campo temporal, incluyendo paredes, suelo del edificio y partes de cuerpos que hubieran sido parcialmente alcanzados por la radiación. Los antibosones no escaparían de ese cubo de cerca de un metro de arista que hizo que Michelle Hüber tuviera que emplearse a fondo para acomodarse dentro de él. Comenzó su contorsionista entrada al cubículo y pronto se dio cuenta de que iba a tener que quitarse los zapatos de tacón para poder encajarse con un mínimo de comodidad en su interior, lo cual le pareció poco decoroso. No sin cierta dificultad consiguió quitárselos y dejarlos a un lado de la celda de metacrilato y se compuso entonces como pudo en su interior hasta que uno de los técnicos se dispuso a asegurar el cerrojo externo que impedía que los animales que pudiera contener el cubo se escapasen.

–Por favor, no la cierre. Una jaula abierta me inspira mayor confianza... Y ya saben ustedes que no me voy a fugar –sugirió al técnico que tuvo a bien no cerrar.

–¿Cuánto tiempo de retraso creéis que deberíamos suministrar? –preguntó aquel día histórico otro de los técnicos volcado sobre una consola dentro de una cabina separada de la sala principal por un grueso cristal.

–Una hora exacta será más que suficiente –acertó a decir Michelle a duras penas desde su cautiverio en la estrecha celda de experimentación.

El encargado de controlar el sistema asintió mientras que el resto de los técnicos se despedían de Michelle y se introducían en la pequeña sala de control donde apiñados se colocaban las gafas oscuras necesarias para observar el desarrollo del experimento con seguridad ocular. Tim no se despidió de ella. En ese momento estaba seguro de su vuelta.

El técnico introdujo los datos en el sistema y el generador de antipartículas respondió con un zumbido. Luego pulsó un botón y todo pasó muy rápido.

Una vez se alcanzó el nivel adecuado de antibosones, estos aniquilaron con avidez los bosones de Löwe dentro de la cámara. Como si todo sucediera a cámara lenta, una resplandeciente esfera de luz algodonosa pareció crecer desde el centro mismo de la jaula, engullendo a la directora sin que ella pareciera ser consciente de ello. La luz se diluyó en el aire al igual que una niebla bajo el sol, al mismo tiempo que un LED verde en el panel principal anunciaba que el proceso debía darse por terminado. Sin embargo, pese a la importancia del testigo luminoso, el centro de la atención era otro.

La celda estaba vacía.

Era la primera vez que obtenían este resultado. Hasta ahora el objeto transportado

aparecía en el mismo sitio en donde arrancó el experimento, pero ahora no había nada. La puerta de la celda continuaba cerrada tal y como había estado hacía un par de segundos con Michelle en su interior, pero ahora, sin dejar ningún tipo de rastro, ella no estaba.

Tras el primer instante de incertidumbre, empezaron los lamentos y la búsqueda de respuestas a preguntas que no se sabía con seguridad en qué términos estaban redactadas. En el fondo, todos habían dado por supuesto que el temerario experimento saldría adelante puesto que no había dato alguno en las pruebas que indujeran a pensar lo contrario, pero la tétrica vacuidad de la caja que centralizaba la atención de los técnicos les hacía pensar en lo peor.

Tim se dejó caer contra la pared del fondo. Había estado tan seguro del éxito del experimento como la doctora Hüber, pero esta ya no existía.

–¿Es posible que haya saltado a otro universo? –preguntó la doctora Löwe a la desesperada mientras veía cómo su carrera profesional se iba al garete por el capricho de una directora de proyecto que había cometido una locura. Y ellos habían transigido con algo que jamás debían haber permitido.

–No lo sé... No lo creo –balbució sin mucha seguridad otro de los ingenieros dentro de la caseta abriendo la puerta para dirigirse a toda velocidad a la caja.

Si el experimento era algo que jamás en la historia se había realizado, los sentimientos que atormentaban al grupo eran tan viejos como la humanidad misma. El miedo a la muerte aliándose con el temor a lo desconocido hacía mella en las analíticas y calculadoras mentes de los científicos.

Pero en medio de todo ese batiburrillo de continuos lamentos y de angustias más o menos reprimidas, un sonido fulminante se abrió paso: era una carcajada abierta, sincera y relajante. Alguien se estaba riendo de la muerte en su cara.

–¿No os dais cuenta? ¡Ha funcionado! –anunció con explosiva alegría Andreas, el jefe de proyecto. Señalaba la caja de metacrilato con un gesto entre esperanzado y festivo.

–¿Qué ha pasado? –inquirió la doctora Löwe pensando que quizás su carrera no hubiera hecho más que empezar en lugar de hundirse.

–¡Los zapatos! ¡Estaban fuera de la jaula y también han desaparecido!

Era cierto. Por un momento, todos dejaron de lado sus miedos y sus lamentos para caer en el pequeño detalle que el jefe de proyecto había señalado. Los costosos *peep toes* que la directora había dejado fuera de la jaula para poder estar más cómoda habían desaparecido del rincón en el que descansaban en el momento del salto.

Mientras que las esperanzas se abrían paso entre las incertidumbres se preguntaban cómo era posible que un par de objetos que se encontraban fuera de la caja y lejos del alcance de los antibosones hubieran sufrido el mismo terrible destino que su dueña dentro de ella. En medio de la confusión general, Michelle Hüber entró por la puerta a la sala, como si fuera una aparición venida desde el más allá portando en cada una de sus manos sendas botellas de *Vieilles Vignes Françaises*.

–Os dije que funcionaría, y que en ese caso yo pagaría el champán –exclamó Michelle levantando las dos botellas del exclusivo *cuvée* de Bollinger.

–Pero... Pero... ¿Qué ha pasado? –acertó a preguntar Paul König, el ingeniero jefe, encabezando la comitiva de técnicos y mirando con incredulidad a la celda de plástico y a Michelle alternativamente.

–Pues que ha funcionado –expuso Michelle, triunfante y dedicando a Tim una mirada cargada de intención que aún a día de hoy no pudo descifrar de manera adecuada–. Os pregunté antes si el laboratorio estaba vacío para retroceder hacia un momento en el que no hubiera nadie,

de forma que pudiera ir con tranquilidad en taxi a Frankfurt a buscar el champán. Cuando estaba en la celda, de repente sentí un fogonazo y nada más, tras el cual me encontré en medio de un laboratorio vacío. Debo reconocer que me asusté, pero estaba entera. Abrí la puerta, recogí mis zapatos y me dirigí hacia la salida.

–¿Y qué tal te encuentras? –se interesó otro de los técnicos, obsequiando a la directora con un abrazo que la sorprendió–. ¿Tienes algún dolor... o algo?

–No. En absoluto. No he sentido nada. Solo vi un pequeño relámpago, una sensación muy rara parecida a una presión; y un laboratorio vacío –respondió llevándose la mano a un bolsillo.

–Lo supuse en cuanto vi que faltaban tus zapatos junto a la caja –añadió Andreas con evidente alivio–. Recordé que te habías interesado en el estado del laboratorio de hace una hora y entonces lo entendí todo –hizo una pausa mientras Michelle asentía–. Y ahora veo que tu memoria y tus recuerdos pasaron el tránsito con éxito.

–No había pensado en eso –respondió con cierto azoramiento–. No he dejado de ser consciente durante todo el proceso, lo que significa que mis impulsos neuronales no se han interrumpido. Propongo brindar por este éxito añadido –añadió levantando su copa.

Los demás imitaron su gesto excepto Tim que desde el final, sonreía cuando su mirada se cruzó un instante con la de Michelle Hüber, justo el tiempo antes de que el mechón de pelo negro de su flequillo se interpusiera entre ellos. Aún con el pelo cayendo encima de sus ojos pudo ver Tim la chispa del éxito en su mirada mientras sorbía tímida el espumoso.

–Pero tras el champán debemos acabar con un encargo –continuó Michelle apenas despegó sus labios de la copa que burbujeara con afán como si comprendiera el alcance del experimento que se acababa de realizar en la sala–. Quiero que preparen la máquina junto al contenedor nuevo para que en breve vengan a llevársela. Ustedes deberán continuar sus investigaciones con otro equipo.

Entonces fue en aquel laboratorio cuando Tim levantó su copa hacia ella.

Hoy, en la terraza de su apartamento, Tim hizo el mismo gesto evocando aquel día que finalizó glorioso tras la angustia de la desaparición de Michelle. Hoy debía dar sentido a la investigación que comenzó la doctora de forma tan temeraria.

Capítulo 3

Tim Gottlieb terminó su agua con gas tras introducir en la carpeta el último de los informes que necesitaría más tarde, mientras un elegante e impoluto Mercedes negro bajaba desde la entrada a la finca. Intentó identificar al pasajero. Imposible. Los cristales tintados hacían la labor irrealizable, y a la vista del vehículo no podía deducir quién acababa de llegar porque todos sus compañeros llegarían en uno o dos modelos de coche como mucho. Era impensable que en una reunión de la Sociedad Thule alguien hiciera acto de presencia en un coche no alemán.

Ahora que sabía que no era el único en la casa decidió socializarse, y tras depositar el portafolios con los documentos sobre su cama, procedió a ducharse y cambiar sus vaqueros y su polo por una indumentaria más clásica, acorde con el evento. Una vez listo, respiró hondo antes de dejar sus aposentos para dirigirse al gran salón del chalet en el que un gran tronco crepitaba mientras ardía en la chimenea. Recordó el viejo piano de cola que reposaba en un rincón y se sentó a él mientras calentaba los dedos. Al poco el salón se inundó con las notas de una de sus piezas favoritas: la transcripción que Liszt hizo de la *Romanza de la Estrella* en el tercer acto de *Tannhäuser*.

–Al ver fuera el R8 dudaba que hubieras llegado –interrumpió una voz de barítono que no hubiera desentonado interpretando ese mismo aria–, pero al escuchar tu magistral interpretación, ya no me cupo duda de tu presencia.

Tim dejó de tocar.

–Por favor, continúa –insistió la voz que acababa de hacer presencia–. No quisiera ser yo quien interrumpa la ejecución de semejante obra.

–No seas adulator, Wagner debe estar revolviéndose en su tumba –resolvió Tim antes de levantarse y fundirse en un abrazo con el recién llegado. Era Mario Adler, dueño de un importante grupo audiovisual y a la sazón uno de los mejores amigos de Tim dentro y fuera de Thule. Mario, al igual que Tim, representaba el ideal de superhombre ario que con tanto fervor preconizaba la Sociedad. Sus cerca de dos metros de esbelta figura, su rubia pelambreira despeinada con esmero, sus acerados ojos azules y su tez sonrosada lo harían un candidato perfecto para ser modelo de una campaña de exaltación del arianismo del que Thule se erigía como defensor.

Conocía a Tim desde la infancia y, al igual que él, había entrado en Thule de la mano de su padre, director de un importante periódico de tirada nacional. Los padres de ambos habían sido camaradas de partido lo que, unido a la proximidad de sus domicilios, había favorecido la aparición entre ellos de una franca amistad que había sido transferida a sus sucesores. Ambos guardaban todavía recuerdos comunes de su infancia, tanto vacaciones invernales en las nevadas cumbres tirolesas como chapuzones estivales en las costas del norte de Alemania.

Por ese motivo sus encuentros dentro del en ocasiones claustrofóbico entorno de las reuniones de la Sociedad mostraban siempre un punto de emotividad para ellos. Tim se alegraba de poder tener ahora unos momentos extra para poder hablar sin formalidades con su amigo y poder así interesarse sobre aspectos de su vida que con dificultad tendrían cabida en el ámbito de Thule. Tomaron asiento, por tanto, frente al fuego y comenzaron a departir sobre sus cosas mientras el servicio atendía sus peticiones. Como la mayoría de la veces, Mario mostraba interés por los coches de Tim a sabiendas que su altura suponía un importante obstáculo para conducir deportivos que volaban a ras de suelo mientras Tim se interesaba por la vida de la mujer y los hijos de Mario.

–Ahora tenemos algún problema con el colegio de los niños. Cada vez es más difícil encontrar educación de calidad –torció el gesto Mario con desagrado–. Tanto nuevo rico está arruinándolo todo. Dentro de poco las personas decentes no tendremos ni dónde meternos.

–*Dentro de poco* todo eso va a cambiar –apuntó Tim, repitiendo las palabras de su amigo.

–Eso espero, amigo –expresó Mario con un rictus de amargura que el ligero sabor salado del whisky que acababa de serle servido ayudó a suavizar–. Para eso estamos aquí –esbozó una sonrisa.

En ese momento entraron en el salón otros dos miembros de Thule, haciendo que los camaradas interrumpieran su conversación para saludarlos con intensidad. Parecía que esta reunión era más esperada de lo habitual, sentimiento impulsado por el hecho de que el momento de crisis económica y social que atravesaba el país favorecía el descontento de la población y los intereses de Thule.

Como si la llegada del resto de integrantes de la Sociedad hubiera estado sincronizada, el inicial goteo de invitados se convirtió pronto en un generoso caudal de gente que sonriente entraba en el salón principal del chalet. Los abrazos y los apretones de manos se repetían por toda la sala mientras que las relaciones entre los miembros de Thule se ponían al día, algo que buscaban aquellos miembros cuya única razón para estar allí era la sensación snob de pertenencia a un grupo elitista. El inicial murmullo fue creciendo hasta convertirse en un fragor de risas, vasos en un aparente brindis continuo y palmadas en la espalda sobre una base de cálidas conversaciones. La alegría campaba a sus anchas por la sala, regalando a todos los presentes un sentimiento de euforia que les confería una gran seguridad en sí mismos. Esta vez Thule tendría algo importante que decir; y, si bien muy pocos pensaban que las metas de la sociedad se cumplirían, más de uno tenía la impresión de que se recibirían buenas noticias al respecto.

Nadie supo a ciencia cierta cuánto tiempo estuvieron en el salón, aunque como en otras ocasiones, poco importó. Pese a que el motivo de la reunión era compartir los avances en el último año, nada ni nadie podía evitar que la primera parte de la reunión fuera predominantemente social. El hecho de profesar unos ideales prohibidos fomentaba la camaradería, formando estrechos lazos de amistad que hacían que todos ellos disfrutasen con el tiempo que pasaban juntos. Este pasaba muy deprisa; sin que se dieran cuenta de su discurrir hasta que Mathias Eggers, Maestro de la Sociedad, anunció que podían pasar al comedor cuando quisieran.

La cena transcurrió con el mismo entusiasmo que el aperitivo de la entrada, entre comentarios jocosos sobre la situación política actual alemana y del resto del mundo y gestos de reafirmación de sus ideales. Según bajaban las reservas de vino crecía la vehemencia con la que los miembros de Thule expresaban sus sentimientos mientras que nadie osaba impacientarse por la falta de referencias al verdadero motivo de su reunión. Sabían que dentro de poco habrían de tratarse serios temas que daban a la Sociedad su razón de ser, tomando decisiones de suma importancia; pero ni la más prodigiosa de las ideas que pudieran exponerse impediría que pudieran deleitarse con un menú típico alemán en el que no faltaban las salchichas y la carne de cerdo con *sauerkraut*^[10]. Siguieron disfrutando de una sesión de postres hasta que de nuevo el maestro Eggers, levantándose con estudiada parsimonia sugirió trasladar la velada a otra sala para dar por comenzada la reunión anual de la Sociedad Thule. Tim aprovechó la cordial premiosidad con las que sus camaradas abandonaban el comedor para ir a su habitación para retirar la cartera con sus documentos que debía llevar consigo cuando expusiera sus planes.

Tal congreso no gozaba del mismo protocolo que las sesiones a las que acostumbraban a acudir sus miembros. Dado que nadie llevaba registro alguno, no se hacía especial hincapié en ningún tipo de formulismo. Era más bien una tertulia informal en una sala en la que se trataban

temas de importancia mundial. La estancia ni tan siquiera tenía una estructura típica de una sala de reuniones, sino que conservaba la disposición de una zona de sobremesa, con varios sillones esparcidos en el salón. No había ningún puesto predominante, ni secretarios que levantarán actas ni cuentas que aprobar, y el orden de día era siempre el mismo: la supervisión de los mecanismos mediante los cuales el Cuarto Reich debía ser implantado. Entre aquellas cuatro paredes verde oliva se tomaban decisiones que supondrían la ruina de países enteros, como por ejemplo especular con los mercados más inseguros de la Unión Europea con el fin de favorecer los intereses de Alemania. Una vez esta fuera la potencia que debía, solo había que colocar a uno de los suyos al frente del gigante económico resultante para comenzar a implantar los postulados de Thule referentes a la venida del Reich.

A medida que se iban proponiendo nuevas disposiciones, crecía el ambiente eufórico de la sala. Jamás la economía global había estado tan al alcance de la mano de personas sin escrúpulos y con mucho dinero, lo que inflamaba las ilusiones de los miembros de Thule. Se encontraban aprobando un importante paquete de medidas destinadas a hacerse con el control de un importante banco europeo cuando les interrumpió una voz desde una de las esquinas. Una voz que eligió muy bien el momento de su entrada para hacerse notar. Todos le prestaron atención.

–Sin embargo, eso en absoluto nos llevará al poder mundial.

–¿Quizás el señor Gottlieb tiene algo más importante que sugerir? –preguntó con cierta molestia Kristian Bohm, uno de los miembros más antiguos de la Sociedad.

–Solo quiero hacer notar que por ese camino encontraremos un formidable adversario –contestó Tim sin siquiera levantarse del sillón de orejas en el que descansaba–. Podremos ser líderes de Europa, pero así no dejaremos fuera de juego ni a los americanos ni a los chinos. Incluso podemos hacerles más fuertes.

Murmullos de aprobación llenaron la sala. Tim había señalado lo que muchos sospechaban.

–¿Tienes alguna alternativa? –preguntó Mathias Eggers ajustándose las gafas sobre la nariz. Sabía que Tim Gottlieb no hablaba por hablar y que algo muy importante debía tener en la cabeza para contradecir de esa manera a la Sociedad.

–Es posible –miraba el reloj con cierta impaciencia. El *smartwatch* le avisaba de los mensajes entrantes con un ligero toque sobre su muñeca, pero en su actual estado de tensión no estaba seguro de notarla en caso de recibir comunicación–. Puede que la respuesta no sea implantar el Cuarto Reich, sino *asegurar* el Tercero –habló con templanza, acaparando la atención de todo el grupo.

Un acceso de tos del veterano Kristian Bohm encabezó la reacción de sorpresa del grupo. Se rumoreaba que el miembro más joven de Thule tenía un as en la manga, pero pocos se imaginaban que empezara a sugerir imposibles. Algunos tardaron algo más en caer en la cuenta de que en realidad Tim Gottlieb había asegurado que su voluntad era la de apoyar un Tercer Reich que hacía bastante más de cincuenta años que había sido derrocado y destruido hasta los cimientos; y cuando lo hicieron, acabaron pensando que la razón había abandonado a su miembro más reciente. No quedaba ya ni nada ni nadie de ese gobierno para el que ese joven sonriente y seguro de sí acababa de aconsejar apoyo. Todos habían olvidado el Tercer Reich de tal manera que incluso los postulados de Thule desaconsejaban la construcción de un nuevo Reich basado en el anterior puesto que la sociedad germana y mundial habían sufrido cambios. No era ni tan siquiera apropiado mencionar el régimen de Hitler. El *Führer* siempre sería su guía espiritual, pero no podían recrear la sociedad que forjó el partido nazi.

–Kristian, debes cuidarte esa tos, camarada –exclamó Tim con cierta dosis de jovialidad–.

Deseamos contar contigo durante otros muchos años.

–Pero... ¿Sabes lo que acabas de sugerir? –acertó a preguntar Mario Adler, comenzando a dudar de que su amigo hubiera perdido el juicio.

–Perfectamente. Acabo de decir que es mejor asegurar el Tercer Reich antes que intentar fundar el Cuarto –Tim decidió por fin levantarse de su sillón para acompañar sus rotundas palabras–. Si la judería internacional no hubiera hundido el anterior Reich, ahora estaríamos hablando del dominio del mundo sin tener que preocuparnos de cómo influir en otros países. Hemos de reconocer que todos hemos generado nuestro patrimonio con el Tercer Reich y no nos ha ido nada mal. En aquella situación ya teníamos la hegemonía que ahora nos cuesta tanto mantener.

–Pero eso es absurdo –apostilló Kristian ya recuperado de su tos e intentando suavizar la tensión que se había generado en el salón tras la utópica sugerencia de Tim–. Estamos todos de acuerdo en que el Tercer Reich fue una época dorada, pero se ha ido para siempre y jamás volverá. Tampoco queremos que pase esto, camarada.

Tim Gottlieb miró su reloj una vez más. Seguía esperando noticias.

–Es posible que no, Kristian –bajó el tono de su voz–. Es posible que no se haya ido.

El reloj de Tim Gottlieb transmitió por fin una leve vibración a su muñeca, y este la giró con discreción para leer el mensaje que acababa de recibir. Sonrió. Ansiaba esa comunicación en la que alguien que se hacía llamar *Doctor* le enviaba las dos palabras que más feliz le podían hacer en ese momento: “Todo listo”.

–Sabes lo que dicen nuestras reglas acerca de ese tipo de relojes en las reuniones ¿Verdad? –le recordó Mathias Eggers, mirándolo con suspicacia por encima de sus lentes que le daban un aspecto decimonónico. Cualquier comunicación durante las reuniones estaba castigada con severidad por los estatutos de la Sociedad Thule. Los dispositivos electrónicos portátiles, con su declarada avidez por la información, eran por definición grandes enemigos de las sociedades secretas. No podía mantenerse el nivel de confidencialidad requerido si los miembros estaban pendientes de su estado en las redes sociales. Y eran unos grabadores muy bien camuflados, por lo que su sola tenencia en las reuniones de la Thule era considerada como una falta muy grave puesto que un móvil hackeado podía revelar datos de suma importancia a terceras personas, aún sin saberlo su portador.

–Sí, Gran Maestre –respondió Tim con calculada y sincera sumisión–. Pero espero que la junta sancionadora tenga en cuenta el motivo que me impulsa a saltarme las reglas bajo mi total responsabilidad.

–En ese caso, antes de tratar su negligencia, estamos dispuestos a oír lo que nos tiene que decir –sentenció el Maestre de Thule al instante–. Estoy intrigado por sus extrañas declaraciones y espero no tener que dar orden a nuestro servicio de seguridad de detenerle. Pero proceda, por favor.

–Será un placer, Gran Maestre –contestó mientras se arrellanaba en su sillón de orejas. Lo encontró cálido y acogedor, lo que le hizo sentirse seguro–. Présteme atención, por favor. Como ya les adelanté y tras recibir confirmación telefónica, estoy en condiciones de afirmar que poseo una herramienta que nos hará cambiar la historia a nuestro favor. *Ahora* podemos influir en la historia y ayudar al Tercer Reich a ganar una guerra que nunca debió perder.

Otra oleada de exclamaciones de incredulidad recorrió el salón. Se oyó alguna risa nerviosa.

–Hemos debatido sobre el significado de esas palabras que anticipaste, estimado Tim, pero no comprendemos a dónde quieres llegar –preguntó Mario Adler. Tim respiró aliviado al no

notar enfado alguno en la voz de su amigo. Parecía que la curiosidad que sus palabras habían despertado pesaba más que la regla que había quebrantado.

—Lo que quiero decir es ni más ni menos que eso —Tim Gottlieb intentaba buscar las palabras que mejor definieran lo que pretendía decir, sabiendo que su mensaje era cuanto menos novedoso por no decir disparatado—. En una de mis empresas se ha desarrollado una tecnología capaz de enviar un objeto al pasado. De hecho, ya ha sido probada con éxito en personas. Podemos mandar a alguien a cambiar el curso de la historia.

No pocos de los presentes ya pensaron antes que había enloquecido cuando empezó a decir frases crípticas sobre renacimientos del Tercer Reich y, ahora que les confirmaba sus absurdas elucubraciones, empezaban a considerar que el uso del móvil en la reunión era el menor de sus problemas. Lo que tenían delante era una crisis en toda regla, pues Tim Gottlieb presentaba síntomas evidentes de no encontrarse en perfecto estado mental, lo cual le inhabilitaba como miembro de Thule. La Sociedad no podía permitirse miembros suspendidos y descontentos que pudieran constituirse en filtraciones de la información que poseían, por lo que la alternativa a la inhabilitación era la desaparición. Y Tim Gottlieb, portada habitual de revistas, no podía desvanecerse así como así aunque sus palabras demostrasen sin lugar a dudas que no se encontraba en sus cabales.

Tal era el parecer de Mario Adler cuando usó todo el tacto que fue capaz de reunir para transmitirle un sentimiento que cada vez parecía más generalizado en la Sociedad y, apelando a la amistad que les unía desde hace años, le instó a abandonar sus alocadas teorías si es que se trataba de una broma de mal gusto que no le hacía ningún bien dentro de la Sociedad.

Tim sonrió sin ambages. Mario y él habían sido más que amigos, camaradas de correrías en su juventud y en más de una ocasión compinches en asuntos que solo ellos conocían. El talante alocado de Tim parecía haber encontrado en la sensatez de Mario un contrapunto que neutralizaba su natural querencia a meterse en líos. La paciencia y la lealtad de Mario, dos de sus grandes virtudes, le habían permitido en ocasiones poner cerco a las disparatadas ideas de su amigo.

Tim se fijó en Mario y, reparando en su gesto rascándose la nuca en un rictus de fastidio, se levantó de su asiento muy despacio, sabiéndose centro de todas las miradas, no todas amistosas. Entraba dentro de lo lógico, habida cuenta de que lo que había anunciado no tenía parangón alguno en la memoria de la humanidad, al plantear hacer historia al reescribirla.

—Tienes razón, Mario; siempre me has apoyado en las decisiones más difíciles. Por eso te pido a ti, a ti, a ti, a ti... —comenzó a señalar uno a uno a sus camaradas, tras lo cual se situó tras su amigo y apoyó sus brazos sobre sus hombros— Y a ti, Mario, que hagáis un esfuerzo para creer lo que os tengo que decir —. En el maletín que traje conmigo hay pruebas de lo que expongo para todo aquel que quiera verlas y, antes de que penséis que me he vuelto loco, creo que debéis soñar, aunque sea por un segundo, que lo que he expuesto es posible —hizo una pausa para atraer la atención de sus compañeros—. Imaginad que estuviera en disposición de enviar al pasado a una persona con los medios necesarios para decidir la Segunda Guerra Mundial a nuestro favor. Nuestros objetivos se verían cumplidos, pues ahora mismo tendríamos a Alemania dominando el mundo igual que lo hubiera hecho si hubiéramos ganado.

—Ya estamos a punto de conseguir eso con nuestra política económica, algo mucho más tangible y menos fantasioso que esa disparatada idea de fortalecer el Tercer Reich. Me temo que si crees tener algo que ofrecer, guardarás algo más que buenas intenciones —añadió Kristian Bohm que, pese a ser el miembro de más edad de la Sociedad, destacaba siempre por tener una mente más abierta. Si Tim conseguía atraer su atención hacia su causa, tendría mucho trabajo hecho.

—En eso tienes razón, Kristian —respondió Tim, señalándole—. Nuestra agresiva política

económica nos hará mucho más fuertes, pero nos quedarán los americanos y el gigante chino. No podremos doblegar a los Estados Unidos así como así. Sin embargo, lo que yo propongo nos dará el control del mundo. Si me escucháis con espíritu abierto, os garantizo que saldremos de la Guerra como única gran potencia mundial y, de paso, eliminaremos la posibilidad de que el sucio bolchevique se convierta en la gran amenaza para el mundo que es ahora.

La sola mención a la antigua Unión Soviética, eterno enemigo y protagonista de una de las mayores humillaciones que pudiera sufrir el Tercer Reich al ser derrotado por un enemigo considerado inferior, tuvo el efecto de atraer la atención de la Sociedad. Cualquier cosa que pudiera humillarles era bienvenida en Thule puesto que ninguno podía obviar el hecho de que la antigua capital del Reich fue profanada, violada y destruida por una turba de *untermenschen*^[11] y, si la imaginación de Tim Gottlieb era capaz de contagiarles su visión en la que la URSS no era uno de los ganadores de la Segunda Guerra Mundial, al menos merecería la pena escucharle aunque solo fuera por imaginar otro destino. Todos los miembros de Thule habían fantaseado con una visión ideal de un mundo en el que la Alemania de Hitler no hubiera perdido la guerra, cumpliendo sus objetivos de lograr un espacio vital europeo para los alemanes y de aplastar a los enemigos del Reich que suponían una amenaza para el pangermanismo que la Sociedad preconizaba. En realidad, pensaban que los rusos eran sus adversarios y los de toda la humanidad si se tenía en cuenta que la antigua URSS había desarrollado sus actividades pensando únicamente en los fines, sin querer caer en la cuenta de que la precariedad con la que construían mastodónticos complejos en los que se manipulaban las sustancias más tóxicas y mortíferas que el mundo pudiera conocer habían convertido a sus instalaciones secretas en bombas de espoleta retardada que más temprano que tarde explotarían liberando su letal cargamento al mundo.

La alusión a semejantes pensamientos tuvo la capacidad de hacerles recapacitar sobre la exigua diferencia que en pleno siglo XXI existía entre los sueños y el estado actual de la ciencia.

–Pero... ¿Quieres hacernos creer que en serio eres capaz de modificar el pasado de acuerdo a nuestros intereses? –era el Gran Maestro el que hablaba, mostrando interés por las ideas de Tim. Este se sintió reconfortado puesto que sí Mathias Eggers se mostraba dispuesto a escucharle, el resto de la Sociedad no pondría demasiadas trabas a su proyecto–. Todos sabemos que estás donde estás por tener los pies en el suelo, pero tienes que admitir que lo que nos quieres transmitir tiene difícil credibilidad.

–Sé que suena a ciencia ficción, pero cuando escuchéis lo que tengo que explicaros, estaréis tan convencidos como yo de que los días gloriosos están a punto de llegar –replicó Tim, animado–. Solo para simplificar, diré que hemos conseguido descifrar la complicada estructura del tiempo. Mi equipo ha logrado desentrañar la forma en la que discurre el tiempo, llegando a la conclusión de que el culpable es el campo definido por un determinado tipo de partículas subatómicas que interaccionan con la materia, causando el fluir del tiempo –Tim dejó que su audiencia, acostumbrada a conceptos tangibles como tipos de interés y bancarrota, asimilara lo que les había dicho.

–¿Algo así como si estuviéramos sumergidos en un mar de partículas que en lugar de mojarnos tuvieran el poder de hacer pasar el tiempo? –preguntó con bastante tino Kristian Bohm. Su mayor experiencia no era óbice para hacer gala de una agudeza mental de la que pocos compañeros suyos podían presumir.

–Muy buena observación, camarada Bohm –repuso Tim antes de continuar su explicación. Pese a la diferencia académica de los reunidos frente al fuego, la conversación no difería mucho de la que tuvo lugar hace unos meses en el laboratorio de la SIT. Apoyado por el conocimiento ganado en el último mes, afirmó que, como le explicaron a él, que la partícula tenía una

antipartícula que su equipo había podido aislar. A modo de resumen, anunció que era posible cancelar una cantidad de tiempo directamente proporcional a la cuantía de antipartícula suministrada.

–¿Al colisionar la partícula con su antipartícula no se produce energía? –volvió a preguntar Bohm. Tim se sorprendió de que estuviera tan cuánticamente bien informado.

–Demuestra usted un conocimiento de física cuántica mayor de la que un presidente del Banco Central Europeo debería conocer –le respondió Tim sin hacer nada por disimular la sorpresa que la erudición del anciano le producía–. En efecto, como cualquier colisión entre partícula y su antipartícula, se genera energía, pero en este caso, se usa en la transformación necesaria para traslocar el cuerpo a una posición en el tiempo acorde con la nueva cantidad de partícula temporal que no ha sido aniquilada por la antipartícula.

–O sea, que el tiempo es acumulativo y, si se destruye su acumulación puede revertirse a un estado temporal anterior –razonó otro de los miembros de Thule. Tim asintió mientras se alegraba de pertenecer a una asociación en la que todos sus miembros hacían gala de un nivel cultural elevado, con lo que podía hablarse con ellos de cualquier cosa.

–Así es –asintió Tim, animado–. Mi equipo ha fabricado un generador de antipartículas que puede programarse para emitir una cantidad de antirradiación suficiente como para enviar a un momento muy preciso del pasado un objeto del tamaño de un bombardero. Tengo a disposición de cualquiera que desee verlas –sacó varios folios de su maleta–, pruebas que demuestran que mi equipo ha sido capaz de enviar con éxito tanto personas como objetos al pasado. No hemos llegado más lejos de una hora, pero el sistema funciona a la perfección y, salvo que es a diferente escala, es igual de fácil enviar un objeto una hora hacia el pasado que enviar equipación militar hasta el año 1939 para ayudar a Hitler a ganar la guerra doblegando a sus enemigos, casualmente los mismos que hoy en día seguimos combatiendo.

La cálida sala se llenó de cuchicheos tras un silencio inicial. Todos hablaban con su vecino de al lado salvo Tim Gottlieb que permanecía en silencio observando el efecto de sus palabras. Pudo constatar que el ánimo del grupo había cambiado desde una franca animadversión hacia sus ideas a una curiosidad rayana en permisividad. Sobre todo, aquellos que le miraban, lo hacían abierta y francamente mientras comentaban algo con sus camaradas mientras le transmitía la idea de que en el fondo confiaba en su proyecto.

A la vista de que el panorama se relajaba en la Sociedad, decidió ofrecer datos tangibles y contrastados, explicando a sus compañeros el experimento con el ^{15}O que les llevó por el buen camino mientras dejaba las hojas sobre la mesa con disimulo. Hizo hincapié en el hecho de que la muestra disminuyó su reactividad justo la cantidad que habían previsto al diseñar el experimento. Consciente de que la mayoría de la gente que compartía con él la sala del chalet pertenecía a un entorno poco relacionado con la ciencia y más con las altas finanzas, explicó de la forma más detallada posible cómo al llevarse hacia el pasado un tiempo igual que la semivida de una muestra radiactiva, la reducción instantánea a la mitad de su radioactividad quería decir que habían transcurrido esos segundos lejos de los sensores que monitorizaban el experimento con el mayor de los celos.

Omitió deliberadamente el episodio en el que la doctora Hüber actuó como conejillo de indias, pero acertó a comunicar a sus compañeros que el experimento había dado excelentes resultados sobre personas.

–Por ello estoy en disposición de afirmar que puedo enviar al pasado a alguien con información crucial para hacer que ganemos la guerra –terminó Tim su alocución saboreando el efecto de sus palabras en su auditorio. Decidió que ya era hora de volver a ocupar su sillón,

satisfecho, antes de transmitir sus intenciones ante un público más receptivo—. Lo tengo todo listo. Solo necesito vuestro permiso.

Los miembros de la Sociedad permanecieron unos segundos en silencio, sumidos en sus pensamientos.

—¡Vamos! —Tim decidió espolear a sus camaradas.— Todos leéis la prensa. Sabéis que con la tecnología actual cada día conocemos mejor la materia y sus interacciones... ¡Las investigaciones de los grandes colisionadores de hadrones no son ciencia ficción!

Saboreó con satisfacción sus últimas palabras mirando a sus compañeros. Había ganado la primera batalla. En mayor o menor grado todos habían decidido darle un voto de confianza que no pensaba desaprovechar. El tronco que ardía en la chimenea crepitó como dando su conformidad a las ideas que en el salón se proponían.

—Pero... Si eso que dices es cierto, me surge una duda espantosa —expuso Mario Adler—. Si pudieras influir en el pasado... ¿Es posible que cambies nuestro presente? —pensó un segundo más—. Quiero decir que si modificas el pasado puede ser que nuestra situación actual no sea la misma, si cambias los hechos que forman parte de nuestra vida.

—Así es —añadió otro de los miembros de Thule—. Si evitas que mis padres se conozcan, yo no existiría.

—Todos esos efectos, meras paradojas temporales, están contemplados en el proyecto para evitarlos —pasó a explicar Tim tras meditar la respuesta—. El agente que será trasladado al pasado tiene órdenes muy precisas. Hemos escogido con cuidado la fecha de aparición del avión con su piloto para que pueda influir en el transcurso de la guerra sin interferir en las relaciones comerciales existentes de nuestras familias con el Reich en ese momento. Nuestro hombre se ha dedicado a contactar con las altas esferas del gobierno para negociar. No se mezclará con ninguna de nuestras raíces y no interactuará con ninguna de ellas.

—¿Proyecto? ¿Ya has planteado uno con tus peregrinas ideas? —preguntó Kristian Bohm. Para alivio de Tim parecía, con su pregunta, más divertido que amenazador.

—Sí, así es... Incluso me he permitido el lujo de darle nombre —repuso Tim con un toque de orgullo en su respuesta—. He decidido llamarlo Bifrost en honor al arcoíris de la mitología nórdica. Al igual que este enlazaba el mundo de los dioses con el humano, mi proyecto unirá el pasado con el presente, convirtiendo en dioses a aquellos que se benefician de él.

—Todo muy bonito, Tim —interrumpió Eggers—. Pero todavía no has dicho cómo piensas salvaguardar la integridad actual de los miembros de Thule. No me acaban de convencer las buenas intenciones de un agente.

—Espero que perdonéis mi impulsividad en este momento en el que veo la posibilidad de manipular la historia a nuestra conveniencia más cerca que nunca, pero no he pasado a explicar este pequeño detalle —Tim Gottlieb se encontraba exultante a medida que la receptividad hacia su proyecto aumentaba—. No hay tal problema. Todos los que estamos aquí hemos fraguado nuestras fortunas al abrigo del Tercer Reich —Levantó la vista y comenzó a señalar con su dedo a los presentes—. Algunos habéis hecho vuestra fortuna en industrias químicas, otros en la automoción; algunos produciendo material deportivo y otros comenzaron diseñando uniformes para los ejércitos del *Führer*, pero todos *sin excepción* —yo incluido— hemos basado nuestra fortuna en el Tercer Reich. Bifrost no influirá en esos hechos. Únicamente es una ayuda militar que ratificará nuestra posición actual. Todos sabemos que en el Tercer Reich se desarrollaron proyectos dentro del más estricto de los secretos, como lo es hoy en día esta reunión. El personal destinado a volver a 1939, con una lealtad fuera de toda duda y bajo supervisión, tiene órdenes de mantener su misión en el más impenetrable de los secretos; algo, por otra parte, necesario para completar con

éxito el proyecto Bifrost.

–Es más... –añadió Mario Adler, de repente encantado con el proyecto de su amigo–. Es posible que de no producirse el hundimiento del Reich, nuestros negocios sean aún más prósperos que lo que lo son hoy en día.

–Así es –sentenció Tim con una sonrisa triunfal–. Nuestra situación nunca empeorara puesto que evitaremos la postguerra que hizo que nuestros negocios dieran pérdidas durante casi una década.

–En ese caso, y dado que te conozco hace tiempo y sé que no te lanzas a una aventura sin haber analizado antes todas las variables y sin creer en su éxito, por mi parte expreso mi total apoyo a tu causa, que es también la nuestra –exclamó Mario–. ¡Demonios! Si Alemania gana, todos ganamos. Y no quiero dejar pasar una oportunidad de ver qué hubiera pasado de haber ganado la guerra. No me lo perdonaría ni en mi lecho de muerte.

Tim Gottlieb asintió ante el patriótico alegato que su amigo había lanzado a su favor mientras los miembros de Thule meditaban su posición en este proyecto. La mayoría había previsto una reunión anual mucho más tranquila y con menos sorpresas que la que Tim les estaba procurando. La suerte estaba echada en lo tocante a su proyecto. Para bien o para mal, Bifrost había calado en Thule.

La actitud de Mario fue seguida por un número cada vez mayor de miembros de Thule como si se tratase de una fila de fichas de dominó. Ninguno quería perder un tren que podía darle a Alemania la autoridad que Thule debía darle y a ellos un mayor poderío económico, aunque fuera una idea tan irracional. Todos ellos sin excepción, curtidos en mil batallas empresariales, sabían que las ideas descabelladas eran las que daban mayores beneficios y poco a poco, todos los miembros de Thule fueron transmitiendo su total adhesión al proyecto Bifrost.

El Gran Maestre fue el último en hablar, sabiendo de su posición dentro de la Sociedad, pero cuando lo hizo procuró rodearse de toda la ceremoniosidad posible.

–Creo que todos tenemos ya más o menos claras las ventajas e inconvenientes del proyecto de Tim –anunció Mathias Eggers, produciendo el inmediato silencio de aquellos que cambiaban impresiones con su vecino–. En este momento debemos decidir si Bifrost debe seguir adelante o no. Y para ello es necesario que la totalidad de Thule esté de acuerdo para tomar la decisión correcta –hizo una pausa para amplificar el efecto de sus palabras que otorgaban a Bifrost la mayor de las importancias mientras miraba a Tim con intensidad–. Una sola voz en contra significará la anulación inmediata de tu proyecto, por lo cual te tengo que pedir por favor que abandones la sala durante la votación.

Tim Gottlieb asintió. Lo veía justo, pero no le hacía gracia que sus compañeros –o al menos algunos– lo percibieran igual que una amenaza; como alguien capaz de influir en sus compañeros solo con su presencia.

–Actúen en consecuencia, por favor –pidió Tim antes de abandonar la sala con sumisa actitud–. Piensen que la mejor forma de fraguar un futuro es construyendo un pasado fuerte, que es lo que Bifrost les ofrece.

Y diciendo esto abandonó la sala cerrando la puerta tras él con parsimonia. No transcurrió en el salón mucho tiempo hasta que el Gran Maestre anunció el inicio de la sesión en la cual habría de establecer el futuro del inverosímil proyecto que el joven e influyente Tim Gottlieb había propuesto.

Mientras tanto, este permanecía tranquilo en el pasillo fuera de la sala. Sabía algo que los demás desconocían, y era que el proyecto ya estaba en marcha. Tan convencido estaba de la eficiencia de su plan que había decidido lanzar la operación una vez se dieron unas circunstancias

que podían tardar mucho tiempo en volver a darse juntas y, con tal convicción, se dirigió a uno de los ventanales desde el cual podía ver las cumbres nevadas alrededor de Berchtesgaden. En algún lugar, ahí arriba estaba situado el *Kehlsteinhaus*, el nido del águila que sobre las cumbres alpinas hizo construir Martin Bormann y que hubiera debido de servir como retiro espiritual de Adolf Hitler. Al *Führer* no le entusiasmaba el chalet y prefería el Berghof, muy cerca de donde se encontraban, pero a Tim Gottlieb no le importaría devolverle el esplendor que hubiera debido tener si se presentaba la oportunidad.

Para ello debía conocer el estado actual del proyecto respondiendo al mensaje que había recibido antes. Sacó su teléfono para enviar una pequeña nota.

Todo bien?

La respuesta no tardó mucho en aparecer. Le sorprendía la rapidez con la que aquel que contestaba como *Doctor* contestaba sus mensajes y sospechó, medio en serio y medio en broma, que era posible que estuviera utilizando la máquina del tiempo en su beneficio para contestar con semejante celeridad.

Confirmada entrega. Espero.

El proyecto Bifrost era ya una realidad imparable.

En el preciso instante que sus preocupaciones comenzaron a alejarse se abrió la puerta del salón. Sin ningún ceremonial, tan solo una puerta que se abrió sin que nadie le invitara a entrar. Decidió traspasar el umbral y lo hizo con la mayor naturalidad que el tenso ambiente le permitía transmitir.

Todos los miembros se encontraban sentados y manteniendo un semblante impenetrable que impedía a Tim hacer cábalas sobre el resultado de la votación. Estaban acostumbrados a reuniones de alto nivel en las que era fundamental no mostrar las emociones de uno. El Gran Maestro carraspeó.

–Está bien –se levantó de su sillón para hacerse oír por todos. El silencio que sus palabras produjeron era un buen indicativo de la expectación que sus palabras despertarían–. Tras la deliberación de los miembros de Thule estoy en disposición de anunciar el visto bueno a tu proyecto. Supongo que el sentido común del que siempre has hecho gala te da cierta credibilidad y por ello apoyaremos el proyecto que queda bautizado como Bifrost. Ponemos en ti muchas de nuestras esperanzas pero te prevengo, Tim Gottlieb... En cualquier momento, cualquier duda de cualquier miembro ante las directrices de tu proyecto supondrá la suspensión definitiva de este.

–No tengo la más mínima intención de romper las reglas, Gran Maestro. Salvo, abusando de su comprensión una vez más, aquella que hace alusión al uso de móviles.

A la vista de todos, deslizó un dedo hacia la pantalla de su reloj, preparado para enviar un escueto pero importante mensaje a su contacto. Tan solo decía: "Adelante".

–En ese caso estamos todos deseando oír con tranquilidad los pormenores de esa operación Bifrost que has diseñado –anunció Mathias Eggers mientras levantaba su copa en dirección al miembro más joven de la Sociedad que sonreía como si le hubieran dado permiso para remodelar el mundo.

Quizás porque era eso lo que le habían dado. No había tiempo que perder.

Capítulo 4

Ensimismado delante del imponente Boeing B-47 *Stratojet* preservado y expuesto en la base Whiteman, en Missouri, Zach Schneider contemplaba el avión en el que empezó su andadura como piloto de bombarderos en el ejército de los Estados Unidos de América. Le relajaba pasear por la base antes de una misión y, ahora que estaba a pocas horas de comenzar la última, sintió la necesidad de visitar a su viejo amigo, testigo del inicio de su carrera. Optó por quitarse el gorro del uniforme dejando a la vista su corto pelo rubio peinado a cepillo, mientras que la súbita exposición al sol de sus gafas de aviador tras eliminar la visera que las escondía hizo que estas emitieran un destello. Como rivalizando en brillantez con el pulido avión que tenían enfrente, sus acerados ojos azules tras las gafas miraban el avión con complicidad; y sintió cómo los trabajados músculos que embutían el uniforme azul del ejército del aire se relajaban, pese a saberse a punto de afrontar la misión más importante de su vida.

Zach Schneider había sido un apasionado de la aviación desde que tenía uso de razón, lo que le impulsó a dejar la violenta vida que llevaba para convertirse en piloto de las fuerzas aéreas de su país en cuanto tuvo la edad necesaria. Tal determinación le valió para destacar frente a sus compañeros de promoción y asegurarle un puesto preferente en todos los nuevos proyectos en los que la fuerza aérea se embarcaba. Y el Boeing B-47 fue el primero al que fue asignado tras salir de la academia y del que guardaba mejores recuerdos por las impresiones que le transmitió.

Recordaba con claridad cómo el primer día que lo vio, en la misma posición en la que ahora lo contemplaba, le llamaron la atención los delgados planos que tantos quebraderos de cabeza causaron a sus diseñadores porque eran incapaces de albergar ni depósitos de combustible ni espacio para el tren de aterrizaje; algo nuevo en ese momento en el que la tónica predominante en la construcción de bombarderos era hacerlo todo a lo grande. Evocaba las sensaciones que el avión entregaba, sobre todo en el cuidadoso despegue que su corto tren principal en posición ventral obligaba a realizar. Y sobre todo, la arriesgada maniobra de bombardeo que había practicado una y otra vez. El avión, pese a denominarse ampulosamente *Stratojet*, estaba diseñado para acercarse a su objetivo a baja cota, fuera del alcance del radar enemigo. Debía ganar velocidad a ras de suelo e iniciar un rápido ascenso para soltar la carga bélica casi en posición vertical, lo que les situaba boca abajo tras la maniobra. Para enderezar su posición debía inclinar uno de los planos y alabear el avión hasta dejarlo en posición horizontal una vez completado el medio rizo y alejarse a toda pastilla de la deflagración nuclear, maniobra que era conocida como *giro Immelman*.

Hacían falta buenos pilotos para realizar esa maniobra con seguridad, pues la repentina pérdida de peso que la suelta de bombas suponía complicaba la maniobra en el momento más delicado del giro; pero ahora, con todos los sistemas de vuelos informatizados, todo era mucho más fácil. Tanto que casi cualquiera podía hacerlo. Por eso hoy en día, aunque encuadrado dentro de la unidad de bombardeo más moderna y estratégica del ejército, todavía echaba de menos aquellos tiempos en los que los pilotos de la fuerza aérea debían estar algo locos para dominar la máquina.

Podía sentirse afortunado de pilotar el Northrop B-2 *Spirit*, el avión más sofisticado y costoso que jamás hubieran tenido los Estados Unidos, lo cual suponía una mejora tras su breve paso por el pesado Boeing B-52 que, pese a su pretencioso cambio de nombre de *Stratojet* a *Stratofortress*, no le contagiaba ni la mitad de las emociones que le procuraba la acristalada

cabina que sobresalía del brillante fuselaje del B-47 como una burbuja de cristal. Pero el ser piloto de una de las aeronaves más avanzadas le procuraba otro tipo de sensaciones, aquellas que le suscitaban el saberse al mando de la máquina de guerra más cara y más perfecta jamás construida.

Una débil brisa le golpeó el rostro obligándole a aterrizar en la realidad y, al consultar su reloj, cayó en la cuenta de que debía presentarse con rapidez para realizar el *briefing* de su próxima misión, que consistía en probar los sistemas del avión tras una actualización de los sistemas de navegación. Saludó marcialmente al Boeing sin esperar contestación, recogió del suelo su cartera de vuelo y se dirigió hacia el edificio que tenía tras él, dispuesto a reunirse con su tripulación.

Tras superar tres controles de identidad en los que se conjugaban diferentes sistemas de identificación, de los que la tarjeta codificada que portaba al cuello era el más simple de ellos, pudo por fin llegar a la sala de *briefing*. La habitación se encontraba vacía. Mejor. Prefería llegar con antelación ya que cuando llegaba tarde lo pasaba mal.

No tardó mucho en aparecer el que habría de ser su segundo en la misión. Se alegraba de tener que volar con el teniente Brandon Fischer al que no conocía mucho porque prefería alguien a quien no tuviera apego. Se saludaron e iniciaron una conversación intrascendente hasta que al poco tiempo entró en la sala el *major* Julian Murray con una gruesa carpeta bajo el brazo. La otra mano sostenía un maletín negro con el emblema de las fuerzas aéreas norteamericanas.

Tras depositar en la mesa sus pertrechos, el *major* ejecutó un impecable saludo militar a los dos oficiales y se sentó a la mesa que ellos ocupaban.

–Buenos días, caballeros –comenzó el *major* mientras colocaba el maletín sobre la mesa y lo abría para extraer de él dos carpetas en las que las palabras *top secret* llamaban la atención con fuerza–. Les entrego la documentación de la misión. En las carpetas encontrarán planes de vuelo, NOTAMS^[12], y especificaciones de las bombas blanco que portarán. Para ponerles en antecedentes respecto a su misión, les diré que deben someter la nueva base de datos del terreno a una serie de pruebas para determinar su exactitud, por lo que el avión llevará dos simples bombas B83 con explosivo convencional que deberán dejar caer sobre el blanco una vez comprobada la fiabilidad de la base de datos del terreno.

Los dos pilotos comenzaron a repasar los documentos incluidos en la carpeta para conocer los pormenores de la misión. El plan de vuelo les llevaría hasta las Rocosas, donde deberían probar la validez de la nueva base de datos. Se dirigirían a una zona de terreno irregular para introducir unas determinadas coordenadas en el nuevo sistema y dejar caer una bomba sobre un blanco para comprobar su precisión. Una vez terminada la misión retornarían a Whiteman para la calibración definitiva si los datos geográficos eran tomados por buenos.

En total el *briefing* no duró más de treinta minutos una vez hubieron repasado el plan de vuelo y decidido el combustible a cargar. Era una misión fácil que solo requería de una prueba simple y nada en ella presentaba mayor dificultad que la que implicaba despegar de la base, volar hacia el oeste sobre los estados de Kansas y Colorado para llegar a las Rocosas y comprobar allí que los nuevos datos tenían una fiabilidad válida para un sistema militar de la efectividad de un B-2 *Spirit*, estandarte del cuerpo de bombarderos de la USAF.

Dado que la fácil misión planteaba pocas dudas, dieron por finalizado el *briefing* y se despidieron del *major* para dirigirse hacia el hangar donde descansaba el avión que habrían de utilizar: el AV-15 *Spirit of Alaska* que marcial esperaba a su tripulación centrado en su hangar.

Zach presumía que el hecho de que el avión se denominará como *Spirit* no era una casualidad. Su negra silueta y sus limpias líneas sobre un alto tren de aterrizaje le daban un

aspecto que otorgaban al avión un aura inconfundible. El engrosamiento de los motores y de la cabina del avión, junto a su color negro y el borde de salida poligonal del cuerpo del avión le daban la apariencia de un musculoso espectro alado que, inmune a cualquier defensa, podía dejar su cargamento de muerte en cualquier parte del mundo. Volar semejante máquina era de lo más fácil. Todo a bordo del avión estaba diseñado para reducir la carga de trabajo de sus dos únicos tripulantes, que a veces debían hacer misiones de más de veinte horas de duración.

Mientras subían al avión, su teléfono móvil vibró una vez indicando a su propietario que había llegado un mensaje. Zach lo extrajo de su bolsillo. Eran solo dos palabras que le abrían la puerta: “Luz verde”. Como buen soldado, encajó la orden sin inmutarse.

—¿Despedida de casa? —preguntó desde atrás su segundo. Zach apagó su teléfono y lo guardó en uno de los bolsillos de su traje. Asintió sombríamente puesto que ahora que su misión estaba en marcha, intentaría hablar con su segundo lo menos posible. Agradeció que no fuera ese tipo de personas que empieza a hablar sobre su vida nada más ser presentados, pues hubiera detestado haber conocido más de la vida del teniente de lo que era estrictamente necesario. No quería fomentar entre ellos nuevos lazos que no harían sino poner su misión en dificultades. De esta forma subieron al avión en silencio por la escalera de acceso, situada bajo la panza, y una vez en cabina se acomodaron en sus asientos, comenzando a introducir en los sistemas del avión los datos operativos de la misión que debían emprender de inmediato. Zach aprovechó que el teniente Fischer salió del avión a realizar la inspección exterior para repasar una serie de datos que iba a necesitar para la correcta ejecución de su misión. De su *verdadera* misión.

En ese momento de soledad a bordo de su nave, pensó una vez más en su mujer y en su hijo. Su único hijo, Joey; y Lilian, la única mujer que había amado y que le fue arrebatada de su lado tan traumática como injustamente. Pese a que habían pasado dos años de aquello, todavía podía recordar, como en una pesadilla que no tenía nada de irreal, la voz del juez que anunciaba que el jurado había declarado inocente a aquel mal nacido que de forma tan cínica e insultante sonreía al oír el veredicto que lo exculpaba del asesinato de su mujer. En ese preciso momento pudo sentir cómo el mundo que le rodeaba se hundía arrastrándolo todo como la carpa de un circo a la que hubieran quitado el soporte central, transformando la vida que tanto trabajo le había costado construir en una carcajada vacía, cacareada por el chaval que había asesinado a su esposa y que, apoyado por la fortuna familiar, había salido de rositas de un juicio por asesinato. El imbécil relinchaba de gozo mientras se abrazaba a su padre, un conocido empresario multimillonario judío que comenzaba a labrarse una meteórica carrera como senador, cuando de repente pareció serenarse. El miserable se dio la vuelta con toda la parsimonia con la que fue capaz, quizás sintiendo la mirada de Zach clavándose en su espalda. Cruzó su mirada con la de este y sonrió. El muy capullo se reía en su cara mientras levantaba una mano y agitaba sus dedos a modo de despedida, tras lo cual volvió el rostro hacia su padre y la horda de abogados que este había contratado para liberar a su hijo de una segura sentencia de muerte para no volver a mirar atrás nunca más hasta que abandonó la sala.

En ese momento oyó unos aplausos tras él. Sonaban acusadores, con una cadencia y una languidez que distaban mucho de transmitir las emociones positivas que suelen acompañarlos cuando se utilizan habitualmente. Se volvió y pudo ver a su hijo Joey mirándole hosco mientras decrecía el ya insulso ritmo de sus aplausos.

—Muy bien, *papá* —escupió sus palabras con un desprecio teñido de sarcasmo—. ¡Bravo! Te has portado como un auténtico camarada.

—¿Yo? ¿Y qué querías que hiciera?

—Un auténtico guerrero se lo hubiera cargado con sus propias manos aquí mismo. O antes.

–Un guerrero estúpido que no hubiera conseguido nada, y menos si se le ocurre ponerse a matar gente en medio del juzgado.

–Eso no importa –esta vez usó un tono de especial reproche que supuso era evidente–. Ya sabes lo que dice el abuelo Lewis sobre esta mierda. Hay que cargárselos allí donde se les encuentre.

Zach negó con la cabeza, apesadumbrado mientras observaba cómo su hijo se levantaba de su asiento y abandonaba la sala acompañado por el abuelo Lewis que ni siquiera se dignó a mirarle a la cara. Para su desgracia, conocía perfectamente a Connor Lewis y sabía que de él no podía salir nada bueno, cosa que su hijo no solo desconocía sino que se enorgullecía de creer que su abuelo estaba en posesión de la verdad absoluta.

El doctor Connor Sebastian Lewis era uno de los líderes del Movimiento Nacional Socialista, el mayor y más activo partido neonazi de los Estados Unidos de América, y Zach lo conocía de mucho tiempo atrás, desde que la juventud y la explosiva energía de la que hacía gala le llevaban a formar parte activa de la organización. Connor sentía por entonces una profunda admiración por Zach y empezaba a convertirle en su mano derecha, en gran parte porque podía ver en él una inteligencia difícil de encontrar en los matones del partido. Tenía una habilidad innata para, de un simple vistazo, ver fisuras en planes que habían llevado semanas enteras construir; y de dirigir acciones de castigo contra objetivos hostiles con una eficiencia y una capacidad de improvisación que muy pocos eran capaces de lograr. Su físico ario y su ascendencia alemana le otorgaban, además, una reputación de invulnerabilidad que no pasaba desapercibida para los líderes del Movimiento.

Era una de las grandes promesas del partido cuando, en un breve espacio de tiempo, su interés en la organización se desplomó hasta convertirse en algo testimonial. Muchos sabían de su pasión por la aviación, pero solo un puñado de allegados, entre los que se encontraba el doctor, estaban al corriente de que la decisión de abandonar la lucha callejera era debida a que había decidido que tenía más futuro su carrera como piloto militar ahora que empezaba a no tener edad para ser ejecutor de las órdenes del partido. Connor Lewis entendió sin problemas que el lugar de su favorito estaba entre las nubes y no entre bases de béisbol destinados a romper piernas y brazos de elementos no blancos, lo que le protegió de las amenazas de sus antiguos camaradas que veían una grave deserción en el abandono del partido por parte de Zach. Lewis sabía que la lealtad de Zach estaba fuera de toda duda y que pese a abandonar la militancia, su sentido del deber le impediría traicionar a sus antiguos camaradas. Confiaba tanto en él que, pese a que era de los pocos que habían abandonado la férrea disciplina de la directiva del Movimiento y había vivido para contarlos, no puso pega alguna a que cortejase a Lilian, su hija mayor y la más preciada de sus posesiones. Suponía que al lado de ese joven tan valiente como sagaz, nada malo podía pasarle y por ello consintió el matrimonio.

Durante el juicio en el que tan injustamente se absolvió al asesino de su hija lamentó con amargura haberse equivocado. Había permitido salir con vida al indeseable judío que, buscando venganza, había acabado con la vida de su Lilian.

Zach jamás olvidaría la escena que presenció aquel fatídico día de autos. Había llegado pronto de la base y se sorprendió al llegar a su casa y encontrársela abierta y en silencio. Había visto luz en su dormitorio y, pese a que había aleccionado a su familia a asegurar la casa aun cuando estuvieran dentro de ella, se extrañó de no tener que usar la llave para entrar. Con relativa frecuencia su hijo Joey se dejaba la puerta sin cerrar, pero este solía anunciar su presencia a base de un auténtico arsenal de decibelios mientras el equipo de música devoraba disco tras disco de música *oi!* y *skinhead*. A Zach no le importaba que su hijo frecuentase ambientes

nacionalsozialistas como él había hecho antes, pero empezaba a preocuparle su falta de criterio. Había vivido en ese mundo y sabía que, pese a que todavía simpatizaba con los ideales del Movimiento, dentro de él abundaban individuos cuyo exceso de odio les hacía especialmente maleables. No quería que Joey fuera uno de esos melones con caspa que abundaban en las fiestas que organizaba el Movimiento.

Pero su hijo no parecía estar dentro, lo que solo podía significar que estaba Lilian o que un imprudente chorizo había decidido asaltar su casa.

—¿Lilian? —preguntó. No hubo respuesta, pero le puso alerta un ruido apenas perceptible en el piso de arriba. Era el clic de un interruptor. Sacó su pistola mientras se dirigía hacia la escalera de la forma más sigilosa posible.

Una vez arriba comprobó con cierto horror que la luz de su dormitorio ya no estaba encendida. Apagó entonces la lámpara del pasillo intentando que sus ojos se acostumbren cuanto antes a la oscuridad. La puerta entrecerrada de su cuarto le invitaba a entrar aún sin saber lo que podía encontrarse dentro y aguzó el oído mientras se acercaba por el pasillo tan solo iluminado por las farolas que desde la calle arrojaban su luz perfilando las ventanas como multitud de cuadrados blanquecinos sobre oscuras paredes.

—Cállate, zorra, o te mato aquí mismo —pudo oír con claridad una voz que en un susurro entre dientes salía de su dormitorio tras un ligerísimo gemido.

"Dios mío... ¡Lilian!" Pensó Zach tensando los músculos y asiendo la pistola con firmeza mientras le quitaba el seguro. Algo anormal ocurría allí y su mirada azul se endureció pensando que quizás su mujer estuviera en serios problemas. Si un maldito chorizo estaba con ella, tendría que tener mucho cuidado en no ponerle nervioso para que no cometiera una estupidez, por lo que decidió no sostener su arma en posición amenazante cuando por fin entró en el oscuro dormitorio.

De un rápido vistazo pudo comprobar que su cuarto estaba vacío, sin nadie a la vista. Y tras asegurarse de que tampoco había nadie en el baño ni en la bañera, razonó que solo quedaba un lugar en ese dormitorio donde pudiera esconderse el mal nacido que había amenazado antes a su esposa.

Se situó frente al armario.

—Escúchame. Sé que estáis ahí dentro —anunció transmitiendo toda la serenidad del mundo—. No sé lo que has venido a buscar a esta casa ni me importa, pero seguro que no es esto. Podemos llegar a un acuerdo.

No había sonido que delatase a nadie dentro del armario, pero Zach sabía que en su interior se concentraba la angustia. Permaneció a la espera de una señal que no llegaba, de forma que tomó la iniciativa y abrió la puerta del ropero muy despacio, pensando que quizás dentro habría un yonqui asustado que no sabría qué hacer para procurarse una dosis de a saber qué mierda.

No llegó al final del recorrido la puerta cuando desde dentro le golpeó un estampido. Alguien había disparado un arma de fuego.

—¡Joder! ¡Te dije que te estuvieras quieta, zorra! —sonó el exabrupto una vez se extinguió el eco del disparo. En la penumbra, Zach pudo ver cómo alguien dentro del armario, quizás un chaval por su complexión, se desprendía de un cuerpo que golpeaba el suelo con un ruido sordo mientras se dirigía hacia la ventana empujando cuanto se interponía en su loca carrera, Zach incluido.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que el cadáver que había caído como un fardo era el de Lilian. La poca luz que llegaba desde la calle fue suficiente para ver el charco de líquido negro que crecía en el suelo desde su cabeza y Zach se abalanzó sobre ella tan rápido como su agilidad

le permitió. La abrazó mientras la sujetaba sobre su regazo, viendo la espantosa herida de bala que a bocajarro se había llevado media cabeza. En la más absoluta de las desolaciones comprendió entonces que no había ya nada que hacer por ella y levantó la vista hacia la ventana. Allí, inmóvil contra las luces de la ciudad, se perfilaba la silueta del chico que había disparado.

–Lo siento, señor Schneider. No tenía nada contra ella... ¡Joder! Solo quería *hablar* con su hijo y ella se puso nerviosa –dijo el muchacho desde la ventana, tras lo cual saltó al tejado del porche de la entrada para desaparecer, dejándolo solo dentro de su armario, sosteniendo el cadáver de su mujer y apoyando la cabeza en la pared sobre la que había ido a parar la mitad del cerebro de Lilian. Quién sabía qué bonitos recuerdos que tanto amor había costado conseguir guardaban los trozos que pegajosos resbalaban por la pared para detenerse al llegar al suelo. Zach no derramó una sola lágrima por la mujer que amaba sino que, con la esperanza de que quizás el cerebro que le quedaba en la cabeza pudiera tener alguna actividad que le permitiera oír lo que se le decía, se dedicó a susurrarle al oído cuánto la quería; intentando que fuera lo último que oyera hasta que sonaron las sirenas de la policía, alertada por algún vecino.

Cuando la policía le interrogó, recordó un detalle que en su momento se le había pasado desapercibido; y es que antes de irse por la ventana, el asesino se había despedido de él moviendo los dedos de su mano a modo de cruel despedida... Tal y como acababa de hacer al acabar el juicio que lo había absuelto al conseguir sus abogados que, dada la oscuridad reinante en la escena del crimen, todas las pruebas, incluyendo el testimonio de Zach, fueran tomadas por circunstanciales y sin valor alguno para condenar al chico del modélico empresario. Los inútiles de la policía que revisaron con lupa su casa no fueron capaces de encontrar ni tan siquiera una huella válida, de forma que sin muchas pruebas, el jurado declaró al muchacho libre de toda culpa y hundió a Zach en la más indefensa de las miserias. Ahora su mujer estaba muerta, su asesino en la calle y su hijo echándole en cara su inacción mientras se iba de la mano de su suegro que a buen seguro intentaría alimentar el corazón de Joey con todo el odio con que fuera capaz.

Lo peor estaba por llegar. No pudo imaginarse que la vuelta a casa tras el juicio iba a ser tan descarnadamente dolorosa. La primera noche no subió al piso de arriba con tal de no encontrarse con los fantasmas que le esperaban. Intentó hablar por teléfono con su hijo, pero en cada intento se encontraba con la voz del doctor Lewis que le impedía hablar con él, alegando peregrinas razones sobre la conveniencia de no hacer recordar a su hijo la vergüenza que había tenido que pasar.

Decidió entonces refugiarse en su profesión, de alguna forma su otro amor en la vida que le sirvió como consuelo exigiendo lo mejor de él en todo momento y apartando de su mente los espíritus que habían quedado encerrados en el ropero de su dormitorio. Pidió ser destinado a la base de Diego García, situada en un islote perdido en medio del Océano Índico lo que, a sabiendas de su situación personal, le fue concedido en seguida. Estuvo un total de seis meses destinado en una unidad de bombardeo estratégico en el atolón, realizando misiones reales sobre objetivos en Oriente Medio. En este periodo consiguió por fin hablar con su hijo Joey el cual, aunque todavía reticente a hablar con su padre, mantuvo un contacto más o menos estable por correo electrónico, lo que le otorgó una energía vital extraordinaria junto a un sentimiento de culpa que no había observado antes. Empezó a pensar que era posible que su hijo tuviera razón y que debía haber acabado con aquel hijo de puta para lavar con su sangre la que su esposa había perdido hasta entregar la vida.

Volvió a casa tras su estancia en Diego García siendo otra persona. Había conseguido dejar atrás el odio que le pedía venganza y sangre, pero había encontrado otra razón para vivir. Una que le pedía acabar con aquellos que habían osado causar tanto daño a su familia. Era un

sentimiento tan fuerte que le hizo entrar en su casa con bríos renovados, dispuesto a subir a su dormitorio a expulsar cuantos temores pudiera encontrarse.

Pero lo que descubrió al entrar en su domicilio era algo muy diferente. Le sorprendió encontrar al doctor Connor Lewis cómodamente sentado en su sofá saboreando un vaso de bourbon mientras mostraba el más amable de los semblantes que le recordaba.

–Hola, Zach. Bienvenido a casa –le obsequió el doctor levantando hacia él su vaso aunque sin levantarse del asiento.

–Doctor Lewis. Reconozco que no esperaba verlo aquí –contestó Zach dejando su petate en el suelo con rudeza y mirando con aprensión el salón de su casa. Lo recordaba más sombrío.

–Me enteré de tu regreso y quise estar contigo en este momento –explicó tras levantarse de su asiento a duras penas. El sofá era quizás demasiado mullido para su agilidad septuagenaria–. Me ha dicho un buen amigo que no has sido capaz de entrar todavía al dormitorio donde murió Lilian. Ya es hora. Vamos –sentenció tendiendo una mano hacia Zach.

Sorprendido por la paternalista actitud de su otrora beligerante suegro, se dejó acompañar hasta el dormitorio. Encendió la luz del pasillo, y este pareció estirarse delante de él, como alejando la puerta de su cuarto de donde se encontraba. Seguido por el doctor, se dirigió hacia su cuarto con el paso más firme que pudo adoptar. Empujó la puerta para indagar. No había nada que no hubiera antes. Ni rastro de los fantasmas que le habían atormentado desde que Lilian murió allí mismo, hacia algo más de medio año.

–¿Qué sientes, Zach? –le interpeló con suavidad la voz del doctor desde el pasillo, metros detrás de donde se encontraba.

–No lo sé, Connor –se atrevió a tutearle. Al fin y al cabo era lo que siempre había hecho–. Quizás la sensación de que daría lo que fuera por borrar todo lo que pasó ese día entre estas cuatro paredes.

El doctor se acercó hasta palmear la espalda de Zach con gesto amistoso.

–Te dejo solo con tus pensamientos, soldado. Te espero en el salón. Quiero hablar contigo.

Una vez a solas, se atrevió a efectuar lo que nunca hubiera pensado hacer y abrió de par en par la maldita puerta del armario para recibir cara a cara aquello que hubiese en su interior. Por un segundo su mente colocó en su suelo la imagen de un hombre deshecho intentando mantener la compostura mientras, al mismo tiempo que le susurraba palabras de amor, sostenía en sus brazos a su esposa herida de muerte, pero en una décima de segundo le asaltó la realidad. El armario había sido vaciado y no contenía ni tan siquiera una percha venida a menos colgando de la barra superior.

Permaneció mirando su interior un tiempo indeterminado antes de bajar al salón para reunirse con su suegro. Se lo encontró con el vaso de bourbon que antes había dejado a la mitad, plantado delante de la estantería. Zach permaneció quieto tras bajar el último escalón, mirando el salón que parecía haber retenido el tiempo en el que entró en él por última vez: el día del asesinato de Lilian. Si hacía un esfuerzo, podía oler su perfume en el ambiente.

–¿De verdad te gustaría borrar todo lo que ocurrió en esta casa, Zach? –preguntó el doctor sin darse la vuelta, ensimismado en los CD que tapizaban un par de baldas.

–Ojalá fuera posible –sentenció.

–Quizás estés en disposición de conseguirlo –se volvió hacia él–. Siéntate.

Zach obedeció y se acomodó en el sofá mientras observaba al doctor hacer lo mismo.

–Resulta que tengo unos buenos amigos en Europa que están buscando a alguien como tú, con ganas de cambiar hechos que a la larga han sido muy negativos para el mundo. Quizás el asesinato de mi hija sea una de las cosas que puedan arreglarse.

Zach permaneció en silencio. Su suegro no podía estar hablando en serio. Lilian estaba muerta y enterrada y nada podía cambiar eso. Quizás en realidad bajo su apariencia de hombre duro al frente del Movimiento se encontraba lo que tenía delante: un anciano que se aferraba a la realidad como podía, deformándola a su conveniencia. Pero no quería desconfiar de un hombre como él, por lo que decidió que, quizás refiriéndose a futuros hechos similares, merecía la pena prestarle atención.

–Adelante, Connor. Te escucho.

Una sonrisa de triunfo asomó al rostro del doctor Lewis y, sin entrar en incómodos preámbulos, le pasó a detallar de qué manera una organización alemana afín al Movimiento pretendía viajar al pasado para ayudar al extinto Tercer Reich a ganar la Segunda Guerra Mundial. Zach prestaba toda la atención que podía a los planteamientos que se le ofrecían, pensando en ocasiones que el doctor había perdido la razón mientras que en otras daba muestras de una lucidez extraordinaria. Lo que le contaba era tan inverosímil que tenía que hacer verdaderos esfuerzos para creer lo que le decía; y eso que en el fondo anhelaba hacerlo.

–Se que debes pensar que chocheo, pero te aseguro que tengo datos que demuestran lo que te estoy contando –dijo, mientras volvía a hacer esfuerzos para levantarse del sillón y dirigirse hacia el equipo de música–. Antes de seguir debo preguntarte si mis amigos pueden contar contigo. Te necesitan, Zach Schneider. Y Lilian también.

–No sé, Connor. ¿Pretendes que crea que tienes una máquina del tiempo para mandarme a luchar junto a Hitler? Estarás hablando en broma ¿Verdad? Porque eso no hay quien se lo crea..

–Sí, lo sé. Pero te aseguro que es todo real.

–No me lo puedo creer... Y... Si fuera así... ¿Cómo volvería? ¿Y qué pasará con Joey? Es todo lo que me queda.

–No te lo puedo ocultar, hijo. Es un maldito viaje de ida –sostuvo su mirada. A Zach no le pareció la de ningún demente, y eso le horrorizó–. Por eso mis amigos te pagarán una pasta, y ese dinero irá íntegro a tu hijo. Y tienes mi palabra de que no dejaré jamás que se mezcle con la purria que sabes que frecuenta los mítines del Movimiento. Sabrá que su padre es el mayor héroe que la historia haya conocido y será asquerosamente rico para honrar tu memoria como se le ocurra.

–Pero... Si viajo al pasado... ¿Volveré?

El doctor negó mientras le daba la espalda.

–Veo que todavía tienes los discos que te solían gustar hace años, cuando eras un guerrero –sonrió antes de pulsar el botón de reproducción del equipo. Zach reconoció la canción que comenzó a sonar por los altavoces. En ella se describía como un joven patriota moría luchando por sus ideales y afirmando que encontrará a sus camaradas en el paraíso de los guerreros–. Lo único que te pido es que estés con tu nación cuando te necesite.

–Si un hombre es juzgado por sus hazañas, entonces te veré en el *Valhalla*^[13] –contestó.

Aquel día había aceptado la alocada misión que el doctor le había propuesto y ahora, tras largas jornadas de formación en el plan que los amigos del doctor Connor habían dado por llamar *Operación Bifrost*, se encontraba a bordo de su avión dispuesto a ejecutarla. Se preguntaba cómo había llegado hasta ese momento cuando el teniente, acabada su inspección exterior, abordó la nave. Zach volvió entonces a la realidad aceptando el destino que su palabra había garantizado acometer, dando la máquina lista para su misión y procediendo a cerrar puertas esperando que el personal de tierra les remolcara para dejar la tranquilidad del hangar y enfrentarse al mundo que les esperaba fuera. El capitán Schneider reprimió entonces un escalofrío. La suerte estaba echada cuando la nave remolcada cruzó el umbral de su refugio. Aunque la misión que lo había situado a los mandos del avión hoy podía cancelarse en cualquier momento, lo que tenía planeado hacer –su

verdadero cometido— no admitía demora alguna. Había demasiada gente coordinada para realizar sus tareas en ese exacto momento, y no sería fácil volver a poner la maquinaria en marcha si esta se detenía. No había vuelta atrás cuando, una vez en el exterior y con los motores al ralentí, la torre de control de la base les autorizó a rodar hasta la pista 01 donde debían mantener la posición hasta que les permitieran el despegue.

Una ligera presión hacia delante en las palancas de gases movió sin prisas al *Spirit of Alaska* camino de la pista de despegue donde, una vez situados sobre los números que indicaban que estaban sobre la cabecera de la pista 01, comunicaron su situación a la torre esperando que les llegara la autorización de despegue, la cual no se demoró mucho tiempo. El control de tierra les autorizó a irse al aire y, una vez arriba, virar a la izquierda a requerimiento del control para ascender a nivel de vuelo 310^[14] y seguir su plan de vuelo hacia las Rocosas.

Tras repetir el capitán las instrucciones de la torre de control para indicar que las había recibido correctamente, el teniente Fischer empujó las palancas de gases hacia su posición más adelantada, provocando que los motores del avión entregaran todo el empuje que eran capaces de dar, catapultando al avión hacia delante y ganando velocidad a medida que avanzaban por la pista. El capitán Schneider iba anunciando las diferentes velocidades de control hasta que declaró que habían llegado a la velocidad necesaria para despegar. El teniente, piloto al mando de la aeronave, tiró hacia él con suavidad de los controles en ese momento y el Northrop inició una dócil rotación que lo llevó al aire a las 09:00.

Mantuvieron rumbo de pista un par de minutos mientras ganaban velocidad y altura hasta que fueron autorizados a virar hacia el oeste y ascender al nivel deseado según su plan de vuelo.

Una vez comenzaron el ascenso, el capitán se deshizo de los auriculares que llevaba, pues su ruta hasta el objetivo estaba fijada en los ordenadores de la aeronave. Ahora era momento de relajarse hasta llegar al lugar donde debían comenzar la misión. El teniente le imitó y de un solo toque traspasó el audio de control al sistema de amplificación del avión, de manera que cualquier comunicación se recibiera en abierto en lugar de por los auriculares.

—Un momento. Algo va mal —anunció el teniente, alarmado mientras comprobaba en los ordenadores los datos de las dos bombas que llevaban en la bodega—. ¡El ordenador me está pidiendo que indique el *yield*^[15] que quiero dar a la cabeza nuclear! ¡Alguien se ha equivocado y en lugar de los blancos llevamos bombas nucleares *reales* de potencia variable! ¡Hay que abortar la misión!

—No señor, la misión está en marcha —respondió Schneider.

En ese momento y haciendo gala de la sangre fría que le había llevado a ser considerado uno de los mejores pilotos de los que disponía la fuerza aérea americana, sacó su pequeña pistola de la cartuchera. Había escogido para esta misión una pistola de poco calibre para evitar hacer daños al avión, pero suficiente como para hacer saltar la tapa de los sesos de su segundo. Con calculada rapidez apoyó el cañón del arma en la sien del teniente y, antes de que este supiera que estaba pasando, presionó el gatillo para descerrajar un disparo a quemarropa que hizo que fragmentos de hueso del cráneo del teniente Fischer, junto a porciones de un cerebro que hacía una fracción de segundo se estaba preguntando por qué el capitán sacaba el arma de su funda, tiñeran de rojo la ventanilla de babor de la cabina. Su segundo no pudo saber el final de su acción.

Una vez eliminado el piloto, la parte de su misión que más le había costado asimilar, desconectó el vuelo automático e inició un rápido descenso hacia la localización que había memorizado. Sabía que el avión era indetectable por radar y que abajo tardarían un tiempo en saber que algo no iba bien, pero por ahora no era invisible y debía darse prisa en completar su trabajo antes de que las fuerzas armadas se dieran cuenta de que uno de sus mejores aviones había

desaparecido y ordenasen su búsqueda, porque sabía que el gobierno no escatimaría recursos en evitar que alguien pudiera llevarse el avión. Y ahora su hijo era millonario. No podía defraudarle.

Capítulo 5

Zach Schneider había situado su avión en la aproximación de un campo de vuelo privado en mitad de las grandes praderas que troceadas en cuadrícula acolchaban la superficie del estado de Kansas. Un ligero viento en cola empujaba su avión hacia el aeropuerto al que se dirigía.

Algunos de los grandes tractores que trabajaban los campos interrumpían sus labores ante la aparición del avión, deslizándose sobre sus cabezas como una especie de silenciosa ave negra. Tuvo la certeza de que en muy poco tiempo sería localizado si uno solo de esos granjeros llamaba a la policía creyendo que el avión se encontraba en emergencia. Y en realidad era posible que pudiera estarlo si la pista que tenía delante de él y que se acercaba inexorablemente no estaba bien acondicionada para acoger un avión de esas características. Se aferró con fuerzas a las palancas de gases, dispuesto a moverlas hacia delante con decisión si hacía falta que los motores tuvieran que devolver la aeronave al aire si frustraba la toma.

Prestó especial atención al primer contacto del tren principal con el suelo. Una pequeña estría en el terreno podía inmovilizar el avión si dañaba el tren al pasar por encima, momento en el que debía dar por malograda su misión. En ese caso, si bien podría intentar alegar un problema técnico para explicar la presencia del avión en esa pista en caso de ser detenido, le iba a ser mucho más difícil justificar los trozos de cerebro de su compañero en la cabina de vuelo. Todo el intenso entrenamiento que durante años había recibido no servía de nada frente a la sensación de ser descubierto por su país en una situación de alta traición, aunque se obligó a pensar que su actuación estaba justificada por la podredumbre moral que exhibía su patria.

La pista acogía la aeronave sin brusquedades, con cierto cariño pese a que la velocidad de aterrizaje era algo mayor que la deseable, dadas las circunstancias; y los frenos deceleraron el avión con tal eficacia que tuvo que aplicar algo de potencia para llevarlo hasta el puesto de estacionamiento, donde varios camiones cisterna le esperaban para llenar sus depósitos de combustible junto a un pequeño jeep que arrastraba un convoy de carros.

Llegó a la pequeña plataforma en la que cabía a duras penas y comenzó el procedimiento de apagado de motores. Del extraño jeep se bajaron un hombre y una mujer que se acercaron al avión por delante mientras el capitán Schneider terminaba sus tareas a bordo. Dejando una fuente auxiliar de energía para poder repostar el aparato, abrió su cinturón de seguridad y se puso en pie dispuesto a bajar a tierra para estirar las piernas, comprendiendo que sería la última vez en su vida que pisaría suelo americano.

–Bienvenido, capitán Schneider –la mujer, con una elegante media melena de negro pelo rizado que contrastaba vivamente con un frágil rostro ovalado en el que destacaban unos labios rojos sobre una tez blanquecina, le saludó en cuanto llegó a tierra –. Tenemos todo listo para salir cuanto antes.

–Me alegro de que así sea porque debemos darnos prisa. He visto desde arriba a algunos granjeros que han podido dar la voz de alarma. No creo que vean un pájaro de estos todos los días –contestó el capitán con cierto desagrado y señalando al *Spirit*. La imagen del segundo piloto sorprendido tras el cañón de su pistola todavía permanecía indeleble en su retina. No se encontraba a gusto matando compatriotas blancos, aunque se obligaba a pensar que era un mal necesario.

Los dos personajes que le esperaban en tierra, mucho más jóvenes que él y vestidos ambos de riguroso uniforme negro sobre sendos jerséis negros de cuello vuelto, se presentaron como

Diane Brown y Keith Alsop. Habían sido cortados con la misma tijera toda vez que exhibían los mismo modales, los mismos giros lingüísticos, los mismos tics y, lo que más escamaba a Zach, una sincronización que, si bien era perfecta para la realización de una operación militar como la que iban a realizar, le producía cierto escalofrío por su automatización. No parecían tener alma, fríos como se mostraban.

—No se preocupe por eso, capitán —añadió aquel que se acababa de presentar como Keith Alsop mostrando la misma dilatada sonrisa que su compañera—. Tenemos un scanner sintonizado con las emisoras de la policía local. Si alguien da la alarma, lo sabremos al instante. Por cierto... Debe entregarnos su móvil.

Zach entregó su *smartphone*, sabiendo que no le serviría de nada allí donde se dirigían. Lo que no le pareció tan normal fue que Keith lo depositara con disimulo dentro de la cabina de uno de los camiones cisterna. Le pareció una forma poco ortodoxa de hacer desaparecer una prueba.

Sus ayudantes se esforzaban en mostrar una camaradería que se encontraban lejos de sentir; y a Zach no le cupo duda de que tanto Diane como Keith eran en realidad sus comisarios políticos. Conocía a la perfección los entresijos de su misión y, aunque era posible que en ciertas etapas una ayuda pudiera serle útil, le pareció que dos personas extra eran demasiadas. Ahora sabía por qué. Una de ellas —cualquiera en un momento dado— sería su ayudante mientras que la otra sería su supervisor. Sus superiores debían haber decidido enviar a alguien con una determinación a prueba de bombas para con el operativo. Y no les había bastado con uno, sino que lo habían enviado por duplicado. Una de dos: o inspiraba poca confianza a sus superiores o la misión era más dura y exigente que lo que había pensado.

Viendo la forma en la que los dos nuevos compañeros actuaban estaba claro que su adiestramiento había sido todo lo inflexible y duro que hubiera sido necesario para imbuir en ambos semejante sincronización de acciones. Zach, recordando que el tiempo era un bien escaso en su escala, les instó a darse la mayor prisa posible en cargar el avión con el material que necesitarían para su misión mientras las cisternas llenaban los depósitos de combustible de la aeronave.

La mujer, Diane, expuso con orgullo que el equipo llevaba listo para trabajar desde hacía una hora, lo que tuvo el efecto de arrancar una discreta sonrisa complaciente del rostro del capitán antes de dirigirse hacia el panel de control que abría las dos bodegas del avión.

Las cuatro compuertas negras se abrieron tras el agudo ruido que producía la puesta en marcha de las bombas que accionaban el sistema hidráulico de apertura. Mientras que los camiones cisterna se relevaban en su misión de repostar el avión, los dos compañeros de misión de Zach se aventuraron bajo la panza del negro avión para contemplar su blanca bodega de carga, donde dos artefactos termonucleares de potencia variable descansaban antes de partir en un viaje que debía cambiar para siempre la historia. No había sido fácil para Bifrost sobornar a los funcionarios precisos para que se cargasen en el avión bombas reales en lugar de las convencionales que la inicial misión de calibración de instrumentos requería. Para cambiar el mundo se necesitaba potencia atómica real.

Ninguno de los dos hizo nada por disimular la admiración que les producía la vista del armamento nuclear. Sus miradas daban cabriolas de una bomba a otra, dispuestas de forma que parecían orbitar alrededor del eje de los carruseles de cada una de las dos bodegas. Zach, pese a que estaba acostumbrado a semejante vista, tuvo que admitir que había algo de hipnótico en su disposición antes de mover un carrusel para dejar el espacio libre en su posición de carga lo más abajo posible.

—¿Cómo piensan subir la carga hasta ahí? —espetó Zach mientras manipulaba el panel de

carga de combustible. Sus dos ayudantes abandonaban el vientre del avión para dirigirse al convoy con la carga—. ¿Y cómo piensan bajarla después?

—Ahora verá. Comencemos el trabajo, que sabe que vamos escasos de tiempo —encajó Diane sin esfuerzo al mismo tiempo que le mostraba una gran pieza negra que Zach reconoció como un deflector que debía ser instalado en el tren de morro. El capitán recogió la pieza y la analizó entre sus manos. Sabía que debía operar en pistas no preparadas y era necesario dotar al tren delantero de un deflector que impidiera que las piedras que levantase la rueda de morro al correr sobre tierra golpearan la panza del avión, lo que sería en extremo peligroso. Diane le dio la espalda tras hacerle entrega de la pieza y procedió, junto a su compañero, a cargar con extremo cuidado uno de los alargados paquetes sobre el extraño jeep que tiraba del convoy.

Una vez de pie junto al panel de control de las bodegas, pudo comprobar cómo aquellos que su misión denominaba como subordinados trabajaban en equipo de una forma tan compenetrada que parecía que toda su vida hubieran estado cargando las bodegas de un B-2. Mientras Keith conducía con extraordinaria pericia el cargado vehículo bajo el avión —Zach no dejó de pensar que el más inocente golpe del jeep a una de las patas de la aeronave hubiera dejado a esta fuera de servicio—, Diane sacaba del maletero del vehículo un pequeño equipo que parecía ser un grupo electrógeno, cuya manguera acopló al extraño transporte una vez se dispuso este en posición bajo la bodega.

—Esto, capitán, es un pequeño compresor que bombeará líquido hidráulico al sistema de suspensión del jeep para elevarlo lo suficiente como para que alcance la bahía de carga del avión —explicó la mujer, notando la extrañeza con la que Zach miraba el aparato que con un ligero petardeo había logrado poner en marcha—. La altura de la suspensión del coche puede variarse a voluntad, de forma que esta válvula —señaló un pequeño botón en el chasis del jeep— regula si el circuito neumático se abre o se cierra.

Diane empezó a enviar presión al sistema de suspensión del coche, elevándolo desde el suelo. Los amortiguadores emitieron un quejido cuando el vehículo alcanzó su altura máxima y lo situaron cerca de la bahía de almacenaje.

Keith trepó por el chasis extendido del coche hasta el carrusel que soportaba armamento nuclear con el más inocente de los empaques. Una vez allí consiguió situar la carga cerca del armazón mientras que Diane, desde abajo, le procuraba un pasador que a primera vista parecía idéntico a aquel que aseguraba las bombas; algo del todo imposible. El más simple componente del *Spirit* era clasificado *top secret...* y esos hombres parecían disponer de varios de ellos que usaban para asegurar la alargada carga al carrusel, como si se tratase de una bomba más.

Una vez asegurada la carga, Keith manipuló de nuevo la llave de paso para eliminar el exceso de presión del sistema de suspensión, de manera que el coche que hacía las veces de elevador descendió poco a poco hasta llegar a su posición original, acoplado a la parte motriz del jeep que había permanecido firme y asegurada en tierra.

Mientras continuaban con la carga, Zach se dirigió, deflector en mano, al tren delantero del avión dispuesto a colocarlo en su sitio. Era una pieza construida en un taller que no había tenido más datos que una serie de medidas que Zach había facilitado y que debía ser montada en el eje del tren delantero, en el lugar al que se acoplaba la barra de *pushback* que permitía a un tractor arrastrar al avión en tierra. Para su tranquilidad, los extremos del deflector encajaron a la perfección en su sitio y comenzó a atornillarlo al avión. Miró hacia arriba, midiendo el pozo del tren con mirada experta y esperando que el panel que estaba instalando cupiera dentro del hueco y no impidiera que se cerrasen las compuertas una vez en el aire.

Sentado a horcajadas sobre las ruedas delanteras y apretando las últimas tuercas del

deflector, contempló la última maniobra del jeep y comprendió que ahora la carga era el mismo vehículo, de forma que cuando fuera elevado y anclado al carrusel serían las ruedas de este las que subirían hacia su chasis mientras la presión abandonaba los circuitos hidráulicos.

De repente, Diane pareció haber sido alcanzada por un rayo y, con idéntica rapidez, se llevó una mano a su oído intentando que su intercomunicador le transmitiera la información más fiable sin interferencias externas.

–Chicos, comenzamos la operación salida. Nos han localizado –anuncio mientras prestaba atención a la frecuencia de la policía que antes había declarado oír–. Nos vamos... ¿Todo listo, capitán?

Había terminado de ensamblar el deflector y le hubiera gustado haber podido colocar el avión sobre unos gatos para hacer un par de pruebas de retracción del tren, pero sabía que iba a ser imposible. Tras un breve examen comparativo de las medidas del tren con su deflector y del pozo en el que este debía plegarse en vuelo decidió que, salvo la colocación del ingenio que habría de hacerles saltar hacia atrás en el tiempo que no llegó a ver aún, todo estaba en su sitio, incluyendo a los restos del pobre teniente Fischer cuyo único pecado mortal había sido el de ser su segundo en esta misión que se suponía rutinaria.

–Sí, está todo listo. Falta que *subamos* –comprobó que la carga de combustible había terminado y recalcó esta última palabra para asegurarse que los tres se repartirían la desagradable tarea– a limpiar la cabina de restos humanos. Por otra parte... ¿Tenéis la máquina del tiempo? –preguntó Zach intentando no parecer muy desinformado respecto a los aspectos de su misión que implicaban maquinaria extraña al ejército, puesto que, en realidad, nunca había visto la máquina del tiempo ni en imagen.

–Si te refieres a esto, la tengo yo –anunció Keith sacando del pequeño maletero del vehículo acoplado ya al avión un pequeño aparato que por fuera poco se diferenciaba del compresor que habían utilizado para levantar el jeep hasta la bodega del bombardero–. Vamos a limpiar eso –afirmó despreocupado mientras descendía de la bodega sosteniendo la carga de pago más importante del proyecto como si fuera una bolsa de la compra–. Esto da igual cómo lo instalemos.

Habían bajado a tierra el cuerpo inerte del teniente mientras la última cisterna había terminado de repostar y comenzaba a desengancharse del avión cuando comenzaron a oírse las primeras sirenas.

El conductor del primer camión se extrañó al oír las. Le habían asegurado que, pese a lo insólito de la situación, debía estar tranquilo porque lo que tenía que hacer estaba respaldado por el gobierno de su país. El hecho de oír sirenas no lo confirmaba precisamente, y cuando vio cómo desde el avión arrojaban lo que parecía ser un cadáver, empezó a ponerse nervioso.

–Creo que tendremos que dejar la limpieza de la cabina para cuando estemos en el aire –manifestó Zach Schneider a sus dos compañeros mientras subían con apremio al avión y accionando el mecanismo que recogía la puerta exterior. No quitaba ojo a la indicación en el panel de control que indicaba que la compuerta ventral de acceso estaba abierta. Hubiera jurado que había transcurrido una eternidad cuando por fin se apagó el testigo y pudo dar la puerta por cerrada para iniciar el proceso de puesta en marcha de los motores.

–¡Capitán! ¡Se nos echan encima! –exclamó Diane quitando los auriculares del scanner para que todos pudieran oírlo. No parecía alarmada sino que transmitía la necesidad de salir de allí cuanto antes.

Sin embargo, los cuatro motores del avión no entendían de prisas y realizaban su rutina de puesta en marcha al ritmo que le marcaban los ordenadores encargados de controlarlos. Ni tan

siquiera se apresuraron cuando fuera del avión la policía detuvo a los dos camiones cisterna realizando varios disparos al aire.

–¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! –rugió la policía, dentro de la cabina a través del pequeño scanner en las delicadas manos de Diane Brown–. ¡Ese pájaro es demasiado valioso como para dispararle! ¡Bloquéenle la salida con los coches!

–¡Bien! Parece que nos van a dejar tranquilos por un segundo –profirió Keith Alsop ocupado en la parte trasera de la cabina.

–Por lo menos en tierra –matizó Zach con una mueca de disgusto viendo cómo los policías le hacían gestos conminatorios mientras los coches comenzaban a maniobrar–. Lo más seguro es que ahí arriba haya aviones en camino para cazarnos en vuelo.

–Cuando lleguen nosotros no estaremos aquí para saludarles –manifestó Keith, operando la máquina que habría de llevarles al año 1940.

Los motores se declararon aptos para empujar al avión, cosa que hicieron al instante, en cuanto Zach Schneider movió las palancas de gases hacia delante.

–¡Mierda! ¡Nos van a alcanzar! –gruñó el capitán mirando por las ventanillas los coches patrulla que intentaban ganar el morro del avión para bloquearlo.

–Intentaré llamar su atención con algo –expuso Diane con malicia, sacando un pulsador de un bolsillo–. A ver qué les parece esto –murmuró mientras presionaba un botón en el mando.

En ese momento, una gran explosión tras él hizo estremecerse el avión. A demanda del capitán Schneider, Diane declaró desapasionadamente haber accionado a distancia unas cargas explosivas que había situado con cuidado en los camiones cisterna con el objeto de no dejar testigo alguno de su presencia en la zona. De ser interrogados, los conductores de las cubas, ajenos al operativo, podían haber dado incómodos datos a la policía, por lo que Bifrost ya había planeado deshacerse de ellos cuando la nave estuviese lista para despegar. Zach lanzó un exabrupto mientras golpeaba el cockpit y dirigía el avión hacia la cabecera de la pista todo lo deprisa que podía sin forzarlo. No le hacía mucha gracia que la lista de muertos que su copiloto había inaugurado fuera creciendo por momentos. Sin embargo, la explosión había surtido el efecto deseado y los coches patrulla se detuvieron por un instante, permitiéndoles alcanzar la cabecera de la pista.

–¿Pero qué hacéis? –ladró en la cabina el scanner reproduciendo la voz de aquel que administraba órdenes a los coches–. ¡No os paréis! ¡Seguid con el avión!

Ya era demasiado tarde. El B-2 *Spirit* viraba sobre la pista para colocarse en posición de despegue, dando a sus pasajeros una aterradora visión de los camiones cisterna ardiendo y levantando grandes columnas de humo negro en la rampa. Con la ventaja que le otorgaba el no tener que esperar que nadie le autorizase el despegue, el capitán empujó hacia el tope delantero las cuatro palancas de gases, haciendo que los motores propulsasen al avión con todas sus fuerzas y dejando atrás el apocalíptico panorama que su corta escala había ocasionado.

La pista era tan suave como lo había sido antes en el aterrizaje. Quien fuera que hubiera sido había hecho un buen trabajo de acondicionamiento, pensó el capitán mientras controlaba la velocidad que iba adquiriendo el avión, de forma que una vez alcanzó la necesaria para volar, tiró levemente hacia atrás de la palanca de control para que la nave alzara el morro con docilidad, como si no supiera que estaba siendo perseguida. El ligero viento que le empujaba al aterrizaje se había tornado en aliado a la hora de levantar el vuelo y el negro pájaro se dirigió hacia el cielo. Los coches patrulla de la policía siguieron corriendo por la pista pese a comprender que no alcanzarían su objetivo que impasible continuaba en rumbo de pista cada vez más alto sobre el terreno.

–Parece que los hemos dejado atrás –anunció Diane Brown, girando la cabeza cuanto pudo para intentar observar el desaguisado.

–Sí, pero los problemas siguen –recalcó Zach. Acababa de accionar la palanca que subía el tren de aterrizaje y se la mostraba a sus compañeros. Una impertinente luz roja parpadeaba junto a la palanca–. Es el tren delantero. No cierra y no podemos comenzar la misión con una compuerta abierta –maldijo entre dientes el momento en el que decidió instalar en su avión esa condenada pieza que nunca había sido probada con anterioridad.

A la desesperada volvió a bajar el tren con la esperanza de que al repetir el procedimiento se cerrase la puerta. En su situación de huida le pareció una eternidad el tiempo que tardó en extenderse; y más largo se le hizo cuando, tras volver a subir el tren, la luz roja que indicaba que la compuerta delantera estaba abierta permaneció encendida con insolencia cuando se tornaron verdes las correspondientes al tren principal.

Zach comenzaba ya a pensar en misiones fallidas y consejos de guerra con sentencias de muerte cuando, de una forma inocente y con dulzura infantil, la luz de la compuerta delantera se volvió verde. El capitán respiró visiblemente aliviado.

–Parece que se ha cerrado. Espero que luego podamos abrirla.

–¿Eso quiere decir que todo va bien? –preguntó Diane en el asiento del primer oficial.

–De eso nada –atajó Zach mirando las pantallas con renovada intranquilidad. Parecía que su país no iba a ponerles las cosas fáciles–. Tenemos detrás dos contactos radar que se acercan a toda velocidad. Me temo que son los chicos de la base de Tulsa que nos han enviado dos F-16 para darnos caza.

–¿No podemos evitarlos? –preguntó la mujer, revolviéndose en el asiento del piloto.

–En absoluto. Este pájaro es más lento y menos maniobrable que ellos; y no tiene más defensa que su invisibilidad al radar. En cuanto estemos a tiro estamos perdidos.

–¿Cuánto tiempo tenemos? –preguntó Keith mientras seguía programando la máquina a toda prisa.

–No mucho –respondió el capitán tras meditar la respuesta un segundo–. Tenemos suerte de que no puedan fijar el avión como objetivo de sus misiles, pero como mucho en dos minutos estarán aquí y no somos invisibles a sus ojos. Ni a sus cañones de 20mm.

–Yo en un minuto estoy listo para hacer el salto –proclamó Keith.

El anuncio generó un extraño silencio a bordo, promovido por la desazón que genera el hecho de enfrentarse a lo desconocido tan de repente y sin preparación previa, sabiendo que puede irte la vida en ello. Nadie, que ellos supieran, había dado un salto hacia atrás en el tiempo y había vuelto para contarlo. Y entendían que el suyo era un viaje sin retorno, por lo que si algo fuese mal, nadie lo sabría jamás y nadie montaría un operativo para ir a salvarles. Mucho menos después de haber robado la más perfecta máquina de guerra que tenía su país.

–¿Se nos echan encima! –maldijo el capitán, comenzando a ponerse nervioso. No habían intentado contactar por radio, lo que con toda seguridad significaba que no tenían intención alguna de negociar con el avión, sino derribarlo sin preguntar.

–¿Los veo! –anunció Diane mirando por la ventanilla de babor de la cabina.

–¿Mierda! –replicó Zach–. Han venido muy deprisa. Nos quedamos sin tiempo.

–Un segundo... –pidió Keith con tranquilidad.

–A lo mejor no lo tenemos –aventuró el capitán comprobando cómo los dos cazas maniobraban a toda velocidad para ponerse a la cola de su avión, dispuestos a abrir fuego en cuanto pudieran. Viró a la derecha hacia una cercana formación de nubes, esperando ganar unos segundos extra ocultando su avión a la vista de sus perseguidores.

–Ya no me hace falta.

Fue la última frase que pudo escuchar Zach Schneider antes de sentir un relámpago dentro del avión. En realidad no había sido un rayo, pero no había encontrado nada mejor para describirlo en la fracción de segundo que el destello había durado.

Se sorprendió de lo rápido que se puede pensar en situaciones extremas. Tal explosión de luminosidad había durado un brevísimo instante, pero le había dado tiempo a pensar que habían sido alcanzados por el potente cañón del caza que los perseguía y que su hora había llegado. No se le ocurría otra justificación para explicar la luz que había inundado la cabina de su avión tan repentina como irracionalmente, porque ninguna explosión que él conociera podía generar semejante relámpago que no llevaba trueno alguno asociado.

Había sido más bien como si reventase un globo lleno de luz líquida, esparciendo dentro de la cabina su contenido de intensa radiación blanca. Como si la penetrante luminiscencia de alguna manera estuviese disuelta en aire y dentro del avión, al actuar al igual que una botella de refresco de luz que se abre, se hubiera colmado el espacio de burbujas de claridad.

Tal líquida propiedad de la luz se hizo incluso más patente cuando desapareció del mismo modo que desaparecen las manchas de la piel de las sepias, a oleadas. Entonces asumió que quizás lo que había sentido no correspondía con ningún trauma sino que había sido parte del procedimiento de salto en el tiempo, sentimiento que la pregunta de Keith Alsop confirmaría tras un instante. Tuvo que recordar que no había lo que se dice mucha literatura descriptiva de los fenómenos de traslocación temporal.

–¿Estáis todos bien? –preguntó Keith tras levantarse dejando la pequeña máquina del tiempo en la parte trasera de la cabina.

–Creo que sí –contestó Zach palpándose el cuerpo y comprobando de un vistazo los sistemas del avión–. Déjame que revise todo... ¿Hemos viajado en el tiempo?

–Eso parece, capitán... ¿Habéis visto el cielo, chicos?

–Sí –murmuró Diane Brown mirando embobada por la ventana de la cabina. Lo que hace menos de un instante era un límpido cielo azul manchado por alguna nube ocasional se había transformado en menos de un instante en un cubierto cielo gris amenazante de lluvia. Sintió una sensación que no había experimentado antes, parecida a la que tiene el que contempla un número de ilusionismo en directo y la chica desaparece de la jaula ante mil ojos sin dejar rastro. En esa ocasión, no había prestado atención al cielo, pero a su retina no se le escapó el detalle de que este había cambiado instantáneamente.

Los dos F-16 que amenazantes aparecían en el radar ganando la cola del avión habían desaparecido como por ensalmo y, queriendo inmortalizar el momento en el que habían comenzado tan extraña singladura, en la cabina del avión se oyó un timbre que anunciaba un nuevo mensaje de alerta en la pantalla central de datos.

GPS DATA LOST

Había perdido todo contacto con el mundo mientras las nubes los acogieron en su seno de una forma casi paternal.

Capítulo 6

Tim Gottlieb se sabía no solo el centro de la reunión en el cálido salón del chalet alpino ahora que sus compañeros le elogiaban por su proyecto y le deseaban la mejor de las suertes tanto para él como para ellos, sino que era consciente de que el mundo giraba alrededor de su proyecto. Ningún otro fue tan revolucionario en toda la historia de la humanidad, ni tan siquiera aquel que pudo someter el poder del átomo. Controlar una reacción nuclear era algo tangible mientras que cambiar el curso del tiempo era algo mucho más elegante que no podía hacerse con la vulgaridad con la que se conseguían explosiones nucleares. Y también había que ser delicado para convencer a la totalidad de miembros de Bifrost. Sabía que su propuesta iba a ser la estrella del orden del día, pero dada su extrema novedad no las tenía todas consigo para sacarla adelante. La natural y humana reticencia de sus compañeros hacia lo desconocido se constituyó en un escollo que en ocasiones había parecido insalvable, sobre todo en aquellos primeros momentos en los que aparentaba hablar de temas más cercanos a la ciencia ficción que a la realidad del proyecto que sus investigadores estaban desarrollando con los pies firmes en la tierra. Una vez más, se congratuló de que sus compañeros de sociedad fueran gente con un alto nivel cultural, lo que había sido clave a la hora de entender algunos conceptos novedosos que les había explicado, fundamentales para entender al menos en parte el mecanismo que hacía posible que una máquina sea enviada al pasado.

Por vez primera desde que entró a formar parte de la Sociedad Thule sentía que por fin el grupo tenía sentido. Hasta ese momento, las reuniones de la asociación que Tim había conocido habían sido más bien una exhibición de poder en la que se trataban los planes como una competición para determinar cuál de los miembros de la Sociedad tenía mayor poder e influencia a cualquier nivel. Todos tenían claro que el principal motivo de la existencia actual de Thule era la búsqueda de mecanismos para devolver a Alemania su glorioso pasado absolutista, pero en lugar de proponer acciones para conseguirlo, parecía que el anhelo de los miembros era el de mostrar su poder sugiriendo mecanismos de dudosa utilidad para conseguir los fines de la Sociedad pero estupendos para desplegar todo el poderío económico y social que sus miembros podían brindar.

Tim sabía que tenía en sus manos una opción real. Había conseguido sacar a Thule de su sopor y le ofrecía no solo devolver a Alemania su antiguo esplendor, sino la seguridad de que nunca lo había perdido; interviniendo y evitando el hecho de perder la guerra que precipitó su caída. Ese era el mensaje que quiso transmitir y, a tenor de la autorización que había recibido para poner su proyecto en marcha, lo que sus compañeros habían percibido. Les había hecho aceptar su propuesta por encima de las dudas que la novedad de la empresa engendraba al moverse por terreno inexplorado.

Bien era cierto que las pruebas realizadas no habían arrojado ningún dato preocupante, pero podía ser que en algún punto en el que nadie había pensado se escondiera la fatalidad. O que los efectos de someter la materia a un proceso de retroceso en el tiempo se notasen a largo plazo, por lo que todos los ensayos que se hubieran realizado no mostrarían problema alguno al terminar los experimentos.

–Me vas a permitir que vuelva a exponer mis dudas –intervino Mathias Eggers interrumpiendo el turno de felicitaciones y haciéndose eco del sentir de muchos de los miembros de Bifrost que tenían la misma sensación de vértigo–. ¿Estás seguro de que la tecnología que nos

has descrito no generará más problemas que soluciones?

–O de que el plan de acción está perfectamente elaborado –añadió Kristian Bohm tras el Gran Maestre–. Tengo la desagradable impresión de que cualquier interacción no calculada con el pasado podría tener irreparables consecuencias en el presente.

Tim compuso el gesto. Pese a que estaba muy seguro de su plan, le asaltaban las mismas dudas que al resto. A fin y al cabo, era igual de humano que ellos y se enfrentaba a la misma desconocida tecnología que le provocaba similares miedos.

–En lo que concierne al plan y a sus directrices, mi equipo ha previsto todas las variables posibles y ha trazado unas instrucciones muy claras que los fieles agentes que darán el salto al pasado no podrán romper –comenzó explicando la parte fácil.

–Pareces estar muy seguro de la lealtad de tus hombres –terció Mario Adler.

–Así es, Mario –asintió–. El operativo consta de tres hombres, de los cuales dos han sido escogidos de entre nuestras organizaciones simpatizantes; dos excelentes patriotas y unos formidables soldados en los que podemos confiar en que no abandonarán las directivas que les han sido dadas.

–¿Y el tercero? –preguntó alguien desde algo más lejos.

–El tercero es la pieza clave de la operación, la que secuestrará el bombardero para llevarlo al inicio de la Segunda Guerra Mundial. Es un capitán de la fuerza armada de los Estados Unidos, piloto de un regimiento de bombarderos invisibles al radar. Hijo de alemanes, es bilingüe, valiente, ario y contrastadamente fiel; y ha tomado la decisión de embarcarse en Bifrost tras llegar a un acuerdo por el cual la poca familia que le queda recibirá una obscena cantidad de dinero proveniente de mis fondos particulares.

–¿De tu bolsillo? –inquirió Mathias Eggers–. ¿Es que las arcas de Thule se han quedado vacías?

–He preferido realizar yo la inversión inicial. Lo considero como una aportación a la causa y una demostración de la fe que tengo en este proyecto –dudó un segundo antes de proseguir–. No tenía tiempo para pedir permiso a la Sociedad para usar sus fondos, sino que mi prioridad fue la de tener todo listo cuanto antes, incluyendo la remuneración del capitán que debe pilotar el avión hasta la Alemania del Tercer Reich.

–O sea... ¿Tu proyecto ya está en marcha? –preguntó Mario con cierta preocupación en la voz. Una cosa era dar luz verde a un proyecto tan increíble como novedoso y otra era verse inmerso en él de repente y sin previo aviso.

Tim asintió mientras daba un sorbo a su bebida. Su seca garganta empezaba a notar la tensión del momento.

–¿Quieres decir que el avión ya está rumbo al pasado? –preguntó el Gran Maestre más incómodo de lo que le hubiera gustado estar en el sillón que ocupaba.

–Sí, así es... Una vez tuve el beneplácito de la Sociedad cursé la orden para ejecutar el proyecto –contesto Tim simulando un embarazo que estaba lejos de sentir. Sabía que quizás se había tirado a la piscina demasiado rápido, pero era la única forma de hacerlo. No había marcha atrás y dudaba que alguien fuera ahora a recurrir su voto cuando fue una decisión unánime la que había dado pie a Tim para lanzar su estrambótico proyecto–. Se dio luz verde por unanimidad y por eso no dudé en actuar con rapidez porque estaba todo listo. Bifrost tenía cierta prisa porque se darían una serie de circunstancias que iban a permitir disponer del bombardero que el proyecto necesitaba. Si se demoraba, era posible que tales condiciones no volvieran a producirse jamás.

Fue como si de repente, una ráfaga de aire gélido hubiera entrado por la chimenea, rasgando el cálido ambiente que reinaba en el salón.

–Quizás hubieras debido esperar algo más –apostilló Eggers algo sombríamente–. Dado lo fuera de lo común de tu propuesta hubiera sido más prudente haber dado alguna explicación más antes de dar la orden de lanzamiento.

–Pero... Yo permanecí fuera de la sala durante la votación tal y como nuestros estamentos dictan, sin influir en el resto de miembros –intentaba justificarse aún lejos de albergar culpabilidad alguna–. Es posible que me haya dejado llevar por el ímpetu, pero lo hice en la creencia de que la totalidad de mis compañeros no tenían dudas significativas sobre mi propuesta.

–Tim tiene razón –tercio Mario, echando un cable a su amigo–. Todos dimos nuestro beneplácito a su idea... Y siendo honesto, lo que siento es miedo al vacío; supongo que como todos. Creo a Tim, pero nada me impide tener cierto respeto a lo que plantea, totalmente desconocido para todos. Incluido él, supongo.

Tim asintió agradecido a su amigo. Había descrito a la perfección sus sentimientos, no muy diferentes a los de los demás en cuanto a vivir una situación por la que nunca nadie había pasado: la de la certeza de que había alguien hurgando en el pasado y no saber si las consecuencias serán buenas o malas.

–Y... ¿Cuándo sabremos si tu plan ha surtido efecto o ha fracasado? –preguntó Kristian Bohm secándose con un pañuelo el sudor que perlaba su frente–. ¿Ahora? ¿Mañana? ¿Tras una noche de sueño? ¿Después del fin del mundo?

–¿Francamente? No lo sé –proclamó Tim calculando haber pasado ya el punto de no retorno y que lo mejor que podía hacer era hacer ver a sus compañeros que la suerte estaba echada–. Todos nuestros experimentos han demostrado que es posible viajar al pasado, pero no sabemos cómo se manifiestan los cambios en el presente –anunció dirigiéndose hacia el mueble bar y abriendo la puerta–. Creo que lo mejor que podemos hacer es relajarnos y esperar acontecimientos mientras seguimos con la orden del día. Propongo una copa... Mario... ¿Otro Oban?

–Sí, por favor... ¡Doble! –contestó, concedor de que tras el cambio de rumbo que se avecinaba en el mundo que conocía no tenía muchas ganas de seguir hablando de estrategias económicas.

Capítulo 7

Los tres pasajeros a bordo del bombardero B-2 se encontraban todavía pensando si lo sucedido era real o solo una ilusión. Todo parecía indicar que el salto se había producido, pero no había habido más señal que el fogonazo que les impactó sin piedad y sin producirse ni distorsiones de la imagen ni espectaculares entradas al hiperespacio. Si se había producido había sido de una forma continua, sin interrupciones ni deslumbrantes efectos visuales a la mayor gloria de tan histórico momento.

Tan solo algunas evidencias instrumentales parecían confirmar la cabriola temporal, como la pérdida de señal GPS. El avión disponía de un sistema de localización por satélite de precisión militar, bastante más sensible y preciso que las versiones comerciales que adornan los coches y *smartphones* de medio mundo; pero había perdido contacto con todos los satélites. Teniendo en cuenta que el sistema fue puesto en marcha a principios de los 90, era lógico pensar en la ausencia de la señal como un indicio de que el objetivo se había cumplido. Zach recordó a tiempo la navegación inercial^[16] que no necesita de estaciones externas y echó un vistazo a los datos de los tres sistemas que montaba el avión. Los tres estaban operativos y ninguno presentaba problemas en la toma de datos. Si había habido un salto en el tiempo, no parecía haber habido desplazamientos en el espacio.

–¿De dónde han salido todas esas nubes? –preguntó Keith Alsop mirando por la ventanilla lateral del avión igual que un niño mira una tormenta, cautivado.

–Debe ser que este mismo día, en 1940, el cielo estaba cubierto –explicó Zach sin prestar mucha atención a su compañero de misión–. Debíamos haber consultado la meteo de 1940 antes de salir.

–¿Quieres decir que estamos ya en el pasado? –inquirió Diane Brown palideciendo un punto. Era la primera reacción humana que Zach le notaba.

–Creo que sí –juzgó Zach tras un breve análisis de la situación–. Si tuviera que dar una respuesta obligada, diría que así es; que estamos en otro sitio diferente al que estábamos. No se si hemos cambiado de tiempo o de espacio, pero no continuamos donde antes –hizo una pausa mientras señalaba los indicadores de los inerciales en el techo de la cabina–. El sistema de navegación inercial nos demuestra que seguimos la misma trayectoria de evasión de los cazas que, por cierto, han desaparecido.

–¿Y cómo podemos confirmarlo, Keith? –preguntó la mujer mirando hacia su compañero–. Bifrost no ha previsto rutinas de comprobación del salto.

–Eso es porque en ningún momento se ha pensado que podía fallar –contestó Keith con algo de orgullo en su voz–. Debemos fiarnos de los cálculos de la máquina del tiempo y cambiar la hora de nuestros relojes a las... –miró los dígitos rojos resplandeciendo en el panel de control de la máquina que descansaba plácida en una esquina como si no hubiera tenido nada que ver con el evento científico más importante de la historia de la humanidad– 06:04:38 del día 22 de Abril de 1940.

Para disponer así de más horas de sol, Bifrost había elegido una hora más temprana a la que se había realizado el salto para retrotraer aeronave y ocupantes. Como ventaja adicional, anularían el *jet lag*.

–No lo sé. Supongo que podíamos aterrizar y preguntar, pero creo que voy a seguir con el plan de vuelo hasta España –afirmó sin dar pie al menor atisbo de duda mientras accionaba

controles en la consola central del avión—. Estamos con seguridad en 1940 –sentenció.

–¿Seguro? –Keith preguntaba con impaciencia mientras miraba a su compañera buscando cierta complicidad.

–Ahora lo estoy –levantó la vista de los monitores del avión para enfrentarse a la mirada impertinente de Keith Alsop—. Mirad esto –señaló una de las pantallas de la cabina—. El radar no detecta ningún avión comercial cuando estamos en medio de una de las rutas más transitadas entre la costa este y la oeste. Ni siquiera llega señal de ningún transpondedor^[17]. Estamos solos en el aire, lo que es una situación impensable en 2015.

–Bien... En ese caso declaro oficialmente en marcha la operación Bifrost –anunció Diane.

Zach Schneider torció el gesto con decepción. No esperaba que una recién llegada a su avión recibiese los honores de declarar el operativo en marcha, pero tampoco pensaba comenzar con tiranteces. Decidió colocar a cada uno en su sitio en cuanto llegasen al destino, si no podía hacerlo antes en el largo viaje que habría de llevarles a todos al desierto de Los Monegros, en el norte de España.

Tuvo que reprogramar el vuelo en la computadora de a bordo en cuanto cayó en la cuenta de que también había perdido la señal de todas las radioayudas terrestres. Pese a que habían dejado atrás la base de Whiteman, no recibían señal de su VOR^[18], lo que no hacía sino aumentar la seguridad de que la operación había sido un éxito y que habían retrocedido hasta un tiempo en el que las radioayudas al vuelo no estaban tan siquiera en la mente de nadie. Sin embargo únicamente podrían confirmar la fecha en la que estaban cuando llegasen a su destino, algo más de 4000 millas hacia el este.

Pese a que, como aeronave militar, no tenía por qué andar pidiendo permiso a todos los sectores aeronáuticos por los que pasaba para continuar su ruta ni ceñirse a determinadas aerovías, era conocedor de que el vuelo que había comenzado hacía apenas un par de horas en Whiteman estaba sujeto a esas reglas de vuelo y no podía romperlas sin permiso. Sin embargo, decidió que, si el mundo exterior parecía haber dejado de existir y que, tal y como parecía, se encontraban en una época en la que esas reglas no existían, lo mejor era trazar una ruta ortodrómica^[19] hacia donde aquellos que habían planeado Bifrost habían situado el primer destino de la aeronave; en una zona llana, dura y utilizable para el aterrizaje situada en un área desértica alejada de cualquier núcleo de población, alrededor de las coordenadas 41°36'N y 0°26'E. Les llevaría menos tiempo y el consumo de combustible sería mínimo.

En cuanto programó el trayecto directo e indicó al avión que siguiera la ruta cargada en su memoria, la negra aeronave inició un lento viraje hacia el noroeste que le llevaría hacia los Grandes Lagos, Terranova y el océano Atlántico para luego virar poco a poco al sur, hacia la península ibérica. Una vez comprobó la ruta en el ordenador de a bordo y seleccionada la mayor altura de vuelo posible, se dirigió a sus compañeros de viaje.

–Os recomiendo que descanséis. El viaje va a ser largo, sin ningún tipo de interrupción y muy aburrido, sin nada que nos moleste a nuestra altura de crucero –se levantó de su asiento tras sincronizar la alarma de su reloj de pulsera con el ordenador del avión y se dirigió hacia la parte trasera de la cabina—. Seguro que todo lo que descansemos ahora lo agradeceremos en cuanto la misión empiece a ponerse seria.

Se retrepó en una butaca que se encontraba en el fondo de la cabina para el descanso de un tripulante, sabiendo que sus dos compañeros de viaje deberían acomodarse como pudieran en los puestos de mando del avión, más incómodos que el sillón que acababa de ocupar.

–Podéis limpiar la cabina y después sentaos en mi sitio si queréis, pero por favor, recordar que soy el piloto al mando y que debo descansar a toda costa –expuso mientras cruzaba

las piernas en su asiento—. ¡Y no toquéis nada si no queréis que nos la peguemos!

Y así transcurrió el vuelo, con el capitán Schneider intentando dormir en su sillón y los dos agentes limpiando la cabina hasta que, pasados los Grandes Lagos, decidieron sentarse para caer en una especie de duermevela junto a los controles del avión.

El majestuoso B-2 *Spirit*, ya a su altura de crucero, continuó su ruta programada sobre el Atlántico norte, mucho más alto que aquellos pocos aviones de hélice lentos y anticuados que, esquivando nubes tormentosas y formaciones de baja presión, se dirigían hacia Europa. Afortunadamente para ellos, los ultrasecretos difusores que enfriaban los gases de salida de los motores evitaban la formación de una indiscreta estela de condensación que habría llamado la atención de cualquier piloto que hubiera mirado hacia arriba desde aquellos cuatrimotores que atravesaban el océano. El poco tráfico que cruzaba el Atlántico esos días había sido decisivo para la planificación de Bifrost a la hora de elegir la fecha del salto. En la situación actual, Alemania estaba reagrupándose tras sus victorias en el este de Europa y disponiéndose a atacar Francia y los Países Bajos, por lo que la actividad todavía no era muy intensa en los cielos europeos.

Todavía era menor en la neutral España, final de ruta. La reciente guerra civil que había castigado el país había pasado factura a sus efectivos aéreos militares y civiles, de forma que mientras que la población procuraba restablecerse de sus heridas, su cielo permanecía despejado y en paz. Todo ello, unido al hecho de ser el único desierto de sus características en Europa, hacía de su destino un punto ideal para comenzar la operación Bifrost.

Sobrevolaban un mundo que se disponía a librar la más espantosa y cruel de las guerras jamás disputadas, mientras cruzaban plácidamente el Atlántico Norte rumbo a un punto que pretendía cambiar el curso de la historia. El brutal derramamiento de sangre que iba a suponer la contienda no parecía enturbiar la tranquila atmósfera que se respiraba en la cabina del B-2, guiado en silencio por el sistema de computadoras de a bordo. Tan solo un sordo ruido de fricción de aire contra el fuselaje y el rumor de los ventiladores que enfriaban los equipos rompían el silencio. Los tres ocupantes del avión dormitaban en la cabina en la cual parecía haberse detenido el mismo tiempo que el pequeño artefacto que reposaba en un rincón había profanado. Por las ventanillas del avión podía verse un cielo de un azul intenso que poco a poco viraba hacia el cobalto, mientras que en el interior solo algunos indicadores que cambiaban indicando rumbos y consumos de combustible daban a la cabina del avión algo de movimiento. En esta fase de la operación, previa a la toma de contacto con el mundo que suponían tenían debajo, tan solo el avión parecía vivo, protegiendo casi paternalmente a sus ocupantes del hostil ambiente que se gestaba bajo ellos, en tierra.

De repente, un sonido despertó a su capitán. Un penetrante sonido digital brotaba de su reloj de pulsera para enturbiar la paz que reinaba en el avión portador de muerte, anunciando al capitán Schneider que su descanso había terminado y que debía ponerse al mando de la aeronave.

El capitán reaccionó como un resorte ante el despertador y se levantó de su sillón. Tras desperezarse y comprobar que sus dos comisarios políticos se encontraban dormidos se dirigió a donde había depositado su cartera de vuelo para extraer de ella un pequeño objeto que con rapidez guardó en uno de los múltiples bolsillos de su traje de piloto. Para evitar contaminación anacrónica, las directivas de Bifrost eran muy estrictas en cuanto al instrumental que debían llevar y lo que estaba permitido y no. Por ese motivo tuvo que dejar su móvil al principio de la misión, pero Zach se había permitido una licencia en lo tocante a material prohibido y había portado consigo una pequeña cámara de fotos compacta. De haber pedido permiso se lo hubieran denegado, pero conocía bien las directrices del proyecto y solo pensaba usarla como mensajero. Había decidido tomar algunas fotos para, de alguna manera, hacérsela llegar a Joey a través del

tiempo, como una especie de Arca de Noé que a través de un diluvio de años le fuera entregada a su hijo para que pudiera sentir el orgullo de ser el primogénito del mayor y más desconocido benefactor de la humanidad. Pese a que el doctor Connor se lo hubo garantizado –y creía en su palabra– Zach había decidido por su cuenta pensar en una vía alternativa para asegurarse de que Joey supiera de su sacrificio. Comprobó que el bulto de la cámara en su uniforme no era muy visible y se dirigió hacia los puestos de mando del avión donde dormitaban sus dos ayudantes. Decidió despertar primero a Keith Alsop puesto que se encontraba en el asiento que necesitaba para comprobar que el vuelo había ido bien.

Sacudió el hombro de su compañero y este, demostrando el entrenamiento que había recibido, se puso de pie de inmediato para dejar el asiento al capitán que una vez en su sitio, efectuó un rápido examen al panel de mandos para comprobar que no había habido notificaciones. Había sido un vuelo sin complicaciones, como era de prever. Volaban rumbo sureste hacia la península ibérica y seguían sin poder sintonizar ninguno de las radioayudas de la zona pese a que la base de datos del avión las localizaba en tierra. El cielo estaba tan despejado de tráfico comercial como lo estaba en Kansas, lo que corroboraba la teoría de que el desplazamiento había sido llevado a cabo. Estaban en un mundo desconocido.

Miró la cantidad de combustible de la que disponía, puesto que pronto debía tomar una decisión importante.

El punto de aterrizaje había sido definido por Bifrost de acuerdo a una serie de características físicas del terreno, pero no había manera de saber la meteorología de la zona en abril de 1940. De acuerdo con los informes generales con los que contaba sobre la zona, el riesgo de tormentas era alto en esa época del año y no quería aterrizar su nave en un lugar desconocido, sin preparar, con poca luz y con una tormenta encima.

El carburante era, en esta misión en particular, un dato especialmente crítico puesto que el bombardero utilizaba un tipo de combustible muy diferente a aquel que propulsaba los aviones del mundo al que acababan de llegar. Se disponía únicamente del que llevasen en sus depósitos y cada gota era tan importante que tanto el destino del vuelo como sus alternativas tenían unos procedimientos calculados con esmero que Bifrost había previsto bajo la supervisión del capitán Schneider. La organización había previsto unos lugares de aterrizaje en los que la economía de combustible y la seguridad de la aeronave primaban sobre otras consideraciones operativas. Lo fundamental era aterrizar el avión entero para que pudiera ser estudiado, independientemente de que quedase en condición de vuelo o no.

Habían sido definidos cuatro posibles puntos para aterrizar el avión; dos en España, los principales, y dos alternativas, en el desierto libio y en un aeródromo al sur de Alemania. La principal zona de aterrizaje española era un lago seco en el que el firme era adecuado para la toma, pero tenía cerca una población que comprometía la obligatoria discreción con la que la misión debía ser llevada a cabo. La segunda era un paraje en medio del desierto de Los Monegros que por su distancia a cualquier núcleo de población o cualquier actividad humana, garantizaba que el avión se mantuviera lejos de miradas curiosas en esta primera fase; pero el terreno era quizás el más irregular de todas las zonas previstas.

La tercera alternativa era una zona de roca viva, plana y libre de arena en el desierto libio, ahora bajo control italiano; ideal para ocultar el avión durante meses lejos de cualquier actividad humana pero que planteaba importantes problemas. Al necesitar un tiempo de vuelo considerablemente mayor, la hora de llegada era tras el ocaso solar, lo que requeriría realizar una toma nocturna en una zona desértica que, aunque firme, no dejaba de ser desconocida. Por otra parte, al aumentar el tiempo de vuelo se incrementaría el consumo de combustible de manera que a

su llegada quedaría en sus depósitos una cantidad inferior a la necesaria para volar hasta Alemania. Para sacar el avión de allí deberán montar una expedición de rescate que incluyera una gran cantidad de combustible que debía ser especialmente destilado para la misión siguiendo una serie de parámetros que el capitán debía mostrar a los alemanes.

Por último, la opción de aterrizar en Alemania ofrecía una pista pavimentada, pero para poder usarla tenía por delante la ardua empresa de convencer antes a las defensas alemanas de que no era ninguna amenaza para ellos sin saber tan siquiera su frecuencia de comunicaciones y con el avión lleno de insignias americanas.

Cada una de las zonas contaba con sus pros y sus contras; pero corrían el riesgo de que unas malas condiciones meteorológicas impidieran el aterrizaje en el área designada. Las reservas de combustible de las que disponían no eran suficientes como para ir a ver la zona, decidir si aterrizaban o no y volar hacia un destino alternativo en caso negativo, lo que les obligaba a examinar las condiciones meteorológicas actuales con el radar del avión antes de su llegada, hacer una previsión *in situ* con los datos que este le suministrase y decidir qué hacer. Nada de hacer esperas para que el tiempo mejore o de prolongar la operación de aterrizaje. Para completar con éxito su misión haría falta acción que se requeriría en breve.

El capitán prestó atención a las pantallas del avión que mostraban datos meteorológicos mientras sus dos compañeros comprobaban con cierta desazón cómo las manchas rojas de la pantalla que mostraban puntos con gran densidad de nubes tenían la capacidad de cambiar el semblante de Zach a un preocupante gesto adusto.

—No lo veo todavía, pero parece que tendremos baile —anunció el capitán tras examinar sus pantallas a conciencia. No parecía muy contento de revelar sus presentimientos—. Habrá que acercarse más para ver mejor la zona.

Sus compañeros de armas asentía en silencio. Había captado la idea de que, pese a que no podía asegurarse nada todavía, parecía claro que el ambiente era más bien tormentoso en los primeros puntos de aterrizaje. Disponían de material en las bodegas para proteger de las tormentas al avión en tierra, pero en el aire era tan vulnerable como una hoja seca caída del árbol. Zach negó con la cabeza antes de volver a concentrarse en las pantallas, sabiendo que si bien el riesgo de aterrizar en tales condiciones podía ser elevado, tampoco le hacía mucha gracia el plan alternativo que consistía en encomendarse a su buena estrella y poner rumbo al desierto libio o al sur de Alemania para aterrizar donde le fuera posible; sobre todo teniendo en cuenta que si cualquiera de los puntos alternativos estaba peor que los dos sitios principales, no podría volver atrás.

El capitán Schneider valoraba sus opciones mientras se aproximaban a velocidad de crucero al punto en el que debía comenzar a descender si es que decidía tomar tierra en el desierto español. Miraba la evolución de la información meteorológica que su avión le suministraba, sabiendo que el tipo de tormentas que se originaban en España era irrisorio en comparación con las terribles tormentas de arena que podían generarse en el desierto del Sahara.

—¿Puedes decirme en qué fase está la luna? —consultó a bocajarro el capitán a su acompañante, deseando que una luna lo más llena posible facilitara la visión en caso de tener que proceder al desierto libio.

—Bifrost no eligió la fecha del salto por casualidad, capitán —contestó Keith sonriente, como si llevase tiempo esperando la pregunta—. Se decidió hacer el salto el 22 de Abril porque hay luna llena.

El capitán Zach se sorprendió de la profesionalidad de aquellos que habían tenido en cuenta que el hecho de que la luna llena pudiera iluminar ligeramente el oscuro desierto libio

hacía más atractiva la alternativa, aunque para ello debía tener un cielo despejado. Decidió que tendría en cuenta proceder a Libia si se hacía necesario.

Por el contrario, la cuarta ruta alternativa le llevaría hacia un destino incierto que cada vez le atraía menos. Contaba con una lista de aeródromos en el sur de Alemania en los que podría aterrizar en la época en la que se suponía se encontraba, pero sabía que, aunque había cierto relajamiento^[20], entraría en una zona en guerra. Los aeródromos estaban siendo utilizados en su totalidad y no debía contar con instrucciones de la torre ni para aproximarse entre el tráfico ni para aterrizar. El fluido alemán del capitán facilitaría las cosas si conseguía hablar con la torre de control del aeródromo que eligiese, pero la opción más probable era que los cazas alemanes reaccionasen a su presencia con hostilidad; y no había ido hasta allí con la más perfecta aeronave de guerra jamás construida para ser abatido por un trozo de hierro con alas.

No había un quinto plan.

Mientras Keith se dirigía hacia el armario trasero en busca de su pequeña mochila, su compañera se despertaba con la misma rapidez que él, como si se hubiera levantado en una bonita mañana de domingo, preguntando si estaban ya en España mientras se desperezaba con disimulo. Pasado un segundo, parecía estar plenamente operativa.

Zach apuntó el mosaico de manchas rojas que mostraba la pantalla del radar e informó que era momento de tomar decisiones sobre la misión. Explicó, con una gota de amargura en la voz, que las manchas mostraban tormentas de evolución sobre la zona de aterrizaje principal. Dado que las dos principales zonas de aterrizaje estaban muy cerca una de otra, suponía que afectaban por igual a ambos lugares y, aunque todavía no eran muy grandes, sabía que podían crecer mientras llegaban a su destino, convirtiéndose en serias amenazas.

—¿Entonces qué? ¿Nos vamos a Libia o a Alemania? —inquirió Diane mientras se sentaba tras levantar la vista por encima del cockpit.

El capitán Zach Schneider meditó la respuesta. Su avión no estaba preparado para operar en pistas no pavimentadas pese a haber instalado un precario deflector en el tren delantero y lo de la roca viva plana podía funcionar, pero estaba seguro de que un aterrizaje en una superficie de arena no acabaría bien. Si decidía volar a Libia sería un vuelo sin retorno.

Sin embargo, recordaba los F-16 buscando su cola para derribarle y tomó su decisión.

—Seguiremos un poco más —anunció con solemnidad el capitán incorporándose sobre su asiento y mirando por la ventana el desierto de los Monegros donde estaban los primeros puntos de toma—. Vamos a continuar el vuelo hasta un punto en el que el radar meteorológico me pueda mostrar una imagen del cielo libio y allí decidiré dónde vamos. Creo que podemos continuar media hora más antes de que la tormenta en España se ponga fea de verdad. Perderemos también algo más de combustible, pero creo que merece la pena al menos asomarse al Mediterráneo si con ello conseguimos un aterrizaje lo más seguro posible.

Sus dos compañeros asintieron.

Observó la pantalla en la que se presentaba la ruta de vuelo y calculó un punto en el que debía tomar la decisión definitiva porque recordó que en la aviación, aterrizar era siempre obligatorio. Lo optativo era despegar.

Recordó con miedo que en el ascenso había tenido problemas con el tren delantero y que era posible que no estuviera en las mejores condiciones. Si no se extendía, poco habría que hacer sin un equipo anti incendios cerca, lo que sin duda tendrían en un aeródromo. Se sintió un poco agobiado. Cada dato que recogía inclinaba ligeramente la balanza para cada uno de los sitios de aterrizaje y se dio cuenta de que, por abundancia de datos con poca relevancia, en breve iba a ser incapaz de elegir uno u otro de una forma adecuada.

Tuvo una idea que aclaró en parte sus confusos pensamientos. Si lo que necesitaba era tiempo, tenía en la parte de atrás de la cabina una máquina que lo dispensaba.

–¡Claro!... ¡Keith! ¿Podemos usar la máquina para viajar en el tiempo una hora hacia atrás desde donde estamos? –si conseguía retroceder en el tiempo una vez más, contaría con más luz y, con toda seguridad, las tormentas fueran de menor intensidad.

–Negativo del todo, capitán –respondió enseguida con pesadumbre–. Desconozco los detalles técnicos de su funcionamiento, pero sé que ahora es un generador de partículas descargado. Necesitaría cerca de diez horas para generar suficiente carga como para hacer retroceder este avión. Una vez lleno, es muy fácil de usar porque solo hay que mover este dial para seleccionar el destino y pulsar este botón –Keith mostró al capitán la pantalla digital de la máquina–. Pero hasta que no tenga carga, nada.

–¡Mierda! –exclamó contrariado el capitán Schneider. Creía haber tenido una buena idea que les hubiera otorgado tiempo extra. Estaba seguro de que una hora antes de la que estaban habría sido capaz de aterrizar el avión en condiciones de seguridad aceptables. Y de eso estaba más convencido a medida que el radar meteorológico le mostraba más datos.

La pantalla del radar comenzó a mostrar lo que parecía una gran tormenta sobre el golfo de Sidra que podría enviar fuertes rachas de viento al desierto libio y producir tormentas de arena. El avión sobrevolaba todavía territorio español a gran altura y en breve tendría que tomar una decisión crucial para la misión.

–Volvemos a España –anunció mientras desconectaba el piloto automático e imprimía al avión un ligero alabeo para virar hacia el sur y hacer un giro completo. Un cosquilleo de excitación recorrió su cuerpo. Lo reconoció. Era el mismo que se producía antes de entrar en combate–. Vamos a empezar la fiesta, por lo que debéis asegurar todo lo que esté suelto en cabina, os abrochéis los cinturones y, sobre todo, os calléis. Por ese orden.

Los dos acompañantes cumplieron la orden, recorriendo la cabina y guardando todo aquello que, como les habían mandado, pudiera convertirse en un objeto volante y molesto en caso de haber movimientos bruscos. Una vez hubieron comprobado que no había nada suelto, en silencio se sentaron y se aseguraron a sus asientos.

–Estamos listos, capitán –fue todo lo que Diane añadió. Se colocó de nuevo en el asiento del copiloto.

Zach Schneider asintió y movió la palanca de dirección hacia adelante. El avión inclinó de nuevo el morro y comenzó un vertiginoso descenso mientras los motores redujeron su empuje para no sumar su fuerza a la de la gravedad. El capitán tenía la firme determinación de llegar lo antes posible a su destino tras confirmar en el radar meteorológico que un frente de viento y nubes de tormenta se aproximaba desde el oeste a la zona escogida para el aterrizaje. Si se daba prisa tendría el tiempo justo para visualizar el punto de toma antes de aterrizar a la primera. Quizás podría haber tiempo para una segunda oportunidad de tomar tierra, pero no una tercera.

El avión comenzó a sacudirse por las turbulencias, algo que, si bien era a lo que el capitán estaba acostumbrado, puso en alerta a sus dos compañeros que, con encomiable entereza, se abstuvieron de mostrar sus temores.

Los sensores del avión mostraban información sobre el terreno y la evolución del frente al que se dirigían. El capitán estabilizó el avión e imprimió a las cuatro palancas de gases un movimiento hacia delante para acelerar el avión. Debían llegar a toda prisa mientras el avión seguía agitándose cada vez con más violencia.

–¿Todo bien? –preguntó el capitán a sus compañeros. No hubo respuesta salvo una sonrisa de su acompañante, sentada junto a él. A Zach le costaba apartar la mirada de Diane, asesina

implacable de camioneros y exquisito rostro aterciopelado. Si tenía algo parecido al miedo, lo disimulaba a la perfección.

–Estaremos mejor en cuanto dejemos atrás estas nubes –profirió Keith Alsop tras ellos–. Supongo.

–No es solo por las nubes –le contestó Zach relajadamente, intentando hacer más llevadera la operación–. Estamos en una comarca que en esta época del año suele sufrir tormentas de evolución diurna, y la acción del sol en esta zona desértica durante el día hace que se generen corrientes ascendentes de convección que crean estas perturbaciones.

Zach aceleró más todavía el avión y este, en respuesta, contestó con una nueva sacudida. El capitán, buscando aún más la confrontación con los elementos, descendió un poco más, aumentando la turbulencia.

–Saldremos de esta enseguida –anunció. Nadie respondió.

Sus premonitorias palabras no tardaron en verse cumplidas. De repente cesó la vibración del avión. Debían de haber salido de la capa de nubes a toda pastilla, dejando delante de ellos una vista despejada del desierto. En ese momento, el capitán redujo el empuje de los motores al mínimo pensando que ahora sería visible y audible para la población civil mientras comenzaba un nuevo descenso en el que debía reducir la velocidad cuanto pudiera, pues la zona fijada para el aterrizaje se mostraría pronto.

Como habían previsto los sistemas de navegación, al poco de nivelar el avión se mostró justo enfrente de ellos la improvisada pista.

–Ahí está, chicos –manifestó Zach sin disimular la alegría que le producía el saber que el plan se desarrollaba según lo previsto. Se maravillaba ante la precisión de un sistema de navegación que había sido capaz de llevar su nave a su destino tras un salto en el tiempo y sin referencias electrónicas externas disponibles.

Su compañera se incorporó sobre la cabina para mirar hacia delante mientras que Keith, sentado detrás de ellos, estiraba el cuello como una cigüeña, intentando ver la zona de aterrizaje que acababa de anunciar. El terreno parecía liso y compacto como los lagos secos del desierto de Mojave, sensación acentuada por el tenue espejismo que rielaba sobre la zona. Desde la altura y distancia en la que estaban, la superficie parecía adecuada si todo marchaba bien. No dejaba de pensar en el tren delantero que tan mal se había recogido y en su improvisado deflector. La pieza añadida podía dispersar pequeñas piedrecitas, pero no sabía cómo se portaría con guijarros de un tamaño más respetable; a lo que había que sumar la duda sobre el firme de la zona de aterrizaje. Una estría en la pista podría quebrar el tren y, aunque las directrices de la misión especificaban que el avión debía llegar al suelo de una pieza para que los alemanes pudieran estudiarlo, Zach no tenía ningún interés en dañarlo. Dejarlo en orden de vuelo no era prioritario en la misión porque sus sistemas podían ser estudiados *in situ*, pero quería entrar en Alemania volando su avión, como un héroe.

El lago seco que habría de servirles como pista de aterrizaje era algo más de dos veces más largo que ancho, solo que en la dirección perpendicular a la que se acercaban. Los sensores del avión indicaban que el viento soplaba fuerte desde su izquierda, por lo que debería virar a la derecha para ponerse viento en cola a la pista e iniciar la maniobra de aterrizaje.

Al contemplar la perspectiva de todo el lago desde la cabina, el capitán Schneider soltó un exabrupto.

–¡Mierda! –silbó Zach apretando los dientes.

Sus dos compañeros se sorprendieron de que el capitán profiriese de repente tal palabra tan fuera de contexto. Hasta ahora, el vuelo había sido muy tranquilo, e incluso el punto crítico de

su salto al pasado no había producido en él semejante actitud.

–¿Pasa algo, capitán? –preguntó Diane sabiendo al segundo que la respuesta sería afirmativa. Faltaba saber el grado de importancia sobre la misión de aquello que había producido al capitán ese ataque de enojo mal disimulado.

–Pues que lo que pensaba que era un bonito efecto de espejismo sobre la superficie del lago no lo era –respiró profundamente mientras cerraba el viraje–. No era que el lago pareciera contener agua. Es que *realmente* la contiene. El jodido lago no está seco.

–Y eso quiere decir que...

–Quiere decir que procedemos a la segunda opción –el capitán interrumpió la pregunta de Keith Alsop levantando un poco el morro del avión y moviendo la palanca de gases hacia delante para ocultar el avión de nuevo en la capa de nubes para alejarlo de incómodas miradas–. Ahora ya no podemos ir a Libia porque ya no nos queda combustible y no nos queda otra opción que aterrizar en el segundo punto en medio del desierto. Y ya tendremos combustible como para llevarlo luego a Alemania. Habrá que traerlo desde Alemania.

–¡Pero eso nos acerca a la tormenta! –exclamo Diane mirando las oscuras nubes que amenazantes se erguían mostrando sus brillantes testuces blancas por la izquierda del avión e intimidantes se situaban delante de este mientras terminaban el giro.

–¿En cuánto tiempo podéis montar la lona protectora? –preguntó a sus ayudantes.

–Una media hora –contestó Keith al instante–. Hay que bajar el jeep primero para poder descargar el paquete de la lona e instalarla. Quizás veinticinco minutos.

–Diez –atajó Zach.

–Imposible –respondió Diane, tajante–. Solo en descargar la lona de la bodega tardaremos esos diez minutos.

–¿Sabéis en qué posición de la bodega esta esa lona?

–Por supuesto. Bahía siete del carrusel de estribor.

–¿Y es algo muy frágil?

–No mucho. En realidad es una lona muy resistente que se ancla al terreno mediante unos pernos que se clavan con un pequeño martillo neumático –Diane miró con interés al capitán–. ¿A dónde quieres llegar?

–Bahía siete. Carrusel dos –murmuró mecánicamente mientras manipulaba unos botones junto a una de las pantallas de datos–. Ahora veo cómo evoluciona la tormenta sobre la próxima zona de aterrizaje y creo que, aunque voy a intentar llegar lo antes posible, llegaremos con el tiempo muy justo y por eso he puesto el paquete en posición de suelta. Caerá a tierra y nos ahorraremos esos diez minutos de descarga con el jeep. Tenemos quince minutos para colocarlo, que de nuevo deberán convertirse en diez.

–Tendremos que apretar –sentenció Keith.

–Pues apretaremos, que para eso somos soldados.

Sus dos acompañantes se pusieron firmes al oír su respuesta. Zach había tocado su fibra sensible al apelar a su condición. Con toda la solemnidad que la situación requería, le comunicaron su total disposición a hacer cuanto fuera por el bien de la misión siempre y cuando Zach llevase el pájaro entero hasta el suelo.

Como para enfatizar sus palabras de apoyo, Diane apoyó una mano en el hombro de Zach que seguía luchando contra el reloj para llegar a la zona de aterrizaje antes que el frente de la tormenta. El capitán no se sintió cómodo con este gesto. Exceptuando el aséptico apretón de manos inicial, era la primera vez que tenía contacto físico con sus ayudantes. No era, en cualquier caso, el contacto lo que le había causado molestia, sino una extraña sensación de turbación al

percibir un cariñoso gesto en un momento poco apropiado; en una situación en la que debía dejar de lado sus sentimientos para convertirse en una fría prolongación de su máquina.

Alejó esos molestos pensamientos mientras se concentraba en la tormenta que parecía dirigirse hacia ellos con velocidad. La majestuosidad de la excepcional nube tormentosa contrastaba vivamente con la amenaza que suponía su mera presencia. Zach respiró hondo y ensanchó el pecho. Se sentía hipnotizado, subyugado por el desigual combate que tan heroicamente se veía abocado a entablar y por ello, suponiendo que la zona que sobrevolaban estaba deshabitada, imprimió a su nave algo más de velocidad, como si de esa manera intimidase al coloso hecho de hielo, vapor de agua y corrientes ascendentes que crecía a ojos vista ante ellos.

–Es fascinante –murmuró Diane junto a él, sacándolo de sus épicas disquisiciones.

–Si nos atrapa, nos destroza –sentenció Keith, haciéndose eco de los pensamientos que habían acudido a la mente de Zach que asentía al oír la respuesta de su compañero a la reflexión de Diane.

Sin dejar de pensar en su posición respecto al frente, descendió un poco más. Estabilizó su nave a tres mil pies de altura y comenzó a escrutar el terreno buscando una zona adecuada para posarse. Debería confiar en su instinto puesto que a esa altura no tenía el nivel de detalle adecuado para tomar una decisión fiable ni el tiempo necesario para sobrevolar el lugar en busca de la mejor zona. Recordó con amargura que pese a que ese primer alternativo era ideal por otros motivos, en realidad constituía el peor de los terrenos de las opciones que Bifrost había previsto. Suponía que de haber arena se mantendría en las estribaciones de las zonas más elevadas puesto que el viento la barrería de la roca desnuda en zonas abiertas y, viendo una llanura plana a la derecha, viró a estribor buscando una zona segura.

No tardó en llegar a ella, y su aspecto le satisfizo. Parecía que no había en el suelo más que roca viva y dispuso que esa sería la zona para aterrizar mientras que la tormenta se les acercaba rugiente por la izquierda.

–Aterrizaremos ahí –anunció el capitán señalando la zona elegida–. Debéis estar listos para, una vez en tierra, bajar del avión a toda prisa, recoger el paquete anti-arena que estará en el suelo y montarlo antes de que ese frente nos alcance.

Una vez dio las últimas instrucciones, aceleró el avión para sobrevolar el área y determinó que ya no había marcha atrás. Frustrar la aproximación una vez iniciada la maniobra significaría meterse dentro de la violenta tormenta, por lo que debía completarla cuanto antes.

Al virar para alinear su nave con el área de aterrizaje, pudo ver cómo una impresionante nube negra, coronada por un imponente yunque que se extendía blanco y brillante sobre ellos, les amenazaba desde una posición más cercana de lo que había previsto. No se arredró y comenzó a descender sin quitar ojo al frente que se les echaba encima, levantando el morro del avión para reducir velocidad lo suficiente como para poder extender el tren de aterrizaje.

–No lo conseguiremos –aventuró Diane.

–Pedí silencio absoluto –recordó entre dientes el capitán sin separar la vista de la aterradora tormenta.

Llegado el momento, decidió que la visibilidad era suficiente como para no encender unas deladoras luces de aterrizaje mientras el viento que tenían en cara se enroscaba en los cerros que tenían a ambos lados de la zona de aterrizaje y los sacudía irrespetuosamente tal si fueran un avión de juguete en lugar de una maravilla de la ingeniería. La naturaleza no entendía de tecnología y trataba todos los objetos con igual tiranía sin importarles su manufactura en absoluto.

–Preparados para aterrizar –anunció Zach mientras bajaba la palanca del tren y con mano firme mantenía al avión en una trayectoria descendente, cada vez más cerca de la roca del desierto

español. Durante un segundo, el mundo exterior y su furia parecieron respetar las cuitas del capitán y todo pareció silenciarse mientras que el tren se extendía. Los circuitos hidráulicos que bajaban el tren emitían un sonido metálico sin rastro alguno de esfuerzo extra, lo que pareció indicar, para mayor tranquilidad del capitán, que la accidentada retracción del tren al despegar no había causado daños. Ahora solo valía concentrar todos sus sentidos en la toma y encomendarse a que el deflector siguiera en su sitio y que hiciera su trabajo lo mejor posible.

Aunque el turbulento frente de la tormenta les desafiaba desde la izquierda, el avión, respondiendo al reto que lanzaba la meteorología, se dirigía hacia su destino. El capitán levantó un poco más el morro intentando perder el máximo de velocidad antes de tocar el suelo, cosa que hizo con extrema suavidad dadas las circunstancias.

La toma fue tranquila, y el avión se deslizó sobre la roca con aceptable docilidad. El capitán aguzó su oído buscando ruidos que indicaran que alguna piedra impactaba con el vientre de su avión a medida que la velocidad disminuía al aplicar una ligera presión a los frenos. Intentó dirigir el avión hacia el resguardo que ofrecía la cadena montañosa a su derecha, pero sin alargar la carrera de frenado. El frente de la tormenta se les echaba encima.

Con total calma, el avión se detuvo sobre el desierto.

–Hemos llegado. Espero que hayan disfrutado del viaje y esperamos tenerles de nuevo a bordo –anunció el capitán mientras frenéticamente iba pulsando interruptores uno tras otro. Los motores empezaron a apagarse mientras que una de las pantallas indicaba que las puertas de la bodega de carga se estaban abriendo. Sus dos compañeros de viaje seguían inmóviles en sus asientos.

–¿A qué esperáis? –les apremió el capitán–. No tenemos todo el tiempo del mundo.

Diane y Keith se sacudieron en sus asientos, liberándose del cinturón de seguridad mientras Zach intentaba hacer caer la carga que estaba en posición de lanzamiento en la bodega abierta. No había caído en la cuenta de que el mecanismo de liberación de carga no funcionaba cuando la aeronave estaba en el suelo y que habría que desactivar el circuito que lo impedía.

–Un momento –asíó por la mano a Diane que se acababa de levantar. Ella le miró condescendiente–. Necesito que abras aquel armario de allí y busques un botón llamado J25 –le pidió mientras señalaba uno de los paneles de fusibles.

La mujer se dirigió rápidamente al armario y localizó con rapidez el *breaker* que este le había pedido.

–¿Podemos bajar? –pidió Keith junto al panel de apertura de la escalerilla central.

–Sí, Keith –ordenó–. Y tú, Diane ¿Tienes el botón?

–Sí.

–Entonces tira de él hacia afuera.

Diane cumplió la orden con rapidez, desconectando con su gesto el sistema que aseguraba la carga en el suelo e impedía que pudiera soltarse nada en tierra. Un segundo después el capitán accionó el mecanismo de liberación y un sonido sordo sonó fuera cuando el paquete con el equipo anti arena cayó a la roca desnuda que les había acogido mucho mejor de lo que habían esperado. Los dos ayudantes de Zach descendieron a tierra con rapidez una vez desplegada la escalerilla. Cuando el capitán completó los chequeos correspondientes, levantó la vista para ver cómo el sórdido frente de la tormenta se les acercaba exhibiendo toda la furia de la que era capaz.

–¡Mierda! –exclamó a la vista de la imponente nube de arena que parecía buscarles con extraordinario afán y se levantó de su asiento dispuesto a ayudar a sus compañeros.

Bajó del avión de un salto. Abajo, lo que en la toma había sido un viento fuerte empezaba a enrabiarse, prometiéndoles un castigo que debían darse toda la prisa posible en conjurar, para

lo cual sus dos ayudantes ya estaban manos a la obra a toda velocidad. Zach había esperado haberlos visto decidiendo qué hacer, pero se los encontró frente al morro del avión con la gigantesca lona prácticamente colocada en posición. Parecían acostumbrados al trabajo duro y en equipo y, a la vista de la tormenta que rugía a escasos kilómetros, se dirigió hacia donde estaban para ayudarles a cubrir el avión lo antes posible. De ello dependía su misión y, aunque no se atrevió ni tan siquiera a pensarlo, era posible que sus propias vidas. Les sería muy difícil sobrevivir en ese mundo sin el equipo que tenían dentro del avión.

–¿Por dónde vamos con la lona, chicos? –preguntó el capitán cuando se situó junto a sus compañeros.

–Ya he asegurado el frente –expuso Keith Alsop mostrando el potente martillo neumático con el que incrustaba las largas varillas de sujeción en la tierra–. Ahora debemos extenderla hacia las puntas de las alas y cubrir el avión.

–Bien. Iremos uno por cada lado mientras pones los pernos –dijo Zach buscando el contorno de la lona para extenderla. Se alegró de que el avión, a diferencia de uno convencional, no tuviera salientes que pudieran entorpecer la labor de enfundar el avión con la rígida lona. Carecía de antenas y aristas que pudieran aumentar la firma radar del avión, lo que les favorecía ahora el tapado del bombardero, labor que se complicaba cada vez más a medida que el viento aumentaba. Empezaban ya a notar los primeros agujonazos de la arena que el viento proyectaba contra la piel y empezó a temer por los motores.

–¡Los motores! ¡Tapa los motores! –gritó a su compañera, sin saber si el fuerte viento le permitía llegar sus palabras. Se dio por enterada solo por sus gestos, pues al momento empezó a imprimir movimientos verticales a la lona para tapan la entrada de aire a los motores mientras Keith se afanaba en colocar tantos pernos como le era posible.

–¡Asegura bien la parte que se enfrenta al viento! –chilló Zach una vez se situó cerca de él para contrarrestar el creciente bramido de la tormenta–. Puedes ir poniendo uno de cada tres pernos para aguantar la lona. Luego la reforzaremos en condiciones.

Keith asintió mientras disparaba pernos contra el suelo a diestro y siniestro, como si le fuera la vida en ello hasta que Zach y Diane, cada uno por un lado del avión, se encontraron tras la nave con la capota extendida, momento en el que el frente de la tormenta pasó por encima de ellos como un gigantesco depredador. El rugido de la tormenta les envolvió pese a estar debajo de la protección que les separaba de la infernal demencia del viento y arena que pugnaba por meterse bajo esa lona que ocultaba aquello que parecía buscar con enconada obstinación. Bajo la salvadora cubierta, los tres suspiraron por un instante antes de darse cuenta de que todavía no estaban a salvo.

–¡Aquí! ¡Necesito que alguien me ayude! –chilló Diane sujetando uno de los bordes de la lona que por acción del viento bataneaba contra el suelo. El agua entraba por el agujero como a borbotones.

Keith blandió su martillo neumático con presteza y ayudado por Zach consiguió anclar por completo la cubierta a la tierra en esa zona. No tardaron mucho más en terminar de asegurar toda la lona, momento en el que la excitación cedió el dominio sobre sus cuerpos a una sensación de alivio que les dejó exhaustos mientras la tormenta bramaba su desesperación por no haberse podido hacer con ese trozo de terreno que, al fin y al cabo, estaba en sus dominios.

El capitán no dejó que bajara el tirón de adrenalina que tenía y lo aprovechó para hacer una inspección del avión deseando que estuviera en condiciones de vuelo. Se adentró un segundo en la cabina para conseguir una linterna y comenzó a examinar el aparato que tan serenamente aguantaba el temporal bajo la resistente lona que lo cubría, buscando cualquier daño, por pequeño

que fuera, en su estructura.

–¡Capitán! –oyó cómo Diane le llamaba desde atrás, pero no suspendió su examen–. ¡Necesitamos bajar el jeep de la bodega antes de que se haga de noche!

Le hizo una seña con la mano para que esperara. La dirección de Bifrost había decidido que no debían encenderse luces por la noche que pudieran atraer a posibles curiosos, por lo que deberían usar lentes de visión nocturna cuando no hubiera claridad suficiente. Sin embargo, todavía había algo de luz para examinar el avión y debía aprovecharla. No tenía, además, intención de dejar la inspección por la mitad, ahora que se concentraba en lo que más probabilidades tenía de haber sido dañado.

Sus dos acompañantes decidieron no perder el tiempo y se dedicaron a revisar la estructura de la cubierta protectora que mantenía a raya la tormenta que sobre ellos se desataba, asegurando un par de puntos más que por la prisa en el montaje de la lona habían quedado sueltos. Al cabo de unos minutos pudieron afirmar que la cobertura de seguridad estaba perfectamente instalada y que soportaría cuantas tormentas le salieran al paso.

No tardó mucho más Zach Schneider en comprobar que la estructura del avión no había sufrido golpes importantes. Se maravilló al comprobar que la nave no había sufrido daños de consideración, sino que solo tenía algunos rasguños que no habían afectado a ningún componente importante. Tan solo uno de los remaches del fuselaje había recibido un pequeño golpe, pero determinó que no era significativo dado que aún era funcional.

La máquina estaba en perfecto estado. Por ahora la misión proseguía por el camino previsto.

–Necesitamos bajar un par de bultos más, Zach –pudo oír cómo le pedía Diane tras él. No estaba acostumbrado a que, estando de misión, no utilizaran su título de capitán para dirigirse a él, aunque por alguna extraña razón se abstuvo de hacérselo ver.

–Ahora voy –se limitó a responder, pensando en si debía usar las baterías del avión para girar los carruseles o debía poner en marcha el generador de potencia auxiliar para hacerlo. Decidió usar las baterías, pues no andaba sobrado de combustible y no sabía cómo iban a sentarles los gases de escape del generador auxiliar bajo la tupida lona en la que se encontraban. Quería que la cubierta fuera su salvadora, no su sudario.

Se situó bajo el panel de control exterior de las bodegas y, a petición de Diane, situó en posición inferior la bahía que albergaba el pequeño jeep. Para hacerlo bajar, Keith trepó hasta el armazón y abrió el circuito neumático de elevación de las ruedas de forma que cayeron lánguidamente hasta llegar al suelo, listo para subir y bajar el resto de paquetes que habían cargado en los Estados Unidos.

Zach sintió algo de nostalgia de su país ahora que lo recordaba. Jamás volvería a él; y mucho menos en el estado en el que lo conoció. El único nexo que tenía con el mundo que le había visto crecer eran sus dos compañeros de misión que se afanaban en descender el resto de la carga que él, manejando los controles de la bodega, ponía al alcance del jeep.

–Podemos relajarnos un poco –dejó caer Diane una vez descargados algunos de los paquetes y dirigiéndose hacia uno de ellos–. Es de noche y parece que todos estamos hambrientos ahora que la tormenta amaina. Hay provisiones para pasar aquí una pequeña temporada. ¿Qué os apetece? Hoy tenemos de todo.

Abrió uno de los contenedores y extrajo de él lo que parecía un horno y un papel plastificado. Puso en marcha el grupo electrógeno para procurar electricidad al aparato que acababa de sacar mientras les entregaba la nota que resultó ser una especie de inventario de víveres. Zach reconoció que tenía más hambre de la que había pensado en un principio, ahora que

se le mostraban los alimentos disponibles.

–¿También habéis traído algo para beber? –preguntó Zach interesado.

–Ahora instalaremos unas cuantas trampas de agua para recoger la que hay en el ambiente –contestó Diane sin interés y señalando otro de los contenedores–. No tendremos para tomar un baño de sales, pero no nos moriremos de sed.

–Debíamos haber traído la bañera, Diane –le espetó Keith con cierta dosis de un humor que hacía buena falta.

Tras la sonrisa que originó el comentario, se dedicaron a preparar algo de comida que reconocieron les había dejado bastante satisfechos, aunque no habría ganado ninguna reseña en revista gastronómica alguna. Una vez ahítos los estómagos, Zach se puso en pie con ceremoniosidad.

–Es la hora –comunicó–. Debo prepararme para partir mañana temprano. ¿Dónde está mi equipaje?

–Sí, buena idea –anunció Diane mientras se levantaba y mostraba un pequeño aparato que sacaba de un fardo–. Pese a que no creo que haya ningún loco que haya decidido permanecer en la zona en medio de la tormenta debo hacer una inspección de la zona con el radar portátil.

Keith, por otro lado, no tardó en encontrar una bolsa militar entre los bultos que habían descargado y se la lanzó al capitán buscando cierta complicidad. Zach la cogió al vuelo, mantuvo un segundo la mirada de Keith y subió al avión donde bajo una tenue luz, invisible desde el exterior, se quitó las gafas de visión nocturna y por vez primera abrió el equipaje que Bifrost había preparado para él. Hasta ese momento no había sentido curiosidad por saber su contenido porque su misión había definido por él el papel que debía representar en el nuevo escenario en el que se suponía que estaba.

Un tufo a tela rancia le embistió al abrir la bolsa. Dentro, perfectamente doblado, había un ajado pantalón color azul metálico junto con una gorra de lana del mismo color y unas botas de cuero negro. Desdobló el pantalón y lo examinó con una mezcla de nostalgia y curiosidad. Parecía que la Luftwaffe se había preocupado por la funcionalidad del uniforme de los pilotos y, aunque sabía que la homogeneidad en la vestimenta de los pilotos de combate de cualquier época siempre fue algo laxa, el pantalón parecía adecuado para el vuelo en un avión de la Segunda Guerra Mundial, con abundancia de bolsillos revestidos de material aislante y un forro interior que sería muy útil a las frías alturas de vuelo, pero más bien poco en un ambiente desértico y cálido como el que debía afrontar. Examinó la etiqueta del pantalón, la que indicaba su año de fabricación y sonrió satisfecho. Thule debía haber hecho un buen trabajo de búsqueda puesto que el uniforme parecía verdadero. No habían intentado recrear un traje de la Segunda Guerra Mundial usando tejidos *made in China* al que cualquier soldado de la *Wehrmacht*, obligado a conocer al dedillo uniformes propios y enemigos, podría haber encontrado fallos en la forma de coser los bolsillos.

La gorra con el águila alemana también debía ser auténtica. Esperaba que aquellos que le habían proporcionado su impedimenta estuvieran al tanto de las posibles variaciones del uniforme con el tiempo. No quería aparecer en el año 1940 vistiendo un uniforme que no habrá visto la luz hasta dentro de un par de años. A la vista del sencillo pantalón, no le cupo duda de que era de los primeros modelos puesto que sabía que modelos más tardíos incorporaban un enchufe eléctrico conectable al avión para calefactarlo y hacer más llevaderas las bajas temperaturas que reinaban ahí arriba. Este pantalón carecía de él.

Tras el pantalón asomó una chaqueta de lana del mismo color que la gorra. La examinó con la misma curiosidad que había dispensado al pantalón y descubrió que los pocos emblemas que tenía en las hombreras y en el cuello habían sido arrancados. Quizás la dirección de la misión

hubiera determinado que era mejor para su tapadera el hecho de aparecer de repente sin insignias en medio del desierto. Decidió que guardaría la chaqueta para otra ocasión en la que el sol desértico no aplicase su tiránica influencia en el ambiente, desaconsejando el uso de prendas de abrigo hechas de lana. A carecer esta de bolsillos tampoco le iba a ser de mucha utilidad y la dejó a un lado tras observar la etiqueta que declaraba ser una *Fliegerbluse M35*.

Bajo la ropa militar, siguiendo una estratificación cronológica se encontraba doblado con esmero un traje marrón con una corbata a juego y una camisa blanca que debería usar para entrar en Alemania como un caballero respetable. Los examinó un segundo y los depositó cuidadosamente junto a la bolsa. En la solapa de la chaqueta lucía una esvástica negra en el centro de una insignia del NSDAP.

En el fondo de la bolsa se encontraban los complementos a su uniforme. Una cartuchera con una pistola *Luger P08* con abundante munición de 9mm, ropa interior, una bufanda blanca y una cartera completaban su uniforme. Abrió la cartera para descubrir una pequeña fortuna en pepitas de oro y diamantes, su única moneda para abrirse paso con cierto desahogo en el mundo en el que acababa de aterrizar; junto con algunos *reichmarks* y unos pocos documentos de identidad militar y civil que debía usar en diferentes fases de su misión.

Examinó escrupulosamente los documentos. Debían ser falsificaciones muy bien ejecutadas. Su cartilla militar o *soldbuch* presentaba profusión de sellos y de letras manuscritas con la excelente caligrafía de aquel que se ganaba la vida escribiendo bien. En el mundo del que venía, los individuos habían perdido la capacidad de escribir con sus propias manos porque esa tediosa tarea se había delegado en máquinas en las que bastaba con dictar el texto para que un programa de reconocimiento de voz lo plasmase en una pantalla. Sus dos mundos se hallaban ya a años luz de distancia.

Toda su documentación mostraba su apellido real porque le sería más fácil mantener la mascarada. Fotos hábilmente avejentadas ilustraban los documentos con su semblante, anunciando que el señor Jürgen Schneider era lo que esos documentos afirmaban... Un piloto de la *Luftwaffe* o un arquitecto de Heidelberg.

Guardó la documentación en el fondo de su mochila de campaña junto a gran parte de su capital, sabiendo que no habría de utilizarlos hasta llegar a territorio alemán. Separó un pequeño fajo de billetes y los guardó en el pantalón. Ni siquiera eran de curso legal en España, pero no le pareció adecuado aparecer en ese mundo con los bolsillos vacíos.

Dio por comenzada su andanza en 1940 al cambiarse. No le cupo duda de la autenticidad de la ropa cuando, al ponérsela, sintió cómo su aura le envolvía. El uniforme debía de tener una historia que contarle y él no era capaz de escucharla. Sin duda versaría sobre grandes batallas, sin saber que las guerras siempre se pierden.

Terminó de vestirse y, por primera vez en su dilatada carrera militar, echó en falta un espejo de cuerpo entero en su avión para ver su aspecto con ese uniforme. Sentía curiosidad por verse y recordó la cámara que guardaba en su uniforme norteamericano. La extrajo del bolsillo y, tras comprobar que seguía siendo el único a bordo, la encendió muy suavemente. Tras un incómodo y revelador soniquete digital, la cámara estaba en marcha. Por suerte, pese a su reducido tamaño, su sensor de grandes dimensiones era capaz de hacer fotos con un nivel de ruido aceptable en unas condiciones de muy baja luz como las que había a bordo. Calándose la gorra de aviador alemán se apuntó con la cámara al rostro dejando el cockpit de fondo. Aún se hizo alguna foto más en el avión, una dejando la cámara en un asiento y usando el disparador automático para sacarse una foto de cuerpo entero y un par de fotos de la cabina del avión. En un segundo comprobó en el visor las fotos y sonrió antes de guardarla en el fondo de su equipaje y salir del

avión. Sus dos compañeros debían juzgar su aspecto caracterizado como un soldado de la Segunda Guerra Mundial aunque fuese a través de unos amplificadores de luz.

Se sorprendió interesado en lo que pensaría Diane Brown al ver a su superior en la misión disfrazado de aviador de la *Luftwaffe* venido a menos. Sin embargo, su descenso de la nave no produjo el efecto que había esperado. Sus dos compañeros sudaban la gota gorda montando equipos bajo la nave mientras la tormenta propinaba sus últimos coletazos. Diane no se molestó en volver la cabeza tras su estelar aparición y solo Keith advirtió su presencia, haciéndose el sorprendido y llamando la atención de su compañera.

Diane levantó la vista de la emisora que estaba instalando y sonrió, entreabriendo sus rojos labios para mostrar con timidez una hilera de dientes blancos que, bajo la tenue luz que llegaba del exterior, contrastaban con su negro uniforme.

–Nuestro capitán parece haberse transformado en su personaje –se secó una gota de sudor que cruzaba su frente–. Y de una forma muy convincente aunque le falta algo de mugre para parecer un piloto accidentado perdido en el desierto.

–Creo que el viaje en vuestro cochecito me dará el toque que me falta –masculló Zach señalando con la cabeza el jeep que parecía estarle esperando–. ¿Tenéis todo listo?

–Sí, capitán –confirmó Diane acercándose hacia él mientras buscaba algo en sus bolsillos–. Ya hemos cargado tu transmisor –le entregó lo que parecía ser un walkie talkie en miniatura–. Será tu contacto con nosotros, con un radio de unos cinco kilómetros sin obstáculos por medio. Recuerda que lleva incorporado un grabador digital.

Sopesó el pequeño transmisor sobre la mano abierta. Era muy ligero y pensó que tendría que hacer verdaderos esfuerzos por no perderlo, por lo que decidió guardarlo por ahora en uno de los bolsillos de su pantalón. Comprobó que este cerraba a la perfección, lo que le garantizaba un ambiente adecuado para sus pertrechos.

Torció el gesto mirando la gran antena que Diane estaba levantando y de la que dependía en gran parte su misión. Todo en ella estaba perfectamente coordinado, pero la antena representaba una concesión al azar demasiado importante, a su entender. Dado que cualquier elemento de comunicación con la potencia necesaria para poder efectuar una transmisión eficiente desde Alemania hasta el avión tendría un tamaño tan grande que lo haría imposible de transportar, la dirección del proyecto había contemplado la instalación de un receptor de onda corta. En algún momento debía convencer a las autoridades nazis de que le permitiesen usar sus equipos para hacer una transmisión en la banda de los 14.000 MHz y así comunicarse con sus compañeros. Se le ocurrían infinidad de motivos por lo que no pudiera hacer esa comunicación. Supuso que a los cerebros de Bifrost también porque, aunque las directivas eran claras respecto a abortar la misión si no se cumplían sus objetivos, se había decretado que la no comunicación desde Alemania usando onda corta no sería motivo de conclusión.

Sintió un escalofrío al pensar en la posibilidad de no finalizar con éxito. En ese momento se sintió como el saltador de trampolín antes de dar el paso definitivo. Recordó la frase de Neil Armstrong en la que afirmaba que su pequeño paso era en realidad un gran avance para la humanidad y sintió cierta desdicha causada por la vanidad de sentir que comenzaba una singladura que, de hacerse pública, sería comparable a la de ser el primero del selecto club de seres humanos que han tenido el privilegio de pisar la superficie de nuestro satélite natural, tan cercano y tan lejano a la vez.

–Entonces solo queda descansar un poco para salir antes del amanecer –acertó a decir mientras se dirigía hacia el jeep para examinarlo y comprobar que la tormenta había amainado.

En ese momento, rompiendo la tranquilidad que había reinado en la improvisada base

desde que habían conseguido tapar el avión para apartarlo de la influencia de la tempestad, Keith Alsop realizó un movimiento brusco para realizar un impecable saludo nazi.

Permaneció así un segundo antes de que Zach reaccionara sombríamente a su saludo. Simpatizaba con la causa del Tercer Reich desde hacía años, lo cual le había convertido en el candidato óptimo para la realización de la misión, pero hoy en día ya no sentía atracción alguna por símbolos y saludos como su compañero acababa de hacer. La obligada respuesta a gestos e iconos nazis fue una de las cosas que le hicieron desligarse en su día de su militancia neonazi. Mayor desazón le produjo comprobar que Diane se encontraba en la misma hierática postura que su compañero, la mirada fija en algún lugar de la lona protectora entre el cielo y el desierto. Se disponía a andar hacia el transporte cuando Keith escupió sus palabras.

–Puedo comprobar, camarada, que no responde usted a mi saludo. Debo recordarle que, si bien no es obligatorio en nuestra actual misión; el no responder según el protocolo en el mundo al que va puede significar para usted la muerte y para el proyecto el más estrepitoso de los fracasos.

El maldito tenía razón. No saludar adecuadamente podía ser tomado por un delito que podía llevarle a la horca en la Prinz Albrecht Strasse^[21].

–Procuraré tenerlo en cuenta –se limitó a asegurar aséptico–. ¿Creéis que podemos abrir?

–Sí, creo que ya debería entrar un poco de aire –decidió su compañera–. Aquí dentro el ambiente empieza a cargarse.

Los dos adjuntos a Zach comenzaron a abrir la lona por medio de unos cierres que se ocultaban entre unos pliegues. Tras ellos se mostraba un panorama que antes, con el ajetreo de la toma, no fueron capaces de contemplar en su justa medida. El paisaje que a la luz plateada de la luna se les mostraba era grisáceo y descarnado, sin un mísero arbusto a la vista. A ambos lado del valle se erigían, en el mismo color blancuzco que el resto del paisaje, sendas formaciones rocosas que exhibían irregulares taludes de manera que parecían hundirse bajo el suelo del desierto. El cielo limpio, lleno de estrellas y de un azul oscuro tan puro que no recordaba, contrastaba vivamente con la tormenta que había asolado la zona, poniendo en grave peligro el aterrizaje. Lo que más le chocaba era que por ningún lado podía verse huella humana, tan solo las líneas que el aterrizaje había dibujado en el suelo del desierto y que la tormenta, pese a su fiereza no había sido capaz de borrar del todo.

Zach se fijó en las huellas, largas y paralelas. Le parecía mentira haber metido su avión en semejante erial y no haber sufrido ni un golpe.

–En el momento en que salga ahí fuera será cuando comenzará la misión, capitán Schneider –oyó a Diane tras él y se volvió hacia ella.

–Así es. Debemos descansar un par de horas antes de que empiece a clarear el cielo – declaró, tras lo cual se dirigió hacia el interior del avión mientras sus dos compañeros le seguían en silencio.

Tras programar la alarma de su reloj se sentó en el asiento de descanso al fondo de la cabina pero le fue imposible conciliar el sueño. Ataviado con aquellas ropas sentía que había buceado por océanos de días para salir en un mundo totalmente diferente al que había nacido. Se sentía extraño en esa situación. El espacio-tiempo, tan antiguo como el universo, había sido burlado por el hombre y ninguneado por una pequeña máquina que tras obrar el engaño reposaba en una esquina de la cabina como un juguete olvidado. Se preguntaba si el tiempo, viejo y sabio, no se vengaría de ellos de alguna forma desconocida.

Se encontraba en un plácido duermevela cuando sonó una alarma en su muñeca y cayó en la cuenta de que no podría hacerse pasar por un aviador de la Segunda Guerra Mundial con un reloj cuajado de esferas en la muñeca. Lo depositó junto con sus pertenencias antes de bajar del

avión, esperando que no fuera la última vez que lo hacía. Abajo le esperaban Diane y Keith.

No hubo despedida especial sino un amistoso apretón de manos. Ninguno de ellos esperaba excesivas alharacas en la despedida, y por ello el capitán, sin más dilación, se sentó a los mandos del curioso jeep que le habría de llevar hasta la civilización. O hasta lo que se encontrase ahí afuera.

–Tengo conmigo el transmisor e iré haciendo pruebas cada cinco minutos para saber el alcance del equipo –explico Zach mientras rebuscaba en el bolsillo del pantalón donde debía encontrarse la pequeña radio hasta dar con ella–. ¿Funciona ahora? –preguntó cerca del micrófono tras pulsar el intercomunicador.

La pregunta del capitán se oyó al instante por el otro terminal, demostrando que estaba operativo. Si todo salía bien, sería el primer enlace entre Zach y sus compañeros cuando este volviese a rescatarlos, por lo que debían estar muy pendientes de esa radio. En caso de que fallase, podrían ser confundidos con elementos hostiles y atacados, lo que no haría fáciles las relaciones con los dirigentes alemanes.

–Pues si está todo correcto –concluyó el capitán encendiendo el pequeño motor de gasolina que propulsaba el jeep–, no debemos demorar el comienzo de la operación.

Zach Schneider se sentó en el jeep, se caló su gorra de aviador y dedicó unas palabras a sus compañeros.

–Les deseo la mejor de las suertes –su mirada se detuvo un instante buscando complicidad en los ojos de Diane, los cuales permanecían inexpresivos. Quizás denotando algo de excitación sin duda producida por el histórico momento que estaba viviendo; pero no mostraba ninguna emoción personal que era lo que inconscientemente había buscado el capitán.

–Esperamos verle pronto para poder acabar la misión con éxito, capitán –se despidió su compañero.

Diane se acercó y, acariciando con timidez la mejilla del capitán, lo miró a los ojos intensamente.

–Cuídate. Debes volver –murmuró mientras se acercaba a su oído–. Ojalá pudiera ir contigo.

Zach no esperaba esta repentina muestra de afecto justo en el momento en el que no podía replicarla. Sacudió la cabeza para alejar de sus pensamientos el rostro de porcelana de Diane. No podía permitirse el lujo de fantasear con su compañera y se limitó a ofrecerles una sonrisa que intentó pareciera despreocupada y, sin importarle si había conseguido dar a su expresión el sentido deseado, puso en marcha el coche para salir de la cobertura que tan bien había resuelto su doble función de protección y camuflaje. No tenía pensado mirar atrás, pero sus pensamientos se quedaron en su avión, entendiendo que quizás jamás lo volvería a ver y que podía acabar con sus huesos en cualquier campo de concentración si no conseguía convencer a los jefes nazis de la poco creíble misión que le había llevado hasta una Alemania que ahora mismo estaba dispuesta a todo para conseguir sus objetivos.

Dejó sus reflexiones de lado cuando el sol comenzó a picarle en la frente. Entonces sacó de uno de sus bolsillos una pequeña brújula para poder dirigirse hacia el sur con la esperanza de encontrar una carretera que poder seguir hasta el pueblo de Bujaraloz, donde debía comenzar a usar la primera de las identidades que desde Bifrost le habían dado para la misión.

Entendió por qué desde tiempos inmemoriales el ser humano necesita encomendarse a entidades divinas cuando la angustia de enfrentarse a lo desconocido paraliza los actos de uno.

Capítulo 8

Levantándose a horcajadas sobre su extraña y lenta montura, Zach Schneider oteaba el horizonte en busca de una carretera que escondiéndose parecía reírse de él y de su suerte. Pese a que la zona todavía se encontraba convaleciente de los encarnizados combates que la guerra civil española había prodigado en la comarca, Bifrost afirmaba que al sur del punto de aterrizaje debía haber una carretera con suficiente tráfico como para poder encontrarse con alguien que le transportase a algún sitio civilizado. Siendo consecuente con el papel de piloto alemán accidentado que debía representar, no se creyó conveniente que llevase consigo mapas de la zona.

Se había decidido que Zach debería contactar con alguna de las autoridades locales para conseguir su repatriación. Bifrost estaba seguro de que la postguerra había hecho mella en el ánimo de las gentes que poblaban tan árida extensión y que no plantearían muchos problemas para devolver a su casa a un aviador alemán extraviado; máxime cuando podía documentar que pertenecía a las fuerzas armadas del país que con su contribución militar había ayudado considerablemente a que el bando nacional ganase la contienda. Su nacionalidad se consideraba como un salvoconducto al que poder alegar en caso de necesidad; pensando en que las autoridades españolas tendrían suficientes problemas reconstruyendo sus estructuras como para preocuparse de un piloto de un país aliado que tan solo quiere retornar a su patria.

Y ahora, dejado tiempo atrás el último punto donde pudo contactar por radio con la base, se encontraba intranquilo; como el padre que deja a su hijo a cargo de una canguro de la que no se fia del todo.

El paisaje se hizo más abrupto. Afilados valles acarcavados resbalaban desde la planicie caliza buscando las zonas bajas donde debía encontrarse un río que sirviera de vía de escape a la poca agua que permitían llegar las cordilleras que delimitaban el desierto y Zach, sudoroso, tuvo que emplearse a fondo para descender su mal gobernable vehículo por las escabrosas pendientes que caían hacia el valle.

Comenzaba a darse cuenta de que se encontraba en dificultades debido al primer error que la dirección del proyecto había cometido. Muy poco hubiera costado pensar que un vehículo diseñado para moverse en accidentados ambientes desérticos necesitaría de una tracción integral para mejorar su precaria estabilidad. Como en respuesta a sus pensamientos, la máquina perdió tracción en una de las ruedas motrices mientras acometía un desnivel, de forma que la otra rueda, todavía en contacto con el terreno grisáceo, utilizó arteramente la potencia del motor para desequilibrar el jeep en tan delicado momento, dirigiéndolo hacia el obstáculo que su conductor se esforzaba en esquivar. Tanto la máquina como su gobernante cayeron rodando por la escarpada pendiente que estaban negociando.

La caída no duró mucho, pero fue suficiente como para dejar el vehículo fuera de servicio y a Zach maltrecho con rasguños de diferente consideración. Este se levantó como pudo y sacudió el polvo de su uniforme.

"Al menos no tendré que preocuparme de mostrar un aire accidentado", pensó en cuanto comprobó que la manga de su brazo izquierdo tenía desgarros que la herida que se había abierto por debajo comenzaba a teñir de un muy creíble tono sanguinolento. La fuerza de la gravedad aliada con el accidentado relieve desértico había logrado que el capitán ofreciese un convincente porte de aviador con problemas al aterrizaje.

Sin embargo, no todo eran malas noticias. Al levantar la vista pudo divisar la carretera

que estaba buscando, destacando como una estacha negra sobre los tonos blanco-grisáceos del terreno. Había llegado el momento de deshacerse del vehículo que lo había llevado hasta allí. El jeep debía ser detonado y dejado tan irreconocible que, pese a la diferencia de tamaño, pudiera en último caso proporcionar una coartada válida si tenía la desgracia de toparse con alguien con la suficiente suspicacia como para querer ver los restos del avión que en teoría lo había traído. Recogió sus pertrechos y levantó una caperuza de plástico que protegía un botón de su pulsado accidental. Suspiró antes de apretarlo.

No pudo reconocer indicio externo alguno de que un explosivo dentro del ingenio había sido activado y tampoco hubo una cuenta atrás, pero sabía que tenía dos minutos para alejarse del jeep antes de que hiciera explosión. La deflagración no iba a ser lo suficiente fuerte como para desintegrar el vehículo porque no interesaba hacerlo; pero, en cualquier caso, más que suficiente como para lanzar una esquirla que, en caso de impactarle, hiciera que el disfraz de aviador en problemas fuera más elocuente de lo estrictamente necesario. Terminó por descender, no sin dificultades dado lo suelto del terreno, la parte de la cárcava que su caída no había completado. Un par de veces estuvo a punto de irse al suelo cuando la gravilla grisácea que componía en su mayor parte el paisaje cedió bajo sus pies, insistiendo en llevarle a la llanura en un estado diferente a la estable posición vertical que pugnaba por mantener.

Una vez pudo mantener la normalidad con cierta compostura, comenzó su caminar hacia la carretera que había vislumbrado tras la caída. El sol del desierto empezaba a hacerse notar generando grandes gotas de sudor en su frente que cuarteaban su rostro cubierto de gris polvo desértico. Cuando pudo oír la explosión del jeep tras él le dedicó una última mirada, esperando no encontrarse con alguien con la suficiente cultura aeronáutica como para decidir que esos restos no podían pertenecer a ingenio aeronáutico alguno y comenzó a andar en busca de civilización.

Llegó a la ardiente carretera en menos de lo que había pensado porque el hecho de ocupar su mente repasando los detalles de su misión había conseguido que el tiempo pasase más deprisa. La ruta estaba tan vacía de vida como el páramo que, aunque lo conocía desde hacía menos de un día, parecía haberse instalado en su interior como una parte de él. Sin embargo, pese a que empezaba a sentirse como un habitante del desierto, no pudo evitar dar un respingo de alegría al divisar una sucia columna en el punto en el que la carretera interceptaba el horizonte: una inequívoca señal de que algo moviéndose hacia su posición a cierta velocidad estaba creando una estela de polvo tras él. Y además se dirigía hacia el pueblo de Bujaraloz que habría de ser su punto de contacto con el mundo de 1940 en el que se suponía que se encontraba.

De repente, un escalofrío recorrió su recalentado cuerpo... "¿Qué pasaría si me cruzo con un feliz padre de familia que conduce un Honda último modelo?"... Mientras la columna de polvo se dirigía hacia él, Zach cayó en la cuenta de que nada había que indicase que el salto en el tiempo había sido efectivo. Quizás atendiendo a su instinto de conservación, desabrochó su pistola dispuesto a usarla si algo que desconocía ponía en peligro su vida.

Su actitud empezó a relajarse cuando pudo comprobar que el vehículo que se dirigía hacia él no podía haber sido construido después de la mitad del siglo de su nacimiento. Si era cierto que estaban en 1940, el cochambroso camión que se dirigía hacia él ya debía ser viejo por entonces. El ajado camión, entre pequeñas explosiones producidas por un tubo de escape que debía haber conocido días mejores, se tambaleaba en su dirección. Zach salió de la calzada y esperó a que el camión se pusiese a la vista para hacerle señales. Dudó si la España de esa época conocía el gesto internacional del autoestopista que, pulgar arriba, solicitaba a los vehículos un asiento para ahorrar caminata y juzgó adecuado hacer aspavientos; más efectivos cuando se trata de llamar la atención.

El abollado capó del camión, que debió haber sido rojo alguna vez, empezaba a verse entre la polvareda que levantaba y Zach decidió que era momento de entrar en el mundo de principios de los 40 y comenzó a mover los brazos mientras componía la pose más conmovedora que era capaz de mostrar. Su papel debía de estar dando resultado, pues el camión redujo la marcha en cuanto lo tuvo a la vista. El rostro del capitán se llenó de gratitud en cuanto pudo ver la cara del conductor, casi tapada por una negra barba cerrada; pero, contrariamente a lo que hubiera supuesto, la faz del enjuto hombre que conducía el camión no mostró consideración alguna, sino que, tras un inicial rictus de sorpresa, mostró una expresión miedosa durante un segundo y se apresuró en engranar una marcha más corta para imprimir a su vehículo una aceleración que, lejos de poder calificarse como vertiginosa, era suficiente como para dejar atrás a Zach antes de que este pudiera recuperarse de su asombro. Plantado y con un palmo de narices en una carretera en medio de ningún sitio, no encontró otra forma de mostrar su indignación que arrojando su gorra con violencia contra el suelo.

Más tranquilo la recogió mientras advirtió a lo lejos otra columna de polvo que se dirigía hacia él. Tentado estuvo de sacar su Luger para forzar al conductor a parar y llevarle hasta el maldito pueblo de Bujaraloz, pero desechó la idea por el momento, pensando que una entrada pacífica sería mejor y, sobre todo, más discreta.

Se repitió la escena anterior, pero si había pensado que el camión anterior era viejo para encontrarse en el 1940, el cachivache que se le aproximaba era antediluviano en comparación con el que le precedía. Sin embargo, el vetusto camión cargado de jaulas en las que se hacinaban gallinas, parecía responder mejor a los gestos lastimeros que el capitán se esforzaba en interpretar, deteniéndose un par de metros antes de llegar a su situación. Esta vez le dedicó una tranquilizadora sonrisa al conductor mientras renqueaba hacia el vehículo que, al igual que la carga que transportaba, parecía cacarear al ralentí.

Al abrir la puerta del camión se encontró con una maloliente humareda de tabaco que acompañaba al conductor en su viaje.

–¿Qué se le ofrece? –preguntó a bocajarro una voz desde el volante del vehículo, envuelta en la nube de humo que difuminaba la boca que la articulaba. El conductor apenas se movió.

–Buenos días, señor – Zach se sorprendió chapurreando español con ese hombre que todavía no sabía cómo reaccionar a su presencia–. Soy aviador alemán que acaba tener accidente con avión –señalo la todavía visible columna de humo que la explosión del jeep había generado–. Necesito que ayude a volver casa.

–¿A Alemania? ¿Quiere que le lleve *hasta Alemania*? –inquirió la voz entre el humo de tabaco–. ¿Es que el golpe le ha trastocado la cabeza?

–Disculpe mi torpeza con lenguaje, señor –se apresuró a explicar el capitán cansinamente–. No estoy muy familiar con español. Solo pido lleve hasta algún sitio donde pueda tomar transporte que devuelva a mi país.

Cuando la corriente de aire que generó la puerta abierta se abrió paso entre la tóxica neblina, el interior del camión se despejó revelando el rostro del conductor que lo miraba interesado. Su edad debía ser menor de la que su ajado rostro y las arrugas de su cara se empeñaban en transmitir. Una cicatriz violácea cruzaba su frente de un lado a otro, destacando bajo un pelo grasiento con apariencia alquitranada. Pareció reconocer el uniforme del capitán, mas no parecía arredrarse ante él sino que, antes al contrario, sonreía con un rictus de suficiencia que inquietó a Zach.

–¿Y no querrá el señor piloto alemán que le lleve a una de sus bases? –preguntó mientras se echaba sobre el volante. El tono de su voz podía sonar incluso sarcástico.

–¿Por aquí bases alemanas?

–No, señor... Por eso me estaba preguntando que hace por estos parajes un piloto alemán. Conocía la respuesta a esa pregunta porque sabía que se la harían muchas veces.

–Estaba probando nuevo modelo de avión cuando de repente empezó a desintegrarse en vuelo hasta que cayó –volvió a señalar la columna de humo que cada vez se iba haciendo más tenue, con la esperanza de que eso calmase la curiosidad del conductor–. Milagro esté vivo.

–Suba –el conductor sopesó su respuesta, tras lo cual contestó desde la humareda mientras le hacía gestos con la mano animándole a hacerlo. Zach subió al incómodo asiento mientras le tendía una mano con saluatorias intenciones.

–Me llamo Jürgen, señor. Jürgen Schneider –se presentó mientras el camión, carraspeante, se ponía en marcha ante la algarabía de las gallinas que abarrotaban la caja.

–Santiago López para servirle, piloto –sonrió desde su asiento, mostrando algo incandescente en su boca que, sujeto entre los pocos dientes que tenía, debía haber generado todo el humo que antes inundaba la cabina del camión... Alguna especie de cigarro puro improvisado cuyo contenido, en la época de Zach, podía haber sido tratado como arma de destrucción masiva –. Lamento no poder darle la mano, pero la dirección de la *cantora* no va muy fina y puede mandarnos a todos a la cuneta.

–¿Cantora?

–Así es... Es el nombre del camión ¿No oye usted su chorro de voz? –rio.

Zach meditó un segundo la respuesta a seguir. Podía comenzar una intrascendente conversación sobre nominación de camiones o bien aderezar algo su disfraz. No le costó mucho elegir la segunda opción y comenzar a parecer desorientado. No le parecía adecuado que un aviador recién accidentado comenzase a intentar trabar amistad con quién le ha recogido. Obvió por un instante el comentario del conductor mientras escrutaba cielo y tierra sin parar, como buscando una señal que le ubicase. Cuando consiguió despertar el interés de su acompañante, le preguntó sin mirarle a los ojos.

–Señor Santiago... Estoy algo... desorientado. Sé que esto es España, pero no sé qué parte estoy.

–¿Es usted aviador y no sabe por dónde estaba volando? –inquirió mientras la cicatriz enrojecía sobre sus inquisidores ojos–. ¿Ni siquiera sabe a dónde se dirigía?

Zach estaba esperando esa pregunta. Le explicó que recordaba haber dejado atrás la ciudad de Pamplona y que se dirigía a Barcelona para volver desde ahí a Alemania a través de Suiza cuando su avión, un prototipo en realidad, comenzó a vibrar con tanta rabia que comenzó a desintegrarse en vuelo y tuvo que intentar aterrizar lo más entero posible. La lucha con la máquina le apartó de su ruta; no tanto como para saber que seguía en España, pero lo suficiente como para saberse perdido.

Se sintió orgulloso de la consistencia de su explicación. No la había ensayado, pero había estudiado con detenimiento la topografía de las varias zonas de aterrizaje y los alrededores. En particular le llamaba la atención el hecho de que la zona se encontrase cerca de Pamplona: para él un sitio, como para otros tantos americanos, que hubiera deseado visitar... ¿Quién sabía? Quizás al terminar su misión podía volver a la capital navarra a correr delante de los toros junto a Hemingway.

Santiago, el conductor, arqueaba una ceja hacia él. Zach tenía una impresión desagradable porque no esperaba encontrarse con un lugareño que lo escudriñase con ese aire tan sobrado. El renegrido conductor parecía divertido con su presencia, mostrando el mismo talento que el gato que juega con el ratón antes de devorarlo. El capitán recordó a tiempo la Luger con el seguro

quitado que reposaba en uno de los bolsillos del pantalón.

–Amigo Jürgen, ¿Quieres mirar debajo del salpicadero? – el tono de voz de Santiago no admitía réplica, por lo que hizo lo que se le pedía, suponiendo que tendría que sostener algún panel que estaba a punto de caerse o cualquier otro tipo de reparación *in situ*. Su corazón falló un latido al descubrir una vieja escopeta de cañones recortados que le apuntaba con insolencia, como si hubiera leído sus pensamientos respecto a pistolas sin seguro. Un mugriento cordel venía del lado del conductor para amarrarse al gatillo y actuar como transmisor de las órdenes de Santiago si este decidía hacer uso de ella.

–Es mi seguro de vida. Tengo esa lupara dispuesta a freírle los huevos en cuanto se le ocurra hacer un movimiento extraño... ¿Su torpeza con el lenguaje le impide entenderme o he sido lo suficientemente claro?

–Amigo López... No se imagina cuanto claro habla escopeta apuntando a uno. Pero no entiendo es amenaza... Llevo arma reglamentaria porque forma parte de uniforme, único que quiero es volver a mi país lo antes sin usar pistola. No quiero problemas –levantó las manos enfatizando sus frases.

–Escúchame, Jürgen... O como cojones te llares... Tú y tus compatriotas habéis matado a miles de inocentes en mi país. Habéis ayudado a que los fascistas pudieran ganar la maldita guerra –respiró agitado antes de continuar, clavándole la mirada mientras la cicatriz refulgía entre el rojo vivo y el tono cereza–. No me vengas ahora con que no quieres problemas, porque me dan ganas de volarte las pelotas ahora mismo.

El templado carácter de Zach no pudo evitar dar un respingo. Había previsto que su disfraz de piloto alemán le hiciera pasar como amigo en la España de postguerra, pero nadie había pensado en la posibilidad de que la primera persona que encontrase perteneciese al bando que acababa de perder una guerra; algo que, ahora que lo vivía, podía entrar dentro de lo posible.

–Aseguro jamás participado en misión sobre territorio español...

–No sé por qué, pero creo que eso es lo único cierto que me ha dicho desde que nos encontramos –le interrumpió el conductor mientras detenía el camión entre chirridos. Pese a que Zach pensaba que iba a dejarlo en mitad del desierto con un balazo en el bajo vientre, lo único que hizo fue sacar de su bolsillo un mechero de yesca para dar lumbre al pestilente veguero que todavía pendía de sus resacos labios. La cicatriz de la frente volvió a su tez normal, tranquilizando en parte al capitán.

–Escuche, Jürgen... Si hay algo que me haya impedido liquidarle como a un perro ahora mismo es porque siento curiosidad por usted –contuvo la frase deliberadamente para comprobar su efecto en el rostro del alemán. Para su desconsuelo, no movió ni un músculo–. Solo por eso voy a contestar su pregunta de antes... Estamos en medio del desierto de Los Monegros, donde miles de compañeros míos dejaron su sangre luchando contra las hordas fascistas –exhaló una nube de humo hediondo mientras engranaba una marcha en la quejumbrosa caja de cambios del camión–. Le diré lo que vamos a hacer. Yo no me lo cargo y nos vamos los dos calladitos hasta Bujaraloz donde le entregaré a la policía. Mi reputación política no es la mejor en estos tiempos y espero que entregarle a la autoridad me haga ganar puntos ante estos fascistas de mierda ¿Sigo siendo claro?

–Muy claro, pero...

–¿Pero qué?

–No quisiera meter a gobierno local ni a policía.

–Lo que le pase a usted una vez en manos de los fascistas me da igual –sentenció Santiago López–. No sé cuánto conoce usted del país en el que ha aterrizado, pero las cosas están muy feas

para alguien como yo; y cumplir con mi deber como español dejándole a usted en manos del gobierno local hará que crean que voy sobrado de espíritu nacional, que falta me hace. Punto final.

Zach comenzó a comprender su nueva situación. Lo ideal hubiera sido que le hubieran dejado en algún lado en el que poder continuar su viaje hasta el corazón del Tercer Reich, pero sabía que eso era solo una de las posibles variables en su misión. El pasar a estar bajo control del gobierno español, claramente favorable a los intereses alemanes, no era del todo malo; pero temía que algún funcionario demasiado cumplidor de su trabajo le hiciera preguntas de más. En cualquier caso, su situación entraba todavía dentro de lo normal si acababa en manos de los poderes locales y así se lo hizo saber a su improvisado compañero de viaje.

–Me parece bien –se retrepó cuanto pudo, satisfecho en el incómodo asiento del antediluviano transporte que paseaba su carga de gallinas por el desierto.

No hubo más palabras mientras el achacoso camión avanzaba sobre la ondulante carretera hacia el pueblo de Bujaraloz, el cual se hizo visible tras una pequeña pendiente. Allí esperaba a Zach su inmediato futuro una vez superada la pequeña crisis con su conductor que casi le lleva a tener que abortar la misión tan precipitada como violentamente. Desconocía cuales eran las sospechas de Santiago, pero decidió que era mejor no indagar cuando su destino había sido ya depositado en manos del gobierno local.

Sin mediar palabra desde la declaración de intenciones del conductor, entraron en el pueblo. No fue, ni mucho menos, todo lo espectacular que debería haber sido puesto que nada ni nadie había previsto la llegada de tan ilustre visitante. Por el contrario, las callejuelas destilaban soledad y muerte.

No tuvo que circular mucho dentro del pueblo cuando el deslucido camión se detuvo, generando una nube de polvo delante de una casa baja. Pese a estar pintada del mismo color blanco que el resto no cabía duda de que era un lugar especial. Ni tan siquiera hacía falta ver las impolutas banderas rojigualdas que pendían de su fachada para darse cuenta de que la construcción delante de la cual se había detenido el camión tenía un papel importante en el funcionamiento del pueblo. Debía ser la única vivienda entera, con la fachada bien encalada y con el alegre detalle de exhibir unas pocas flores de vivos colores en una de sus ventanas. Si no fuera por el cruel entorno que le hacía volver a la realidad al primer vistazo, lleno de calamitosos esqueletos de lo que en otros tiempos debían haber sido sencillas pero dignas construcciones, hubiera pensado que la casa que tenía enfrente era una muestra perfecta para definir el buen gusto de los habitantes de la zona en lo que a arquitectura rural se refiere. Sin embargo, era la única construcción del bando vencedor en medio de un paisaje en el que la tónica predominante era la miseria que exhibían los perdedores de la guerra civil que acababa de arrasar el país. Parecía la casa de ladrillo del cuento de los tres cerditos.

–Recuerda, alemán, que te estoy apuntando a los huevos con la recortada antes de hacer ninguna tontería –le mencionó Santiago antes de ponerse a tocar el claxon. El capitán levantó las manos en signo de conformidad una vez más. Estaba deseando perder de vista a tan desagradable personaje que le había transmitido sin ambages su voluntad de cargárselo en medio de un desierto cómplice, sin testigos incómodos. Una vez en contacto con gobierno local volvería a la senda que desde Bifrost se le había indicado le llevaría al corazón del Tercer Reich.

–¡López! ¿Qué cojones haces? ¿Es que tu falta de espíritu nacional te obliga a tocar las pelotas al estado español en todo momento? –ladró una voz desde la puerta de la casa que resultó pertenecer a un hombre diminuto con el pelo engominado que, rematado por una boina roja vestía un uniforme de camisa azul oscuro y pantalón blanco–. Te advierto, López. Si no fuera porque tu familia es de un patriotismo intachable, hace tiempo que te habría dejado en manos de la Guardia

Civil para que te enseñasen los valores de la nueva España.

Como curtido militar, Zach pudo notar un leve rictus de acobardamiento en el rostro del hasta ahora desafiante y altivo conductor. No le extrañó, pues su misión le había llevado a interesarse sobre el periodo de la historia de España en el que debía desenvolverse y sabía de la represión que los ganadores de la guerra ejercían sobre los más débiles y los perdedores. No le cabía duda de que esos valores de los que el hombrecillo de camisa azul oscura y boina roja hablaba acabarían con un tiro en la nuca disparado en la cuneta de cualquier polvoriento camino de los alrededores del pueblo.

–No se ponga así, señor Alcalde –replicó Santiago López coloquialmente e intentando disimular sus angustias con más voluntad que éxito–. Estoy de su lado... ¿De qué manera si no iba yo a traerle a este polluelo perdido que me he encontrado? –agregó mientras señalaba con el mentón al capitán Schneider.

El personaje de la camisa azul reparó en la presencia del alemán junto al conductor con una indiferencia que conmutó a fascinación en cuanto reparó en la insignia de aviador que portaba.

–¡*Jawohl, herr Hauptmann*^[22]! –ametralló el atildado alcalde mientras componía un impecable saludo brazo en alto. A Zach Schneider le recordó a su compañero Keith Alsop previniéndole contra los peligros de no corresponder al saludo, aunque decidió que el personajillo que tenía delante no era peligro alguno en caso de no contestar adecuadamente e hizo un tímido conato de respuesta tocándose la visera mientras sonreía.

–¿Cómo ha llegado hasta aquí nuestro amigo alemán? –preguntó el hombrecillo de la camisa azul acercándose a la ventana abierta del conductor. Zach supuso que debía haberse puesto de puntillas.

–Señor Alcalde, me lo he encontrado en la nacional, haciéndome señas para que parase. Dice haber tenido un accidente con su avión mientras hacía un vuelo de pruebas hacia Barcelona.

–¿Y habla español?

–Sí, señor Alcalde – Zach entró en la conversación–. Soy piloto de pruebas de *Luftwaffe* y tengo problema con modelo de avión probando –mostró el *soldbuch* que le acreditaba como tal –. El avión quedado destrozado en tierra, dejado una columna de humo que señor López ha podido ver; y llevo con mí datos secretos que debo facilitar a superiores míos. Espero colaboración de usted para yo pueda volver a Alemania cuanto antes.

–¿A Alemania? –replicó el alcalde con una pregunta de obvia respuesta, mientras le miraba de hito en hito, ignorando el documento que se le ofrecía–. Y supongo que *herr* aviador querrá llegar por la vía rápida, sin involucrar al glorioso gobierno de la patria.

A Zach no le gustó nada el acento irónico del peripuesto alcalde y escamoteó su cartilla dentro de la bolsa. Cuanto menos gente la viera, mejor.

–Lo que crea sea forma más rápida de llegar a país mío, señor –intentó no hacer notar que lo que ansiaba era salir de España sin dejar huella. Meter al gobierno central en todo esto podía ser un error de consecuencias imprevisibles–. Tengo datos mi país necesita cuanto antes para luchar contra el judaísmo internacional. Si cree más rápido es trasladarme a mi país por vía burócrata, estoy de acuerdo.

Sus palabras dejaron al hombrecillo pensativo.

–Si consigue llegue a patria con rapidez, mi país quedará muy agradecido usted y su gobierno, y así harán saber superiores míos a los de usted –añadió el capitán señalando al hombrecillo y viendo el efecto que sus palabras habían causado en aquel maniquí del que en ese momento dependía la misión. Sabía que un rasgo común a todas las dictaduras era la desmesurada ambición de la que hacían gala sus secuaces.

–¿Será suficiente con que, por ejemplo, le dejemos cuanto antes en la frontera con Francia? –preguntó el alcalde tras meditar sus opciones.

–No creo sea opción cuando estamos guerra alemanes con ellos.

–Dígame entonces... ¿Qué sugiere usted? –preguntó en un tono demasiado condescendiente para el gusto de Zach.

–Quizás con vehículo pueda llegar a mi país por carretera, mi gobierno estará agradecido como para su nombre sea tratado como benefactor pueblo alemán cuando ganemos la guerra hemos comenzado contra comunismo.

Los pequeños ojillos del alcalde brillaron con fiereza.

–Sí... Un coche... Creo que lo puedo conseguir, y así evitaremos papeleos incómodos. Espere aquí –sentenció el alcalde antes de dirigirse a la puerta y desaparecer en la negra frescura de su vivienda.

El interior del camión permaneció en un silencio solo roto por el cacareo de las gallinas que ocupaban la parte trasera de este, indiferentes a la política internacional. Santiago López, el conductor, había permanecido en un discreto segundo plano, atento a todo cuanto decían pero sin tomar parte. Este comenzó a tamborilear sobre el volante del camión, pensando en lo insólito de la situación.

Conocía al alcalde. Sus familias habían sido amigas y vecinas hasta que la guerra les separó. El alcalde escogió el bando nacional de acuerdo a sus ideas mientras él, atendiendo a sus principios, se alistó como miliciano en el bando republicano llevando la vergüenza a su familia, de rancia raigambre. Pese a tener ideas políticas opuestas, sabía de la ambición de su antiguo compañero; y le extrañaba que no hubiera accedido de inmediato a realizar una acción que, a tenor de lo que insinuaba aquel extraño aviador alemán, le hubiera reportado fama inmediata y quizás un ascenso junto a un traslado a algún sitio más importante que ese pueblo en medio del desierto de los Monegros. Miró al alemán.

–¿Todo bien? –inquirió Santiago.

Zach asintió reflexivo. Estaba absorto en sus pensamientos sobre cómo llegar a Alemania por carretera y en qué momento exacto debía dejar de ser un piloto accidentado para convertirse en arquitecto.

En ese momento el alcalde salió de su domicilio sonriente como una hiena.

–*Herr* aviador, todo ha sido dispuesto para su marcha. Si tiene la bondad de esperar un segundo, le procuraré en seguida un vehículo para que pueda volver a casa cuanto antes, sano y salvo –mantuvo un segundo una especie de sonrisa constreñida antes de continuar–. Como verá, todo ha sido solucionado con la mayor rapidez y eficiencia, tal y como corresponde a la nueva España.

Pese a haber recibido todo tipo de adiestramiento en muy diversas situaciones de combate, ninguna era de utilidad en ese instante en el que simulaba ser lo que no era lejos de su patria y de su tiempo; y eso comenzaba a ponerle nervioso. Le había extrañado que ese hombrecillo no le recordase que no debía olvidarle cuando redactase su informe a sus superiores alemanes. Algo iba mal y ni siquiera sabía qué era. La situación que la fingida amabilidad del hombrecillo era tan extraña que incluso Santiago, el conductor, se revolvía inquieto en su asiento; tan interesado que había dejado de prestar interés al apestoso veguero que todavía pendía de su boca amarillenta de tabaco.

–¿Debo esperar dentro de casa? ¿En otro sitio? –Zach intentó a la desesperada recabar algo de información sobre lo que estaba pasando para poder así adaptarse cuanto antes a su situación. No podía estar parado esperando acontecimientos.

–No, no será necesario que abandone su asiento. Su coche estará aquí en muy poco tiempo.

–En ese caso, prefiero esperar de pie –repuso Zach haciendo un brusco ademán de levantarse para salir del camión, gesto que las gallinas agradecieron con una sonora algarabía.

–Creo que es mejor que no salga del vehículo –sentenció el diminuto alcalde mientras sacaba con envidiable rapidez una pistola de su cartuchera. Le encañonó con estudiada postura, evidenciando una formación militar que Zach no estaba seguro de querer evaluar contradiciendo su orden–. Permanezca sentado hasta nueva orden, *herr* aviador.

El ruido de un motor anunció la llegada de un jeep de la Guardia Civil, inspirando en el alcalde un estado de suficiencia que hizo aflorar en su rostro la más letal de sus sonrisas. Como previendo complicaciones, el veguero dejó la boca de Santiago, abierta en gesto de sorpresa, y buscó cobijo en el suelo del roñoso camión.

–¡A mí la Guardia Civil! –anunció el alcalde con una buena dosis de teatralidad. que a Zach no le hacía ninguna gracia.

–¿Este es el tipo que tenemos que llevarnos, alcalde? –preguntó uno de los guardias, un gigante con un gran mostacho bajo la nariz y un gesto hosco que dirigió hacia Zach. No parecía una pregunta que esperase respuesta, sino confirmación. La pistola del alcalde se aseguró antes de desaparecer en su cartuchera mientras que su dueño cambiaba la sonrisa de mortífera a triunfal.

–Así es, cabo. Pueden llevárselo –ordenó sin siquiera levantar la vista de su arma.

–Perdón. Creo que hay error. Soy ciudadano alemán, aliado de su gobierno, y exijo explique qué está pasando –inquirió Zach de la forma más tranquila posible. Sabía que en su delicada situación no debía incrementar el nerviosismo ambiental.

En ese momento, el fornido guardia que había descendido del coche mientras su esquelético compañero seguía al volante del jeep, inició un movimiento más rápido que el que su corpulencia podía haber dado a entender que era capaz de hacer. En un instante se situó frente a la puerta del asiento que ocupaba el capitán, con los brazos en jarras y las pobladas cejas contraídas apuntando a su nutrido bigote negro alineado con el frontal del tricornio negro brillante, examinándole con mirada de depredador enfadado. Zach no se dejó arredrar ante la situación, pero se tensó como una cuerda de violín. Ese tipo sería un formidable adversario en el enfrentamiento cuerpo a cuerpo que estaba sopesando llevar a cabo.

Pareció que el guardia había leído sus pensamientos y se encargó de hacerle desistir de sus intenciones de la forma más elocuente posible. Separó de su cuerpo una de sus gigantescas manos, capaces de hacer desaparecer en su interior un cerdo vivo, la apoyó en la puerta y la abrió sin usar el pestillo. Debió deformarla sin aparente esfuerzo usando tan solo su pulgar y su índice.

–Salga del vehículo *inmediatamente* –ordenó el gigante mientras blandía delante de él un peludo puño que podía haber derribado la casa del alcalde si el lobuno agente de la ley hubiese querido destrozarse la morada del tercer cerdito.

Zach entendió al instante que una confrontación con él podía causarle problemas que comprometerían su misión y decidió obedecer. Abandonó el camión con pesadumbre, y dócilmente se dirigió hacia el orondo guardia civil que procedió a esposarlo antes de introducirlo en la parte trasera del jeep como aquel que estiba sacos de patatas. Su compañero dedicó un impecable saludo de despedida al señor alcalde antes de introducirse en el jeep que, sin tan siquiera haber apagado el motor, salió de la escena envuelto en la misma nube de polvo que lo había traído. El capitán Schneider miraba por la ventanilla trasera a los dos personajes que, dejados atrás, parecían alejarse de él sin moverse.

La escena no parecía haber extrañado ni a Santiago ni al alcalde de Bujaraloz, acostumbrados a presenciar extrañas detenciones en la época de postguerra que vivían. Ambos

miraban cómo el jeep de la Guardia Civil se alejaba mientras Santiago se afanaba en encender un mechero de yesca para devolver la vida a su nauseabundo puro.

–Ni me imaginé que lo buscaba la benemérita, fijese usted –expuso Santiago, rompiendo el hielo tras recoger del suelo de su camión su grueso cigarro, encenderlo y volver a envolverse en una nube de ponzoñoso humo perlado–. ¿Se puede saber por qué, señor alcalde?

–Ni idea. Solo sé que se ha recibido una orden ministerial diciendo que si de repente aparecía un alemán que quisiera volver a su país, diéramos parte a la Guardia Civil para que lo detuviera. Y es lo que he hecho. Bueno para criar malvas, según parece –se sinceró mientras se abanicaba su engominada cabeza con la boina roja. De repente fue consciente de su situación y miró al camionero con gesto irritado–. ¿Y usted, López? ¿Es que no tiene otra cosa que hacer que no sea tocarme los huevos con sus preguntas? Supongo que esas gallinas irían a algún lado.

–Así es, señor Alcalde, así es... –replicó en voz baja Santiago, rascándose con mugrientos dedos la cicatriz que cruzaba su rostro mientras seguía mirando extrañado el punto en que la lejanía había convertido al coche de la Guardia Civil–. Tengo muchas cosas que hacer y no puedo perder más tiempo.

Puso en marcha su camión. Este carraspeó al comenzar a moverse mientras el alcalde se resguardaba del sol en la frescura de su casa. Si Santiago López hubiera mirado hacia el regidor, se habría dado cuenta de que ni tan siquiera se dignó a saludarle, pero el conductor del camión seguía pensando en que su encuentro con el aviador alemán distaba demasiado de ser considerado normal.

Capítulo 9

En la oscuridad de su celda, Zach Schneider se devanaba los sesos pensando en cómo era posible haberse quedado sin opciones en su misión nada más comenzar. Se suponía que se había elegido España como primera opción para aterrizar su avión porque, además de la innegable ventaja geográfica, su recién instaurado gobierno dictatorial se mostraba abiertamente inclinado hacia los intereses germánicos. No entraba en los planes el que sin causa aparente encarcelasen a un ciudadano alemán pero, al parecer, tal suposición era errónea. Los problemas habían aparecido nada más contactar con el primer ser humano de la época en la que había aterrizado, algo que ni la más pesimista de las directrices de Bifrost había previsto. Se había hecho de noche dentro de la celda, pensando qué había fallado tan estrepitosamente.

Se encontraba perdido y frustrado. Muy frustrado y cansado, tumbado mirando el techo lleno de desconchones desde un camastro en una celda que olía a muerte. Le atormentaba la idea de que, si bien las circunstancias no le habían sido favorables, de alguna manera hubiera cometido un error que no alcanzaba a identificar. Deseó que su dejadez no supusiera perjuicio alguno en la contraprestación económica que Joey debía recibir, pese a que desconocía cómo los cerebros de la operación se podían enterar de su error. Quizás por la no consecución de sus objetivos.

No tenía forma de saber el tiempo transcurrido desde su llegada al cuartel, donde, nada más llegar, el implacable agente le amenazó con romperle los huesos si no le entregaba todas y cada una de sus pertenencias. Fue entonces cuando, en un alarde de entrenamiento psicológico, recordó sin desmoronarse que había dejado la cartera con todo su material en el asiento del destartado camión de ese maldito repartidor de gallinas. Error de principiante.

En ese momento, trató a la desesperada de desviar la atención sobre él. Se encontraba atenazado por la certeza de haber echado a perder la misión a las primeras de cambio y no encontró otra manera de hacerlo que sacando de su bolsillo el pequeño fajo de billetes alemanes. Un destello en los pequeños ojos del cabo al verlo indicó que había encontrado lo que buscaba.

—¡Confiscado! —se limitó a informar el gigante mientras con su manaza recogía los billetes para hacerlos desaparecer en el bolsillo de su guerrera. Dado que no necesitaba nada más para cubrir sus más inmediatas necesidades en la taberna de los hermanos Bermejo, decidió que el proceso de admisión del detenido había terminado y lo llevó a empujones hasta una celda en el sótano del cuartel. Una vez el prisionero en su interior, el agente cerró con una llave enorme y desapareció escaleras arriba.

Zach comenzó a caminar dentro de la celda, azorado por la perspectiva de acabar allí su misión. Tenía que pensar algo rápido.

—¡Alemán! —gritó una potente y poco amistosa voz desde arriba—. ¡Deja de andar de un lado a otro o te rompo las piernas! Te lo advierto... ¡Voy a dar una vuelta, y como no estés tumbado en tu catre a mi regreso, los de Madrid no van a encontrar de ti más que picadillo de cerdo!... Y no creo que les importe mucho que estés vivo o muerto.

Decidió no forzar la situación y se recostó en el criadero de chinches que magnánimamente el cabo había definido como *catre*, esperando su advenimiento. La vuelta del guardia resultó extenderse horas en las que analizó su situación... ¿Ese bruto había dicho *los de Madrid*? ¿Qué pintaba el gobierno central en su detención? ¿Y lo querían vivo o muerto?... Quizás a los de Bifrost se les había pasado por alto alguna extraña ley que obligase al gobierno a asesinar a los soldados alemanes perdidos.

Cuando se hizo de noche, asumió que su situación era doblemente complicada porque tenía que salir vivo de aquel agujero infecto y recuperar su cartera; y no se le ocurría forma alguna de solucionar ninguno de los dos problemas. Le vino a la cabeza la cámara de fotos que había conseguido introducir sin permiso en la bolsa; algo que bajo ningún concepto debía aparecer sin control en el escenario en el que se desenvolvía puesto que en ese mundo su misión consistía en dejar en las manos adecuadas únicamente la tecnología que su avión portaba; en ningún caso podía permitirse dejar objetos personales incontrolados que pudieran levantar suspicacias entre la población.

Al menos tenía la ventaja de la incompetencia del guardia civil. No parecía ser gran cosa como representante de las fuerzas de orden público, pese a que físicamente debía ser un temible adversario. Debía estar muy seguro de su situación para no haberse dignado a registrarle antes de enjaularlo. Aunque en su bolsillo todavía portaba el transmisor, sabía que desde donde se encontraba era imposible cualquier tipo de contacto por radio con su equipo; pero el hecho de saberse poseedor de un enlace le insufló nuevos ánimos.

En medio de la oscuridad, le sobresaltó el ruido de una puerta cerrándose con violencia en el piso superior seguido por lo que parecía ser una silla cayendo al suelo. Pudo oír lo que, por tono e inflexión, le pareció un florido juramento, pero fue incapaz de distinguir palabra alguna en la retahíla de exabruptos. Solo tuvo que esperar un minuto más para oír un nuevo estruendo de algo rompiéndose seguido de una maldición para reconocer la voz del cabo. Si no la reconoció en un primer momento fue porque se encontraba distorsionada por un alto índice de aguardentosis. Ahora sabía por qué había tardado tanto y a dónde había ido a gastarse el fajo de *reichsmarks* que le había sustraído.

Cuando sintió el cuerpo del gigante caer como un fardo se quedó inmobilizado esperando alguna señal de vida del cabo. En el silencio comenzó a oír una fuerte respiración que subía de volumen, amenazando ronquido en una especie de *crescendo* etílico. No tenía tiempo que perder.

—¡Señor guardia civil! —Zach se arriesgó a pulsar el estado de consciencia de su guardián llamando su atención con una llamada. Al comprobar que su osadía no obtenía respuesta se levantó de un salto.

Debía examinar su celda para buscar posibles puntos débiles en su cautiverio. Se le antojaba complicado porque no podía reconstruir mucho del escenario de su ingreso, deslumbrado al entrar por el contraste entre la fuerte luz del exterior y la oscuridad del interior del calabozo de la casa cuartel. Solo sabía que había bajado por una escalera desde la cual ahora, como si fuera petróleo denso y borbotante, se filtraba un profundo ronquido que nacía del sueño de su guardián en el piso superior.

Examinó el ventanuco cuyos gruesos barrotes era todo lo que se interponía entre él y el mundo. El hueco parecía ser lo suficientemente grande como para permitir pasar su cuerpo, pero esos malditos hierros habían sido fijados a conciencia pese a que sus socavados extremos mostraban haber sido tentados con algún que otro inútil intento de fuga.

No disponía de otro material que sus propias manos para intentar agrandar los incipientes agujeros en la base de los barrotes, por lo que cotejó cuál de ellos podía ser más fácil de extraer en primer lugar para luego utilizarlo como herramienta para excavar los demás. No olvidó que el arisco cabo Robles roncaba arriba. Odiaba a la gente que, contrariamente a todas las ordenanzas militares del mundo, se dormía durante la guardia, pero en este caso no podía dejar de alegrarse de que el guardia perteneciese a tan detestado colectivo. No obstante, previendo que entraba dentro de lo posible que el cabo Robles tuviese un sueño ligero, decidió no tentar a su suerte haciendo demasiado ruido.

Había intentado infructuosamente zarandear los barrotes de la ventana, pero debían estar más hundidos en el muro de lo que había supuesto porque no se movieron ni un milímetro. Ni en cien años podría moverlos; pero en el fondo de su cerebro había recordado que portaba medios más modernos de los que podía disponer.

En la oscuridad de su celda extrajo el transmisor de su bolsillo y lo activó. Lo que había tramado no requeriría de ningún transmisor, pero sí del pequeño grabador digital que incorporaba el pequeño artefacto. Podía grabar el estridente ronquido del cabo de la Guardia Civil que llegaba hasta su celda con claridad, para más tarde reproducirlo y hacer pensar así a su guardián que se encontraba dormido. Su carcelero no repararía en la poca calidad que ofrecía el pequeño altavoz del dispositivo, por lo que entraría en la celda a despertarle; momento en el que un emboscado Zach Schneider le atacaría por sorpresa, dejándolo fuera de combate y con la puerta abierta. Habría otras dificultades fuera, pero solo tenía que ponerse a una distancia del avión en la que pudiese comunicarse con sus compañeros para pedir ayuda. Una vez en su compañía, pondrían los medios necesarios para buscar su bolsa.

No tenía otra alternativa.

Terminó de grabar el rugido del guardia cuando le sobresaltó algo: un sonido que le interpelaba de una forma que ningún carcelero lo haría.

–Pssst... ¡Alemán! ¿Estás ahí?

Zach se puso en guardia. Había escuchado perfectamente la voz que en un susurro le había preguntado desde el exterior si estaba a la escucha. No le cabía duda de que el alemán al que se había interpelado era él. Pensar que pudiera ser Diane le insufló renovados bríos y se acercó ansioso a la ventana, buscándola con ahínco. Era la primera vez que pensaba en ella como persona, y no asociada a su misión. Quizás por ese motivo olvidó a Keith y supuso que Diane había ido hasta esa pocilga para sacarlo de allí, pero en seguida reparó en que ella no le hubiera llamado alemán.

–Si... ¿Quién eres? –decidió dejar de hacer cábalas sobre la identidad de aquel que le murmuraba desde el oscuro exterior de la celda para hacer las preguntas directamente.

–Soy Santiago. Santiago López... ¿Me recuerdas?

¡Sí! ¡Claro que sí! ¡El conductor del camión! Zach pudo sentir cómo su suerte cambiaba: en el exterior de su celda estaba la persona que tenía su bolsa con los útiles necesarios para continuar su misión. No tardó en comprender que si el camionero había sabido más de él de lo que era estrictamente necesario debería hacerlo callar por la vía más expeditiva posible, aunque decidió que por el momento seguiría el camino más favorable a sus intereses. No tenía otras alternativas.

–¿Santiago? ¡Claro te recuerdo! ¿Qué haces fuera?

–Voy a sacarte de ahí.

–¿Sacarme? ¿Cómo?

–Voy a intentar arrancar los barrotes... ¡Apártate de la ventana!

–¡Cuidado! Guardia duerme en piso arriba.

–¿Robles? No hay problema... ¡El muy burro se quedó dormido durante la ofensiva del Ebro! Ni siquiera el puto general Yagüe pudo despertarlo a cañonazos... –masculló mientras trababa una larga barra de acero entre los barrotes para hacer palanca–. Me preocupan más sus compañeros de encima, en la casa cuartel... ¡Aparta!

Zach, por el contrario, se puso de puntillas intentando mirar por el ventanuco. No pudo ver con claridad a su interlocutor, pero el manido puro que vio colgando de una boca desdentada se le hizo familiar. En un instante, la barra de hierro comenzó su parsimonioso trabajo de zapa de los

barrotes de la ventana de la celda. Lenta, pero rítmica e inexorablemente, inició una oscilación que Zach esperaba le diera la libertad.

No fue tarea fácil. El acero de Santiago no cejaba en su empeño, pero su tesón no parecía ser suficiente. El sucio metal negro que cerraba la ventana aguantaba estoicamente los rítmicos embates de la barra de Santiago; y este comenzaba a jurar en arameo, junto a su eterno veguero.

De repente, el movimiento de palanca cesó y Zach echó algo en falta. No escuchaba tronar al corpulento cabo de la Guardia Civil y, al igual que Santiago en el exterior, se quedó inmóvil esperando acontecimientos.

Por suerte no tuvo que pasar mucho tiempo antes de que el resuello del cabo Robles, que más parecía un reclamo para venados, prosiguiera su serenata. Si hubiera compartido catre cuartelero con él, hace tiempo que lo habría degollado pero, ahora que lo volvía a oír, el retumbar del guardia le sonaba a música celestial.

–Parece que los del piso de arriba siguen también durmiendo –sentenció Santiago rompiendo un largo silencio y dejando traslucir el pánico de su voz. Su tranquilidad inicial había desaparecido, consciente de que si lo descubrían allí sería hombre muerto.

Volvió a aparecer la barra de metal con renovados bríos. Ahora parecía tener prisa, de manera que Zach intentó poner su granito de arena. A fuerza de jugarse los dedos junto a la palanca, consiguió dejar libre la base de una de las barras. Tras un par de horas salpicadas de paradas cada vez que dejaba de oírse el ronquido de Robles o de algún movimiento en el piso de arriba, consiguieron extraer un segundo barrote del ventanuco. Debía ser suficiente como para dejar pasar el cuerpo de Zach antes de que rompiera el alba.

Pudo oír el bisbiseo de Santiago desde la oscuridad de la noche urgiéndole a salir. Zach se dispuso a seguir el consejo y se aupó sobre el destrozado ventanuco para salir al exterior. Una vez fuera se dio cuenta de que el aire de la noche tenía una textura diferente a la de dentro de la celda. Olía a libertad.

Santiago le apremió a seguirle tras unos montículos donde, una vez comprobado que nadie había reparado en la fuga, se dispusieron a correr tras una casa derruida junto a una carretera. Allí les esperaba el vetusto camión de Santiago que parecía que iba a ser su vehículo de fuga. No tardó Zach en distinguir a alguien sentado en el puesto de conducción y torció el gesto. Más acompañantes significarían más problemas.

–Aleman, te presento a Eusebio –apuntó Santiago una vez sentados todos en los asientos delanteros, palmeando el hombro del conductor por encima del de Zach. En respuesta a su presentación, engranó una marcha para ponerse en movimiento–. Es un pastor de la zona, buen amigo y mejor conocedor de los montes. Nos ayudará a llegar a Francia.

–Hola. Jürgen Schneider –se presentó Zach. El conductor respondió con un gruñido amistoso que dejó a la vista unas encías blanquecinas sobre las que flotaba orgulloso un único diente. No parecía muy lenguaraz, de forma que el capitán aprovechó para hablar con Santiago, comprimido como él en el único asiento junto al conductor. Tenía mil preguntas que esperaban respuesta.

–¿Por... Por qué habéis hecho? –fue la primera que salió como podía haberlo hecho cualquier otra.

–Viendo la cara de satisfacción que la víbora del señor alcalde ponía cuando te llevó la Guardia Civil, supe que no eras uno de ellos. Y hoy en día, si no eres de los suyos, eres de los míos.

–Pero no hecho nada. Solo piloto de pruebas –Santiago decidió interrumpirle.

El conductor, que parecía ajeno a la conversación, emitió un gorjeo alborozado.

–Me da igual, alemán. Para *ellos* –continuó Santiago marcando la palabra con un rictus de desprecio– eres un enemigo. Lo que te convierte en mi amigo ¿Lo entiendes?

–Creo sí, pero sigo sin saber por qué han encarcelado –Zach asintió tímidamente. quizás Santiago tuviera algunas respuestas.

–Lo único que sé es lo que le oí al cerdo del alcalde –recordó a tiempo el cigarro y extrajo de su bolsillo un mechero para encenderlo, como para dar énfasis a las palabras que iba a decir–. Según parece, desde Madrid han prevenido a las autoridades de este país para que estén alerta sobre alemanes que aparezcan en sus jurisdicciones. Tenía orden de avisar a los de la capital si aparecía alguien como tú y fue lo que hizo en cuanto te vio. No sé mucho más, pero creo que debía entregarte a la Guardia Civil para que te liquidasen –se encogió de hombros mientras expulsaba la primera nube de humo hediondo.

Santiago le hizo ver que todos sus problemas procedían de haber elegido mal el momento para aparecer. Según le habían dicho, parecía que estaban buscando a algún espía ruso disfrazado de alemán. Quizás desde el gobierno central sospechasen de agentes enemigos que se hicieran pasar por alemanes aprovechándose de la querencia germanófila de la que hacía gala el nuevo régimen español.

–Posible que me hayan confundido con otro. Puedo probar que digo verdad, pero he perdido documentación que pude sacar del avión antes de que saltase por los aires –decidió tentar a su suerte tocando de refilón el tema, ocultando la preocupación que sentía si perdía sus pertenencias.

–Escucha, alemán –prosiguió Santiago examinando atentamente el rostro de Zach y bajando el tono de voz hasta convertirla en un susurro–. Tengo detrás la bolsa que olvidaste en mi camión y la he abierto. Llevas una fortuna y cosas no muy normales, ¿Sabes? –su cicatriz refulgió en la penumbra.

Zach dio un respingo que no pasó desapercibido al puro de Santiago que volvió a emitir una de sus alertas de contaminación por nube tóxica. Se preguntó hasta dónde había cotilleado y esperaba que todavía estuvieran dentro el oro y los diamantes que necesitaría en su siguiente etapa. Mientras mostraba la sonrisa más amistosa que fue capaz de componer y sin concederle demasiada importancia se limitó a explicar que se trataba de información confidencial. El conductor gruñó, como interpretando una risa y rompiendo el pesado silencio que daba la razón a Santiago cuando pensaba que el contenido de la bolsa del aviador era infinitamente más valioso de lo que parecía ser.

–¿Y qué será de mí ahora? –inquirió Zach quitando protagonismo a su bolsa. Si la tenía Santiago, la recuperaría en cuanto pudiera aunque para ello tuviera que liquidarlo con sus propias manos.

–Pues nada... Eusebio nos llevará hasta Francia, donde querías ir. Una vez allí tú dirás que hacemos.

–¿Hacemos?

–Sí. *Hacemos* –el maloliente puro de Santiago se encargó de resaltar el plural mientras la cicatriz que le cruzaba el rostro resplandeció en vivos tonos de rojo y fucsia–. Te habrás dado cuenta de que el alcalde no es precisamente buen amigo y ya te he dicho que al enchironarte te convirtió en uno de los míos –levantó un tímido puño–. ¡Frente rojo! –dijo en voz baja, con algo de miedo pese a encontrarse entre amigos.

–Pero yo no comunista –expuso, cuidándose mucho de no dejar ver que, por el contrario, en su círculo habitual era tomado como anticomunista.

–No importa. Si estas en contra de ellos, estás conmigo –sentenció una vez más mientras el

puro emitió una nube de tinta negra, como un calamar amenazado—. Y si me quedo soy hombre muerto. Nadie más sabía de tu existencia y cuando el tarado de Robles despierte y vea la celda, todo el mundo intuirá que tengo mucho que ver con todo esto. Me voy contigo y punto. Y Eusebio también.

Era evidente que Santiago no era conocedor de la imposibilidad de hacer factible su requerimiento. Bajo ningún concepto Zach podía tener un acompañante, ni tan siquiera aquellos que se habían quedado custodiando el avión en el medio del desierto. Debía llevar a cabo la misión solo, y mucho menos si el que sugería acompañarle era comunista como acababa de confesar. Sin embargo, una vez perdido el sostén de las autoridades debía buscar apoyos donde fuera. Y Santiago podía ser tan bueno como cualquier otro, con la ventaja añadida de que al continuar con él, tendría bajo control a la única persona —que supiera— que había cometido la indiscreción de echar un vistazo al trozo de siglo XXI que guardaba en su bolsa.

Para bien o para mal, dependía de aquel transportista de gallinas.

—Hemos llegado —anunció de repente el nuevo aliado de Zach mientras el pastor que gobernaba el vehículo frenó con cierta brusquedad mientras confirmaba la observación de su amigo con otro inexpresivo gruñido.

—¿Ya en Francia? —inquirió Zach. Sabía que era imposible, pero le pareció apropiado para su disfraz el hacerse el despistado. Se suponía que seguía sin saber dónde estaba.

—No. Hemos llegado a mi casa. Seguiremos hasta Francia en un coche que ha conseguido Eusebio —explicó Santiago mientras descendía del camión que tuvo un escalofrío justo antes de apagar el motor—. Cuando la Guardia Civil venga a buscarme verá el camión en su sitio y dejarán de perseguirnos por un tiempo que puede ser muy importante.

Dicho esto se bajó del camión y lo calzó con dos piedras que parecían estar esperándole, tras lo cual espetó a Eusebio que, a la sazón, acababa de dejar el camión por el lado contrario.

—¡Vete poniendo en marcha el gasógeno^[23]!

El poco hablador pastor lanzó un gemido de aserción mientras se dirigía hacia un cobertizo en el que, tras abrir sus puertas, apareció un negro coche antiguo que a Zach le pareció que no hubiera desentonado en absoluto en una película de *El Padrino*, solo que era real, no de atrezo. Pudo ver cómo Eusebio se dirigió a la parte trasera del coche para encender una especie de chimenea sobre ruedas que había sido acoplada al vehículo con no sabía qué extraño propósito. Decidió dejar de ser un convidado de piedra en la cabina del camión y poner el pie en tierra para ayudar en la tarea de llenar el fogón de madera, como si fuera lo más normal del mundo. Debía cuidarse de sorprenderse innecesariamente ante cosas que se suponen habituales en su entorno.

Curiosearía en otra ocasión más tranquila. No le pareció prudente empezar a hacer preguntas en medio de la huida, y poco le importaba si el vehículo usaba gasolina o un salón Luis XIII como combustible mientras fuera capaz de sacarle de allí.

Una vez sentado el conductor a los mandos del vetusto coche, encendió el contacto para que el motor emitiese un ronroneo indicando que estaba listo. No se demoró en absoluto en meter una marcha que propulsara el vehículo hacia delante para enfilarse el polvoriento camino que comenzaba a vislumbrarse mejor a medida que el color negro del cielo viraba a un intenso azul que anunciaba la salida del astro rey.

—¿Qué te parece? —consultó Santiago dirigiéndose al conductor—. ¿Vamos por carretera o por caminos? El cabo Robles ha debido dejar de roncar y se tiene que haber dado cuenta de que nuestro amigo se le ha escapado. En cuanto pueda, bloqueará las carreteras y, si por casualidad ha desarrollado algo de inteligencia desde que ingresó en la benemérita, supondrá que buscaremos la

frontera francesa.

–¡Ugh! –gruñó el conductor como toda respuesta mientras señalaba la carretera con su mentón.

–Como quieras –respondió Santiago como si su gutural sonido hubiera sido la explicación más clara que hubiera podido esperar–. El gasógeno ya tiene fuerza –añadió señalando un indicador en el interior del coche y moviendo el puro con satisfacción, al igual que la cola de un perro contento. Por suerte, este se había apagado a la mayor gloria pulmonar de Zach.

El conductor manipuló una llave en el salpicadero mientras explicaba a Zach el funcionamiento del fogón trasero, el cual asintió sin abrir la boca.

Zach intentaba mostrar una imagen confiada cuando en realidad pensaba que se le plantearía un gran dilema si tenía que elegir entre continuar con o sin ellos. En su actual situación, sería muy difícil salir de España sin su ayuda y, al mismo tiempo, no podía seguir su misión con ellos. Eran, a la vez, imprescindibles y superfluos.

Por el momento eran más indispensables que otra cosa. Se reconocía incapaz de pilotar ese extraño coche, pero debía deshacerse de ellos. Recordó durante un instante el rostro de asombro de Brandon Fischer, su segundo en la intrascendente misión inicial con el Northrop B-2 que también tuvo que ser eliminado. Demasiados inocentes muertos para una misión que no se suponía especialmente sangrienta. Él era un soldado con unas órdenes que cumplir y no tenía culpa alguna de que algunas personas estuvieran junto a él en momentos delicados de su misión. No podía culparse de que hubiera gente que en un momento dado supiera sobre su misión más de lo que era saludable saber.

–Perdonad si no hablo demasiado –se dirigió a sus compañeros de fuga para romper el silencio que comenzaba a ser incómodo–. No estoy acostumbrado esta situación. Solo soy piloto que dedica a pilotar. No huir de la policía.

–Pues los rumores que llegan de Alemania dicen que no es un país en el que uno pueda sentirse a gusto cerca de la policía –respondió Santiago sin mirar a su interlocutor–. Salvo que se sea uno de ellos.

–No soy policía –atajó Zach–. Cuando avión cayó no imaginaba vuestro país pusiera tantos problemas para devolverme casa.

–Nuestro país no es lo que era. Acabamos de terminar una guerra y no estamos para muchas hospitalidades. Si vamos contigo es solo porque he pensado que merece la pena ayudarte a salir del lío en el que te has metido solo por aparecer –Santiago contuvo un segundo la respiración para suspirar y añadir–. Llevo un tiempo pensando en exiliarme y ahora que no tengo nada en este país, quiero irme fuera; aunque antes me hubiera gustado llevarme a unos cuantos por delante –agachó la cabeza como si fuera a confesar algo al veguero que colgaba inerte sobre su mentón–. Ese es uno de los problemas de este país... Que todo el mundo tiene demasiadas ganas de llevarse a unos cuantos por delante.

Zach pudo percibir la amargura sazonando generosamente la confianza de Santiago.

Siguieron por la carretera cuando algo llamó la atención de Zach. Le parecía que por su izquierda estaban dejando atrás un campo de vuelo que la descripción del área de aterrizaje no mencionaba y que habría facilitado mucho las cosas de haberlo tenido como alternativo.

–¿Qué? ¿Te suena, alemán? –le preguntó Santiago a través del retrovisor del coche. Su mirada parecía haber cobrado intensidad mientras acercaba a su puro un mechero que rivalizaba en incandescencia con la cicatriz que le cruzaba la frente.

–La verdad es no –no tuvo que mentir para contestar esa pregunta–. Si haber sabido por aquí aeródromo hubiera intentado aterrizar.

Una sensación de haber dado la respuesta correcta se instaló en el interior del coche. Incluso el reservado pastor emitió un aprobatorio "Ugh" mientras lo miraba con curiosidad por el retrovisor. Zach no era consciente de haber pasado ningún test, pero la relajación de la áspera mirada que Santiago le había dedicado segundos antes le indicaba que había aprobado *cum laude*.

—Este aeropuerto era utilizado por tus compatriotas para masacrarnos durante la Guerra Civil —explicó Santiago, llena de bilis la voz. Ahora comprendía en qué había consistido su examen. Si hubiera declarado haberlo conocido, su tapadera de piloto civil en vuelo de pruebas podía haberse visto en dificultades—. Cuando tus paisanos ocuparon Sariñena lo usaron para darnos por culo con sus malditos aviones —añadió el otrora distribuidor avícola con un rancio tono de voz que daba a entender que había sufrido en sus carnes el hecho al que refería.

Zach pudo notar que Santiago se había referido a la flota alemana como *sus* malditos aviones, en lugar de *tus*; lo que le habría implicado directamente. Parecía que las suspicacias dirigidas hacia él habían quedado atrás al mostrar su desconocimiento de las bases alemanas durante la guerra.

Decidió instalarse en su recién ganada seguridad y se retrepó en el asiento trasero del coche mientras continuaban por la carretera. Su huida no planteaba por ahora quebradero de cabeza alguno salvo la salida del guion que supuso su encarcelamiento.

No se hizo ilusiones al respecto, motivo por el cual intentó disfrutar del momento.

Capítulo 10

Un sonido tan estridente como desagradable despertó con violencia al cabo Robles. Al reaccionar a él notó un dolor intenso en el cuello: una lacerante punzada producida por haberse quedado dormido en mala postura y que se manifestó tras horas con la cabeza cayendo inerte sobre su hombro. El daño le hizo consciente de su situación y recordó que no era la primera vez que se quedaba dormido en los acogedores brazos de ese sofá.

Su instinto marcial se encargó de espabilarle adecuadamente antes de caer en la cuenta de que el ruido que le había sacado de su mortificante sueño era el del teléfono del cuarto de guardia de la casa cuartel y se cuadró ante un imaginario superior dispuesto a jurarle por cuanto había que no se había quedado dormido durante la guardia igual que otras tantas veces. En su alocada puesta en pie tropezó con la mesa en la que todavía se encontraba, abierta y provocativa, la botella de anís que le había acompañado antes de caer dormido. La trajo anoche del garito de los Bermejo a cambio de unos cuantos marcos alemanes y de discreción sobre sus actividades clandestinas.

–¡Maldito sofá bolchevique! –escupió entre dientes el cabo Robles mientras intentaba mantenerse en pie. Diferente suerte corrió la botella que tras la acometida fue a dar con su cristal tallado en enrejado contra el suelo–. Si solo fuera algo más incómodo, yo no me quedaría dormido en él.

Con más ímpetu que marcialidad consiguió llegar vertical al teléfono. Para comprobar que todo estaba en su sitio, se atusó la camisa antes de carraspear para asentar la voz y descolgar el teléfono.

–Robles –anunció por el teléfono con todo el boato del que fue capaz. Maldijo por enésima vez su idea de festejar la captura del sospechoso.

–¡Robles! –reconoció la voz del alcalde de Bujaraloz al primer ladrido–. Tengo conmigo a los camaradas de Madrid que vienen a interrogar al alemán de ayer. Estaremos allí en diez minutos. Espero que lo tenga todo en orden.

–Como es norma en esta casa, señor alcalde –expuso el cabo mientras se cuadraba una vez más ante el teléfono. Pese a dar la novedad con la tranquilidad que su confianza le permitía, un regusto amargo en la garganta no achacable al anís le recordó que, deslumbrado por el dinero y su posible cambio por alguna botella, no había examinado reglamentariamente al detenido antes de comunicar al alcalde que todo estaba en orden.

–Eso espero –apuntó el alcalde antes de colgar. Robles se molestó por la descortés actitud del diminuto alcalde y miró extrañado el auricular del teléfono. Seguro que tendría en su casa a gente importante de la capital y le convendría mostrarse implacable ante ellos, lo cual no hacía sino tocarle las narices sobremanera a él y a su resaca.

Sin preocuparse de los estragos que su accidentada vuelta al mundo de los despiertos había producido, pensó en el detenido que debía estar abajo en el calabozo.

–¡Eh! ¡Alemán! –bramó hacia la escalera que se hundía en la oscuridad que envolvía las celdas de la casa cuartel–. ¡Harás bien en despertarte antes de que baje! ¡Como te pille dormido vas a conocer mi bota!

Era habitual que los detenidos no respondieran a los exabruptos del cabo Robles, pero sus amenazantes arrebatos siempre producían algún efecto en los calabozos. Si no era una respuesta hablada era un suspiro, unos pasos, una respiración entrecortada, un golpe en las rejas o cualquier otra cosa. Los más osados –o aquellos que no tenían nada que perder– emitían una pedorreta o le

mandaban a la mierda, provocándole un ataque de ira; pero la sensación que le corroía los nervios era nueva. No recordaba ningún caso en el que al chillar a la oscuridad húmeda de los calabozos no sucediese nada. Y *nada* era la palabra que mejor definía lo que salía de las celdas. Un vacío total, absurdo, arrogante y ahogante.

–¡Aleman! –forzó su vozarrón hasta convertirlo en un rugido que hubiera puesto en pie a la mismísima estatua sedente del caudillo–. ¡Espero por tu bien que estés muerto! Como no lo estés... ¡te arrancaré la nuez con una cucharilla de café!

Le respondió el mismo silencio que, burlón y orgulloso, se sabía invulnerable a las amenazas del cabo Robles. Este, tragando saliva, decidió dejar de lado su resaca ante la remota posibilidad de que el imbécil del prisionero hubiera tenido el poco tacto de morir antes de que vinieran a buscarlo. Tendría que realizar el procedimiento habitual en estos casos que a la sazón era simular un intento de huida y llenar de balas la espalda del cadáver para, invocando la ley de fugas, no tener que responder a incómodas preguntas y rellenar interminables formularios.

Se ajustó el cinturón y, sintiendo la tranquilizadora presencia de la pistola que con su masa le hacía recordar que él era la autoridad, comenzó a bajar las pringosas escaleras. Lo hizo sigilosamente, como un gato que no sabe si en la oscuridad en la que se adentra se va a encontrar un gorrión o un pitbull.

–¡No quieras conocer enfadado al cabo Robles, alemán! –aulló el guardia, por primera vez más para espantar sus propios miedos que para infundirlos en el prisionero.

La impertinente quietud le dio la callada por respuesta al mismo tiempo que el gigante, con los ojos muy abiertos, contemplaba el interior de la celda, abriendo la boca debajo del bigote como un pez al que le falta el aire. Allí no había cadáver alguno.

Tampoco había nadie vivo en la celda, tan solo un insultante agujero en la pared que ocupaba el espacio que hubiera jurado había pertenecido siempre al enrejado ventanuco por el que se escapaban al cielo los suspiros de los condenados. En esta ocasión, parecía que el agujero había dejado escapar al prisionero entero.

Con una entereza que solo la ira que le martilleaba las sienas podía procurarle en un momento tan delicado como este, buscó la llave de la celda y la abrió para entrar en ella con el mismo ímpetu con el que el más fiero de los cierzos sacudía los ruinosos tejados del pueblo. Enfiló hacia el hueco de la pared para examinar la escena, hinchando las aletas de la nariz como un toro a punto de embestir. Una mirada le bastó para determinar que la ausencia de cascotes en el interior de la celda significaba que debían haberse arrancado hacia afuera y, una vez pudo otear el paisaje exterior, iluminado por los primeros rayos de luz del día que despuntaba, fijó su mirada en los barrotes que, mancillados en su cometido, permanecían en el suelo junto a la barra metálica que los habían arrancado de su sitio.

No era una fuga a la desesperada. El alemán tenía cómplices fuera.

Tal idea le hizo revolverse sobre sus talones con tal velocidad que a punto estuvo de dar más de un giro e, ignorando la puerta y dejándola abierta, subió los escalones de tres en tres hasta el piso superior, el de las habitaciones.

–¡Todo el mundo arriba! –desenfundó su pistola y a punto estuvo de disparar al techo de la casa cuartel para enfatizar sus palabras–. ¡Tenemos una fuga en las celdas! ¡Hay que buscar al hijo de puta ese inmediatamente! –avanzó a grandes zancadas vociferando por el pasillo–. ¡Arriba! ¡Arriba todos!

En el preciso momento en el que el primero de los guardias civiles salía soñoliento de su habitación rascándose la coronilla y extrañado por la revelación del cabo Robles, se oyó en la calle el inconfundible sonido de un claxon que empezaba a impacientarse.

–¡Mierda! Ya están aquí estos capullos madrileños –maldijo para sí el cabo Robles parando su alocada carrera. Se sabía único culpable de la fuga–. ¡Debéis formar abajo en cinco minutos! –se lo pensó dos veces–. ¡O mejor en tres!

Dicho lo cual bajó un piso para salir por la entrada principal de la casa cuartel, frente a la cual se encontraba el Hispano-Suiza del alcalde ronroneando impaciente. A la vista del colosal cabo, el alcalde abandonó el vehículo y, sin devolver el saludo que le dedicaba, se apresuró a abrir diligente la puerta trasera. El cabo Robles siguió con la vista la puerta del coche, sin atreverse ni a respirar. Desconocía quién saldría de ese coche y, sobre todo, le aterraba lo que podía pensar cuando viese la celda vacía, el ventanuco destrozado y su carrera saltando por los aires hecha astillas frente a un pelotón de fusilamiento. Y eso que todavía debía soportar la ira del alcalde cuando se enterase de lo ocurrido. Una gota de sudor corrió por su frente destellando con el sol naciente, pero no hizo ni tan siquiera ademán de secarla.

Esperaba ver salir del coche algún alto cargo de las fuerzas vivas de la nación, alguien acorde a la pompa que derrochaba el señor alcalde; pero cuando vio al personaje que descendía del vehículo, solo lo desesperado de su situación le impidió esbozar una sonrisa.

Un tipo diminuto con hechuras de sietemesino se apeaba del coche sin el menor atisbo de la grandiosidad que uno podría esperar de alguien digno de visitar su modesta casa cuartel en semejante vehículo, reservado a unos pocos próceres de la patria. El tipo vestía de negro, con un abrigo de cuero que no conseguía ocultar el bulto que modelaba un arma a su costado izquierdo. Parecía algo más joven que él, aunque era incapaz de afirmarlo a ciencia cierta. Sus lozanas facciones le hacían suponer una edad menor de la que la incipiente calva, mal disimulada por un flequillo demasiado engominado peinado hacia atrás, se empeñaba en acreditar. Sabía además, por experiencia, que de ese tipo de coches solía descender gente sin problemas de abastecimiento. Gente que no sabía nada de cartillas de racionamiento y cuyo estómago obtenía cuanto deseaba, pero el hombrecillo que, ahora en pie miraba en derredor con unos ojos azules de brillo pérfido, hacía gala de una magra figura, demasiado enjuta como para pasar por alguien respetable. Sin embargo, la poco festiva situación le hizo guardar sus conclusiones para sí mismo.

En ese mismo instante, un enjambre de guardias civiles salió de la casa cuartel en perfecto estado de revista y pertrechados como para enfrentarse al más peligroso de los enemigos. El alcalde pareció sorprenderse de semejante demostración de fuerza, totalmente innecesaria toda vez que el cabo estaba al corriente de que solo debían recoger a un detenido e irse.

–¿Marcha todo bien, cabo Robles? –preguntó el alcalde subiendo un peldaño de la pequeña escalinata que daba acceso al cuartel de la Guardia Civil. El brutal cabo, encontrándose cara a cara con la pregunta fatídica que esperaba, deseó ahora más que nunca convertirse en un ser tan anodino y diminuto como el que había descendido de la parte trasera del coche del alcalde para poder ser tragado por la Tierra sin esfuerzo alguno.

–Me temo, señor alcalde, que tengo malas noticias –tartamudeó el otrora temible cabo Robles, decidiendo no demorar más su caída en desgracia–. Estos hombres están aquí para perseguir al detenido, que parece haberse tomado la libertad de fugarse de estas gloriosas dependencias –añadió mirando al infinito, donde un sol que posiblemente no volvería a ver jamás parecía ascender sobre el horizonte con prudencia.

Un reflejo acerado hendió los ojos azules del hombrecillo que impassible permanecía de pie junto al coche, indicando que había oído el informe del cabo. Por lo demás no parecía haber movido un músculo al recibir la noticia. Tal afirmación no podía extenderse al alcalde el cual, alcanzado por un acceso de tos, se dobló por la cintura en una suerte de convulsa reverencia.

–¿Me está diciendo, cabo Robles, que no sabe nada del prisionero que se le encomendó

vigilar hasta nuestra llegada? –logró articular el alcalde tras componer su figura–. ¿Me quiere decir que ha dejado escapar a un enemigo de la patria, de forma que con su negligente actitud ha puesto en peligro los mismísimos pilares que nuestro excelso caudillo necesita para sacar este país del pozo en el que el complot judeo-masónico lo ha situado? –añadió mientras se apuntaba el pecho con exacerbada vehemencia–. ¿Qué dirán de todo esto sus superiores, cabo? Quiero ver fusilado al cuerpo de guardia de esta noche.

–Aún no he tenido tiempo de informar a nadie, señor alcalde –balbució el cabo, forzándose a recuperar la entereza que se le escapaba a chorros, como el sudor. Omitió deliberadamente el detalle de que anoche mandó a la cama al resto del cuerpo de guardia para poder dedicarse en cuerpo y alma a trasegar licor ilegal–. He considerado que era más importante montar un operativo de búsqueda lo antes posible, señor. Lo tiene frente a usted y dispuesto a cazar a ese cerdo cuanto antes.

En ese momento, el esmirriado acompañante del alcalde se adelantó hacia la escalinata y todo el mundo, incluyendo el alcalde, permaneció en silencio esperando acontecimientos. Pese a su poca apariencia física, era capaz de imponer cierta disciplina con su presencia. Actuaba como si fuera capaz de acabar con la vida de todos cuantos se hallaban junto a él con solo proponérselo; y a pocos de los que le veían le cabía duda de que no fuera capaz de hacerlo. Ascendió la escalinata hasta situarse un par de peldaños por encima del cabo Robles.

–Pues si está dispuesto a ir tras ese hombre ¿A qué espera para emitir su informe y empezar la persecución? –silbó, en un acento que no era del todo español, a escasos centímetros del oído del agente. A otro cualquiera y en otras circunstancias, ese gesto le habría costado la vida, pero su sentido cuartelero le decía que debía guardarse muy mucho de esa especie de culebra venenosa que ahora se cubría los ojos con unas gafas oscuras circulares.

–Declaro solemnemente que una vez revisada la celda que el detenido ocupaba de forma fehaciente se constata que los barrotes que cerraban el ventanuco reglamentario han sido exprofesamente arrancados. El detenido ha debido contar con ayuda mundial para su eficiente arrancamiento –ametralló su informe con la más enrevesada prosa reglamentaria que fue capaz de componer–. La celda ha amanecido vacía de prisionero con algunos de los barrotes herméticamente depositados en el exterior, junto con una acerada barra que debe haber servido para su contundente extracción del glorioso mortero nacional que los hacía permanecer incólumemente erguidos en su adecuada posición. Declaro solemnemente que solo mi firme convicción de que únicamente un comando de la masónica elite debe haber podido ser capaz de tal maquinaria me ha impedido limpiar el honor de la Guardia Civil con mi propia sangre si falta hubiese hecho...

–¿Y a qué espera para ir tras el prisionero? –preguntó el hombrecillo, interrumpiéndolo en su perorata–. Es posible que ese hombre sea un peligroso agente extranjero y lo necesito fuera de servicio ¡Me da igual que esté muerto! ¿Me entiende?

El hombretón interrumpió su inconexo alegato para mirar al alcalde con el rabillo del ojo. No estaba seguro de que un civil con pinta de sanguijuela pudiera darle órdenes por mucho que se le antojase. Tras él, el regidor, moviendo sus palmas hacia arriba, le informó que de no apresar al alemán a lo largo de la mañana, respondería de su incompetencia frente a las doce balas de un pelotón, lo que galvanizó la actitud del cabo Robles.

–¿Tiene algún sospechoso, cabo? –interpeló el hombrecillo.

–¡López! –exclamaron a la vez el alcalde y el cabo mientras se miraban uno a otro, comprendiendo que en todo el mundo solo una persona, roja para más señas, sabía de la existencia del alemán en los calabozos de la benemérita.

—¡El honor es mi divisa! —el cabo Robles gritó el lema de la Guardia Civil hacia sus expectantes compañeros todo lo alto que sus fornidos pulmones pudieron hacer—. ¡Traed los perros!

Había señalado la carretera y decidió que si lo encontraba, haría que ese endemoniado rojo que hacía tiempo que debía haber pasado por sus calabozos suplicase la intervención de la santísima Virgen del Pilar, patrona de la Guardia Civil, para que acabase con su mísera vida con rapidez antes de que el cabo Robles pudiera descargar sobre él su furia.

No tardó mucho en colocarse un coche junto a él para situarle al frente de la caza del hombre que acababa de empezar.

Les iba a enseñar a ese rojo de López y a su amigo alemán a reírse del cabo Robles.

Capítulo 11

El coche negro de Santiago continuaba su lento periplo hacia el norte, imperturbable ante la creciente pendiente que habría de ser la antesala a los majestuosos picos que coronados de nieve habían aparecido hacía poco sobre los cerros que ocultaban el horizonte y que se iban acercando implacablemente. A Zach le recordaban las Rocosas; quizás a una escala menor, pero con la misma disposición desafiante hacia el cielo. Se obligaba a pensar que estaban en medio de una precipitada fuga, por mucho que el renqueante vehículo mantuviera una velocidad más propia de un viaje panorámico que de una huida a vida o muerte. Tenía claro que la muerte era lo que le esperaba si volvía a caer en las manos del mastodóntico guardia que le metió en aquella maloliente celda, y suponía que sus dos acompañantes no iban a correr mejor suerte en caso de ser detenidos.

Tras dejar atrás el grisáceo valle, el camino se había vuelto cada vez más empinado hasta que la vegetación hizo aparición. Por el momento habían transitado por un gigantesco erial exento de vida vegetal salvaje, salpicado tan solo por unos cuantos cultivos que, con más pena que gloria, se empeñaban en desafiar a la naturaleza para dar alguna cosecha que aliviase la visible pobreza que anidaba en cuanta casucha se cruzaban en su camino hacia Francia.

Zach había llegado a la conclusión de que era posible que su situación no fuera tan mala como le pareció en un principio. Había recuperado su bolsa mediante la promesa de llevarse con él a Santiago López y al extraño hombre que conducía el coche; y todavía estaba decidiendo su destino. Era un hombre de palabra, pero sus acompañantes *no podían* continuar con él. Recordó un momento a los dos compañeros que había dejado en el desierto y deseó con toda su alma que se aburrieran soberanamente, señal de que todo iba bien. Le hubiera gustado haberles pedido consejo, aunque mucho se temía que su recomendación acabaría incrustada en las sienes de sus actuales compañeros de viaje.

Mientras la carretera serpenteaba, negociando su ascensión al pétreo macizo que se erguía ante ellos, tuvo un pensamiento para su hijo Joey. Aunque nunca dejó de pensar que el doctor Connor Lewis había perdido la razón cuando le propuso formar parte de Bifrost, sonreía al comprobar que el viejo estaba en lo cierto. Se encontraba en un tiempo ya pasado, dispuesto a cambiar el rumbo de la historia por un puñado de millones de dólares que su hijo recibiría junto con un mundo mejor. Tenía sus dudas acerca de que un escenario en el que la Alemania nazi gobernase el mundo fuera algo bueno, pero era un hombre de palabra que moriría por cumplirla; y si necesitaba valor para realizar su misión, se obligaba a recordar al malnacido que disparó a Lilian a quemarropa.

Algo más al sur, todavía en Bujaraloz, el cabo Robles llegaba a la casa de este con bastante más ansia criminal. Para el guardia civil, la certeza de que Santiago había ayudado a escapar a un prisionero bajo su custodia en el día menos indicado para ello tenía un nivel de afrenta cercano a la de una violación paterna. El ultraje había sido tal que poco le importaba saber si era culpable o no. Necesitaba sangre para limpiar su honor y ese maldito rojo sería el primero en derramarla, seguido del alemán que había llegado a su cuartel pensando que podía ensuciarse en la Benemérita cómo y cuándo le diera la gana.

Ya pensaría más tarde en cómo hacer que esos dos entregasen la vida de la forma más lenta y dolorosa posible. Primero debía capturarlos, de manera que ordenó detener el convoy antes de llegar al domicilio de López para que no pudieran oírles. Examinó la propiedad con unos

prismáticos de forma que pudo comprobar que el destartado camión con el que se ganaba aquel la vida estaba medio oculto en un cobertizo anexo a la chabola. Sonrió de satisfacción al pensar que su presa estaba en casa y con un gesto de su brazo pidió silencio a sus hombres mientras comenzaba a cercar la casa que, como la mayoría de las de la zona, no era más que una ruina en estado difícilmente habitable. Le hubiera gustado acribillar a balazos la vivienda para triturar a sus ocupantes, pero para limpiar su hoja de servicios intentaría capturar vivo al alemán.

Eso salvaba al piloto de la ira del cabo Robles, pero nadie le había dicho qué hacer con su cómplice. Aunque estaba al tanto de la querencia política de Santiago López hacia las hoces y los martillos, jamás habría sospechado que se hubiera aliado con un espía soviético para ir a sus dominios a tocarle las narices, cosa que procuraría que lamentase lo poco que le quedase de vida.

Una vez que sus compañeros le aseguraron que estaban en sus posiciones rodeando la casa, el cabo Robles vociferó con toda la fuerza de sus pulmones.

–¡López! ¡Sabemos que estáis en tu casa! –sabía que estaba usando una frase muy manida, pero no se le ocurría otra. Decidió usar otro par de sus frases favoritas al uso–. ¡Estáis rodeados! ¡Salid con las manos en alto!

El tono imperativo que el cabo sabía imprimir a su voz no parecía surtir el efecto que solía. Por regla general la gente hacía lo que le decía cuando se lo pedía con un tono de enfado en la voz, lo cual era uno de los motivos por los que había progresado en el cuerpo hasta llegar a cabo; mucho más lejos de lo que su difunto padre pudo vaticinar. Otros compañeros suyos utilizaban megáfonos para hacerse oír. Mariconadas. El cabo Robles sabía muy bien cómo utilizar el poder de la amenaza en la voz y decidió volver a usarlo añadiendo una pizca más de presión.

–¡No pienso volver a repetirlo, rojos de mierda! –las venas del cuello del cabo pugnaban por franquear el cuello de la guerrera–. ¡Salid o tendré que ir a buscar personalmente! ¡Y os aseguro que no os va a gustar!

Sin embargo, pese a que había imprimido a su requerimiento toda la ira que era capaz de almacenar, el silencio seguía acompañando sus frases. Cada vez le importaba menos llevar al cuartelillo a ese tipo con vida. No importaba si con poca o mucha, pero vivo. Se dispuso a exhibir su fuerza ante esos dos hombres que habían decidido atrincherarse en la chabola del conductor de camiones de una manera tan insolente y ordenó concentrar el fuego sobre el cobertizo del camión a su señal.

–¡No creáis que el cabo Robles tiene ganas de jugar, cabrones! –vociferó hacia la casa antes de bajar el brazo, confirmando la orden que acababa de dar. En ese momento, todas las armas hicieron fuego sobre el destartado cobertizo, haciendo que astillas de madera reseca surcasen el aire en todas direcciones. El camión aguantó el chaparrón de plomo solo por un instante más que el cobertizo, pero no tardó en sucumbir ante las balas de la benemérita. Sus neumáticos estallaron en señal de queja y el capó se elevó sobre el parabrisas como intentando proteger el cristal del aluvión de proyectiles; como aquel que se coloca una mano sobre los ojos para conjurar el brillo del sol al salir de una habitación a oscuras. Al igual de lo que sucede con un cadáver, líquidos de diversa consideración cayeron al suelo debajo del camión, mientras que el cobertizo era reducido a mondadientes por la fuerza de las balas. Una vez el cabo pudo comprobar que tanto el techo como el camión habían sido destruidos, ordenó el alto el fuego.

Ese era el momento en el que se suponía que los ocupantes de la casa debían salir temblorosos con las manos en alto, entendiendo que todo había acabado y que cualquier oposición no haría más que empeorar las cosas.

Pero nada de eso ocurrió.

Desconocía el entrenamiento que los rusos daban a sus agentes y hasta qué punto los

endurecía, pero ningún ser humano podía aguantar la demostración de fuerza de la que había hecho gala sin emitir un solo sonido.

De repente, se quitó el tricornio de la cabeza, mostrando una piel excesivamente blanca y lanzó el negro sombrero con rabia al suelo.

–¡Maldita sea! ¡No están! ¡Se han largado! –giró sobre sus botas y, usando su peculiar sintaxis castrense, se dirigió con mal disimulada rabia a uno de sus compañeros–. ¡Palomeque! ¡Abra herméticamente la puerta de la casa ahora mismo, entre y compruebe si está vacía!

El agente elegido, un tipo pusilánime, menudo y tembloroso, se puso en pie y enfiló la puerta de la casa con su arma reglamentaria en la mano, dispuesto a dar curso a la orden aun a sabiendas de que podía ser la última que recibiese. El cabo Palomeque era incapaz de negarse a los requerimientos de Robles y, pese a permanecer en el mismo escalafón que este, su dificultad para rehusar cualquier orden y su nula predisposición a buscarse problemas con nadie le habían llevado a ser considerado por su compañero más como un esclavo que como un semejante. Suspirando con resignación desenfundó su arma y se dirigió a la casa de Santiago López dando pequeños saltos como un gorrión. Una vez llegó a ella, pegado al marco de la puerta al igual que había visto hacer en las películas, entró en la casa dispuesto a dar un informe que esperaba fuera negativo aunque solo fuera por el apego que tenía a su propia vida. Sabía que de haber dentro dos tipos capaces de aguantar semejante lluvia de plomo sin pestañear, no dudarían ni un instante en despacharlo.

Tras un par de minutos que parecieron eternos, gritó su informe desde el interior de la destartada casucha.

–¡Vacía, señor!

El cabo Robles enrojó como un pulpo puesto a hervir. Esos miserables no eran capaces ni de dejarse capturar como dos hombres.

–¿Vacía? –cuestionó Robles el informe de Palomeque.

–Vacía –confirmó con parquedad el pequeño cabo, repitiendo su parco informe con insolencia y volviendo a poner el seguro a la pistola. Sabía que su gesto de insumisión le valdría sufrir la venganza del cabo Robles, pero valdría la pena sacudirse su tiranía delante de sus compañeros.

El resto de guardias civiles se pusieron en pie con cuidado en muestra de respeto hacia la cólera de su superior. Sin embargo, el cabo había dejado de lado su ira. Ahora necesitaba saber hacia dónde habían dirigido sus miserables pasos esos dos malditos espías soviéticos.

–¡Francia! –susurró cuando cayó en la cuenta de que todos los comunistas del pueblo habían salido pitando hacia el vecino del norte en cuanto acabó la guerra. No podían ir a otro lado desde donde estaban. La frontera francesa se encontraba demasiado cerca y ejercía un extraño poder de atracción sobre todos los rojos de la zona. *Tenían* que haber ido hacia allí.

–¿Pedimos refuerzos, cabo? –preguntó Palomeque saliendo marcialmente de la casa de López, contento de encontrarse de una pieza. Parecía que no hubiera pasado nada mientras se limpiaba una imaginaria mota de polvo de su uniforme.

–Ni hablar... Trincaré a esos dos bolcheviques con mis propias manos. No quiero que nadie más se meta en medio –sentenció el cabo mientras levantaba un velludo puño frente a la cara de Palomeque–. Nadie que no sea yo se llevará la gloria de su captura. Ahora es algo personal. Nos vamos a Francia... ¡En marcha!

La compañía, como un solo hombre, se puso en movimiento tras su orden, dirigiéndose hacia los vehículos y subiendo a ellos, dejando tras de sí una nube de polvo que tapó por un segundo la vista de la ruina en la que se había convertido el cobertizo que hasta hacía unos

minutos tenía el dudoso honor de haber resistido de una pieza la guerra.

Sus perseguidos se hallaban muy al norte de su posición. Habían mantenido la velocidad máxima posible en el llano, evitando los grandes núcleos de población que hubieran ralentizado su camino; suponiendo que en cuanto el cabo Robles supiera de su huida habría cursado una orden de busca y captura contra ellos.

Zach no tenía más remedio que confiar ciegamente en sus compañeros de fuga. Desconocía la zona y, tras su encarcelamiento, dudaba cómo funcionaban las cosas en ese país. Había oído que una vez dejasen el coche se dirigirían a la frontera francesa a pie, evitando los pasos fronterizos; para lo cual la experiencia sobre el terreno de un pastor como Eusebio sería fundamental para poder llegar a Francia con los mínimos problemas posibles. Pero en cualquier caso, dependerían de la rapidez con la que su fuga fuera descubierta y sus intenciones desenmascaradas.

–Estás muy pensativo, alemán –inquirió Santiago consciente del ensimismamiento de su rubio acompañante.

–Estaba pensando qué ido mal con avión –mintió Zach. Se sorprendió de la rapidez con la que se metió en su papel–. Deberé presentar informe a superiores cuando llegue y no sé bien qué decir a ellos.

Sus dos acompañantes se encogieron de hombros al unísono. Zach sabía que ellos no podían ayudarle en esa circunstancia, lo cual le ayudaba a mantener cierta distancia que le sería muy útil en su momento.

Transcurrió así un tiempo en el que Santiago y él estuvieron hablando de temas intrascendentes. Zach desconocía si en la época en la que se encontraba existían los ascensores, o si, pese a haber existido, sus acompañantes sabían lo que era uno, pero se dio cuenta de trataban temas propios de un ascensor de un bloque de vecinos. Diálogos sobre la meteorología de la zona y lo cambiante de esta se sucedieron entre miradas al infinito y manos que tamborileaban sobre rodillas propias. Para mayor tranquilidad pulmonar de Zach, el puro de Santiago pareció tomarse un descanso, aunque mucho se temía que, receloso, esperaba momentos más favorables para hacerse notar. Pese a la aparente tranquilidad que se empeñaba Santiago en transmitir con sus banales conversaciones, la cicatriz que le cruzaba el rostro cambiaba de color, virando hacia un rojo carmesí. Zach supuso que la cicatriz tenía mil preguntas que hacerle pero no se atrevía a formularlas de una manera adecuada. Sin duda hervía de ganas de saber cuáles eran los planes una vez llegados a Francia.

–¡Ugh! –gruñó alarmado el conductor de repente, señalando al valle que dejaban atrás. Siguiendo la misma carretera que habían transitado apenas unos minutos, una fila de coches a una velocidad manifiestamente superior a la suya circulaban por la vía en su misma dirección. Zach no tuvo que esperar al exabrupto de Santiago para saber que les pisaban los talones y que la distancia entre ellos y sus perseguidores caía en picado. Era posible que los que les perseguían dispusieran de la gasolina necesaria para poder moverse con una rapidez adecuada para su misión, no al igual que ellos. Como ratificando sus conclusiones el coche emitió una pequeña explosión sin que ello aumentase su velocidad.

–¡Mierda! Los tenemos encima –corroboró Santiago–. En menos de una hora nos habrán trincado... ¿Estamos muy lejos, Eusebio?

–¡Ugh!

Zach desconocía cómo era posible que el conductor se comunicase por medio de gruñidos idénticos, pero Santiago asentía como comprendiendo el mensaje del conductor y tomando decisiones en base a su acertado criterio.

–Bien, seguiremos un poco más y luego dejaremos el coche para movernos entre las

montañas –apostilló Santiago–. ¡Corre todo lo que puedas, Eusebio!

Uno de los dos, o el coche o su conductor, hizo caso omiso de la orden de Santiago porque el coche continuó sin cambios su escaso régimen de subida a las montañas que cada vez parecían más imponentes. Sin dejar de mirar atrás, continuaron un tiempo indeterminado que a Zach se le hizo eterno, pensando que si en su primer encuentro no le habían dado oportunidad de explicarse y negar cualquier tipo de acusación que recayera sobre él, ahora le iba a ser mucho más difícil convencer a nadie de su inocencia si era interceptado en plena huida hacia un país extranjero. Le pareció oír un disparo desgarrando el aire que reposaba entre ellos y sus perseguidores.

–¡*Scheisse*^[24]! –estalló Zach en alemán. No le costó mucho exclamar en su supuesta lengua materna.

–¡Ugh! –prosiguió Eusebio usando también su lengua materna. Seguramente había repetido la expresión de Zach.

–¡Nos tienen ya a tiro, los jodidos! –concluyó Santiago, llegando a la misma conclusión–. ¡Para en aquella curva! –gritó señalando el siguiente recodo en la carretera–. ¡Seguiremos andando!

Tomándose incluso más tiempo para frenar que para acelerar, Eusebio detuvo el coche en la curva que Santiago había señalado y detuvo el motor, el cual respiró con alivio tras la agotadora carrera. Tras un instante de tranquilidad, bajaron del vehículo acogidos por los cantos de los pájaros, indiferentes a la persecución que se llevaba a cabo entre aquellas montañas. A Zach le dolían las piernas de tenerlas dobladas en la misma postura tanto tiempo y le vino muy bien estirarlas un poco antes de preguntarse por el siguiente movimiento que sus amigos directores de fuga habían planeado. Otro disparo sonó en el valle del río que, aunque menos caudaloso, seguía transcurriendo salvaje en el fondo, ajeno, como los pájaros, a los problemas de los hombres. La retama no dejaba de inundar el aire con su olor.

Zach intentó en vano establecer contacto visual con sus perseguidores mientras sus dos compañeros tomaban sus escasos pertrechos del vehículo.

–¡Alemán! –le interpeló Santiago desde el otro lado del coche. A Zach le fue imposible ver a sus perseguidores–. ¡Ahí tienes tu maldita bolsa!

Le arrojó la cartera militar con fuerza mientras Zach, con expresión adusta, recogió al vuelo su bagaje con una sola mano. Santiago sonrió ante la primera evidencia de que el extraño alemán que la guardia civil perseguía con tanto encono tenía algo de sangre en las venas.

–¡Ugh! –Eusebio señaló con su cabeza el imponente macizo que se alzaba a la derecha de la carretera. Zach empezaba a entender el primitivo lenguaje del extraño pastor, aunque por ahora solo podía comprender la obviedad de que les apremiaba a adentrarse en las montañas. Se dispuso a trepar por el pequeño talud que separaba la carretera del terreno salvaje cuando reparó en el coche que emitía pequeños crujidos mientras se enfriaba tras el esfuerzo.

–¡No podemos dejarlo ahí! –se dirigió con decisión hacia el vehículo. Pese a haber prestado un importante servicio, había dejado de ser útil para convertirse en un testigo muy incómodo que convendría eliminar. Santiago adivinó las intenciones del alemán y descendió por el terraplén dispuesto a empujar el coche hacia el precipicio. El pastor siguió a la comitiva, de manera que en un instante los tres estuvieron empujándolo. No transcurrió mucho tiempo hasta que sus ruedas delanteras emprendieron el camino rápido hacia el río, facilitando la caída estrepitosa del resto del vehículo, incluyendo el remolque quemador de mobiliario que de alguna manera, al ser el último en desaparecer, pareció resistirse a su suerte durante un segundo a todas luces infructuoso.

El estruendo del coche al caer entre los cantos rodados que tapizaban el talud hacia el

cauce del río decayó al mismo ritmo al que el ruido de los coches que les perseguían empezó a hacerse notar, indicándoles que debían desaparecer cuanto antes. Eran los únicos sonidos que se escuchaban puesto que los pájaros hacía tiempo que habían dejado de piar, como interesados en el desenlace de la persecución. Los tres compañeros de fuga salieron de la carretera con el tiempo justo de ocultarse en la maleza antes de ver cómo sus perseguidores pasaban frente a ellos con una velocidad con la que el coche que les había llevado hasta allí y que yacía en el fondo del valle jamás habría podido soñar ni aunque le hubiesen proporcionado astillas de la mismísima Arca de Noé.

Zach ni siquiera osó respirar al paso de tan onerosa comitiva, y mucho menos cuando vislumbró en el coche que abría la persecución el abultado torso del guardia civil que le había apresado en el pueblo. Tan concentrado parecía en su carrera que le recordó a uno de los toros que Hemingway había plasmado en sus obras corriendo los encierros de Pamplona persiguiendo a unos mozos que jamás alcanzaría. Respirando con evidente alivio cuando pasaron de largo, deseó que los coches de la Guardia Civil jamás se dieran la vuelta y que continuasen su encierro hasta la plaza de toros mientras él y sus compañeros se dirigían hacia la seguridad de la frontera de Francia. Tras unos instantes fue Eusebio, el pastor, el que con su particular lenguaje declaró el peligro por pasado.

—¡Ugh! —suspiró. Zach intuyó en él alivio aderezado con una pizca de determinación cuando se levantó el primero de su escondite tras un enebro y les mostró el camino de las montañas que habría de llevarle a la libertad. Se encontraba cada vez más metido en su función una vez dejada atrás la excitación del comienzo. Se echó la bolsa al hombro y comenzó a seguir al pastor que oteaba las montañas con aire entendido.

Parecían tres excursionistas dispuestos a hacer algo de *trekking* un domingo cualquiera. Zach sonrió para sus adentros pensando en que sus dos compañeros pensarían que estaba loco si tan solo les aventurase algún detalle de su misión.

Anduvieron un buen trecho entre las montañas, guiados por Eusebio que de vez en cuando levantaba la cabeza examinando el terreno. Parecía saber muy bien dónde se dirigía y Zach estuvo seguro de que llevar con ellos a un conocedor de la zona tan notable les daría mucha ventaja sobre sus perseguidores. Había escogido una ruta bien alta para disponer así de buena visibilidad, en lugar de transitar por el valle donde serían una presa fácil. Santiago le explicó con orgullo que se encontraban en la región que ellos llamaban del Monte Perdido, y a Zach le pareció un nombre muy descriptivo, al menos para él que solo tenía una vaga idea de dónde se encontraba. Esperaba que no fuera un apelativo tan explícito como parecía.

En una de sus expertas miradas al majestuoso macizo de piedra, Eusebio frunció el entrecejo. Una luz de alarma se encendió en algún lugar del cerebro de Zach. Tras ellos se oyó el ladrido de un perro.

—¡Ugh! —manifestó el pastor, henchido de razón y señalando con disgusto un punto tras ellos.

Los habían vuelto a descubrir. A Zach le parecía muy pronto.

—¡Mierda! —explotó Santiago, llegando a la misma conclusión.

Eusebio les apremió a seguirle, de algún modo seguro de su escueta ventaja, y comenzaron a correr como posesos. A Zach, por el contrario, ya no le parecía tan favorable la situación si les perseguían con perros que pudieran seguirle el rastro. En ese caso, el conocimiento de la zona que el pastor demostraba solo era una ventaja cuando se trataba de llegar lo antes posible a Francia; y mucho se temía Zach que la ruta por el valle, aunque más arriesgada estratégicamente, era más corta que la que habían seguido, que lo rodeaba por el sur cuando debían dirigirse al norte.

Sin embargo, una mirada al rostro de Eusebio le hizo ser algo más optimista. Se le veía convencido de que lograrían llegar a Francia antes que ellos aunque Zach tenía serias dudas, sobre todo motivadas por no tener la certeza de que la frontera detuviese a sus perseguidores.

Corrían sobre pedregales, arriesgándose a resbalar sobre la gravilla y dar con sus huesos en el suelo. Todavía no habían cicatrizado las heridas que Zach había recibido intentando descender con el jeep hacia la carretera donde había encontrado a su ahora compañero de fuga, y pensó que no debía aparecer en Alemania lleno de arañazos si quería hacerse pasar por alguien respetable. La gente honrada no tiene pintas de eccehomo como las tendría él de despeñarse por el camino que atravesaban a toda velocidad.

Sus dos acompañantes, por el contrario, parecían volar sobre los caminos; sin duda mucho más acostumbrados que él a ese tipo de vías. Llegó a pensar que les estaba frenando y decidió arriesgar su integridad física a cambio de una mayor velocidad. De cualquier manera, si el cabo de la Guardia Civil le ponía la mano encima, no habría modo alguno de llegar a Alemania de una pieza. Comprendió que le iba la vida en aquella carrera suicida por los peligrosos senderos que, en ocasiones entre cortantes precipicios a los que no se atrevió a mirar, debían haberse concebido para recorrer al ritmo de un rebaño de cabras.

El miedo que sintió le dio alas y así, a base de empujones de adrenalina, consiguió llegar entero al final del descenso suicida. Sus dos compañeros siguieron a toda prisa campo a través cuando volvieron a oír los perros tras ellos. Zach no pudo distinguir si se encontraban más cerca que antes o por el contrario, se habían distanciado. Eusebio, más familiarizado con esas valoraciones, debía saber ese dato; y el desespero que imprimía a sus movimientos revelaba que la distancia con sus perseguidores había decrecido.

Corrieron por el falso llano como si el mundo se desintegrara tras ellos; como si un sádico vacío aplastante fuera a atraparles si se detenían. De repente, el pastor al frente de la carrera, comenzó a suavizar el ritmo.

Zach frenó a la vez y apoyó las manos en sus rodillas buscando respiro. Le daba la impresión de que la tirantez que sentía en los pulmones acabaría desgajándolos al igual que una sandía arrojada contra el suelo. Levantó la cabeza para advertir que se encontraban en un punto al final del valle que habían dejado antes por su derecha y desde el que tenían una inmejorable perspectiva, rodeados por una serie de montañas que Zach esperaba no tuvieran que culminar, pues sentía cómo, pese a su entrenamiento, sus fuerzas eran escasas para subir hasta esas cumbres que se le antojaban inalcanzables.

–¡Ugh! –aclaró Eusebio entre resuellos, señalando el norte salvador.

–Parece que tendremos que rodear esa montaña, alemán. Detrás de ella está la frontera – tradujo Santiago con la voz entrecortada por la falta de aire. La sola mención de la frontera dio alas a Zach, aunque el ladrido de los perros también ayudaba bastante a la hora de sacar fuerzas de flaqueza para llegar a la meta salvadora.

Al mismo tiempo se oyeron disparos, pero no provenían de la retaguardia por donde se acercaban ruidosos los perros, como podría esperarse. Tal circunstancia les hizo detenerse en seco, desconcertados. Sonaron algunos más y sin dar explicación alguna, Santiago cayó sentado al suelo, como sacudido por algo que nadie había visto. Solo cuando este miró extrañado la mancha pegajosa y rojiza que se extendía en su pecho comprendieron todos que sus perseguidores se habían separado arteramente y, mientras una parte los perseguía siguiendo su camino e impidiendo que dieran la vuelta, otros habían seguido el camino más corto por el valle y les habían interceptado al final de este.

–¡Alto a la Guardia Civil! –les exhortó una voz que tronante les confirmó que el cabo

Robles encabezaba el grupo que, atravesando el valle, les había dado caza a escasos metros de su meta.

Zach se sintió indignado por la falta de previsión de sus compañeros que se habían dejado cercar con tanta facilidad. Sin embargo, a la vista de Santiago López, que seguía mirando extrañado cómo crecía la mancha de sangre que había formado la bala al perforar su pecho, concluyó que ya no tendría que ocuparse de él puesto que no duraría mucho.

—¿Qué hacéis? —acertó Santiago a decir entre toses sanguinolentas, consciente de que había llegado su final—. ¡Corred! Yo me quedo aquí —intentó taponar con sus dedos el agujero en su pecho por el cual la vida se le iba a borbotones—. ¡Frente rojo! —grito mientras dejaba caer su puro sobre su regazo. Nunca más volverían a estar juntos. La cicatriz de su rostro se volvió grisácea.

Eusebio, sin encomendarse ni a dios ni al diablo, prosiguió entonces su huida hacia la frontera.

Zach miró a su salvador durante un segundo antes de salir detrás del pastor como alma que lleva el diablo. El secreto que portaba Santiago sobre su bolsa quedó para siempre apoyado contra una roca en aquel sitio conocido como Monte Perdido; y murió con él.

Sintiendo los pulmones escocer ante la demanda de oxígeno de sus músculos, siguió corriendo dejando la mole montañosa a la derecha. Pese a todo, pudo constatar cómo sus perseguidores se habían detenido junto a Santiago el tiempo justo para dejarles algo de ventaja que podía ser determinante a la hora de salir de esta. Tal idea debía tener Eusebio, que detuvo un momento su carrera para mirar hacia atrás, agachado mientras respiraba con agitación.

Zach deseó estar muy cerca de Francia, pues acababa de caer en la cuenta de que las balas habían segado la vida del intérprete que le traducía los gruñidos del pastor. Estaría perdido sin Santiago si tenía que continuar con el pastor durante mucho tiempo.

—¿Queda muy lejos la frontera? —preguntó a Eusebio entre respiración y respiración. Como toda respuesta, señaló con la cabeza a lo largo del valle que se encontraba tras la montaña que acababan de rodear. No le hizo falta traductor que le dijera que la ansiada meta se hallaba al final del desfiladero.

En ese momento resonaron en las montañas nuevos disparos. Sus perseguidores habían vuelto a la caza y Eusebio, de un respingo, se puso de pie dispuesto a recorrer la distancia que le separaba de la frontera en el menor tiempo posible, recuperado el resuello.

Para su sorpresa, al incorporarse y mirar al frente, no vio nada más que el cañón de un arma empuñada por ese maldito alemán que, bajo la vaga promesa de una existencia mejor al otro lado de la frontera, con la complicidad de Santiago había convertido su sosegada vida de apacentador en una de proscrito.

Le pidió perdón. Eusebio no sabía qué debía perdonarle, pero Zach acababa de caer en la cuenta de que no había prometido nada a el pastor. Una bala certera disparada por sus perseguidores había saldado con sangre la deuda de honor que había contraído con Santiago y su veguero.

—¿Ugh? —se preguntó antes de oír una detonación tan cercana que apenas le dio tiempo a asustarse. Supo que era la más cercana que había escuchado en su vida porque tuvo la ocasión de repararla cuando la vio desfilar ante sus ojos en un segundo. Curiosamente, al final de la secuencia de su miserable historia oyó el disparo de nuevo pero no sintió cómo la bala que salió del arma de Zach le entró por un ojo para destrozarle el cerebro tras dejarle la cara irreconocible.

Sin embargo, en sus últimos momentos de vida pudo, sin comprender muy bien el motivo, darse cuenta de que ese alemán le estaba quitando la ropa.

Zach había supuesto que sus perseguidores desconocían que había una tercera persona en

su grupo y decidió jugar una carta que, de ser buena, le daría una ventaja innegable. Comenzó a despojar al pastor de sus ropas mientras este estaba todavía caliente. Una vez lo desvistió, se quitó las suyas y con rapidez procedió a ponérselas al cadáver en ciernes, con la esperanza de que sus perseguidores pensarán que uno de sus disparos había hecho diana en el espía que estaban buscando. Para ello dejó su *Soldbuch* en uno de los bolsillos del pastor, sabiendo que nunca jamás la volvería a utilizar. Barajó la posibilidad de incrustar una segunda bala en el rostro de Eusebio para hacerlo más irreconocible y así conseguir que sus perseguidores se dieran satisfechos con un cuerpo vestido e identificado de piloto alemán, pero cayó en la cuenta de que el rostro del pastor era ya irreconocible al primer disparo.

En un tiempo récord se puso la ropa y la pelliza del cabrero y, sin mirar atrás, donde sus perseguidores se apresuraban hacia ellos, dejó caer el cuerpo del pastor en medio de la vereda y corrió solo hacia su libertad. Esperaba no tener que volver a detenerse hasta llegar a Berlín.

Capítulo 12

Llevaban tres días bajo la lona que cubría el avión, el cual se erguía orgulloso sobre el terreno, como a sabiendas de que era la estrella de la misión. Y razón no le faltaba puesto que era cierto que la aeronave negra como un tizón era el motivo de que se encontrasen en esa situación. Eso le hacía parecer soberbio a los ojos de sus dos guardianes. Había soportado estoicamente un aterrizaje en malas condiciones meteorológicas sobre una pista que no era en absoluto merecedora de tal denominación y ahora, dócilmente, esperaba junto a ellos bajo la lona que les cubría y que les otorgaba protección contra los elementos y las miradas impertinentes.

Pese a que no dejaban de prestar atención al receptor de onda corta seguían sin noticias de Zach Schneider, lo que por el momento no les causaba desazón alguna. Todavía era demasiado pronto para que hubiese llegado a territorio alemán y mucho menos para inspirar la suficiente confianza como para que le dieran acceso a una instalación de radio de la potencia necesaria para llegar hasta el avión. En los primeros instantes tras la partida del capitán se recreaban en la idea de haber completado el viaje más largo jamás realizado: tan prolongado que había trascendido el espacio para adentrarse en el tiempo y llegar a su destino; tan atrás en la escala temporal que ninguno de los habitantes del planeta ni tan siquiera soñaba con la tecnología que portaba la aeronave. Por ello la discreción era uno de los puntales de la misión, y su conservación, la causa directa de la muerte del primer lugareño que había cometido el fatídico error de recorrer el desierto de Los Monegros demasiado cerca de la nave.

No había tardado mucho en aparecer, quizás un par de horas después de que el capitán Schneider dejase la nave para dirigirse al corazón del Tercer Reich sin saber el camino. El radar que portaban los guardianes de la aeronave les había alertado tan pronto de presencia humana en el perímetro de seguridad del bombardero que supusieron que de alguna manera alguien había visto al avión aterrizar y, azuzado por la curiosidad, resolvió indagar qué tipo de pajarraco siniestro había sobrevolado la zona. Keith Alsop y Diane Brown, todavía en proceso de familiarización con su nuevo entorno, habían decidido apresar vivo a quien hubiera cometido la estupidez de rondar sus dominios para interrogarle y eliminar dudas sobre la posible transmisión de información que hubiera podido efectuar.

Diane fue la encargada de capturar al desdichado en plena zona de aterrizaje. Recogió la mochila con sus objetos y se puso un mono blanquecino, mucho mejor camuflaje que las ceñidas ropas negras que había llevado desde que había comenzado la misión y con las cuales hubiera sido visible a distancia sobre el terreno en el que se encontraban, grisáceo como la ceniza. Siguiendo las indicaciones de localización del radar, abandonó el campamento y se dirigió hacia la zona en la que había sido ubicado el peligro para la misión. Con sigilo, a sabiendas de que en el paisaje nada había que pudiera ocultarla, no tardó en identificar al intruso. Resultó ser un octogenario que, acompañado de un esmirriado mestizo de pastor alemán, se encontraba solitario en mitad de la llanura. Diane sacó unos prismáticos para observar mejor a aquel que había osado acercarse hasta las prohibidas inmediaciones del B-2 y pudo constatar que se encontraba agachado, examinando el terreno. Diane, recordando la situación del país en plena postguerra, llegó a pensar que inspeccionaba las escasas plantas de la zona para determinar si podía alimentarse de ellas. Viendo algún día un documental en alguno de los cientos de canales temáticos de la televisión por cable, recordaba que en los desiertos abundaban las plantas venenosas que, teniendo que hacerse un hueco en un ambiente hostil, habían desarrollado

peligrosos venenos para mantener a sus depredadores a raya; y ese hombre no hacía más que buscar algo comestible que hubiera germinado tras la tormenta.

Al dejar los prismáticos y tener una mejor perspectiva de lo que sucedía, cayó en la cuenta, no sin cierta alarma, de que lo que ese hombre estaba examinando eran las marcas que el tren de aterrizaje del avión había dejado en la llanura. Y ahora, curioso, había levantado la vista hacia donde se encontraba el avión cuya intimidación debían preservar a toda costa, confirmando así su sentencia de muerte.

Recordando que debía capturar vivo al intruso, ponderó durante un segundo la mejor forma de hacerlo en terreno abierto y sacó de su mochila un silenciador que acopló a la boca de su fusil de precisión. Apoyó el arma sobre la rodilla que hincó en tierra, compuso el gesto tras ver su objetivo a través de la mira telescópica y disparó una vez. Al instante, el perro que acompañaba al solitario intruso cayó desplomado ante la extraña mirada de su amo, el cual quedó petrificado por el miedo cuando vio el orificio de bala en el cuerpo del animal que a duras penas respiraba. Estaba seguro de que no había oído detonación alguna y todavía se preguntaba qué estaba pasando cuando de repente sintió un golpe en su pierna, como si un camión invisible le hubiera embestido en mitad del desierto.

Se llevó las manos instintivamente a la rodilla y al mirarla pudo comprobar que estaba destrozada. No entendía cómo era posible que no le doliera la herida que mostraba el hueso y que parecía haberse abierto de la nada. Cayó al suelo en cuanto se dio cuenta de que esa articulación en tan mal estado no podía sostenerlo de pie y el dolor le llegó entonces lacerante, como un tren de mercancías subiendo por su espina dorsal y chilló al desierto todo lo fuerte que pudieron sus pulmones mientras se retorció sobre el árido terreno como una lombriz bajo el sol.

Cuando por fin el dolor le permitió entornar los ojos se encontró delante lo último que esperaba ver. Una mujer que le encañonaba con una suerte de pistola que desconocía se encontraba frente a él portando un extraño fusil a la espalda. Y eso que acababa de pasar por una guerra que había conseguido mostrarle más armas de las que hubiera deseado encontrar.

–¡Levántate! –le apremió la mujer. El hombre, entre tormentos, se dio cuenta de que pese a hablarle en su idioma, poseía un marcado acento extranjero.

–¡Maldita hija de puta! –refunfuñó el hombre desde el suelo, todavía ambas manos en la rodilla abierta–. Vete al infierno.

–Ok. Pero tú irás antes que yo –contestó Diane señalando el cielo con la mirada. Dos buitres ya habían oído la llamada del almuerzo describiendo pesados y grandes círculos sobre sus cabezas. Se arrodilló junto a él y tiró con fuerza hacia atrás del escaso pelo que poblaba la nuca del hombre–. ¿Qué has venido a hacer aquí?

Llegado este momento, el hombre que yacía en el suelo con la cabeza echada hacia atrás a la fuerza no sabía si le dolía más la herida abierta de la rodilla o el ultraje a su orgullo que suponía tener a su lado a una mujer que le maltrataba físicamente en ese estado en el que se encontraba. Diane sonrió maliciosa reconociendo el miedo en los ojos del anciano, añadiendo con su gesto unas gotas de pánico a la mirada de este. Estaba segura de que en esa época no era frecuente el hecho de que una mujer se ensañase con un hombre.

–¡Habla o te disparo a la otra rodilla! –exigió Diane ante la negativa a hablar del testarudo lugareño, tirando del pelo del hombre aún con más fuerza.

–Anoche vi luces extrañas volando por aquí entre la tormenta y vine a ver qué había pasado –profirió con dificultad el hombre mientras sentía crecer el miedo en su interior. Esa mujer no estaba en sus cabales, aunque le pareció que su respuesta pudo tranquilizarla.

Sin embargo, no fue así. Diane relajó la presión solo ante la confirmación de sus temores.

Habían sido vistos durante el aterrizaje y ahora debía saber cuánta gente más estaba enterada. Soltó el mechón de pelo y se levantó muy despacio sin tan siquiera mirarle hasta darle la espalda. El desdichado todavía se dolía de la rodilla y solo se escuchaba su resuello en la quietud del desierto.

Diane se dio la vuelta hasta situarse frente a él. No lo hizo de un modo particularmente violento ni lento, de modo que no llamó la atención del hombre que le miraba a los ojos como si quisiera vengar con la fuerza de su mirada el daño que esa extraña mujer de desconocido acento le había infligido. Sin embargo, pronto se dio cuenta de su error: exactamente en el momento en el que dejó de mirar sus ojos intentando transmitir una entereza de la que carecía y se fijó en su mano derecha que sostenía la extraña pistola que le apuntaba. Le invadió una oleada de terror que hizo que sus nervios chirriaran de tensión. Quizás ese sufrimiento fue el que le impidió darse cuenta de que su otra rodilla volaba por los aires. Sanguinolenta, mostraba impúdica su interior. Otro latigazo se abrió paso desgarradoramente desde su articulación hasta la base del cerebro, donde estalló con un agrio estampido, inundando todo de dolor.

–¡Hija de puta! –consiguió gritar en medio del paroxismo. Sabía que estaba a merced de esa sádica, pero no pudo hacer otra cosa que intentar salir con la honra lo más íntegra posible. Entre las oleadas del suplicio que padecía llegó a preguntarse qué demonios había hecho a esa extraña mujer que, sonriente en medio del desierto, se empeñaba en verlo retorcerse de dolor.

–Dime... ¿Qué has visto y a quién se lo has contado? –preguntó la mujer, con un tono más seco que el ambiente desértico testigo de su agonía–. Contesta o sigo con tus manos.

Solo tuvo que apuntar con la pistola a las manos del hombre para que este comenzase a gritar. Lo hacía de una forma inconexa, como aquel que se desembaraza a toda prisa de un pensamiento incómodo. Desconocía que tenía de excepcional esa información por la cual esa mujer le torturaba. Podía habérselo dicho igual si se lo hubiera preguntado.

–¡No sé lo que he visto! ¡Tan solo una luz y un ruido en la tormenta y he venido a ver que era! ¡Vivo solo y no he podido contar nada a nadie salvo a mi perro! –lloriqueó buscando infructuosamente con la vista a su fiel amigo.

De repente palideció. Cayó en la cuenta de que lo que le sucedía debía estar relacionado con el extraño objeto que vio la tarde anterior y que había dejado las extrañas huellas en el desierto. Supo que su suerte estaba echada cuando por fin entendió que había visto algo que no debía.

–Está bien. Te creo –dijo la mujer, intentando parecer conciliadora pero apuntando a su cabeza.

El hombre no pudo distinguir entre el sordo sonido del disparo y el momento en el que la oscuridad se hizo con sus recuerdos. Por un momento tuvo una vaga consciencia de que algo había pasado, pero tras ese instante de adulterada lucidez, todo se apagó. La vista, el oído, el frío, el dolor, el odio que sentía por esa mujer y el amor por sus seres queridos. Todo desapareció, hasta que incluso la sensación de desaparecer le abandonó como el capitán antes de que se hunda el barco.

Diane sonrió a la vista del cadáver de ese hombre cayendo al suelo, tan seco que absorbía la sangre del desdichado apenas abandonaba su cabeza. Sabiendo que no podía dejar en el escenario nada que pudiera encontrar alguien pasados los años y generar un anacronismo, recogió tranquilamente los casquillos de bala del suelo al igual que hizo cuando disparó al hombre y a su perro por vez primera. Levantó la vista hacia los diez o quince buitres que, a la vista de los acontecimientos, de alguna forma habían sabido que la pitanza estaba lista; y determinó que, pese a que era posible que los pajarracos llamasen la atención de alguien, los pocos lugareños

estuviesen acostumbrados a verlos lanzarse sobre cadáveres de reses. En breve darían cuenta del hombre y su perro, ahorrándole el sucio trabajo de enterradora. Puso el seguro a su arma, la guardó y se dirigió, parsimoniosa y distraídamente, hacia el avión que, escondido y bajo la protección de Keith, seguía impertérrito bajo su lona de camuflaje.

No tuvo la misma precaución que cuando abandonó la nave en busca del intruso, ahora que se sabía observada por su compañero; y anduvo desafiante bajo el sol, consciente de que ese era su reino y que así debía serlo mientras el capitán Schneider no apareciese.

–¿Qué ha pasado? –preguntó su compañero mientras traspasaba el umbral de la lona. A ella le pareció innecesariamente alarmado.

–Nada. Un tipo solitario que vive cerca con su perro –comentó desapasionada mientras se desabrochaba el cinturón con la pistola y el silenciador y dejaba los casquillos sobre la mesa–. Anoche nos vio aterrizar y ahora se ha convertido en comida para buitres antes de poder hablar con nadie.

Capítulo 13

El capitán Zach Schneider huía entre las peñas como alma que lleva el diablo. No pensaba mirar atrás en su huida sabiendo que era posible que el cadáver del pastor que había dejado desfigurado en el camino con su documentación de piloto alemán no distrajese mucho a sus perseguidores. Si hubiera sabido que cientos de metros atrás el cabo Robles se pavoneaba ante sus hombres de haber metido una bala en la cara de un fugitivo a setecientos metros de distancia, quizás se hubiera sentido algo más a salvo.

La vanidad del Guardia Civil ante lo que él consideró una hazaña que jamás hubiera creído capaz de hacer favoreció la fuga de Zach, otorgándole una ventaja que habría de ser definitiva para alcanzar la frontera francesa. Mientras el capitán Schneider trotaba por los Pirineos, el cabo Robles, palmeando satisfecho las cachas de madera de su fusil junto al cadáver, se había autosugestionado de haber acabado con el detenido realizando el disparo de su vida e intentaba convencer a sus hombres de ello.

—Si alguien tiene las santas pelotas de decirme que este no es el alemán que buscamos, será mejor que me lo diga ahora antes de que llegue el de Madrid —blandió su enorme puño peludo ante sus hombres. Alguno de ellos había dejado caer que pese a que era cierto que perseguían a dos hombres y tenían dos cadáveres, era posible que ese hombre no fuera el que buscaban. El cabo, sin embargo, no podía permitir que una identificación mal hecha echase por tierra su recién adquirida fama de buen tirador—. He estado toda la noche con este capullo, por lo que nadie mejor que yo puede identificarlo; y aplastaré a quien insinúe que no he sido capaz de cargarme a este imbécil a setecientos metros... ¿Entendido?

Sus hombres asintieron sombríamente mientras el pequeño agente enviado por el gobierno central hacía su aparición en la escena junto a un par de guardias. Pese a su aparente fragilidad, no parecía haber acusado la larga caminata salvo por diminutas gotas de sudor que salpicaban su frente. Por el contrario, el Guardia Civil que le acompañaba, al igual que el resto de perseguidores, sudaba como si se hubiera bañado con el uniforme puesto. El tipo del ministerio se plantó de un salto junto al cadáver.

—¿Quién es este hombre, cabo?

—A sus órdenes... —el cabo Robles se cuadró y carraspeó, aunque no sabía todavía con qué rango debía dirigirse al hombrecillo—. Pongo en su conocimiento que estoy en plena disposición de afirmar que este hombre es el alemán que con bolchevique desfachatez osó abandonar las celdas de la casa cuartel esta noche amparado por la oscuridad más enjundiosa. La documentación hallada en su bolsillo camisero atestigua fehacientemente mi afirmación, señor.

—¿Está usted seguro? La orden era capturarlo vivo... —miró al cabo por encima de sus gafas oscuras. La enrevesada forma de transmitir sus informes oficiales ponía a prueba su escaso dominio del español. Mientras tanto examinaba con suspicacia el cadáver que yacía en tierra con la cara destrozada y vistiendo un deslavazado uniforme alemán—. ¿Sabe usted si este tipo llevaba encima una cartera o algún tipo de bolsa con documentos?

—¡No, señor! —gritó el cabo, recalcando sus opiniones a base de imprimir volumen a su voz—. He pasado la noche vigilando al detenido y puedo afirmar con gloriosa certeza que *este* individuo estuvo retenido en los calabozos de la casa cuartel a la que tengo el honor de pertenecer, sin disponer en ningún momento de otra documentación que su cartilla militar tras el hermético cacheo al que fue sometido —tragó saliva al recordar que ese hombre no fue en absoluto

examinado, aunque el hecho de recordar que ese tipo jamás tuvo más objetos que los que llevase encima lo tranquilizó—. Mis hombres pueden atestiguar que lo he abatido en su alocada carrera a una distancia de unos setecientos metros, usando el magnífico Máuser español con el que el glorioso gobierno del Caudillo ha tenido a bien adiestrarme. Tuve que hacer fuego para evitar su fuga.

El cabo Robles no pudo evitar mirar de reojo a sus hombres por si a algún insensato sin apego a la vida se le ocurría plantear cualquier duda frente al enano. Nadie tuvo los arrestos para decir que en realidad, el detenido parecía más rubio que el cadáver. Este presentaba mechones de pelo ensangrentado, pero parecían ser más oscuros que lo poco que habían podido ver del alemán. En cualquier caso, aquellos que acompañaron al cabo en la detención del sospechoso se guardaron mucho de contradecir a su camarada, y menos a sabiendas de que se estaba jugando una medalla por los méritos contraídos en la captura de un enemigo de la patria; por lo que asintieron ante la inquisitiva mirada del insignificante agente gubernamental.

—Puedo jurar por la gloria del Caudillo que este individuo que he abatido es exacta e idénticamente la misma persona que detuvimos ayer en casa del alcalde de la excelsa Villa de Bujaraloz —añadió el cabo Robles para alejar cualquier duda del pequeño enviado de Madrid, el cual asintió sin mucha confianza.

—Está bien... —asintió el agente del gobierno no muy convencido, quitándose las gafas de sol y guardándolas en el bolsillo de su camisa. Algo en su interior le decía que no era posible que ese hombre fuera el agente que buscaban, suponiendo que aparentaría ser más ario que lo que parecía ser ese cadáver y que debía portar algún tipo de documentación. Decidió mantener una actitud escéptica frente a la identidad del hombre que yacía en el suelo con la cara destrozada, pese a que el cabo Robles aseguraba que se trataba del agente bolchevique que estaban buscando.

El hombrecillo decidió estudiar los informes más tarde para decidir si ese cadáver era el del hombre que perseguía o no. Dado que no tenían nada más que hacer allí, la comitiva perseguidora abandonó el escenario cuanto antes mientras Zach, a punto de desfallecer en su carrera lejos de allí, oyó una voz que en ese momento le sonó a música celestial.

—*Arrêtez!* —tronó una voz a su derecha. Pese a no estar muy familiarizado con el francés, interrumpió su carrera reconociendo el tono imperativo, sabiéndose a salvo en Francia. No pudo evitar recordar que también se había sentido seguro al llegar a España y que lo primero que se le hizo fue encarcelarlo e intentar acabar con su vida.

Zach levantó las manos fingiendo sumisión pero no dejó de estar alerta ni un segundo; al menos hasta que tuviera a la vista a aquel que le había ordenado que se detuviera. No tardaron en aparecer un par de gendarmes franceses. Uno de ellos, hosco el semblante, le apuntaba de lejos con su fusil mientras otro se acercaba con más cordialidad, supuso que porque debía estar acostumbrado a interceptar exiliados españoles desde hacía un tiempo. Bifrost se había encargado de entregarle un dossier que advertía que Francia acababa de convertirse en un país en guerra y que el exilio había dejado de ser una acción consentida por la mayoría de los habitantes del país para ser tomada como un estorbo y un agravamiento a sus propios problemas. Con estas premisas, la recomendación era la de hacerse pasar por un inglés que había luchado en el bando republicano y que debía volver a su país una vez escapado de las cárceles españolas. Decidió que permanecería alerta simulando miedo ante los gendarmes mientras descansaba de la carrera; a la espera de que los franceses descubrieran sus cartas y dejaran entrever cuales era sus intenciones respecto a él.

Transcurrieron así un par de largos minutos, con uno de los policías encañonándole a unos metros de distancia mientras su gordo compañero revoloteaba alrededor de Zach con una estúpida

sonrisa en su rostro que podía significar cualquier cosa. Evitaba cruzar miradas con el guardia que le examinaba como un gato jugando con un ratón.

Zach comenzaba a tener dudas sobre su seguridad. Desconocía el protocolo francés de detención de refugiados, pero no parecía que aquellos dos actuaran de acuerdo a uno.

De repente, su evaluador comenzó a hablar a gritos con su compañero. Zach no estaba familiarizado con el francés más que lo justo como para poder hacerse entender a duras penas. Bifrost pensó que tal circunstancia no sería determinante en su misión, sino que al contrario: podía ayudar a hacerle pasar como un extraño. No interesaba ahora hacer creer que era francés, sino alcanzar Alemania lo más rápido posible, y una falsa nacionalidad francesa podía hacerle dar con sus huesos en el ejército que ahora más que nunca necesitaba carne de cañón para alimentar el monstruo de la guerra.

No hacía falta ser experto en su lengua para saber, por las inflexiones de la voz, que sus captores se estaban burlando de él. Los gendarmes no habían mostrado ningún interés en saber quién era ni de dónde había venido. Ni siquiera sabían si era español, puesto que todavía no había salido una palabra de su boca; pero, a juzgar por su actitud, habían decidido que lo único que les importaba era que se habían encontrado con un incordio que les haría tener que formalizar incómodos informes.

Se dio cuenta de que estaban decidiendo la forma más discreta de acabar con él. Según le parecía entender, el hecho de encontrarse en campo abierto le estaba salvando la vida puesto que, aunque el gendarme que no había dejado de apuntarle estaba dispuesto a abatirlo en ese preciso instante, su exhaustivo vigilante era de la impresión de que en el claro en el que estaban podían ser vistos por otras patrullas mientras despachaban al fugitivo, lo cual podía transferirles del cómodo puesto del que disfrutaban a uno mucho más arriesgado en cualquiera de las posiciones que se estaban disponiendo cerca de la Línea Maginot^[25] para un inminente enfrentamiento con el poderoso ejército alemán que les amenazaba. Afortunadamente le habían prestado tan poca atención que no habían reparado en el maletín de cuero que portaba. La pantomima de infortunado pastor estaba dando sus frutos al hacer bajar la guardia a la pareja de gendarmes. Cuando decidieron llevarlo a otro sitio en el que ocuparse de él con más discreción, Zach deseó que tuvieran un coche en el que transportarle.

Jadeando, miraba por el rabillo del ojo al gendarme que no dejaba de apuntarle. Cualquier oportunidad de salir airoso de la situación pasaba por reducirle, de manera que mientras se le ocurría algo, siguió callado mostrando un tenso sometimiento. Aceptó el papel de cordero que se dirige al matadero mientras, mezclando gestos con la dicción lenta y grave del que intenta comunicarse con alguien que desconoce su idioma, le preguntaban si era algún tipo de fugitivo.

No anduvieron mucho antes de llegar a un desvencijado Renault con una aparatosa sirena que, con las insignias de la gendarmería local, parecía esperarles en el centro de un claro en el bosque del cual partía una zigzagueante carretera que descendía al valle. Si conseguía eliminar a la pareja de estúpidos gendarmes, sería su vehículo.

Cuando hubieron llegado al automóvil, le obligaron a sentarse en la parte trasera y, mientras el rollizo gendarme daba la vuelta para sentarse junto a él, su enjuto compañero se dispuso a tomar el mando.

Primer error a favor del capitán. Si aquel que desconfiaba más de él iba a estar ocupado conduciendo, favorecía la libertad de movimientos de Zach. Siguió con la vista la goma gastada que tapizaba el suelo del coche; lo cual no le impidió ver cómo el conductor dejaba reposar su fusil entre los dos asientos delanteros con el seguro quitado y el cañón apuntando despreocupadamente a la parte trasera.

Segundo error, y este habría de ser fatal para ellos.

Zach ni siquiera esperó a que pusiera el coche en marcha. En cuanto sacó las llaves de su bolsillo, llevó sus manos como un resorte al cuello del conductor con un rápido movimiento. Una vez hizo presa en su nuca y su mentón, sus templados brazos imprimieron a la cabeza un giro brusco que hizo que sus vértebras cervicales no resistiesen el poco natural movimiento y saltasen de su sitio rompiendo la columna. Tronchado su cuello, el cuerpo se asentó flácido en el asiento delantero. Su orondo compañero, pasmado mientras tanto, no respondía al fugaz espectáculo que le había brindado el detenido. No comprendía cómo era posible que su detenido, que hasta el momento había permanecido dócil como un cordero, hubiera recobrado de repente la vitalidad de una cobra. Y todavía no había visto todo, aunque en medio del desconcierto, con cierta vaguedad pudo darse cuenta del fuerte tirón que su detenido imprimió al fusil que su compañero había dejado entre los asientos delanteros mirando hacia atrás. Zach imprimió al arma un giro rápido que hizo que el cañón apuntase al gendarme mientras que el gatillo, libre del seguro como lo había dejado su dueño cadáver, se acoplaba al índice de su mano izquierda. No era zurdo, pero a esa distancia poco importaría. En ese momento, el guardia abrió desmesuradamente los ojos, comprendiendo al fin lo que había sucedido. Demasiado tarde.

El capitán disparó un tiro que atravesó el abdomen del ahora asustado gendarme que había perdido de repente el miedo a las trincheras, cambiando el horror al hormigón de los blocaos por el pánico al plomo. Ni siquiera cayó en la cuenta de su error al infravalorar al detenido cuando Zach, con la misma rapidez con la que se dio cuenta de que la herida no era mortal, extrajo el cañón del fusil del vientre del gendarme para situarlo bajo su barbilla y alojar una mortífera bala en el cerebro del francés.

Una vez se apagó el eco del disparo, ahogado por la viscosidad del cerebro que explotaba dentro del cráneo, se hizo una insolente paz en el interior del vehículo. Zach, ajeno a la dantesca escena, se sentía feliz. Quizás era el momento en el que se había encontrado más contento desde que abandonó la seguridad del bombardero puesto que se encontraba libre, con sus pertenencias que incluían un par de identidades y un vehículo en orden de marcha.

Se entretuvo durante un segundo antes de salir al exterior para dar la vuelta al coche y abrir la puerta sobre la que reposaba el laxo cadáver del más gordo de los gendarmes, el cual cayó al suelo con el mismo sonido sordo que produciría un saco de trigo al caerse de un camión. Le costó arrastrar el peso muerto hasta unos arbustos con la esperanza de que sirviera de alimento a cualquiera de los animales de la zona. Una vez depositado el despojo entre unos matorrales, se dirigió al coche por la parte delantera y miró a su otro captor, que seguía derrumbado en el asiento del conductor. Si no fuera porque Zach sabía que no respiraba, bien podía haber parecido que roncaba, a la vista de la forzada posición en la que reposaba su cabeza sobre el respaldo del asiento.

A toda velocidad, sacó el cadáver del asiento delantero y lo desnudó. Con la misma celeridad, se quitó sus ropajes de pastor y los sustituyó por los del muerto. Sabía que ser descubierto con un uniforme robado en un país en guerra era equivalente a una rápida sentencia de muerte ante una horca improvisada en una farola, pero no le importaba. No tenía intención de detenerse hasta llegar a Suiza sin importarle cuantas veces le dieran el alto los franceses.

El traje le quedaba algo justo, pero valdría para sus intereses. Tal estrechez de costuras dificultó la labor de arrastrar al inerte dueño de sus ropajes, hasta que cayó en la cuenta de que si quería despertar las menores dudas posibles, debía contar con un compañero de viaje; y el seco fiambre que parecía dormir podía convertirse en un excelente acompañante si conseguía darle el mismo aire soñoliento sobre el otro asiento delantero. Sin embargo por mucha apariencia

adormilada que consiguiera darle, no conseguiría engañar a nadie si lo mostraba vistiendo una camiseta de tirantes, decidió ir al arbusto que servía de última morada al otro gendarme para quitarle la guerrera.

Podía haberse hecho una tienda de campaña con una prenda de la talla del grueso policía, pero serviría para dar al cadáver en el asiento junto al conductor una apariencia a prueba de miradas inquisidoras. De todas maneras, si alguien conseguía acercarse tanto a ellos como para reparar en la exagerada talla de su guerrera, se habría visto en problemas mucho antes.

Tras guardar las ropas del pastor se sentó al volante. Consiguió arrancar el motor del destartado Renault y, por medio de una parcheada carretera que a través de un túnel vegetal bajo las copas de los árboles salía del claro en el que se encontraban, descendió de las montañas rumbo a los valles franceses que debía franquear para llegar a Suiza.

Acostumbrado a coches con cambio automático, se obligó a recordar, entre quejidos de la caja de cambios, cómo se usaba el embrague que se negaba a engranar marcha alguna si no seguía el procedimiento que consideraba antediluviano. No era ese su único problema: no disponía ni tan siquiera de un mísero mapa que le indicase cómo llegar a su destino y supuso que la autonomía del Renault no le permitiría alcanzar Suiza sin paradas, por lo que en algún momento debería o bien repostar su vehículo o procurarse otro.

Tensos los nervios de Zach, transcurrieron un par de horas sin novedad al volante del coche de la gendarmería. Procuraba conducir pausadamente para evitar miradas que pudieran dar la alarma, aunque no olvidó saludar a cuanta patrulla se encontraba por el camino. No hacerlo habría sido un suicidio, aunque también lo era conducir un coche patrulla vistiendo un uniforme robado y con un gendarme muerto como acompañante.

El coche llegó más lejos de lo que había previsto, y fue capaz de llevarle un buen tramo una vez encontró el Mediterráneo. Tuvo que abandonarlo junto con el fiambre que silencioso se había convertido en ideal compañero de viaje. Encontró una laguna separada del Mediterráneo por un brazo de mar antes de llegar a Montpellier que resultó ser un excelente lugar para hundir en ella al vehículo y a su acompañante, pero complicado para encontrar otra montura. Cambió de nuevo el uniforme policial por los harapos del pastor que guardaba detrás y, tras dejar caer al agua el coche que, convertido en ataúd de hojalata, se llevó sin rechistar el cadáver del gendarme bajo la superficie del agua lejos de miradas indiscretas, comenzó a andar por la carretera. No tardó mucho en encontrar una pequeña aldea en donde tomó prestada una bicicleta y unas ropas algo más decentes.

Con su nueva equipación pedaleó despreocupadamente camino de la costa. Ya se encontraban lejos las montañas, y el frío ambiente de las cumbres pirenaicas había dado paso a un entorno más cálido en el que las motas amarillas de la flor de la retama tapizaban las laderas de los cerros que morían en el mar y saturaban el aire de un seductor olor que invitaba a disfrutar de la sensación de tranquilidad que regalaba el Mediterráneo centelleante. Un numeroso coro de ubicuas chicharras se empeñaba en ocultar cualquier otro sonido.

Tuvo que robar otro coche a punta de pistola para bordear Montpellier y tomar rumbo norte siguiendo el curso del Ródano camino de Lyon. Kilómetros antes de llegar a la capital del departamento pudo por fin ver el primer cartel que indicaba el desvío que habría de tomar para llegar a la anhelada Suiza, lo que le produjo una sensación parecida a la que recorría su cuerpo cuando, en una misión, declaraba tener el objetivo a la vista. Con los últimos rayos de sol tomó el desvío y comenzó a buscar un lugar donde pasar la noche de una forma decente y poder asearse. No podía intentar hacerse pasar por la frontera suiza como un respetado arquitecto alemán si apestaba a letrina, salvo que quisiera que lo examinasen con lupa.

Encontró una casa en la que un cartel medio caído anunciaba habitaciones libres y pensó que sería un buen sitio, ni demasiado lujoso ni cochambroso; pero con el suficiente nivel como para suponer que el dueño pudiera avenirse a un trato no del todo limpio respecto a la búsqueda de un vehículo que pudiera llevarle a través de Suiza hasta el corazón del Reich.

Aparcó su vehículo frente al establecimiento y entró en la recepción. Olía a coles hervidas y parecía que no había sido ventilada en mucho tiempo. Un tipo que vestía una camiseta de tirantes que una vez debió ser blanca le observaba detrás del mostrador sin mostrar mucho interés. Ocultaba su macilento rostro tras unos grandes bigotes que apenas se distinguían de una descuidada barba tan sucia como su camiseta, la cual, quizás manteniendo algo de uniformidad con la recepción, mostraba varios lamparones de una sustancia indeterminada que tenía la misma apariencia que las manchas que tapizaban un par de sillones que contra una pared invitaban al visitante a no sentarse ahí si no quería quedarse pegado a ellos.

–*Chambre?* –preguntó Zach sin esforzarse mucho en parecer francés, algo que difícilmente podría hacer creer a cualquiera que le oyese.

–*Ne pas de chambre* –sentenció el hombre tras el mostrador de la recepción, chistando sin dignarse a levantar la vista del mostrador. Por si la negativa no hubiera sido clara, un palillo mordisqueado que buscaba restos de comida entre los putrefactos dientes del conserje se movió de un lado a otro de la boca recalcando la negativa de su portador.

Zach, encajando la descortés actitud del empleado con mucha más diplomacia de la que hubiera deseado emplear, se dirigió impasible hacia el mostrador.

–Además de la habitación, necesito comprar un coche para viajar a Suiza, *monsieur* –explicó Zach en inglés y casi en un susurro, intentando despertar el interés del grasiento encargado y obligando a este a afinar el oído para escucharle. Sin mostrar interés aparente, contestó a la petición de Zach frotando las yemas del dedo pulgar y el índice de la mano derecha, señal internacional que indicaba que cierta cantidad de dinero debía cambiar de manos si quería que le hiciera caso.

Zach, preparado para tal pregunta abrió la mano para mostrar el diamante más pequeño de los que disponía. Estaba dispuesto a pagar a aquel seboso individuo mucho más que el precio de la habitación y el coche; esperando que el enjundioso sobrepago, además de evitar cualquier discusión, comprase también su silencio y no su avaricia. El dependiente, como todo buen negociante, intentó mostrar indiferencia pero Zach percibió el aumento de tamaño de las pupilas del hombre, señal inequívoca de que la chispa de la codicia había prendido en él.

–*Sígame* –ordenó el hostelero al que la visión del diamante había cambiado el semblante, saliendo de detrás del mostrador. Zach supo que debería estar en ese hotelucho el menor tiempo posible para no tentar demasiado la poca honradez del encargado. El reflejo del diamante en sus ojos le había dado muy mala espina, sobre todo si el hostelero había llegado a la conclusión de que era posible que tuviera más.

Subieron un oscuro tramo de escaleras en el que el crujido que emitía cada escalón al pisarse no hacía sino reiterar su impresión de que el establecimiento más dejaba que desear mientras más profundizaba en sus secretos. Por suerte, el encargado tomó el pasillo del primer piso a su derecha, lo cual fue doble alivio para Zach cuando comprendió que ya no habría más escaleras... Y cuando supuso que en breve dejaría de soportar el olor a manteca rancia que dejaba tras de sí el hospedero.

–¿Una noche? –inquirió el francés arqueando una ceja.

Zach asintió despreocupadamente, tras lo cual el dueño del hotel abrió la puerta de una de las habitaciones mostrando una sonrisa socarrona. Sabía por experiencia propia que el tipo de

gente que pagaba lo que fuera para llegar a Suiza no estaba más de una noche. Y este pardillo ni siquiera había regateado. Estaba seguro que en breve le preguntaría cómo podría cruzar la frontera, de forma que podría tentar a su suerte y pedirle más, aun cuando sabía que con el diamante que le había mostrado era capaz de llevarle a través de la frontera montado en su espalda mientras le servía un Ricard. Ante tal perspectiva, su rostro se volvió algo más hospitalario al franquear el paso al extranjero a la habitación que le había asignado.

Esta no le desagradó del todo a Zach. En realidad ya no recordaba cuándo fue la última vez que pudo descansar sobre algo blando, aunque no dormiría a pierna suelta sabiendo que el repugnante hotelero podía muy bien planear atacarlo de noche si la codicia había hecho presa en él.

–¿Qué coche quiere? –preguntó el hotelero. A Zach, su recién estrenada expresión servil, tan diferente de la beligerante imagen que el hombre que olía a tocino añejo ofreció a la entrada, le pareció la mejor de las garantías de que no debía fiarse en absoluto del regente del establecimiento.

–Uno potente –chapurreó Zach. Este asintió mientras se frotaba las manos con avaricia.

Transcurrió un incómodo segundo en el que el francés quedó a la espera de más órdenes, a lo que Zach respondió con rapidez.

–*Au revoir* –procuró no transmitir la mala espina que le daba la presencia del hombre—. Hasta mañana.

El encargado ensombreció el rostro ante la despedida que tan con tanta acidez le había transmitido ese extranjero. Había esperado que de un momento a otro le pidiera consejo sobre cómo pasar a Suiza sin dejar rastro, pero aquel estúpido ni siquiera había dado pie a ofrecerle sus servicios a un módico precio.

Ni siquiera sospechaba que, en su habitación, Zach daba por zanjada la etapa y pensaba ya en los siguientes pasos a tomar en su misión. El primero sería entrar en el país alpino como legal; por la puerta grande que habría de llevarle hasta el mismísimo corazón del Reich que estaba a punto de apoderarse de Europa. Y con su ayuda, del mundo. En ese momento en el que abrió las cortinas de su habitación y pudo vislumbrar los Alpes tan cerca, se convenció de que la nobleza de su tarea debía ser más que suficiente garantía como para que pudiera terminarla con éxito. Imaginaba que si había justicia en este mundo, con las herramientas que le habían procurado, debía conseguir que su hijo creciese en un mundo más equitativo cuando completase su misión.

Mientras tanto, abajo en la recepción, el dueño del hotel babeaba pensando en cómo cambiaría su vida una vez fuera rico con la ayuda de los diamantes de su huésped. Le preocupaban tan poco sus requerimientos que incluso estaba dispuesto a regalarle su ajado coche, así que depositó las llaves de este encima del mostrador; pensando en que con el cargamento de piedras preciosas que debía llevar su huésped podría comprarse un coche americano. Sophie, la oronda dependienta de la carnicería, tendría que mirarlo con otros ojos cuando apareciese en su Cadillac, vestido de pieles como solo un hombre distinguido podía hacerlo. Faltaba un pequeño detalle que tenía que pulir: eliminar a ese tipo. Tenía especial aversión a los ingleses, más por rivalidad histórica que por un motivo personal; y no le supondría ningún problema moral eliminar al huésped de la habitación 106 para enriquecerse con su cargamento de diamantes que, si estaba dispuesto a pagar sus servicios con uno de ellos, posiblemente había conseguido de una forma no del todo limpia.

Se dejó soñar algo más de tiempo de lo que había deseado, aunque no tenía la más mínima importancia si con ello conseguía que ese inglés durmiera a pierna suelta. Para eso le había dado una habitación en la que nadie pudiera oír sus gritos. Con gesto decidido se dirigió a la cocina

para ponerse por encima un delantal que, de forma algo incongruente, evitase que su desharrapada y nauseabunda camiseta de tirantes se manchase de sangre inglesa. Seleccionó el mejor de sus cuchillos y comenzó a afilarlo con una chaira mientras pensaba en Sophie y su sensual forma de afilar, lo cual le imbuyó de una mayor determinación. Debía eliminar al inglés y quedarse con sus riquezas para poder impresionar a la rolliza carnicera. Con ese pensamiento subió las escaleras, maldiciendo todos y cada uno de los momentos en los que pensó arreglarla para que no hiciera tanto ruido si se pisaba y no lo hizo. Temía que la sinfonía de crujidos despertase a su víctima, pero la intensidad del inconfundible ruido que produce una garganta que ronca con despreocupación le confirmó que su huésped dormía a pierna suelta, lo que le arrancó una inquieta sonrisa. Sacó, no sin su ración extra de ruido, el manajo de llaves de su bolsillo. Estaba nervioso y por ello le resultaba difícil buscar la llave de la habitación 106 con una sola mano, ocupada la otra en blandir el tremendo cuchillo con el que esperaba librar al inglés de la espantosa carga de la vida. Intentando buscar la llave, soltó el machete durante una fracción de segundo, lo suficiente como para que cayese de sus encallecidas manos y, al intentar cogerlo al vuelo para que no hiciese ruido al caer al suelo, cometió la torpeza de soltar también el manajo de llaves por lo que ambos, cuchillo y llavero, fueron a parar contra el suelo de madera, como compitiendo en una carrera en la que ninguno de ellos ganó. Sin embargo, el ruido de quincallería que generó el llavero aventajó en varios decibelios al ruido sordo del cuchillo.

El hotelero quedó paralizado en un estado de extrema tensión que hizo que la comisura de la boca se atirantase en un rictus de desesperación. Todo su cuerpo permaneció en la más absoluta de las quietudes que fue capaz de soportar hasta que un ruido tranquilizador le hizo pensar que quizás no todo estaba perdido. De la habitación seguía surgiendo, como una letanía, el ronquido de su huésped.

Suspirando de alivio, se agachó muy despacio para recoger las llaves y el cuchillo. Pese a que la profundidad del sueño de su huésped pasaría por alto algunas de las maniobras más ruidosas, se esmeró en abrir la puerta con todo el sigilo con el que fue capaz. Una vez abierta la puerta advirtió que, bajo la manta, el inglés roncaba como si supiera que iba a ser la última vez que iba a poder hacerlo.

Dejando el maldito manajo de llaves colgando de la cerradura, se abalanzó sobre el durmiente cuerpo del inglés, cuchillo en ristre. Una vez aterrizó sobre Zach descargó todos sus miedos, que eran muchos, en forma de puñalada; asestando una brutal estocada sobre el pecho del inglés. En el preciso instante que el cuchillo traspasó sin dificultad el débil corazón del inglés, pensó que algo ilógico sucedía. No acostumbraba a ser un asesino, pero le parecía que ese cuerpo carecía de la consistencia que un ser humano debía tener, por muy al otro lado del Canal de la Mancha que hubiera nacido. Atribuyendo sus temores a una poco frecuente conjunción de falta de experiencia y miedo, se ensañó con el cadáver para, una tras otra, coserle a puñaladas por encima de la manta.

Comenzaba a pensar que su víctima sangraba demasiado poco para recibir varias heridas mortales cuando su enésima puñalada se quedó a medio camino del tórax del desdichado. No era por falta de ganas, sino por lo que parecía una mano humana sostenía la suya con la fuerza de una cadena de acero, impidiendo que el cuchillo se encontrase una vez más con el cuerpo del adinerado inglés.

—¿Creías que con todo ese ruido me ibas a sorprender? —señaló una voz en inglés tras de él, momento en el que, con la velocidad de la náusea, se sintió desfallecer. Ahora estaba seguro de que algo iba mal, y no iba a ser fácil arreglarlo tras largarle veinte puñaladas a una persona... O lo que fuera lo que dormía en la cama.

–Es un error... –balbució, sin tener muy claro cómo quitar hierro a su acción.

–Desde luego, *mon ami* –respondió la voz tranquila, sin tener la inflexión de pánico de la que hacía gala la del francés. Su dueño debía ser quien seguía apresando con férrea presión la mano que blandía el cuchillo–. Un error muy grave.

En ese instante, al moverse con brusquedad para intentar zafarse, pudo ver el hotelero que lo que había estado apuñalando con saña no era sino la magra almohada que tenía, ahora que la veía bien bajo la manta, una vaga similitud con un cuerpo humano dormitando. Lo había oído roncar entonces, por supuesto; pero ahora no estaba seguro de nada puesto que en la lucha podía haber jurado que la almohada seguía roncando. Asustado por el imprevisto, ni siquiera le pareció raro el extraño ángulo que su mano, junto con el cuchillo, estaba tomando forzada por la presión que la mano del maldito inglés le imprimía contra su voluntad, haciéndola apuntar a su corazón.

De repente, su resistencia desapareció sin querer. No recordaba su rendición y, en su fuero interno, seguía luchando con todas sus fuerzas contra la mano inglesa que aferraba la suya junto con el cuchillo de cocina; pero el hecho es que cedió. Tampoco había sido consciente de que, venciendo la tibia resistencia del francés, Zach había guiado el cuchillo contra su corazón, atravesándolo muy despacio, como el que pincha una aceituna; despacito pero sin dejar que su presa se escurra bajo una punzante presión asegurándose de atravesarla por el centro.

Zach, situado detrás del francés, sintió cómo las fuerzas abandonaban el cuerpo de aquel que había intentado asesinarle hacía escasos segundos hasta quedar en un estado mustio; momento en el que lo dejó caer a la cama, en el mismo estado de flaccidez que la almohada que tan bien le había suplantado. Ni siquiera se molestó en extraer el gigantesco cuchillo de la caja torácica del hotelero sino que, sabiendo que las pilas alcalinas eran más valiosas en ese mundo que la estupidez de un empresario avaricioso, se apresuró a apagar el grabador digital que bajo la almohada seguía reproduciendo fielmente el ronquido del cabo Robles que grabó en la celda que ocupó allá en España.

Una vez la habitación quedó en silencio, lamentó haberse cargado al hotelero antes de saber si estaba solo en el establecimiento o si tan siquiera había logrado un coche para él; pero el muy desgraciado había ido a por todas, obligándole a atravesarle el corazón con el cuchillo que empuñaba. No podía haber intentado hacerle desistir de sus locas acciones con aquel machete que se agitaba sobre su cama. Pero ahora ya estaba hecho y debía salir del allí antes de que alguien echara en falta al encargado. Supuso que era difícil que hubiera comunicado a alguien sus intenciones cuando decidió matarle y que todavía tendría un par de horas de tranquilidad. Ante la posibilidad de tener un tiempo extra para preparar su huida, priorizó sus necesidades, y la más perentoria de ellas era su insidioso olor añejo que comenzaba a notar y que debía eliminar si quería relacionarse con gente con algo de olfato. Se dirigió, por tanto, al cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha con una buena dosis de sangre tan fría como el agua que a través de un agujero en la pared, caía inmisericorde sobre una descascarillada bañera color caramelo oscuro. Respiró profundamente y con decisión se colocó bajo el grueso chorro que manso comenzó a caer sobre sus hombros.

Una vez acabado su aseo, se vistió con el traje marrón que la organización había depositado en su bolsa para su segunda identidad. Puesto que ni tan siquiera había tenido tiempo a desempaquetarlas, en un segundo recogió sus escasas pertenencias y se dirigió hacia la puerta. Aguzó el oído para asegurarse de que no había nadie al otro lado y abrió la puerta de la habitación, enfrentándose al mundo exterior. El pasillo estaba oscuro, iluminado por unas luces que debían venir del exterior. Zach recordó de forma involuntaria aquel fatídico día en el que el pasillo superior de su casa en los Estados Unidos tenía un aspecto parecido, como preámbulo al

asesinato de su mujer. Alejando los fantasmas de su mente y casi de puntillas consiguió llegar a la recepción, con todos sus sentidos alerta y su dedo apoyado dócilmente en el gatillo de su pistola.

Una vez abajo pudo constatar de un par de vistazos tras sendas puertas que, para su respiro, parecía no haber nadie más. Y no solo eso, sino que a modo de indemnización por los problemas generados, el encargado había dejado sobre el mostrador un llavín con el doble acento circunflejo característico de los Citroën grabado en él. Lo cogió con cuidado y, recogiendo de un perchero un sombrero que remataría su atuendo a las mil maravillas, salió al exterior donde, como un perro fiel esperando a su amo, había aparcado un único coche de la misma marca que el llavín que acababa de encontrar. Abrió el coche con suma delicadeza y una vez acomodado en su interior, introdujo la llave en el contacto y la giró para que, tras un par de carrasperas, el motor decidiera ponerse en marcha. Era muy pronto para que las personas decentes como la que se suponía que era ahora pasasen la frontera con Suiza, pero ya buscaría un sitio para esconder el coche y echar una cabezada hasta que pudiera franquear el paso suizo con garantías, ya imbuido en la identidad que habría de llevarle hasta la presencia del mismísimo Adolf Hitler. Tal posibilidad le puso los pelos de punta antes de iniciar la marcha.

Capítulo 14

Había sido autorizado por control Zadar para completar la aproximación al aeropuerto y a sabiendas de que no había muchos tráficos solicitó permiso para la pista 04. No tenía especial querencia por esta aproximación, pero le parecía más espectacular la entrada por encima de las islas que salpicaban el Adriático. Además, en algún lugar de la costa esperaba su yate y aspiraba a verlo desde el aire. Tim Gottlieb seleccionó en los sistemas de gestión de vuelo de su Embraer Phenom 300 la aproximación instrumental que se le había transmitido mientras en el asiento de al lado, Michelle Hüber miraba el exterior con curiosidad a través de sus gafas de sol. A Tim le encantaba su avión. Quizás no fuera el más grande ni el que tenía más autonomía de los que conocía, pero era el mejor avión certificado para ser pilotado por una única persona. Muchos de sus amigos disponían de auténticos devoradores de millas, pero dependían siempre de la disposición de sus pilotos; y Tim no había nacido para que nadie lo llevase de un lugar a otro, sino que prefería llevar el rumbo de sus viajes por tierra, mar y aire.

Quizás fuera más glamuroso disfrutar de la compañía de Michelle en la cabina de pasajeros mientras se servían un combinado, pero Tim era muy reticente a dejarse llevar. ¿Quién sabía? Quizás tuviera otro tipo de encanto el hecho de ir a los mandos del avión en lugar de ir sentado en la zona de pasaje. Tim sonrió a su acompañante justo antes de captar la frecuencia de la torre de Zadar, la cual le comunicó que lo tenía a la vista y le autorizaba a aterrizar.

La entrada fue tan espectacular como había previsto, aunque Michelle Hüber no pareció impresionada por el azul intenso del mar que contrastaba vivamente con las escarpadas montañas claras que descarnadas se elevaban frente a la costa croata. Una vez que desde torre le comunicaron su aparcamiento, abandonó la pista y se dirigió a él. Con una eficiencia que arrancó una sonrisa complaciente en Tim, un BMW deportivo esperaba en el parking asignado por la torre. Junto a él, uno de sus empleados hacía visera con su mano derecha para poder ver mejor el avión que, emitiendo un agudo sonido, entraba en la plataforma para aviación general. Una vez apagó los motores, se levantó de su asiento para abrir la puerta y franquear el paso a Michelle, la cual se detuvo un instante para respirar el aire fresco, empapado de Mediterráneo y retama. Mientras ella se sentaba en el vehículo, Tim hablaba con el conductor del automóvil que habría de quedarse con el avión, explicándole que no había habido problemas que requiriesen atención inmediata. Una vez entregado el informe de vuelo al mecánico subió al coche y, poniéndolo en marcha tras ajustarse las gafas de sol, pisó el acelerador rumbo al exterior del aeropuerto.

—¿Conoces Croacia? —preguntó Tim mientras se abría la valla que les permitía abandonar el recinto aeroportuario. En realidad estaba deseando hacerle mil preguntas sobre su experiencia a través del tiempo, pero le pareció poco adecuado darle a su escapada un carácter tan patronal. Tiempo tendría de saciar su curiosidad una vez satisfechos otro tipo de instintos.

—Estuve en Dubrovnik hace unos años —replicó Michelle, evitando dar detalles de su primera toma de contacto con la costa de Dalmacia—. Me encantó —mintió. Su acompañante había estado más pendiente de situar escenarios de series televisivas que de ella.

—No me extraña. Es uno de los pocos sitios en Europa en los que puede uno perderse entre un millar de islas.

Michelle asintió, divertida. Estaba segura de que esa visita iba a ser bastante más amena que su primer viaje bajo la agobiante presión horaria de uno de los muchos cruceros que recalaban en la Perla del Adriático. Y ahora entraba en un lujoso puerto deportivo, subida en un

potente coche conducido por el hombre por el cual había sido capaz de dar el más alocado de los movimientos hacia lo desconocido: un salto hacia atrás en el tiempo sin tener más garantía que la vaga palabra de un grupo de científicos que lo más que podían asegurar era que, en teoría, su salto no tendría ningún problema. Solo en teoría.

Quizás algún día, cuando la tecnología que estaban desarrollando se hallase implantada, pudiera ser reconocida como la primera viajera en el tiempo, aunque solo hubiese recorrido una hora para poder comprar champán con el que poder festejar el éxito del apresurado experimento. Pese a que todavía quedaba mucho por investigar, el prototipo había satisfecho a Tim y fue enviado tan rápidamente como le fue posible a la dirección que se le facilitó. Y luego, a sabiendas de que en el laboratorio se trabajaba a toda prisa para producir la tecnología temporal con las debidas garantías y con una base científica a prueba de los más avezados críticos que pudieran surgir una vez fuera presentada, Tim le sugirió una escapada a la costa dalmata. Suponía que sabría que su presencia era necesaria en el laboratorio, pero era imposible sustraerse a los deseos de Tim Gottlieb. Se preguntaba hasta dónde sería capaz de llegar por complacerle mientras abordaba el coqueto yate que les esperaba en el puerto deportivo. Una vez a bordo, levantó la vista para empaparse del paisaje. El choque visual que producían las islas color verde esmeralda con las costas continentales, casi blancas y salpicadas por unos pocos arbustos que parecían envidiar la exuberancia con la que crecían los pinos en las islas que se encontraban apenas un par de kilómetros mar adentro, le proporcionó una relajación tal que decidió no volver a pensar en los proyectos del SIT y sentarse en uno de los sillones del salón del yate mientras Tim ultimaba los preparativos para su partida y los operarios subían a bordo las escasas pertenencias que habían llevado junto a algunos víveres para la travesía. Michelle desconocía cuanto tiempo iba a durar esta, pero dedujo que no habían cargado víveres como para mucho tiempo.

—Nos vamos —anunció Tim, sonriendo hacia el interior del yate desde la terraza de popa—. Ponte cómoda. Yo iré a la cubierta superior para sacar de aquí este cascarón de huevo.

Michelle lo hubiera besado apasionadamente ese mismo instante, pero Tim desapareció por la escalera que conducía al puente superior antes de que pudiera darle alcance. Se dirigió al camarote principal donde habían colocado el equipaje de los dos, suponiendo que compartirían la cama que encajaba contra la proa del barco que empezaba a moverse. Abrió su maleta, depositada cuidadosamente en uno de los armarios y deshizo varias capas de ropa hasta que encontró algo más veraniego. Se desnudó mientras el barco ganaba velocidad al salir del puerto y se contempló en un espejo de cuerpo entero. Se preguntaba cómo había llegado hasta esa situación en la que su jefe la había invitado a su retiro particular en una de las más exclusivas islas del Adriático con la orden de no llevar apenas equipaje. En algún momento se sintió abrumada por la seguridad con la que Tim la había llevado hasta ese barco, pero... ¿No era eso acaso lo que había esperado?

Se puso un traje de baño blanco de dos piezas complementado con un pareo y una pamelita a juego y, tras volver a ponerse sus gafas de sol y unas sandalias, salió del camarote dispuesta a encontrarse con Tim en la cubierta superior. Lo encontró mirando al infinito, con el viento haciendo ondear sus rubios cabellos. No hizo falta penetrar mucho en las personalidades humanas para darse cuenta de que estaba disfrutando de esa travesía y del aire coqueteando con su rostro mientras sostenía el timón con mano firme. Se quedó contemplándole durante un segundo desde la escalera, sin atreverse a romper la magia del momento. Cuando por fin decidió hacer acto de presencia en el puente, la combinación del fuerte viento que generaba el movimiento del barco y la envergadura de su sombrero provocó que este abandonase su cabeza y decidiera permanecer en el aire por un segundo mientras el barco proseguía su carrera, para caer luego lánguidamente sobre el mar que, salvo por la estela de la embarcación, parecía un plato de aceite color azul

cobalto. Michelle no pudo reprimir un grito que hizo que Tim reparase en su presencia.

–¿Ha pasado algo? –preguntó sonriente, girando la cabeza hacia donde ella, mirando hacia atrás, seguía su sombrero con la vista.

–¡Mi sombrero! ¡Se lo ha llevado el viento!

Tim no ocultó una carcajada. Parecía divertido.

–¿Nadie te ha dicho que los sombreros de ala ancha se llevan fatal con los viajes en yate?

–No, señor Gottlieb. Lo único que me dijo es que no llevase más equipaje que lo puesto.

–Como me vuelvas a llamar señor Gottlieb, vas a seguir el mismo camino que el sombrero –dejó caer Tim la amenaza con un marcado acento jocoso mientras se preparaba para imprimir al timón un giro repentino–. ¡Agárrate! –exclamó, divertido.

Una vez comprobó que ella estaba sujeta a la barandilla de la escalera, Tim cerró el giro para imprimir a su nave un cambio de sentido. Una vez enderezado, redujo la marcha hasta que quedó parado, quieto en medio de una inmensidad azul en la que solo unas islas verdes parecían surgir del mar con el único motivo de interrumpir la total quietud de su superficie. Una vez se detuvo el barco, Tim se despojó de su camisa blanca y sus zapatos de lona para, tras dedicarle una de sus mejores sonrisas a Michelle, saltar por la borda como solo un atleta sería capaz de hacerlo. Describió un arco en el aire y tras un corto vuelo en el que consiguió ponerse vertical, rompió la superficie del mar sin apenas perturbarla, zambulléndose en su seno en total armonía con el entorno; sin producir turbulencia alguna que rompiera el espejo de la superficie marina. Michelle vio a poca distancia de la zona donde se había clavado Tim, su blanco sombrero meciéndose suavemente entre las débiles ondulaciones del mar.

Tras un instante de silencio, un estallido de burbujas precedió la irrupción de Tim desde el fondo del mar al lado del sombrero. Con mucho cuidado, lo cogió y lo agitó en el aire a modo de saludo mientras no dejaba de sonreír. A Michelle en ese momento, uno de los personajes más influyentes del mundo le pareció un chico travieso, y sintió cómo una oleada de deseo la recorría de los pies a la cabeza. Supo a ciencia cierta que a partir de ese momento, entre otras cosas, le costaría horrores volver a tratarlo como señor Gottlieb. Con alborozo, bajó la escalera que acababa de subir para llegar a la plataforma trasera del yate por la que, chorreando agua salada, subía Tim sujetando su salado sombrero con la boca.

–Ahora no tendré más remedio que cambiarme yo también de ropa –dijo Tim una vez en cubierta, señalando el reguero de mar que había dejado tras de sí.

Sin embargo, Michelle no contestó, sino que con una decisión de la que se sorprendió, se dirigió hacia él, inflamada. Rodeó su cuello con sus largos brazos y comenzó a besarle con fogosidad tras lo cual, cruzando sus miradas, pudo leer sin apenas esfuerzo la pasión que le consumía. No tardó en empezar a despojar a Tim de sus ropas mojadas, muy despacio, consciente de que el tiempo no era un problema sino un poderoso aliado que les protegía de la interferencia del resto del universo. Su carísimo y tan cuidadosamente escogido traje de baño resbaló por su cuerpo, guiado por las manos de él. A Michelle, las mismas manos que dominaban con extraordinaria firmeza tanto un avión como un yate, le parecieron suaves al tacto y buscó con ahínco la forma más rápida de llegar a la piel de Tim, terminando de librarle del peso de sus ropas que, empapadas del Mediterráneo, conferían su olor salado a la madera que cubría el piso de la cubierta.

Michelle se sentía subyugada por la caricia del sol sobre su piel y, mientras abandonaba su consciencia entre la vorágine, se consideró incapaz de distinguir el calor solar de la abrasadora presencia de Tim Gottlieb que sentía cada vez con más fuerza; cuando la respiración de este acercaba su pecho al de ella. El piso de la cubierta les acogió con calidez cuando se dejaron caer,

fundidos uno en los brazos del otro; atrapados ambos entre sus propias ansias largo tiempo contenidas que llevaron a los dos amantes a sumergirse en un manantial rebosante de un deseo que amenazaba con retenerlos eternamente y contra el cual no mostraron resistencia alguna. Perdieron la consciencia de pertenecer a este mundo cuando con ternura se acoplaron en una unión que parecía no tener fin, asiéndose uno al otro con el mismo arrebató con el que un náufrago apresa una tabla que salvadora le permitiera sobrevivir a la tormenta perfecta que ya había hundido su barco eones atrás. Michelle se sentía embrujada, abandonada entre jadeos al placer que le producían las acometidas de Tim. Como respondiendo a una llamada ancestral que la arrastraba hacia la cubierta del barco que se mecía melosamente desde aquel rincón del universo reservado a aquellos que se entregan a la pasión sin ambages, pudo advertir cómo Tim contraía sus manos sobre su espalda mientras sentía cómo su interior se colmaba con la calidez de la pasión. Ella, a su vez, se dejó ir una vez más y así, ambos elevados por un instante por encima de la azul quietud del Mediterráneo que de manera tan dulce les había seducido, liberados ambos de mundanas ataduras e impermeables a todos los males terrenales que pudieran distraerles del goce mutuo, quedaron abrazados sobre la cubierta entre jadeos y suspiros apagados mientras se acariciaban con infinita ternura.

Permanecieron así un tiempo que no fue necesario medir, recreándose los sentidos de cada uno de ellos en saciarse del otro mientras durase el bienaventurado hechizo que los fusionaba. Nunca supieron que fue lo que les devolvió a la densa consciencia terrenal a la que ambos inconscientemente juraron no volver jamás en pleno éxtasis, pero con la complicidad que concedía el saberse de vuelta del paraíso, Tim sonrió mientras con dulzura apartaba un mechón de pelo que pendía insolente del rostro de Michelle. Ella, a su vez, le besó con dulzura, haciendo un esfuerzo ímprobo por desasirse de su abrazo y dirigirse hacia la escalerilla por la que había salido Tim del agua hacía lo que ahora le parecía una eternidad, dispuesta a zambullirse en el mar que tan felizmente les había agasajado en su unión.

—¿No vienes a darte un baño? —preguntó Michelle sintiendo el ácido contraste del frescor del agua acariciando su cuerpo.

—No. Alguien debe quedarse en el barco para que no quede a la deriva.

—¿En serio? ¿Y antes, cuando saltaste?

—Estabas tú a bordo.

—Pero yo no sé pilotar un barco.

—No me vengas ahora con modestias. Sé que has sido capaz de realizar proezas bastante más difíciles hace bien poco —contestó Tim con un deje de admiración mientras se dirigía al interior del yate—. Sabía que podías hacerlo por entonces y he sabido que también eras capaz de haber dirigido el barco si te lo hubieses propuesto.

Tim regresó a la cubierta ataviado con unas bermudas y una camiseta al mismo tiempo que Michelle salía del mar tan esplendorosa como lo haría una sirena y allí, mecidos una vez más por el mar con más historia del planeta, se besaron largamente antes de reconocer que tras haberse saciado uno del otro, eran ahora los estómagos los que pedían ser satisfechos. Tim se puso a los mandos, esta vez en el interior del yate, para llevar el barco hasta una cala sosegada en la que poder estar tranquilos. Para ello, la costa dálmata ofrece innumerables parajes en los que echar el ancla y olvidarse del mundanal ruido; y no tardó mucho en encontrar un lugar para fondear.

Tim descendió hasta la cocina donde, para regocijo de Michelle, se puso un delantal y acometió los fogones con la misma determinación de la que hacía gala en otros muchos aspectos de su vida. No tardó mucho en rodearse de cucharas de madera y frascos de especias alrededor de un par de sartenes en las que comenzó a preparar unos champiñones con una mezcla de quesos y

unos *scampi*. Un olor delicioso inundo el interior del yate pese a que el extractor trabajaba a plena potencia. Michelle se dio cuenta entonces de que tenía más hambre de la que hubiera imaginado cuando la comida fue servida en la mesa de la cubierta posterior, acompañada de una botella de lambrusco. Comieron abundantemente, rodeados de un silencio abrumador roto por las chicharras que, ocultas entre las ramas de los pinos de la isla que les daba cobijo, se empeñaban en hacerse oír por encima del tenue rumor de las pequeñas olas que lamían el casco del barco.

Entre sonrisas y conversaciones intrascendentes, los dos amantes comieron y bebieron hasta que, de repente, Tim se quedó mirando fijamente a Michelle.

–¿Qué pasa? –preguntó ella, volviendo a sentir la llamada del deseo.

–Me había propuesto no hablar de temas laborales, pero no puedo pasar por alto el hecho de que has sido la primera persona en realizar un viaje en el tiempo y no puedo dejar de preguntarme qué se siente.

Michelle sonrió mientras acarició la nuca de Tim. No había nada de malo en ello, habida cuenta de que tenía razón. Si hubiera sido al contrario, ella habría estado tentada de hacer la misma pregunta.

–En realidad, nada espectacular –contestó Michelle con cierta dosis de humildad–. Tan solo algo parecido a un flash casi líquido pero muy denso tras el cual me encontré en medio de una sala vacía –hizo una pequeña pausa recordando el instante–. No sentí miedo porque supe que mis compañeros en ese momento estaban *conmigo* en la sala de reuniones y me fui a comprar el champán que había prometido a mi equipo si el experimento funcionaba.

–¿Y qué hubiera pasado si hubieras permanecido en el laboratorio? ¿Te habrías *visto entrar conmigo*?

–No lo sé –respondió al fin tras meditar su respuesta mirando al infinito. Tim pudo observar una nube de tristeza en su actitud–. No se me ocurrió pensar en ese tipo de paradojas.

–Pusiste tu vida en peligro.

–¿Y qué investigador no la pone alguna vez? –replicó ella forzando un rictus que intentaba parecer despreocupado y quitando importancia a su acción–. Sin riesgo no hay recompensa. Deberías saberlo.

–Claro, pero... ¿No hay manera de saber si el experimento ha dado resultado... desde aquí? –Tim fue consciente de lo complicado de la pregunta que, dado lo extraño de la materia que trataban, no se materializaba en su mente–. Quiero decir... ¿No hubo algún indicio de que se ha realizado el salto en el tiempo antes de que aparecieras con el champán en la mano?

En realidad, pese a dar la impresión de que la inclusión del tema era casual, era la pregunta que tenía pensado hacer a Michelle desde hacía algo más de un mes, cuando tuvo que disolverse la última reunión de la Sociedad Thule sin noticias de éxito de la empresa que tanto esfuerzo había costado aprobar.

Los contactos de la Sociedad en el Pentágono confirmaron de una forma estrictamente confidencial que un bombardero B-2 había desaparecido sin dejar más rastro que un trueno poco después de despegar de su base en Whiteman, Missouri. Tim confirmó a sus compañeros que tal evento era parte del proyecto Bifrost, pero no disponía de más información. No había forma de saber si el B-2 había llegado entero a Alemania o si se había desvanecido sin más. Las preguntas de sus compañeros en Thule le llovían, pero él no tenía ni una sola respuesta. No sabía si el efecto era inmediato o si con el salto temporal solo había generado algo parecido a un universo paralelo en el que si Alemania ganaba la Segunda Guerra Mundial no les afectaría en absoluto.

–Ahora estamos abriendo varios frentes de investigación, y uno de ellos es un extraño efecto muy característico que se produce en la espuma cuántica^[26] cuando se realiza un salto hacia

atrás en el tiempo –respondió Michelle sin ocultar que el tema difería ligeramente de su ideal de escapada romántica que tan bien había comenzado.

–Espero que no te importe si te digo que desconozco de lo que hablas. Mi especialidad son las finanzas, pero tengo curiosidad por saber cómo van los proyectos en los que invierto y –simuló parecer cohibido mientras tomaba la mano de Michelle. Sus dedos largos y delicados le parecieron cálidos y hechos para acariciar– además me preocupa que el salto te haya dejado secuelas.

La expresión de Michelle pareció suavizarse tras la demostración de sensibilidad que tan creíblemente había ejecutado, y Tim no desaprovechó la oportunidad para seguir con su interrogatorio.

–¿Y qué más proyectos tenéis en marcha? –decidió que quizás era positivo desviar la atención sobre el tema que le preocupaba. Había invertido parte de su fortuna en apostar fuerte por Bifrost y debía ofrecer algo a sus compañeros de Thule, sin importar que fuera una buena o mala noticia; pero en cualquier caso, algo distinto de la total falta de información que tenían en ese momento.

–Creo que esto te va a gustar –cruzó las piernas con picardía intentando llevar a Tim a su terreno–. De una forma similar a la que se anulan con antimateria los bosones de Löwe encargados de crear el campo temporal que nos envuelve, estamos cerca de encontrar el antibosón de Higgs; lo que nos permitirá anular la masa de los objetos.

–Lo dices como si fuera algo importante –respondió Tim con el mismo brillo en los ojos que tenía cuando se le presentaba una excelente oportunidad de negocio. No era un experto en física cuántica, pero era capaz de saber cuándo la noticia era explotable económicamente; y su olfato le decía que esa valía su peso en oro unas cuantas veces.

–Lo es –Michelle se sentía algo más animada viendo la respuesta de Tim–. Piensa que sin masa no hay inercia. Los objetos podían moverse instantáneamente desde el reposo a cualquier velocidad y viceversa, incluyendo la velocidad de la luz. Sin masa, no hay límite físico para que un objeto la traspase.

A Tim le pareció un excelente dato que desconocía cómo no le había sido comunicada por los cauces habituales. Supuso que era porque había decidido pasar unos románticos días en compañía de *los cauces habituales*, pero tomó nota mentalmente de que debería ampliar ese tema en cuanto pudiera. Ahora su preocupación era la de dar a Thule algún dato que anulase el total vacío informativo que adornaba todo lo referente al proyecto Bifrost. Decidió reconducir la conversación hacia donde le interesaba.

–Supongo que en este caso no harán falta experimentos sin red.

–No. En este caso, todo es más fácil. Si un objeto se desplaza a la velocidad de la luz, es que habremos logrado nuestro objetivo.

–Está bien. Pero quiero que, dentro de la investigación sobre translocaciones temporales incluyas la búsqueda urgente de un mecanismo por el cual sea posible ver si el salto en el tiempo se ha producido y, si es posible, determinar el mecanismo por el cual el pasado con el objeto traslocado se encuentra con el presente. Tuvimos que esperar una hora, pero quiero saber si es necesario esperar diez años para saber si un salto hacia atrás de una década ha sido efectivo.

Michelle asintió, sintiéndose de repente en un viaje de negocios.

–Está bien, señor Gottlieb.

–¿Cómo? ¿Señor Gottlieb otra vez? ¿Recuerdas que te dije antes que te pasaría si me volvías a llamar así? –Tim soltó una carcajada juguetona mientras se levantó de la mesa en dirección a Michelle para levantarla en vilo mientras se dirigía hacia el mar con ella en brazos y sintiendo

inflamarse el deseo dentro de él.

Capítulo 15

En el desierto, Diane y Keith llevaban varios días en alerta constante. Hacía tiempo que cayeron en la cuenta de que mantener su existencia en secreto iba a ser más difícil de lo que habían pensado. Tras el incidente inicial que tan expeditivamente había resuelto Diane, se pusieron de acuerdo en que acabar con la escasa población local no era la solución, sino el inicio del problema. No debían caer en el error de promover la creación de una leyenda respecto a sitios malditos. Si comenzase a correr un rumor sobre desapariciones de gente que visitaba la zona, podían dar por sentado que en no mucho tiempo alguien con más entidad que un insignificante pastor local montaría un operativo en la zona mucho más difícil de neutralizar. Tenían medios para dispersar y acabar con multitudes, pero ahora que estaban dentro de la misión sabían que en realidad no eran más que fanfarronerías. Sería imposible mantener una oposición numantina si eran atacados por una turba. Quizás pudieran, en efecto, mantenerlos a raya; pero en cualquier caso habrían perdido la discreción que debían mantener.

Keith había propuesto que quizás fuera más eficaz disuadir a los visitantes usando algún tipo de intimidación, pero en seguida se dieron cuenta de que con ello solo evitarían derramar sangre puesto que, si se dedicaban a asustar a los lugareños, pronto correrían por la zona rumores y mitos sobre algo extraño oculto en medio del desierto que estimularía la atracción por lo desconocido. Despertarían de todas formas un interés que no les beneficiaba.

Afortunadamente llevaban varios días sufriendo fuertes tormentas vespertinas casi a diario, lo cual constituía una acción disuasoria mucho más efectiva que sus armas. No habría mucha gente con motivos para adentrarse en un desierto en medio de una tormenta, pero les preocupaba la idea de que esas tormentas favoreciesen la germinación de plantas que pudieran atraer rebaños.

Ninguno de los dos lo hubiera reconocido jamás, pero una sensación de indefensión y desamparo, a la sazón muy parecida al miedo, comenzaba lenta pero inexorablemente a anidar en sus consciencias. Sabían que no podrían mantener mucho el secreto si alguien más aparecía en la pantalla del radar de proximidad. Cada vez que este lanzaba una alarma deseaban con renovado fervor que fuera producida por un jabalí o cualquier otro animal salvaje en lugar de una persona. Tal circunstancia les hacía sentirse ridículos porque habían desarrollado tal recelo a usar las armas que no tenían más remedio que salir a ahuyentar al animal como una vieja, zapatilla en mano. Sabían que la proliferación de cadáveres de animales o de buitres atraídos por estos podría concentrar la atención de miradas curiosas que ya no sabrían cómo reprimir, por lo que tampoco querían abatir animal alguno cerca de la zona de seguridad.

La discreción era su mejor baza, pero no sabían hasta cuando podrían permanecer escondidos sin llamar la atención.

Tampoco sabían ni cómo ni dónde estaba Zach. El receptor de radio seguía guardando silencio. Podría darse la posibilidad de que lo hubieran capturado, lo hubieran asesinado o se hubiera despeñado por un precipicio al poco de dejar su compañía.

En su situación se sentían solos y abandonados. Los dos viajeros del tiempo eran conscientes de que no podrían mantener su situación para siempre y habían llegado a un acuerdo.

Si en dos semanas no tenían noticias de Zach, se plantearían aplicar el protocolo que dictaba terminar la operación Bifrost con una de las dos bombas atómicas que portaba el avión. La dirección de Bifrost era categórica en ese punto: si no podían culminar la misión con éxito,

debían desaparecer sin dejar rastro. De esa forma no quedaría nada de ellos y se convertirían en un misterio sin resolver como otros miles que poblaban el mundo del siglo XXI.

Al poco de llegar a tan atómica y expeditiva conclusión, el radar de proximidad emitió una alerta.

–Espero que sea otro de esos estúpidos jabalíes –escupió Keith.

Capítulo 16

Una vez cruzada la frontera suiza como Jürgen Schneider, arquitecto alemán, todo fue mucho más fácil. Era conocido por Bifrost el hecho de que en la guerra era frecuente el trasiego de ciudadanos alemanes que, en busca del proverbial secreto bancario suizo, usaban sus cuentas y cámaras blindadas como punto seguro donde depositar sus bienes más valiosos y ponerlos a salvo de una guerra que amenazaba con devorar todo. Las autoridades suizas no hacían muchas preguntas a aquellos alemanes que transitaban por su país, y tampoco le fue difícil cambiar una parte del oro y de los diamantes que portaba por *reichmarks* en efectivo. Ni tan siquiera le pusieron dificultades cuando quiso pagar con ellos la compra de un por entonces moderno BMW AMI que haría las delicias de millones de coleccionistas de su tiempo coche ni cuando compró algo de ropa algo más respetable que la que había llevado arrugada en su maletín.

Solo al llegar a Potsdam se decidió a entrar de lleno en su nuevo mundo hecho un manojo de nervios. Dispuesto a realizar una prueba de su nueva identidad, paró su coche y se introdujo en un café en el centro de la ciudad imperial dispuesto a pedir algo caliente para beber y unos pasteles con los que aliviar su maltrecho estómago. La adrenalina que generaba su misión le hacía olvidarse de sus necesidades más vitales. Una vez acabó las excelentes tartas pidió la cuenta al camarero, el cual no se hizo esperar. Zach liquidó la nota y salió del café con cierta premura que no pasó desapercibida ni para el camarero ni para el resto de lugareños.

–Esta gente de Berlín cada vez tiene más prisa –consideró un individuo sentado en una esquina de la barra e inclinándose confidencialmente sobre su vaso de leche–. Y peor educación. Dentro de poco, los caballeros del partido nos llevarán a la ruina.

–Cualquier día, Wilhem, tu lengua te llevará al cadalso –le advirtió el camarero, blandiendo hacia el parroquiano la servilleta con la que acababa de limpiar la mesa que había ocupado el extraño.

Tras colocarse su sombrero, salió de Potsdam para dirigirse a Berlín, capital del Reich y donde habría de afincarse para contactar cuanto antes con las fuerzas vivas del estado. Cuanto antes se quitase la careta y los gobernantes alemanes supieran su verdadera misión, antes podría moverse sin levantar sospechas a cada paso. Los jefes nazis le protegerían, y ya no tendría que pasar malos momentos cada vez que pidiera un café.

Conducía por la carretera junto al Wannsee, uno de los lagos que rodeaban Potsdam, dirigiéndose al corazón del Reich; y no tardó mucho tiempo en llegar a Potsdamer Platz, punto por el cual accedería a Berlín.

Acostumbrado al monumental atasco en el que se habían convertido todas las ciudades en su época, le pareció que había muy pocos coches en una ciudad que debía pasar por una de las mayores urbes europeas. Era algo antes de mediodía y acababa de llegar a una ciudad que bullía de actividad, sin parecer reflejar el hecho de que en realidad era el centro neurálgico de un país en guerra. Aparcó el coche en el primer sitio que quiso, nada más entrar en la ciudad; algo para lo que en el siglo XXI haría falta una importante dosis de suerte.

Y entonces comenzó a hacer algo que no había hecho desde que comenzó su misión allá en los lejanos campos de maíz de Kansas: nada.

Puesto que debía dejarlo abandonado, el sitio donde lo había dejado le parecía tan bueno como cualquier otro y, dado que no tenía otra cosa que hacer, salió de su vehículo tras recoger su bolsa de cuero y perderse entre la multitud. Jamás había estado en Berlín ni en ese ni en ningún

otro tiempo, por lo que decidió disfrutar algo de la ciudad que se movía impávida ante el escenario bélico que se estaba forjando en Europa. No tuvo que callejear mucho para llegar a una gran avenida con un precioso bulevar entre los dos sentidos. Había llegado a *Unter der Linden*, la arteria principal de la capital del Reich. Se paró en la esquina, empapándose del paisaje que sabía no volvería a disfrutar; no porque no pudiera volver a ver la avenida y a sus tilos, sino porque una vez empezase a relacionarse con las personas con las que debía contactar, no habría un momento de descanso en su misión.

Alemania había invadido Polonia en un tiempo récord, aplastando cualquier resistencia con una maquinaria de guerra muy superior a la polaca en cantidad y calidad. Se había dividido el país con Rusia como el que se reparte un pastel y, mientras que el resto de países europeos le había declarado la guerra a Alemania por ello, en realidad nadie había tomado ninguna represalia en concreto. Muy pocos sabían que la inacción de Europa era tan grande que en breve iba a ser de nuevo Alemania la que moviese ficha para atacar Francia con los mismos resultados que Polonia, solo que esta vez no iba a repartírsela con nadie.

No pudo vencer la tentación de sacar furtivamente la cámara de fotos de su bolsa y tomar un par de fotos del ambiente berlinés para poder deleitarse en su vista más tarde. Paseó entre la multitud hasta que se sentó en un banco mirando hacia los tilos que daban nombre a la avenida, sintiéndose importante; anónimo entre la multitud. Aunque tenía el mismo aspecto que un oficinista descansando de su jornada, era la única persona en el mundo que sabía cómo terminaría la aventura bélica de Alemania si no hubiese aparecido él. Todos aquellos berlineses podrían seguir disfrutando de su ciudad porque Zach había recorrido decenas de años con su avión para enseñarle a Alemania el camino de la victoria que la historia habría de negarle. Ninguna de las personas que tranquilamente recorría las calles podía ni tan siquiera pensar que en cinco años, la capital de la que tan orgullosos se sentían y que tan invulnerable pensaban que era, sería atacada, violada, oprobada y triturada por las hordas rusas que, sedientas de odio y venganza e inflamadas por la cercanía de la victoria final, se pasearían por la ciudad con la única resistencia de unos pocos abuelos desahuciados del ejército, reclutados en último momento para servir como carne de cañón. Y él tenía la manera de evitarlo, esperándole junto a un descarnado cerro en un páramo español.

Tras el breve descanso, no le costó mucho alquilar un piso en un edificio muy cerca de la nueva cancillería del Reich, en la Behrenstrasse: lo único que hizo fue preguntar a una portera de otro bloque cercano sobre la posibilidad de alquilar una vivienda en la zona para que, parca en palabras, le diera una referencia. Había esperado que ahora, con un aspecto aseado y pareciendo alguien respetable, la búsqueda de un piso franco en el que basar sus operaciones fuera un juego de niños; pero la mujer le había mirado de arriba a abajo con aire despectivo antes incluso de interesarse por sus necesidades. La portera que alquilaba el apartamento era de hechuras parecidas. Le había parecido curioso cómo ambas parecían tan iguales, con parecidos altivos modales y con una apariencia física tan similar. De acuerdo con alguna normativa estúpida, quizás hiciera falta pasar de una determinada edad y tener el pelo grisáceo recogido en un moño lo más prieto posible para acceder a un puesto de la responsabilidad que requería el cuidar de la portería de un edificio en el centro de Berlín.

Tan solo estaba interesado en encontrar cuanto antes un piso cerca del centro neurálgico del Reich, con buenas vistas sobre la zona para poder vigilar el terreno y con rincones que le pudieran dar la posibilidad de guardar sus pertenencias lejos de eventuales miradas indiscretas. El piso que la vetusta portera le había mostrado le satisfizo y así se lo hizo saber a la mujer que con cierta dosis de desgana se lo había mostrado. Parecía ser inmune al buen humor que Zach

destilaba.

–Primer mes por adelantado –graznó la anciana. Como toda respuesta, se le extendió un billete de cincuenta reichmarks que desapareció con rapidez bajo una desgastada gabardina.

Zach no se atrevió a pedirle un sencillo recibo, pero prefirió no exigir algo que desconocía si existía y que no tenía a quien presentar, así que forzó una de sus mejores sonrisas para sellar su compromiso. Si todo iba bien, no necesitaría estar en el piso franco más de un par de semanas.

La señora abandonó el piso en silencio, sin despedirse y sin cerrar la puerta; cosa que hizo Zach en cuanto la bruja desapareció escaleras abajo. Una vez en el apartamento se quitó el gabán y lo depositó en el respaldo de un vetusto sofá marrón oscuro, único mueble en todo el salón.

Comenzó a examinar el piso, inspeccionando los escondrijos que había observado en su visita con la portera del edificio. Comprobó satisfecho que el armario empotrado del único dormitorio tenía dentro una tablilla suelta del mismo color que el fondo y que, colocada de la manera apropiada, podía fabricar un doble fondo excelente y difícilmente perceptible. Era posible que el constructor ya había previsto tal eventualidad al diseñarlo, y él no tenía intención de desperdiciar tal recoveco. Fue al salón a buscar su cartera y la llevó al dormitorio, depositándola con cuidado encima de la cama. La abrió y separó todo aquello que debía dejar en su recién creado espacio secreto, donde guardó varios diamantes y pepitas de oro que todavía portaba, dinero en efectivo, el arma con su munición, el walkie talkie que tan buen servicio le había dado como grabador y la cámara de fotos. Estos últimos objetos tuvieron que ser guardados a conciencia puesto que eran lo último que debía descubrirse dado que no tendría cómo justificar su uso en caso de ser encontrado.

Retiró de su valija la documentación falsa, colocó la plancha de madera cerrando el hueco y se separó un par de pasos hacia atrás, comprobando su camuflaje. Si bien era perfecto, al armario le faltaba algo para servir como tapadera; y era algo de ropa. Se mostraba desangeladamente vacío, lo que atraía la atención nada más verlo. Era hora de salir de compras y se dirigió al salón a recoger su gabán. Apenas se lo enfundó y colocado sus papeles en el bolsillo interior cuando sonaron unos golpes en la puerta. Nadie salvo la portera sabía de su existencia en aquel lugar, por lo que se relajó pensando que no podía ser otra persona que aquella vieja que tan malas vibraciones desprendía.

–¿Si? –preguntó Zach.

–¡Gestapo! ¡Abra la puerta! –ordenó una voz desde el descansillo. No parecía dar opción a respuesta negativa, por lo que Zach hizo en seguida lo que se le pedía maldiciendo su mala suerte. Si era la *Gestapo*, aquello no podían ser más que problemas.

Al abrir la entrada al apartamento, no pudo evitar que se le helase la sangre en las venas. Al igual que todos sus camaradas del Movimiento, sentía una notable atracción hacia la *Gestapo* y las SS, los cuerpos de seguridad del Tercer Reich; pero ahora que tenía delante de sí a una pareja de auténticos policías secretas del estado enfundados en largos abrigos de cuero negro y con idénticos sombreros caídos sobre una mirada implacable, no albergaba los sentimientos de camaradería hacia ellos que hubiera esperado sentir. La *Gestapo* sabía que su presencia infundía terror y se aprovechaban con maestría de esa ventaja.

Tras los guardias, la repugnante portera se parapetaba entre los abrigos de cuero como un pez payaso entre los tentáculos de una anémona, sabiéndose inmune a su veneno pero dispuesta a alimentarse de los restos que dejasen los de la *Gestapo*.

–Ahí lo tienen, agentes –extendió un dedo nudoso como un sarmiento entre los dos guardias, señalándolo–. Es un tipo bien raro. No saluda como un buen ciudadano.

–Está bien señora. Puede dejarnos solos. Ya nos encargamos nosotros –dijo uno de ellos.

La portera pareció hacer oídos sordos a la indirecta del policía.

–¿No ha oído? –ladró el otro guardia sin dignarse a mirarla–. ¿No tiene que sacar brillo a alguna barandilla por ahí?

La mujer tuvo que retirarse mascullando, sin molestarse en ocultar su fastidio. Le encantaban los espectáculos de la *Gestapo* y no le apetecía perder su privilegiada posición para verlo. Todavía podría esconderse algo más abajo, pero se perdería su parte favorita del show, a la sazón cuando el interrogado se venía abajo y se hundía. Todos lo hacían. En realidad, ese circo era la razón de ser de Angelica Schweitzer: el motivo por el que había decidido dedicar su vida a ser guardiana de rellanos de edificios como lo había sido su pariente antes que ella.

Su hermana Judith había sido la portera titular del edificio desde su construcción hacía ya un par de décadas. Sin embargo, un desgraciado accidente sucedido mientras tendía ropa en la terraza del cuchitril que ocupaba en la finca le hizo caer e impactar brutalmente contra una silla de hierro colado que el buen gusto decorativo del dueño del patio interior había tenido a bien colocar frente a una mesa. Angelica solicitó el puesto de su hermana al momento, mirando de reojo el espinazo de su hermana todavía asomando por una fractura abierta en su costado. Ante tamaña frialdad, nadie se atrevió a negarse, deseando que se diera carpetazo al desagradable accidente cuanto antes.

Ahora ella era dueña y señora del rellano del edificio. Al menos hasta que los dos señores del gabán de cuero negro la despidieron de sus dominios. Les había saludado con tal ímpetu que les hizo dar un respingo cuando llegaron tras su llamada, pero en realidad los odiaba. No hacía mucho saludaba con igual efusividad a los miembros de la célula comunista de Berlín a la que pertenecía, pero poco le importaba el color de la bandera para defenderla. Gritaba ahora “Heil Hitler” con tanta exaltación como la que antes chillaba “Frente Rojo”, e igual enardecimiento habría mostrado de tener que lanzar loas al sultán de Arabia.

Los imberbes que habían venido a investigar al nuevo vecino bajo su requerimiento no parecían darse cuenta de que la persona que los había llamado merecía un puesto privilegiado en su detención y no la oscura esquina del rellano desde la que podía oír lo que se cocía arriba pero no ver cómo los hombres de la *Gestapo* entraban en el piso sin permiso. En realidad, los hombres del sombrero negro caído hacía un lado odiaban a la portera tanto como ella a ellos; sin embargo se necesitaban mutuamente para mantener la estructura de terror del Reich.

–¿Podemos hablar un segundo, señor? –pudo oír la portera a uno de los dos agentes preguntar al inquilino. Ella comenzó a mostrarse contrariada cuando los dos agentes entraron en el piso y cerraron la puerta tras ellos, impidiéndole disfrutar de cualquier chismorreo.

–Mientras tanto, puede ir mostrándome su documentación –exhortó el otro guardia una vez dentro. Temía mostrarse amable con un detenido. Su filosofía, como la de la *Gestapo*, era que todo el mundo era culpable hasta que pudiera demostrarse lo contrario.

–En seguida, señores –Zach intentó parecer tranquilo sin saber si lo estaba consiguiendo. Estaba demasiado nervioso como para intentar controlarse puesto que jamás hubiera supuesto que la implacable *Gestapo* iba a llamar a su puerta nada más llegar. Intentó un movimiento evasivo–. La tengo en mi dormitorio.

–En ese caso le acompañaremos –graznó el policía que parecía mayor.

Zach se dirigió hacia su dormitorio con los dos agentes siguiéndole muy de cerca. Había pensado que podía llegar al armario para buscar su pistola y freír a los dos pájaros de mal agüero, pero le sería imposible hacerlo si no le dejaban un metro para maniobrar. En todo caso, quizás hubiera sido mejor así. No podía saber qué le iba a suceder si acababa a tiros con la vida de los

dos policías. Sería buscado por asesinato y se le cerrarían muchas de las puertas que debía encontrar abiertas.

–¡Perdón! –se detuvo de repente antes de entrar en su dormitorio–. Me acabo de dar cuenta de que llevo la cartera encima.

El capitán se llevó una mano al bolsillo interior de su chaqueta buscando sus documentos. Sin embargo, lo que había intentado fuera una acción inocente fue respondida por el guardia más joven con un fuerte puñetazo dirigido a sus costillas que le hizo caer al suelo sin respiración.

–¡No se te ocurra hacer un movimiento sin que te lo ordenemos, maldito judío! –le abroncó el agente señalándole con un dedo enguantado en cuero negro ante la sorpresa de su compañero mayor el cual, interpretando la rápida y justificada acción del chico, se agachó para examinar qué era lo que el hombre buscaba en el interior de la chaqueta.

Encontró los papeles de Zach mientras este, en el suelo, bregaba por controlar su resuello. El agente los miró con ojos expertos, lo que no hizo sino aumentar el desconcierto del capitán. Sabía que era una falsificación, pero desconocía hasta qué punto podría engañar a la policía secreta del estado, acostumbrada a helar la sangre de aquellos a los que pedía la documentación.

–Así que usted dice ser Jürgen Schneider... –leyó el guardia sin mostrar especial emoción. Parecía que tampoco esperaba respuesta alguna–. Y por lo visto vive en Heidelberg... ¿Qué es lo que te ha traído al corazón del glorioso Reich, maldito piojoso?

Zach se había incorporado y, sin llegar a levantarse, había apoyado su espalda contra la pared del pasillo. Seguía con dificultades para respirar tras el bestial golpe del agente de la *Gestapo* y, entre estertores, pudo comprobar cómo este se dirigía hacia su dormitorio para examinarlo. Esperaba que no encontrase nada mientras trataba de contestar la pregunta que se le había hecho antes de levantar nuevas e impredecibles sospechas.

–Soy arquitecto –pudo al fin contestar entre respiración y respiración.

–¡Vacío! –gritó desde su dormitorio el más joven de los policías que había entrado en su cuarto.

Debía impedir por todos los medios que investigase a fondo su armario, por lo que decidió que quemaría sus opciones. Él también había sido un matón y sabía que lo único que les impresionaba era la mención a sus superiores.

–¿Y qué demonios hace en Berlín un arquitecto en un piso vacío? –preguntó el mayor de los policías, agachándose sobre Zach hasta dejar su rostro de víbora a pocos centímetros del suyo. Algo se le antojaba sospechoso y parecía haber encontrado una excusa para arrancarle la piel a tiras; y no hacía nada por disimular que le encantaría hacerlo ahora mismo para acabar cuanto antes con todo esto.

Zach simuló un ataque de tos con la vana esperanza de alejar ese amenazador rostro de su cara.

–Acabo de llegar a Berlín –pudo por fin contestar a la pregunta–. Tengo que contactar con *herr* Albert Speer para trabajar con él en un proyecto de remodelación de Berlín –. Zach pudo ver cómo las ansias asesinas del policía desaparecían de su mirada. Ahora la preocupación iba a ser acreditar su afirmación.

Debía tener cuidado para justificar su referencia a tan alto cargo en el gobierno. Su sola alusión los había frenado por el momento, pero si llegaban a saber que en realidad, de Albert Speer solo conocía el nombre y poco más, le matarían como a un perro allí mismo. Y la mirada del *Gestapo* que se erguía frente a él cada vez se tornaba más asesina.

En realidad, el policía estaba sopesando hacer caso al instinto cazador que le había llevado a ser el *kriminalobersekretär* Stefan Ziegler en pocos años y que le decía que algo en ese

tipejo no encajaba.

La documentación estaba demasiado intacta; no se correspondía con el aspecto de los miles de papeles que examinaba cada día, envejecidos de tanto ser mostrados a requerimiento. Tampoco su actitud era la típica de un tipo de la clase social que decía ser. Había visto atildados universitarios mearse de miedo encima ante una irrupción domiciliaria de este tipo; y el hombre que había encajado el puñetazo de Hans con relativa facilidad no temblaba de miedo como lo hacían sus interrogados. No era lo que se suponía una actuación rutinaria, lo que podía significar para él un ascenso si encontraba a un agente enemigo a punto de establecerse en el corazón del Reich. Hoy, por un motivo u otro, iba a ser un día glorioso para él.

Todas las porterías de ese barrio eran, por obligación y por devoción, confidentes de la *Gestapo*. La policía secreta exigía información sobre todo aquel que se interesase en instalarse en la zona. Era un sector de muy alto nivel y no podía accederse a una vivienda así como así, sino que cualquier solicitud debía ser examinada con lupa para asegurarse que no era una amenaza contra el *Führer*.

Sin embargo, ese hombre se permitía lanzar veladas amenazas y mantener la mirada del inclemente *kriminalobersekretär*. Estaba seguro de que el tipo mentía; algo se lo advertía dentro de él, pero no podía arriesgarse a no tomar sus referencias en serio. Si detenía a un colaborador de alguien perteneciente al círculo íntimo de Adolf Hitler, su carrera podía acabar en un puesto lleno de chinches en el frente.

Abrió las piernas y puso sus brazos en jarras como solo un agente de la *Gestapo* sabía hacer, y permaneció unos segundos mirando a Zach con una socarrona sonrisa en su rostro.

–¿Así que es usted un colaborador de *herr* Speer? –preguntó el policía mirando a Zach con ojos de víbora experta–. ¿Y cómo es que no hemos sido informados de su presencia, *herr*... –miró de reojo la documentación– Schneider?

Su barbilampiño compañero se apoyó en el marco de la puerta. Sabía que estaban en un punto clave de la visita.

–Lo desconozco –observó Zach, intentando trazar alguna salida airosa al callejón en el que se estaba metiendo. Entrar en detalles protocolarios y administrativos desconocidos podía traerle funestas consecuencias–. Posiblemente mi secretaria lo olvidó.

Su respuesta hizo aflorar lentamente una extraña mueca en el rostro del policía que todavía seguía ante él. A Zach no le gustó nada esa sonrisa suficiente de ganador de póker. En ese instante supo que él había perdido sin tan siquiera mostrar su jugada; analizando su situación a toda prisa buscando un as salvador en la manga.

El *kriminalobersekretär* Ziegler no tenía que buscar ninguna carta ganadora. La partida había finalizado cuando ese cerdo que con tanto desafío osaba encararle se descubrió afirmando que su secretaria había olvidado informar a la *Gestapo* de sus movimientos.

Mentira podrida. Cualquier ciudadano alemán cuyo nivel de vida le permitiese tener una secretaria jamás iría por los edificios del centro preguntando por pisos para alquilar. Eso lo sabía hasta el descerebrado de su compañero Hans, el cual, comprendiendo al instante el significado de la sonrisa de víbora triunfal de su superior se dirigió al infeliz para propinarle un golpe que le enseñase por las bravas que su vida en ese momento valía menos que el contenido de su armario. Sin embargo y para su sorpresa, el sospechoso se puso de pie muy despacio; casi desafiante. Parecía que hubiera tropezado y se atusara el traje intentando recomponer su aspecto como si nada hubiera pasado. Los dos agentes de la *Gestapo* se quedaron sorprendidos. Una de dos: o ese imbécil no sabía qué era la *Gestapo* o se trataba de un loco con ganas de hacerse colgar de una farola. El *kriminalobersekretär* tuvo que admitir la existencia de una tercera posibilidad si esa

manifiesta falta de miedo a su insignia era debida a que, como el propio detenido había explicado antes, en realidad era alguien que había llegado a Berlín para trabajar junto a Albert Speer; lo que podía ser un problema muy gordo si aparecía frente a *herr* Speer con un par de costillas rotas. Decidió por el momento llevar al detenido hasta el cuartel general de la *Gestapo* para dirimir esa cuestión en su terreno, en los sórdidos sótanos del cuartel situado en la Prinz Albrecht Strasse. Intentaría por todos los medios posibles no cargarse a ese insensato por el camino y vigilar que Hans no hiciese una estupidez de similar calibre hasta no estar seguro de la identidad de ese tipo. Pero por Dios que si se trataba de un impostor que le ocupase demasiado tiempo, haría que el desdichado suplicase la muerte cien veces antes de machacarle la campanilla a culatazos. Esa noche no tenía tiempo que perder.

Capítulo 17

Por segunda vez en su vida, curiosamente en el cumplimiento de la misma misión, Zach se encontraba de nuevo en una celda. Esta, pese a ser bastante más limpia que el agujero podrido en el que lo enjaularon en España, tenía una atmósfera mucho más tétrica. Sentado en el suelo con la espalda apoyada en una pared muy fría y con la cabeza reclinada en sus rodillas alzadas, podía oler el miedo que flotaba en un ambiente tan húmedo que el agua rezumaba entre el ladrillo visto que tapizaba los muros de los calabozos. Advertía cómo en algún lado una gota de agua golpeaba el suelo rítmicamente. Una energía negativa, desprendida por el negro empedrado que tapizaba el suelo, se agarraba a lo más profundo de su razón; y lo peor de todo era que no podía eludir el espanto que le producía el lugar, sintiendo cómo se adentraba en su mente y desbaratando sus intentos de mantener la calma en ese momento en el que necesitaba de todo su aplomo para convencer a sus captores de que en realidad era un poderoso aliado para su gobierno. Barajó varias veces la posibilidad de confesar su verdadera misión si las cosas se ponían feas, aun sabiendo que tal proceder era contrario a todas y cada una de las directrices de Bifrost.

Un grito aterrador lejano rompió el tenso ambiente en las celdas, rebotando en las paredes del pasillo como si estas no quisieran saber nada de los sufrimientos humanos. Parecía llegar de muy lejos en la galería, pese a lo cual no había sufrido merma alguna en su carácter desgarrador. Zach levantó la cabeza y por primera vez en su vida, sintió miedo. Un pánico atroz que escarbaba en sus meninges eliminando cualquier atisbo de racionalidad, enfangando sus pensamientos y ralentizando sus esquemas mentales que debían trabajar a toda prisa para conjurar el peligro que le acechaba mientras siguiera en esa celda. No era esa la situación perfecta para contactar con los destinatarios de su mensaje.

No había transcurrido ni un hora desde que abandonó el edificio en el que acababa de alquilar el piso franco bajo la atenta e inquisidora mirada de la portera, aún con gesto enfadado por haber sido separada de donde estaba la acción, como el que niega una travesura demasiado arriesgada a un niño pensando que puede hacerse daño. En la célula comunista en la que militaba antes del ascenso de Hitler al poder sabían jugar al juego del terror institucional. Nadie había inventado nada en el Tercer Reich.

Sin embargo, la comitiva pasó de largo sin hacer ruido hasta meterse en un coche aparcado frente al portal. Los habitantes de Berlín estaban acostumbrados a ese tipo de procesiones en las que un par de tipos ataviados con abrigo de cuero negro se llevaban, por las buenas o por las malas, a un desdichado que desaparecería en los sótanos de la Prinz Albrecht Strasse como si se lo hubiese tragado la tierra para no volver a aparecer jamás.

No tardaron mucho en parar frente a un edificio de estilo neoclásico que no levantaba más de cuatro alturas. Cuando desapareció en sus sótanos en un abrir y cerrar de ojos, supo que había llegado al cuartel general de la *Gestapo* y que como no estuviera muy alerta, su misión y su vida podían acabar en un santiamén. Desde que murió su mujer, su vida había dejado de importarle, pero tenía una misión que cumplir y un futuro que forjar para su familia.

Nada más salir del coche fue empujado hasta una sala de interrogatorios. Si había algo en común a toda la historia de la humanidad y que está por encima de cualquier ideología o religión, era que todas las estancias en las que se interrogaba a los prisioneros tenían siempre el mismo aspecto tétrico; quizás saturado el entorno por los miles de gritos que allí habían pedido clemencia y aceptado cualquier destino con tal de acabar con el viscoso dolor que impregnaba los

cuerpos de los torturados y que salpicaba las paredes. Esa habitación con ásperas paredes de hormigón no era una excepción y ni tan siquiera el olor a desinfectante barato era capaz de eliminar el tufo a muerte y a heces que insidioso subyacía en el ambiente. Una luz cenital mortecina alumbraba a duras penas la estancia en cuyo centro, bajo el exiguo cono de luz, se encontraba una silla de armazón metálico que, recia y marcial, transmitía un duro mensaje: no estaba hecha para tonterías. Aquel que se sentase en ella debía evitar andarse por las ramas para centrarse en lo que sus interrogadores le exigían.

Sin haber mediado apenas palabra desde que salieron del piso franco, le señalaron la silla. Al sentarse en ella, el aire contenido en el asiento acolchado debió salir por un pequeño agujero emitiendo un siseo que fue amenazadoramente audible en la sala. Fue como el ruido de una serpiente que reconociese el rostro de víbora impaciente que ahora mostraba el *kriminalobersekretär* que volvía a erguirse frente a él con los brazos en jarras, dispuesto a retomar la conversación en el punto en el que la dejaron en el piso; solo que esta vez jugaba en su campo.

–Cuéntame otra vez la historia esa sobre Albert Speer –exigió. Su tono de voz no admitía replica–. Si descubro que me mientes, desearás no haberte encontrado con el *kriminalobersekretär* Ziegler –prometió acercando su rostro al de Zach, el cual no pudo reprimir un escalofrío. Sabía que solo tenía dos opciones que le llevarían a la muerte más horrenda que ese tipo pudiese procurarle.

Podía contarle una verdad que nadie creería o una mentira creíble; y no sabía cuál de las dos opciones era la mejor.

–¡Habla, cerdo, o te arranco el ombligo con unas tenazas oxidadas! –le exhortó Hans desde la oscuridad que rodeaba la pequeña zona iluminada en la que se encontraba. El universo de Zach parecía acabarse fuera de la poca luz que había en la celda.

Ziegler levantó una mano hacia su subordinado, ordenándole callar. No estaba dispuesto a maltratar al prisionero hasta que no confirmase su identidad. Pero como esta ofreciese el más mínimo resquicio convertiría al hombre sentado en papilla sanguinolenta.

Zach olfateaba los deseos trituradores de sus captores y temió que pusieran en marcha sus planes para con él sin siquiera darle una oportunidad. Era el momento de mostrar sus cartas, pero el ambiente era tenso, y revelarles su misión –su auténtica misión– podría hacerles perder los nervios hasta el punto de cumplir sus amenazas allí mismo, algo de lo que no le cabía la menor duda.

–Estudié en Heidelberg con *herr* Speer. Y compartí aficiones con él cuando fuimos miembros del mismo club de remo –a Zach, en su situación, le costaba una barbaridad recordar los detalles de la vida de Albert Speer que la documentación de Bifrost le había facilitado y de los que en ese momento dependía su vida–. Hace una semana me pidió que me uniera a su equipo para diseñar el plan urbanístico del Gran Berlín que deberá completarse en 1950. Pueden preguntárselo a él si quieren –Zach recordaba nuevos datos mientras iban fluyendo de su boca. Estaba seguro de poder contar una historia creíble, pero necesitaba incluir datos que, de llegar a oídos de Albert Speer despertasen su curiosidad lo suficiente como para interesarse por él–. Tuve que venir de urgencia para ver los planos que piensa mostrar al *Führer* para convertir Berlín en la capital del Reich de los mil años y que será envidiada por todos una vez acabe la guerra con la que nuestro *Führer* eliminará la basura anti alemana del mundo.

–¿Y a qué es debida tanta urgencia? ¿Insinúas que *herr* Speer no es capaz por sí mismo de contribuir con su trabajo a la grandeza de la Gran Alemania? –preguntó el *kriminalobersekretär* con voz de víbora hambrienta.

–Me he enterado también de que *herr* Speer está a punto de aceptar una invitación por parte del gobierno ruso para que visite Moscú como invitado de Stalin –soltó otro de los datos que poseía–. El sucio bolchevique quedó tan impresionado por el trabajo de *herr* Speer en la Exposición Internacional de París de 1937 que le ha invitado a visitar la Unión Soviética, pero lo que en realidad quiere es secuestrarlo para obligarle a trabajar para su propio beneficio y crear su propio *nuevo Moscú*.

Zach no necesitaba actuar para mostrar desprecio hacia los comunistas. En realidad formaba parte del bando de sus captores y deseaba poder mostrárselo con claridad.

–Maldito mentiroso –murmuró el *kriminalobersekretär* Ziegler mientras su rostro se volvía tan impenetrable como el hormigón de las paredes de la celda–. Te mataré con mis propias manos... ¡Llévatelo a una celda hasta que yo llegue! ¡Módulo C! –rugió a su ayudante. Pese a la amenaza, Zach reconoció la mirada de desconcierto del policía. Había mordido el anzuelo.

El *kriminalobersekretär* se giró sobre sus tacones y abandonó la sala seguido por el vuelo de su capote de cuero negro, pensando que ese desgraciado podía dar gracias a que hoy se encontraba de buen humor ante la cercanía de una noche en compañía de su amada. Si no fuera por ese pequeño detalle, lo habría liquidado allí mismo.

–Parece que quedamos solos tú y yo, maldito bolchevique –remarcó desde detrás de él Hans Lemmers, el beligerante ayudante de Ziegler–. No pienses que he creído ni una sola de tus sucias mentiras, puerco. Puedes dar gracias de que Ziegler esté hoy demasiado blando: si de mí dependiera, te molía a palos.

Y lo asió de los hombros para levantarlo de su silla. Usó el cañón de su arma para hacerle andar por oscuros pasillos hasta llegar a la mazmorra en la que ahora se encontraba. Por su aspecto pudo determinar que parecía algo más nueva que las que había dejado atrás en otros pasillos, lo que le hizo conservar esperanzas de que la *Gestapo* hubiera creído su historia al menos en parte y en previsión le había recluido en una nueva. Ello no evitó, sin embargo, que Hans propinase un fuerte empujón a Zach para hacerle entrar en su celda. Su suerte ya estaba echada y nada de lo que pudiera hacer ahora serviría para cambiar su destino.

Por diferentes motivos, la espera se le hacía especialmente espesa al *kriminalobersekretär* en el cuerpo de guardia. No estaba acostumbrado a tener que lidiar con prisioneros que pareciesen tan seguros de su posición. Su historial de detenciones era tan enjundioso como abultado, y podía vanagloriarse de que todos sus detenidos habían sido condenados a muerte. Su lucha contra los enemigos internos del Reich, tan numerosos y peligrosos como las hordas judías contra las que combatía la *Wehrmacht*, le había convertido en una máquina de encontrar culpables tan infalible como implacable, sin importarle en absoluto a quien tuviera que parar los pies.

Había visto auténticas eminencias mearse en los pantalones cuando, ataviado con su abrigo de cuero y su sombrero negro caído hacia un lado, había ido de madrugada a cazar víctimas a los barrios ricos de Berlín. Por muy alta que fuese la clase social del detenido, como mucho tardaban dos minutos en derrumbarse; por lo general en cuanto se le exponían los cargos. No había más que decir que su criada le había denunciado por proferir consignas derrotistas para que a cualquier pez gordo empezasen a temblarle las rodillas. Sin embargo, ese tipo los había recibido con el mismo gesto que a un comercial de quesos; sin inmutarse. Y más tarde, pese a la violencia de Hans, a las evidencias que le hizo ver y a las amenazas que le lanzó; en ningún momento bajó la mirada. Incluso le había parecido que los escrutaba con un deje de curiosidad, como si el poder de la *Gestapo* no fuera lo suficientemente conocido y temido en Alemania.

Algo tenía el hombre que la portera había denunciado con una simple llamada al cuartel

general. Pero una vez estuvo frente a él, como que se llamaba Stefan Ziegler que por vez primera había creído las excusas de un detenido. Tanto que había decidido darle una oportunidad de la que ahora se estaba arrepintiendo. Y lo que era peor... Había insistido en corroborar la coartada de un sospechoso con lo fácil que era para él despacharlo por la vía rápida. Había intentado por todos los medios verificar la información que el tipo que decía llamarse Jürgen Schneider le había facilitado, quizás demasiado reservada como para que ni tan siquiera un espía pudiera saberlo... ¡El maldito cerdo había intentado hacerle creer que podía aconsejar a una persona respetable como *herr* Speer!

Desde el cuerpo de guardia había intentado hablar con el arquitecto del Reich que había construido las más magníficas obras que por orden del mismo Hitler comenzaban a engrandecer el espíritu de la Gran Alemania; pero hablar con alguien perteneciente al círculo íntimo del *Führer* no era tarea fácil. Llamó incluso a la cancillería del Reich, desde donde le habían llegado a sugerir que si no era capaz de distinguir a un farsante que fuera capaz de inventarse tal historia, mejor sería que se dedicase a perseguir rateros de poca monta en los barrios bajos. Cada minuto que pasaba se arrepentía más de haberse metido en un embrollo en lugar de habérselo cargado sumarísimamente.

Bien podía alegarse que el tipo encarcelado en los sótanos de la Prinz Albrecht Strasse era un espía que de alguna manera hubiera conseguido esos datos y que, a sueldo del bolchevique, intentase socavar los cimientos del Reich desde dentro; pero lo que intentaba ese hombre de una forma muy convincente era salvar la vida del arquitecto.

—¿De dónde ha sacado ese individuo eso de que *herr* Speer ha sido invitado por el gobierno de Moscú? —preguntó desde su despacho la secretaria de Albert Speer, a la sazón situado en la misma calle en la que el sospechoso había intentado alquilar un apartamento—. Estoy al tanto de los movimientos de *herr* Speer y no hay nada de eso. Estoy segura.

—La *Gestapo* lo desconoce, señorita; pero en mi afán de salvaguardar la seguridad del Reich, he creído conveniente contrastar esta información —el *kriminalobersekretär* se guardó muy mucho de revelar que en realidad esos datos procedían de un tipo confinado en las celdas.

—¿Cómo debo dirigirme a usted, *herr*...?

—*Kriminalobersekretär* Ziegler —se maldijo por revelar su nombre y su rango. Pese a todo, no facilitó más información a la secretaria del arquitecto. Su negativa había sido tan contundente que no creyó necesario ampliar el desliz añadiendo que lo que en realidad había llegado a sus oídos era que el arquitecto iba a ser secuestrado en ese viaje que resultó ser ficticio.

No se encontraba cómodo en la situación en la que se había colocado. Hasta ahora, era él quien llevaba la voz cantante en las investigaciones sin que nadie le dijera lo que tenía que hacer y con quién. Lo único que diferenciaba este caso de los demás era que necesitaba acabar con él cuanto antes para dedicarse en cuerpo y alma a la excitante noche que le esperaba. Creyó que la forma más expeditiva de acabar su trabajo era que ese arquitecto reconociese al detenido para poder soltarlo sin más, pero ahora resultaba que parecía que no había hecho más que soltar una sarta de mentiras. Pensamientos homicidas cruzaron su mente acompañados de una ingente cantidad de dolor. Ese hombre lamentaría haberle engañado.

—En ese caso, *kriminalobersekretär* Ziegler, haré llegar a *herr* Speer su advertencia en cuanto llegue —concluyó la secretaria tras anotar los datos que se le facilitaban. El temible *Gestapo* se acababa de ver involucrado en un proceso de incierto resultado tan rápidamente que no había sido capaz de preverlo y que podía llevarle tanto a un ascenso como a su degradación—. Seguro que está deseando hablar con usted... ¿Puede *herr* Speer preguntar por *herr* Ziegler?

—Por supuesto —¿qué otra cosa podía decir?—. ¡Heil Hitler!

Colgó el teléfono sin esperar saludo de vuelta. Sabía que en determinados círculos, el saludo hitleriano no era tan obligatorio como en los que él se solía mover. Se sentía desconcertado porque todo apuntaba a que había sostenido la postura menos indicada al dar pábulo a las afirmaciones del detenido. Ahora, la opción más rápida era liquidar a ese espía cuanto antes y echar tierra sobre él. Mucha tierra; ahora que estaba implicada la secretaria de *herr* Speer. No podía sino esperar acontecimientos y, en caso de que alguien lo requiriese, redactar informes en los que declarase no saber nada de nadie que dijera conocer a *herr* Speer salvo vagas frases que el sospechoso dijo en el momento de su detención y que por puro formulismo creyó conveniente contrastar. Tenía que andarse con pies de plomo ahora que se había complicado lo que había comenzado como una detención rutinaria. Creer las patrañas de un detenido... ¿Cuándo la *Gestapo* había creído los desesperados pretextos que solían alegar los detenidos?

Intentó ocultar su turbación y resolvió acabar con el prisionero cuanto antes. Debía silenciar a Hans y hacer desaparecer al tipo con sigilo puesto que necesitaba acabar pronto.

Esperaba que Hans no hubiera desatado contra él su furia. La bisonñez de su compañero podía haberle dado pie a ensañarse con el prisionero utilizando con torpeza el procedimiento habitual de recepción de sospechosos, motivo por el cual se apresuró a vestir su abrigo de cuero para dirigirse a las mazmorras; su elemento natural. Para no dejar rastro de su desliz tendría que ser mucho más cuidadoso en no dejar marcas deladoras en el cuerpo del detenido y simular que se había roto el cuello resbalando en su celda, mientras él estaba telefoneando al despacho de Speer.

En ese momento sonó el teléfono del cuarto de guardia. Desconocía el porqué, pero le pareció que lo hacía con mucha más estridencia de lo habitual.

—¿El *kriminalobersekretär* Ziegler?... Estaba a punto de salir —pudo oír tras él a alguien que contestaba a la llamada. Sin embargo, decidió hacer oídos sordos y seguir por las escaleras que bajaban hacia las celdas. Tenía que ocuparse de ese tipo antes de nada.

Volvió a maldecir a la portera mientras corría como un conejo escaleras abajo. Se frenó de repente. Debía atender esa llamada si quería que su coartada pasase por afirmar que hablaba con la secretaria del arquitecto mientras que un fatal resbalón acababa con la mísera existencia del detenido.

—Ziegler —contestó resignado cuando llegó al teléfono, jadeando.

Capítulo 18

Albert Speer caminaba por la calle con una gran carpeta bajo el brazo, recreándose en la tranquilidad con la que alguien como él, perteneciente al círculo cercano al *Führer*, podía deambular hoy por Berlín con la suficiente seguridad como para no necesitar escolta. Hacía solo un par de años, eso hubiera sido impensable puesto que el descontento general causado por la incertidumbre política unida a la galopante inflación y el elevadísimo índice de desempleo hacían de las calles de la capital alemana un lugar muy poco seguro para pasear.

Era de los que pensaban que había hecho falta que Adolf Hitler tomase el poder y decretase una serie de acciones contundentes para devolver la tranquilidad a un país deshecho por las terribles consecuencias sociales y económicas de la derrota en la Primera Guerra Mundial. Alguien tenía que hacerlo y solo una persona había mostrado el inquebrantable espíritu necesario para coger con decisión las riendas de la administración en uno de sus peores momentos de la historia. Era cierto que la población había tenido que hacer concesiones y que no todo había cambiado a mejor, pero lo que era incontestable era que el país había resurgido de sus cenizas con tal brío que necesitaba más aire para respirar. Necesitaba ampliar su *lebensraum*^[27] y por ello su venerado *Führer* había comenzado la conquista de Europa para buscar ese espacio vital y para agrupar a los alemanes que el infame tratado de Versalles había condenado a vivir lejos de la amada *Vaterland*.

Siempre habría quien tuviera quejas de su política, pero Albert Speer sabía que esas personas no eran lo que la Gran Alemania necesitaba. El anterior gobierno de la República de Weimar había demostrado su incompetencia de la forma más desastrosa que pudiera imaginarse, y los comunistas, únicos con capacidad real para conectar con la descontenta masa popular alemana, solo habían sido buenos como vehículo para la ascensión del NSDAP. La excelente capacidad de maniobra del partido de Adolf Hitler había servido para captar a los líderes del movimiento comunista para luego eliminarlos una vez su mensaje de cambio hubiera calado en la masa obrera.

Tal maniobra solo pudo ser posible por la atroz seducción que inspiraba Adolf Hitler. Nadie que no hubiera sido él podía haber cautivado de tal manera a las masas. Su histrionismo y la cadencia de su discurso ejercían sobre el público una influencia magnética de la que era muy difícil sustraerse. Uno solo tenía que escucharle en sus orquestados mítines para caer en la histeria colectiva que desataban sus inflamados discursos y sus dotes de orador.

Eso era lo que le había pasado a él. Albert Speer no era sino uno de los millones de alemanes que había visto cambiar su vida al escuchar un discurso de Hitler. No compartía algunos de sus puntos de vista, pero esas insignificantes discrepancias dejaban de tener importancia una vez calaba el incendiario mensaje del líder del NSDAP. Su mensaje era claro: el cobarde apuñalamiento por la espalda que los gobernantes alemanes habían perpetrado contra su propia nación había sido clave en la rendición en la Gran Guerra cuando el ejército estaba dispuesto a continuar la lucha; y las consecuencias del correspondiente armisticio habían llevado a Alemania, la cuna de la raza de superhombres que Hitler preconizaba, a aceptar unas condiciones humillantes que habían sumido al país en la peor de las crisis que se conocían en toda la historia del genéticamente privilegiado pueblo alemán. Tan solo un líder como él podía sacar a Alemania del pozo en el que la habían sumido las potencias firmantes del ignominioso Tratado de Versalles, dirigidas por el marxismo y el judaísmo internacional que deseaban el hundimiento de la gloriosa

Alemania. El joven Albert se había afiliado al partido tras caer en el diabólico influjo que el líder del lacio flequillo e hipnotizante bigotito generaba en sus mítines. Dado que por entonces poseía un coche, algo que en tiempos de crisis era un bien escaso y poco dado a cesión, pronto se convirtió en chofer de los líderes locales del partido, lo que le puso en contacto con los eslabones superiores de la cadena del poder.

Y también era arquitecto, lo cual era un valor añadido para él. Los dirigentes del partido lo sabían y no pasó mucho tiempo hasta que un día, su superior le encargó la reforma de su casa que, dada la nueva posición social que acababa de adquirir al convertirse en delegado local del partido, necesitaba más espacio para poder agasajar a sus nuevos colaboradores como merecían. La transformación, terminada en muy poco tiempo para agrado del altanero dueño del inmueble, generó gran número de alabanzas entre las amistades del delegado; de forma que en breve su fama de arquitecto superó en nivel a su utilidad como chofer, cobrando un nuevo e interesante rol a los ojos del partido.

Llegados a ese punto solo era cuestión de tiempo que, tras nuevas y satisfactorias reformas de domicilios particulares y locales del NSDAP, su fama llegara a oídos de Hitler. Este, a la sazón, todavía tenía clavada la espina de no haber sido admitido en la Escuela de Arquitectura de Viena cuando, hacía ya muchos años, dejó el domicilio tras la muerte de su estricto padre para lanzarse a la persecución de sus sueños de convertirse en artista arquitecto; algo imposible para alguien con escasa sensibilidad artística y sin ningún tipo de formación académica.

Pocas personas en la Alemania de 1940 sabían que su *Führer* nunca había deseado serlo, pese a que ahora desempeñaba su puesto con insana vehemencia. En realidad, desde su más pronta juventud, y contra la voluntad de su férreo y mujeriego padre, había puesto su inquebrantable fuerza de voluntad al servicio de su verdadera pasión: la pintura. En su irreal percepción del mundo había pensado que su solo empeño sería suficiente como para franquearle las puertas de la fama y que, a la sola visión de sus mediocres y repetitivos cuadros de dudoso gusto sobre motivos arquitectónicos, los profesores de la escuela vienesa de Bellas Artes le admitirían de buena gana entre loas a su obra. Cuando en el examen de admisión le hicieron retratar una modelo, la realidad comenzó su particular exterminio de sus bohemios sueños. Tras el varapalo de ser rechazado en la academia de Bellas Artes, intentó consolarse solicitando su admisión en la escuela de arquitectura sin tener más base para ello que su admiración por las líneas del Palacio de la Ópera vienesa. Su escasa vis arquitectónica y su nula base de conocimientos, detalles que ya fueron señalados por sus familiares antes de que se lanzase a su alocada búsqueda de un modo de vida que por sus limitaciones le estaba vetado, le declararon no apto para su admisión en la cuna de la sabiduría arquitectónica vienesa; pese a los esfuerzos de los funcionarios por dar alguna oportunidad al huérfano de un respetable oficial de aduanas. En ese momento en el que se cerraron las puertas de las dos escuelas que el joven Adolf había pensado que se pelearían por admitirle dada su pasión por el arte, su mundo se hundió y comenzó su particular calvario a través de la más sórdida de las indigencias. Solo encontraría consuelo en la camaradería castrense que encontró tras una pequeña jugada legal propiciada por sus amables caseros que le acogieron cuando decidió emigrar de Austria a Múnich.

Durante la Gran Guerra, el ejército alemán le reportó nuevos objetivos. Le enseñó el valor de la vida y a anteponer la suya propia a los intereses del colectivo, además de unas relaciones que habrían de serle muy útiles en un futuro próximo. Por ese motivo no le importó desempeñar con notable éxito su misión de enlace entre trincheras, uno de los más efímeros del frente; despertando una consideración tal entre sus superiores que hubieron de otorgarle una Cruz de Hierro de primera clase, algo muy poco común entre los cabos del ejército alemán. Se sentía útil a

unos ideales y eso llenaba su vida, tanto que cuando fue herido de gravedad llevando mensajes de una defensa a otra y trasladado a un hospital se dio cuenta de que algo le faltaba. Había probado las mieles del triunfo por primera vez en su vida y a partir de ese momento decidió que su objetivo sería el de servir a la grandeza de Alemania, el país que le había dado por fin la oportunidad de demostrar que una enorme fuerza de voluntad que acompañaba a unos ideales inquebrantables llevaban de cabeza hacia el éxito. Pero mientras pugnaba para que los apoltronados doctores del hospital militar le declarasen apto para el servicio y volver así a su casa entre las trincheras, la guerra concluyó de repente y sin previo aviso. Mientras sus compañeros de sala lo festejaban de la manera más lujuriosa imaginable, Adolf Hitler escapó a los jardines del hospital en el que habían prendido en su pecho la Cruz de Hierro e, intentando mantenerse lo más lejos posible de la bacanal, lloró de rabia mientras gestaba su odio contra todos esos farsantes que se alegraban del fin de una guerra que debió otorgar a Alemania la grandeza que por derecho le correspondía. Por segunda vez en su vida, sus expectativas se deshacían por causas ajenas a su voluntad; aunque esta vez, su angustia habría de durarle menos que cuando fue rechazado por el mundo estudiantil; exactamente hasta que sus antiguos superiores en el ejército se acordaron de él cuando tuvieron que buscar a alguien capaz de guiar sus pretensiones políticas. Buscaban alguien capaz de hacer llegar su mensaje al pueblo y entendían que en la situación de posguerra no podía ser ninguno de ellos. El pueblo alemán, tras el armisticio, jamás escucharía ni a un militar de carrera ni a ningún político porque todavía había mucha gente que recordaba cómo los militares cedieron el gobierno a los civiles para poder así incriminarlos, a sabiendas de que la guerra estaba perdida. Los oficiales que se sentían traicionados por la patria por la que habían jurado dar su vida buscaban a alguien capaz de encender sus ideales en el pueblo, reclamando por la vía política una victoria que la alevosa rendición les había negado. Necesitaban alguien de contrastado valor que fuera capaz de acaparar el interés del pueblo con un discurso afín y que no fuera ninguno de ellos.

El antiguo cabo condecorado, del que se decía mostraba buenas dotes oratorias había sido tan buen candidato que no solo había llegado a gobernar el país, sino que hacía tiempo que había acabado sangrientamente con sus primeros valedores, para él dentro del mismo saco que aquellos que habían traicionado a su patria de acogida.

De esta manera Adolf Hitler, el hijo de un humilde oficial de aduanas austriaco, había sobrevivido a su paso por el lumpen más andrajoso para levantarse como caudillo de la nación que habría de erigirse en guía de la humanidad. Y una vez consiguió la meta que le colocó al frente de la cruzada contra el resto del mundo; recordó que hace mucho tiempo, en algún callejón del oscuro Waldviertal austriaco, deseó ser un joven arquitecto dispuesto a acabar con la ancestral tendencia que cargaba de curvas y arquivoltas los edificios para presentar un nuevo orden basado en enormes construcciones fundadas en la profusión de excelsas líneas rectas.

Su aura de guía del pueblo alemán le impedía dedicarse a tan materiales menesteres, pero nunca dejó de lado sus antiguos ideales arquitectónicos. Hasta que a oídos del *Führer* llegaron referencias de un joven proyectista en Berlín llamado Albert Speer que había logrado plasmar en varios edificios públicos la grandeza del Reich al que pertenecían y decidió interesarse por él, pensando en que quizás pudieran entablar una fructífera relación técnica.

No tardaron mucho en conocerse una vez el ministro de propaganda Joseph Goebbels lo llamó a Berlín para remodelar su ministerio. Mientras acometía la reforma para el ministro, los líderes locales del partido le encargaron también un proyecto para la decoración de su congreso en Núremberg y pidieron a Speer que se lo mostrase a Adolf Hitler personalmente, lo que supuso el primer encuentro entre ellos. Hitler descubrió que Albert Speer no solo era un excelente

arquitecto, sino que su forma de trabajar y de entender la arquitectura diferían muy poco de las de aquel muchacho que vagaba por Viena observando los ampulosos edificios imperiales y reformándolos mentalmente.

Albert Speer comenzó a frecuentar los círculos íntimos del *Führer*, aquel en el que solo personas admiradas por Adolf Hitler tenían entrada. Allí no había altos cargos del partido ni de los poderes fácticos del país, sino un reducido grupo de artistas afines al movimiento. Al fin y al cabo, Adolf Hitler se tenía a sí mismo como un artista que tuvo que renunciar a sus proyectos por haber sido elegido guía del destino alemán.

Tras el éxito del trabajo de decoración, las empresas que el *Führer* le encargaba eran cada vez de mayor entidad, lo que le reportaba cierto reconocimiento por su trabajo. La sobriedad de sus diseños y la colosal perspectiva de sus obras le hicieron merecedor del proyecto de construcción del Campo Zeppelin en Núremberg, donde habrían de celebrarse las magníficas paradas del partido; y la construcción del pabellón alemán en la Exposición Internacional de París de 1937. Sin embargo, estos dos hitos no serían la obra cumbre del arquitecto, sino que habría de ser, a petición de Adolf Hitler, el proyecto que llevaría al Reich de los mil años a una nueva dimensión temporal, garantizando que Berlín fuera durante años el centro del mundo. Albert Speer debía comenzar la transformación de la capital alemana en la ciudad más admirada del planeta, con un nivel acorde con su importancia que asegurase que todos los ojos del orbe se volvieran hacia ella.

Ello le obligaba a hacer reportes diarios a Hitler, en los que le presentaba sus ideas para que el *Führer* diera su opinión y su beneplácito a cada uno de los pasos en la creación del proyecto. A tal efecto se había construido una maqueta a escala en el despacho que Speer había situado cerca de la nueva cancillería del Reich que él mismo había diseñado tras la destrucción de la antigua^[28].

Ese día, como cualquier otro desde hacía casi un año, regresaba a su despacho tras departir con Hitler sus ideas, cargado de planos en los que había tomado nota de los cambios que el *Führer* sugería a sus ideas. Llevaban un par de meses trabajando en la gigantesca cúpula que remataría la Sala de los Soldados, proyecto en el que Speer aportaba la nota pragmática frenando las megalómanas ideas de Hitler, tan inaplicables que cada reunión se resumía en un continuo tira y afloja entre lo técnicamente irrealizable y lo grandiosamente aceptable. Albert Speer se tomaba su corto caminar diario entre los aposentos de Hitler en la nueva cancillería y su despacho particular como un periodo de relajo en el que poner sus pensamientos en orden teniendo en cuenta los nuevos requerimientos del *Führer*, tarea compleja en ocasiones puesto que en Alemania era delito contradecir a Hitler. De esa forma, pensando en cómo podría dar a la cúpula una mayor resistencia y un menor peso para poder así satisfacer las gigantescas medidas que los delirios de grandeza de Hitler exigían; llegó Albert Speer a su despacho.

La sonrisa de Lisa Schiffer, su secretaria, le recibió nada más traspasar el umbral de la puerta de entrada.

–Buenas noches, *herr* Speer –le deseó Lisa con amabilidad. Le gustaba su trabajo, y más cuando se sentía dueña de uno de los gabinetes con mayor entidad del país. Estaba al tanto de las cada vez mayores tareas que se le encomendaban a Albert Speer y sabía que no pasaría mucho tiempo hasta que la oficina se le quedase pequeña y se esforzaba en lo posible para hacerse imprescindible frente a futuras reestructuraciones de plantilla–. Le han llamado desde la Prinz Albrecht Strasse. Algo relacionado con un viaje que debía hacer usted.

–¿Un viaje? ¿Dónde? –inquirió Speer, de pie bajo el marco de la puerta de su despacho.

–Los de la Gestapo no han sido muy claros en ese sentido –rebuscó entre sus notas hasta

que encontró lo que quería. No hacía mucho que lo había escrito—. Un tal *kriminalobersekretär* Ziegler ha llamado para preguntar si tenía usted planeado un viaje a Moscú invitado por el gobierno comunista.

—¿A Moscú? —la idea le parecía estúpida—. ¿Qué tengo yo que ver con Moscú? Allí no se me ha perdido nada y no creo que Stalin sepa de mi existencia —se encogió de hombros mientras dejaba sus planos dentro de su despacho y se dirigía de nuevo a la mesa de Lisa Schiffer—. ¿Sabe qué? Ha conseguido intrigarme. Voy a hablar ahora mismo con el tipo ese de la *Gestapo*. ¡Páseme con él!

—En seguida, *herr Speer* —la secretaria se giró hacia el teléfono negro de baquelita sobre su mesa y marcó un teléfono que conocía de memoria. Todas las secretarías de Alemania se aprendían el teléfono de la *Gestapo* por lo que pudiera pasar—. Permítame un segundo —esperó. No fue mucho. En la nueva Alemania se facilitaba la comunicación con los verdugos—. Buenas noches, aquí Fräulein Schiffer, secretaria de *herr Speer*. Necesito hablar con el *kriminalobersekretär* Ziegler.

No tuvo que esperar demasiado hasta que alguien contestó. Parecía más nervioso de lo que había estado en su anterior conversación, no hacía ni una hora.

—Ziegler —anunció con pesadumbre.

Lisa Schiffer se presentó y le pasó a *herr Speer*. Le había parecido notar cierta incomodidad en el hombre de la *Gestapo* y tuvo que admitir que no le desagradaba en absoluto infundir semejantes sentimientos en tan abominables tipos.

Herr Speer carraspeó antes de hablar por la línea telefónica.

—Tengo entendido que tiene usted interés en conocer mi agenda —interpuso sin previa declaración de guerra—. Espero no tener que recordarle, *herr kriminalobersekretär*, que la redacta Adolf Hitler, Führer del pueblo alemán.

Ziegler tragó saliva ostensiblemente. No eran muchas las ocasiones en las que lograban sacarle los colores y mientras pensaba cómo sobreponerse a tal afrenta, deseó con todas sus fuerzas que pronto llegase el día en que todos estos cerdos burócratas cayeran en sus garras. Les enseñaría entonces quien mandaba, pero por lo pronto debía soltar algo de carnaza ante el cariz que habían tomado los acontecimientos: invocar al Führer eran palabras mayores que requerían una justificación de mayor entidad que un simple procedimiento reglamentario. Esgrimiendo media verdad, le explicó que tenía que determinar la veracidad de una información que le había llegado en la que se le invitaría a Moscú para ser retenido allí contra su voluntad.

—¿Secuestrado en Moscú? —alcanzó a exclamar *Speer* tras un largo silencio—. Espero que se de cuenta de la imposibilidad de esa afirmación.

—Solo sigo el procedimiento habitual de identificación, *herr Speer* —mintió con descaro para desviar la atención. En realidad era lo primero que tenía que haber hecho, pero cada vez con más frecuencia se aplicaba el principio de presunción de culpabilidad, máxime cuando la prisa acuciaba. Cualquiera era un criminal si así lo decía la *Gestapo*—. Este individuo ha revelado datos que solo podían ser contrastados con usted.

Speer se encontraba tan cansado que ni siquiera se inmutó cuando Ziegler comenzó a aludir a la oficina de Heidelberg y a señalar que su detenido afirmaba pertenecer a su mismo club de remo. No fue suficiente como para acaparar su atención. No a esas horas.

—Escuche, *herr kriminalobersekretär* —interrumpió *Speer* algo más tranquilo, sintiendo cómo la fatiga le aconsejaba terminar esta dura jornada cuanto antes—. Espero que mañana tengan identificado a ese tipo y que todo se haya solucionado. No quiero volver a tener jamás noticias de este hombre, pues tengo mucho que trabajar sobre unos planos que tengo que llevar mañana al

Führer. ¿He sido suficientemente claro?

–Si señor –Ziegler se cuadró frente al teléfono mientras sentía cómo *herr* Speer colgaba al otro lado de la línea. Ahora no tenía vuelta atrás. Tendría que pasar la noche en vela intentando que alguien le diera algún dato sobre ese extraño hombre y maldita la gracia que le hacía. Era una de las noches menos adecuadas para semejante vigilia.

Tenía otros planes en el burdel de Ida *la ceremoniosa*, donde su compañero Herbert Roth iba a celebrar su cumpleaños. Conocía a Herbert el tiempo suficiente como para saber que no iba a demorar ni un minuto su fiesta para esperarle y que de nada iba a servir comunicarle sus desgracias si no era para levantar un coro de risas. Y lo peor no era eso, sino que si por algún motivo lograba incorporarse a la celebración tras solucionar su problema con el detenido, podía ser demasiado tarde para ver a Giselle, la última adquisición francesa de Ida que le volvía loco. No iba a ser agradable llegar tarde y encontrar a todos muy borrachos y a cualquier patán deslizando sus torpes manos entre los muslos de una asustada Giselle que le habría estado esperando. Sacudió la cabeza para alejar de sí esa imagen en la que su amada era tan burda como torpemente manoseada por sus compañeros. Sabía que no trabajaba en el mejor de los sitios posibles para mantenerse casta, pero le horrorizaba pensar en que sus compañeros podían ocuparse con ella. Prefería antes mil extraños que, por ejemplo, al seboso cerdo lúbrico del *wachtmeister* Hoffner sobre ella. Enfermaba con solo imaginarlo.

Conoció a Giselle la primera vez que fue al garito de Ida *la ceremoniosa*. Hasta ese momento se había mantenido alejado de los lupanares, motivo por el cual sus compañeros hacían mofa continua de sus puritanas ideas, preguntándole si su admiración por Hitler llegaba a tal punto de plagiar su celibato. La razón era otra muy distinta. Ziegler regía su vida por las ordenanzas. Nada hacía si no estaba contemplado en los manuales; y estos, tras haberlos leído tantas veces que era capaz de recitarlos, no decían nada sobre casas de lenocinio. La razón por la que no frecuentaba esos ambientes era porque era tan inexperto en el sexo como en el ballet clásico. Y para su reputación de tipo duro era más fácil hacerse pasar por mojigato que dar a conocer su total y absoluto desconocimiento del cuerpo femenino.

Esa situación no podía durar para siempre puesto que había llegado a un punto que su virginidad llegó a convertirse en una lacra para su carrera. Se había convertido en un tipo raro y no podía dejar que eso sucediera; por lo que un día, después de una larga reflexión, embozado en su capote de cuero encaminó sus pasos hasta el garito de Ida, el único que conocía situado lejos de la vista de los viandantes. No podía soportar que alguien le viera entrar en semejante establecimiento.

No había sido buena idea entrar de uniforme de la *Gestapo* en el local. Desde la puerta podía oírse el jaleo que los parroquianos estaban montando en el interior, entre canciones no del todo bien vistas por el régimen y el ruido del vidrio festivo chocando entre sí. Pero todo ese ambiente se desvaneció una vez traspasó el umbral, tocado con su sombrero negro y su capa de cuero que hacía temblar a cuanto la veía dirigirse hacia él. El único indicio del bullicio reinante hasta su llegada era un tufo a cerveza y *schnapps*^[29] que, al igual que el humo de decenas de cigarrillos de diferente contenido, flotaba en el ambiente como no dejándose intimidar por la silueta del agente de la *Gestapo* que oscura se perfilaba contra el blanco vidrio escarchado de la puerta.

El silencio duró hasta que algún soldado de tanques mucho más borracho de lo que cualquier ordenanza militar podía permitir hipó entre la jauría. Ziegler miró hacia el lugar de donde había salido el ruido, viendo a un *obergefreiter* de la *Wehrmacht* que, con la mirada perdida en algún punto entre el *kriminalobersekretär* y la luna, agitaba a modo de saludo una

mano entre los pechos de la oronda mujer que se sentaba en sus rodillas. Aquello pudo haber significado la horca para todos ellos, pero Ziegler, en un acto que intentó ser tranquilizador, forzó una sonrisa mientras se quitaba el sombrero. Esa fue la señal para que los que ocupaban el local liberasen la respiración que contenían desde que el agente de la *Gestapo* apareció en el local; y el ambiente se relajó hasta el punto de que al poco tiempo comenzó a oírse alguna conversación a la que siguió una risa, creando un murmullo que fue creciendo en intensidad hasta dar al local un ambiente de forzada tranquilidad. Ninguno de los ojos dejaba, sin embargo, de fijarse desconfiadamente en Ziegler por si acaso.

–Hola, cariño. ¿Puedo ayudarte? –oyó una voz atiplada que surgía debajo de donde se encontraba.

Ziegler bajó la mirada y se sorprendió al ver a una diminuta señora que, envuelta en una nube de perfume dulzón, sostenía un cigarrillo entre sus dedos. Debía tener bastante más edad de la que se esforzaba en hacer desaparecer enfoscando sus arrugas con una gruesa capa de blancos polvos de arroz.

–¿Qué? –preguntó Ziegler con bastante inexperiencia social. Se notaba que no estaba en su ambiente.

–Me preguntaba, querido, qué podía ofrecer mi establecimiento a alguien de su distinción y su porte –enseguida comprendió por qué la madame del local era conocida como *La Ceremoniosa*–. Sin duda el señor habrá venido a este mi humilde local en busca de algo que quizás yo pueda conseguirle, caballero.

–No... Solo quiero... –Ziegler estaba confuso. El terrible *Gestapo* que hacía temblar de miedo a los hombres más pintados se encontraba inerte frente a esa mujerzuela que agitaba sus densas y negras pestañas como si quisiera abanicarle–. Solo quiero tomar un trago.

–Como su excelencia desee –le franqueó el paso al mismo tiempo que se retiraba de su camino con una reverencia. Ziegler se dirigió hacia la barra del local inmerso en una burbuja que repelía a todo aquel que tuviera contacto con ella. Incluso al sentarse en uno de los brillantes taburetes que se situaban frente a la barra recargada de dorados oropeles consiguió que los parroquianos que ocupaban los asientos contiguos se levantasen con cierta premura mientras le miraban de reojo. Tras la barra se le acercó provocativa una chica y le dedicó una sonrisa que le sumió todavía más en su confusión. Quizás fuese la más sincera que le habían dedicado nunca.

–¿Qué vas a tomar, soldadito? –a Ziegler, el acento francés de la camarera le pareció más que embriagador; hipnótico. Podía haber matado con sus manos a cualquier otro que hubiera osado dirigirse a él en semejantes términos, pero esa muchacha era diferente. En ese momento podía haber hecho con él lo que hubiera deseado. Y por alguna razón desconocida anhelaba que lo hiciera.

–No sé –respondió con evidente torpeza, y al instante se arrepintió de tan simple respuesta. Se esperaba algo más de todo un *kriminalobersekretär*.

–¿Me dejas que te sugiera un Pernod?

–Bueno... –Ziegler desconocía que diablos era eso que le había propuesto, pero si ni tan siquiera tenía fuerza de voluntad para apartar sus ojos de los de la camarera, mucho menos estaba en situación de negarle su consejo.

Ella sonrió con un mohín mientras se daba la vuelta muy sensualmente para elegir del dorado estante tras ella dos pequeños vasos y una botella que depositó en la barra, entre los dos. A Ziegler le pareció que un pequeño universo en miniatura se había formado entre la camarera, él y los dos vasos de cristal arañado mil y una veces.

–¿Me invitas a un trago, soldadito?

–Si –por segunda vez en menos de un minuto deseo Ziegler que se le tragase la tierra por su falta de valor. Hubiera deseado que, aunque fuera por un segundo, le asistiera un poco del coraje y de las agallas que mostraba ante los detenidos.

La encantadora mujer sirvió dos vasos y se llevó uno de ellos a sus labios. Ziegler no podía apartar la vista de ellos, rojos y entreabiertos como para decirle alguna palabra que nunca llegaba a sus oídos. La imitó y bebió el brebaje amarillento de un trago, tal y como le había visto hacer a ella. Tosió.

Hubiera jurado que el líquido infecto contravenía todas y cada una de las reglas del Protocolo de Ginebra mientras que se deslizaba por su garganta, quemándola como gas ponzoñoso. Sin embargo, la visión del tranquilo rostro de la camarera entre el paroxismo de quejumbrosas toses, le persuadió de que quizás el ardiente licor no fuera tan fuerte para todos.

–No acostumbras a venir mucho por aquí, ¿Verdad, soldadito? –preguntó la camarera mientras con sus uñas pintadas de un ardiente carmesí jugaba con su mentón. A Ziegler le pareció que pese a lo engorroso de la situación, le trataba con una dulzura que jamás había conocido. Aquella mujer *le comprendía*. Con los ojos inyectados en lágrimas por la fuerza del brebaje asintió reconociendo su derrota en aquel terreno tan desconocido para él.

–Ven conmigo, *mon ami* –le apremió la camarera mientras le señalaba unas escaleras que empapeladas en un rojo muy oscuro con filigranas doradas se perdían en el piso superior. Ziegler no pudo sino obedecer órdenes. A fin y al cabo era lo que había hecho toda la vida–. Me llamo Giselle –le confesó al oído antes de desaparecer en la oscuridad que reinaba en la parte superior del local.

Subió tras ella y, una vez lejos del ruido en que se había transformado el fuerte rumor que había dejado abajo, siguió a Giselle dentro de una habitación decorada, al igual que el pasillo, en los tonos rojos cereza más fuerte que uno pudiese imaginar. Ziegler se dio cuenta de la encerrona, pero no hizo nada por salir de ella.

–Siéntate en la cama, soldadito –ordenó Giselle. Ziegler en ese momento no tenía otra intención que no fuera la de dejarse llevar.

Y allí, en aquella sórdida habitación en el piso superior de un ímprobo lupanar, el *kriminalobersekretär* Ziegler dejó de ser un completo ignorante del mundo femenino. Ella, con evidente maestría, se dedicó a desnudar al hombre que había sido hacía poco un terrible agente de la *Gestapo*. Ziegler había accedido incluso a soltar su pistola, aunque no tras poca insistencia. Tan impresionado estaba que no se dio cuenta de que ella se encontraba tan desnuda como él y, con gran excitación, descubrió que las mismas curvas que tenían aquellas mujeres que por trabajo detenía y enviaba al patíbulo tenían ahora el poder de excitarle de una manera que solo en sueños había conocido. Los expertos dedos de Giselle recorrían el lampiño cuerpo de Ziegler, arrancando a cada gesto ahogados gemidos de este. El que en la calle había sido un despiadado perseguidor del más insignificante delito contra la seguridad del Reich se encontraba excitado de tal manera que solo suplicaba que se acabase con su mortificación.

Giselle entonces se situó a horcajadas sobre su vientre, situando su sexo tan cerca del de Ziegler que este se sintió irremediamente atraído hacia él y, como un lactante que a tientas busca el pecho materno, se introdujo dentro de ella con la misma torpeza con la que un perro enhebraría una aguja. Oleadas de calor ascendían desde el centro de su cuerpo hasta que en un momento abrió los ojos con desmesura, clavándolos en la dulce mirada de Giselle.

–Tranquilo, soldadito –murmuró mientras imprimió a sus caderas un lento movimiento que fue suficiente como para que Ziegler dejase por un segundo de pensar en el Tercer Reich. Entre convulsiones sintió como si su fuerza se escapase, tras lo cual sintió una desconocida oleada de

algo parecido a una gratitud hacia la francesa que lo había llevado a donde ni siquiera en sus más húmedos sueños había entrado. Ella se desasíó de él y, sin mostrar pudor alguno, se dirigió a un lavabo en la misma habitación para levantar una pierna y así poder lavarse. No sería la pose más femenina que había visto jamás, pero la naturalidad con la que Giselle realizaba sus abluciones encandiló al satisfecho Ziegler, que no dejó de mirarla hasta que se despidió de él con un gracioso gesto sacudiendo sus frágiles dedos a modo de despedida. Se fijó en que tenía las uñas pintadas de un tono rojo que no había visto antes, y le pareció como si de repente hubiera encontrado sentido a la coquetería femenina, algo a lo que hasta ese momento había sido impermeable.

–Ven cuando quieras, *mon ami* –le provocó mientras se ponía una vaporosa bata antes de abrir la puerta de la habitación.

Todavía quedó Ziegler un par de minutos extasiado sobre el catre hasta que recuperó el decoro y se apresuró a vestirse a toda prisa para salir del lugar cuanto antes. De repente había caído en la cuenta de que podía ser visto por cualquiera de sus camaradas y, aunque en el fondo no dejaba de pensar en Giselle y ardía en deseos de volver a verla, en ese momento solo ansiaba salir de allí a la mayor rapidez.

A punto estuvo de caer trastabillado mientras bajaba las escaleras que daban al salón del local, donde pudo comprobar con cierta dosis de pánico cómo decenas de miradas entre curiosas y arteras le asaeteaban sin que él pudiera mantener la compostura por mucho esfuerzo que realizase. Podía leerse el pecado en su rostro y todos los parroquianos sabían interpretar las indelebles huellas que el amor furtivo remunerado deja en aquellos que por vez primera acceden a los reservados de las casas de citas.

–Espero, caballero, que su estancia haya sido satisfactoria –expuso Ida a su espalda. Ziegler tuvo que dar media vuelta y mirar hacia abajo para encontrarse con la ajada madame del local que le miraba como aquel que mira una futura inversión–. Dada su posición, señor, la casa invita esta vez, pero esperamos tenerle de nuevo entre nuestra exquisita clientela.

Ziegler se horrorizó solo de pensar que habría de volver a pasar por semejantes vicisitudes. El mero hecho de aguantar tanta mirada indiscreta en un salón lleno de humo le hacía sentir pánico y, mareado, quiso salir de allí cuanto antes. Volvió a girarse y, sin despedirse, salió del local como una locomotora lanzada cuesta abajo y no paró hasta llegar a la cómoda calidez rutinaria del cuartel general de la *Gestapo*.

Por entonces supo que, aunque deseaba no volver a pisar aquel sitio jamás, algún día no tendría más remedio que hacer acopio de valor y encaminar sus pasos hacia aquel lugar donde había conocido a quien tenía por la mujer más encantadora del mundo. En realidad era la única que había conocido, pero poco le importaba si se trataba de volver a sentir sobre su piel el suave tacto aterciopelado de los muslos de Giselle.

En un mes ya había recuperado el aplomo necesario para volver a entrar en el garito de Ida. Esa vez, al llevar ropa de paisano, las cosas fueron más fáciles aunque de algún modo se sentía extraño sin el uniforme que le otorgaba la seguridad que necesitaba para desempeñar su cargo en el Reich. Y al par de semanas, ya mucho más relajado, se atrevió a llevar flores a su amada.

Ese cumpleaños sería la cuarta vez que la vería, y ahora todo se había ido al garete por culpa de ese maldito bastardo que debía estar congelándose en las celdas. De haber sabido que sus excusas iban a arruinar su noche de amor con Giselle, lo habría liquidado por la vía rápida hacía mucho tiempo, pero ahora no tenía más remedio que cerrar el expediente cuanto antes y de la manera más satisfactoria posible. Debía mantener la cabeza fría y obligarse a pensar que mientras siguiera en Berlín tendría oportunidad de cortejar a Giselle, pero si por irregularidades en su

trabajo se veía rumbo al frente, podía despedirse de su amada por tiempo indefinido; de forma que, en cierto modo feliz por haber pensado por vez primera en un futuro que prometía prosperidad, se dispuso a contactar con el cuerpo de guardia de la *Gestapo* en Heidelberg para verificar la identidad que le había facilitado el hombre que decía llamarse Jürgen Schneider, aunque ya había resuelto que tanto en el caso de una identificación positiva como negativa, saldría corriendo para ver a Giselle en cuando pudiese. Ya iría mañana por la mañana a soltarlo o a cargárselo.

Tras colgar el teléfono que le había puesto en contacto con sus compañeros, se levantó de su asiento, dejó su abrigo de cuero en un perchero para cambiarlo por su flamante gabán azul y raudo se dirigió al encuentro de Giselle. Por un segundo pensó que si su noche con ella era fructífera, quizás al día siguiente su buen humor le haría despachar al tipo del módulo C de un rápido y misericordioso tiro en la nuca.

Capítulo 19

Como venía siendo costumbre durante los dos últimos años, Albert Speer se levantó pronto para dirigirse a su despacho y redefinir el trabajo que debía presentar algo más tarde a Adolf Hitler. Hoy no le llevó mucho tiempo porque lo que le esperaba era otra monótona discusión sobre materiales. Llevaban casi cuatro meses intentando establecer las medidas del edificio de la Galería de los Soldados, una gigantesca construcción que debía cerrar uno de los extremos de la imponente avenida que, con más de 100 metros de ancho, sería la arteria principal del futuro Berlín que habría de deslumbrar al mundo una vez Hitler lo hubiera conquistado a la mayor gloria del pueblo alemán. Ambos compartían unas ideas arquitectónicas similares, pero el *Führer* era incapaz de comprender que los edificios no podían hacerse todo lo grandes que uno quisiera, sino que las medidas de las construcciones venían limitadas por los esfuerzos a los que se veían sometidos los materiales usados. Y hoy era uno de esos días en los que su única misión era hacerle ver que era imposible construir una cúpula de las dimensiones que exigía sin poner en grave peligro la vida de todos aquellos que visitasen su interior puesto que tan irrealizable edificio no solo no iba a durar los mil años que Hitler quería, sino que con dificultad sobreviviría a su inauguración.

Recogió, pues, sus planos y se dirigió al garaje. Pese a encontrarse muy cerca, hoy prefería acudir a la cancillería en coche. Berlín había amanecido cubierta por una grisácea capa de nubes que amenazaba lluvia y no quería entrar empapado en la cancillería. Inspiró el aire denso, levantando su rostro hacia la oscura tormenta antes de entrar en su coche. Olía a tierra mojada.

Condujo su coche muy despacio, sabiendo que no era mucha la distancia a recorrer. No tardó mucho en llegar a la entrada de vehículos de la nueva cancillería, donde un aguerrido SS le permitió el acceso nada más verlo. Albert Speer era visitante asiduo y hacía tiempo que podía pulular a sus anchas por el edificio. Aparcó el vehículo con las primeras gotas de lluvia, tan frías que el cristal del parabrisas se enfrió allí donde la gota había caído exánime en el exterior, creando un halo de humedad por dentro. Dado que estaba demasiado cerca de la puerta de entrada como para tener que cargar con un engorroso paraguas, así que una vez se puso su abrigo colocó sus planos bajo el brazo y corrió a paso ligero hacia la entrada a la cancillería. No se molestó en cerrar el coche. Una vez dentro del edificio, de una palmada se sacudió las gotas de agua que se arracimaban en su abrigo de lana y comenzó a andar por la gran galería que comunicaba la entrada lateral con las habitaciones del *Führer*. Sus pasos resonaban limpios en la espaciosa sala, decorada espartanamente, y se deleitó con el eco de sus pisadas. No tenía prisa porque sabía que Hitler se levantaba muy tarde, sobre todo si la noche anterior había estado viendo películas hasta tarde; y era frecuente que tuviera que esperar más de una hora a que el *Führer* se dignase a descender de sus habitaciones para departir con él o con quien tuviera en su agenda.

Sin embargo, ese día algo había cambiado. Rudolf Hess, asistente de Adolf Hitler, le esperaba en la entrada a la sala de estar que hacía las veces de espera.

—Buenos días, *herr* Speer —anunció Hess ostentosamente, como si fuera un lacayo—. Nuestro *Führer* le está esperando.

Eso era nuevo. Era él quien solía esperar a Hitler, pero hoy parecía que las tornas habían cambiado. Se sintió incómodo de repente y apresuró sus pasos de tal manera que sus ecos aumentaron su cadencia en la sala de una forma casi musical.

–Está exultante –anticipó el asistente–. Creo que acaba de recibir buenas noticias. Lleva dando vueltas al salón durante casi una hora.

La infrecuente situación desconcertó a Albert Speer. No recordaba ninguna ocasión en la que Adolf Hitler hubiera tenido que esperarle y no creía que, desde que tenía cierto peso en la política, el *Führer* hubiera esperado por muchas personas. Era de todos conocida su insumisión a ese tipo de convenciones sociales que le hacían rechazar frontalmente cualquier acontecimiento que supusiera esperar. Le parecía una especie de humillación a la que el líder de Alemania no podía someterse.

Torció el gesto ante la posibilidad de haber molestado sin querer al *Führer* por un retraso del que no era culpable por desconocer la prisa que Hitler tenía por verle hoy. Aunque se tenía por uno de sus favoritos, nunca se sabía lo que su tortuosa forma de ser podía tenerle reservado en caso de contrariarlo. Y prefería no saberlo.

Sin embargo, a primera vista pudo ver que no se encontraba en absoluto enojado sino que parecía disfrutar de un humor excelente.

–¡Sabía que el cochino bolchevique al final reconocería nuestra victoria en el glorioso terreno de la arquitectura! –pudo oír Speer al *Führer* como arengando a una imaginaria multitud mientras golpeaba el respaldo de una silla con su mano abierta acentuando cada palabra.

Speer carraspeó para hacerse notar, algo que Hitler constató al instante, volviéndose hacia él. Al arquitecto le volvieron a fascinar los ojos azules que bajo el flequillo le observaban como alguien dueño de todo cuanto contemplaba. Adolf Hitler, ataviado con un sencillo traje gris en lugar de su cada vez más habitual uniforme militar, permanecía de pie con gesto adusto frente a la gigantesca chimenea que adornaba la sala. Cada vez que Speer lo veía posando como el *Feldherr* que era, se convencía de que había hecho lo correcto al dedicar su vida a dar volumen a las ideas de ese hombre. Estaba orgulloso de haber recalado en su círculo de amistades; y suponía que el sentimiento era recíproco porque en caso contrario todo un prohombre como Hitler jamás hubiera otorgado a un arquitecto tan joven como Speer la escalofriante obra de rehabilitar la capital del Reich para convertirla en una ciudad admirada en todo el planeta. Todo aquello era mucho más de lo que Albert Speer hubiera soñado nunca.

–¡Mi querido Albert! –exclamó Hitler un instante después de cambiar su rostro de impenetrable severidad por uno de franca amistad–. ¡Te estaba esperando! –profirió mientras se dirigía hacia el atónito Speer que se limitó a extender una mano para que Hitler la estrechara con sincera camaradería.

–¿Tenemos buenas noticias hoy, *mein Führer*?

–Excelentes, amigo Albert –le dio la espalda, girándose para mirar por la ventana los negros nubarrones que mojaban Berlín–. No voy a andarme por las ramas. Resulta que el sucio bolchevique que arteramente intentó subyugar con su edificio el espíritu alemán en la exposición de París ha reconocido nuestra victoria arquitectónica y nos ha enviado un telegrama solicitando que acuda usted a Moscú en calidad de invitado, para ser agasajado como el gran arquitecto que logró enmudecer su obra.

Speer palideció, lo que no pasó desapercibido a Hitler.

–¿Pasa algo?

En realidad no había nada de extraño en lo que había dicho. Rusia diseñó un pabellón en la exposición de París de 1937 sobre el que unas gigantescas estatuas avanzaban amenazadoramente con actitud marcial hacia el pabellón alemán, ubicado justo enfrente. Toda una declaración de intenciones que Albert Speer se encargó de someter. Por métodos poco ortodoxos pudo conocer las intenciones constructoras del gobierno ruso y planteó un pabellón que pudiese

conjurar el peligro rojo que desde el pabellón ruso parecía echarse encima del alemán. Conocedor del proyecto ruso, diseñó una fortaleza que, coronada por el águila imperial que sostenía entre sus garras un globo terráqueo, se erguía inexpugnable; eliminando la amenaza de los intimidatorios soldados.

–En realidad no, *mein Führer* –ordenó Albert Speer sus pensamientos antes de proseguir–. Solo que acabo de recordar que anoche fui consultado por la *Gestapo*. Afirmaba haber detenido a un hombre que decía tener un mensaje para mí. ¿Hace mucho que llegó ese telegrama?

–Hace una hora. Directamente desde el Kremlin.

–Es que según la *Gestapo*, este hombre tenía la intención de prevenirme anoche sobre una supuesta invitación del gobierno ruso para visitar Moscú –anuncio Speer, sombrío–. Yo ni siquiera sabía de qué me estaban hablando cuando un *kriminalobersekretär* llamado Ziegler me comentó anoche algo sobre mi viaje a Moscú...

–¿Me está diciendo que alguien lo sabía? –Hitler ladró interrumpiendo a Speer. Su flequillo liso experimentó un ligero temblor sobre su frente–. ¡Está claro! ¡Si lo sabe es porque es un cochino espía! ¡Hay que fusilarlo inmediatamente!

Speer no se inmutó ante la explosiva actitud de Hitler. Sabía de sus repentinos cambios de humor y de su obsesión por ver enemigos por todas partes. El *Führer* respiraba entrecortadamente mientras clavaba sus ojos azules en los suyos, quizás esperando una confirmación a sus sospechas.

–No lo tengo tan claro, *mein Führer* –meditó un segundo su situación–. Los espías no suelen prevenir sobre los peligros de viajar a otro país... Por lo que parece solo ha dicho que tiene motivos para que no vaya.

Hitler temblaba como un perro mojado. Nunca había estado acostumbrado a que se le llevase la contraria, y ahora que tenía el poder en sus manos, menos todavía. Sin embargo, parecía contenerse. El razonamiento de Speer era correcto. Los espías no intentan salvar las vidas de sus enemigos.

–¡Rudolf! –chilló Hitler hacia la puerta de la sala. Al punto apareció por la puerta el anguloso rostro cuadrado de su secretario.

–¡A sus órdenes! –declaró Hess.

–Contacte con un tal *kriminalobersekretär* Ziegler, en la Prinz Albrecht Strasse. Creo que tiene un prisionero que dice tener un mensaje para *herr* Speer y necesito que se le interroge para saber cómo lo ha conseguido –Adolf Hitler apretó la mandíbula, abultando los músculos de su mentón–. En caso de resultar ser un espía quiero que se le fusile en el acto y que se envíe su cabeza a Stalin.

–*Kriminalobersekretär* Ziegler. Enseguida, *mein Führer* –replicó Rudolf Hess, chocando sus tacones antes de desaparecer por la puerta.

–Si se me permite, creo que debería estar presente en su interrogatorio –replicó Speer con toda la cautela de la que fue capaz de transmitir. No quería tentar a su suerte contradiciendo a Hitler dos veces seguidas–. Ese hombre dijo conocerme de mi época de estudiante y ha manifestado que, como yo, es arquitecto. Si es un espía, me parece una tapadera muy poco discreta y que no soportaría la más mínima investigación.

–No puedo exponerle a usted a un peligro como ese. Necesito que construya para mí una ciudad digna del Reich de los Mil Años, y no dedicarse a cazar espías.

–Con mis respetos... No creo que corra ningún peligro. Ese hombre está prisionero de la *Gestapo* y no voy a estar a solas con él. Debería acompañar a Hess –Speer se esforzó en no mostrar la alegría que le producía tener una excusa para poder dejar la cancillería por un tiempo. Se ahorraría las discusiones con Hitler sobre el proyecto de Berlín y, con un poco de suerte,

evitaría tener que comer con él—. Ese hombre me ha mencionado y creo que en ese caso solo yo puedo interrogarle. Dice conocerme, y si miente, en seguida me daré cuenta de que es un farsante.

Hitler le miró pausadamente. Sus temblores iracundos habían desaparecido. Lamentaba que uno de los invitados a su mesa tuviera que irse precisamente hoy que necesitaba dar un empujón a su proyecto; aunque en el fondo reconociese que tenía razón. Quizás incluso si iban los dos, podrían tardar menos tiempo en despachar al espía y así estar de vuelta para el almuerzo, lo cual le daría pie a retomar su agenda.

—Está bien. Daré orden al cuerpo de guardia para que retengan a Rudi hasta que llegue usted. Espero que juntos puedan acabar con esto cuanto antes —Adolf Hitler se volvió hacia el teléfono que descansaba en la sala sobre una mesa auxiliar de roble, dando la conversación por concluida. Parecía un escolar reprendido mientras llamaba al cuerpo de guardia—. Demoraré mi respuesta al bolchevique hasta tener su informe —añadió.

Albert Speer dio un taconazo mientras inclinando la cabeza le daba las gracias por permitirle zanjar ese desagradable caso que había sacado su nombre a colación. Cuando salió de la sala pudo oír al *Führer* hablar con el cuerpo de guardia y, aunque recordó que se le había pedido cierta premura en resolver este acontecimiento, no imprimió a sus pasos una mayor velocidad, sino que continuó su camino pensativo hacia la salida. Le parecía extraño que recibiese un aviso el día antes de recibir la noticia, por muy espía que fuese. Pese a que lo desconocía todo sobre el espionaje, suponía que la lógica sería una de las reglas de oro en el arte de buscar los secretos del enemigo; y se le ocurrían pocas razones por las que ese hombre pudiera saber de la petición de Stalin antes que nadie en Alemania, pero si estaba al corriente de ella por haberla oído en Moscú, debería haber sabido que anoche todavía no había sido cursada. Quizás fuese un ruso afín al nazismo que, enterado de los planes de Stalin, quiso prevenirle antes de que cayera en la trampa del líder ruso. En cualquier caso, no le parecía normal que alguien dijera conocerlo si no era así en realidad, lo que incitaba su curiosidad hasta el punto de necesitar averiguar en primera persona lo que ocurría con ese tipo. Si era verdad lo que decía, no podía permitir que uno de los carniceros del sistema lo interrogase.

Cuando llegó al cuerpo de guardia encontró a Rudolf Hess con gesto contrariado de pie junto a la puerta. Sus pobladas cejas contraídas daban el aspecto de haberse fundido en una sola pelambrea que parecía un gato castrado dormido sobre sus ojos.

—Parece que tendremos que ir los dos a ver a ese indeseable —declaró Hess, transmitiendo de la forma más clara que no le hacía mucha gracia tener que ir acompañado al interrogatorio del supuesto espía.

—¿Has conseguido hablar con ese *kriminalobersekretär*? —preguntó Speer intentando cambiar de conversación. Sabía que a Hess, un tipo de lo más primario, no podía explicarle que sentía curiosidad por ver a ese hombre.

—No, pero no podemos perder más tiempo —Rudolf Hess debía ser la única persona en este mundo que disfrutaba de las comidas con Hitler, con la excepción de él mismo. Quizás porque llevaba su propia comida a escondidas, preparada por su propia cocinera—. Parece que ese tal Ziegler no está donde se le suponía, pero he dado orden de que nos esperen antes de tomar acción alguna.

Salieron del aparcamiento de la cancillería saludando con altivo gesto de cabeza al SS que vigilaba la puerta. No se imaginaban que en ese preciso instante, lo que quedaba del *kriminalobersekretär* Ziegler caminaba arrastrando los pies por los sombríos sótanos del cuartel general de la *Gestapo*, sostenido solo por una irrefrenable ansia asesina y buscando pistola en mano a aquel a quien los dos hombres de Adolf Hitler querían interrogar. Resultó que la velada

que la noche anterior prometía ser única en su vida había terminado siéndolo; pero en un sentido opuesto al que hubiera deseado.

Todo empezó cuando apareció por la puerta del burdel mucho más tarde de lo que se le esperaba. Debió interpretar la cara de sorpresa de la *madame* de un modo diferente, pues no era que hubiera quedado admirada por el nuevo abrigo que Ziegler había comprado para la ocasión sino que, sencillamente, sabía que nadie le esperaba.

—¿Dónde están los chicos, Ida? —preguntó con más euforia de lo que solía hacer. Se encontraba pletórico de ardor por las desmedidas ganas que tenía de ver a Giselle. Esa noche estaba dispuesto a decirle lo mucho que la amaba y que la vida sin ella carecía de sentido.

—*Herr kriminalobersekretär*, todavía no han llegado... Algo les habrá debido demorar en algún sitio... —balbució la *madame*, intentando bloquear la entrada del agente de la *Gestapo* con su cuerpo menudo.

—No digas tonterías. Deben haber llegado ya hace rato... —apartó a la señora de un manotazo y dirigiéndose a la puerta del salón dorado, el mayor del local—. ¿Cómo se van a perder?... Seguro que están ahí.

Con decisión encaminó sus pasos hasta la puerta del reservado y la abrió con ímpetu para hacerse notar. Jamás, en lo que le quedaba de vida, se arrepentiría lo suficiente de haberla abierto.

La escena que presenció dentro del privado le hizo pasar en menos de un segundo de sentirse el hombre más dichoso del mundo a desear morir como una lombriz, pisoteado anónimamente en cualquier barrizal escondido en la más infecta de las ciénagas. Dentro de la sala dorada, decenas de hombres y mujeres con un mínimo de ropa compartían camastros, bebidas alcohólicas, cigarrillos de grifa y fluidos corporales sin el más mínimo pudor. Todo ello, nuevo para Stefan Ziegler, no sería tan traumático si no fuera porque Giselle, su *amada* Giselle, se encontraba en el centro de aquella vorágine como parte activa de todas las depravadas acciones que se desplegaban en el reservado.

Ziegler no podía articular palabra, todo lo contrario que Herbert Roth que, sacando su cabeza de entre un remolino de cuerpos sudorosos, recibió al *kriminalobersekretär* con los mejores honores que pudo componer, dada la situación.

—¡Ziegler! ¡Qué sorpresa! —exclamó con grosería mientras afianzaba su postura buscando un punto de apoyo para sus pies enfundados en unos calcetines que dejaban ver algunos de los dedos de sus pies—. Puedes unirte a nosotros... ¡Todavía queda por ahí algún agujero disponible!

No respondió. La visión de su idolatrada Giselle hozada por aquella piara de cerdos lúbricos fue suficiente para él. Ella ni tan siquiera se dignó a dedicarle su atención. Hubiera sido capaz de perdonarla si tan siquiera le hubiera dirigido una mirada que poder interpretar. Podía haber llegado a convencerse de que su situación privilegiada en medio de todos aquellos depravados eran solo gajes del oficio, pero nada de eso sucedió. Giselle ni tan siquiera reparó en él, sino que tomó aire con sensualidad, emitiendo un gemido oscuro mientras sacaba la cabeza de entre los muslos de Herbert Roth una vez satisfecho este.

—Fräulein Giselle estará dispuesta para usted una vez termine su servicio, *herr kriminalobersekretär*, enseguida. Yo me encargaré de ello personalmente —sugirió tras él Ida la *ceremoniosa*, lo que tuvo el efecto de romper el ensalmo que la escena había surtido en él, dejándolo paralizado.

No se sentía con ganas de ocuparse con Giselle, sino que dudaba entre gritar, chillar, disparar su pistola contra el manojo de seres humanos, destrozar el local, desgañitarse hasta morir en la calle maldiciendo a medio mundo, usar la pistola contra la repintada *madame* o reventarse el cerebro con la bala *Dum-dum*^[30] que siempre llevaba encima. En el mismo instante que todas

esas ideas desfilaban por su mente lastimada en la sutil frontera entre la cordura y la demencia, consideró que si supiera cómo hacerlo, haría todas esas cosas a la vez. Sin embargo, todavía quedaba dentro de él un punto de juicio que le hacía luchar por aquello que quería, incluso cuando todo estaba perdido para siempre.

—No —contestó cuando sus mandíbulas pudieron responderle—. Pernod. Quiero Pernod. Tengo que demostrar que estoy a su altura —y restregándose los ojos se dirigió a la barra en la que otra camarera se erguía provocativamente enfundada en poco más que un corsé.

Se sentó a la barra y pidió un vaso del más fuerte licor anisado francés. Se lo bebió de un trago y sintió cómo le quemaba el esófago pero, a diferencia de la primera ocasión, no tomó esta sensación como una derrota, sino como el comienzo del largo calvario que habría de llevarle a soportar la diabólica bebida con la misma entereza con la que lo hacía Giselle. Le demostraría así que era un hombre de verdad y tendría que arrastrarse suplicando perdón por su casquivana vida. Una vez se hubieron sofocado las furibundas toses pidió otro.

De esa manera llegó Ziegler a cauterizar su gaznate en alcohol, pagando un elevado precio por su recién adquirida hombría. Maldiciendo al mundo en general y a Giselle en particular, llegó a pedir que la camarera llenase su vaso unas diez veces antes de perder la consciencia. Y con eso y con todo, su vaso se relleno un par de ocasiones más antes de que Ziegler decidiera hacer frente a la situación en la que su amada se encontraba; pero, al intentar ponerse en pie para descender del taburete que le sostenía, la realidad le alcanzó como si fuera de la misma *Gestapo*: inmisericorde y despiadada. Ignorado por sus piernas, cayó al suelo con estrépito, intentando en vano agarrarse a algún asiento cercano.

Su mente se sentía con ganas de muchas más cosas de las que su embriagado cuerpo era capaz de realizar. La primera de ellas, andar hasta el reservado donde se encontraba Giselle; pero su cerebro, embotado más allá de la funcionalidad, se negaba a sostenerle de pie; de modo que decidió, entre vapores etílicos, que sería buena idea esperar en la sala principal a que Giselle saliera del privado. Sin embargo, la espera se le hacía insoportable puesto que a duras penas podía mantener sus ojos abiertos si se mantenía inactivo, de modo que buscó alguna compañía con la que compartir sus cuitas. Encontró, en su delirio, a un oso disecado que parecía tan receptivo a sus entrecortadas lamentaciones que, en premio a su recién consolidada amistad, decidió regalarle su abrigo. Le parecía que le hacía más falta que a él puesto que, pese al pelo marrón que lo cubría, ese oso parecía temblar de frío; algo que todo un *kriminalobersekretär* no podía consentir. Llegado a ese punto, decidió que en ese pozo de pecado había demasiados comportamientos ilegales, de modo que cuando el loro que Ida tenía en una jaula en un rincón de la sala le comentó de una forma confidencial que la cabeza disecada de un jabalí que adornaba una de las paredes del local afirmaba con frecuencia que *Gröfaz*^[31] jamás ganará la guerra, supo que debía intervenir y vació el cargador de su pistola contra aquella cabeza que profería consignas tan derrotistas.

El hasta ese momento permisivo servicio de seguridad del local decidió que Ziegler había llegado demasiado lejos y, de la forma más ostentosa posible, le llevaron asido de manos y pies hasta la puerta donde, tras balancearlo un par de veces, lo lanzaron a la calle de la más ignominiosa de las maneras.

Y allí, apretado el rostro contra los mugrientos adoquines de la calle, lloró amargamente hasta el amanecer; momento en el que cayó en la cuenta de que su desgracia tenía un único culpable. Si no hubiera sido por ese maldito agente judío que tuvo que detener a media tarde y sus patéticas coartadas que implicaban a altos cargos del partido y que hubo de comprobar, habría llegado al principio de la fiesta y habría podido cortejar a la bella Giselle como era debido.

Por culpa de ese hombre, su carrera y la idílica vida que habría llevado junto a su amada se habían hundido para siempre en la más oscura de las profundidades del olvido; de donde nada ni nadie sería capaz de rescatarlos. Alguien debía pagar por todo ello. Cuanto antes, mejor.

Se levantó, quizás más lúcido de lo que estaba cuando voló por los aires al encuentro del suelo; pero sentía que sus ojos le escocían y que en su lengua podían plantarse patatas. No se preocupó en exceso por esas minucias sino que se reafirmó en su intención de tomarse justicia sobre el petimetre bolchevique que con su resistencia a dejarse ejecutar había llevado la desgracia a la bucólica vida que Ziegler había diseñado junto a Giselle.

Después de tardar más tiempo del necesario y de dar no pocas vueltas por la zona consiguió por fin saber dónde se encontraba, de manera que fue capaz de acertar con el camino de los cuarteles de la *Gestapo*. Sabía que su imagen no era reglamentariamente perfecta, pero poco le importaba. Había perdido su caro abrigo de lana y no tenía ni idea de dónde, aunque suponía que en algún punto dentro del sucio garito de *Ida la ceremoniosa*. Su camisa, que empezó la jornada siendo blanca, tenía pastosas manchas negruzcas, estaba mojada y sobresalía por encima del pantalón de una forma muy poco decorosa. Sombras verdosas que apestaban a ácido estomacal salpicaban su pantalón.

Al entrar en el cuerpo de guardia de esa guisa, la estupefacción general fue tan intensa que nadie fue capaz de mover un dedo. El *kriminalobersekretär* Ziegler, otrora paladín y fiel reflejo del nuevo espíritu alemán, parecía un despojo humano apoyado contra el quicio de la puerta. Sus ojos inyectados en sangre y su desgarbada pose apoyando un brazo contra el marco le hacían parecer una aparición del averno en lugar de alguien capaz de enunciar las ordenanzas militares del derecho y del revés. El silencio se apoderó de la estancia e incluso un detenido que hasta ese momento aullaba su inocencia se mantuvo en silencio. Ziegler reptó hacia su mesa, apoyándose en todo aquel saliente sólido que pudiese encontrar. Se encontraba francamente mal cada vez que todo el maldito cuerpo de guardia se revolvía con violencia cuando llevaba su mirada de un punto a otro. Vomitó con ímpetu sobre el asiento de su mesa una vez llegó a dos metros de ella y sintió que, pese a que los olores anisados del Pernod le revolvían las tripas y el cerebro, se encontraba algo mejor. Lo justo como para poder leer el mensaje que alguien había garabateado en un trozo de hoja sobre su mesa y que decía de la forma más clara que en Heidelberg no había, ni nunca había habido, alguien que atendiese al nombre de Jürgen Schneider. Ziegler sonrió, momento en el que cayó en la cuenta de que un líquido tan pastoso como hediondo había tomado el lugar de su saliva. Ahora no tendría remordimientos cuando eliminase de la faz de la tierra al malnacido que con su farsa había conseguido que llegase tarde a su cita.

Se levantó aparatosamente.

–¿Estás bien, Ziegler? –pudo oír cómo su compañero Hans le preguntaba desde algún lugar indeterminado detrás de él. En realidad se encontraba mucho mejor que al entrar en el cuerpo de guardia, pensando que la inminente muerte del detenido podría aliviar su destrozado corazón. Fue lo suficientemente lúcido como para guardarse ese placer para él solo sin que el bestia de Hans pusiese sus manos sobre el detenido. Se había convertido en algo personal y no quería intromisiones.

–Bien... Solo me hace falta algo de descanso –contestó sin tan siquiera volverse mientras de un perchero recogía el capote negro que con tanta ilusión había cambiado allí mismo por el nuevo gabán azul que esa noche había desaparecido tan misteriosamente como la Giselle a la que recordaba amar. Volver a vestir el uniforme le insufló bravura.

Se dirigió con torpeza hacia la entrada al bloque de celdas hasta que desapareció de la vista de sus compañeros. La vida volvió al cuerpo de guardia una vez el espectro en el que

Ziegler se había convertido por terminada su aparición.

–Creo que hará bien en dormir la borrachera en una celda –apostilló Herbert Roth desde una esquina. Su aspecto era inmejorable tras su cumpleaños–. Creo que ayer en el garito de Ida se bebió las existencias de Pernod. Apareció en mitad de la fiesta y se fue para acabar no se sabe dónde.

–Y yo que creía que no le gustaban esas cosas. Es un tipo muy raro –confirmó Hans mientras se dirigía hacia el teléfono que acababa de empezar a sonar sobre la mesa de Ziegler–. *Gestapo* –contestó.

Todos sus compañeros vieron cómo el semblante de Hans, risueño hacía un segundo ante la resacosa actitud del *kriminalobersekretär*, se tornaba sombrío mientras al segundo de contestar el teléfono, se cuadraba según las ordenanzas. Asintió un par de veces más, incapaz de articular palabra.

–Aquí el *unterscharführer* Lemmers, señor. Tengo el honor de declarar que el *kriminalobersekretär* Ziegler... No está en estos momentos, *herr obergruppenführer* –logró balbucir. A la sola mención del rango de general SS del interlocutor de Hans, el resto de compañeros aguzaron el oído hacia él–. No, señor... Declaro que desconozco dónde está, señor. Si se me permite, señor, estoy convencido que se encuentra en alguna misión contra la judería internacional –si bien su progresión en la *Gestapo* podría verse favorecida por una eventual caída en desgracia del *kriminalobersekretär*, decidió que no era buena práctica contar la verdad y traicionar a Ziegler delante de sus compañeros. Si el *obergruppenführer* quería investigar, no le pondría trabas–. A la orden, señor. Declaro que estoy dispuesto a tomar nota de sus deseos –escupió reglamentariamente mientras abandonó su estado de revista para procurarse un lápiz y un trozo de papel.

Escribiendo como un colegial, con la lengua fuera, garabateó las órdenes en el papel mientras miraba a sus compañeros con unos ojos que transmitían una clara señal de peligro.

–Así se hará, *herr obergruppenführer*. Me aseguraré de que sus consignas sean transmitidas del modo más claro, señor –se cuadró una vez más, asegurándose que el ruido de sus tacones al entrechocar llegase al auricular para que a su superior no le quedase duda de que saludaba reglamentariamente y colgó con evidente alivio.

Una vez transcurridos un par de segundos en los que recompuso su uniforme y su correa según el reglamento tras la charla telefónica, se dedicó a comunicar a sus ansiosos compañeros la extraña orden que acababa de recibir.

–Era una llamada de la cancillería del Reich –declaro envalentonado después de respirar para recuperar su aplomo tras comprobar que sus botas brillaban como nuevas. No todos los días lo llamaban a uno desde la cancillería–. El mismísimo Rudolf Hess me acaba de dar órdenes de proteger al prisionero de ayer por la tarde... Ese que decía ser compañero de Albert Speer. He decidido no decir la verdad respecto a Ziegler –añadió, para su propia justificación más que para dar una explicación a sus compañeros. La misión le había sido otorgada a él directamente por Rudolf Hess en lugar de a ese payaso de Ziegler y sacaría tajada de ello.

–¿No habían dicho de Heidelberg que su identidad era falsa? –preguntó Roth, incapaz de ver lógica en todo esto.

–Así es, pero parece que los caballeros saben algo que nosotros desconocemos; y ahora tengo orden de esperar a que en breve lleguen nada menos que *herr Speer* y el mismísimo *obergruppenführer* Hess para interrogar al detenido –se limpió del uniforme una ficticia mota de polvo para darse importancia–. Hasta ese momento debo garantizar su integridad.

Se dirigió desfilando hacia la entrada a las celdas, satisfecho de su impoluto aspecto

personal y dispuesto a no dejar entrar a nadie que supusiera una potencial amenaza para el detenido que él mismo había golpeado hacia escasas horas; sin caer en la cuenta de que el enemigo que trataba de mantener alejado del tal Jürgen Schneider estaba ya dentro, buscando con étlicas ansias criminales a aquel que le habían ordenado proteger.

Zach, involuntario eje a cuyo alrededor giraban los últimos acontecimientos, se encontraba todavía tirado en su celda sin saber nada de lo que sucedía en el cuerpo de guardia. Se encontraba aún con la espalda apoyada en la pared, en la misma postura en la que se había sentado hacía horas, cuando le llevaron tras su interrogatorio; meditando la forma de salir de allí. Había dado mil vueltas a su situación, pero se sabía perdido. Ahora no tenía ningún conocido en el exterior que pudiera echarle una mano como lo había hecho Santiago López en España, su celda carecía de ventanas y solo podía intuir que la única salida pasaba por las rejas que le separaban de un pasillo en el que no parecía haber nadie más que él. Recordaba cómo, en su juventud, había jugado a multitud de videojuegos en los que debía abandonar cárceles nazis; pero tuvo que reconocer que en estos, a diferencia de lo que estaba viviendo, siempre había algo a lo que mirar o una rendija por donde escarbar. Se dejó llevar por el cansancio a sabiendas de que debía descansar cuanto pudiera por si se presentaba la ocasión en la que necesitase estar lúcido.

Entre sueños inconexos sobre aviones saltarines del tiempo y distorsionadas imágenes desde el interior de una celda, pudo desconectar algo de la realidad durante un tiempo. Solo supo que en algún momento había visto trozos de cerebro que se esparcían no sabía muy bien si por el fondo de un armario muy familiar o por el interior de la ventana de un avión, pero que estaba seguro de que no eran los suyos puesto que en sus extrañas visiones se encontraba en el centro de una sala vacía iluminada por una luz cenital mientras dos tipos disfrazados de *Gestapo* le hacían preguntas.

Un sonido muy tenue, pero mucho más alto que cualquiera de los que había oído en las últimas horas, le sacó de su onírico reposo. Algo había hecho ruido por el pasillo. Cayó de bruces en la realidad y supo dónde estaba.

Zach se levantó de un salto, dispuesto a saber si por el pasillo venía alguien que pudiera al menos darle una pista sobre dónde se encontraba. En su situación, cualquier información por pequeña que pareciese sería bienvenida puesto que ahora mismo desconocía todo acerca de su cautiverio.

—¡Aquí! ¡Aquí! —gritó hacia el vacío del pasillo de las celdas—. ¡Traiga algo de comer, por favor!

No obtuvo más respuesta que la del eco de su voz rebotando en las paredes desnudas de los calabozos, pero una vez este se apagó pudo oír con claridad el sonido de unas pisadas que, al aumentar de volumen, indicaban que se dirigían hasta su celda. Como no le cabía duda de que le habían oído, quedó a la defensiva esperando ver quién era el que venía por el pasillo. Una sensación de desasosiego muy parecida al miedo comenzó a bullir dentro de su cuerpo. Si querían asustarle, lo estaban consiguiendo.

El sonido creció en intensidad hasta que ante él, una luz muy tenue arrojó sobre el negruzco suelo de adoquines sucios la inconfundible silueta alargada de una cabeza humana que se acercaba. Por mucho que aguzó su oído, no pudo oír ahora las pisadas de antes mientras la sombra se aproximaba. Alguien se acercaba a su celda con prudencia innecesaria.

—¿Hola? —rompió el silencio con algo de inquietud. No hubo respuesta, aunque pudo ver cómo la sombra, cada vez más alargada y más cercana, no dejaba de aproximarse. Lo que en un principio parecía luz que titilaba se convirtió en una silueta que se acercaba vacilante.

No tardó en ver quién la generaba. Alguien con paso inseguro se aproximaba sin proferir

palabra alguna. Suponía que estaba solo en esa zona porque llevaba horas sin oír nada más que los latidos de su propio corazón, por lo que dedujo que esa persona debía venir a por él.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Zach, más para romper el silencio que para identificar al sigiloso tipo que se aproximaba. Había algo en su renqueante cadencia de pasos que le producía cierto desasosiego.

Sin embargo, la silueta siguió adelante sin emitir ruido alguno; incluso cuando se situó delante de él y pudo, por fin, ver quien era. Era el mismo tipo que le había detenido, el que un par de veces le había salvado de la ira de su subordinado que a duras penas escondía las ganas de propinarle una soberana paliza. Cuando comprobó la identidad del extraño que ahora se apostaba frente a él, brazos en jarras abriendo su capote, pudo por fin apartarse de la entrada a la celda con cierto alivio. Aquel que antes le había tratado con cierta condescendencia debía de haber venido interesado por su salud.

Pero ahora que se había distanciado un par de pasos de él; cuando su visión se acostumbró a la sombra que tapaba el rostro del agente de la *Gestapo*, sintió cómo el miedo creció dentro de él hasta tomar el mando de sus emociones.

Aquel rostro que compartía las facciones del policía no tenía nada que ver con la imagen que recordaba. Una sonrisa maléfica adornaba ese semblante, dándole un tinte de locura que no podía pasarse por alto. Sus ojos rojos parecían los del otrora cabal agente. Pero ahora, emitiendo sonidos entre jadeantes y convulsivos, mostraba una intención alarmante.

No se atrevió a pedir explicaciones por su intimidante conducta puesto no estaba en situación de exigir las, pero supo que se encontraba atrapado en su celda como una rata en una madriguera.

—Sé que eres un impostor. He tardado tiempo en encontrarte, pero te mataré —sentenció una voz aguardentosa. Zach se dio cuenta entonces de que se encontraba muy borracho y seguramente dispuesto a cometer cualquier estupidez, lo que le puso en un nuevo estado de alerta desconocido hasta ahora, en el que la falta de escapatoria amplificaba el terror—. Con tu engaño has conseguido que mi novia se vaya con otro.

A la vista de la pistola que ese hombre estaba desenfundando con desmaña y de su amenaza, Zach obvió este último comentario, tan extraño como intrascendente, pero no estaba dispuesto a quedarse tranquilamente a sacar al agente de la *Gestapo* de su error, sino que analizaba a toda prisa sus pocas opciones para salvarse. El alcoholizado agente blandía su pistola en su dirección, acusándolo de algún tipo de adulterio con el cual no tenía nada que ver.

Sonó un disparo que retumbó en el túnel y Zach, en un alarde de auto diagnóstico, supo que no le había dado aunque iba dirigido a él.

—¡Socorro! ¡Este tipo me quiere matar! —gritó a la desesperada por el pasillo.

La única persona que hubiera podido oírle en ese momento era Hans, apostado marcialmente en la entrada a las celdas. Pero, obnubilado por la presencia de los dos peces gordos del Reich que acababan de entrar en el cuarto de guardia, no solo no pudo oír los sonidos que provenían del bloque de celdas; sino que solo fue capaz de prestar atención a su gesto para intentar que fuera lo más reglamentario posible cuando los dos caballeros fijasen en él su mirada. Se encontraba concentrado, mirada en el infinito, en hacer que sus manos se alineasen con la costura de su pantalón cuando, con el rabllo del ojo distinguió cómo su superior en el cuartel general se presentaba en la sala con los dos señores mientras le señalaba con el dedo. El momento había llegado. Aquellos faisanes dorados habían llegado preguntando por él y su vida nunca más habría de ser la misma, por lo que procuró darles la mejor de las impresiones.

—¿Es usted el *unterscharführer* Lemmers? —preguntó secamente Rudolf Hess cuando

llegaron a su lado.

—¡A sus órdenes, *herr obergruppenführer*! Se presenta el *unterscharführer* Lemmers. ¡Tengo el honor de declarar que el detenido se encuentra confinado reglamentariamente en una celda aislada y que nadie ha cruzado esta puerta, señor! —expuso Hans, tieso como una vela.

Rudolf Hess, más habituado a cuestiones militares que Albert Speer, se adelantó un paso hacia Hans al mismo tiempo que movía desapasionada una mano, como quitando importancia al hecho de que dos cabezas del partido y del gobierno se encontrasen en el maloliente cuerpo de guardia donde se daba entrada a los numerosos enemigos del Reich que tenían que ser purgados.

—Por favor, llévenos hasta el detenido. Nuestro *Führer* nos espera en la cancillería y esperamos despachar este asunto cuanto antes.

Ante el requerimiento de Hess, el *unterscharführer* entrechocó sus tacones con estrépito y se dispuso a guiarles hacia las celdas con la mayor diligencia posible. Se sentía a punto de tocar el cielo. No todos los días podía uno hacer de anfitrión de semejantes prohombres y actuaba como si fuese el mismísimo edecán del *Führer*.

En ese momento en el que pensaba alguna manera elegante de entablar una conversación con aquellos dos hombres, el eco de un disparo, amplificado por los adoquines que tapizaban el pasillo del bloque de celdas, estalló delante de ellos. Cosas de la experiencia, ninguno de los tres hombres reaccionó igual ante la inesperada detonación que sonó como un cañonazo.

Mientras Speer corrió en dirección contraria huyendo del disparo, Hess se quedó petrificado mirando a Hans con una expresión quizás más punitiva que inquisidora. El hombre de la *Gestapo* había caído en la cuenta de que su única misión, que no era otra que la de mantener el orden en las celdas junto al detenido, corría serio peligro si alguien se liaba a tiros en lo que debía ser un remanso de paz y quietud, por lo que desenfundó su arma reglamentaria y corrió hacia donde zumbaban las balas.

Hess, armándose de entereza urgió al asustado Speer a seguir al *unterscharführer* a través del pasillo, petición a la que el arquitecto, poco curtido en refriegas militares, opuso cierta resistencia. El secretario de Hitler insistió hasta casi tener que llevarlo a rastras. No hubieron de andar mucho hasta oír otro disparo y a alguien que pedía socorro con desespero, como si hubiera una amenaza mortal que se abalanzase sobre él. Desconocían el origen de la voz, pero otra que ambos reconocieron enseguida como la del *unterscharführer* Lemmers les confirmó que los problemas no habían hecho más que empezar.

—¡Alto, Ziegler! —rugió Hans unos metros delante de ellos—. ¡Baja esa pistola en nombre del *Führer*!

Los dos representantes de la cancillería del Reich llegaron a tiempo para presenciar la escena. Speer sentía cómo su corazón se aceleraba hasta querer alcanzar la faringe; no solo por el esfuerzo de la carrera, sino por la sensación de desprotección frente a unas balas a las que estaba poco acostumbrado. A cierta distancia pudieron ver a Lemmers que se encontraba en posición de disparo, apuntando a otro agente de la *Gestapo* con un aspecto desaharrapado que zarandeaba inseguro su arma contra una celda. Este último parecía trastabillarse con sus propios pies.

—¡No! ¡Es un impostor! —expuso una voz en exceso ronca que áspera brotaba del extraño tipo frente a la celda—. Nuestros compañeros de Heidelberg lo han confirmado. Es un peligro para la patria.

—No, Ziegler. No es así —Hans Lemmers pronunció cuidadosamente el nombre del *kriminalobersekretär* para que llegara sin problemas a oídos de sus dos distinguidos invitados—. Desde Cancillería han venido dos caballeros para hablar con él.

—¡Sí que lo es! Y además ha conseguido que yo haya llegado tarde a una cita, lo que ha

originado que mi novia se fuera con otro –hasta ese momento nadie se había dado cuenta de que Ziegler estaba borracho y probablemente fuera de sus casillas, pero lo entendieron ahora, cuando sollozó sus extrañas conclusiones.

–Por favor, hagan algo con este tipo... ¡Me quiere matar! –imploró Zach desde su celda. Si habían llegado refuerzos del exterior, la oportunidad de salir vivo de allí había llegado.

–¡Es justicia, cerdo! –gritó Ziegler levantando de nuevo su arma hacia el detenido que dentro de la celda se hacía un ovillo intentando ofrecer la menor superficie posible a la lluvia de balas que se avecinaba–. ¡Debes morir!

En el pasillo retumbó otro disparo; y los cinco hombres implicados en la escena quedaron inmóviles esperando acontecimientos. Ni una voz se oyó una vez se apagó el eco de la detonación, pero cuando el *kriminalobersekretär* comenzó a caer muy despacio, todos, incluyéndole a él, supieron que el disparo había impactado en Stefan Ziegler. Como si la escena sucediese a cámara lenta, pudieron oírle balbucir algo sobre el amor y la muerte antes de que, sin fuerzas, se desplomase en el suelo boca abajo mientras un charco de sangre se expandía desde su pecho. Su alcohólica mirada se apagó sin siquiera sospechar que ella jamás lo echaría de menos.

–¿Me puede alguien explicar qué ha pasado aquí? –preguntó Speer, asustado y sin saber por qué había un agente de la *Gestapo* muerto delante del detenido que habían ido a ver en lo que se suponía una fácil manera de pasar una mañana.

En realidad, el único que sabía todo lo que había pasado estaba muerto. Con eso y con todo, Hans Lemmers se situó frente a la celda e hizo su informe.

–Tengo el honor de declarar que la orden ha sido cumplida –manifestó mientras recobraba el resuello que la tensión de la escena le había hecho perder–. El detenido no ha sufrido daño alguno tal y como fue ordenado, señor.

Sin embargo, Rudolf Hess no era de la misma opinión.

–¿Tiene la poca vergüenza de decir que no hay novedad, *unterscharführer*?

Lemmers no sabía qué decir.

–Le he pedido custodia para un prisionero durante cinco minutos y me encuentro con la propia *Gestapo* intentando asesinarle... ¿Todavía quiere usted convencerme de que no hay novedad? –Hess resoplaba a través de las dilatadas aletas de su nariz acercando su rostro al del confundido Lemmers–. ¡Quítese de en medio inmediatamente, *unterschar*; y no se separe de su arma mientras hace guardia pegado a esa pared!

Hans obedeció la orden al punto, sudando ante la posibilidad de que, por dejadez, hubiera desobedecido la orden directa de un *obergruppenführer*, algo que muy pocos podían contar.

Una vez despejó Lemmers la puerta de la celda, Hess y Speer se asomaron a ella. Se encontraron a un hombre que mostraba mayor entereza que todos cuantos se encontraban allí y que les sonreía mientras respiraba entrecortadamente. Para Zach, el hecho de encontrarse con ellos dos era una señal de que podía haber salvado la vida y la misión. Todo dependía de él.

–Les esperaba con impaciencia, señores –sonrió Zach con un desparpajo que desarmó a todos. Nadie se esperaba que el detenido, en lugar de suplicar por su vida, se dirigiera a los altos cargos del partido con una petulancia que muy pocos en Alemania podían darse el gusto de mostrar. Tal actitud tuvo el efecto de encender la curiosidad tanto de Hess como de Speer. El tipo que había declarado que era un error aceptar la invitación de Stalin antes de que este la hubiera formulado parecía satisfecho de encontrarse allí cuando identificó a quienes tenía delante de él.

Los había reconocido al instante y se sorprendió de la casualidad de estar ante los dos únicos altos cargos nazis que sobrevivirían a la guerra, ambos recluidos en la prisión de Spandau tras el juicio de Núremberg: Speer hasta el final de su condena y Hess hasta el final de sus días.

–¿Le conozco, señor? –preguntó Speer levantando la cabeza tras Hess, todavía receloso de todo el mundo en aquella escena en la que la sangre del *kriminalobersekretär* recién abatido todavía resbalaba, caliente y viscosa, hacia el desagüe que tan convenientemente había sido instalado en el centro de la galería.

–Usted a mí no, *herr* Speer, pero yo sí a ustedes. Aunque supongo que eso mismo pueden decir millones de alemanes. Tengo que hablar con usted –afirmo Zach con una suficiencia que hizo que Rudolf Hess se replantease el almuerzo con Hitler como la opción más entretenida de pasar el día. Aquel tipo, con aquella forma de hablar con tanta familiaridad no parecía un espía peligroso para la patria.

–En eso tiene razón –convino Speer–. Pero a diferencia de esos millones de alemanes, parece usted saber más de mí que yo mismo. Todavía no me explico cómo supo antes que nadie que iba a ser invitado por los rusos.

–¿Antes que nadie?... No me diga que... –Zach ataba cabos tan rápido como podía. Aún estaba famélico, lo que mermaba bastante su capacidad de raciocinio, pero el momento que estaba viviendo exigía lo mejor de él y no estaba dispuesto a perderse nada. La comida podía esperar–. ¿Todavía no le han invitado?

Una de las cosas que Zach temía era la de hacer declaraciones anacrónicas de eventos que todavía no se hubieran producido. En una primera fase, vaticinar hechos que todavía no se hubieran producido podía hacerle perder credibilidad; y esta parecía una de esas ocasiones. Había metido la pata al llamar la atención en su primera toma de contacto, pero incomprensiblemente, tal error no había causado mucha incredulidad en Albert Speer.

–En realidad, cuando usted declaró ante el *kriminalobersekretär* Ziegler que tenía para mí algo parecido a un mensaje sobre la invitación de Stalin a visitar su país, nadie en Alemania sabía de ello –se adelantó Speer para mirar mejor al hombre que estaba todavía dentro de la celda–. Nadie le prestó la menor atención por ello anoche. Pero ahora es diferente.

–Hemos venido aquí por orden directa de Adolf Hitler –terció Rudolf Hess–. Resulta que esta mañana, sin que nadie supiera nada con antelación, llegó a la cancillería la invitación de Stalin de la que usted habló; lo que ha despertado nuestro interés. No me andaré por las ramas... ¿Cómo lo supo? ¿Es usted un espía?

Así que era eso. Ni el más fino de los análisis de Bifrost podría haber logrado que difundiese su mensaje justo el día antes de confirmarse. Sin habérselo propuesto, había lanzado un órdago que se había descubierto en el momento justo. Zach rio abiertamente, para sorpresa de los dos jefazos del partido.

–No. No lo soy, señor Hess –respondió con serenidad tras dejar de reírse–. Solo soy alguien dispuesto a compartir con el tercer Reich todo lo que sabe. Lo único que les pido es que me escuchen y luego decidan si lo que tengo que decirles es de su interés o no.

Hess y Speer se miraron con extrañeza.

–Tengo que anunciarles que todo cuanto tengo que exponer es algo que solo puede ser escuchado por ustedes –añadió Zach señalando con la cabeza a Hans Lemmers, que seguía hierático, sudando sus temores contra la pared contraria a la celda.

Rudolf Hess captó el mensaje del detenido y se dirigió hacia el asustado agente de la *Gestapo* que, a la sazón, también había percibido que estaba de más en aquella escena.

–¡*Unterscharführer!* –silbó entre dientes, como el escape de una máquina de vapor–. Ha desobedecido usted una orden directa de su superior. Se le encomendó una misión y... ¿Qué es lo que me encuentro nada más llegar? Alguien que ha estado a punto de matar al detenido al que usted debía proteger con su vida.

Hans balbucía. Jamás hubiera imaginado que el *kriminalobersekretär*, que hasta el momento había sido el mejor defensor del detenido, de repente hubiera aparecido borracho para cargárselo. Lo que pensaba que sería su pasaporte para un ascenso se había vuelto una peligrosa jugada del destino que podría convertirse en su perdición.

–Espero que sea usted consecuente con su error y pida su traslado inmediato hacia el frente en el primer tren que salga para Francia... –sugirió Hess con una voz que no admitía replica alguna–. ¡Abra inmediatamente esa celda y salga de aquí antes de que lo ponga ante un consejo de guerra por sabotaje! –añadió subiendo el tono a medida que acercaba su cara al rostro del *unterscharführer*–. ¡Y no olvide enviar a alguien competente que nos proteja de cualquier loco!

Lemmers se hizo un lío con el manajo de llaves de tal manera que este cayó al suelo. Tuvo que agacharse hasta que encontró la que buscaba para abrir la celda.

–Si se me permite la sugerencia, señor, debo hacer notar que el detenido puede ser peligroso, *herr obergruppenführer* –objetó Hans con la esperanza de que un exceso de celo en la seguridad de su superior mejorase su difícil situación.

–En ese caso, propongo que *herr Speer* se quede con la llave mientras permanezco en la celda hablando con ustedes y no la abra hasta que determine si soy peligroso o no –recomendó Zach Schneider desde la celda, apoyados los brazos en la cancela–. Le adelanto que no solo no lo soy, sino que seré de mucha utilidad a Alemania si deciden escucharme.

Speer asintió. No se encontraba muy a gusto en los sótanos del cuartel general de la *Gestapo*, pero comprendió que por el momento se encontraría mejor si el desconocido se mantenía confinado en su celda.

De igual parecer era Hess.

–¡Largo! –espetó a Hans, el cual se cuadró ante el *obergruppenführer* y comenzó a desfilarse hacia la salida del bloque de celdas antes de que pudiera empeorar más su situación. Sabía que los agentes de la *Gestapo* no eran bien recibidos en las unidades del frente, pero entre los fusiles y las bayonetas podía tener una oportunidad de sobrevivir. Si era juzgado por un consejo de guerra como había amenazado Hess, sería fusilado por saboteador.

Una vez fuera de escena el *unterscharführer*, se volvieron los dos hacia la celda que ocupaba el capitán Schneider. Este estaba deseando usar su verdadera identidad y dejarse de tapaderas para dedicarse a su verdadera misión.

–Está bien. Estamos solos –anunció Hess realizando un amplio ademán con su mano abarcando la galería vacía tras él. Sus pobladas cejas se unieron en una sola, extrañado por la actitud poco habitual de ese detenido que tanto tenía que confesar–. Puede usted comenzar a decirnos qué es eso tan importante que tiene que exponer.

–Mi nombre es Zach Schneider. Capitán Schneider –como presumió, tal declaración no surtió efecto alguno en sus dos interlocutores. Guardaba la pregunta trampa para el final–. ¿Desean poder construir aviones que puedan atravesar el Atlántico con una bomba capaz de arrasarse una ciudad entera hasta los cimientos y volver sin un rasguño? Yo dispongo de la manera de hacerlo.

Capítulo 20

La irrupción en el cuerpo de guardia de un blanquecino Hans Lemmers solicitando su traslado al frente fue suficiente como para que ninguno de sus compañeros deseara continuar el servicio de acompañamiento de autoridades del que hasta hacía poco se vanagloriaba este. Cuando expuso su nueva situación todos habían perdido el interés por el asunto justo en el momento en el que se dieron cuenta de que un exceso de curiosidad podía llevarles a un destino brutal, como había hecho con el desgraciado de Lemmers que, de prometérselas muy felices, había pasado a pedir, por orden del *obergruppenführer* Hess, su incorporación inmediata a uno de los regimientos que continuamente se formaban con destino al frente.

Así, cuando un par de minutos más tarde Rudolf Hess asomó la cabeza por el cuerpo de guardia pidiendo comida para el detenido y ordenando que nadie más, aparte del que llevase las viandas, entrase en la zona, todas las miradas convergieron discretamente en el *unterscharführer* cuando el *obergruppenführer* retornó al bloque de celdas.

—No. No pienso volver allí. Buscaos a otro —se atrevió a decir a sus compañeros una vez reunió el valor necesario para llevarles la contraria—. Yo ya he tenido bastante.

Sin embargo, le pudo la presión y no tuvo más remedio que volver a la celda con una bandeja que habían compuesto con algo de embutido que habían conseguido. Hans Lemmers apareció allí con la cabeza gacha, sabiendo que su tiempo era prestado.

—¿Otra vez por aquí? —preguntó Rudolf Hess una vez lo reconoció—. ¿No le ordené que se presentase voluntario para el frente?

—Así es, *herr obergruppenführer* —manifestó ofreciendo la bandeja con la comida obligándose a mantener la mirada al frente—. Tengo el honor de declarar que es lo primero que he hecho, sin embargo, ello no me ha impedido cumplir su orden. Señor.

Rudolf Hess se apoderó con un leve rictus de enfado la bandeja que portaba Lemmers y se la ofreció a Zach, el cual se encontraba tan famélico que no pudo desviar la mirada de la comida; actitud que no pasó inadvertida para sus anfitriones.

—¿Tiene usted hambre, capitán Schneider? —preguntó Albert Speer. Al carecer de la estricta formación militar prusiana de la que hacía gala Hess, lograba parecer algo más humano.

—Así es, señor Speer. No consigo recordar cuándo fue la última vez que comí algo —respondió salivando.

Zach, sin tan siquiera sentarse, se dispuso a devorar la comida sin dejar de pensar en su situación actual. Entre bocados de salchichón se obligaba a mantener una férrea disciplina mental. El peligro todavía no había pasado y un solo desliz ante los dos caballeros podía llevarle a la horca si cualquiera de ellos sospechaba de la veracidad de lo que habría de exponer. Los alemanes se apartaron de la celda para concederle algo de tranquilidad durante la apresurada comida.

—¿Qué es exactamente eso que nos adelantó, *herr Schneider*? —preguntó Hess muy despacio una vez terminó, imprimiendo a sus palabras una pátina de expectación.

—Puedo darles acceso a una tecnología tan superior a la que disponen, que les proporcionará una ventaja definitiva en la guerra —contestó Zach una vez su perentoria necesidad de alimento se satisfizo.

—Nuestra tecnología *ya* es superior a la de nuestros enemigos, lo que nos ha permitido conquistar países enteros en apenas un par de semanas —expuso Hess con una gota de orgullo en la

voz y estirando jactancioso su cuello. Empezaba a cansarse de aquella pantomima, pensando que aquel que comía en su presencia tan solo era un vividor: un farsante con una extraordinaria confianza en sí mismo que buscaba tiempo y una oportunidad para engañarlos.

–Así ha sido hasta ahora, *herr Hess* –subrayó Zach mientras reparaba en que Speer permanecía callado y expectante en segundo plano–. Pero no va a ser así siempre.

–¿Insinúa quizás que vamos a perder la guerra? ¿Quiere que ordene su fusilamiento por derrotista? –amenazó Hess apuntando a Zach con su dedo, sintiéndose de repente incómodo ante esa celda en la que comenzaba a sospechar había permanecido más tiempo del necesario.

–No insinúo eso en absoluto –Zach dejó la bandeja vacía en un rincón, ahíto su estómago–. Solo me permito hacer notar que la situación actual difícilmente se va a mantener para siempre. Nuestros enemigos –hizo especial hincapié en la palabra *nuestros*– desarrollarán armamento más avanzado a lo largo de la guerra... ¿No creerá que vayan a quedarse de brazos cruzados viendo cómo los *Stuka* los pulverizan?

Rudolf Hess se separó de la celda. Parecía irritado.

–Un momento –ahora era Speer quien intercedía levantando las manos en gesto conciliador–. No perdamos el norte. Creo que no debemos dar el encuentro por zanjado. Al fin y al cabo es cierto que es de esperar que nuestros enemigos mejoren su armamento y cualquier manera de modernizar el nuestro por encima del de ellos debe ser tenida en cuenta.

Se produjo un silencio en las celdas que terminó cuando Hess, refunfuñando, volvió a situarse junto a la cancela.

–Bien. Entonces ya va siendo hora de que nos cuente su historia desde el principio o no tendremos más remedio que dejarle en manos de la *Gestapo* –anuncio Speer expectante; cruzando las piernas.

Zach tomó aire. No podía contarles todavía toda su historia, pero divagar y andarse por las ramas era contraproducente. Recordó a tiempo que Speer tenía estudios superiores, por lo que comenzó a describirle de pasada la tecnología que podía procurarles; pero sin comentar nada ni de su avión ni de su origen. Y mucho menos sobre lo que *sabía* que iba a ocurrir.

Estuvieron hablando cerca de una hora, Zach explicando muy por encima la teoría del motor a reacción y de la bomba nuclear como si fuera un comercial de una empresa de armamento. Sus dos interrogadores no le interrumpieron ni una sola vez mientras hablaba, sino que se limitaron a asentir en silencio cada vez que el capitán les preguntaba si habían entendido el concepto que quería transmitirles.

Allí, en un frío pasillo del sótano de la mayor fábrica de terror de todos los tiempos, tres hombres mantenían la reunión más importante de la historia, en la que futuro y pasado se conjuraban para ofrecer un nuevo camino que se abría ante ellos. Zach se metía cada vez más en su papel de benefactor del Tercer Reich, alentado por las actitudes que mostraban los dos prohombres nazis que, atentos como dos universitarios aplicados, sopesaban en silencio las posibilidades que les brindaba la tecnología de la que ese hombre, detenido por la *Gestapo* como si fuera un vulgar ratero, decía disponer.

Tanto Speer como Hess asimilaban la información con cierta reserva. Si ese hombre podía garantizarles acceso a la ciencia que decía poseer no era un espía ni nada parecido, sino un genio; lo que les producía no pocas contradicciones cada vez que caían en la cuenta de que ese hombre parecía haber aparecido de la nada.

Cuando Zach acabó su declaración, sus dos oyentes se miraron entre ellos con mirada interrogante. Sabedor de que cuanto decía era novedoso para los dos alemanes, el capitán optó por dejarse en el tintero varios conceptos para poder exponerlos más adelante, una vez pudieran

acceder a los secretos del avión. Tuvo que frenarse cuando terminó de exponer los fundamentos del motor a reacción y de la bomba atómica porque, aunque sabía que el avión tenía otras muchas tecnologías aprovechables, decidió que en una primera fase sería suficiente con hablarles de conceptos que pudieran asimilar con cierta facilidad. Si con ello conseguía que más tarde un ejército de científicos examinase el avión, ya sabrían ellos cómo sacar partido a sus sistemas de comunicaciones y navegación, a sus pantallas de presentación de datos, a los materiales con los que estaba construido, a su radar, a su circuitería e incluso a su combustible. En cualquier caso, no era un científico y sus conocimientos sobre los procedimientos del avión estaban limitados a aspectos operativos y, en algunos casos como en lo tocante a armamento nuclear, a un saber muy superficial de los entresijos de la materia.

–Tengo que admitir que estoy impresionado –comenzó aceptando Albert Speer tras la exposición de Zach–. Vinimos aquí interesados en alguien que había predicho una invitación del gobierno ruso y me encuentro con unos conocimientos que por complicados sospecho que escaparían a la flor y nata de los científicos alemanes.

Speer, pese a estar informado de lo que pasaba en su mundo, jamás había oído nada parecido a la escisión del átomo. Hasta donde él sabía, solo las teorías más nuevas y revolucionarias sugerían que era posible que los átomos estuvieran formados por partículas más pequeñas. Recordaba haber leído artículos de un científico danés, un tal Bohr, en las que hablaba de algo parecido a un núcleo atómico y unas partículas que orbitaban alrededor de él siguiendo un patrón determinado; pero nada había oído sobre átomos que al romperse puedan destruir ciudades enteras. Una cosa tenía clara en ese momento: tanto si ese hombre era un impostor como si era una eminencia, merecía la pena continuar investigando sus consejos junto a los mejores científicos alemanes en un lugar mucho más elegante que una celda podrida de humedad.

–Sin embargo, yo tengo muchas preguntas que hacerle –añadió Hess mientras se levantaba–. Al igual que Albert, estoy sorprendido pero, sin embargo, estoy interesado en que me explique usted algo más acerca de esos motores sin hélice que dice usted querer enseñarnos a fabricar.

Dado que los protocolos habían dispuesto que el contacto inicial en Alemania fuera Albert Speer, no esperaba Zach preguntas de una segunda persona, lo que le hizo sentirse incómodo. El arquitecto de Hitler había sido designado por las directrices del proyecto como punto de acercamiento a la cúpula del Reich y por eso estudió sus memorias para poder despertar su curiosidad, pero nada se había dicho sobre Rudolf Hess. Gracias a su pasado como miembro activo de grupos neonazis sabía quién era Hess dado que su tumba, hasta su desmantelamiento, fue uno de los centros de peregrinación de ultraderechistas de medio mundo. Conocía de él apenas un par de detalles, sobre todo los relacionados con el viaje que hizo al Reino Unido. En ese momento Zach cayó en la cuenta de que Rudolf Hess era, al igual que él, piloto militar; lo que justificaba su interés. De hecho se suponía que debía ser un piloto de una calidad excepcional si tuvo que realizar varias pasadas bajas muy arriesgadas y de difícil ejecución al final de su vuelo a Escocia con su avión especialmente preparado. Comenzó a pensar que si podía atraer la atención de Hess como piloto, quizás pudiera tener delante a un poderoso aliado a la hora de despertar el interés sobre su avión y emprender Bifrost por fin.

–¡Acabo de caer en la cuenta de que es usted un excelente piloto! ¡Usted sabe de qué estoy hablando!

La confianza y la admiración que demostró Zach tuvieron la facultad de desarmar al hasta ahora más bien adusto Rudolf Hess, el cual henchió el pecho con orgullo para acariciar las condecoraciones que adornaban su guerrera.

–Así es. He ganado alguna de mis medallas como piloto, y por eso me interesa saber si es cierto que usted conoce la manera de construir un avión con la autonomía suficiente como para cruzar el Atlántico en un viaje de ida y vuelta.

–Claro que la conozco. El secreto está en los motores. Para lograr esa autonomía es necesario volar muy alto, donde la poca densidad del aire supone un menor rozamiento y, al ser menor la cantidad de oxígeno disponible, el consumo de combustible es óptimo. Pero usted sabe que básicamente la hélice mueve aire, con lo que pierde eficiencia a esas alturas –convino Zach sintiendo cómo le escrutaba la simiesca mirada de Hess–. El avión que puedo ayudarles a desarrollar tiene otro tipo de motores que le permiten mantener su eficiencia mucho más arriba –concluyó triunfante.

–Me deja usted asombrado –tosió para disimular una incómoda sorpresa–. Nuestros científicos están cerca de desarrollar un nuevo tipo de motor que en lugar de hélice, utilizará un potente chorro de aire comprimido para empujar el avión; pero no conseguimos solventar ciertos problemas.

–Porque están usando un compresor centrífugo –interrumpió Zach. Conocía de sobra los problemas de los motores a reacción y que lo que a él le parecía obvio, a los ingenieros alemanes les estaba dando numerosos quebraderos de cabeza en ese momento–. Pongan en su lugar uno axial.

–¿También conoce usted el estado de nuestras investigaciones? –interrumpió Speer, preguntando al capitán con ceño inquisidor.

–No exactamente, *herr* Speer –contestó sabiendo que de nuevo pisaba terreno resbaladizo y que tenía que dosificar con sumo cuidado la información que procuraba–. Sé que el motor a reacción está ahora en pleno desarrollo; y dispongo de información que les será muy útil a la hora de producir un motor operativo.

–En ese caso, es usted un espía –amenazó de nuevo Hess. Afortunadamente para Zach, tal afirmación no tenía la misma fuerza que antes.

–Es usted muy libre de pensar lo que quiera –concluyó Zach–. Pero mi interés es cooperar con ustedes para darles nuevos conocimientos, en ningún caso quiero saber el estado actual de sus investigaciones.

–Eso es cierto –terció Speer.

–Y lo más importante para ustedes: estoy deseando que lo que les ofrezco sirva para que el Tercer Reich gane la guerra cuanto antes.

–La guerra avanza ya sin usted –apostilló Hess, todavía reticente a otorgar confianza a ese tipo que les ofrecía la gloria a cambio de nada.

–Hasta ahora lo único que han hecho es el trabajo fácil –apuntó Zach, cada vez más seguro de sí mismo–. Derrotar a Inglaterra y a los rusos les va a ser más complicado –evitó, por orgullo patrio, referirse a los Estados Unidos.

Tras un largo intervalo de tiempo en el que la conversación giró en torno a temas técnicos, llegaron a un punto en el que debían tomar una decisión. Zach, en el silencio que siguió a su última afirmación, supo que aquellos hombres habían mordido el anzuelo. La curiosidad y la posibilidad de lograr una ventaja tecnológica en la guerra pudieron más que su natural reticencia a hablar de temas secretos con un desconocido por mucho que –todo apuntaba a ello– supiera muy bien de qué estaba hablando.

En ese momento fue Speer el que tuvo muy claro el camino a seguir.

–Creo que todo esto debería ser tratado con mayor profundidad, señores –concluyó mientras se apartaba de la celda, buscando algo en sus pantalones–. Supongo que estaremos de

acuerdo en que este sitio no es el más adecuado para hablar de estos temas. Propongo trasladar esta reunión algún lugar más cómodo –sugirió mientras triunfante mostraba la llave de la celda que acababa de rescatar de los más hondo de uno de sus bolsillos.

Hess negó con rotundidad antes de dirigirse hacia su compañero.

–¿Podemos hablar un momento a solas? –agarró a Speer del hombro, urgiéndole a alejarse de la celda. El arquitecto no pudo negarse a tan vehemente petición.

Tuvieron que sortear el cadáver del *kriminalobersekretär* Ziegler que, como un frío convidado de piedra, había asistido de cuerpo presente a la reunión de la celda del bloque C que ocupaba Zach Schneider.

Una vez pensó que estaba lejos del detenido, Hess preguntó a Speer sobre su parecer en esa inaudita situación que habían vivido. Había llegado a la conclusión de que ese tipo no era peligroso, pero sabía que la situación tenía un punto surrealista que le hacía desconfiar. Distaba mucho de ser normal.

Tras meditar su respuesta, Speer expuso su opinión. Creía a pies juntillas que el detenido hablaba con la credibilidad precisa como para presumir que sería un lamentable error dejarlo en manos de la *Gestapo*, donde encontraría una segura sentencia de muerte y en cuyo caso nunca sabrían si sus afirmaciones eran ciertas. Mientras miraba a Zach de soslayo, Hess preguntó a Speer si debían trasladarlo a la cancillería del Reich y este secundó la idea de sacar de allí a aquel hombre. Dentro de su celda, el capitán sonreía seguro de su triunfo pese a saber que los dos hombres estaban dirimiendo su futuro.

–Bien. En ese caso, tomaré la custodia del detenido a partir de ahora –concluyó Hess dirigiéndose a la celda tras tomar la llave que guardaba Speer. Este no pudo sino ceder ante la decisión de su compañero, sabiendo que, como militar y adjunto al *Führer*, tenía el mando en esa operación. De hecho, él había asistido allí en categoría de invitado.

Rudolf Hess entró en la celda como si todo le perteneciese, con todo el poder del mundo. Zach, pese a ello, no se dejó intimidar por el aura de soberbia que emanaba del *obergruppenführer* secretario de Hitler y se movió muy despacio, sabiendo que la oportunidad que esperaba había llegado.

–Recoja sus pertenencias y síganos –ordenó Hess.

–Todo cuanto poseo está en el piso en donde me detuvieron –tuvo que esforzarse por no revelar el temor que abrigaba sobre que alguien hubiera alquilado el piso y descubierto su escondite.

–¿Incluyendo los documentos?

–¿Qué documentos?

–Los que se reflejan todos esos conocimientos que dice usted poseer –contestó Hess algo irritado.

–No poseo documento alguno, *herr* Hess. Todo lo tengo en mi cabeza –sonrió Zach con suficiencia.

–¿Me quiere hacer creer que no dispone de nada tangible en lo que apoyar sus ideas? –resopló Rudolf Hess.

–Está bien –intercedió Speer ante el creciente enfado de Hess–. Creo que por lo pronto, lo mejor será salir de aquí.

Zach salió de la celda sabiendo que pese a encontrarse cautivo y custodiado por dos altos mandos del gobierno, su misión estaba cerca de empezar a dar sus frutos. Esquivó indolentemente el cadáver del hombre de la *Gestapo* que lo detuvo. Se encontraba exultante, no solo por el buen derrotero que empezaba a tomar la misión al efectuar un contacto que con cierta condescendencia

podía calificarse de positivo, sino porque parecía que por fin iba a abandonar los calabozos de la *Gestapo*: reinado de la muerte que, con un pegajoso tufo dulzón a carroña, transmitía su indeleble impronta a todos y cada uno de los rincones de los mal iluminados corredores que atravesaban. En breve llegaron los tres al cuerpo de guardia, donde todos los SS se pusieron firmes como tablones en cuanto vieron a Rudolf Hess. Este pidió escolta en seguida, sin tan siquiera detenerse camino al exterior.

Una vez en la calle, la luz del sol asaltó a Zach como si le hubiese tendido una emboscada, con tal violencia que sus pupilas se quejaron dolorosamente del trabajo que les costaba el tener que adecuarse a un exceso de luz que ya tenían olvidado. Fue invitado a entrar en un coche en el que montaba guardia un descomunal SS que se cuadró en cuanto salieron por la puerta, entre taconazos del personal. Zach fue obligado a ocupar el asiento central trasero del vehículo, entre Hess y Speer. El conductor se sentó ante el volante y esperó instrucciones mientras que la escolta que Hess había solicitado, dos motos del mismo color negro que los abrigos de piel de sus monturas, tomaba posiciones junto al vehículo.

Rudolf Hess dio la orden de partida y el coche se puso en marcha despacio, acompañado por el ahogado ronquido de las dos motocicletas que lo flanqueaban. Zach se permitió el lujo de disfrutar del viaje hasta llegar al edificio de la nueva cancillería del Reich. Hasta ese momento, todo lo que había visto de ese edificio eran fotos antiguas en tonos sepia; y no pudo evitar recordar la escena filmada por el Ejército Rojo en la cual se dinamitaba el águila que, sobre una cruz gamada, coronaba el edificio como otorgándole seguridad. Una protección que él sabía habría de ser estéril, salvo que pudiera evitarlo.

Una vez dentro del recinto de la cancillería y detenido el vehículo en su reservado, descendieron de él todos sus ocupantes.

–¡El detenido debe permanecer bajo la custodia de las SS! –exclamó Hess nada más erguirse fuera del coche–. No ha dejado de ser nuestro prisionero; y no quiero a nadie suelto dentro de la cancillería por muchas ideas que diga querer procurarnos.

En ese momento, el SS conductor del vehículo hizo presa en el brazo de Zach, retirándolo del grupo. Quizás no utilizó mucha fuerza, pero por su gesto no cabía duda de quién mandaba en ese momento, y Zach no pensaba discutirlo mientras era introducido en la cancillería por una puerta lateral con mucho menos boato que aquella por la que se perdían Hess y Speer. Este último le miró amigablemente antes de desaparecer dentro de la cancillería, enviándole con su gesto un mensaje de confianza. Cada uno debía ocuparse de sus labores. El misterioso capitán debía permanecer bajo la custodia de las SS mientras él, acompañado de un taciturno Hess, continuaba pensando en cómo responder a las preguntas que le haría.

En cuanto llegaron a las habitaciones privadas del *Führer*, Hess preguntó al servicio sobre la ubicación de Adolf Hitler; a lo que fue contestado que se encontraba en el comedor almorzando con sus invitados. Speer torció el gesto, contrariado por las erráticas costumbres alimentarias del *Führer*. Pese a que albergaba la posibilidad de que la comida hubiera terminado y que le fuera servido un succulento plato frío, sabía que no era problema sentarse tarde a la mesa de Adolf Hitler. El mismo *Führer* solía llegar tarde a sus propios almuerzos.

–Supongo que será mejor no decir nada de nuestro hombre frente a los invitados –sugirió Speer una vez se dispuso a entrar en el comedor–. Hasta que no hablemos con el *Führer* creo que será más sensato no airear nada de esto ¿No le parece, Hess?

El secretario, muy serio desde que dejaron el cuartel de la *Gestapo*, gruñó mientras asentía con la cabeza. Speer no se sentía a gusto con él y lamentaba tener que compartir el secreto con alguien con tan poco tacto.

–¡Bienvenidos seáis a mi mesa! –exclamó Adolf Hitler en cuanto entraron en el comedor. A primera vista, parecía disfrutar de un inmejorable humor lo que, a esta hora del día, era lo más que podía esperarse de él–. ¿Qué tal ha ido la caza del espía?

–El espía se encuentra ahora en poder de las SS –contestó Speer adelantándose a la respuesta de Hess–. Debemos saber hasta qué punto está al tanto de nuestras acciones y de dónde pudo sacar su información.

–¡Excelente! –cacareó el *Führer*, palmeándose los muslos de emoción–. ¿Y qué es lo que sabemos?

–Creo, *mein Führer*, que todavía es pronto para hacer suposiciones –esta vez fue Hess el que reclamó su parte de protagonismo. Para consuelo de Speer, la respuesta fue de lo más comedida–. Con todos mis respetos, creo que será mejor esperar a que nuestro servicio de seguridad le arranque todo lo que sabe.

Hitler asintió pesadamente mientras que su semblante cambió a un oneroso ademán. Comprendió que había estado a punto de cometer una indiscreción ante sus invitados. Sin embargo, con la misma rapidez que se ensombreció su rostro, volvió a animarse cuando se dio cuenta de que su desliz no debía suponer el cese del festivo ambiente que envolvía el almuerzo. Se volvió a sentar en su sitio, departiendo con Goebbels y Bormann, aquellos que hoy tenían el honor de estar sentados junto al *Führer*.

Así transcurrió la sobremesa, hasta que Hitler, tras una apasionada discusión con sus invitados sobre si eran mejores las tropas francesas que los oficiales que las dirigían, comprobó que Hess y Speer habían terminado su magra ración, momento en el que sugirió a ambos que le acompañasen a la sala contigua para departir sobre algún particular fuera del orden del día. Comprendiendo que lo único que buscaba era confidencialidad, se levantaron y, mientras se despedían del resto de comensales, siguieron a Adolf Hitler hasta la sala contigua.

–Estamos a solas. Cuénteme lo que ha pasado con este hombre –exigió el *Führer*, impasible ahora que sabía que no podían llevarle la contraria.

Speer y Hess se miraron uno al otro. Ahora que había llegado el momento del informe, ninguno de ellos supo muy bien que decir.

–No voy a andarme por las ramas, *mein Führer* –fue Speer quien comenzó. Sabía que Hess jamás diría una palabra que pudiese contradecir a Hitler–. Estamos convencidos de que no es ningún espía. Lo importante es que, según nos ha explicado, sabía de la invitación a Moscú por sus superiores. No ha dicho cuáles son estos, pero a mí me ha convencido porque –hizo una pausa para comprobar el efecto de sus palabras en Hitler. Para satisfacción de Speer, no parecía contrariado–, lo interesante es que parece que desea colaborar con nosotros en temas de alta tecnología.

–¿Alta tecnología? –preguntó Hitler–. ¿Un científico desertor? ¡Estupendo!

–Si se me permite, *mein Führer*, no estamos muy seguros –ahora era Hess quien hablaba una vez comprobó que la afirmación de Speer no había sacado a Hitler de sus casillas, lo que hubiera sido lo más normal–. Parece conocer datos sobre motores de aviación sobre los que nuestros mejores científicos están aún investigando. Y en ese tema no es fácil engañarme. Creo que ese hombre sabe de lo que habla.

Adolf Hitler se rascó la barbilla. Sabiendo del servilismo de su secretario, le sorprendió al dar su opinión sobre un tema, cosa que no acostumbraba a hacer delante de él. Y menos cuando tal opinión contradecía sus suposiciones.

–Bien... Si no es un espía y tampoco un científico... ¿Qué es?

–Eso es lo que estamos indagando ahora. El hombre se encuentra preso en el cuerpo de

guardia de la seguridad de la cancillería –sentenció Speer–. Están comprobando que no es peligroso pese a que parece ser que su identidad no ha podido ser contrastada.

–¿Diría usted que lo es?

–No, señor –Speer tragó saliva. Parecía que el momento de implicarse había llegado–. No solo creo que no es peligroso, sino que soy de la opinión que no podemos dejar pasare la oportunidad de escucharle.

–Perfecto. Vamos a verle ahora mismo, entonces –Hitler se dirigió hacia la salida, animando a sus dos invitados a seguirle.

–Pero... *Mein Führer*... –balbució Hess. Hitler se quedó parado en el acto.

–Mi querido Rudi... ¿Crees que ese hombre entraña un peligro para tu *Führer*?

–No creo que ese hombre sea un peligro, pero deberíamos esperar a que nuestros hombres de la SS decidan sobre eso.

–Tonterías, Hess –sentenció Hitler–. Si se trata de un hombre que dice querer contribuir a nuestra causa con sus conocimientos y que se encuentra recluido por nuestro sistema de seguridad... ¿Qué peligro hay? –concluyó mientras se dirigía a la galería que comunicaba con la sala central de la seguridad de la cancillería.

Tanto Hess como Speer salieron tras Hitler hasta que llegaron al cuerpo de guardia.

–¡Heil Hitler! –tronaron las gargantas de los agentes de la SS cuando vieron entrar a Adolf Hitler en sus dominios. El *Führer* se limitó a levantar una mano a modo de saludo sin dejar de caminar con paso decidido hasta llegar frente al *SS-sturmbannführer* al mando de la guardia el cual, viendo como Hitler se detenía ante él, se puso firme como un roble.

–¿Dónde está el prisionero que acaba de llegar con estos caballeros? –preguntó señalando a Hess y a Speer.

–*Jawohl, mein Führer* –el *sturmbannführer* levantó la mano derecha tan reglamentariamente como pudo mientras anunciaba a gritos–. Tengo el honor de declarar que se encuentra bajo nuestra custodia a la espera de confirmar su identidad, señor. Por lo pronto, señor, puedo adelantarle que nadie en Alemania parece saber nada de él ¡señor!

–Está bien. ¡Lléveme hacia él!

El comandante de la guardia chocó sus tacones con tanta vehemencia que podía haber aplastado un pastor alemán entre ellos, tras lo cual salió despedido hacia las celdas al fondo del cuerpo de guardia con el mismo ímpetu que un tren de mercancías. Tanto el *Führer* como sus invitados le siguieron hasta una pequeña habitación en la que pudo oírse al *sturmbannführer* tronando órdenes una vez entró en ella.

–¡Atención, cuerpo de guardia! ¡El *Führer* en procedimiento de inspección!

Una vez hubieron entrado en la pequeña celda se encontraron con el capitán Schneider sentado a una mesa frente al cual un *SS-oberstabsführer* permanecía firme ante la presencia de Adolf Hitler. Zach, sorprendido, tardó algo más de un segundo en ponerse de pie y saludar a la figura al estilo hitleriano en señal de sumisión al *Führer* que acababa de hacer acto de presencia.

Jamás en su vida había sentido algo igual. Había estado años enteros idolatrando una figura que sabía perdida para siempre, jurando fidelidad a una persona que había muerto al final de la Segunda Guerra Mundial. Pero ahora no había nada entre Adolf Hitler y él. Sabía que miles de sus contemporáneos habrían matado por encontrarse en su situación; pero no fue ese el pensamiento que aturdió sus acciones. Cientos de horas entre consignas neonazis habían conseguido condicionar su cerebro para exaltar la memoria de ese hombre; y ahora lo tenía delante. Pese a que Zach había pasado por multitud de situaciones que habían puesto su entereza a prueba, no estaba preparado para encontrarse cara a cara con Adolf Hitler. Desde el momento en

el que este entró en la celda, una atmósfera densa como la pez relleno el espacio que hasta ese momento había ocupado el aire y, cuando pudo notar sus acerados ojos clavándose en los suyos, sintió que hubiera dado todo cuanto poseía por ese hombre. O que ya lo había dado.

–¡Heil, Hitler! –exclamó el *oberscharführer* que estaba hasta ese momento interrogando a Zach–. Tengo el honor de declarar que el interrogatorio del sospechoso se desarrolla sin novedad. Hasta el momento, no ha sido posible, señor, confirmar la identidad del detenido.

Sin embargo, Hitler no parecía hacer caso al informe que se le había dado. Se limitaba a mirar al detenido con una expresión indeterminada, entre miedosa y desafiante que no tardó mucho tiempo en asombrar a todos, incluyendo a Zach.

–¿Tú? –preguntó Hitler mientras apuntaba a Zach con un tembloroso dedo índice. Nadie entendía nada.

–¿Yo? –respondió Zach, apuntándose el pecho con ingenuidad. Si no fuera porque era imposible, hubiera jurado que Hitler lo había reconocido.

–*Mein Führer*. Es el hombre de quién le hablaba. Dice tener información que puede ser muy importante –explicó Speer, intentando calmar los ánimos en medio del inesperado momento de confusión que se había creado en lo que debía ser una visita generada por la curiosidad de Hitler por conocer a aquel que decía poder ser de utilidad al Reich.

–¡No! ¡No es así! –la voz de Hitler subió en tono y volumen hasta convertirse en un chillido histérico–. ¡Es un impostor! ¡Hay que fusilarle inmediatamente!

–Pero, *mein Führer*...

–¡Quiero que se le liquide *ahora mismo*! –chilló Hitler cuanto pudo, mirando a su alrededor al borde del paroxismo–. ¿Es que no hay aquí nadie capaz de eliminar a este impostor? ¡Es una orden directa de vuestro *Führer*!

En el momento en el que Adolf Hitler invocó su mando, el *SS-sturmbannführer* sacó su pistola reglamentaria y apuntó a Zach dispuesto a cumplir la orden cuanto antes y descargar contra él toda la munición que pudiera disparar. Tras él, todos sus subordinados desenfundaron sus armas dispuestos a pulverizar a balazos a aquel a quien Adolf Hitler en persona acababa de sentenciar a muerte.

Capítulo 21

Recostado en el despacho privado de su residencia en Königstein, al noroeste de Frankfurt, Tim Gottlieb, repicando los dedos en el reposabrazos de su asiento, miraba al infinito a través de la pantalla de su portátil de diseño ultradelgado. No sabía qué pensar acerca del informe que acababa de recibir por correo electrónico junto con un beso escaneado que acompañaba la firma de Michelle Hüber, remitente. Sonrió al recordar las caricias de la directora de la empresa que más satisfacciones le daba –dicho en cualquiera de los sentidos de la frase– y, antes de volver a sumergirse en el contenido del informe y a la vista del beso pixelado, llegó a la conclusión de que, mente puesta en Michelle, la tecnología jamás mejoraría las ventajas del contacto carnal directo.

Tim se levantó de su asiento para deambular por el despacho. Caminando entre las montañas de objetos que en una suerte de caos perfectamente ordenado poblaban su particular universo, accedía a cierto nivel de concentración. Tenía dos despachos privados en su mansión, el primero de ellos en la planta baja con una función más estética que funcional y donde, de una forma más protocolaria, deslumbraba a sus invitados con una impactante demostración de poderío económico. Pero aquella estancia en la que ahora se encontraba era donde guardaba sus recuerdos y pasaba sus horas muertas. Era un gran estudio insonorizado junto a su alcoba, sin ventanas y cuya entrada había sido ocultada de la zona de tránsito general por un recoveco que se apartaba del pasillo que daba acceso a sus habitaciones. Tim lo había diseñado como su particular reposo del guerrero. Allí podía tanto dedicarse a leer un libro sin miedo a ser molestado como a aporrear su guitarra eléctrica, conectada a un amplificador capaz de derruir edificios.

Faltaban poco menos de dos meses para la reunión anual de la Sociedad Thule en el chalet de Berchtesgaden, y todavía no tenía nada claro qué ofrecer sobre el desarrollo del Proyecto Bifrost que tanta expectación había levantado cuando fue propuesto hacía casi un año. Durante ese periodo había habido muchos cambios en la Sociedad, algunos de ellos irreversibles como la muerte por un fulminante cáncer de páncreas de Mathias Eggers, Gran Maestro que con su mente abierta a lo desconocido y con su capacidad para asimilar conceptos nuevos fue clave para que Bifrost obtuviera el beneplácito de Thule. Tim albergaba esperanzas de que, si alcanzaba su objetivo, era posible que la estabilidad que otorgaría la implantación mundial del Tercer Reich favorecería la investigación científica, supeditada en el momento actual a un inflexible mercado con unas tiránicas exigencias económicas. Quizás Bifrost consiguiera, entre otras muchas cosas, prolongar la vida de Mathias Eggers.

Su preocupación actual era que, pese a haber dedicado ingentes recursos a investigar sobre el desarrollo del proyecto, no se había encontrado vestigio alguno que pudiera sugerir que Bifrost estuviera en marcha. Había desviado fondos y recursos de otros proyectos hacia el SIT, con la esperanza de lograr algo palpable para ofrecer a sus compañeros de Thule, hambrientos de información relevante sobre el que, por metas e innovación, había sido el proyecto estrella de la reunión del año pasado. Pero todos los esfuerzos habían sido desesperadamente baldíos. No había habido hasta el momento manera de demostrar de una forma irrefutable que el salto al año 1940 había sido efectivo y operativo, así como tampoco había sido posible concluir si el éxito de la misión se traduciría en un cambio instantáneo en el presente o si se manifestaría de cualquier otra forma intangible para ellos, como la creación de un universo paralelo. El estado actual de las investigaciones parecía indicar que el espacio tiempo era continuo y coherente, conclusión

apoyada por el experimento que realizó Michelle Hüber sobre su persona. Cuando ella saltó una hora hacia atrás en el tiempo no creó un universo alternativo en el que ella había aparecido en un laboratorio vacío y activado una nueva línea de la historia, sino que al cabo de una hora irrumpió portando dos botellas de champán en el laboratorio *del mismo universo* en el que había comenzado su viaje; sabiendo lo que se encontraría. Bien era cierto que no podía compararse el hecho de comprar dos botellas del *cuvée* de Bollinger con cambiar el rumbo de una guerra mundial pero, pese a la evidencia del viaje de Michelle, toda una pléyade de los mejores científicos todavía no había sido capaz de determinar con exactitud cómo y cuándo afectaría al presente un giro en el pasado.

Ahora todo podía cambiar, a la luz que arrojaba el informe que releía una y otra vez para no caer en error alguno en su interpretación. Tras darle tres vueltas se levantó inquieto de su asiento de piel para calmar su excitación. Entendió que habían encontrado, tras buscar en un desierto de conjeturas, el rastro que había dejado la traslocación temporal, tan tenue y frágil como el de un caracol sobre el desierto del Sáhara, pero lo suficientemente nítido como para no dar lugar a dudas.

Como Michelle Hüber le había adelantado en la cubierta de su barco anclado en una tranquila cala frente a las costas de Dalmacia, su movimiento temporal había dejado una traza indeleble en la espuma cuántica. Hubieron de buscar a conciencia con los instrumentos más sensibles que la ciencia podía proveer para examinar a qué escala comenzaba a desaparecer el efecto de las leyes de la geometría clásica en la radiación de fondo^[32]. Según explicaba el informe de Michelle, al investigar en los niveles de radiación emitida en la fecha del experimento, podía observarse un curioso efecto. Mientras que en cualquier parte del espectro las leyes físicas del espacio y el tiempo dejaban de ser válidas a una longitud cercana a los 10^{-33} centímetros – medida conocida como Longitud de Planck–, al mirar la radiación generada en la hora de traslocación se advertía un punto en los que esa longitud era más corta. Algo había otorgado al espacio subatómico cierta estabilidad que determinaba que a longitudes similares a la Longitud de Planck, el espacio-tiempo tuviera todavía algo de su estructura clásica. Mientras que a escalas atómicas el vacío cuántico era un hervidero de partículas que aparecen y desaparecen, allí donde había tenido lugar el salto se encontraban resquicios en los que, a la misma escala, el espacio se regía por los principios clásicos de la geometría; lo que indicaba que algo había añadido estabilidad a la nube espumosa de partículas. No podía ser debido a otra cosa que la traslocación temporal de Michelle que, al surcar el tiempo había dejado un rastro de energía que había servido para estabilizar el espacio-tiempo a escalas en las que solo debería haber espuma.

Aún de pie, todavía leyó Tim Gottlieb el informe una vez más. Desde que había puesto Bifrost en marcha se estaba volviendo un entendido en conceptos de los que en sus años de estudio jamás había oído hablar. Era posible que a los científicos que se dedicaban a observar radiaciones a escalas subatómicas tampoco les serían familiares los términos económicos con los que se había educado, por lo que en parte estaban a la par.

Su erudición en temas cuánticos se había acrecentado desde que se implicó en Bifrost; tanto como para saber que, si bien el informe parecía demostrar que el salto temporal había tenido lugar, no podía deducirse de él que Michelle hubiera llegado de una pieza a su destino salvo cuando entró por la puerta. Y de llegarse a esa conclusión, no tenía manera alguna de monitorizar por ese método la actividad de los viajeros del tiempo durante el salto. Había aprendido lo suficiente como para darse cuenta de que si toda la ciencia del mundo solo había podido demostrar algo tan vago como que había una muesca desfilando por el tiempo en la fecha en la que se produjo el salto, con dificultad podría ofrecer algún dato válido sobre la existencia del objeto

traslocado en su nueva ubicación temporal.

Necesitaba salir de allí para buscar datos de primera mano. Debía ver a Michelle para comentarle sus necesidades de control sobre un hipotético viaje en el tiempo. No sabía si era más fascinante o excitante el hecho de que Michelle tuviera una desmesurada capacidad para satisfacer sus necesidades tanto afectivas como técnicas, pero en cualquier caso, tal facultad despertaba en Tim una atracción cada vez más fuerte.

Llamó a David Vogt, desde hacía años su secretario, y al instante llegó este a su despacho. Era un tipo cetrino y con una complexión bastante más endeble de lo que era aceptado dentro de los círculos en los que Tim solía moverse, en los que el culto al cuerpo era parte importante de los cimientos del status individual. La excesiva importancia que su incipiente calva tenía en su aspecto general le hacía parecer mayor de lo que era, y el par de gafas redondas de diseño anticuado que se empeñaba en portar no le favorecían; pero su extraordinaria eficiencia como secretario y organizador de su agenda se erigían como las mejores de sus credenciales.

Mientras David permanecía en la entrada del despacho, Tim le expuso su intención de conducir hasta Frankfurt para realizar una visita rutinaria al SIT. Se guardó muy mucho de cometer la indiscreción de hacerle partícipe de sus fantasías respecto a Michelle, pero no olvidó comunicarle que no sabía cuándo iba a estar de vuelta y que no quería llamadas bajo ningún concepto. Cualquier imprevisto debería ser comunicado por mensaje. El secretario, habituado a ese tipo de desapariciones, sonrió con complicidad, mostrando una fila de dientes de un blanco niveo que pocos dentistas en el mundo podían ofrecer. Con suerte, la salida de su jefe le daría un día libre precisamente cuando más falta le hacía. Si no iba a tener mucho trabajo podría ir al aeropuerto de Frankfurt a recibir a su amigo Yaakov, procedente de Tel Aviv en un avión de El Al. David no pudo reprimir una sonrisa. Jamás entendió cómo su amigo, con hechuras parecidas a las suyas, pudo haber llegado a ser uno de los agentes más activos del Mossad, el servicio de inteligencia israelita.

Tim recogió su móvil, se puso un blazer que colgaba de su perchero y, tras cerrar la puerta con cuidado, se dirigió al garaje. Pese a disponer en él de una envidiable colección de coches, no le costó decidirse. Cuando tenía que conducir por ciudad, la elección estaba condicionada por la comodidad de llevar uno pequeño, motivo por el cual desechaba los coches de más de cuatro metros y se subía a su potente Mini, con el cual podía moverse con agilidad entre el denso tráfico.

Mientras conducía hacia Frankfurt entre los oscuros bosques al sur de Königstein, comenzó a pensar en las dificultades que tenía para monitorizar la actividad de los hombres de Bifrost tras el salto. Quizás hubiera sido mejor haber definido a priori mecanismos de control en el diseño del aparato que operaba el milagro temporal, pero recordaba que la cadena de acontecimientos que hubieron de sincronizarse para poder realizar el salto bajo las condiciones necesarias imprimió cierta premura a la hora de ultimar los preparativos de la misión. Ahora no había más remedio que resignarse a la imposibilidad aparente de implantar medidas de verificación.

Pese a que conocía el significado de la palabra *imposible*, Tim no era de los que se sometía con facilidad a su incontestable realidad. Pensaba que determinar que algo era imposible era tan solo una excusa para mentes conformistas, y por eso asumió que la ciencia, con su escasa visión periférica, solo sabía mirar el mundo bajo un prisma analítico que difícilmente podía englobarlo todo. Sabía que en el mundo científico, con frecuencia los árboles impedían ver el bosque; y él había alcanzado su posición por ver más allá de la arboleda. Debían investigar en algún sitio donde la ciencia, capaz de mirar en los recovecos subatómicos del universo, no era capaz de imponer su ley.

Ese rincón no podía ser más que el mundo empírico, aquel donde solo reina la experiencia. Donde la naturaleza humana burlaba la férrea dictadura de la ciencia, y el espacio en el que Tim Gottlieb se movía como pez en el agua.

Con esas premisas comenzó a convencerse de que si era verdad que habían realizado el salto y que se había producido algún tipo de interacción entre los viajeros y el mundo pasado al que llegaron, debía haber algo en algún sitio que los delatase. Sabía que los agentes enviados al inicio de la Segunda Guerra Mundial tenían estrictas órdenes de interferir con su entorno lo menos posible, lo que no quería decir que su interacción fuera cero. Y aunque Bifrost hubiera decretado interacción nula, esta no podría conseguirse bajo ningún concepto salvo que los agentes se transformaran en espectros.

Si habían sobrevivido a su viaje temporal, debían haber vivido en esa época lo suficiente como para haber dejado alguna pista. Al menos habrían comprado vehículos, hablado con personas, dejado algún material fungible en algún sitio... No podían haber pasado por el mundo sin dejar ningún tipo de huella. Y si habían sido capaces de seguir el rastro del viaje temporal a una escala subatómica donde un mísero electrón tiene el tamaño de un continente, debería ser más fácil encontrar el rastro de un determinado hombre hace poco más de medio siglo.

Recordó un extenso dossier que dormitaba en la caja fuerte de su despacho privado, una Herring Hall & Marvin de principios del siglo XX que había sido restaurada en chillones tonos rojos y reforzada para poder ofrecer toda la seguridad que requería para guardar en su interior sus bienes más codiciados. Ya era hora de que el descanso del informe llegase a su fin. Si en él estaban redactados los movimientos que debía realizar su agente, debería comenzar su investigación allí donde este hubiera permanecido más tiempo, aumentando así la posibilidad de dejar algún rastro. Lo primero que tenía que hacer era averiguar todo cuanto pudiera sobre Bifrost, puesto que sus compañeros le asaltarían con preguntas referentes a su absurdo e infructuoso proyecto de cambiar el rumbo de la historia a su favor.

Cambió de sentido antes de llegar al nudo que entroncaba con la autopista y emprendió el camino de vuelta a casa para recoger el dossier. Aunque compartir esa información estaba terminantemente prohibido por los estatutos de Thule, quizás pudiera pedirle consejo a la doctora, cuya inteligencia había demostrado con creces su capacidad para hallar una salida airosa a cualquier imprevisto. Podía no mostrarle todos los datos sino solo pedirle consejo de una manera mucho más vaga, de forma que los protocolos de seguridad de Thule quedasen intactos. Dejar el dossier en el coche antes de hablar a Michelle de sus problemas se reveló como una excelente solución de compromiso.

No tardó mucho en regresar a su mansión. Los guardias que le habían visto salir se sorprendieron de su pronto retorno.

Mientras traspasaba la entrada a su finca, Tim comunicó por el interfono al cuerpo de guardia que solo estaba de vuelta para retirar algo que había olvidado en su despacho para volver a marcharse lo antes posible. De hecho, no pensaba dejar el coche en el garaje, sino que lo dejaría un segundo frente a la entrada principal.

Condujo su coche sobre el empedrado gris que crujía musicalmente bajo sus ruedas de perfil bajo hasta detenerse frente a la entrada principal de la mansión. La luz del sol tamizada que atravesaba una delgada capa de nubes intensificaba el color azul eléctrico del vehículo que, en vívida contraposición con los tonos ocres del edificio, producía un llamativo efecto óptico que Tim saboreó con interés estético antes de entrar en casa.

Subió los escalones de dos en dos para recoger cuanto antes la documentación y poder dirigirse de nuevo al encuentro de Michelle; pero nada más llegar a la puerta de su despacho

particular, advirtió que algo estaba fuera de lugar.

Siempre cerraba la puerta de su particular paraíso con un celo excepcional y así recordaba haberlo hecho cuando la abandonó, sin embargo, la puerta del despacho estaba abierta: sobresalía un par de centímetros de su posición cerrada. Hasta ese momento, nunca consideró cerrarla con llave, sabiendo que su propia mansión era en sí una inexpugnable caja fuerte en la que el hecho de introducirse sin permiso era una acción suicida; pero ahora dudaba de tal afirmación ante la vista de la puerta mal cerrada. Dio un par de pasos hacia atrás lo más silenciosamente que pudo, con una pizca de miedo en sus emociones. Estaba seguro de que alguien la había abierto sin su permiso; y nadie del servicio doméstico sería capaz de tal atrevimiento. De hecho, su habitación era la única que Tim cuidaba; quizás no todo lo que una estricta higiene requería, pero lo suficiente como para no resultarle desagradable.

Una vez alejado de su reducto, rebuscó nervioso, buscando un móvil que sabía llevaba encima, pero no muy bien dónde. Cuando por fin lo encontró, solo tuvo que pulsar una combinación para que una luz roja parpadeara con insistencia en el cuarto de guardia del complejo, ante la perplejidad de Marie Münch; a la sazón la misma agente que hacía muy poco tiempo había visto a su jefe entrar sonriente por el portalón de acceso a la finca.

—¡Arriba! —ordenó al compañero de guardia que estaba sentado en un sofá atendiendo a los mensajes de su smartphone—. ¡Tenemos una alarma personal del jefe desde sus habitaciones!

Como un resorte, ambos pulsaron otra alarma silenciosa que atravesó la finca de un lado a otro. El personal de vigilancia debía organizarse para comprobar una emergencia de máxima prioridad emitida desde el mismo corazón del complejo. Un par de manos abrieron los armarios donde se guardaban las armas de última generación dispuestas para su uso inmediato y sendos chalecos antibalas fueron descolgados de las perchas en las que reposaban. Coordinados con maestría por Marie, los guardias de seguridad de la casa, adiestrados como un comando de élite, se desplegaron, rodeando el punto donde la alarma había sido emitida en un alarde de sigilo y rapidez.

El mismo Tim fue incapaz de notar nada extraño hasta que uno de los guardias, pertrechado como para asaltar una guarida de Al Qaeda, se situó tras él; exigiendo nuevas instrucciones una vez pudo comprobar, en estrecho contacto con sus hombres, que su jefe no estaba en dificultades. Puesto que desconocía la naturaleza de la emergencia, el guardia se aproximó cauto a Tim con el firme propósito de ponerlo cuanto antes a salvo de cualquier complicación. A requerimiento del vigilante, le explicó en un tono de voz muy bajo que pensaba que había habido una intrusión en su cuarto; momento en el que, como si sucediera todo a cámara lenta, la puerta comenzó a abrirse desde dentro. De una forma impulsiva, el guardia propinó con su brazo izquierdo un empujón a su jefe para quitarlo de en medio mientras con su otra mano desenfundaba su pistola dispuesto a abrir fuego contra todo aquel que apareciese por esa puerta.

Tim Gottlieb no rehuyó el peligro, sino que consiguió zafarse del empujón apoyando su espalda contra la pared del pasillo; desde donde pudo constatar que había algo en la escena que le restaba peligrosidad.

De la misma opinión era el guardia. Lo habitual era que cuando uno se enfrenta a un enemigo que sale de una habitación que ocupa de manera ilícita, se espera que este abra la puerta con cierta cautela. Sin embargo, quien fuera que saliera de la habitación, parecía no tener respeto por lo que pudiera haber fuera. Como accionada por el mismo dueño de la casa, la puerta se abrió hacia afuera franca y sinceramente; lo que hizo al guardia aflojar su tensión sobre el gatillo hasta que la puerta se abrió del todo.

—Que... ¿Qué pasa? —preguntó desde el interior de la puerta un sorprendido David Vogt al

ver el rostro asustado de Tim tras el guardia apuntándole con una pistola. Era la primera vez en su vida que veía un arma desde esa perspectiva; y por un momento hubiese jurado que la parca le sonreía desde el interior del cañón de la Heckler & Koch USP.

—¿David? Sabes que está prohibida la entrada... ¿Qué se supone que haces en mi habitación? —preguntó Tim a su secretario. El habitual tono cetrino del rostro de este había evolucionado camaleónicamente a un verde bilioso.

El guardia bajó la pistola aunque decidió que no era momento de guardarla, por lo que esperando órdenes la mantuvo en sus manos sin quitarle el seguro.

—Lo sé, señor Gottlieb, pero al escuchar la alarma en su interior tuve que tomar una decisión —agachó la cabeza en señal de sumisión tras cruzar su mirada con la de Tim Gottlieb—. Sabía que usted no estaba en la casa y desconocía si era algo importante que necesitase de su inmediata atención, por lo que decidí entrar a ver que era. Cuando vi que era un despertador caí en mi error y ahora estoy consternado por ello —se disculpó el menudo secretario una vez recuperado del susto y cuando fue consciente del operativo que su intrusión en el despacho había causado—. Sé que no debería haberlo hecho, señor Gottlieb, pero escuché una alarma desde el pasillo y entré a ver si era algo que mereciera ser tratado rápidamente —el aceitunado rostro del secretario viró hacia un vergonzoso color rosado mientras muy despacio levantaba un pequeño despertador digital con ambas manos—. Parece que se lo dejó usted encendido, señor. Me costó bastante encontrarlo entre el pequeño caos que reina en su mesa.

Tim examinó a su ayudante con suspicacia. Se conocían el suficiente tiempo como para que su secretario de confianza supiera que le estaba vetado el paso a esa habitación. David Vogt debía entender que no era un cuarto de juegos para su jefe, sino que era allí donde guardaba sus pertenencias más valoradas. Era improbable que supiera todo lo que guardaba en esa sala, aunque debía ser consciente de la importancia de lo que albergaba. Reconoció el pequeño despertador. Lo solía usar cuando temía que la actividad en su despacho le robase horas de sueño, como si fuera un salvoconducto contra la somnolencia; y recordó que la última vez que lo usó fue hacía veinticuatro horas, cuando tras una agotadora sesión de guitarra altamente distorsionada decidió navegar por internet en busca de las últimas noticias y temió quedarse dormido ante el monitor. Terminó antes de lo que había supuesto y abandonó su sala cuando echó un vistazo a sus servidores de noticias, pero no recordaba haber desconectado el despertador, otorgando validez a la coartada. A la vista del rostro de su empleado que retornaba a su macilento aspecto, determinó que quizás se hubiera extralimitado en sus funciones, pero no parecía ser una amenaza. De hecho, aunque su ayudante sabía que no era lo mismo entrar en la sala acompañado que por propia iniciativa, recordaba haberlo invitado a entrar alguna vez en su santuario.

Tras unos interminables instantes en los que tan solo una cortina mecida por el aire que entraba juguetón por una ventana entreabierta supuso el único movimiento en escena, Tim dio el incidente por zanjado y pidió a su guardia que cancelase la alarma tras felicitarle por el trabajo bien realizado. El vigilante colocó el seguro a su arma y, tras guardarla, repitió por su intercomunicador al puesto de control la afirmación de Tim de que no había peligro alguno en su domicilio. De una forma imperturbable esperó confirmación de la recepción de su mensaje para saludar con la cabeza antes de desaparecer por el pasillo hacia el hall principal del piso superior, donde antes de volver al cuarto de guardia se reuniría con el compañero que había estado cubriendo la incidencia con un rifle de mirilla telescópica.

Tim se aseguró de que estaba a solas con su secretario para dejarle bien claro que daba igual si oía una alarma nuclear dentro de ese cuarto: la entrada está terminantemente prohibida.

Su asistente asintió cabizbajo antes de salir de las habitaciones de Tim, y este aprovechó

para entrar en su despacho con cautela. Sabía que era cierto que había dejado dentro un despertador encendido, pero un rastro de duda sobre las verdaderas intenciones de David quedaba en su cabeza. Una vez dentro examinó la estancia buscando algo fuera de su sitio que no llegó a encontrar, tal vez porque el caos ordenado que imperaba en su dominio privado hacía difícil el discernir si algún elemento estaba fuera de su sitio o si bien había permanecido así siempre.

Una vez revisó todo, se dirigió a su vieja caja fuerte. Ahora que sabía que su santuario había sido profanado, no se sentía tan seguro como solía, por lo que miró por encima de su hombro antes de usar la combinación para abrir la redonda puerta de la caja de seguridad en cuyo interior yacía el informe Bifrost.

Sin más preámbulos recogió el dossier encuadernado en canutillo y, tras cerrar con el mismo celo tanto la caja fuerte como su habitación, abandonó la casa hacia su coche. Con el ánimo algo contrariado –no sabía muy bien por qué– salió por segunda vez en el mismo día hacia Frankfurt, consolándose con la idea de que la inmediata reunión con Michelle Hüber sería mucho más fructífera si tenía plena información sobre Bifrost.

Mientras recorría el camino antes desandado, le asaltó una duda con la fiereza de un animal salvaje hambriento. ¿Y si David Vogt hubiera tenido acceso a la información confidencial sobre Bifrost? ¿Y si hubiera podido transmitirla a sus enemigos? El impacto moral de tales cuestiones le produjo una momentánea distracción al volante originada por una leve pérdida de contacto con la realidad; algo que el estridente sonido de un camión que a punto estuvo de llevárselo por delante le ayudó a recuperar. Con el corazón a punto de salirse por la boca, se obligó a serenarse si quería llegar de una pieza junto a su amada. Al fin y al cabo, ambas premisas eran improbables por no decir imposibles. La eficacia y lealtad de David habían pasado con éxito los más férreos controles; y tenía una coartada que justificaba su presencia en aquella sala. Y aun en el poco factible caso de que fuera un espía y consiguiera enviar información sobre Bifrost a sus enemigos, el proyecto estaba en marcha y nada podía pararlo.

Al entrar en la *autobahn* que le llevaría a Frankfurt en un abrir y cerrar de ojos, aceleró pensando que no había motivos para alarmarse y se complació en la evocación de su inminente encuentro con Michelle, imaginando sus manos sobre la tersa piel de la embriagante directora del SIT, lo que le produjo cierta tensión placentera entre las piernas.

Era muy probable que dejase los temas técnicos para el final de su reunión con Michelle. Había otros temas que requerían una atención más urgente.

Capítulo 22

—¡Quietos, por Dios! ¡Que nadie cometa una estupidez!

Albert Speer, impulsado por un torrente de adrenalina, tomó una decisión fulgurante y con su cuerpo cortó la línea de tiro que terminaba en Zach para proteger a aquel tipo del que nada conocía. Cuando una bala perdida que escapó en la tensión del momento pasó rozando su oreja, comenzó a pensar que había sido un insensato; y en el momento en el que la bala se incrustó en la pared del fondo tras él levantando una nube de polvo, se agachó mientras instintivamente resguardaba su cabeza entre sus brazos. Zach, de pie, miraba impertérrito al arquitecto con fundada perplejidad. No habría dado nada por su vida en ese momento, convencido de que su misión había terminado.

—¡Alto el fuego! —aulló Adolf Hitler a la guardia ante la inesperada actitud de su protegido—. ¿Se ha vuelto loco, Speer?

El arquitecto no contestó a la pregunta del *Führer*, hecho un ovillo y agachado ante Zach. Temblaba de miedo cayendo en la cuenta de que jamás había sentido una bala silbando su melodía de muerte tan cerca de su cabeza. Una vez comenzó a abrir despacio los ojos entre la maraña que sus brazos tejían sobre su cabeza y comprobó que no parecía que hubiera más disparos hasta nueva orden, se puso en pie muy despacio, intentando mantener una compostura que estaba lejos de sostener.

—Lo siento, *mein Führer*. He pensado que era mi deber evitar el error que supondría el ajusticiar a este hombre antes de que podamos contrastar la información que dice traer —explicó Speer mientras intentaba atusar el traje, arrugado tras su puesta a cubierto, mientras sentía el retorno de la entereza a su cuerpo junto a otras constantes vitales—. ¿Pueden bajar sus armas, por favor? —sugirió a la vista de una media docena de cañones de pistola que a través de él, situado aún en varias líneas de fuego, apuntaban al prisionero.

Adolf Hitler sentía en ese momento un taladrante dolor en las sienes y pese todo transmitió la orden asintiendo con la cabeza al *SS-sturmbannführer*; el cual bajó su arma al instante. Los demás siguieron su gesto.

—Sugiero que nuestro invitado tenga un encuentro con alguno de nuestros científicos para determinar si de lo que habla es de nuestro interés o no —repitió Albert Speer una vez se relajó el ambiente en la celda cuando desaparecieron de escena las pistolas—. Quizás *herr Hess*, que pudo escuchar sus propuestas con mayor juicio, pueda designar un experto con más acierto que yo—. Sentenció intentando involucrar a Rudolf Hess, que había quedado en un discreto segundo plano. Speer sabía que el secretario del *Führer* era, salvo que uno lo implicase directamente, incapaz de decir algo opuesto a la voluntad de Adolf Hitler.

—Es posible, sí, que tenga a alguien adecuado para decidir si es quien dice ser o un impostor —concedió Hess, masajeándose su cuadrada barbilla.

—¡Es un impostor! —maulló Hitler al punto—. Jamás olvido una cara, y conozco a este hombre —sentenció mientras levantaba un dedo acusador hacia Zach.

—¡*Mein Führer!* —bramó el capitán, tieso como una vela, levantando la mano derecha en saludo y tomando las riendas de su destino para dejar de depender de que los demás defendieran su misión. Había conseguido lo que nadie en su época: una experiencia personal ante Adolf Hitler que debía enderezar con el más estricto de los aires marciales que pudiera ofrecer—. Debo hacer notar que es imposible que nos hayamos encontrado antes. Dudo que haya ningún alemán que haya

tenido el honor de encontrarse con nuestro *Führer* para más tarde olvidarlo. Si hubiera coincidido con usted en otra ocasión sería algo que yo jamás olvidaría. Por ello tengo que decir, *mein Führer*, que, pese a que no pongo en duda su capacidad de recordar a quien necesite, puedo asegurarle que jamás he tenido el honor de encontrarme frente al salvador del pueblo alemán.

La intervención de Zach, aunque lejos de las ordenanzas militares vigentes, estaba cargada de un sentimiento que todos pudieron reconocer. Incluso el mismísimo Hitler comenzaba a dudar de sus recuerdos y lo examinó entornando los ojos. Su retentiva no le fallaba cuando lo miraba a los ojos. Los recordaba de haberse clavado en los suyos tiempo ha, cuando un desconocido le salvó la vida en los convulsos primeros compases de su vida política, pero el rostro no era el mismo. Recordaba cómo el hombre anónimo que le arrancó de las garras de la muerte presentaba una aparatosa cicatriz en el rostro, mientras que la única irregularidad en el rostro del hombre que tenía erguido ante él era una barba cerrada que debía haber sido afeitada hacía un par de días para ser estéticamente aceptable.

—¿Ha estado alguna vez en Múnich? —preguntó Hitler dispuesto a eliminar la sospecha que la mirada del detenido le producía.

—¡No, *mein Führer*! Juro por mi honor que jamás he estado en Múnich.

Adolf Hitler mantuvo una mirada adusta frente a Zach. Temblaba ligeramente, tal vez por el hecho de tener que tragarse sus palabras y reconocer que se había equivocado de persona. No podía admitir el error que su arquitecto había solucionado arriesgando su vida frente a una docena de SS dispuestos a cumplir la orden del *Führer* de liquidar al detenido.

—Bien. Le creo —admitió Hitler a modo de disculpa, en un tono de voz más débil que lo que acostumbraba a hacer. Podían contarse con los dedos de una mano las veces que el *Führer* se echaba atrás en una decisión—. En ese caso, no tengo más remedio que preguntarle qué es lo que ha venido a hacer aquí.

Zach sonrió. No le importaba que todos vieran que estaba feliz de haber salvado la vida y el proyecto que le había llevado allí.

—Como le comenté a Hess y a Speer, *mein Führer*, mi único interés es colaborar a la grandeza de Alemania compartiendo mis conocimientos de tecnología militar con ustedes. Estoy dispuesto a ayudar desde ahora mismo con el esfuerzo de guerra alemán.

Adolf Hitler se le quedó mirando. La respuesta que le había dado aquel hombre era la misma que le habían adelantado sus colaboradores. Podía oler su lealtad desde donde estaba y confió en él.

—Está bien. Le daré un plazo de dos días, Albert —se dirigió a su arquitecto, todavía respirando entrecortadamente tras su acción suicida—. El prisionero queda bajo su responsabilidad, y tiene usted ese tiempo para demostrar que este hombre puede otorgarnos alguna ventaja militar real. Si es así, le nombraré ministro; pero si falla, ambos serán ahorcados por alta traición.

Sincronizados, Zach y Speer acataron la decisión con una ligera inclinación de cabeza.

—Puede usted disponer de Hess para realizar las acciones que decida, pero no olvide que son solo dos días para verificar lo que este hombre sabe —concluyó Hitler antes de dar media vuelta y desaparecer por la puerta del cuarto de guardia sin esperar a ser acompañado. En el fondo estaba esperando que Speer pudiese confirmar las altisonantes afirmaciones del detenido. Algo le decía que ese hombre no era ningún pusilánime que intentase mentir para salvar la vida. Recordó que cuando la bala perdida rozó la cabeza de Speer, el extraño ni se inmutó; lo que indicaba que no era un cobarde. Hitler sabía de qué hablaba puesto que había pasado la Gran Guerra saltando de trinchera en trinchera en el frente occidental y oyendo silbar a su alrededor

proyectiles de muchas nacionalidades. La inmensa mayoría de ellos había pasado de largo, quizás conscientes de que aquel extraño cabo que danzaba entre los parapetos haciendo de enlace debía jugar un papel más importante en la historia que el de ser un número anónimo entre los millones de alemanes que hallaron allí la muerte.

Hoy, por vez primera desde entonces, había visto en la actitud de ese extraño prisionero la misma filosofía frente a la muerte que él había llevado a la práctica en el ejército. Había sospechado que ese hombre antepone su misión a su vida, y solo por eso decidió dar una oportunidad a aquel que había declarado querer colaborar, al igual que él, a la grandeza alemana; pero no le temblaría la mano para firmar la sentencia de muerte de Albert Speer si tal afirmación era falsa.

Mientras tanto, en la sala de guardia de las SS, Hess, como militar de más alto rango, ya había acaparado el protagonismo de la situación pese a comprender que Hitler había emitido su ultimátum contra Speer, haciéndole responsable de las acciones que decidiera tomar.

–Creo que sé cómo arreglar esto –exclamó el secretario de Hitler mirando a Zach con un extraño brillo en los ojos–. Precisamente tenemos en Berlín a la persona adecuada para determinar si las ideas de este hombre son aplicables o si por el contrario son pura basura.

La mirada de Speer buscó al capitán Schneider, el cual seguía firme después de haber abandonado Hitler la estancia. Descubrió en el prisionero el efecto de la devastadora primera impresión que solía causar Hitler puesto que a él le había pasado algo parecido. Sin embargo, la expresión de ese extraño capitán Schneider mostraba una sonrisa de complacencia.

–Debo recordarle que nuestro *Führer* me encargó ratificar en persona los conocimientos de nuestro amigo –añadió Speer antes de dejar que Rudolf Hess se hiciera con el control de la situación. Ambos habían sacado al prisionero en la celda de la *Gestapo* y creían a pies juntillas que les estaba ofreciendo a cualquiera de ellos la posibilidad de convertirse en un héroe; en una persona con un gran poder dentro del aparato gubernamental alemán que, además de poderoso, se tornaría inmensamente rico.

–Lo sé, querido Speer, pero no olvide que mi rango militar es superior al suyo y que el servicio de seguridad de la cancillería en pleno debe obedecerme –respondió Hess condescendiente ante la atenta vista del *sturmbannführer*, que tampoco tenía ganas de que un civil tuviera mando alguno en sus dominios–. Es por eso por lo que debo ordenar al comandante de la guardia que confine a este hombre en una celda hasta que traiga a Anselm Franz para que hable con él.

–¿Anselm Franz? –preguntó Speer.

–Así es –corroboró Hess–. *Herr Franz* es uno de los más brillantes ingenieros de la Junkers, y quiero que nuestro *amigo* le explique cuanto sepa sobre esos motores.

Rudolf Hess ambicionaba mucho más que una información útil a una fábrica de motores de aviación. Su propósito era mucho más codicioso. En realidad su meta era ganar enteros a los ojos de Hitler para que le nombrase titular del Ministerio del Aire en lugar de Hermann Göring. Sabía que el único motivo que Hitler tenía para mantener a un diletante como Göring al frente del ministerio era exclusivamente publicitario y que tan solo una innecesaria aura de héroe de la aviación había impulsado al rechoncho Mariscal del Aire hacia la cabeza del ministerio que Hess creía que le correspondía por derecho. Estaba convencido de que tanto su pericia como aviador como su dedicación y capacidad como gestor ministerial eran superiores a los de Göring, por el momento uno de los más grandes *bon vivant* de la Gran Alemania. Quizás la información que portaba el detenido, a todas luces tan importante como veraz, le supusiera un trampolín desde el que lanzar su carrera como ministro del Reich en detrimento del inepto Hermann Göring.

Hess había leído hacía una semana las últimas pruebas que se habían realizado sobre los motores a reacción y los problemas que planteaban, por lo que sabía de primera mano que esa investigación que debía lanzar una nueva generación de aviones estaba estancada. En el informe, al que tuvo acceso de una forma no del todo lícita, se llegaba a la conclusión de que para que un motor con la nueva tecnología tuviera las prestaciones que se exigían para dotar a los aviones que lo montasen de una velocidad, aceleración y techo de operación sin par; debería tener un diámetro tan grande que hacía imposible su montaje en aviones de caza.

Lo que había llamado la atención de Hess era que, con el único fin de averiguar hasta dónde llegaba la seguridad con la que el detenido respondía sus preguntas, al presentar al supuesto espía el problema con el tamaño del motor; este había dado una respuesta que necesitaba contrastar urgentemente con un ingeniero. El prisionero había declarado con toda naturalidad que el compresor no debía ser centrífugo, sino axial.

No pudo analizar semejante revelación en un primer momento, sin saber si ese conocimiento le venía de ser ingeniero de alguna de las otras naciones implicadas en la guerra o si sólo era un pobre visionario con muchas ideas y pocas luces. En cualquier caso, la seguridad con la que contestó le había convencido al instante de que sabía de qué hablaba. Como aviador y secretario del *Führer* estaba al tanto de que los motores a reacción actuales utilizaban un compresor que lanzaba el aire tangencialmente hacia la parte externa donde, por efecto de la fuerza centrífuga, convertía su velocidad en la presión necesaria para que hiciese ignición en contacto con el combustible que se inyectaría en la cámara de combustión posterior. Desconocía que quería decir con su concepto de compresor axial, pero ahora que podía de poner en contacto al prisionero con uno de los científicos más sobresalientes en ese campo, no pensaba dejar pasar la oportunidad de apuntarse un tanto decisivo en su ascenso hacia la cúpula del poder.

Sabiendo que era posible que estuviera traspasando alguna línea que no debiera, Hess tan solo reclamó a Speer media hora con el prisionero.

—Deje que uno de mis ingenieros hable con él y luego será todo suyo —concluyó.

Speer no pudo negarse a la petición de Hess. Los dos habían sido testigos de las primeras declaraciones del prisionero y debían colaborar en este caso aunque sus diferencias fueran irreconciliables. Si Hess conseguía por medio de su ingeniero demostrar que ese hombre sabía de qué hablaba, podía suministrar un punto de partida y, quizás, una prueba concluyente de la necesidad de dar a ese hombre la importancia que requería. Speer concedió una hora con el detenido a Rudolf Hess, arguyendo tareas que le reclamaban en su despacho. Pasado ese tiempo regresaría en busca del capitán.

Hess hizo chocar sus tacones de inmediato y se cuadró ante Speer. Una hora era mucho más de lo que necesitaba si conseguía traer pronto a *herr* Franz. Dio la vuelta sobre sus pasos para dirigirse al cuerpo de guardia, desde donde debía buscar al ingeniero de la Junkers al mando de la investigación sobre los motores de los que el detenido decía saber más que toda la ciencia alemana actual. No tardó mucho en localizar a Anselm Franz en su despacho de la Junkers; sin embargo le fue mucho más difícil convencerlo para que viniese a la cancillería del Reich.

Hess tenía la impresión de que ese hombre no simpatizaba mucho con la causa nazi, y tuvo que presionar al ingeniero hasta amenazar con acusar de sabotaje de las órdenes si no se presentaba en la cancillería de inmediato. Quizás debería de haberle ocultado la parte burocrática del asunto al ingeniero para centrarse en el lado tecnológico de su problema. Había supuesto que la sola alusión a que, como experto en propulsión a reacción, debía corroborar la información proporcionada por un prisionero sería suficiente como para despertar la curiosidad de Anselm Franz. Sin embargo no había sido así. A este le había parecido que tenía cosas más importantes

que hacer que realizar informes de veracidad de declaraciones de detenidos y quiso mostrarse reticente a presentarse en la cancillería incluso sabiendo que era el mismísimo secretario del *Führer* el que cursaba la invitación. Tras un par de discretas negativas del ingeniero a realizar lo que pensaba era la ignominiosa tarea de tener que entrevistar a uno de los miles de detenidos que cada día engrosaban la población carcelaria del Reich, tuvo que comenzar a pensar que quizás no tuviera elección.

En realidad, Anselm Franz era un prisionero libre dentro del régimen nazi. Su pasión por la aviación y su claridad de ideas en lo tocante a revolucionarias ideas sobre propulsión de aviones le habían otorgado cierta libertad de trabajo; pero había noches en las que, pensando en la privilegiada situación personal que su investigación le procuraba comparada con las personas que por los motivos más nimios sufrían en sus carnes la ira del régimen, su alma se llenaba de una amargura tan avasalladora que arrasaba cualquier pensamiento racional. Con frecuencia acababa levantándose del lecho conyugal para llorar su impotencia sobre algún oscuro rincón de la casa que, a la sazón, había sido donada por el partido. Franz sospechaba que había sido arrebatada por el estado a su legítimo dueño para traspasársela, lo que aumentaba su tortura hasta límites que jamás hubiera supuesto pudiera tolerar sin derrumbarse. Esas veces en las que su conciencia le impedía el sueño se obligaba a pensar en que todo lo que su familia tenía, seguridad y recursos, era proporcionado por un sistema que detestaba; pero que era asquerosamente capaz de mantenerlos en ese estado.

La petición de *herr* Hess parecía ser una de esas en las que habría de callar y tragarse su orgullo a la mayor gloria de la posición que el Reich otorgaba a su familia. Al menos, todo lo que tenía que hacer para mantener contento al Reich era alimentar su sueño de diseñar motores de aviación basados en una nueva tecnología. El estado había puesto a disposición de su equipo recursos que parecían no acabar, y confiaba en su trabajo de tal manera que no ponía límites a su forma de hacer las cosas, lo cual era una ventaja. Pasaba horas y horas con su equipo pensando en cómo mejorar la turbina de gas que tenía el potencial de llevar al avión mucho más arriba y a más velocidad que las hélices que reinaban en el diseño aeronáutico actual. Para su equipo, una hélice era algo antiguo que habría de ser destronado por su turbina; pero por el momento eran incapaces de darle una forma definitiva y fiable, aun sabiendo que se encontraban en medio de una carrera en la que no eran los únicos corredores. Por lo que sabía, al menos los ingenieros de la Heinkel estaban ocupados desarrollando una tecnología semejante y, pese a que desconocía el estado de las investigaciones de *herr* Ernst Heinkel, el pesimismo inducido por su forzada situación personal le inducía a dar por hecho que le llevaban ventaja. Tal pensamiento añadía un punto de desánimo a su ya desesperada existencia, lo que le hacía volcarse en su trabajo de una forma enfermiza.

Ante la imperativa e irrecusable presión, tuvo que dejar sus quehaceres y presentarse en la cancillería del Reich en el coche que el secretario de Hitler puso a su disposición. Y cuando llegó, intentó mantener el tipo ante Rudolf Hess, procurando en lo posible ocultar no solo el amargo desprecio que le producía la gente de su calaña, sino también la necesidad que tenía de meterse en su despacho con su equipo para solucionar los continuos problemas les estaba dando que su turbina.

–Bienvenido a la cancillería, *herr* Franz –ladró Rudolf Hess una vez fue conducido a su presencia por la guardia SS–. Está aquí porque necesito que me diga si las afirmaciones de un prisionero son ciertas –no se anduvo por las ramas, lo que satisfizo a Franz que tampoco tenía intención de dar rodeos.

–Estaré encantado de colaborar, *herr* Hess –mintió–. Aunque espero que entienda que mi

tiempo es muy limitado y que me debo a mi trabajo para con el Reich.

–Está bien. Acompáñeme.

Anselm Franz tuvo que ponerse en marcha inmediatamente para poder así caminar al enérgico paso que marcaba el secretario particular de Hitler dirigiéndose hacia un pasillo lateral.

Por el camino, Hess adelantó al ingeniero que tenían un prisionero con datos relevantes sobre el tipo de motores que su equipo estaba construyendo y que necesitaba que dictaminase si los conocimientos de los que hacía gala tenían algún tipo de fundamento o si por el contrario se trataba de un farsante que solo trata de evitar la horca. Mientras bajaban por unas escaleras, Anselm Franz le comunicó su disposición a ayudar, esperando desenmascararle lo antes posible cuando, en realidad, en su fuero interno se quejaba de su mala suerte. No solo había tenido que dejar su oficina para entrar en lo que consideraba un infecto estandarte del régimen que detestaba, sino que, por lo que Hess le había adelantado, parecía que tendría que vérselas con algún pobre hombre que había dicho lo primero que le vino a la cabeza para salvar la vida.

Mientras hacía ímprobos esfuerzos por evitar que su sonrisa de complacencia se borrara de su cara, le invadió un temor espontáneo. Se encontraba en el centro de poder del nazismo para emitir un veredicto que podía condenar a la más espantosa de las muertes a un hombre –sobre el cual lo único que sabía era que afirmaba tener algún conocimiento sobre motores a reacción– y no pudo evitar pensar que pudiera tratarse de algún antiguo compañero. Hacía no mucho, alguno de los miembros de su equipo habían sido detenidos por actividades anti germánicas; y bien podía resultar que bajo tortura alguien hubiera confesado que él, jefe de proyecto, tenía pensamientos contrarios al régimen con más frecuencia de lo que el ideal nazi consideraba como aceptable.

Todo aquello quizás no fuera sino una sádica encerrona destinada a minar su moral con vistas a su posterior detención y tortura. Pese a saber que no tendría dónde ir y que su familia sufriría las consecuencias de lo que el régimen consideraba conducta anti alemana, le entraron deseos de salir corriendo. Mientras más pensaba en la cantidad de incongruencias que generaba su presencia en la cancillería, más presumía que sus días de gloria al servicio del régimen nazi habían acabado. Reprimiendo un escalofrío dedujo que ese desdichado caído en desgracia que le había arrastrado hacia el fondo tenía que ser alguien relacionado con temas *gekados*^[33] como aquel en el que se encontraba trabajando. Los pordioseros que engrosaban el lumpen berlinés nada sabían de investigaciones sobre motores de alto rendimiento.

Pensando en su tragedia no se dio cuenta de que habían llegado a los calabozos de la guardia de la cancillería. Una vez llegado, Anselm Franz decidió que por el bien de sus seres queridos, colaboraría todo lo posible en su detención y se avendría a todo aquello a lo que aquellos desalmados le propusieran, siempre y cuando dejaran a su familia en paz.

Abriendo una puerta frente a la cual un colosal SS de aspecto amedrentador montaba guardia antes de hacerse a un lado para permitir el acceso a los visitantes, Rudolf Hess anunció que habían llegado a su destino. Entraron ambos en territorio SS, donde la muerte y el terror campaban a sus anchas. A diferencia de él, que empezaba a sentirse mal, Hess se encontraba como pez en el agua y anunció, balanceándose sobre sus botas y señalando una de las muchas puertas que se alineaban en una pared del fondo, que tras ella se encontraba el hombre que habría de entrevistar. No olvidó recordarle que su hombre no era peligroso.

Por supuesto que no lo era. Franz trabajaba rodeado de personas con un alto nivel cultural que no representaban amenaza alguna por sí mismos, aunque era posible que bajo a saber que torturas podrían convertirse en amenazas para otros compañeros.

Rudolf Hess entró en la celda antes que él, como no queriendo dejar nada al azar. Anselm Franz entró detrás con el mismo ánimo con el que un cordero entra al matadero. Quizá con peor

talante puesto que una res, a diferencia de él, no es consciente de su destino.

Una vez dentro se encontró con un hombre alto sentado frente a una mesa. Para su consternación su aspecto no era en absoluto parecido a la imagen mental que tenía de un detenido por el régimen nazi, sino que, salvo una ligera falta de higiene apenas distinguible excepto para un olfato tan sensible como el suyo, aquel hombre, rubio y estilizado como un anuncio de exaltación de la raza aria, no parecía haber sido torturado en absoluto. Tal circunstancia tuvo el efecto de borrar de la cara del ingeniero la sonrisa que con tanto esfuerzo había mantenido indeleble en su rostro. Se había dado cuenta de que no había tal detenido. No habían usado un anzuelo para pescarlo, sino que le habían conducido hacia uno de esos desalmados interrogadores de los que se oía hablar.

–*Herr* Franz, le presento a... –Hess dudó más tiempo de lo que habría sido normal, como si no supiera muy bien de qué forma referirse a la persona que se levantaba de su silla y se dirigía a él con neutra actitud–. Le presento a *herr* Schneider... Creo que deberían hablar ustedes.

No dijo nada más, sino tan solo el deseo de que ambos hombres comenzasen una conversación. Tras esa extraña presentación, Hess desapareció por la puerta de entrada, cerrándola tras él antes de anunciar que estaría al otro lado de la puerta esperando sus noticias.

De esa forma quedó Franz frente al supuesto detenido, el cual mantenía una expresión como si hubiera estado esperando este momento. Anselm Franz no supo de qué manera reaccionar en esa situación.

–Buenas tardes. Me llamo Anselm Franz, y soy ingeniero de la Junkers –terminó por anunciar ante el incómodo silencio y la falta de iniciativa del supuesto detenido.

Zach se encontraba exultante. Tenía delante de él a uno de los ingenieros de la Junkers, a alguien perteneciente al equipo que había desarrollado el primer motor a reacción con unas especificaciones innovadoras. Sabía que había habido tentativas anteriores de desarrollo de un motor a reacción operativo, pero con escasa suerte. Los italianos, por ejemplo, tenían por entonces su primer avión a reacción, el Caproni Campini, pero resultaba excesivamente lento frente a sus competidores propulsados por una hélice. Sólo el equipo del hombre que tenía frente a él pudo desarrollar un motor a reacción competitivo.

–¿De la Junkers, ha dicho? –Zach era consciente de que se encontraba frente a un auténtico experto que habría de juzgar la veracidad de sus afirmaciones, algo que ni Hess ni Speer habrían podido hacer por sí solos–. ¿El fabricante del motor *Jumo 004*?

Franz permaneció atónito durante un segundo. Aquel hombre había nombrado algo que pretendía ser un motor que su empresa fabricaba, pero sabía a ciencia cierta que bajo esa denominación no había ningún proyecto ni en fabricación ni en estudio.

–Lamento sacarle de su error, pero no fabricamos nada bajo esa denominación. El nombre ni siquiera me suena. Tan sólo estoy aquí porque me han dicho que tiene usted información que debo contrastar –explicó Franz, solo ligeramente más interesado en ese hombre que lo que había estado antes.

–De acuerdo, *herr* Franz –se disculpó Zach–. Sé que su empresa se dedica a fabricar motores a reacción... O al menos a diseñarlos. Y creo que tenemos mucho de lo que hablar. De hecho, creo que tengo cosas interesantes que ofrecerle.

Tal afirmación desarmó al ingeniero. Había llegado allí pensando que encontraría una encerrona y a última hora parecía que lo que tenía delante era ni más ni menos que lo que le habían adelantado: alguien que, como le había avanzado Rudolf Hess, decía tener información que debía contrastar. Se preguntaba cómo debía encarar la entrevista cuando ese hombre tomó la iniciativa.

—Seguro que deben de tener unos cuantos problemas en el diseño de esos motores y quizás yo sepa la manera de solucionarlos, siempre y cuando usted comparta conmigo los escollos en su proyecto —expuso Zach mostrándole una de las sillas que parecían estar esperándole junto a la mesa que se encontraba en la celda—. Siéntese, por favor.

Franz se sorprendió de que fuera ese hombre el que tomase el rumbo de la entrevista, dándose el lujo de invitarle a sentarse a la mesa. Por un momento olvidó todos los incómodos pensamientos que se le habían pasado por la mente hacía escasos minutos. Se preguntaba qué demonios pintaba él en todo esto.

—Casualmente estoy implicado en el diseño de nuevos motores, pero no entiendo cómo puedo ayudarle... Si es que necesita usted ser ayudado —expuso Franz escudriñándole. Acababa de recordar que su línea de trabajo seguía siendo *gekados* y que era posible que toda esta mascarada no fuera sino una estrambótica función destinada a probar su lealtad—. ¿De verdad espera usted que le cuente el estado de mis investigaciones? ¿Sabe usted que están amparadas por el más alto secreto?

El hombre que Zach tenía ante sí era un científico asignado a algún proyecto de investigación de motores a reacción en el que cualquier indiscreción podía ser castigada con la muerte. Conocía el funcionamiento de un motor a reacción, seguramente y sin ser un experto, a un nivel mayor que el hombre que tenía delante, pero no podía apabullarle con sus peroratas. Pese a parecer un hombre tranquilo, debía desconfiar de él puesto que en cualquier momento podía levantarse alarmado si sospechaba que era un espía. Entonces sería hombre muerto.

—Solo espero, *herr* Franz, que me escuche y juzgue si lo que tengo que ofrecerle es de valor para la ciencia del Reich —se retrepó en su asiento intentando transmitir tranquilidad—. Como verá, estoy en la peor de las situaciones para extraerle información y transmitirla a un potencial enemigo.

Franz asintió.

—¿Sus investigaciones se centran en motores con un compresor centrífugo? —disparó Zach a quemarropa—. No hace falta que me conteste si no lo desea, *Herr* Franz, pero si es así, están equivocados.

Anselm Franz estuvo a punto de caerse de su silla. Solo un par de hombres en Alemania, incluyéndole a él, sabían que esa afirmación era cierta. Incluso era posible que él fuera el único en sospechar lo que con tanto optimismo había afirmado ese desconocido. Presagiaba no hacía mucho que ese motor jamás daría las prestaciones que buscaba. Tenía demasiados problemas.

Uno de los principales era que el motor centrífugo tenía potencial para ofrecer mucho más empuje, pero jamás podría entregarlo en un avión operativo. Para ofrecer prestaciones eficaces para uso militar, el compresor debía tener un diámetro tan grande que haría inviable su colocación en un avión aerodinámicamente eficiente. Como problema adicional, al aumentar el diámetro del compresor, crecería la vibración a la que se veía sometido este; de manera que la vida útil se veía comprometida hasta el punto de caer por debajo de la pretendida. Tampoco podía aumentarse demasiado el diámetro del rotor dado que de esa manera aumentaría la velocidad tangencial en las puntas de los álabes. Una vez estos superasen la barrera del sonido, la presión del aire movido a velocidad supersónica complicaría la ya de por sí irregular entrada del aire comprimido en las cámaras de combustión. El aire movido por encima de la velocidad del sonido tenía unas propiedades de lo más sorprendente, y tenía la poca vergüenza de no seguir las leyes que observaba a rajatabla a velocidades subsónicas.

Franz intentó no parecer sorprendido cuando el desconocido dejó caer aquello que solo sus más allegados sospechaban. Desconocía cómo ese hombre había llegado a la conclusión a la

que a él le había llevado tanto tiempo obtener, pero parecía que los dos eran los únicos en Alemania que sabían a ciencia cierta que su motor centrífugo no iría a ningún lado.

–Y si así fuera... ¿Cómo podría usted arreglar esos problemas?

–Coloque un compresor axial delante de la cámara de combustión –era la pregunta que había estado esperando y para enfatizar su respuesta se inclinó hacia delante en su silla, cruzando las manos bajo su barbilla.

–¿Axial? No sabe usted lo que dice –replicó Franz al instante. La conversación había multiplicado exponencialmente su interés inicial–. Tiene una eficiencia muy pobre.

A diferencia del centrífugo, el compresor axial constaba de un disco rotatorio con unos álabes que impulsaban el aire hacia otro con álabes estáticos. Los álabes móviles impulsarían el aire hacia los fijos, donde la corriente era frenada de repente, cambiando su energía cinética por un pequeño aumento de presión. Era el tipo de compresor usado en la práctica totalidad de los motores a reacción de la época de Zach.

–En efecto, *herr* Franz. Su eficiencia es mucho peor que la que ofrece un compresor centrífugo. Pero no tiene más que colocar más etapas. Una detrás de la otra. Al final logrará la presión necesaria para la ignición –Zach hizo una pausa para examinar el gesto entre asombrado e incrédulo del ingeniero–. Solo tendrá que construir un motor más largo, pero eso no será problema. Se pueden construir aviones largos sin que disminuya un ápice su operatividad y su motor habrá ganado la batalla. El aire correrá por su interior más fluido, podrá girar a más velocidad paralelo al eje del motor y usted obtendrá un motor mucho más ligero y limpio. En cada una de las etapas del compresor puede usted extraer aire a diferentes niveles de presión y temperatura para alimentar otros sistemas del avión; e incluso derivar un porcentaje del aire comprimido para inyectarlo detrás de la turbina para que, con un aporte extra de combustible en ese punto, lograr un espectacular aumento de potencia...

–Y... Usted... Señor... ¿Sabe cómo fabricarlo? –Anselm Franz interrumpió la letanía de aquel hombre. Todo lo que decía tenía sentido, pero su cerebro era incapaz de asimilar tanto concepto nuevo a la velocidad a la que se le presentaba. Supo al instante que ese hombre era un genio que no debía ocupar una húmeda celda de los sótanos de la cancillería del Reich, sino un puesto relevante en su empresa.

–No señor. Siento defraudarle en este punto, pero no soy ingeniero –Zach se levantó tendiendo una mano al ingeniero que no supo muy bien cómo estrecharla–. Permítame que me presente. Mi nombre es Zach Schneider, *herr* Franz. Y estaré más que dichoso de trabajar junto a usted para crear un motor a reacción de flujo axial. No sé cómo fabricarlo, pero sé de qué manera funciona y puedo facilitarle todos los datos necesarios para que usted lo construya.

Mientras el ingeniero estrechaba con timidez la mano que Zach le tendía, en el cuerpo de guardia, Rudolf Hess comenzaba a desesperarse. Había supuesto que el profesor habría desenmascarado al espía en un par de minutos y no había sido así. Tenía en la puerta de la celda a todo el personal en estado de alerta para que, a una señal, entrasen en la celda para llevarse al detenido al cadalso. La espera le enervaba. Solo el saber que el *Führer* en persona había autorizado a Speer a dirigir la operación le impedía acabar con ese hombre de inmediato. Sabía que lo que decía podía tener cierto sentido, pero algo dentro de él le hacía recelar. Era imposible que alguien con esos conocimientos anduviese por las calles como si nada. No tenía lógica esa actitud y daba la impresión de que sólo había accedido a compartir lo que decía saber cuando fue detenido por la *Gestapo*... ¿Qué hubiera pasado si no hubiera sido detenido? Quizás hubiera contactado con los bolcheviques para entregarles sus conocimientos y... ¡Quizás esos conocimientos que decía tener habían sido robados al Reich!

Hess reprimió un ataque de cólera. Había dado con la piedra angular que daba sentido a todo lo que habían visto ¡El detenido era un espía! ¡Y había robado información vital para el Reich que ahora pretendía usar para salvarse! Solo así se entendía que un hombre con esos conocimientos anduviera por Berlín sin oficio conocido.

Se dispuso a dar la orden de entrar a la celda para ejecutar al detenido cuando la puerta de la celda se abrió desde dentro.

–Por favor... ¡Necesito urgentemente papel y lápiz! –pidió Anselm Franz con un deje desesperado en su voz una vez hubo asomado por ella. Su corbata, antes pulcramente anudada, se encontraba aflojada y el botón superior de la camisa dejaba ver su blanco cuello. Las mangas de su camisa habían sido remangadas casi hasta el codo.

Rudolf Hess ya había sacado su pistola de la funda, dispuesto a usarla contra el espía, pero el ingeniero de la Junkers parecía entusiasmado de tal manera que no se atrevió a actuar hasta asegurarse de que todo iba bien.

–¿Es que no me entienden? ¡He olvidado traer algo donde tomar notas y necesito apuntar las informaciones del señor Schneider! –volvió a pedir el ingeniero mientras gesticulaba con las manos intentando dar una idea de la magnitud de su petición. Había ido allí para cumplir una especie de trámite judicial y se había encontrado con un hombre cuya concepción de un motor a reacción sobrepasaba cuanto había podido imaginar; y ni tan siquiera tenía un mísero trozo de papel donde apuntar sus sugerencias.

–¿Debo entender, *herr* Franz, que este hombre no es un espía?

–¿Espía? –rió–. En absoluto. Este hombre maneja conceptos originales y revolucionarios. En todo el universo de la ingeniería actual no hay nadie con sus ideas, se lo puedo asegurar... Mañana lo quiero trabajando conmigo por el bien del Reich –hizo una pausa solo para mirar de un lado a otro y comprobar que nadie parecía hacer el más mínimo caso a su requerimiento–. ¿Es que nadie puede traerme algo para escribir, por el amor de Dios?

Hess asintió con semblante grave al *sturmbannführer*, el cual se dispuso a buscar lo que se le requería en su parco escritorio. Al final pudo conseguir un grasiento lápiz y un par de hojas de un papel que ya había sido garabateado con antelación, pero no había mucho más en el tétrico cuerpo de guardia. No era aquel un sitio adecuado para escribir, sino para ejecutar. El oficial desconocía si lo poco que había conseguido serviría al ingeniero, pero era lo mejor que tenía y así se lo hizo saber a Anselm Franz cuando se los dio. El hombre de la Junkers pareció darse por satisfecho y desapareció dentro de la celda tras cerrar ruidosamente la puerta.

En cuanto el ingeniero cerró la puerta para dejarlos a todos fuera de su reunión con el detenido, todos los rostros se volvieron hacia Rudolf Hess esperando órdenes y comprendiendo que se había producido un evento que requería inmediata atención. El secretario de Hitler, ajeno a los acontecimientos, cavilaba. Alguien con unos conocimientos técnicos en la vanguardia de la ciencia alemana había asegurado, presa de una visible excitación, que el hombre que habían rescatado de las garras asesinas de la *Gestapo* en los sótanos de la Prinz Albrecht Strasse era dueño de una información primordial y que, bien administrada, le supondría el reconocimiento que merecía en detrimento del patán de Hermann Göring.

–Que alguien avise a Albert Speer –ordenó Hess guardando su pistola en su funda–. Tiene que tomar una serie de decisiones respecto al prisionero que el *Führer* le ha asignado.

Capítulo 23

Albert Speer se había refugiado intranquilo en su despacho de la cancillería mientras esperaba a que Hess terminase el interrogatorio del prisionero. Había pensado que mientras el secretario del *Führer* hablaba con el detenido quizás podía relajar la tensión adelantando algo de trabajo, pero en realidad no pensó en otra cosa que no fuera su encuentro con ese extraño hombre que había aparecido de repente en los sótanos de la Prinz Albrecht Strasse con un mensaje para él. Mientras caminaba por su despacho como un león enjaulado, intentaba evocar los instantes pasados en la celda junto al supuesto espía; buscando algo que justificase la especial atracción que la actitud de ese hombre le producía. No trataba con muchos de los cada día más numerosos detenidos por el sistema, pero este hombre tenía algo que había cautivado su atención y esa sensación le causaba no poca inquietud. No entendía por qué había pedido hablar con él y decidió que ya era hora de empezar a resolver interrogantes, aunque para ello tuviera que arrebatarse el prisionero a Hess.

Speer irrumpió en el cuerpo de guardia y se dirigió hacia la mesa donde Anselm Franz seguía quieto con el lápiz que le había dado el SS en actitud de escribir sobre el papel, como si la interrupción le hubiera paralizado en la postura que tenía en ese momento.

—Déjeme que los presente —se apresuró Hess a llevar del hombro a Albert Speer hacia la mesa, cayendo en la cuenta de que en la sala solo él conocía la identidad del hombre que compartía mesa con el detenido—. *Herr Speer*, este es Anselm Franz, ingeniero de la Junkers y uno de nuestros más reputados ingenieros de motores. Según parece, nuestro invitado ha sido capaz de sorprender a una de las mayores eminencias alemanas con sus conocimientos —sonrió hacia el ingeniero, como solicitando un adelanto del informe por el cual había sido requerido.

Anselm Franz repitió la conclusión a la que había llegado antes de tener que pedir a la desesperada algo donde poder tomar notas. Plegó con cuidado el sucio papel que le había sido suministrado, consciente de que la información que había podido garabatear en él era de importancia capital. Mientras guardaba su tesoro en el bolsillo interior de la chaqueta, explicó que, como experto en motores a reacción, podía asegurar que ese hombre era conocedor de una tecnología muy superior a la que manejaba la élite del Tercer Reich, tras lo cual reiteró su deseo antes formulado de que ese hombre formase parte de su equipo lo antes posible.

Albert Speer asintió en silencio. De alguna manera había sentido lo que aquel excitado ingeniero había comunicado, puesto que no había dejado de creer cuán extraordinario era todo cuanto rodeaba al prisionero. El cómo este era poseedor de tan vanguardistas conceptos era un misterio que debía saber cuanto antes para poder otorgar a ese hombre y sus conocimientos toda la credibilidad que merecía; y para ello debía hablar con el detenido con entera confianza, en un ambiente mucho más relajado.

—En ese caso, no me opondré a que *herr Schneider* forme parte del equipo de investigación de *herr Franz* y propondré su incorporación inmediata —realizó un condescendiente gesto hacia Zach, el cual correspondió con sumisión. No en vano, de todos los presentes era Speer el único que se refería a él por su nombre—. Pero antes, haciendo uso de los poderes excepcionales que nuestro *Führer* me ha concedido, debo mantener una reunión privada con nuestro invitado; tras lo cual decidiré cuándo y de qué manera el capitán Schneider formara parte del tejido productivo alemán. Creo adecuado recordar a todos —miró a Hess de soslayo— que contravenir mis órdenes tendrá el mismo tratamiento que aquel que contradijere las órdenes del *Führer*.

No esperó respuesta porque puso todo su empeño en dejar claro que lo que había expresado no era una opinión sino una orden, motivo por el cual embadurnó su petición con el aura absolutista que Adolf Hitler y su designación le habían procurado, cortando así de raíz cualquier voz discrepante. Todos debían saber que llevar la contraria en ese momento al arquitecto investido con los poderes de Hitler era una petición formal para un consejo de guerra con un predecible veredicto mortal. Dejaría bien claro que no permitiría juego sucio como el que acababa de intentar Hess al acaparar para sí la información del detenido en el instante en el que estuvo camino de los calabozos.

—¿Debo entender, *herr* Speer, que el detenido pasa desde este momento a su entera custodia? —preguntó el comandante de la guardia SS, preocupado por el fin que debía poner a su informe relativo al detenido.

—Así es, *sturmbannführer*. Este hombre queda bajo mi responsabilidad. Para cualquier consulta, estaremos en mi despacho.

De esa forma, con aire cansino, se dirigieron ambos hacia la oficina de Speer. No fue un tramo muy largo ni hubo en él muchas palabras entre los dos, lo que permitió al capitán recrearse en el cambio de escenario, desde el lúgubre calabozo hasta la espaciosa ostentación de la que hacían gala las faraónicas estancias de la cancillería.

No solo era la variación en la percepción ocular lo que le indicaba que había cambiado de mundo. El escenario era diferente. Se notaba con solo oír sus propios pasos resonar en los extensos pasillos que recorría en compañía de Albert Speer. Este, a su vez, contemplaba indulgente a su ahora invitado; aquiescente junto al obnubilado autonombrado capitán. Al arquitecto le gustaba interesarse en las emociones que su construcción provocaba en los visitantes; de hecho la principal razón de Speer para haber diseñado un edificio con unas dimensiones tan desmedidas era la de provocar ese efecto en todo aquel que accediera al interior. El complejo debía ser una muestra incontestable del poderío alemán y Zach lo estaba sintiendo en sus carnes mientras caminaba por una balaustrada amplísima con unos ventanales verticales que inundaban de cálida luz la galería. Pese a lo extenso de la estancia, se encontraba adecuadamente decorada, de manera que el visitante no se vería ni abrumado por una ornamentación en exceso ostentosa ni intimidado por un vacío tan grande que le hiciera perder la atención en el edificio y el mensaje de superioridad que transmitía. Durante el camino, Speer se limitó a comentarle los detalles arquitectónicos del edificio, como un padre orgulloso.

Para decepción de Zach, absorto, no tardaron mucho en llegar al despacho de Speer. El ingeniero franqueó la puerta al capitán. Una vez dentro, una gran maqueta de edificios blancos llamó con fuerza la atención de Zach desde un lateral: el proyecto de reforma de Berlín que en ese momento, codo con codo con Adolf Hitler, acometía el arquitecto.

Speer le señaló con exquisitos modales una silla frente a la mesa de escritorio que compartía protagonismo con la maqueta y le pidió que la ocupase mientras le ofrecía algo para beber, invitación que fue declinada cortésmente.

Speer se encogió de hombros y se sentó a su vez en el mullido sillón que presidía la mesa. Se incorporó hacia delante, interesado en su invitado.

—Capitán Schneider... Debo reconocer que su irrupción en Alemania no deja de sorprenderme a mí y a cuantas personas tienen trato con usted. Supongo que será consciente de todo ello y por eso entenderá que tanto yo como el estado que represento necesitamos saber más sobre usted —se sinceró tras lo cual se dejó caer en el sillón. Zach agradeció que no se anduviese por las ramas—. ¿Puedo esperar de usted total franqueza?

—Si está usted dispuesto a creerme, yo le prometo que no le mentaré.

–Algo me dice que voy a necesitar algo de predisposición a escuchar lo que tenga que explicarme –Speer le dedicó media sonrisa–. Su presencia aquí, en Alemania, plantea interrogantes de difícil explicación que necesitan respuesta. ¿Es Schneider su verdadero nombre?

–Así es. Capitán Zach Schneider.

–¿Es usted alemán? ¿Qué ejército le otorgó el rango de capitán?

–No señor, soy americano; y fue la Fuerza Aérea de los Estados Unidos de América la que me concedió el grado de capitán.

Speer no disimuló su sorpresa. Desde el primer contacto que tuvo con ese hombre no dudó de que fuera alemán.

–Mi padre era alemán y me transmitió su idioma y la afinidad por los ideales de la nueva Alemania –explicó Zach ante la visible confusión que asomó al rostro de Albert Speer.

–¡Americano! –dejó ir Speer en un suspiro–. Jamás lo hubiera imaginado. Entonces... ¿Todo cuanto sabe procede de fuentes americanas? No imaginaba a los Estados Unidos tan involucrados en nuestra guerra europea.

–Y no lo están. De hecho tecnológicamente están muy por detrás de Europa... Al menos ahora.

–En ese caso, le volveré a repetir la pregunta que le hice antes –Speer adelantó su cuerpo por encima de la mesa–. ¿De dónde procede su conocimiento? Y no me refiero tan solo a su saber sobre los motores que ha despertado el interés del ingeniero de la Junkers. Estoy hablando de mi viaje a Moscú y de esa... colosal fuerza atómica de la que no ha vuelto a hablar desde nuestro primer encuentro.

–Como ya les hice saber a usted y a *herr* Hess, mis superiores me facilitaron la información que quiero suministrar a Alemania para ayudarles a ganar la guerra.

–Creo recordar que le pedí franqueza a cambio de prestarle atención –el rostro de Speer pareció ensombrecerse. No le había satisfecho la respuesta, de manera que mostró su disgusto levantándose de su asiento para apoyar su cuerpo sobre sus brazos, que continuaban firmes apuntalados sobre la mesa–. Por mi parte, sigo dispuesto a escucharle, pero su respuesta no resuelve nada, sino que se limita a esquivar mi pregunta y traspasarla a sus superiores. Eso no es lo que esperaba.

Zach tragó saliva. Comprendía el enfado de Albert Speer, pero le costaba ponerle remedio. Sabía que el momento de descubrir sus cartas había llegado, pero sentía un pánico atroz a no ser creído y llevado ante un pelotón de fusilamiento acusado del infame delito de tomar por tonto a todo un primer arquitecto del Reich. Para liberar la tensión, se levantó también del asiento y se dirigió con parsimonia a la ventana. Respiró profundamente mientras cavilaba; la mirada fija en una mujer que empujaba un carrito metálico con grandes ruedas frente al edificio de la cancillería. Llegó a la conclusión de que debía armarse de valor en algún momento y expresar de la forma más adecuada lo que tenía que decir si quería cumplir con su misión, y ese parecía un buen momento para dar el salto. Tomó aire con fuerza.

–*Herr* Speer –encomendándose a no sabía quién, levantó la vista hacia el techo de la sala y juntó ambas manos tras la espalda–. Pertenezco a una organización afín al nacionalsocialismo y mi lealtad hacia ustedes es plena. Estoy aquí con una misión que cumplir –tuvo que parar. No sabía cómo continuar con su explicación, pero pudo sentir la mirada de Speer clavándose inquisidora en su espalda, de manera que decidió parecer lo más franco posible mostrándole su rostro. Se dio la vuelta–. Nací en el año 1947 en Nebraska, Estados Unidos, y todo lo que sé, incluyendo la invitación que desde Moscú se le hizo, la aprendí en los libros de historia que estudié en mi época. Soy piloto de combate de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos y hace

una semana robé a mi país el más avanzado avión de combate del mundo con la única misión de volver atrás en el tiempo para ofrecérselo a ustedes; con la esperanza de que sus científicos lo examinen y así poder sacar provecho de sus sistemas para ganar la guerra –esperó un segundo que pareció eternizarse–. No hay más verdad que esta, *herr* Speer.

Examinó la reacción de Speer y tensó los músculos dispuesto a saltar por la ventana hacia el tejado del pequeño porche que se adivinaba debajo. Si este montaba en cólera, quizás una huida le diera más oportunidades para salir vivo de la inusual experiencia que era confesar que había llegado del futuro para traerle un avión milagroso a alguien con tanto poder. El arquitecto permanecía hierático manteniendo el peso de su cuerpo sobre sus brazos.

–Podría... ¿Podría repetirme por favor lo que ha dicho? –acertó a decir Speer con inseguridad, reprimiendo una sonrisa sardónica mientras abría los ojos desmesuradamente.

–Soy un piloto de las Fuerzas Aéreas americanas que, por medio de una tecnología puesta en marcha por un grupo que cree que Hitler no debería haber perdido la guerra, ha viajado hacia atrás en el tiempo para ofrecerles la más moderna aeronave de combate que surcará los cielos del próximo siglo –contestó Zach utilizando el ritmo más pausado que la situación podía permitir–. Mi misión es mostrarles una tecnología militar de la que sus científicos puedan conseguir una importante ventaja estratégica si la analizan y la incorporan a su tecnología armamentística.

–Pero... ¡Eso es imposible! ¿Pretende que crea semejante disparate? ¿Que ha venido *del futuro* para resolver sus propios problemas? Me parece que el tipo de ayuda que necesita es más bien de otro tipo –sentenció tocándose una sien con un dedo índice.

–No estoy aquí para buscar ayuda, sino para asegurarme que ganan la guerra para imponer su modelo social al resto del mundo.

–Pero... ¿Por qué? –haciendo un esfuerzo por asimilar la revelación de ese hombre que decía venir del futuro, Albert Speer se dejó caer en su sillón como un fardo. No podía dar crédito a sus palabras bajo ningún concepto, pero tuvo que reconocer que tal planteamiento resolvía algunas de sus dudas más intrigantes; si bien de un modo poco creíble, al menos con cierta lógica.

–Sencillamente porque en mi mundo, en el futuro, hay demasiadas cosas que no funcionan como debieran, y muchos entendemos que la forma de hacer las cosas del Tercer Reich es la única solución a nuestros problemas.

–Insinúa usted que... ¡Dios!... ¿Lo que quiere decirme además es que perderemos la guerra?

Zach asintió mostrando confianza en sí mismo. No podía permitirse dudar ahora, aunque en el fondo sabía que los interrogantes que surcaban la mente de Speer eran justificados. Él tuvo exactamente la misma sensación cuando el doctor Connor Lewis le hizo llegar su propuesta por primera vez. El recuerdo del dirigente del Frente Nacional le hizo añorar a su mujer con dolorosa nitidez.

–Sin mi ayuda perderán la guerra y con ello las esperanzas de aquellos que pensamos que la mano dura alemana es la mejor forma de resolver las cosas.

–¿Incluso en los Estados Unidos?

–Si quiere un ejemplo, le diré que mi mujer fue asesinada impunemente por un judío –Zach contestó sombríamente, haciendo un esfuerzo por no dejar que aflorasen sus sentimientos más oscuros–. A la mujer que amaba le fue arrebatada la vida por un chiquillo que fue declarado inocente por un juez judío que tenía negocios con otros judíos.

–Es del todo irracional... ¡Estoy argumentando acerca del final de la guerra! ¡De algo que no ha ocurrido! ¡Con alguien que habla de imposibles y que no puede probar nada de lo que dice! –Speer levantó los brazos hacia el cielo, como pidiendo ayuda divina para entender lo que estaba

pasando—. Porque... supongo que no podrá demostrar ninguna de sus afirmaciones.

—No puedo demostrar que Alemania perderá la guerra sin mi ayuda, pero debo hacer notar que llevo ya unas horas a su disposición para someterme a cuantas pruebas necesiten para darse cuenta de que tengo una tecnología revolucionaria que cambiará a su favor el curso de la guerra si deciden creerme.

En ese momento, Albert Speer calló. Ese hombre tenía razón. Pese a haber planteado una serie de estupideces sin sentido, era verdad que desde un primer momento había mostrado una actitud de máxima colaboración con ellos; y parecía seguir dispuesto a hacerlo hasta el punto de justificar lo injustificable. Quizás tan solo era un loco, aunque con los suficientes argumentos como para impresionar a uno de los mejores ingenieros alemanes. Y como para saber antes que nadie que Moscú iba a invitarle a visitar la capital rusa. Sacudió la cabeza intentando poner en orden sus pensamientos, cada vez más sorprendido por la actitud de ese capitán Schneider.

Haciendo un esfuerzo por otorgarle algo de crédito, Speer añadió que no solo le era imposible creerle, sino que sus afirmaciones le estaban creando un problema suplementario porque ni tan siquiera podía garantizarle su propia seguridad. Si se empeñaba en definir lo que él denominaba *su misión* partiendo de un supuesto en el que Alemania perdía la guerra, su labor como ciudadano alemán era la de denunciarlo por derrotista. Le transmitió de la forma más clara que no podría facilitarle ayuda si se obstinaba en afirmar que la guerra estaba perdida, y el arquitecto veía su carrera comprometida en caso de apoyarle.

Zach sonrió. Si todo el problema era el anuncio de la capitulación alemana, tenía fácil solución. Era mucho más difícil hacerles creer que venía del futuro para ayudarles. Podía omitir el desenlace de la guerra, aunque le aseguró que había visto películas de propaganda en las que se detallaba la toma de Berlín por tropas soviéticas, matando a cuanto alemán se encontraban y violando a toda mujer que tuviera la desgracia de caer en manos de una turba de soldados siberianos sedientos de sangre y venganza. Las ventanas, rotas por las explosiones, no eran capaces de contener los gritos, y la noche de Berlín se llenaba de los alaridos de sus hijas al ser sistemáticamente violadas por un enjambre de rusos borrachos. Zach comprobó cómo Speer reprimía un escalofrío ocasionado por el panorama que acababa de describir. Quizás para tranquilizarlo le sugirió que no sería necesario imaginar ese final de la guerra que él había conocido, sino el que les podía procurar con sus contribuciones.

—Pero, por el amor de Dios... ¿Cómo se le ocurre que yo pueda sugerir a nadie que haga caso a alguien que dice venir del futuro? —Speer parecía comenzar a perder la paciencia. Hasta el momento había parecido dueño de sus emociones, pero comenzaba a sentirse sobrepasado por las declaraciones de ese capitán.

Zach comprendía muy bien al arquitecto. Había pasado por el mismo momento de incredulidad cuando en el salón de su casa le propusieron unirse al proyecto. Y en honor a la verdad, Speer había demostrado creer en él mucho más de lo que lo hubiera hecho cualquier otra persona. Si en su lugar hubiera estado Hess, con toda seguridad estaría ya delante de un pelotón de ejecución o con sus sesos esparcidos sumárisimamente por la pared. Dejó su posición junto a la ventana, seguro ya de que no le haría falta una vía de escape, y se acercó a la mesa que Speer seguía ocupando.

—Escuche, Speer —Zach siguió su exposición como un susurro dirigido al confundido arquitecto, indeciso entre la lógica y la sinrazón—. Todo lo que tiene que hacer es dejarme seguir mi trabajo. Puedo seguir colaborando con *herr* Franz, que seguro estará encantado. Ni se imagina la cantidad de cosas que le he dicho que le han parecido fascinantes. Y no soy, al igual que él, ingeniero; sino un simple piloto que conoce los sistemas de su avión. En cuanto vea todo lo que

les puedo ofrecer, mi procedencia será tan obvia como intrascendente.

Speer no podía pasar por alto los dos hechos reales e incontestables que le parecían los más extraordinarios de los que el capitán Schneider había protagonizado: el anticipo a la petición de Moscú para visitar la capital rusa y la concesión a *herr* Franz de una tecnología y unos conceptos inéditos hasta ese momento. Y ambos hechos podían ser explicados con las afirmaciones del capitán. Speer pensó que no sería contraproducente creerle; aunque, por razones obvias, no podría hacerlas públicas jamás si no quería que lo encerrasen en Hadamar^[34].

—Antes me permitió hacerle cuantas preguntas creyera necesarias para comprobar las extraordinarias afirmaciones que mantiene ¿Es eso cierto?

Zach asintió con decisión.

—En ese caso que usted comenta —Speer meditaba su pregunta. Sabía que hacerla en determinados entornos podía llevarle al cadalso por derrotista—; en el que Alemania pierde la guerra y que dice haber visto en la propaganda soviética... ¿Qué será de todos nosotros? —el arquitecto se acomodó inquieto en su sillón dispuesto a escuchar a Zach.

A la vista del interés que demostraba su interlocutor, Zach supuso que había conseguido su objetivo. Contuvo cualquier tipo de rictus triunfalista a sabiendas de que la pregunta de Speer tenía una respuesta que no sería del agrado de un nazi. Conocía perfectamente, exceptuando el enigma de la desaparición de Martin Bormann, cómo habían acabado los mandatarios nazis porque había rendido culto a todos ellos.

—La gran mayoría de los dirigentes alemanes actuales morirán con Alemania—Zach soltó el aire que había inspirado antes de hablar—. Adolf Hitler se suicidará junto a Eva Braun en los jardines de esta cancillería el 30 de abril de 1945, al día siguiente de contraer matrimonio con ella y un poco antes de que las hordas soviéticas entrasen aquí. El resto de la cúpula nazi que no fue muerta en combate será juzgada en Núremberg por un tribunal formado por jueces de los países triunfadores, y casi todos serán condenados a muerte. Unos pocos que pudieron escapar a la justicia morirán en manos de agentes judíos que, tras la guerra, se tomarán la justicia por su mano.

Speer palideció. Una gota de sudor descendió por su amplia frente desde su pelo engominado.

—¿Y yo? —atinó a preguntar tras tan lúgubre profecía.

—De los máximos mandatarios alemanes, tan solo Hess y usted sobrevivirán a la guerra. Hess morirá en prisión, conmutada la pena de muerte por cadena perpetua, dado que por iniciativa propia huirá en un avión a Gran Bretaña para negociar por su cuenta y riesgo la paz con los ingleses —Zach miró el rostro del arquitecto. Evidentemente le importaba mucho más su destino que el de Rudolf Hess—. Usted será el único de todos que quede libre tras pasar unos años en la cárcel. Morirá libre, en paz y rodeado de sus seres queridos.

Speer respiró, entre resignado y aliviado.

—Eso es de difícil credibilidad. El bruto de Hess no podría abrocharse un zapato si el *Führer* no se lo ordena. Estoy seguro de que es incapaz de tomar por sí mismo la decisión que usted dice —apuntó Speer, suavizada algo la tensión que el anuncio de las intenciones de ese extraño capitán había generado—. Empiezo a creer que a la primera pregunta, se hunde su coartada, *herr* Schneider... ¿Precisamente los dos que hemos tratado con usted sobrevivirán a la guerra? ¿El fanático de Hess desertando? Eso no hay quién se lo crea... Y yo... ¿El único del círculo privado de Hitler que sobrevive! ¿Qué será de Goebbels, Göring o Himmler, por ejemplo? Yo estoy a su mismo nivel.

—Yo pensé lo mismo cuando le vi entrar en la celda acompañado de Rudolf Hess, pero lo

atribuyo a una simple casualidad. No tengo respuesta para eso, pero sé que es lo que sucederá si no aumentamos la capacidad bélica de Alemania –pese a las objeciones de Speer, Zach no veía sus propuestas en peligro porque decía la verdad. Una casualidad no podía echar abajo el esfuerzo de Bifrost–. Contestando a su pregunta, le diré que Goebbels se suicidará junto a su mujer Magda y sus hijos, poco antes que Hitler. Himmler intentará, de incógnito, negociar la paz con los suecos ante el inminente desmoronamiento del Reich, pero será descubierto y se suicidará con cianuro antes de ser juzgado, sabiendo que la sentencia de muerte estaba asegurada. Y Göring será juzgado junto a usted tras la guerra y condenado a muerte, pero evadirá la horca ingiriendo cianuro en la cárcel.

–¿Y yo? ¿Cómo es que no seré condenado a muerte si soy juzgado? Mi nivel de implicación en la maquinaria del partido es similar a aquellos que usted vaticina que serán ajusticiados.

–Usted no es como ellos. Es mucho más inteligente –Zach se permitió sonreír por vez primera desde que empezó sus pronósticos. Esa pregunta era clave y Bifrost la había señalado como crucial. Por ello se había preparado la respuesta–. Mientras que todos los acusados negarán las evidencias e intentarán desprestigiar al juez recusando su autoridad con altivez, usted será el único en mantener una actitud culpable y consecuente. No negará su implicación en los hechos, aun llevando la contraria a su abogado; ni eludirá su responsabilidad, alegando ser una persona competente en su ámbito. Tampoco se negará a colaborar con los ganadores de la guerra; y el hecho de mostrar una indudable valentía al ser la única persona en Alemania que en los últimos meses de guerra se opondrá públicamente a los planes de Hitler de arrasarse el Reich antes de claudicar, le valdrán la absolución de algunos cargos, lo que le hará evitar la horca.

Speer ni siquiera parpadeaba. Jamás habría pensado que sería juzgado por crímenes de guerra, pero de serlo algún día, tal y como afirmaba ese hombre, le parecía una excelente idea el no eludir sus responsabilidades. Y también sabía que, aun a riesgo de perder la vida, se opondría a Hitler si pensaba que debía hacerlo; del mismo modo que lo había hecho al arriesgar su vida para salvar la de ese desconocido capitán americano cuando Hitler decretó su muerte inmediata. Lo que más le asustaba de las afirmaciones de Zach era que en todo el mundo había como mucho un par de personas que lo conociesen tanto como para saber que actuaría de esa manera en una situación extrema; y ese hombre, que lo había definido con meridiana claridad, no era ni remotamente una de ellas.

Había descrito una faceta suya que pocos conocían, puesto que jamás eludía sus responsabilidades y nunca permitiría que ni Hitler ni nadie arrasase Alemania si podía evitarlo. Y al decir nadie, se refería también a cualquiera de las potencias contra las que luchaba Alemania. No sabía qué decir. Ese hombre hablaba con firme seguridad de cómo reaccionaría él frente a un juicio como el planteado y tuvo que admitir que su idea era brillante como defensa ante un tribunal. No albergaba dudas de que de realizarse alguna vez, correría la misma suerte que el resto de la cúpula nazi a la que por derecho pertenecía. Precisamente, al igual que centenares de altos cargos, acababa de adquirir a un precio ridículo una valiosa colección de pinturas que sabía había sido expoliada a un importante industrial judío que había emprendido el camino hacia el este para desaparecer.

Zach observaba al arquitecto, el cual parecía haber quedado paralizado. Supuso que se había visto reflejado en la breve descripción que hizo de la actitud de Speer en los Juicios de Núremberg. Quizás sea una experiencia traumática la de escuchar el veredicto de un juez antes de que se conciba el juicio e incluso antes de pensar en cometer un crimen. En cualquier caso, Zach sabía que la falta de actividad del arquitecto le beneficiaba a la hora de hacerle llegar su mensaje.

Si este dudaba, era porque en su interior debía estar librándose una excepcional batalla entre la evidencia que Zach le presentaba y la natural tendencia a no creer lo increíble.

–¿Sabe una cosa, Schneider? –Speer hizo una pequeña pausa tras tutearle. Su actitud, hostil hasta hacía poco, se había trocado en franca confianza–. Desconozco de dónde ha sacado esa información. Y no me importa. Pero... Si algún día me juzgan por alguno de las acciones de este gobierno, jamás renegaré de mi responsabilidad aunque fuera indirecta. No puedo permitir quedar como un irresponsable –se mesó los cabellos que fijados cruzaban su cabeza de un lado a otro–. Y, si... Jamás permitiría que se arrasase Alemania. Es fundamental mantener el tejido productivo. No olvidaré jamás esto que ha expuesto.

–Pero ese juicio que el mundo entero presencié no debería producirse si se me permite dar a Alemania lo que tengo que ofrecer. Los ganadores de las guerras nunca son juzgados.

–Está bien... ¿Y qué es lo que quiere? Debo reconocer que me encuentro perdido.

–Tengo un avión escondido en un desierto en España, guardado por dos compañeros. Necesito una expedición de rescate que lleve una cantidad de combustible especial que deberá fabricarse bajo una serie de especificaciones muy concretas. Una vez esté en orden de vuelo, lo traeré a Alemania para aterrizarlo donde me digan, dispuesto para que todo aquel que ustedes designen para que profundice en el avión y su armamento pueda hacerlo. Sus secretos serán suyos. Lo crea o no, mi avión tiene más potencial bélico que todos los ejércitos alemanes.

Capítulo 24

El sargento Robles descansaba recostado en la silla, manos tras la nuca y pies cruzados sobre la mesa frente a la que solía pasar las horas muertas en la Casa Cuartel de la Guardia Civil de Bujaraloz, a la sazón cada vez más numerosas desde que había sido ascendido de cabo a sargento por derribar con su fusil a un espía soviético que, contaban, amenazaba los cimientos patrios. Robles recordaba con doble placer ese día en el que, además de abatir al sucio bolchevique a casi setecientos metros de distancia, logrando con ello su ambicionado ascenso, pudo al fin borrar de la faz de la tierra al indeseable de Santiago López, ese maldito rojo que de una forma u otra siempre había eludido lo que él creía era la labor de la benemérita: purgar de comunistas el sagrado bastión espiritual en el que se había convertido España tras la victoria del Caudillo en la Guerra Civil.

Antes de ser promovido, la holgazanería del por entonces cabo Robles era ya legendaria entre sus compañeros. Desde que, por méritos obtenidos en extrañas circunstancias –ante intimidados testigos de su consabido disparo a distancia– fuera ascendido a sargento, en raras ocasiones se le veía fuera de la Casa Cuartel. La mayor parte de las veces cuando, sin desprenderse del uniforme, visitaba el bar de la plaza de Bujaraloz para trasegar el vino con el que los taberneros le obsequiaban a cambio de hacer la vista gorda en unos poco claros negocios de tráfico de bebidas alcohólicas que tenían lugar, con la connivencia del alcalde, en la oscuridad de la trastienda del tugurio. En esas ocasiones, solo la llamada del resignado bodeguero de turno a la Casa Cuartel indicando que podían pasar a recoger los étlicos despojos de su sargento daba fin a la visita.

Sus monumentales resacas eran cada vez más corrosivas y duraderas, pero con su nuevo rango nada le impedía tomarse todo el tiempo del mundo en reposar hasta que su colosal anatomía se encontraba lista para otra inspección rutinaria de la tasca. Y ahora, mirando despreocupado al techo cuartelero, le empezaba a apetecer otra visita al garito de Ernesto, Sebastián y Abelardo Bermejo. Era conocedor de que sus inspecciones eran cada vez más frecuentes y más difíciles sus recuperaciones, pero nada de eso importaba a un fornido sargento de la Guardia Civil convencido de que su hígado, por escalafón y por derecho, debía estar muy por encima de esas nimiedades.

Jamás presagió que un disparo pudiera haber mejorado tan significativamente su vida. Desde que fue ascendido a sargento, contra el criterio de algunos de sus superiores tras dejar escapar a un detenido por pura desidia, pudo por fin dedicarse a darse la buena vida que había esperado encontrar al ingresar en el cuerpo. Pese a no haber sido en toda su existencia especialmente dado a mostrar interés alguno en nada que no fuera comer, dormir y beber, tuvo que decidirse por un bando cuando estalló la Guerra Civil en España. Lo hizo con tanta fortuna que, sin tan siquiera pensar lo que hacía, tomó partido por el bando nacional que habría de ganar la contienda. Y como fuera que el uniforme le otorgó ante sus paisanos un respeto que habían estado muy lejos de sentir jamás, al terminar la guerra, temiendo que desapareciese la falsa fascinación que despertaba su traje militar, decidió ingresar en la Guardia Civil. Había supuesto, con notable acierto para sus parcas entendederas, que un cambio en el color del uniforme no significaría merma alguna en la autoridad que sería capaz de inducir en sus paisanos.

Y así había sido. No solo había mantenido el nivel de respeto que advertía, sino que podía notar que el miedo que ahora suscitaba en su nuevo papel de ejecutor del régimen, sentimiento que nunca había despertado en nadie, le procuraba una serie de sensaciones hasta ahora desconocidas.

Se sentía respetado pese a que sus vecinos cuchichearan a sus espaldas sobre la nula capacidad de Robles para manejar cualquier situación que pudiera presentarse y que no fuese exigir la documentación y amenazar con el envío al paredón de aquel que tuviese la desgracia de cruzarse en su camino. Durante el primer año de Robles en la benemérita no había sido capaz de pasar de ser un simple cabo, y solo su facilidad en usar y abusar de su extraordinaria fuerza bruta y su inexistente capacidad de entendimiento le otorgaban una dudosa reputación. Sus compañeros de igual o inferior rango le temían porque habían aprendido pronto que llevarle la contraria podía entrañar cualquier forma de brutal represalia en el momento más imprevisible. Por ese motivo sus compañeros obedecían sus órdenes.

Todo eso había acabado. Ahora la clase de tropa le obedecía por sus recién adquiridos galones de sargento, un nivel mucho más alto de lo que jamás nadie hubiera imaginado que pudiera haber llegado si no fuera por la hazaña de la que estaba encantado de vanagloriarse, pese que por entonces hubo alguna duda de la identidad del muerto. En su momento Robles se cuidó muy mucho, a base de amenazas que se sabía serían cumplidas, de que nadie las hiciera públicas; pero había quien había oído mascullar a Robles en alguna de sus inspecciones a la bodega de los hermanos Bermejo que incluso él mismo dudaba de su capacidad de abatir a un hombre cuando jamás había sido capaz de aprobar ni uno solo de los cursos de tiro del cuerpo. En cualquier caso... ¡Ay del que se atreviese a decir en voz alta tal insolencia! Todos sospechaban que era mejor tener un sargento de la Guardia Civil contento que un cabo Robles dispuesto a escarmentar al desdichado que supusiese que era imposible que hubiera abatido a nadie, y menos a esa distancia, o que el tipo que apareció con la cara destrozada de un disparo no era el espía que estaban buscando.

Tal era el entender de todos excepto del cabo Palomeque. El exiguo guardia había pasado de estar esclavizado por el cabo Robles a quedar tiranizado por el sargento Robles. La parquedad de espíritu de Palomeque le hacía proclive a recibir los abusos de Robles; mucho más ahora que se había convertido en su superior. No se contentaba con encomendarle las labores inherentes a su nuevo cargo, sino que, aprovechándose de la debilidad del cabo y de la diferencia de sus rangos, con frecuencia ordenaba a este denigrantes tareas fuera de sus responsabilidades, como limpiarle la ropa o recoger cualquier envío que los parientes de Robles le remitían por correo con la esperanza de mantenerlo alejado del núcleo familiar.

No todo era tan placentero y simple con sus nuevos galones. La persona que con más vehemencia se opuso a su ascenso era también la única que, en la situación actual, se atrevía a poner a Robles cuantos escollos pudiera. El brigada Husillos sabía de su absoluta incompetencia y estaba convencido de que no tenía más que hacerle trabajar un poco para que cometiera una de sus torpezas habituales. En ese caso, emitiría de inmediato un informe aconsejando la degradación instantánea del inepto de Robles a soldado raso si no se podía expulsar del cuerpo directamente.

Afortunadamente para el sargento, el teniente era un hombre ocupado y en raras ocasiones se internaba en sus dominios para tocarle las narices. Robles pensaba que después de todo era afortunado, y con ese pensamiento decidió que esta misma tarde iría al garito de los hermanos Bermejo a trasegar el vino de estraperlo con el que traficaban.

—¡Robles! ¡Quite sus sucias pezuñas de la mesa! —el grito le hizo recordar a quien precisamente quería olvidar.

De pie en el hueco de la puerta, el teniente Husillos, brazos en jarras, observaba con asqueado semblante al sargento. No se esforzaba en ocultar la repugnancia que le producía Robles y todos los vicios que en él se encarnaban. El sentimiento era recíproco y Robles odiaba de la misma manera el interés del teniente en esforzarse en hacer las cosas bien, cuando era mucho más

fácil aplicar su máxima de hacerlas con el menor esfuerzo posible aunque fueran de cualquier manera. Pero si había algo que Robles sabía era que los galones son la ley y, en un esfuerzo ímprobo, tuvo que levantarse de su asiento y cuadrarse marcialmente ante el teniente.

–¿Qué hace aquí? ¿No le he encargado que investigue algo? –vociferó el teniente.

–A sus órdenes, mi teniente. Precisamente ante la fehaciente petición que vucencia ha tenido a bien cursar en mi persona, debo difundir que me encontraba pensando en lo que es precisamente cómo llevar a cabo la investigación para emitir un informe que satisfaga a usía, cuya vida guarde Dios muchos años –ametralló Robles sin pensar lo que decía. En realidad no tenía ni idea de lo que le estaban hablando, aunque le sonaba haber dado a Palomeque unos papeles que venían de parte del teniente Husillos.

–Es usted muy libre de pensar lo que quiera, Robles, pero como mañana por la mañana no tenga ese informe encima de mi mesa, lo envío a Marruecos a descapullar monos... ¿Ha entendido? –le conminó el teniente apuntándole con un dedo, tras lo cual dio media vuelta para abandonar la habitación. No quería ver al sargento más tiempo del necesario.

El bruto de Robles temblaba de ira. No tardaría en llegar el día en el que ese estúpido teniente hincase la rodilla ante él; y ansiaba que fuese en la más ignominiosa de las circunstancias y ante el mayor número posible de testigos. Sin dejar de permanecer irritado comenzó a buscar a aquel del cual estaba convencido que su manifiesta incompetencia le había puesto en evidencia ante el teniente.

–¡Palomeque! –bramó una vez llegó al cuerpo de guardia donde sabía que se encontraría su siervo, el cual intentó en vano quitarse de en medio en cuanto lo oyó. Demasiado tarde.

–¡A sus órdenes, mi sargento! –respondió el pobre cabo rezando para que no le fuera asignada una tarea muy dura. Se había tirado el día anterior planchando y almidonando una montaña de camisas del sargento Robles.

–¿Qué demonios te crees que haces aquí, especie de besugo? –Robles usaba un innecesario tono insultante, más intenso cuanto mayor su frustración–. He tenido que aguantar una reprimenda del teniente Husillos por tu incompetencia... ¿Qué cojones eran esos papeles que te ordené clasificar?

–¿Cuales, mi sargento? He estado trabajando con sus documentos toda la semana.

–No sé... –admitió Robles–. ¿Es que pretende usted que me ocupe de todo? Unos que nos envió el teniente Husillos hace poco...

–Deben de ser los de las desapariciones –concedió Palomeque con desgana.

Robles se esforzó en razonar. Había supuesto que el papeleo que había ordenado gestionar al inútil de su subordinado era bazofia facilona; informes sobre actividades de paisanos con poco espíritu nacional que cualquiera podría cubrir. Pero no sabía nada de desapariciones en su jurisdicción, algo de lo que podía presumir más tarde en la taberna de los Bermejo para aumentar su popularidad. Debería haber echado un vistazo a esos papeles antes de dejar al cretino de Palomeque que se hiciera cargo de sus funciones. No podía permitir que se colgase medallas a las que no tenía derecho.

–¿Desapariciones? ¿De qué demonios estás hablando? –el reducido intelecto del sargento comenzó a chirriar atando cabos, comenzando a urdir la forma de lograr otro ascenso con el que equipararse al tunante de Husillos. Una vez que estuviera a su nivel, sería de lo más fácil ponerle en su sitio; algo que le hacía salivar de gusto.

El cabo le puso en antecedentes: por lo poco que había podido entrever del fajo de papeles que Robles le había traspasado, en la comarca se habían notificado un número anormalmente grande de desapariciones en extrañas circunstancias. No se trataba de la típica

evaporación de elementos subversivos locales por la frontera francesa rumbo a una vida mejor. Los cinco o seis casos que le había sido adjuntados atañían a personas sin interés y sin vicios conocidos que, tras un rutinario e inocuo paseo por Los Monegros, habían desaparecido sin dejar rastro, sin motivo aparente y sin relación entre ellos salvo la inofensiva acción de adentrarse en el desierto, lo que en todos los casos era algo que realizaban cotidianamente.

Misterio. Era lo que le faltaba a la vida insustancial del sargento. Lo que podía catapultarle hacia el grado de oficial si conseguía resolverlo, y algo que jamás lograría con los pies encima de la mesa. Esta vez debería salir al mundo para algo más que para ponerse hasta arriba de los licores clandestinos de los Bermejo. En el momento en el que Palomeque le mostraba un ajado mapa de la zona con las áreas donde se suponía habían desaparecido los vecinos de la zona, a Robles le entró agorafobia. Le parecía que había pasado una eternidad desde que patrullaba el desierto durante la Guerra Civil y no estaba seguro de poder resistir tanto aire, acostumbrado a la más cómoda de las vidas cuarteleras posibles; mas no podía dejar solo a Palomeque. Ahora que sabía que había una misión en marcha, quería asegurarse de que le correspondiesen todos los honores por su resolución, lo cual no quería decir que tuviese que trabajar. Para eso tenía un esclavo.

—Creo que lo más adecuado en este momento es analizar a conciencia esta zona —cloqueó Robles con gravedad, creyendo que su obviedad era muestra inequívoca de su superior intelecto y señalando con un grueso dedo la zona del mapa donde se agolpaban las zonas marcadas burdamente con un lápiz mal afilado—. Y como no creo que sea capaz yo solo de resolver todo esto, deberá usted acompañarme para prestar apoyo cuando sea necesario. Necesito también otro hombre que puede usted elegir entre sus compañeros.

Palomeque se cuadró ante la insinuación de su superior, sabiendo que en realidad lo que quería decir era lo de siempre: que él se quedaría tumbado en el coche mientras que alguien hacía todo el trabajo sucio.

—Prepare el coche, Palomeque —se limitó a ordenar Robles—. Estaré aquí en cinco minutos, y ¡ay de usted como no esté todo listo para entonces!

—¿Debo notificar nuestra situación a alguien, mi sargento?

—¿A quién? —zanjó Robles, airado—. ¿Al cretino del teniente Husillos? Mejor no. Esto va a ser coser y cantar, no hará falta que digamos a nadie donde vamos.

El cabo siguió en posición de firmes hasta que el sargento salió hacia algún lugar donde sacudirse un buen lingotazo de cualquier recio licor antes de comenzar la patrulla por el desierto.

Una vez desapareció el sargento, Palomeque suspiró de resignación y se dirigió al garaje para conseguir un coche. Afortunadamente para él, al corrupto encargado del parque móvil poco le importaba que Robles no hubiera firmado la orden preceptiva. Dado que todos sabían que el sargento desconocía los procedimientos burocráticos, solía ser suficiente con explicar quién había cursado la orden para que le destinasen un vehículo. Le costó bastante más encontrar a alguien que le acompañara y tuvo que obligar al desventurado guardia de primera Barreiro que haraganeaba por la Casa Cuartel a que se dirigiese con él al coche para aguardar la llegada del sargento.

Aún hubieron de sucederse unos minutos que se hacían inmensos, ambos guardias deambulando junto al coche esperando que llegase su superior que tardaba más de lo necesario. Palomeque se temía lo peor puesto que sabía de sobra en qué consistían los preparativos del sargento Robles. Sus temores se hicieron realidad cuando este hizo acto de presencia en el garaje de la casa cuartel y, tambaleándose y apestando a alcohol barato, se dejó caer en el asiento trasero, exasperando al resignado Palomeque, que emitió un suspiro de hartazgo. Oliendo el explosivo aire que espiraba el sargento, se hizo a la idea de que, puesto que no cabía esperar

recibir mucha ayuda de Barreiro, su misión iba a ser doble al tener que cuidar de que su sargento no cometiese ninguna tontería y recabar datos para concluir un informe referido a las desapariciones que había habido en la zona. Informe que debía firmar el sargento. Por un momento pensó en dirigir, contando con la segura complicidad de su compañero, a su superior hacia algún precipicio en el que pudiese arrojarlo para más tarde alegar que su ebriedad provocó que se despeñase. Solo su intachable sentido del deber le impidió pensar más en una maniobra que, habida cuenta la mala fama del sargento, podía tergiversar a su conveniencia, de forma que todos creyeran que la torpeza innata del sargento le hizo caer.

—¿De qué se ríe usted, Palomeque? —preguntó Robles, acribillando por el retrovisor al cabo con la mirada.

—De nada, mi sargento —el cabo no se dio cuenta de que su ensoñación había hecho aflorar media sonrisa en su cara—. Los médicos me han dicho que es una especie de humor de patíbulo.

Robles no supo qué pensar de la extraña afirmación de su subordinado y le miró arqueando una ceja mientras el coche se ponía en marcha, saliendo del garaje de la Casa Cuartel para adentrarse en Los Monegros en busca de no se sabía muy bien qué. Palomeque no tardó mucho en notar tras de él un ruido rítmico que poco a poco fue transformándose en un bramido. El sargento Robles, como era habitual, se había quedado dormido en el asiento trasero y bufaba como un dinosaurio en celo.

De esa forma, entre ronquidos que el poblado bigote no conseguía atenuar, el coche deambuló perezosamente entre las lomas que rodeaban Bujaraloz; el cabo a los mandos y un ojo puesto en el mapa que le sostenía Barreiro. En este se encontraban los datos de las desapariciones: aquellos lugares donde se suponía que se dirigían los desaparecidos o los puntos en los que fueron vistos por última vez.

Una vez dejaron zona conocida, el paisaje desértico se reveló de una monotonía cruel. Cada ángulo a donde se mirase era idéntico al anterior, y tras cada loma se mostraba otra igual. No eran de extrañar las historias de viajeros perdidos en el desierto que afirmaban haber pasado meses cuando en realidad habían estado un par de días extraviados. El desierto monegrino tenía la capacidad de hacer perder la noción del tiempo y del espacio si uno no prestaba la debida atención a los detalles que pudieran proporcionar una referencia para localizarse. Una piedra en una determinada posición o una formación con una apariencia que se hiciera familiar podían servir a la hora de salvar la vida y no perderse dando estériles círculos sobre la machacona orografía de Los Monegros, puesto que no había en él otra estructura que pudiera ser tomada como referencia.

Se acercaban a la zona en la que Palomeque decidió que debía despertar al durmiente. En realidad no entendía, como sospechaba tampoco lo concebía el sargento, qué demonios debían buscar allí. En el desierto no había nada salvo piedras secas calcinadas y matojos espinosos retorcidos buscando agua como si les fuera la vida en ello. En aquel lugar nada podía haber donde comenzar una investigación decente, pero dado que órdenes son órdenes y las del sargento tan válidas como las de cualquiera, detuvo el coche con una brusquedad innecesaria, creyendo que, con suerte, lo repentino de la frenada hiciera salir al sargento de su peculiar interpretación de un aria rugida. No hubo suerte, y Robles continuó roncando como si el aire fuera a desaparecer y tuviera que acaparar todo el que pudiera, por lo que tuvo que ser Barreiro el que lo zarandeara para que volviese al mundo de los despiertos. Como de costumbre, podía esperar que lo hiciera de un humor de perros.

En un primer momento no respondió, sino que se quedó mirando desconcertado, alternando la vista entre el resignado rostro de Palomeque, el extrañado de Barreiro y algún lugar

indeterminado en las lejanas montañas tras el parabrisas. No parecía reaccionar a estímulos externos sino que, sin saber muy bien si estaba soñando todavía o no, parpadeaba como si le molestase el aire seco en contacto con sus córneas.

–Mi sargento, estamos en la zona de las desapariciones –anunció el cabo, intentando imprimir a sus palabras un acento tranquilizador que apaciguase la previsible reacción del sargento al ser arrancado de los brazos de Morfeo—. Espero órdenes para continuar la investigación.

–¿Investigación? ¿Qué investigación?

Palomeque puso los ojos en blanco.

–Mi sargento, recuerde las desapariciones. El informe que quiere el brigada Husillos –recalcó la palabra *brigada* como para enfatizar la causa por la cual se encontraban en medio del desierto, en una de las zonas menos transitadas—. Necesito que me diga cómo proceder con la investigación.

–¿Es usted imbécil, Palomeque? ¿Para eso me despierta? –Robles volvía a la vida por los derroteros por los que solía. Su humor parecía encontrarse en el mismo punto agrio que acostumbraba ocupar—. No me moleste y diríjase a las montañas... yo que sé... al destello ese de delante.

–¿Qué destello? –preguntó Palomeque. El sargento debía haber soñado antes de despertar y ahora pretendía que fuesen a perseguir sus sueños.

–He visto uno justo detrás de usted, en la falda de la montaña. Diríjase a aquella zona y despiérteme cuando hayamos llegado, imbécil –puntualizó señalando un punto en la lejanía, tras lo cual cerró los ojos muy lentamente mientras bizqueaba. Su cabeza acabó por caer sobre su hombro en grotesca pose mientras proseguía su concierto de ronquidos.

El cabo no pudo sino maravillarse ante el fulminante retorno del sargento al mundo en el que el ronquido era el lenguaje autóctono. Examinó las estribaciones de los cerros que estaban tras él y no vio nada más que aire rielando entre su posición y la escuálida montaña. Se hizo con unos prismáticos e inspeccionó la zona algo más a conciencia, buscando algo a lo que pudiera dirigirse. Algo que diera un poco de sentido a la orden del sargento. Sin embargo, no fue capaz de distinguir más que piedras, guijarros que habían caído de las piedras y el mismo polvo blanquecino cubriendo las piedras que llevaba viendo desde que abandonaron Bujaraloz. Palomeque tuvo que decidir en ese momento si continuar con el tronante sargento tras él hasta los cerros o dar círculos sobre el terreno calcinado con la esperanza de que cuando volviese a despertar no aludiese a esos fantasmales destellos que decía haber visto. Si tras su aventura era un día afortunado, quizás el sargento podía tener un ataque fulminante de lucidez y decidir que ya estaba bien de improductivos viajes por el desierto y que era mejor investigar en sitios conocidos, quizás el entorno de los desaparecidos. Como no podía fiarse de las reacciones del sargento, puso en marcha el motor y se encaminó contrariado hacia las montañas, sabiendo que se dirigía a la búsqueda de una aparición en un terreno en el que ni tan siquiera las ánimas perdidas permanecían más tiempo del necesario.

El coche patrulla avanzaba con dificultad sobre la gravilla del desierto, levantando tras él una columna de humo que lo hacía más visible para los dos pares de ojos que lo contemplaban a través de prismáticos dotados de telémetro láser, algo fuera del alcance de la tecnología del mundo en el que prestaban servicio.

–Parecen de la policía –susurró Keith Alsop al micrófono de su intercomunicador, sin separar los ojos de los prismáticos y escondido tras una roca.

–Afirmativo –confirmó la voz de Diane Brown por los auriculares que los mantenían en

contacto desde el avión que debían esconder del mundo hasta que llegase el momento de mostrarlo-. Se trata de un vehículo de la Guardia Civil con tres personas dentro.

-¿Crees que se dirigen hacia aquí? -preguntó Keith con algo de aprensión en la voz. Sabía que más tarde o más temprano las autoridades locales meterían los hocicos en sus dominios.

-Desde donde estoy parece que van directos a tu posición -anuncio Diane tras una pequeña pausa para confirmar el rumbo del vehículo-. Da la impresión de que te han visto... ¿Tienes montado el filtro antireflectante en los prismáticos?

-Afirmativo -mintió Keith mirando de reojo los filtros que debía haber instalado en sus lentes para impedir que el potente sol que tenía justo enfrente generase reflejos que pudiesen delatar su posición-. Mierda -susurró para mantenerse lejos del alcance del micrófono. Había cometido un error imperdonable en el peor momento.

-No te copio. ¿Puedes repetir? -la sensibilidad del micro había llevado hasta Diane el juramento de Keith.

-Decía que es afirmativo -volvió a fingir, sudando al prever las consecuencias de su error si se confirmaba que se trataba de un coche gubernamental. Hasta el momento solo algunos pastores despistados habían cometido el involuntario error de pasar dentro del perímetro de seguridad de la nave, pero un vehículo de las fuerzas de seguridad estatales era otra cosa. Se preguntaba cuántos incidentes de ese tipo podrían soportar sin que los descubrieran.

-Confirмо que se dirige hacia ti. El jodido coche va hacia donde te encuentras. Hay que pararlo como sea.

-Copiado. ¿Alguna sugerencia? -Keith se encontraba sobrepasado por el hecho de no haber tomado precauciones para minimizar indiscretos destellos. Error de principiante.

-Dispárale a las ruedas -la respuesta era tan obvia que Diane se sorprendió de que su compañero le hiciese una pregunta tan burda.

-Recibido.

Keith se agachó apoyando el fusil con silenciador en su rodilla, mirando al coche patrulla que de frente mostraba únicamente sus dos ruedas delanteras. Deseó que fuera suficiente mientras contenía la respiración al apuntar a las negras gomas que se esforzaban por mantener el vehículo en una trayectoria recta. Disparó una bala a cada una de las ruedas que tenía a la vista, las cuales reventaron sin excesivo escándalo.

-¡Me cago en...! -exclamó Palomeque, al volante del coche notando que en un instante había perdido tracción y control.

-¿Pasa algo? -se interesó Barreiro, junto a él. Tras ellos, Robles proseguía con su particular berrea.

-Creo que hemos pinchado -sentenció el conductor, frenando el vehículo entre una nube de pálido polvo monegrino.

-No me extraña... Saldaña, el jefe de mecánicos, se pule las ruedas en el mercado negro y las cambia por unas de peor calidad -confesó Barreiro, apesadumbrado presumiendo que no hubiera con qué sustituir la rueda pinchada mientras abría la puerta para salir-. Igual ni siquiera hay una de repuesto y hay que empujarlo hasta la Casa Cuartel.

Palomeque movió la cabeza hacia atrás con desdén.

-¿Con Robles dentro roncando? Antes le coloco una carga de explosivos y digo que han sido los rojos -con tan homicida resolución, Palomeque pulsaba la opinión de su compañero en lo tocante a terminar con la incordiante vida del sargento.

Barreiro calló, sorprendido por la actitud de Palomeque, pero otorgando un silencio cómplice que este supo reconocer mientras descendía del vehículo para rodear el capó y reunirse

junto al conductor, que agachado examinaba la rueda delantera izquierda. Por el camino pudo comprobar cómo la rueda de su lado estaba destrozada.

–Esta rueda ha estallado. Voy detrás a sacar la de repuesto... En caso que esté –Palomeque dudó si despertar al sargento. Concluyó que era mucho más llevadero soportar sus ronquidos que sus exabruptos y lo dejó donde estaba.

–También ha estallado la de mi lado –añadió Barreiro irguiéndose frente al coche y señalando la rueda derecha con un pulgar por encima de su hombro.

Palomeque quedó parado un instante. Era improbable que hubieran reventado las dos al mismo tiempo y, aunque la única rueda de repuesto estuviese en su sitio pese a la afirmación de Barreiro respecto a la honestidad del mecánico jefe, no podrían sustituir dos ruedas pinchadas. Comenzó a barajar con mayor decisión la posibilidad de hacer explotar el coche con el sargento Robles dentro, aun a costa de tener que ser muy convincente en su informe para justificar la presencia de elementos antifranquistas en medio de la zona más inhóspita de Los Monegros.

Camino del maletero, Palomeque comenzaba a sentir en su cogote la fuerza del sol sobre los páramos y decidió volverse hacia Barreiro que, frente al coche, había comenzado a abanicarse la sien con la mano. El silencio era total. El cabo fue a abrir la boca para volver a tantear cómo andaba su compañero de ganas de acabar con la misión por la vía rápida cuando, sin nada que lo anunciase, la cabeza de Barreiro reventó sordamente como una fruta demasiado madura. Trabéculas sanguinolentas de hueso craneal agujonearon el rostro de Palomeque mientras, horrorizado, contemplaba con entreabiertos ojos cómo esquirlas de cráneo envueltas en flácidos fragmentos rosados de pegajosa masa cerebral salpicaban el parabrisas tapizándolo de espuma cadavérica.

–¡Buen disparo! –Diane felicitó a su compañero a través del intercomunicador, a la vista del cuerpo de uno de los guardias desplomándose como un pelele descabezado, a plomo sobre el desierto.

Desconcertado por la repentina explosión de la cabeza de su compañero, Palomeque reculó un par de pasos, trastabillándose y dando con sus posaderas en el árido y pedregoso suelo monegrino. No sabía muy bien lo que había pasado y comenzó a sentir cómo le invadía el pavor. Instintivamente, aovillado sobre el blanco lecho del desierto, ocultó su cabeza entre sus brazos y tras sus piernas, salvando la vida sin saberlo. Sospechó que estaba en peligro y extendió una mano temblorosa a lo largo de su guerrera buscando el tranquilizador contacto con su pistola, suponiendo que el hecho de tener su arma reglamentaria a su disposición le procurase una inyección de valor de la que estaba muy necesitado. Para su sorpresa, la familiaridad del ronquido del sargento Robles que ajeno a todo seguía retumbando en el asiento trasero le aportó más tranquilidad que el contacto con las cachas de su pistola.

–Gracias –agradeció Keith el cumplido sin moverse, cambiando el fusil por sus prismáticos militares que ahora sí portaban filtros antireflectantes-. ¿Qué hacemos con el otro? No lo tengo a la vista. Parece que ha caído junto al coche por el otro lado.

–Lo veo, pero no puedo neutralizarlo desde donde estoy –transmitió Diane con tintes de fastidio en la voz-. No tengo a tiro ningún jodido punto vital. Y ahora está armado –concluyó a la vista de la pistola que blandía en su mano derecha.

–Tendré que ir a por él –concluyó Keith.

–Te cubro. Lo tengo a la vista. En cuanto se mueva, me lo cargo.

Esperaba que fuera ella a por el otro guardia, pero reconoció que su compañera había pensado bien. No le hacía gracia tener que abandonar la seguridad de su puesto para enfrentarse a un enemigo armado, pero no podría cubrir las acciones de Diane si no tenía a la vista al Guardia

Civil que se encontraba tirado en el suelo, ocultado de la vista de Keith por el coche.

–Copiado. Voy en busca del segundo.

Keith abandonó la postura de disparo y se puso en pie. Echó el fusil a la espalda y desenfundó la pistola sin dejar de mirar el vehículo que había traído a la Guardia Civil a sus dominios. Una vez descendió a la planicie, sostuvo la pistola con ambas manos apuntando al vehículo, todos sus sentidos concentrados en él. Se aproximaba muy despacio, sabiendo que había un enemigo armado oculto que no debía sorprenderle.

Allí estaba. Tras rodear el frontal del vehículo se encontró con un agente de la Guardia Civil tan asustado e inmóvil como un escarabajo panza arriba. Le apuntó con su pistola mientras le exhortaba en su español macarrónico a que depusiera las armas. Tras el mensaje al guardia tumbado en el suelo comunicó en inglés por el micrófono a su compañera que todo iba bien; una lengua que Palomeque, absorto y paralizado por la repentina aparición de una figura humana que embutida en un traje color desierto le apuntaba con algo que debía ser una pistola, hubiera reconocido si no fuera por el pánico que experimentaba. En cualquier caso, era perro viejo y no le hubiera hecho falta que le explicasen que debía deshacerse de su arma si quería seguir con vida.

Diane respondió que lo tenía a la vista y que dejaba su posición junto al avión para reunirse con él en menos de un minuto. Sugirió mantenerlo con vida hasta que les facilitase información útil. Dejó los prismáticos en el suelo y se dirigió hacia el coche patrulla de la Guardia Civil con paso resuelto. Cuando llegó al coche, Keith acababa de desarmar y atar al agente y le hizo saber que dentro del coche había un tercer agente roncando.

La mujer echó un vistazo al interior del coche para comprobar que, en efecto, en el asiento trasero dormitaba un orondo guardia civil. Parecía que no se había enterado de nada de lo que había sucedido.

–¿Quién es? –preguntó Diane al guardia que yacía preso junto al vehículo y que todavía se encontraba en estado de shock. Este jamás había visto algo parecido, y mucho menos a una mujer en un traje semejante y con una mirada tan agria. No había absolutamente nada normal en la situación que vivía.

–Es mi sargento, señora –consiguió balbucir con cierto esfuerzo. No estaba acostumbrado a dar explicaciones a mujeres–. El sargento Robles, responsable de la misión.

–¿Qué misión?

–Debíamos investigar una serie de desapariciones que han tenido lugar por estas tierras.

Diane y Keith se miraron el uno al otro. Su presencia en el desierto no podía pasar desapercibida para siempre, pero para sus gustos los habían descubierto demasiado pronto. Si la Guardia Civil sospechaba que algo extraño pasaba, solo era cuestión de tiempo que se presentase alguien con mayor entidad y con seguridad, amparado por un número bastante mayor de efectivos que los tres agentes que habían decidido indagar sobre las desapariciones. Sabían que no podrían ocultar el avión para siempre sepultándolo bajo una montaña de cadáveres, el último de los cuales yacía al otro lado del coche con la cabeza destrozada sobre una pequeña mancha formada por su sangre, bebida con avidez por la tierra del desierto. Una zumbante nube de rollizas moscas negras ya había aceptado la invitación a despachar el despojo.

Pese a que no se emitió palabra alguna por parte de nadie, Palomeque se dio cuenta de que advertían de qué estaba hablando cuando aludió a las desapariciones. No había duda de que esos extraños tipos estaban relacionados con ellas, y que él sería la siguiente evaporación junto con Barreiro y el sargento Robles. Por un segundo lamentó que el sargento fuera a ser dado por desaparecido y no poder recrearse con ello. Por lo menos, en su situación podría disfrutar del espectáculo que los desconocidos, ahora hablando en inglés entre ellos, podían brindarle si

decidían liquidar al sargento en su presencia.

Debatían sobre el siguiente paso a seguir. Estaba claro que debían acabar con la vida de los guardias, pero quizás fuera conveniente depositar los cuerpos lejos del avión con el fin de aportar pistas falsas que mantuvieran lejos a los curiosos. La cuestión era cómo hacerlo.

Keith asintió. Ya tenían un cadáver para transportar, y dos más harían la tarea muy problemática si tenían en cuenta que alguien debía quedarse junto al avión.

Antes de pasar a la acción, Diane preguntó si creía que podrían saber algo de Zach. Si son representantes de la ley deberían saber algo de él. Contactar con las fuerzas locales para conseguir que le ayudasen a llegar a Alemania era la primera misión del capitán.

Keith abrió los ojos desmesuradamente entendiéndolo que esos guardias tenían que saber algo de Zach y, volviendo a sacar su pistola de su funda y pidiendo a su compañera que preparase el arma, decidió despertar al guardia que continuaba con su serenata como si no estuviera a punto de morir.

Mientras Diane desenfundaba su pistola, su compañero se introdujo en el coche con cuidado por la puerta trasera, cada vez más impresionado por el volumen corporal del guardia y el de su ronquido. Con la cautela de un artificiero se arrastró hasta donde estaba roncando el sargento Robles y escamoteó la pistola para evitar futuros problemas, tras lo cual le propinó un fuerte empujón antes de separarse rápidamente de él, buscando una distancia de seguridad que le permitiese maniobrar en caso de que el gigante tuviera mal despertar.

El cabo Robles interrumpió su letargo atragantándose entre toses y mirando alrededor, sin comprender muy bien ni qué hacía allí ni dónde estaba. Y sobre todo, tratando de explicarse quién demonios eran esos tipos tan estafalarios que, uno dentro del coche y otro en el exterior, le apuntaban con sendas pistolas. Fue sobre todo la vista de los dos cañones apuntándole lo que lo despabiló con una eficacia mucho mayor que cualquiera de las extrañas circunstancias en las que había despertado y dio un respingo en el asiento del coche, quedando retrepado contra el respaldo.

—¿Qué demonios?... —acertó a decir. Notaba la boca seca.

—Salga del coche —ordenó el hombre que estaba a su lado mientras reculaba para salir del vehículo sin dejar de apuntarle con su pistola. Robles detectó en su voz un acento que fue incapaz de ubicar.

En el interior del coche patrulla, el sopor causaba un extraño efecto en la percepción del peligro que corría siendo encañonado por partida doble; pero una vez salió al exterior y comenzó a comprender la situación en la que se encontraban, la alerta se transformó en un pánico salvaje, atroz. El mismo miedo que podía verse en los ojos de Palomeque y que le atenazaba el habla, sentado en el suelo con las manos atadas tras la espalda. El frontal del coche estaba salpicado, escarchado más bien, con amasijos de una sustancia desconocida e irreconocible que sospechaba pudieran ser los sesos desmenuzados del infeliz cuerpo descabezado que yacía junto al coche. Ni tan siquiera fue capaz de reconocer el uniforme de la Guardia Civil que vestía el cadáver, pese a que podía recordar que una tercera persona los acompañaba en una misión cuyo fin, como de costumbre, había olvidado.

Palomeque comenzaba a sentir una creciente repulsión hacia su superior. Había resultado que el sargento Robles, terror de los rojos e inmisericorde martillo de cualquier detenido que tuviese la desgracia de pasar por sus manos, se dejaba maniatar, dócil como un corderillo, por esas extrañas personas.

De parecida opinión era Keith. Hubiera supuesto que reducir al gigante le hubiera sido más difícil, pero había sido coser y cantar. En su fuero interno estaba disgustado contra la sumisa

actitud del fornido agente.

–¿Cual era el nombre que utilizaba el capitán, Diane? –preguntó a su compañera mirando de reojo a los dos guardias.

–Jürgen. Jürgen Schneider.

De inmediato, el rostro del sargento viró del tono pálido que mostraba tras su traumático despertar a una notoria lividez exangüe que no pasó desapercibida para nadie, incluyendo el cabo Palomeque. Este, a su vez, perdió el color de similar forma al caer en la cuenta de que el nombre que la extranjera había mencionado le era familiar. Ninguno de los dos sabía una palabra de inglés; pero la vida en ese rincón de Aragón era tan aburrida que cuando se tiene la oportunidad de participar en la detención y caza de un espía soviético no se olvida con facilidad. Y esa mujer había pronunciado el nombre del espía que había ocupado las celdas y escapó de ellas ayudado por el condenado comunista de Santiago López.

El mismo que había abatido Robles cuando intentaba huir a Francia.

–¿Qué ha pasado aquí? ¿Conocéis al capitán? –inquirió Keith con vehemencia, propinando una patada al sargento. Tanto él como su compañera se habían dado cuenta de que el mero hecho de pronunciar el nombre de Zach había hecho palidecer a los dos guardias.

–Jürgen Schneider... ¿Conocéis a Jürgen Schneider? –tradujo Diane al español notando cómo ambos rostros eran incapaces de ocultar que reconocían el apelativo del capitán.

–Hablad, jodidos bastardos si no queréis que os llene el cuerpo de plomo poco a poco –amenazó Keith.

Los dos guardias parecían estatuas de mármol.

–Os avisé –anunció Keith, impaciente mientras sacaba la pistola de su funda y la amartillaba con frialdad. Solo le hicieron falta un par de segundos para triturar a tiros las rodillas de los indefensos guardias que, ahora sí, parecían haber vuelto a la vida chillando como si el alma se les fuera por los ensangrentados agujeros que habían aparecido en el espacio que hasta hacía poco ocupaban sus rótulas.

El desierto, tan vacío de compasión como el rostro acerado de Keith Alsop que permanecía impassible ante los descarnados gritos de los dos guardias, disipaba sus lamentos con la misma eficacia con que absorbió el suelo la sangre del cabo Barreiro. Todo en ese inhóspito entorno parecía encararse contra lo que significase vida.

–Habla, estúpido, o te liquido ahora mismo –amenazó Keith, apoyando el cañón de su pistola en la frente del gigante sargento.

El sargento Robles, por primera vez en su vida, sacó a relucir su dignidad al comprender que el extraño lenguaje que hablaban sus captores no podía ser otro que ruso; y que estos no eran sino bolcheviques, compañeros del hombre que él mismo había abatido con su fusil. Había entendido que no tenía escapatoria y que esos malditos esbirros de Stalin iban a acabar con su vida como él había hecho con el espía. Se irguió orgulloso. Le iba a enseñar a esos sucios comunistas cómo moría un patriota: con la palabra España en la boca.

–Lo recuerdo fehacientemente, sucia rata. Era un tipo alto y rubio que cobardemente proclamaba ser un piloto alemán, pero incapaz de engañar a todo un sargento de la Benemérita –comenzó a relatar haciendo uso de su particular prosa–. El sargento de la Guardia Civil que suscribe acabó con la vida de vuestro camarada tras acertarle en su precipitadamente y rencorosamente planeada carrera a una distancia de setecientos metros españoles cuando trataba de llegar a la traidora y cobijante Francia. Este sargento que suscribe está orgulloso de haber eliminado a un enemigo de la patria y no le importa no volver a suscribir nada más si con ello ha contribuido a la grandeza de España –terminó su perorata marcando la “P” de la palabra España.

–¿Qué ha dicho, Diane? –consultó a su compañera, sin entender muy bien la enrevesada forma que tenía el sargento de dar los informes.

–Ha dicho que se ha cargado al capitán –anunció pesimista. Había albergado muchas esperanzas de ver con vida a Zach y ahora no podía creer que la misión hubiera fracasado a las primeras de cambio.

Keith se mostraba igual de apesadumbrado que su compañera. Sabía que había emprendido un viaje sin retorno, pero mientras una oleada de cólera se abría camino en su cuerpo sin oponer resistencia, recordó que las directrices de Bifrost dejaban bien claro que si el capitán desaparecía, el avión y todo lo relacionado con él debía ser destruido con los medios que había a bordo.

–¡Mientes, pedazo de cabrón! –ahora que sabía que debía evaporarse junto con el fallido proyecto Bifrost, a Keith Alsop no le importó perder los papeles y tensó el dedo sobre el gatillo. El cañón de la pistola temblaba sobre la frente de Robles–. ¿Es cierto que has matado al capitán Schneider?

–Manifiesto que de mil amores me cargué a ese sucio espía porque era mi deber como español –informó Robles con la mirada al frente–. ¡Viva Espa..!

La detonación de la pistola de Keith impidió al sargento terminar su frase, descerrajando un tiro en el cráneo del sargento. Palomeque, sintiendo por primera vez en su vida algo parecido a la admiración por el arrebato de orgullo del sargento, consiguió apartar la cara antes de que las porciones de cabeza del sargento que la bala había esparcido en todas direcciones le dieran en el rostro.

–¿Pero qué haces? –preguntó Diane con tono irritado–. ¿No se suponía que había que llevarlos lejos del jodido avión? ¡Nos van a descubrir!

–¿Es que no te das cuenta? –respondió Keith más tranquilo una vez descargó su agresividad sobre el sargento, cuya mole corporal comenzaba lentamente a perder la verticalidad para dirigirse contra el suelo–. Maldita sea... Zach está muerto. La operación, terminada. Las directrices son bien claras: debemos detonar una de las bombas nucleares y poner fin a la misión. No debemos dejar rastro. Bifrost no quiere dejar cabos sueltos.

Capítulo 25

De nuevo en un coche oficial camino del domicilio de Zach Schneider, Speer no se encontraba en disposición de pensar fluidamente tras los últimos acontecimientos, con mil dudas que le hostigaban. En realidad no eran muchos los interrogantes, sino solo uno; tan grande como para eclipsar todos los demás. Bien era cierto que ese hombre había dado muestras suficientes como para hacerle pensar que, pese a lo irracional que tiene tomar en serio las declaraciones de alguien que afirma venir del futuro para impedir a Alemania perder la guerra, sus explicaciones encajaban. En el fondo su presencia en el Tercer Reich tenía demasiados elementos que no podían ser obviados, tan fantásticos todos ellos como su afirmación.

El principal contratiempo era no poder entregar un informe en el que la conclusión era que aquel que había sido tomado por un espía era, en realidad, un viajero del tiempo que decía haber visto películas que mostraban cómo Berlín sucumbía ante las tropas rusas y que había venido del futuro con un avión milagroso para evitarlo. Al menos no podía entregar ese informe sin convertirse en el acto en candidato a Hadamar.

Siempre le quedaba la opción de dimitir o declararse no apto para culminar la tarea que el *Führer* le confió. Tal opción tenía connotaciones negativas porque, para empezar, declararse inútil para cumplir un mandato de Hitler podía hacerle caer en desgracia, por muy asentado que estuviese en el centro de poder. Y lo más seguro era que si renegaba, encargase el trabajo a alguien con mucho menos aguante como el bruto de Rudolf Hess. En tal caso lo más probable era que volase la cabeza a Zach a la menor insinuación de que no era de este tiempo.

–Si, como dices, Alemania pierde la guerra... ¿Cómo nos verán las siguientes generaciones? –preguntó despreocupadamente Speer a un Zach que, al igual que el arquitecto, se encontraba ensimismado en sus propios pensamientos mientras circulaban en coche por las avenidas berlinesas.

–En el mundo habrá gente dispuesta a valorar positivamente la política del Tercer Reich, pero la propaganda soviética y americana conseguirán que el resto del mundo los vea como al ogro malvado de los cuentos de los hermanos Grimm –explicó Zach–. En su país, todos los símbolos actuales serán prohibidos y perseguidos. No habrá país más contrario a esta política y a estos principios que la Alemania de mi tiempo –añadió.

–Me lo temía –suspiró Speer, volviendo a mirar por la ventanilla del coche–. Es muy típico del ciudadano alemán, eso de obedecer lo que le digan sin rechistar.

No trascurrió mucho tiempo hasta que el coche paró junto a un portal que Zach reconoció con familiaridad, pese a que lo había visto durante solo un par de segundos: estaban frente a la entrada al piso que alquiló y del que no había podido disfrutar ni una hora.

Mientras el SS que conducía el coche permanecía en su puesto, el acompañante que les daría escolta en los escasos cinco metros que los separaban del edificio descendió del vehículo y abrió la puerta del lado de Zach. El capitán no se hizo ilusiones respecto a la cortesía de la SS, sino que se limitó a constatar que los dos celosos custodios tenían orden de vigilarlo a él; no a Speer. De hecho, su guardián no se separó ni un metro de él hasta que se presentó Speer, mucho más tranquilo y acostumbrado que Zach a guardias y escoltas. Se limitó a comunicar al soldado que todo estaba bajo control mientras asía de un hombro a su invitado y le conminó a entrar.

En el momento en el que traspasaron el umbral del portal, casi al instante se presentó la ratonil portera que había denunciado a Zach. Esta lo reconoció al instante y, mirándolo con ojos

de infinito desengaño, estuvo a punto de volver a dar la alarma cuando vio que el coche que lo esperaba fuera tenía banderines de las SS y que uno de los abrigos del cuero de seguridad del Reich montaba guardia en la puerta de su edificio. Al igual que un hurón asustado, decidió entonces introducirse en la portería y esperar tiempos mejores para poder demostrar su autoridad en el rellano.

–Elegí este piso porque está muy próximo a su despacho –advirtió con naturalidad en medio de las escleras. No tenía razón para ocultar esa información–. Leí sus memorias –añadió Zach con una pícaro sonrisa para explicar su afirmación, viendo la extrañeza en el rostro de Speer y abriendo la puerta del piso.

En el centro del salón seguí reposando, como una morsa sobre nieve virgen, el sofá marrón que, junto con la cama del dormitorio, seguía siendo el único mobiliario del estudio; erigiéndose en medio de la cálida luminosidad que, entrando por la claraboya, colmaba la estancia. En un doble fondo en el armario del dormitorio, debía haber un maletín de cuero con material imprescindible para completar su misión y hacerla creíble a los ojos de Speer.

–¿Y por qué necesitaba este piso? –preguntó Speer mirando por uno de los tragaluzes hacia el patio interior. Hacía un día excelente y el tibio sol del atardecer berlinés arrancaba reflejos dorados de las fachadas de los edificios. Los tejados, moteados en múltiples tonos de gris pizarra, añadían un hermoso contraste a la escena. Le encantaba Berlín.

–Tenía que estar cerca para poder relacionarme con usted –respondió Zach dirigiéndose hacia el dormitorio con cierta indolencia estudiada.

–No me irá a decir que su forma de contactar pasaba por dejarse detener por la *Gestapo*. Podía haberle costado la vida –Speer se separó de la ventana para ocupar el centro del salón. No sabía si era buena idea seguir al capitán Schneider hacia el interior del piso.

–El plan principal era hacerme pasar por un compañero suyo de la universidad, pero parece ser que la portera tenía orden de informar a la *Gestapo* de cualquier alquiler en la zona y tuve que improvisar –concedió Zach pregonando desde la alcoba–. ¡Aquí está! –añadió triunfante, atemperada la voz por el pasillo que los separaba.

Albert Speer se dirigió al dormitorio y entró en la estancia en la que estaba Zach, golpeando el quicio de la puerta con los nudillos para hacerse notar. El capitán levantó la cabeza hacia él a modo de saludo. Se encontraba sonriente, agachado sobre un maletín de cuero negro cuyo contenido examinaba con avidez. Era evidente que era lo que había ido a buscar.

–Aquí guardo algunas cosas de mi época que necesito. Quizás debería usted verlas –explicó Zach, levantándose vanidoso, como si lo que hubiera encontrado dentro de su cartera le hubiera dado cierta paz interior de la que había carecido hasta ese momento.

No le costó mucho a Albert Speer hacer ver que no deseaba otra cosa que observar lo que ese capitán Schneider pudiera mostrarle. Había visto el efecto tranquilizador que la valija había obrado en él y estaba loco por saber que contenía. Para su sorpresa, en lugar de mostrarle el interior; que era lo esperado, le hizo entrega del maletín abierto de par en par, lo que le hizo recelar.

–No es una trampa. No hay nada dentro que pueda hacer daño a nadie, salvo una pistola que no estoy dispuesto a empuñar –se adelantó Zach, a la vista de la respuesta desconfiada del arquitecto–. Puede usted mirar en su interior con entera libertad.

Speer miró a los ojos de Zach y se sumergió en el contenido del maletín. Tuvo que admitir que lo que había dentro le decepcionó en parte. Esperaba algo lleno de hipnotizantes lucecitas o un agujero por el cual se pudiera ver la Osa Mayor, pero el maletín se encontraba prácticamente vacío. Aunque tan sólo pudo reconocer unos fajos de *reichmarks*, el resto eran pequeñas bolsas de

inocua tela blanca. Miró a Zach con cara de no entender nada.

–Adelante –Zach animó a Speer a hurgar en su equipaje. No se le ocurría nada mejor para ganarse la confianza del arquitecto. Su éxito pasaba por conseguirla. Si la perdía, podía dar su misión por terminada.

Speer se dirigió entonces en silencio hacia el salón para, una vez en él, tomar asiento en el sofá. Zach le siguió sigilosamente hasta quedar de pie en el centro de la puerta que daba al pasillo que desembocaba en el dormitorio. Una vez sentado el arquitecto comenzó a examinar las bolsas, cogiéndolas al azar.

Abrió la primera bolsa que encontró, con el mismo esmero que hubiera utilizado si fuera una caja de Pandora con la insignia del partido nazi prendida en la solapa. Para su decepción, la bolsa contenía tan solo un par de los elementos más valiosos del mundo: diamantes y pepitas de oro. Nada que alguien con el suficiente poder económico pudiera tener en su caja fuerte.

Desechó otro saco que, a la vista de su silueta, contenía algo con lo que estaba acostumbrado a convivir: una pistola Luger. Al levantar con cuidado la bolsa para depositarla sobre el sofá pudo notar que dentro de ella había también una importante cantidad de munición. Seguía sin encontrar nada que le sorprendiera y que le confirmase que ese hombre era quien decía ser.

La siguiente bolsa, sin embargo, albergaba la promesa de que algo más extraño se ocultaba en su interior, mucho más pesado que lo que su pequeño tamaño podía haber dado a entender. Dentro, para su sorpresa, había algo rectangular que jamás había visto. Miró inquisitivamente a Zach.

–Es un walkie talkie –explicó con toda naturalidad. Pese a que para Speer era algo que nunca se había encontrado, para Zach era parte del equipamiento básico de cualquier actividad–. Es un pequeño transmisor-receptor portátil de radio. Con él debo comunicarme con mis compañeros que se encuentran en el avión para advertirles de nuestra llegada.

Pensó en Keith y Diane. Esperaba que su misión no hubiera presentado problemas porque deseaba volver a verlos para poder tener alguien con quien hablar con franqueza y con total conocimiento del mundo de donde provenían. Necesitaba hablar con alguien sobre el espectacular *touchdown*^[35] que hizo campeones a los Denver Broncos en la última *superbowl*. Y, sobre todo, se sorprendió de lo mucho que necesitaba ver a Diane Brown. No podía olvidar las palabras que le dedicó mientras le deseaba suerte. La recordaba igual que si acabase de producirse, aunque esa evocación comenzaba a verse empañada por la bruma del tiempo. Cuanto más la rememoraba, más pensaba que había reflejado una frialdad tan fingida como innecesaria y tan paradójica como misteriosa. Desde que se dejó el avión, sintió que tenía una causa pendiente con ella puesto que necesitaba aclarar por qué una mirada cargada de significado le hacía pensar en ella con más frecuencia de lo que exigía la operación.

Se centró en su misión, ahora en un punto delicado y extendió una mano para pedir a Speer que le dejase el walkie. De la misma bolsa extrajo una pequeña antena de plástico negro y la atornilló al cuerpo del transmisor. Mostrando sus movimientos como si fuera un prestidigitador pulsó un pequeño botón rojo en un lateral.

–Además de servir de transmisor, puede grabar sonidos –expuso con algo de dramatización, tras lo cual volvió a accionar el botón.

Se agachó ante Speer. Este no había dejado de mirar la caja con aire abstraído. Muy despacio, Zach pulsó el botón de reproducción de la última grabación y su voz anunciando que el pequeño artefacto podía registrar sonidos inundó el salón, clara y sin el ruido que acostumbraba a acompañar las grabaciones que el arquitecto había oído hasta ese momento. Speer asintió

maravillado con la misma expresión de un párvulo. A Zach le recordó la expresión de Joey cuando le enseñó a usar un arma y tuvo que soportar, no sin esfuerzo, un latigazo de angustia al recordarlo.

Speer conocía equipos de transmisión de voz por radio y equipos capaces de grabar la voz humana para reproducirla más tarde, pero desde luego, nada ni remotamente parecido al diminuto artefacto que había tenido en sus manos. Se sintió maravillado, pero quería más pruebas y volvió a abrir la bolsa de cuero para extraer otra bolsa de tela blanca que parecía contener otra pieza del mismo peso y tamaño del pequeño transmisor-grabador que acababa de ver.

Muy despacio extrajo de dentro una pieza hecha de un extraño material gris de aspecto gomoso. Este, al contrario que el transmisor, tenía en una de sus caras un gran cristal mientras que en la contraria, otro cristal prominente parecía cubrir un ojo circular en una esquina de la caja. Sin pronunciar palabra, volvió a mirar a Zach esperando que este le ofreciese una explicación sobre su función. Speer estaba encantado por la situación y eso que sabía que su único cometido era la cada vez más fácil tarea de decidir si ese hombre era lo que decía ser.

Zach sonrió serenamente.

–Es mi cámara de fotos –subrayó. Sabía que, aunque el walkie talkie estaba en esos momentos en desarrollo, lo tocante a fotografía digital era algo que ni tan siquiera las más calenturientas mentes visionarias de la época habían soñado–. Tiene un sensor de doce megapixels, wifi y GPS –se permitió el lujo de instruir al absorto Speer con una retahíla de especificaciones técnicas que sabía era incapaz de comprender. Esperaba no tener que explicarle cada una de las características que había enumerado. No dejaba de fascinarle que conceptos que en poco más de medio siglo serían familiares hasta para un niño pequeño fueran ahora desconocidos; y le sonasen a chino a todo un arquitecto que se codeaba con el hombre más poderoso del mundo.

Albert Speer no estaba por la labor de hacer preguntas sobre la fascinante caja gris que sostenía en sus manos con el mismo celo con que protegería un endeble polluelo de gorrión. Zach advirtió la atracción que producía la cámara a Speer, por lo que la recogió de las manos del arquitecto y pulsó el botón que la ponía en marcha. El capitán jamás había visto a nadie prestar tanta atención a una acción tan simple como encender una cámara de fotos, aunque tuvo que admitir que tenía algo de hipnótico el hecho de ver cómo, tras una simple tonadilla electrónica, se sentó junto a Albert Speer, levantando la cámara frente a él apuntando a ciegas a ambos y apretando la caja cuadrada.

Disparó una única vez y los labios de Speer emitieron un apenas inaudible *wow* de admiración. No apartó la mirada de la cámara.

–Hace fotografías y las almacena en su memoria interna –explicó Zach considerando que Speer quizás no supiera hacer las preguntas adecuadas–. Funciona igual que las cámaras de fotos actuales, pero con la ventaja que, al almacenarlas en su interior y no usar película, puede uno verlas al instante en esta pantalla que hay detrás.

Giró la cámara para mostrarle la pantalla que mostraba una imagen del arquitecto y él sentado en el sofá. Pese a que la foto no ganaría ningún concurso, mostraba el lado más confundido del eminente primer arquitecto del Reich. Tras un instante, la pequeña pantalla volvió a apagarse como si jamás hubiese obrado un milagro.

–Pero... ¿Cómo...? Es decir... No puede... –Speer estaba estupefacto y difícilmente podía articular palabra. Había visto fotografías a color tomadas con ultranovedosos métodos, pero siempre incrustadas en revistas y reveladas en complejos laboratorios. Jamás hubiera supuesto que pudieran hacerse fotos tan vivas con una cámara tan pequeña y extraña; y mucho menos que

pudieran verse en ella.

—Al igual que el ojo humano convierte la luz que le llega en impulsos nerviosos que llegan al cerebro, esta cámara tiene un sensor que transforma la luz en una forma de energía que puede ser almacenada en su memoria —Zach procuró ahora usar términos que fueran familiares. Speer asentía como un colegial—. Y almacena muchas, de forma que puedo pasar de una a otra.

Zach devolvió la cámara a las nerviosas manos de Speer y pulsó el botón para que se mostrase la foto anterior y apareció una en la que podían verse a ambos mirando a la cámara. Speer pasó un dedo por la pantalla como si quisiera sentir algo mediante el tacto. Cogiendo el pulgar de Speer le animó a pasar el dedo por la pantalla para guiarle por las fotos que almacenaba la cámara. Zach aún guardaba la mayor sorpresa en la tarjeta SD de la cámara cuando le insistió en seguir navegando entre las fotos.

La siguiente le mostraba el orgulloso B-2 que parecía elevarse apoyado en su vistoso tren delantero. La foto surtió el efecto que Zach esperaba.

—¿Es...? —acertó a preguntar Speer, señalando con su dedo la pantalla de la cámara.

—Así es, *Herr* Speer —Zach asintió mostrando la mejor de sus sonrisas. Había ganado—. Es mi avión, custodiado por dos compañeros míos en el desierto de España en el que se encuentra. Ese avión y su contenido es lo que tengo para ofrecer al Reich.

Albert Speer volvió a asentir, boquiabierto. Ya no tenía duda de que ese tal Zach Schneider había viajado con ese impresionante avión desde el futuro para ofrecerlo a Alemania. Entraba dentro de lo posible; si la persona que tal cosa afirmaba tenía en su poder artefactos tan innovadores como aquellos que le había mostrado. Sintió como si la historia del mundo hubiera cambiado en una fracción de segundo; como si el hecho de tener en sus manos esa extraña cámara de fotos originase un chispazo que encendiese la mecha para disparar el cañón que habría de impulsar el mundo alemán del futuro. Albert Speer, arquitecto, tenía entre sus manos una pequeña caja gris que habría de conformar la historia venidera. Jamás arquitecto alguno había tenido en sus manos el poder de construir un mundo, obra que empujaba el insignificante encargo de Hitler de remodelar la capital del Reich para construir una ciudad que el mundo debiera admirar durante mil años.

Ahora sabía que el hombre que tenía ante sí era capaz de otorgarles un conocimiento con el que dominar el planeta. Tan sólo habría que descubrir el modo de dosificar la información que, como el conocimiento arcano, podía ser contraproducente si era mal utilizado. Mientras pensaba en que con tan solo destinar un equipo al estudio de la pequeña cámara de fotos del americano, Alemania podría conseguir una ventaja sustanciosa en la carrera tecnológica que se había emprendido de forma paralela a la guerra; pulsó inopinadamente el botón de navegación entre las fotos de la cámara. Ante sus ojos se formó en la pantalla otra imagen del avión. Se le antojó una extraña ave negra que con altivez se ofrecía a llevar a Alemania hacia el futuro del que provenía su piloto, sonriente y triunfante junto a él en el sofá.

Volvió a centrar su atención en la pantalla mientras que, afianzándose cada vez más en el manejo de la cámara, iba pasando foto tras foto. Las imágenes se sucedían una tras otra en el visor, cada una mostrando un ángulo diferente. Speer comenzó a hacerse una imagen mental del extraño avión que no se parecía a nada de lo que hasta ese día había visto volar, y no le cabía duda de que, como el americano había explicado en la cancillería, debía ser algo tecnológicamente avanzado incluso en la época en la que debía haber sido diseñado. En su trasiego de fotos se detuvo en una en la que aparecía Zach vestido de aviador alemán ante lo que creía mostraba la cabina del aeroplano, una consola repleta pantallas y relojes que poco o muy poco tenía que ver con lo que conocía como estado actual de la ciencia aeronáutica. Aún pasó un par de fotos que

reflejaban la vida cotidiana en las calles de la capital antes de que, de repente y sin previo aviso, al pulsar el botón que habría de llevarle a la siguiente foto; apareció de nuevo su imagen junto a Zach. Sentado en el mismo sofá que ahora ocupaba, la pantalla le mostraba tal y como el indiscreto objetivo le había retratado: un Albert Speer con aspecto lívido, derrotado y sobrepasado por las circunstancias e intentando comprender qué era lo que se estaba fraguando en el entorno del salón del estudio que ese americano había alquilado.

Speer sonrió. Una oleada de entereza recorrió su cuerpo. Sabía que tenía que ponerse manos a la obra enseguida. Albert Franz ya había adelantado, tras su breve entrevista, que ese hombre debía formar parte del tejido productivo alemán cuanto antes y al más alto nivel que pudiera otorgársele. En la mente de Speer se atropellaban las preguntas que quería hacer. Tenía tanto sobre lo que interesarse que no supo cuál de sus múltiples cuestiones debía ser enunciada en primer lugar. Tenía demasiadas dudas sobre armamento, sobre aviones, sobre tecnología bélica y por encima de todo, preguntas que hacer sobre el futuro de la guerra a corto plazo. Antes de comenzar a hacer las mil preguntas que le asaltaban, debía tranquilizarse y poner su mente en orden, porque todavía tenía ante sí la difícil tarea de convencer a mucha gente de que había que dar prioridad absoluta a ese hombre y a sus conocimientos.

–*Herr Schneider* –espetó agarrando amistosamente a Zach de los hombros–. Con su ayuda ganaremos la guerra. Su mujer no será asesinada por nadie.

A Zach le invadió una inenarrable alegría. Speer había recordado el detalle que le había explicado sobre sus motivos para estar ahí; y además le había expresado su apoyo. Por primera vez desde que comenzó su misión, allá en los cielos de Missouri del siguiente siglo, tuvo la certeza de que la historia iba a cambiar. Su mujer viviría y su hijo le admiraría por ello, aunque no sabía como diablos iba a suceder.

En ese instante, voces salutorias emergieron con fuerza desde la escalera. La tranquilidad que hasta ese momento hubo reinado en el salón de su apartamento saltó por los aires dando paso a un revuelo de gargantas desgañitándose.

–¡Heil! ¡Heil! –exclamaron varias voces desde fuera. Como saliendo de un hechizo que acababa de desvanecerse, ambos hombres cayeron en la realidad de la que les había arrebatado la breve visita que habían hecho al siglo XXI y se pusieron en pie de un salto, un instante antes de que alguien llamara a la puerta con insistencia.

–¡Abran! ¡Abran la puerta al *Führer*! –les exhortó una voz que a Zach se le hizo familiar, aunque fue incapaz de ponerle rostro.

Para salir de dudas se dirigió solícito a abrir la puerta. Tras ella estaban Rudolf Hess, cariacontecido, y el mismísimo Adolf Hitler con rostro sonriente.

–¡*Herr Hess*! ¡*Mein Führer*! Por favor, pasen a esta mi humilde casa –Zach se apartó de la entrada intentando disimular su preocupación, mano en alto el saludo nazi. No era el mejor momento para que apareciesen. Tenía la confianza de Speer, pero quizás hubiera sido algo más deseable haber planeado la presentación al resto de las fuerzas vivas del Tercer Reich; y quizás con algo más de tacto a Hitler, el único hombre de Alemania con el suficiente poder como para autorizar o para enterrar para siempre a Bifrost con solo decir una palabra. Pero el mismísimo Adolf Hitler estaba entrando con aire marcial y no había tiempo para estrategias.

No sabía cómo iba a ser capaz de transmitir su mensaje, y mucho menos de ponerse de acuerdo con Speer en cuáles debían ser las directrices de la exposición que había ido Hitler a exigir.

El *Führer*, mientras tanto, paseaba por la estancia en amplios círculos, examinándola. Zach no dejaba de maravillarse al estar frente a él, aunque su presencia era tan opresora e intensa

que temía mirarle directamente. El único que parecía eludir su poder era Rudolf Hess, pero tanto Zach como Speer estaban tiesos como velas mirando al infinito a través del tejado abuhardillado del piso, mientras Hitler paseaba por el salón cual sabueso que hubiera olfateado una presa que no estaba dispuesto a dejar de cobrarse.

–Lo siento, Albert –comenzó Hitler a hablar con voz atiplada y midiendo los tiempos como si se dirigiera a una invisible multitud en alguna de sus impresionantes exhibiciones–. Sé que le di un margen mucho mayor para que me presentase un informe, pero he cambiado de opinión –se detuvo delante de Speer, mirándolo a los ojos. El arquitecto no le devolvía la mirada–. Quiero oírlo ahora mismo.

La petición de Hitler era incontestable e improrrogable. Zach comenzó a pensar que su situación fuera de protocolo quizás le permitiría arriesgarse a pedir ahora una breve reunión a solas con Speer. Este último, como cualquier alemán de esa época, sabía que cualquier oposición directa al *Führer* podía significar su desgracia. Además, Zach se había dado cuenta de que Speer no parecía reaccionar, aún estupefacto por lo que había tenido la oportunidad de ver y manejar. Se disponía a pedir algo de tiempo a Hitler cuando la voz de Speer salió, clara y tranquila, de sus labios.

–*Mein Führer* –proclamó Speer como si hubiera estudiado la respuesta y la tuviera bien ensayada–. Tengo mi informe listo y con sumo gusto lo presentaré –tomó aire. Zach no sabía si su gesto era teatral o si sólo buscaba ganar un tiempo que no habría de serle de mucha utilidad–. Tengo la certeza de que el hombre que se encuentra con nosotros en esta sala –saludó a Zach con la cabeza– es en realidad un ser de otra galaxia enviado a Alemania para ayudarnos en la gloriosa cruzada contra nuestros enemigos.

El mundo se desmoronó alrededor de Zach.

Desconocía cómo había sucedido, pero de alguna forma las revelaciones que había concedido a Speer habían producido un efecto contrario al que esperaba. Bifrost acababa de terminarse de manera tan abrupta como absurda. Con el ridículo informe que acababa de presentar, no quedaba duda de que Speer, tal vez convencido de la veracidad de las profecías de Zach, había decidido lanzar esa estupidez para pasar el resto de la guerra internado en un sanatorio mental y evitar así los juicios de Núremberg de los que le había hablado. Con toda seguridad en una celda acolchada muy cercana a la suya propia. Quizás a través de los barrotes de las celdas pudiera algún día explicarle por qué de repente dinamitó el futuro de Alemania y el de su familia.

Habría jurado que la mirada furtiva que en ese momento le dedicó Speer era idéntica a la que el miserable hijo del millonario senador le dedicó cuando el juez le declaró inocente del asesinato de Lilian, su esposa.

Zach se sintió morir. Era la primera misión en la que fracasaba. Y también la más importante de todas.

Adolf Hitler permaneció quieto por un segundo, como hechizado. Igual que un autómatas que se hubiera quedado sin energía tras oír de Speer su informe, en el que afirmaba que el hombre que tenían ante ellos, llamado Zach Schneider, era en realidad un ser venido de las estrellas para ayudar al Reich en su lucha contra el mundo. Rudolf Hess seguía guardando la puerta de entrada al apartamento.

El único que parecía haber perdido la entereza era Zach. Mientras que del resto de personas, el que más o el que menos había encajado la absurda revelación de Speer con relativo aplomo, él se había sentido morir al ver cómo la misión a la que había consagrado la vida saltaba en mil pedazos, sin posibilidad alguna de seguir adelante tras la descabellada afirmación de

Speer. No había manera de convencer a nadie de la realidad de su misión cuando el que debía ser su principal valedor ante la cúpula del gobierno alemán fingía, con un fin desconocido, un ataque de locura asegurando con mal imitada demencia que la persona que tenían ante ellos era en realidad un extraterrestre que había venido a rendir pleitesía a Adolf Hitler. ¡Por Dios!... Era menos creíble que la verdad. Ninguna de las más alocadas suposiciones de Bifrost había supuesto que Albert Speer simulase un ataque de locura en el momento más crítico de la misión. Quizás estaba pensando en esquivar de alguna manera la justicia futura alegando problemas mentales; dando por buena la aseveración de Zach de que la guerra sería para los aliados y que toda la cúpula nazi pasaría por un tribunal militar.

Empezaba a plantearse qué iba a ser ahora de él. Tras la alocada justificación de Speer le quedaba poco margen de maniobra. Posiblemente el arquitecto sería enviado a un sanatorio mental, pero si por su cuenta y riesgo decidía contar la verdad sobre su misión sin apoyo de nadie, ocuparía una celda en otra institución mental de carácter muy diferente a la de Speer puesto que era un don nadie en Alemania y por lo tanto, al carecer de protector, sería enviado a cualquiera de las terroríficas instituciones eugenésicas que poblaban la Alemania nazi. De repente no simpatizaba con el ideal nazi de eliminar lo que ellos llamaban "vida indigna de ser vivida", algo que en su época neonazi había preconizado con vehemencia. Podría convertirse en objetivo del programa de eugenesia, por obra y gracia de los desvaríos de Albert Speer.

Le quedaban pocas opciones y menos tiempo para tomar una decisión. Sabía que en un principio le habían tratado como un espía, y realimentar esta creencia podía llevarle ante un pelotón de fusilamiento si se erigía en enemigo de la patria ante el mismísimo Adolf Hitler. Veía improbable que Speer volviera a ponerse en la trayectoria de las balas y, repentinamente, se encontró solo y desamparado.

Tan solo le quedaba un clavo ardiendo al que agarrarse: Anselm Franz. Era la única persona en Alemania que le creería, descartado Speer por su imprevisto cambio de rumbo. No podría decirle en un principio quien era en realidad, pero una vez le expusiera todo lo que sabía, podía contarle que tenía un avión ultramoderno esperando en el desierto a que lo rescatasen. Solo deseó que Diane y Keith hubieran sido capaces de mantener el avión a salvo de miradas indiscretas durante el tiempo necesario.

Sintió la mirada de Hitler escrutándolo con interés y decidió quemar sus naves. Debía conjurar cuanto antes la mentira que Speer había vertido sobre él y se dispuso a solicitar que fuera Franz quien decidiese si era útil a Alemania o no.

–*Mein Führer*... Espero por el bien de Alemania que...

–¡Lo sabía! –le interrumpió Adolf Hitler, asiendo a Zach por los hombros en lo que más bien parecía un gesto amistoso–. Siempre supe que la superioridad aria era un regalo de superhombres venidos de las estrellas y que algún día su raza vendría a estrechar lazos con nosotros. Y ahora que le veo me doy cuenta de que mis suposiciones eran acertadas.

Zach no fue capaz de cerrar la boca que la interrupción de Hitler había dejado abierta. No entendía lo que estaba pasando. A todas luces parecía que el *Führer* no solo había creído la perogrullada de Speer, sino que le había hecho muy feliz. Miró una vez más al líder alemán. Estaba exultante, las manos todavía reposando amigables en sus hombros y un peculiar brillo condescendiente en la mirada.

No sabía qué decir. Quizás el salto en el tiempo le hubiese llevado a un universo paralelo en el que todos los seres humanos que hubieran concurrido en la historia se habían vuelto locos; a una especie de mundo bizarro donde las leyes de la cordura hubieran desaparecido. En ese caso, solo Dios sabía a qué podían haberse enfrentado sus compañeros en España.

–Así es, *mein Führer* –Speer, a diferencia de Zach, sabía muy bien que decir en ese momento tan extraño–. He podido comprobar más allá de toda duda que este hombre es en realidad un enviado de una estirpe de seres superiores del universo que ha contactado con nosotros para unirse a nosotros en la guerra.

Zach asentía con poca o nula convicción. Speer se ratificaba en sus peregrinas afirmaciones, pero por algún extraño motivo, nadie salvo él parecía escandalizarse de sus frases. ¡Y pensar que había considerado que si decía la verdad le encerrarían por loco! Si hubiera sabido que nadie se asombraría del descabellado alegato de Speer, hubiera ido al grano mucho antes y se hubiera evitado numerosos sinsabores.

–¡Por supuesto! ¡No podía ser de otra forma! –relinchó Hitler sin dejar de asir sus hombros y recalando cada una de sus frases con un leve y amistoso zarandeo–. ¡Llevo años afirmando que la superioridad de la raza aria trasciende las fronteras de la Tierra! ¡Y pensar que hubo gente que no me tomó en serio cuando dije que nuestro poder venía de las estrellas! Es usted la viva confirmación de mis ideas.

–En efecto, *mein Führer* –añadió Speer intentando atraer hacia sí a su asombrado invitado–. Nuestro amigo Zach Schneider no solo está aquí en calidad de enviado, sino que es portador de una tecnología que desea poner a disposición del Tercer Reich para que sea examinada y usada en nuestro beneficio –insistió Speer, tras lo que, intercambiando una mirada cómplice con Zach, continuó–. Estoy seguro de lo que afirmo: este hombre pertenece a una estirpe de otro mundo y nos brinda la forma de ganar la guerra.

En ese momento todo cobró sentido para Zach. Speer había maniobrado con notable astucia. La suficiente como para, además, aportarle una explicación en medio del sorprendente discurso. Una mirada cargada de intención había sido suficiente para hacerle ver que en realidad, Speer había dado a Hitler la respuesta que este esperaba oír. En la tensión del momento había olvidado la admiración que el *Führer* mostraba hacia todo aquello relacionado con lo desconocido y lo hermético. Pese a que todo lo que en su mundo había eran rumores, se sabía del esfuerzo que Adolf Hitler había realizado en la búsqueda de ancestrales y arcanas formas de poder. De todos era conocida la afición del *Führer* a la búsqueda de reliquias legendarias como la lanza de Longinos –que se supone atravesó el costado de Jesús de Nazaret– o el Arca de la Alianza que, según la Biblia, engendraba un poder capaz de hacer desaparecer civilizaciones enteras en los tiempos de la conquista de Canaán.

Se maldijo por haber pasado por alto un dato tan importante como la predisposición de Hitler a creer todo aquello que tuviese un tinte esotérico. Incluso había sido informado por Bifrost de las infructuosas expediciones que financiadas por el Tercer Reich habían sido realizadas en busca de antepasados estelares de la raza aria. Afortunadamente, a Speer no se le había pasado por alto ese dato; y había conseguido un interesante rédito de la querencia de Hitler a creer. Si le hubiera dicho la verdad, habría acabado ante un pelotón de fusilamiento.

Decidió aprovechar el momento y estrechar con efusión la mano de Hitler.

–*Mein Führer. Herr* Speer ha transmitido perfectamente mis intenciones –no se sintió con ganas de hacerse pasar por algo tan estafalario como un extraterrestre, incapaz de jugar el rol que Speer había promovido–. Mi única misión es procurarles una tecnología que les hará despuntar en la guerra.

Hitler soltó precipitadamente la mano de Zach. Parecía que el contacto físico le había incomodado, aunque no hasta el punto de echarse atrás y zanjar su encuentro. Debía ser reacio al contacto humano y, aunque su curiosidad era mayor que su aprensión, tal contacto ensombreció el hasta ahora alborozado rostro de Hitler.

–Yo puedo dar fe de tal afirmación, *mein Führer* –Hess no perdió la oportunidad de participar en tan revolucionaria revelación, ahora que la intensidad del encuentro decreció–. Como le dije mientras veníamos, he verificado que uno de los más brillantes ingenieros alemanes, Anselm Franz, destinado en un proyecto de investigación sobre motores de alto rendimiento; ha declarado estar deseoso de ponerse a trabajar de inmediato sobre la base de conocimientos de este... ser que nos honra con su presencia –se sorprendió más incómodo de lo que hubiera podido reconocer, mientras daba cota a la nueva estrella de la reunión. Se guardaba muy mucho de no echar a pique las ilusiones de su bienamado jefe, pero era reticente a creer la afirmación de Speer. No le gustaba nada cómo, en una suerte de actitud burlesca, el extraño se imbuía de tan irreales atributos ante el salvador de la patria alemana. Miró a Zach con suspicacia, lo que no pasó desapercibido para este.

Hitler asintió en silencio. Su rostro había desterrado toda la ilusión que encarnaba hacía un minuto.

–Espero, caballeros, que sean conscientes de la transcendencia de este asunto –anunció el *Führer*, bajando el tono de la voz hasta convertirla en un susurro–. Lo que se ha revelado en esta habitación no deberá salir de aquí y, pese a que debemos darle toda la prioridad que sea requerida para poner en marcha las ideas de nuestro amigo, jamás revelaremos su verdadera naturaleza, aun a riesgo de dejar sin respuesta algunas preguntas sobre él y su mensaje. ¿Han entendido?

Los dos alemanes asintieron, Speer con un toque de orgullo en su semblante. Era el triunfador de la reunión que, en un piso vacío de Berlín, había de cambiar la historia.

Adolf Hitler siguió indicando cómo debían proceder con este particular y les transmitió su intención de comenzar a tejer un dispositivo que se asegurase de dar a ese ser de las estrellas todo lo necesario para transferir al Reich esas informaciones que decía poseer a la mayor gloria de Alemania. De su entusiasmada perorata tomaban ambos buena nota mental, cada uno de ellos en el campo que más le interesaba.

Hess se mostraba molesto por su poco peso específico en los planes respecto a Zach, cuando entendía que hasta el momento todos los datos referentes a los supuestos conocimientos técnicos habían sido o bien ratificados por él o por alguien que él hubiera traído. Se preguntaba cómo había sido posible que un petimetre como Speer hubiera sido elegido por el *Führer* para llevar a cabo un proyecto que le venía grande. Puede que supiera rellenar de la manera correcta un encofrado de cemento, pero era incapaz de empuñar una pistola y, si era verdad que ese hombre portaba información que pudiese mejorar la capacidad armamentística alemana, no había nadie en esa sala mejor que él para gestionarla. Pensaba que el *Führer* había sido engatusado de alguna manera por el arquitecto, pero era una situación que no habría de durar mucho. Exactamente hasta que pudiese, como su secretario particular, hablar a solas con Hitler y hacerle saber sus preocupaciones respecto a la idoneidad de Speer como gestor de temas militares.

De repente, Hitler calló.

–Y... ¿En qué consiste eso que desea legar a Alemania? –preguntó a Zach al cabo de un segundo, mirándolo con renovado interés a través de su flequillo.

Zach explicó que disponía de una aeronave con unas especificaciones militares y operativas muy por encima de lo que la vanguardia de la ciencia alemana podía incluso imaginar. Comprobó cómo sus afirmaciones eran ahora tenidas por ciertas y por ello se aventuró a mencionar los complejos sistemas de navegación que, junto a sistemas de propulsión que podían impulsar cohetes hasta lugares tan remotos como el espacio exterior, tenían la capacidad de guiar un ingenio explosivo –del cual tenía a bordo inmejorables especímenes de estudio– hacia donde quisieran.

–Puedo hacer volar mi nave hasta Londres, hacerla desaparecer del mapa con una única bomba sin que nada ni nadie pueda evitarlo y volver sigilosamente sin el más mínimo problema –aventuró Zach como colofón de su exposición. Hitler permaneció inmóvil frente a él; clavándole inmisericordemente su mirada del color de un acero tan frío que se vuelve tan quebradizo como las mentes que atravesaban sus pupilas.

–¿Está usted seguro? –preguntó el *Führer* tras unos instantes.

–Conozco mi aeronave y sus sistemas como la palma de mi mano, señor. Conozco lo que puede hacer.

–Londres no es un objetivo militar muy lejano. Cualquiera de mis aviones puede realizar misiones sobre Londres –preguntó Hitler con suspicacia–. ¿Eso es todo lo lejos que puede volar?

–No, *mein Führer*. La autonomía de esta aeronave es al menos el doble de su avión de más largo alcance.

Hitler sonrió, abriendo su bigotillo de una forma que en otro contexto hubiera resultado más bien cómica.

–En ese caso, hemos terminado aquí. Debemos trasladarnos a la cancillería y continuar allí nuestra reunión –sentenció el *Führer*, pateando el suelo como un caballo que escarba con las manos.

Se puso firme saludando a todos, y con decisión se dirigió hacia la salida del piso aunque, justo antes de salir, se detuvo ante Speer.

–Has cumplido tu misión de una forma satisfactoria, de manera que me honra mantener mi palabra –interpeló ceremoniosamente al arquitecto–. Quiero que continúes con tu buen hacer, organizando cuanto sea necesario para que nuestro ilustre invitado tenga lo que necesita. Cuando termines con esto te nombraré Ministro de Armamento como recompensa por los servicios prestados.

–Pero... *Mein Führer* –protestó Hess tímidamente pensando que aunque no era adecuado oponerse a Hitler, se cometía un flagrante error al no otorgarle a alguien con formación castrense una empresa que parecía iba a conformar la estrategia militar de la mayor potencia en la guerra que se estaba desarrollando–. Creo que, en lugar de un civil, esta misión debería asignarse a alguien con contrastados conocimientos militares.

–¿Acaso pretende usted poner en duda mis órdenes? –silbó entre dientes.

Hess tragó saliva de una forma más bien ostensible. Se la había jugado, rebasando las barreras que su propio servilismo imponía, y ahora se encontraba con un rapapolvo de la única persona en Alemania que podía decidir sobre su futuro.

–Nada más lejos de mi intención, *mein Führer* –Hess agachó la cabeza con una humildad que en ese momento bien podía haberle salvado la vida.

–Pues en ese caso, volvamos a la cancillería antes de que anochezca –sentenció Hitler mientras se giraba hacia la puerta del piso sin comprobar si sus subordinados le seguían. Sabía que lo harían.

Los SS que esperaban junto a sus motos en la calle comenzaban a ponerse nerviosos por los continuos intentos de la portera de entablar una conversación en la que pretendía sonsacar a los guardias cualquier información sobre el inquilino. Jamás había tenido tan cerca al *Führer* y debía saber qué se traía entre manos si quería ver crecer su popularidad entre el gremio zonal de porteras hasta límites jamás alcanzados por cotilla alguna. No todos los días se presentaba Adolf Hitler en el portal de una; y mucho menos para visitar a alguien que previamente había sido denunciado ante la *Gestapo*. Debía enterarse de algo fuera como fuera, y para ello no dudó en mutar su personalidad ratonil en una algo más amable, desplegando encantos que nunca en su vida

había tenido, para intentar crear un ambiente de camaradería con los aguerridos guardias que sufrirían sus intentos de amistad mientras les fuera quedando paciencia. Y a cada tentativa de ella, les iba quedando menos. En el momento en el que cualquiera de los dos agotase sus exiguas reservas de tolerancia, sería colgada de una farola en sumárisimo juicio por obstrucción de una misión de escolta al *Führer*. Ella lo sabía, pero consideraba que bien valía la pena el riesgo si con ello obtenía enjundiosos chismes que airear frente a sus vecinas.

El ruido de alguien que bajaba puso alerta a los guardias; y la portera supo que su tiempo había terminado, escondiéndose en la seguridad de su guarida como un ratón asustado. No conseguiría nada permaneciendo en el camino de Adolf Hitler salvo una posible condena a muerte, y después de todo, el rumor que había mendigado no llegaría en esta ocasión. Masculló entre dientes mientras los guardias se ponían tiesos al paso de su jefe supremo, mano derecha en alto en saludo hitleriano. Entreabierta la puerta, el azul ojo de la portera pudo distinguir, iluminado en la penumbra por la luz del atardecer que se adentraba por el portalón, el particular andar de Hitler, seguido de cerca por dos personas. El misterioso inquilino que le había pagado un mes por adelantado cerraba la comitiva. Se moría de ganas de saber qué había ocurrido para que ese tipo hubiera pasado de ser sospechoso a lograr que Adolf Hitler en persona fuera a buscarlo a su casa.

Todo sucedió muy rápido, como era habitual en este tipo de acciones en las que, pese a no existir protocolo alguno, todos conocían su lugar. Solamente Zach desconocía su puesto en el vehículo que habría de llevarlos a la cancillería y fue Speer quien, maniobrando con rapidez para evitar que Hess se sentase entre ellos, le ofreció el asiento central trasero del Mercedes Benz que usaba el *Führer* para sus desplazamientos, situándolo entre los dos alemanes. Hitler, naturalmente, se sentó delante junto al conductor.

Para desesperación de Speer, que deseaba poder trasladar a Zach su satisfacción por ver que todo había salido bien, en el corto trayecto hacia la cancillería reinó un espeso silencio dentro del coche, de manera que le fue imposible comunicar su mensaje.

Los tubos de escape de las motocicletas de la escolta emitían un ronco sonido que, aunque el coche circulaba con la capota puesta, hacía difícil la comunicación dentro del vehículo. Tal circunstancia hizo a Speer tomar una decisión. No podía quedarse de brazos cruzados con tanto que decir a su compañero. Se armó de valor y murmuró algo destinado a Zach mientras disimulaba mirando con actitud despreocupada por la ventana.

—Tuve que improvisar una respuesta. Supongo que entenderás que no tuvimos mucho tiempo para ponernos de acuerdo —susurró usando un tono que esperó fuera lo suficiente alto como para llegar a Zach por encima del ruido de las motos, pero sin la intensidad necesaria para que llegase a los indiscretos oídos de Hess.

Una mirada condescendiente de Zach fue suficiente para Speer y decidió que, tras la petición del *Führer* que no admitía replica, su prioridad sería la de tener de nuevo un encuentro con ese hombre que ahora, investido de veracidad por deseo de Hitler, se había convertido en una parte muy importante de la maquinaria bélica alemana. Las motos de escolta adelantaron su posición para anunciar la llegada de la comitiva y el coche frenó para entrar en el aparcamiento de la cancillería. El viaje había llegado a su fin.

Bajaron todos del coche mientras Hitler daba las últimas órdenes en referencia a Zach. A Speer, conocedor en primera persona de la tendencia a trasnochar del *Führer*, le extrañó mucho que decretase descanso para todos y que promulgase un encuentro entre todos ellos para primera hora del día siguiente. Pese a todo, tuvo que reconocer que la intensidad de la jornada había hecho mella en él y que algo de reposo tras las emociones que el día le había deparado no le vendría

mal, puesto que el plan de trabajo del día siguiente se presentaba, cuanto menos, igual de ajetreado que el que estaba a punto de terminar.

Adolf Hitler ordenó que la guardia SS acompañase a Zach hacia el ala de la cancillería donde se encontraban las habitaciones para los invitados, aquellas que estaban listas en todo momento destinadas a los dirigentes de otros países de visita oficial en Alemania. Desde que comenzó la guerra, cada vez se usaban menos. Con exquisita educación, envió a Speer a su residencia y, tras comprobar que sus órdenes había sido ejecutadas, se introdujo en la cancillería acompañado de su secretario, al mismo tiempo que el sol se ocultaba tras el irregular horizonte berlinés.

Hitler y su secretario se comportaban en ocasiones como una sola persona. Con frecuencia cada uno de ellos intuía las intenciones y los pensamientos del otro. Años de convivencia habían conseguido que se conociesen con la suficiente familiaridad como para no tener que transmitirse algunas peticiones que, de mucho repetirse, se habían vuelto comunes. Cuando, tras el *putsch* de Múnich, compartieron celda en la prisión de Landsberg, Hess se convirtió en el confidente de Hitler además de su escribiente cuando le fue redactado *Mein Kampf*, el libro en el cual el futuro líder alemán plasmó sus ideas políticas. Quizás su larga convivencia hizo que, desde el momento en el que el *Führer* mandó a todo el mundo a descansar, supiera que en realidad lo que se estaba fraguando era una larguísima noche en la que su superior debía transmitirle órdenes especiales que solo serían oídas por él. Sabía que, pese a haber convocado al resto de protagonistas del día a primera hora del día siguiente, se acostaría tarde –como era habitual en él– para al día siguiente hacer esperar a todos el tiempo que fuese necesario para ponerse en marcha.

Con silenciosa complicidad, Hess siguió a Hitler hasta su despacho donde, sin más preámbulo, se sentaron a una mesa. En el despacho de Hitler, todo tenía unas proporciones gigantescas para hacer que sus invitados empuqueñeciesen. Incluso el globo terráqueo que adornaba una esquina o la silla tapizada en tonos cereza situada tras la mesa principal parecían haber sido diseñados para alguien el doble de alto que el *Führer*. Sin embargo, nadie tuvo los arrostos de decir a Hitler que él también se veía sometido al mismo efecto visual con el que pretendía impresionar a sus visitas, y sentado en su sillón parecía más bien un niño jugando en el despacho de su padre en lugar del caudillo todopoderoso que ambicionaba.

–¿Qué piensa usted de todo esto? –preguntó a Hess, lanzando su pregunta a bocajarro.

–Como comprenderá usted, lo extraño de la situación me hace dudar –respondió tras un breve espacio de tiempo. No podía decirle a Hitler que en realidad no creía ni una palabra de la historia sobre seres de otro mundo si no quería darle trabajo al verdugo–. Pero hay un par de cosas que son ciertas por insólitas que parezcan –hizo una pausa para comprobar el efecto de sus palabras en el *Führer* antes de continuar. El rostro de Adolf Hitler era infranqueable–. En primer lugar, he hablado con él sobre temas rodeados del más absoluto secreto y puedo garantizar que sabe de lo que habla. No como un espía, sino como alguien muy por encima del más eminente de nuestros científicos. El encuentro con *herr* Franz y la viva impresión que sus conocimientos causaron a uno de nuestros ingenieros más destacados corrobora este aspecto.

–Continúe –exigió Hitler tras cruzar las piernas.

–La siguiente sensación de la que estoy seguro es de que su interés es colaborar –prosiguió Hess pasando por alto la interrupción de su superior–. En ningún momento de los que he estado junto a este hombre ha dejado de cooperar y de someterse a cuantas pruebas se le hayan propuesto.

Adolf Hitler se masajeaba el mentón, meditabundo y con la mirada perdida en el infinito; quizás fija en algún punto lejos de la Tierra, como intentando comprender como sería el mundo de

donde ese hombre afirmaba proceder hasta que descruzó las piernas y asaeteó a su secretario con la mirada.

–¿Cree que en realidad viene de otro mundo?

–Creo que haríamos bien en hacerle caso, *mein Führer* –Hess esquivó la pregunta envenenada. Era incapaz de creer que ese hombre viniese de otro mundo, pero no podía negar lo evidente; y fue eso lo que respondió–. Personalmente estoy impaciente por comprobar cuánto es capaz de aportar al Reich –hizo otra pausa, decidido a volver a reivindicar su lugar–. Debo aprovechar para insistirle en que creo que debería aplicar un enfoque más militar, algo que Speer no puede realizar. Propongo que...

Hitler se puso en pie como impulsado por un resorte. Hess, sabiendo que había vuelto a traspasar la línea de la impertinencia, palideció cuando lo vio resoplando con dificultad y visiblemente irritado.

–¡Me aseguró que no iba a discutir mis órdenes y me vuelve a contradecir! Dígame, Hess... ¿Está usted cansado de la vida? ¿Es que quiere acabar sus días en Plötzensee^[36]?

–¡No, *mein Führer*! –exclamó al mismo tiempo que se ponía en pie tan rápido como fue capaz y manteniendo la más reglamentaria de las posturas, alineando su pulgar con la costura de su pantalón–. ¡Declaro que mi fidelidad hacia su persona permanece tan inquebrantable como lo ha estado siempre! ¡Heil Hitler!

El líder alemán pareció tranquilizarse y ordenó a su secretario que se sentase de nuevo mientras tomaba la misma decisión de acomodarse en su sillón. Su encuentro no necesitaba de tales tensiones.

–Entiendo su preocupación, mi fiel Hess, pero debería usted confiar algo más en su *Führer*. Escuche, por favor.

Hess asintió con satisfacción, como un perro pastor bien educado. Reconoció que nunca le había fallado y supo que ahora tampoco lo iba a hacer. Como otra de tantas veces, volvió a reafirmarse en su lealtad: daría la vida por ese hombre las veces que hiciera falta. Hess había dejado hacía tiempo de tener una vida personal para dedicarse en cuerpo y alma a aquel individuo que desde un primer momento lo había conquistado a base de impartir sabias órdenes. Se sonrojó al darse cuenta de que su propia ambición le había jugado una mala pasada cuando se interpuso entre sus obligaciones para con aquel hombre y sus miras personales. Se obligó a recordar que en su día decidió que sus objetivos serían los que Adolf Hitler le dictase.

Viendo la cara de perro arrepentido de Hess, Hitler prosiguió con sus instrucciones.

–Querido Hess. Ni la mejor de sus virtudes puede igualar la capacidad de organización de la que hace gala Albert Speer. Es por eso por lo que he decidido dejar que arregle todo –Hitler suspiró, más como para ordenar las palabras que bullían en su cerebro que por cansancio. Su mirada se ensombreció–. Sin embargo, guardo para usted el papel más importante. Escuche: este ser supremo ha sugerido que con su nave puede atacar Londres, aunque también ha dejado ver que la nave que ha traído puede llegar hasta los Estados Unidos. Teniendo en cuenta que la Gran Guerra se decidió por el apoyo americano y que no quiero que se repita la historia, esto será lo que haremos.

Las pobladas cejas de Hess dibujaron un arco de agradable sorpresa.

–Nuestros científicos estudiarán esa nave, pero aprovecharemos su capacidad para enviar un mensaje a los americanos. Destruiremos una de sus ciudades para dejarles bien claro que no deberán inmiscuirse en nuestra cruzada si no quieren que su país entero corra la misma suerte. Mientras tanto, usted deberá viajar de incógnito hasta Inglaterra para contactar con facciones simpatizantes con nuestra causa y negociar discretamente la paz con los ingleses. Cuando vean lo

que hemos hecho a los americanos no se atreverán a respirar sin nuestro permiso; y una vez que estos dos contrincantes estén fuera de combate, enviaremos nuestros ejércitos a borrar de la faz de la Tierra al gigante bolchevique: nuestro enemigo real –concluyó Hitler mientras golpeaba con el canto del puño la mesa de escritorio que tenía delante. La violencia del golpe hizo que una pluma saltase fuera del recipiente de terciopelo verde que la contenía para caer en la mesa con estrépito.

–¿Y no es mejor enviar esa nave contra Moscú? –Preguntó Hess, levantando un dedo.

–No sea ingenuo, Rudolf... Para acabar con Rusia, nuestra *Wehrmacht* es suficiente. La nave de las estrellas es la única que puede mantener a raya a los americanos. No tenemos poder para llevar la guerra más allá del Atlántico –declaró Hitler, sonriendo condescendiente.

Hess estuvo a punto de ponerse en pie y aplaudir aunque, como otras tantas veces, tuvo que reprimir sus impulsos de mostrar sus emociones pasionales hacia el *Führer*.

Capítulo 26

Recostado con satisfacción sobre el lecho, Tim Gottlieb jugueteaba, recorriendo con dos dedos caminantes la espalda aterciopelada de Michelle Hüber, tumbada boca abajo y mirando al lado contrario al de Tim; exhausta sobre la ruina en la que se había convertido su cama. La costosa manta que imitaba piel de vaca, bastante más suave y confortable que esta, caía hacia un lado unida todavía al pie de la cama como un indecoroso colgajo. Tras enroscarse perezosamente alrededor del bronceado cuerpo desnudo de Tim, la sábana superior se descolgaba hasta el suelo por el lado contrario; y la inferior mostraba impudicamente el colchón tras haberse deslizado en el fragor de la batalla.

—¿Qué es lo que me traes? —preguntó Michelle con picardía, al mismo tiempo que se daba la vuelta sobre la cama para mirarle, apoyando la cabeza en su mano. Desconocía dónde había ido a parar la almohada.

Tim sonrió condescendiente. Michelle tenía el don de hacerle olvidar sus más elementales principios con su sola presencia aunque, para su ventura, también había sido agraciada con la habilidad de devolverle la facultad de razonar cuando era necesario. Aunque jamás lo hubiera reconocido, anhelaba a Michelle muchas más veces y con más intensidad de lo que era capaz de admitir. Había ido en su busca con la pobre excusa de conocer su opinión respecto a algunos puntos oscuros de Bifrost, cuando en realidad lo que había estado buscando desde hacía lo que le parecía un mundo era sentir su pecho contra el suyo y la respiración de ella entrecortarse para luego dejar ir su hálito.

—No te puedo ocultar nada —sonrió Tim dejando de mirar la sensual curva que mostraba el perfil acostado de Michelle para posar la vista en la habitación y caer en la cuenta de que se encontraba arrasada. Recordó el dossier que prudentemente había dejado en la guantera del coche y, aunque odiaba mezclar negocios con placer, tuvo que concentrarse. Pese a que los derroteros que el destino había marcado para ellos habían pasado por el encuentro que los había dejado extenuados, el principal motivo de su visita era la búsqueda de mecanismos por los cuales pudiera concluirse el éxito de la misión con las garantías suficientes como para satisfacer a sus compañeros de Sociedad.

—No me lo digas... ¿Aún sigues preocupado por el salto en el tiempo? —preguntó Michelle mientras se levantaba y se cubría con un salto de cama color hueso—. Estoy empezando a inquietarme por tus prioridades. Me temo que tendrás que darme explicaciones sobre el uso que le has dado al juguete que te procuré —recorrió el perímetro de la cama cimbreado con sensualidad y sonriendo a Tim, obviando el campo de guerra en que se había convertido la zona del loft en la que descansaba la cama.

Tim no era ajeno al creciente interés que demostraba Michelle ante sus negocios. Sabía que corría un riesgo cada vez que le proporcionaba datos para ser contrastados, porque en ese sentido los postulados de Thule eran tajantes en lo que a facilitar información a terceros se trataba. Podía costarle la expulsión y tal vez algo más, puesto que Thule no se permitía el lujo de dejar antiguos miembros sueltos por el mundo; pero no tenía más remedio que acudir a ella. Era la única que tenía acceso a los datos que requería para poder confirmar la buena marcha de Bifrost y tener así algo más importante que ofrecer a sus compañeros que el rastro del avión en esa maldita espuma cuántica.

Y, naturalmente, la cada vez mayor necesidad de gozar de su compañía tenía gran parte de

culpa de sus numerosas visitas.

Hoy debía guardar especial cautela, puesto que debía tratar con ella temas sensibles. Si no podía comentar que el fin último de la máquina que su equipo había diseñado para él era la de enviar a alguien a los comienzos de la Segunda Guerra Mundial pilotando un bombardero estratégico cargado de armamento nuclear, se le iba a hacer muy complicado pedirle consejo sobre cómo buscar elementos o interferencias con el medio que los viajeros en el tiempo hubieran dejado atrás. Podía presentar muchos datos, pero si Michelle comenzaba a hacer preguntas se encontraría de repente en la cuerda floja. Sin red.

–Querida... Sabes que no puedo vivir ni sin tus caricias ni sin tus explicaciones. Si me faltase cualquiera de las dos cosas pasaría por el mundo sin pena ni gloria –respondió Tim con fingida humildad mientras se vestía. Michelle se sintió halagada y se acercó a su amante, todavía sentado sobre la cama, para acariciar su cabeza y apretarla sobre su pecho aún perlado de gotas de sudor generadas en la refriega.

–Está bien, adulator... ¿Qué descabellada duda pasa por esta cabecita?

Tim se sintió cautivado por la manera tan estimulante que Michelle tenía de pasar de un estado a otro. A él le hubiera costado horrores plantear el hecho de meterse de cabeza en temas laborales después de la cantidad de amor que habían intercambiado. Pese a que en otros aspectos no demostraba tener escrúpulos, se hubiera sentido innoble si, tras dejar el lecho en el que había experimentado tan intensas sensaciones junto a ella, hubiese entrado en temas tan terrenales como los negocios. Pero ella tenía la virtud de anteponerse a sus movimientos y facilitarle las cosas.

–Tengo una importante reunión en breve y *necesito* –recalcó el hecho de que lo que solicitaba le urgía– mostrar a mis compañeros datos más concretos que el paso por la espuma cuántica. Por ejemplo... ¿El tamaño del objeto es proporcional al rastro dejado?

Michelle arrugó la frente con extrañeza. Naturalmente sabía que Tim debía haber usado en otro proyecto la máquina que su equipo desarrolló y le consumía la curiosidad por saber en qué, pero entendía cuál era su lugar en el conglomerado de empresas Gottlieb. Parte de sus obligaciones era hacer lo que se le pedía sin preocuparse de lo que otra empresa del grupo pudiera lograr con sus hallazgos. Si, alegando motivos éticos, Michelle hubiera albergado dudas respecto a la honorabilidad de los proyectos que tenía en marcha, habría desechado en el acto el cargo de dirección del laboratorio que desarrollaba la revolucionaria tecnología que permitía viajes en el tiempo.

Recordó entonces al que todavía era su equipo, inmerso ahora en el desarrollo de la tecnología temporal por la vía legal; algo mucho más fácil cuando supieron gracias a la valentía de Michelle –algunos lo calificaron como irresponsabilidad– que la tecnología basada en las teorías de la doctora Löwe funcionaba. En breve planeaban publicar los primeros datos científicamente conseguidos en sus investigaciones, lo que habría de marcar un importante hito en la historia de la ciencia. Su empresa todavía guardaba como oro en paño la investigación lateral en la que se discutía, si era cierto que el tiempo es el resultado de la interacción de la materia con un campo escalar definido por unas determinadas partículas que pueden anularse, qué podría pasar si se conseguía aniquilar los bosones de Higgs para cancelar la incómoda y lastrante carga que suponía el hecho de tener masa. En ese caso, las ecuaciones de la física en las que apareciese masa –todas– darían un resultado equivalente a cero y el inoportuno efecto de la inercia dejaría de tener efecto, pudiendo realizarse aceleraciones instantáneas a cualquier velocidad, tanto por encima como por debajo de la velocidad de la luz.

–Desconozco si el tamaño del rastro es proporcional al del objeto porque en realidad... – Michelle meditó su respuesta antes de soltarla, interesada en la insinuación de Tim de que había

hecho saltar al pasado algo sustancialmente mayor que ella. Comenzó a tener la certeza de que había perdido un objeto trasladado en el tiempo vaya usted vaya a saber cuándo— que yo sepa he sido el objeto de mayor tamaño que ha viajado por el tiempo. El resto han sido pequeñas muestras o algunos animales de control mucho más pequeños que yo. Y no hemos buscado nada de estos.

—¿Podrías buscar ese rastro si te describo el objeto?

—Más que el tipo o el tamaño del objeto, para poder examinar la espuma cuántica necesito saber en qué momento se hizo el salto —Michelle recapacitó antes de concluir—. Y cuándo se terminó.

—¿Cómo que cuándo se terminó? —repitió Tim. No le gustaba nada tener que dar datos tan concretos sobre Bifrost, pese a que había traído consigo un incriminatorio dossier.

—Para seguir la traza subatómica de un objeto a esa escala necesitamos saber el punto temporal de origen —justificó Michelle. Bien era cierto que necesitaba esos datos, pero su curiosidad también los requería—. No podemos *buscar*, sino saber dónde tenemos que mirar para ver si se produce el efecto.

Tim la miró con aire inquisitivo. Lo que decía tenía cierta lógica y, aunque aún tenía que deliberar si debía facilitarle esos datos; lo que estaba fuera de toda duda era que tal decisión requería un escenario diferente que la alcoba de ella, en la que dos espíritus ávidos uno del otro habían chocado con tal intensidad que el esmero con que ella había decorado su dormitorio no había sido impedimento para su comunión.

—Está bien —concedió Tim tras sostener las manos de Michelle con cariñosa complicidad—. Este no es sitio para hablar de negocios. Propongo tomar algo en otro sitio.

—Excelente idea.

Se dirigieron hacia el salón haciendo escala en la cocina donde Michelle se dispuso a abrir una excelente cerveza italiana que guardaba en un rincón de su frigorífico plateado.

—¿Quieres una?

—La conozco —apuntó Tim—. Es buena, pero prefiero una excelente cerveza alemana.

—¿Qué tal *Augustiner*?

—¡Venga esa cerveza de Múnich! —celebró su elección pasando su brazo por la cintura de Michelle y besándola. Ella, ocupadas ambas manos con sendas botellas de cerveza, sonrió mientras se dirigía al salón.

Una vez sentados, Michelle abrió de nuevo la conversación, encarrilándola hacia sus intereses.

—¿Me dirás entonces en qué punto debemos buscar? —preguntó ella encendiendo su portátil sobre sus rodillas.

—No es tan fácil —explicó Tim. Comenzaba a advertir que andaba sobre terreno peligroso. Cualquier resbalón podía ser fatal—. Hay tantos intereses ajenos que no puedo revelarte los detalles de la operación.

—Pues en ese caso, tendrás que buscarte otra manera de investigar tus problemas. Rastrear la espuma cuántica sin saber dónde mirar es una pérdida de tiempo —Michelle se cruzó de brazos como muestra de desagrado. No le gustaban los secretos y no podía disimular el fastidio que le producía el que se le ocultase información—. El dicho que habla de la dificultad de buscar una aguja en un pajar se queda corto. Por si te interesa, para hacerte una idea de lo difícil que es buscar al azar, empieza a pensar en posibilidades de una entre un uno seguido de quince o veinte ceros. Como ganar la lotería cuatro o cinco veces consecutivas.

—Pero... ¡Algo tiene que haber! —Tim se levantó de su asiento para dirigirse hacia el ventanal tras el cual la amplia terraza del piso se extendía frente al salón para ofrecer unas vistas

inmejorables del río Meno—. ¡Tú viajaste por el tiempo! ¿No recuerdas algo que pudiera quedar registrado en algún sitio?

—Mi caso fue diferente, Tim —aclaró Michelle, dirigiéndose a su vez hacia la ventana y posando una mano conciliadora sobre el hombro de su amante—. Yo supe que había realizado el salto al momento, pero la realidad me asaltó cuando aparecí en la sala que había abandonado hacía una hora. Mis compañeros supieron que el salto se había producido cuando entré por la puerta con pruebas de que había realizado compras en la hora extra que había ganado.

Tim no contestó enseguida, sino que contempló pensativo a Michelle abrir la puerta de la terraza y encaminarse hacia la barandilla. Quizás pudiera hacer una propuesta de urgencia para sugerir el ingreso de Michelle en Thule de modo que, al convertirse en miembro de la Sociedad pudiera hablar con ella sin impedimentos sobre información privilegiada. Sabía que tal situación era imposible porque para proponer candidato alguno era necesaria una antigüedad en Thule mayor de la que Tim gozaba, además de una triple nominación por miembros no relacionados entre sí y, lo más importante, tras una minuciosa investigación sobre el pasado y el patrimonio del candidato que Michelle no había pasado.

Y tampoco podía esperar que el personal que se envió a la Alemania de 1940 hubiera, en el mejor de los casos, podido sobrevivir hasta hoy para contar su experiencia. El ejemplo de Michelle no era aplicable.

—Dime, mi amor... —accedió a la terraza, se acercó a Michelle y la abrazó desde atrás, pasando los brazos por su vientre aterciopelado y besando su cuello. Lo notó cálido y acogedor—. Si pudieras retroceder en el tiempo ¿Dónde volverías? —Tim recondujo la conversación hacia otras cuestiones más personales.

Ella, sin separar la vista del horizonte, contestó que no creía que el pasado debiera ser revivido, pero siempre había echado de menos su juventud en las costas holandesas, donde su familia tenía una casa y se tiraba las tardes jugando junto a la antigua torre de observación meteorológica. Mientras tanto Tim, embriagado de su presencia, se sentía herido por la actitud distante de ella.

—¿Cuales son los datos que necesitas? Intentaré procurarte el máximo de ellos, aunque no depende únicamente de mí —concedió Tim tras insistir en sus besos en el cuello y llegar a la conclusión de que un par de datos inconexos no pondrían en peligro a nadie.

—En realidad, lo único que necesito es saber la fecha y la hora exacta de la traslocación —respondió Michelle, reprimiendo un gemido—. La espuma es patrimonio del tiempo. Las leyes del espacio y la geometría tridimensional se pierden a esa escala y solo la variable temporal es válida.

Tim recapacitó un segundo. Quizás pudiera facilitárselo sin poner en peligro ni la misión ni las estrictas leyes de Thule sobre la propagación de secretos.

—¿Tan solo la hora?

—Tan solo eso —Michelle sintió cómo un travieso rayo de sol que se abrió paso entre las nubes jugueteaba con ellos en la barandilla de la terraza. El seco calor solar se unió a la acogedora sensación que el abrazo de Tim le producía y dejó de tener ganas de hablar sobre espumas cuánticas para desear otro tipo de encuentro en el que la física en general y la atracción entre cuerpos en particular tuvieran un papel más predominante. Giró la cabeza hacia atrás y hacia arriba para poder besar la boca de su amante. El sol que con pasión los envolvía se reflejó en los ojos de Michelle lanzando un destello color ámbar, desenmascarando el arrebatado de pasión que crecía en su interior.

Sin embargo, Tim no quería seguir el derrotero que Michelle había tomado con ardiente

decisión. No podía apartar ahora de su cabeza el hecho de que posiblemente proporcionar el dato de la hora exacta de partida no contradijera los principios de Thule. Tan solo necesitaba ir al garaje privado de la finca para retirar el informe Bifrost de la guantera de su coche y buscar ese detalle que permitiera a Michelle rastrear el avión hacia el pasado. De repente, tal pensamiento le asustó. Si el bombardero generaba un rastro, el equipo de Michelle podía seguirlo hasta su destino. Tal idea podía ser bastante atractiva si pudiera confirmar la llegada del avión a la fecha de destino, pero era un dato prohibido para alguien fuera de Thule.

–Si te doy la fecha y la hora exacta de salida... ¿Puedes rastrear al objeto en todo el viaje? Necesito saber si llegó a su destino –preguntó Tim, midiendo con extremo cuidado sus palabras. Al instante, viendo la cara de disgusto de Michelle, supo que había hecho una pregunta muy a destiempo, en un momento en el que quizás otro tipo de confidencias más íntimas pugnaban por abrirse paso entre los dos.

Michelle se liberó del abrazo de Tim.

–Ese rastro no es como el de un caracol, si tanto te interesa –escupió Michelle, ignorando a Tim y mirando irritada al río desde la balaustrada de su terraza–. Es una huella simple. Está o no está. No se puede seguir porque no se puede examinar el tiempo en el tiempo... ¿Satisfecho? –se volvió hacia él, desafiante.

–En cualquier caso, te daré el momento exacto del salto –Tim contestó ruborizado. Era consciente de la insensibilidad que había mostrado y de que había planteado un tema profesional en un momento muy poco adecuado, pero tenía la determinación de acabar con este particular para poder dedicarse a disfrutar de la compañía de Michelle puesto que ese era el fin original de su visita–. Quiero liquidar esto cuanto antes. Lo siento.

Ella simuló soplar sobre un imaginario mechón de pelo sobre su rostro para mostrar su desagrado y las pocas ganas de discutir que sentía. Él se separó de ella tras besar el tibio hueco entre su cuello y el hombro.

–Debo ir un segundo a mi coche a buscar ese dato –se excusó Tim. Se dirigió hacia la salida de la terraza, pero se detuvo apenas dio dos pasos–. Te quiero cada día más; pero hay muchas cosas de las que preocuparnos y no podemos dejarlas de lado –explicó sin volverse hacia Michelle antes de continuar.

Michelle suspiró una vez oyó el sonido de la puerta de su loft al cerrarse y reprimió una lágrima que pugnaba por salir. Tenía razón. No podía acaparar a uno de los hombres más poderosos de Alemania... Y por vez primera le había dicho que la quería. En el fondo la vida no era tan mala como parecía ser. Aspiró el aire con deleite. Le supo a alegría.

Tim bajó hasta la parte trasera del edificio, donde se encontraba el aparcamiento privado del exclusivo edificio en el que Michelle tenía su residencia; y se dirigió a su vehículo para, tras abrirlo con el mando a distancia, entrar en él por la puerta del acompañante. Abrió la guantera y extrajo el informe Bifrost. Su negra portada, sin tan siquiera un título que pudiera identificarla, se mostraba como inescrutable guardián de su contenido. Tim no tardó mucho en hojear en la memoria del proyecto para encontrar lo que buscaba pero, para su desagrado, no se reflejaban las horas a las que debía producirse el salto, sino únicamente la fecha. Se notaba que había sido escrito para unos pocos iniciados en el proyecto porque, además de obligar a su poseedor a poner especial celo en su inviolabilidad, usaba un lenguaje críptico que evitaba llamar a las cosas por su nombre. Tim se dio cuenta de que usaba el eufemismo *género* para referirse al avión. No era más que otra medida de seguridad para disuadir a los ojos curiosos de su examen.

No estaba, en cualquier caso y a la vista de la tensa situación que acababa de vivir en casa de Michelle, por la labor de demorar más tiempo la búsqueda de ese maldito rastro cuántico del

bombardero. Decidió entonces perder un par de minutos más en hacer una llamada y marcó un número en su teléfono. Debía grabar en su cerebro los teléfonos de ciertas personas para no guardarlos en un módulo de memoria que podía ser muy indiscreto.

–Gottlieb –contestó a ciegas cuando notó que alguien había descolgado al otro lado sin presentarse–. Necesito que me digas a qué hora se produjo el salto.

Tras una breve pausa al otro lado de la línea telefónica, se le facilitó el dato que había pedido y Tim lo apuntó mentalmente antes de colgar sin despedirse. Una vez guardado su teléfono tuvo la desagradable sensación de ser observado, por lo que, aun sabiendo que era imposible, decidió llevarse consigo el informe antes de salir de su vehículo. Se dirigió hacia el edificio acompañado del eco de sus pisadas entre los coches, la mayoría de ellos de lujo, que salpicaban el aparcamiento.

Al subir al ático se encontró abierta la puerta del loft.

–¿Michelle? –preguntó al vacío, repentinamente asaltado por una pizca de pánico. Estaba seguro de haber cerrado la puerta antes de irse y, con la insolencia de un mal presagio, se le pasó por la mente la idea de que Michelle pudiera estar en peligro. Era cierto que de hacerse públicos los asuntos que se traía entre manos, un ejército de enemigos se pondría de inmediato en movimiento para acabar con él y todo aquello con lo que se relacionara, pero se obligó a tranquilizarse... ¿Quién podía estar al tanto de Bifrost? Era uno de los proyectos más celosamente guardados y solo un puñado de personas de total confianza estaba al tanto de la operación.

–¿Tim? –pudo escuchar la voz de Michelle que surgía de su dormitorio y hacia él se dirigió para encontrársela haciendo la cama. Se paró un segundo apoyado en el quicio de la puerta, contemplándola con interés. Se sorprendió viéndola hacer tan caseros quehaceres. Él jamás la había hecho. A la vista de la cara de candidez de Michelle se preguntó si quizás la esencia de la vida se encontraba en ese tipo de tareas domésticas, como si el hecho de cuidar de la casa de uno sirviera para aumentar la estima del lugar donde uno vive.

–Ya sé la fecha, y una hora muy aproximada –anunció Tim con ganas de terminar con los temas técnicos cuanto antes.

–¿Cuándo?

–Diez de octubre del año pasado, sobre las 14:45 UTC. ¿Te lo apunto en algún sitio?

–No hará falta –expuso Michelle dejando de lado su tarea y mirándole con una expresión indeterminada a medio camino entre la lascivia y la extrañeza.

–¿La has retenido en la memoria tan rápido? No dejas de sorprenderme con tus capacidades –expuso Tim con gesto condescendiente aunque sus palabras no surtieron el efecto que hubiera pensado. Michelle se dirigía hacia él con gesto festivamente amenazador.

–¡Especie de monstruo insensible! ¡Lo has olvidado! –le espetó Michelle dándole un golpe con la almohada que portaba entre sus manos–. ¡Es el día de mi cumpleaños!

Tim tuvo que aferrarse a su atacante para conjurar la lluvia de golpes, momento en el que, como por hechizo, volvió a sentirse encandilado por la delicada y ardiente presencia de Michelle. Como un resorte, rodeándola por la cintura hizo presa en la espalda y la atrajo hacia sí. Ella dejó de forcejear con la almohada en cuanto pudo mirar a Tim a los ojos. Sus expectantes labios se entreabrían acogedores y húmedos según se acercaban a los suyos.

–Esa fecha no se olvidará jamás, mi amor. Será recordada para siempre como la fecha en la que cambió el mundo –acertó a decir Tim antes de sucumbir ante el encanto de Michelle y besar los labios que se le ofrecían con tierna pasión. Cualquier roce con su boca lo enardecía de tal manera que se sentía incapaz de controlar sus emociones.

Michelle, al igual que él, lo atrajo con fuerza y sintió cómo su amante se inflamaba a su

contacto. Se vio entonces, al igual que él, envuelta en una espiral de sensaciones que como un torbellino la arrastraba sin remisión a aquel terreno al que solo pueden acceder los que se aman entregando su alma sin condiciones; un sitio donde no había espuma cuántica que dejase rastro alguno.

Capítulo 27

Zach Schneider, sentado en un espartano transportín acoplado al fuselaje del Junkers Ju-52, se revolvió inquieto. No porque dudase de la aeronavegabilidad del avión que en la época por la que surcaba los cielos se encontraba en sus mejores momentos ni porque, de formas más o menos discretas, las curiosas miradas de sus compañeros de vuelo confluyeran en él; sino porque sentía la comezón del combate en sus nervios. Volvía a formar parte de una misión militar de búsqueda, aunque de todos cuantos había a bordo solamente él sabía lo que iban a buscar. Los demás, tanto en el avión que ocupaba como en los ocho bimotores Messerschmitt Bf-110 que los acompañaban, no tenían nada claro qué era lo que se les había perdido en España. Sabían que ese tipo debía llevarles hacia algo importante, pero nada más. Podía ser cualquier cosa y, en realidad, les importaba poco. Solo sabían que las órdenes eran llevar a ese hombre al aeródromo de Sariñena, justo bajo los Pirineos; establecer un campamento en la zona y, una vez allí, seguir sus instrucciones sin hacer preguntas.

Parecida incertidumbre sentía Zach, aunque por distinto motivo: todo su conocimiento de la zona se basaba en lo poco que recordaba del sitio en el que hacía un par de semanas había dejado a sus compañeros.

Aunque desde que Hitler dio su aquiescencia a la misión, el trato había sido correcto, no le habían permitido hacer la transmisión de radio que había solicitado. Su misión requería que en cuanto ganase la confianza de los jerarcas nazis debía solicitar una transmisión de radio en la banda de los 14.000 MHz que debía recibir el *Spirit*. Aunque sería una emisión a ciegas, debía prevenir a sus compañeros sobre su llegada. Sin embargo, no importaron los motivos alegados para realizar esa transmisión: le fue denegada todas y cada una de las veces que la solicitó.

Apretó entre sus piernas la bolsa en la que llevaba sus pertenencias, aquellas que habrían de serle útiles para encaminar los pasos de la expedición que Speer había construido a su alrededor. La consistencia de esta le insufló algo parecido al valor, muy necesario en ese momento en el que no tenía más remedio que mostrarse seguro sobre lo relacionado con lo que por orden directa de Adolf Hitler debían buscar con todo su ahínco. La bolsa que le conectaba con su añorado siglo XXI era, en realidad, su único aliado a bordo del avión de transporte que, como un laborioso obrero, sobrevolaba los Pirineos sin alharacas pero con una encomiable seguridad y fuerza de voluntad. Su objetivo estaba en algún lugar ante ellos y pensó en la suerte que podía haber corrido Diane. Tenía todavía una cuenta pendiente con ella.

Sobrevolaban Francia, lo que en aquellos momentos no dejaba de ser una empresa con cierto riesgo. No estaban en guerra con ellos de una manera formal, pero las relaciones entre los dos países eran tremendamente ásperas y el sobrevuelo de un convoy armado por su espacio aéreo podía ser tomado como una amenaza. Por ello tuvieron a bien salir a primera hora de la mañana desde el aeropuerto de Gatow, en Berlín, como delegación diplomática.

En los dos días previos había estado a disposición plena de Anselm Franz en Berlín. Terminaba agotado por la voracidad con la que este le confiaba problemas que se habían presentado durante el desarrollo de su motor a reacción, a los que Zach solía encontrar solución con facilidad. Todos los registros de las reuniones que mantenía Franz con su ingeniero jefe en la sombra eran purgados por agentes de la *Gestapo* que, aunque con pocos o nulos conocimientos científicos, se erigieron celosos guardianes de los secretos que revelaba Zach. Con frecuencia destruían los documentos que hacían mención a sus reuniones, y disfrazaban la información

saliente como ideas de un gabinete técnico. De especial importancia en esos momentos fueron las sugerencias de Zach a los serios problemas de calentamiento que se producían en los primeros reactores. Uno de los inconvenientes a los que se enfrentaban era la alta temperatura que se generaba en la cámara de combustión de los motores. A sugerencia de Zach, el equipo de Franz cambió el diseño de su motor para introducir seis pequeñas cámaras de combustión, en lugar de una gigantesca cámara anular que rodeaba el motor. Con ello se conseguía una mejor eficiencia al producir puntos calientes más manejables que uno único. El aire circulante podía así enfriar las cámaras hasta una temperatura que los poderosos aceros alemanes pudieran soportar. Zach, de una manera estrictamente amateur, sugirió a Franz que quizás nuevas aleaciones de acero que sustituyeran el níquel por el manganeso darían mejores resultados; y el ingeniero de la Junkers escribió una carta a sus compañeros de la Krupp^[37] en la que les requería nuevos aceros. El servicio secreto alemán cursó una sugerencia basada en el conocimiento empírico de *herr* Franz sobre las aleaciones metálicas.

Una tarde, mientras se encontraba reunido con Franz tratando de explicarle las ventajas de la postcombustión, recibió una llamada de Albert Speer en la que le sugería que dejase de pedir el uso de emisoras de radio. Según le dio a entender, su interés en transmitir el estado de su situación –envuelta por el máximo nivel de secreto– a alguien desconocido le estaba generando no pocos problemas a la hora de convencer a los altos mandos militares de que no era un espía. Tras obtener de Zach la promesa de que no solicitaría más comunicaciones con equipos de larga distancia, pasó a comunicarle que a primera hora del día siguiente sería trasladado al aeropuerto de Gatow. Allí le esperaba un avión de transporte que le llevaría a España, donde había declarado que reposaba el avión que los ingenieros alemanes deberían examinar. También le había notificado que la fabricación del combustible con las características exigidas estaba en marcha y que tardaría un tiempo en destilarse y ser trasladado a su destino. Zach esperó que todas sus peticiones hubieran sido entendidas a la perfección cuando transmitió a un tipo que decía ser químico de la IG Farben la idea de que el combustible debía tener, además de unas especificaciones concretas como fuente de energía para la propulsión, una serie de aditivos que le permitiesen ser usado como fluido hidráulico en los sistemas de control del motor, anticongelante y refrigerante en los sistemas de combustible.

Speer le sugirió citarse cuanto antes, a lo que Zach respondió que lamentablemente eso no dependía de él. En realidad estaba deseando poder hablar con Speer y esperaba que este tuviera similares intenciones, pero tuvo que admitir que no era dueño de su destino y que cualquier reunión debía ser revisada y autorizada por la *Gestapo*. En cualquier caso, el arquitecto le reiteró su interés en reunirse lo antes posible. No le importó que la línea estuviera intervenida cuando le recordó que todavía tenían una amistosa charla pendiente y muchos puntos que aclarar. Zach consintió, antes de colgar el teléfono de baquelita negra.

Aunque la cordialidad de Speer le dejó buen sabor de boca, le entusiasmaba la noticia de que se había montado una expedición para ir en busca de su avión. No hacía mucho que le habían preguntado de forma más bien escueta sobre la localización de su nave y declaró que cerca de un pueblo llamado Bujaraloz, en España. El recuerdo del cabo Robles y sus amenazantes puños le sobresaltó, pero estaba seguro de que si volvía a verlo, iba a ser bajo unas circunstancias muy diferentes a aquellas que le habían llevado a dar con sus huesos en la cárcel.

Ahora, tras haber realizado una parada técnica en Ginebra para repostar y esperar la escolta de cazabombarderos que habría de darles protección hasta su destino, se encontraba en pleno vuelo a baja cota sobre los Pirineos; sus manos húmedas de sudor por la fuerza con la que sostenían la bolsa en la que guardaba sus pertenencias. Esa cartera, por orden directa del *Führer*,

era declarada secreto nacional. Speer se había encargado de comunicar a su superior que contenía material imprescindible para la misión y que nunca debía ser abierta si no era por Zach.

–Dígame... ¿Es cierto que sabe usted pilotar aviones? –preguntó Thorstern Reinhardt, el *SS-sturmbannführer* al mando de la misión, poniendo una mano enguantada en el hombro de Zach. Parecía un tipo imprevisible, alguien cuyo afilado rostro en el que unos pequeños ojos brillaban desde el fondo de profundas cuencas, mostraba siempre una enigmática sonrisa que le daba un aspecto muy peligroso.

Zach asintió, tras lo cual fue invitado a aterrizar en la cabina, tras el *sturmbannführer*. El segundo le saludó, mostrándole un mapa con un rumbo marcado y un punto donde se encontraba el campo de destino. Zach se fijó en el nombre del pueblo al norte de la pista: Sariñena. Recordó haber hablado de él durante su huida hacia la frontera francesa.

Los tres motores del avión petardeaban al ralentí mientras descendían, de forma que Zach podía oír el ronroneo del motor radial central que montaba el Junkers en su morro. El avión se comportaba con docilidad, descendiendo hasta que tuvieron el campo a la vista. El piloto transmitía por radio sus intenciones a la escolta la cual, sincronizada a la perfección, se abrió para dejar paso al torpe avión de metal corrugado, evolucionando tras él para evitar su estela y situarse en orden de aterrizaje. Se sintió una pieza más en un ballet de aviones que buscaban un lugar donde tomar tierra, aquel elemento del cual huían pero sin el cual no podían existir y al cual, más tarde o más temprano, se encontraban abocados.

Pese a que no hubo especial turbulencia, la estructura del avión respondía con quejidos cada vez que era sometida al más mínimo de los esfuerzos en el viraje final hacia la pista, la cual no disponía de ningún tipo de ayuda visual para la toma. Era un aterrizaje artesanal sin listas de chequeo de ningún tipo y que culminó con un último gimoteo al tocar la pista con su tren principal, seguido de un lánguido traqueteo que fue disminuyendo en intensidad según aplicaba los frenos y descendía la velocidad. Zach pudo distinguir un coche negro delante de un par de camiones que se encontraban en la plataforma de estacionamiento. Parecía que les esperaban.

Una vez en tierra, su pasaje se dispuso para descender del avión por la puerta trasera una vez el Junkers apagó sus tres motores. El *sturmbannführer* Reinhardt arregló su uniforme antes de ser el primero en descender del avión mano en alto dándose las de líder, gesto que le ayudó, por casualidad, a bloquear el fuerte sol que dañaba sus pequeños ojos azules, acostumbrados a la penumbra que reinaba dentro del Junkers. Al ver la figura del jefe de la expedición, todos los vehículos encendieron sus motores al unísono y se acercaron al avión, mientras en la pista tras ellos los aviones de escolta tomaban tierra uno tras otro en cerrada formación, dirigiéndose a una zona del aeropuerto donde con maestría aparcaron unos junto a otros.

Por mucho que escenificase el *sturmbannführer* al mando, aquello no era una visita oficial, con lo que todo sucedió muy deprisa, sin protocolo alguno. El ayudante de Reinhardt ocupó el asiento contiguo al del conductor mientras que el jefe de la expedición se sentó en el asiento trasero, abarcando todo el respaldo con sus brazos y situando a su invitado a un lado. El resto de soldados que compartían avión con ellos trepó al primero de los camiones, mientras que los pilotos de la escolta se dirigían, pertrechos de vuelo en mano al segundo de los camiones.

–Nuestra presencia aquí es estrictamente confidencial –reconoció Reinhardt con cierta presunción. Zach lo sabía y se abstuvo de hacer notar que se lo habían dado como en desuso por las tropas alemanas mientras buscaba la frontera francesa.

–Lo supongo, *herr sturmbannführer* –correspondió Zach a la confidencia de Reinhardt–. Pero me gustaría saber a dónde nos dirigimos.

–Por supuesto. Por supuesto... Usted es parte de la misión –contestó Thorstern Reinhardt

sin dejar de exhibir su perpetua sonrisa sardónica que podía transmitir miles de impresiones y ninguna buena—. Vamos a establecer un cuartel general en un pueblo llamado... ¿Sabes cómo se llama el sitio, Armin? —preguntó insolente a su ayudante y arrellanándose aún más en su asiento. Cada vez que se movía, sus medallas tintineaban.

—Bujaraloz, *mein sturmbannführer* —respondió sin apenas inmutarse.

Zach no se sorprendió de ello porque lo había nombrado en sus informes a Speer, pero palideció al pensar que habría de encontrarse con antiguos fantasmas. Afortunadamente su incesante actividad no le dejaría tiempo para ellos.

Continuaron el corto viaje hacia su destino, Zach repartiendo sus atenciones entre la insustancial conversación con Reinhardt y el paisaje. No quería parecer descortés, pero tenía que recordar todo lo posible de su paso por aquella zona puesto que en breve deberían salir en busca de su avión. Y no solo no sabía en qué estado se encontraba el B-2, sino que desconocía dónde. Por no crear anacronismos en la misión, se desestimó el portar mapas en los que registrar la situación y se optó por que Zach recordase una zona aproximada para, una vez en el radio de acción de su intercomunicador, contactar con sus compañeros en el avión, desde donde se encargarían de lanzar cuantas bengalas hicieran falta para hacer ver su posición. Recordaba haber aterrizado su avión junto a una pequeña cadena de cerros que bien podía ser la que en ese momento estaban cruzando. Reinaba un sol abrasador que calcinaba el terreno que, desnudo de vegetación, no tenía nada con lo que evitar la continua y tiránica agresión del astro rey.

Mientras su compañero de asiento se encontraba en medio de una encendida diatriba sobre la escasa confianza que le inspiraban las gentes del lugar y sobre la conveniencia de no mezclarse con ellos en su misión, Zach se dio cuenta, por medio de un raído cartel que así rezaba, de que estaban a punto de entrar en la villa de Bujaraloz y se sintió tenso. Allí era donde todo había empezado con tan mal pie. En ese pueblo perdió un tiempo precioso que sus compañeros podrían haber necesitado en caso de encontrarse en dificultades.

Cuando comenzaron a divisarse los rojos tejados del pueblo, el coche redujo velocidad y giró con insolencia a la derecha para seguir un camino de tierra que acababa en un pequeño caserío y frente al cual esperaba un siniestro coche junto a una pequeña figura que durante un segundo le resultó familiar a Zach; justo el tiempo de acercarse una decena de metros. Entonces lo vio claro. Pavoneándose como una gata en celo, el alfeñique que portaba la banda de alcalde de la ciudad comprobaba la idoneidad de su atuendo en el reflejo de su figura en los cristales del coche. Se encontraba acompañado de un par de agentes de la guardia civil, pero no distinguía entre ellos al gigante que lo detuvo.

Zach no tendría más remedio que pasar por el trance de volver a saludar al desagradable regidor. Eso no le haría perder los nervios. Tenía cosas más importantes en las que pensar ahora que la comitiva se detuvo en el centro de una pequeña plaza en la que un par de edificios recios y sobrios se enfrentaban. A escasa distancia se levantaba una cabaña de madera para almacenar aperos de labranza.

El *sturmbannführer* hizo honor a su afirmación anterior sobre su falta de confianza en los lugareños despachando rápida y altivamente al alcalde junto a su séquito. Sin embargo, todo lo rápido que fue su encuentro no restó un ápice de intensidad al reencuentro entre Zach y la autoridad local, cuya seguridad y arrogancia desaparecieron para dar paso a un estado en el que no podía articular palabra. Temblaba como un perro mojado y movía el labio inferior como si tuviera algún síndrome epiléptico cuando, tras un instante de incredulidad, cruzó su mirada con la de Zach, reconociéndolo por encima de toda duda. Este intentó por todos los medios no parecer beligerante, habida cuenta de que sería muy difícil negar su identidad. No mostró especial interés

cuando tras la presentación tuvo que estrechar la mano del alcalde. Sintió el apretón fofo, exangüe como el rostro del regidor, del que parecía haber desaparecido la chulesca superioridad de la que hacía gala un minuto antes.

Zach no podía percibir los pensamientos que al igual que cáusticas burbujas aparecían y desaparecían de la cabeza del alcalde al ver viva a la persona que hacía un par de semanas se había dado por muerta, precisamente tras haber alertado él a la Guardia Civil para su arresto. Intentaba recordar, pero su cerebro había pasado de puntillas por aquel incidente en el que pensaba haber cumplido órdenes con tal eficacia que presumió le valdría el reconocimiento de sus superiores para poder al fin abandonar el pueblo. Ahora se dio cuenta de que no solo no había hecho méritos, sino que al no creer la historia que ese aviador se había esforzado en contarle, había incurrido en un gravísimo error de apreciación que podía costarle el puesto. Jamás se le ocurrió que ese tipo pudiera decir la verdad y ahora era demasiado tarde para arreglarlo porque ese maldito piloto desaparecía, a una orden del SS, dentro del caserío que desde el gobierno central se le había ordenado acondicionar para recibir una importante expedición alemana de la que se sabía muy poco, salvo que debían procurarles todo aquello que tuvieran a bien pedir.

Una vez los nazis desaparecieron dentro de la casa, el alcalde permaneció hierático frente a la fachada principal del edificio, como un cuerpo vacío de vida y de ganas de vivirla. Se encontraba desangelado y abrumado por la vasta soledad que imperaba silenciosa en el llano entre los edificios que componían la hacienda que, con minucioso esmero, se había dedicado a equipar para ellos. Una ligera brisa aprovechó la ocasión para jugar con el polvo del suelo, levantándolo en dirección al rostro del alcalde y provocando en sus párpados la primera señal visible de vida en los últimos minutos. Parpadeó para lubricar sus ojos enrojecidos por la irritación del polvo y por la desolación del momento, lo cual tuvo el efecto de hacer reaccionar su cerebro hasta recobrar un atisbo de consciencia para darse la vuelta hacia su coche oficial. Su chófer le abría la puerta, asustado e intentando pasar lo más desapercibido posible, sabiendo que su discreción sería clave a la hora de que el alcalde no le hiciera pagar los platos rotos de la deshonra con la que había sido azotado por la grosera actitud de los alemanes. Había sido incómodo testigo del mal trago de su jefe y estaba seguro de que su puesto de observador privilegiado le supondría un serio estorbo cuando este buscase con quién desahogar sus frustraciones.

–Por favor, lléveme a casa –fue lo único que fue capaz de articular el alcalde una vez se sentó en el asiento trasero del coche, tras lo cual ocultó sus ojos con unas gafas oscuras. El conductor, de la forma más luctuosa posible, puso el coche en marcha y lo dirigió hacia el domicilio del regidor donde este, sin articular palabra, descendió del vehículo para entrar en él arrastrando los pies. Nunca lo había visto así.

En el caserío, Zach había echado la vista atrás para ver partir el coche del alcalde una vez este abandonó el erial frente a las casas. Al devolver la vista al interior, se tropezó con la socarrona mirada del *sturmbannführer*.

–Te lo dije. Estos españoles son un poco patanes –dejó caer mientras, sonando sus condecoraciones como un manojo de llaves, se ajustaba la cartuchera–. ¿Has visto cómo se ha puesto pálido? No creo que haya visto un *SS-sturmbannführer* en su vida.

Zach asintió pesadamente, decidiendo no contradecir al jefe de la expedición.

–Pero bueno: aprovecharemos que nos han dejado solos para acomodarnos. Ya les llamaremos cuando los necesitemos –prosiguió el SS, viendo que Zach no estaba especialmente comunicativo–. Me refiero a comida, mujeres y todo eso –le regaló un guiño que esperaba hubiera sido más cómplice. Dado que Zach no parecía querer implicarse en su conversación, prosiguió como si nada, anduvo hacia el interior del edificio con unas piernas en exceso arqueadas–.

Descansaremos ahora para comenzar la búsqueda mañana.

–No. Hay que salir ahora –se limitó a sugerir Zach.

–Creo que no ha entendido usted quien está al mando de la expedición y quien da las órdenes aquí –Reinhardt no borró de su rostro su mueca sardónica mientras lo acercaba al de Zach–. Saldremos mañana.

–Lo sé perfectamente –respondió sin dejarse intimidar por el SS–. Del mismo modo que sé cuál de nosotros dos tendrá que reportar en persona un informe a Adolf Hitler.

No tardó ni un segundo en desaparecer el rictus grave del *sturmbannführer* para volver a dar paso a la intrincada sonrisa cómplice que había exhibido. Solo que esta vez, pese a su aparente camaradería, el rostro del SS transmitía un mensaje muy claro: no se juega con las SS.

–Está bien. Partiremos lo antes posible.

–Saldremos *ahora* –corrigió Zach–. Estamos en una misión en la que cada segundo cuenta.

Esta vez, Reinhardt no le respondió, sino que, realzando su forzado gesto, se giró hacia el interior de la casa, donde se escuchaba a sus hombres repartirse las habitaciones ruidosamente. Se llevó un pulgar y un índice a la boca para emitir un penetrante silbido.

–¡Nos vamos! –se limitó a ordenar, frustrado por la pérdida de una grata noche.

Los soldados, acostumbrados a obedecer órdenes, se giraron sin rechistar y tras cuadrarse, recogieron su impedimenta y se dirigieron hacia la entrada de la casa, pasando indolentemente por delante del *sturmbannführer* y de Zach; los cuales salieron detrás del último hombre para ocupar el primer coche.

–Usted dirá –pidió el *sturmbannführer* con fingida condescendencia una vez en el coche, como jugando un burlesco papel de taxista.

Zach encajó la sátira, que arrancó ligeras sonrisas de sus compañeros de expedición. Sonrió a su vez mientras desplegaba un mapa de la zona, pensando que un poco de humor no les vendría mal. Todos ellos habían pensado, espoleados por su jefe, que tras el viaje desde Gatow iban a tener el resto de la tarde libre y el sentimiento generalizado era que no les hacía mucha gracia tener que ponerse manos a la obra enseguida.

–Debemos atravesar el pueblo para coger la carretera más grande hacia la derecha. Debemos ir en dirección a un sitio llamado Zaragoza –se esforzó en pronunciar el difícil nombre de la ciudad que encontrarían por la carretera a la cual llegó Zach a este mundo, montado en el vetusto transporte de gallinas de Santiago–. Por la carretera que une Madrid y Barcelona –explicó al conductor adelantándose por encima de su asiento para mostrarle el mapa.

El conductor asintió dándose por notificado y puso el coche en marcha, gesto repetido por el que les seguía con el resto de la tropa y donde se habían cargado los pertrechos necesarios para montar una expedición de rescate. Afortunadamente para los intereses de Zach y Speer, la natural tendencia del soldado alemán para hacer lo que se dice sin hacer preguntas facilitó mucho la tarea de montar una operación de ese calibre, en busca de lo desconocido, sin que nadie hiciera preguntas que hubieran tenido una muy difícil respuesta.

Mientras Zach pensaba en lo complejo que sería explicarles lo que estaban buscando, el coche se puso en marcha hacia la carretera levantando una nube de polvo que fue a parar íntegra al que les seguía.

Acaparando a su paso las reticentes miradas de los lugareños, poco acostumbrados a ver alemanes en sus tierras desde el amargo tiempo de guerra que todavía seguía desgarrando sus heridos corazones, atravesaron el pueblo. No les costó mucho enfilarse por la carretera que Zach había indicado debían seguir.

–¿Sabe el señor hasta cuándo debemos continuar? –inquirió hiriente el *sturmbannführer*–.

¿Se le ha olvidado dónde teníamos la cita con esas despampanantes mujeres? –guiñó un ojo mordaz al conductor.

–Si formamos parte de una expedición de búsqueda es porque no sé dónde está lo que buscamos –contestó Zach lo más asépticamente posible–. Si supiera en qué lugar se encuentra nuestro objetivo, no habría que buscarlo, sino que vendría y se lo llevaría al *Führer*. Pero por ahora no queda más remedio que seguir por la carretera para ver si recuerdo dónde debemos empezar la búsqueda.

Una vez resueltas las faltas de fe en su misión, pudo dedicarse en cuerpo y alma a sentir el paisaje que les rodeaba, intentando sintonizar su mente con alguna señal que pudiera darle una pista de cómo llegar hasta sus compañeros. Recordaba cómo, al separarse del avión, había perdido contacto con ellos antes de despeñarse por la cárcava con aquel engendro que intentaba en vano parecer un vehículo válido para su circulación en desiertos.

Debió haber pensado antes en tomar referencias en ese poco colaborativo desierto en el que cada loma era idéntica a la anterior y cualquier punto del horizonte donde fijase la vista era poco diferenciable de otro; pero ahora era demasiado tarde y su mente se confundía intentando buscar un detalle que le diera pistas sobre el paradero del avión.

Así pasaron incontables minutos hasta que, asaltándole como un bandolero que hubiera estado apostado tras un cambio de rasante, pareció reconocer el paisaje que se desveló frente al vehículo, allí donde la carretera se encontraba con el horizonte. Una imagen poco nítida de un camión en lontananza que resultó transportar gallinas se le superpuso mentalmente a la visión del punto donde la perspectiva hacía a la carretera asomarse al precipicio de la frontera entre el cielo y la tierra. Algo en su interior le dijo que había llegado.

–¡Para el coche! –exhortó Zach al conductor, el cual, sin querer interrumpir la cadena de mando, miró inquisidor al *sturmbannführer*. Este asintió levemente, momento en el cual el coche empezó a detenerse, seguido de cerca por el vehículo acompañante. La nube de polvo desértico que les había acompañado desde que dejaron el pueblo les adelantó, impulsada por la inercia.

–¿Hemos llegado? –preguntó Reinhardt retomando su papel de mando.

–Es posible –se limitó a decir Zach, sin imprimir a sus palabras demasiada seguridad–. Debemos bajar y seguir a pie hacia las montañas –señaló los cerros al norte de la carretera. Bajo una de aquellas lomas debían descansar sus compañeros montando guardia en su avión... Si no había habido algo que les hubiera hecho abortar la misión unilateralmente.

Zach pudo comprobar *in situ* cómo la eficacia alemana no era una leyenda. En un instante a partir de su señal y tras ser corroborada por el jefe de la expedición, todos los soldados descendieron del coche de acompañamiento y se constituyeron en dos equipos de búsqueda que recorrerían el área señalando en un mapa las características de la zona.

–Hemos llegado donde nos dijo que llegásemos y esperamos nuevas instrucciones –ladró el SS. Ahora que la misión era más real su petulancia parecía haberse esfumado y rehuía tomar decisiones sobre cosas que desconocía–. Nuestras órdenes son ponerse a las suyas.

Zach explicó a sus compañeros que, en realidad, estaban buscando una aeronave olvidada y recalcó con énfasis sus palabras cuando dijo que acercarse a ella podía significar la muerte para aquel que se aventurase demasiado cerca, no importa con cuánto sigilo lo hiciese. La nave tenía la particularidad de detectarlos mucho antes de que ellos pudieran tener contacto visual con ella. Para dotar de más fuerza su amenaza decidió que si todos ellos iban a tener el privilegio de acceder al avión, debería contarles algo más de su misión; y les avanzó que solo él tenía la potestad de comunicarse con la servidumbre de la nave para advertirles de que no eran enemigos y que debían respetar sus vidas. Una vez consiguió de cada uno de ellos la confirmación de haber

entendido la orden, se adentraron en el desierto calizo en busca de un secreto que solo él conocía.

Extrajo de su bolsa el pequeño walkie mientras todos le observaban y comprobó que tenía suficiente energía. Jamás habían visto nada como aquello. El *sturmbannführer* intentó parecer indiferente a la atención que generaba el transmisor, pero un brillo en los ojos le delataba cuando, curioso, lo miraba de reojo.

–Capitán a Nostromo... ¿Me recibes? –no habían dispuesto una llamada en particular para el posible reencuentro, por lo que Zach improvisó la llamada al B-2 con su particular homenaje a Ridley Scott^[38].

Alguien se sorprendió de que de repente, ese hombre pasase a hablar en inglés. Zach, por su parte, fue incapaz de decir cuánto tiempo pasó hasta que alguien rompió el silencio. Suponía que sus compañeros tardarían algún tiempo en responder a la llamada porque no permanecerían como un perro fiel junto al otro extremo del enlace de radio esperando su llamada. Zach se imaginó la escena. Estarían haciendo sus quehaceres, vigilando el entorno o recogiendo agua de cualquiera de las trampas que habían dispuesto cuando el walkie, hermano del que portaba, emitiera su señal. El transmisor, de no usarlo, habría conseguido pasar tan desapercibido que seguramente hacía días que no habían reparado en su presencia, por lo que en un principio no le harían excesivo caso cuando transmitiese su mensaje. Por ese motivo decidió repetirlo.

–Capitán a Nostromo... ¿Me recibes?

El silencio, tanto en la radio como en su ambiente, era insoportable, casi doloroso. Se imaginaba a sus compañeros alborozados saltando por encima de los paquetes de supervivencia para levantar el walkie que les anunciaba de manera imprevista la llegada de su compañero como el que espera una aparición del más allá; y supuso que la respuesta, de haberla, no tardaría en llegar.

El *sturmbannführer* carraspeó socarrón sobre el grueso de cabezas que se arremolinaban junto a Zach y reclamando para sí su parte de protagonismo.

Con el aplomo que le quedaba, Zach se dispuso a subir el terreno ligeramente escarpado que los llevaría hasta la llanura en la que reposaba el avión, seguido por el pelotón de jóvenes soldados de las SS, los cuales no tardaron en rebasarle en la escueta escalada. De una manera algo insultante, le estaban todos esperando pasado el pequeño repecho. El SS Reinhardt le tendió una mano que Zach aceptó para salvar el último tramo con cierta dignidad. Una gran mancha negra descendía en punta de lanza sobre su camisa y secó el sudor de su frente con la manga. Podía olvidarse de presentarse ante sus compañeros con cierto decoro.

Zach repitió lo que empezaba a convertirse en letanía, esperando que una posición más elevada le otorgase mayor poder de transmisión que en la vaguada. Otra vez se comprimió a su alrededor el cardumen de soldados expectantes por conocer el final de esa extraña misión en la que un tipo alemán que hablaba en inglés por un aparato ridículo les llevaba hacia lo que debía ser una operación de búsqueda y rescate de algún tipo de avión asesino.

A diferencia de la vez anterior, esta vez sus compañeros se habían acostumbrado en cierta manera a su extraña liturgia y no se observaba el sepulcral y respetuoso silencio que imperó en su primera intervención. Quizás por eso tardó un poco menos en repetir su mensaje.

–Capitán a Nostromo... ¿Me recibes?

Un abrumador silencio de radio fue, una vez más, toda la respuesta que recibió. Sus acompañantes empezaron a cuchichear, estimulados por la actitud del *sturmbannführer* que comenzaba a convertir sus poco respetuosos ademanes en acciones más bien arrabaleras... ¿De verdad habían hecho un viaje desde Berlín para ver cómo en medio del desierto un tipo hacía preguntas en inglés al aire usando un aparatito grotesco?

Como toda respuesta, Zach se echó al hombro su bolsa, a modo de mochila, y se encaminó hacia los cerros que ocultaban el horizonte al norte. Los demás lo siguieron hasta que, pasada una distancia indeterminada, volvió a mirar el mapa, marcando su posición y sacando el walkie de su bolsillo para repetir la llamada.

Su equipo ya no le prestaba la misma atención, sino que se dedicaban a seguirlo como los pollitos siguen a su madre hasta que llegaron a un punto en el que decidió que el avión no estaba ya allí. Había creído que el lugar era el correcto por una corazonada y era posible que se equivocase. No quería ni pensar en que alguna circunstancia especial hubiera obligado a sus compañeros a destruir el avión para evitar males mayores, circunstancia que estaba contemplada en las directrices de Bifrost en caso de que fuera imposible mantener la nave en secreto hasta la llegada de Zach.

Con la certeza de que el avión no estaba en esa zona, dio media vuelta y ordenó el retorno a los coches. Como solía ocurrir, les pareció que la vuelta a los vehículos fue mucho más corta que la ida; tanto que a Zach le pareció que quizás debieron haberse adentrado más en el desierto grisáceo que, sin haber pasado mucho tiempo en él, empezaba a cansarle con su omnipresencia.

—¿Y ahora? ¿Cuál será el siguiente paso? —preguntó Reinhardt bastante más comedido y consciente de la delicada situación y recordando que se encontraban en una misión promovida por Adolf Hitler.

—Volvemos hacia el pueblo para volver a ver por dónde hemos pasado —dictaminó Zach sin estar muy seguro de lo que hacía. Debía haber tenido un mapa de la zona de aterrizaje donde hubiera marcado la última posición del avión. Ahora todo sería mucho más fácil y podría espantar los fantasmas que le acosaban hablándole de catástrofes en las que Diane y Keith hubieran hecho desaparecer su nave. La posibilidad de perder a Diane le entristeció puesto que en el fondo de su alma deseaba tener una conversación profunda con ella.

De esa manera, los dos coches que formaban el convoy se volvieron sobre sus huellas, ahora con Zach sentado junto al conductor examinando la carretera, atento a las señales que le enviaba e intentado descifrar sus mensajes para encontrar esa pista que le indicase dónde estaba su avión.

Aún hubieron de parar una vez en otro sitio en el que se repitió la escena que acababan de representar. Al igual que la vez anterior, una vez Zach comprobó que llegado a un punto lo suficientemente cerca de las colinas no había respuesta, dio media vuelta y, con bastante más inquietud, se dirigió hacia la carretera donde, haciendo gala de una paciencia que empezaba a fallarle, esperaban los vehículos.

Antes de subir al coche, decidió que quizás el *sturmbannführer* había tenido razón cuando llegaron al caserío. Era posible que el cansancio del viaje les hubiera afectado negativamente y que la mejor opción era descansar para empezar la búsqueda con los sentidos a tope de intensidad cuando el sol saludase al siguiente día. Al fin y al cabo, si la misión no había sido frustrada hasta ese día, no lo iba a ser esa noche en la que no se darían situaciones de amenaza para el avión. Pero cuando se sentó resignado en su asiento, dándose por vencido y ordenando la vuelta al caserío, recordó emocionado un detalle que hasta ese momento había pasado desapercibido: su jeep había sido explotado cerca de la carretera pensando quizás que unos hierros calcinados y humeantes dieran credibilidad extra a su coartada de piloto de pruebas estrellado en medio de la nada. Los restos calcinados —o al menos parte de ellos— debían ser visibles desde la carretera.

—¡Un momento! —interrumpió la maniobra del conductor que se disponía a volver a la carretera para dirigirse a Bujaraloz—. Necesito unos prismáticos —extendió una mano reclamante hacia el asiento trasero— y que volvamos otra vez en aquella dirección —apuntó con su dedo en

dirección contraria al pueblo una vez le hubieron dado los prismáticos que pidió.

El *sturmbannführer* Reinhardt puso los ojos en blanco, molesto por la repentina vuelta a las investigaciones. Un segundo antes se relajaba pensando en las mil y una depravaciones que, por rango y estatus, tenía pleno derecho a realizar sobre las infortunadas muchachas del lugar que sus hombres tuvieran a bien llevarle a sus aposentos como carnaza, en la casa apartada del núcleo de población que había requerido en esa misión. Su lealtad estaba con Alemania, el *Führer* y ese extraño tipo sobre el que giraba la expedición que se le había ordenado liderar, pero sus más bajos instintos necesitaban ser satisfechos una vez activados; y la imagen mental que había invocado de una desamparada mujer española suplicándole clemencia cuando la hubiese atado y azotado, le urgía a volver al pueblo cuanto antes si no quería echar a perder una poderosa erección.

—¿Volvemos a las andadas? ¿Es que no ha tenido suficiente? —preguntó Reinhardt, incomodado por la creciente inflamación entre las piernas que necesitaba aliviar cuanto antes—. No sé lo que busca y no me importa porque mi misión es darle escolta, pero... ¿No cree que ha quedado claro que por aquí no está? *Oberscharführer*... ¡Detenga el vehículo! —ordenó azoradamente al conductor, cosa que este hizo al instante.

Zach fulminó con la mirada al *sturmbannführer*. No quería poner en entredicho su autoridad ante sus subordinados, pero le sorprendía su falta de colaboración y su empeño en echar por tierra su misión. No se le pasaba por la cabeza que la urgencia de satisfacer sus tendencias sádicas pudiera tener más fuerza que su juramento a la patria.

—Está bien —concedió Zach con fingida resignación dejando los prismáticos sobre el salpicadero del coche—. Volvamos al pueblo, pero tenga por seguro que no olvidaré poner en mi informe su total falta de colaboración con los intereses del *Führer*.

Reinhardt enrojeció. Ese hombre acababa de poner por testigos de su desidia a sus hombres.

—Está bien. No es mi intención poner trabas —expuso con bastante torpeza. Su excitación nublabla su raciocinio y tuvo que realizar un esfuerzo para apartar de su mente el recuerdo de una chica polaca que torturó hasta la muerte hacía unos meses. La evocación de la mirada desafiante de una chiquilla de dieciséis años que le escupió a la cara su desprecio entre jirones de su propia piel ensangrentada, arrogante cuando estaba a punto de entregar su vida, tenía la facultad de enardecer sus depravados instintos hasta niveles de difícil contención—. Tiene usted un intento más antes de volver al pueblo. Puede usted proseguir, *oberschar*.

El vehículo retomó la ruta que había seguido hacía poco menos de una hora, rumbo de nuevo hacia el oeste; solo que esta vez Zach oteaba la base de las estribaciones acarcavadas que se elevaban hacia la meseta, como los pliegues de una manta de tierra en las esquinas de una cama inmensa en la cual reposaba el avión. Observaba la tierra con los prismáticos, en busca de una mancha negruzca que le diera alguna pista sobre dónde había dejado el mundo del siglo XXI para adentrarse en ese extraño escenario.

En el asiento trasero, relegado por la decisión de Zach a un papel secundario que su rango le negaba, el *sturmbannführer* Reinhardt luchaba contra sus fantasmas. Aunque se sabía inmerso en una misión ordenada por el mismísimo *Führer*, no podía dejar de pensar que su idea era la de pasar esa primera noche en compañía de cuantas chicas pudieran conseguirle sus hombres. Con el rostro empapado en sudor, se esforzaba en no cerrar los ojos aunque estos pugnasen por hacerlo. Cada vez que los párpados aislaban del mundo al enfermo cerebro del *sturmbannführer*, la imagen de la chica polaca con cara de porcelana le asaltaba, como reclamando la parte de realidad que le fue negada en aquel cobertizo junto a un edificio cerca de

la pequeña aldea de Wasilowice, en el sur de Polonia. Era una población tan pequeña que, tras una noche de rapiña en la que los gritos de horror volvieron a desgarrar la noche polaca, sus hombres pudieron conseguirle una única chica. Se sintió decepcionado durante un instante, hasta que la vio, grave y seria, de pie en el centro exacto en aquel granero polaco. Aquella mujer aniñada llegó a mirarle desafiante cuando él entró en el cobertizo, sin parecer en absoluto impresionada por el ambiente. Reinhardt entró en una habitación oscura que apestaba a humedad, en la que un único candil chisporroteaba toda la luz disponible, arrojando titilantes sombras que distorsionaban los objetos de la habitación y logrando que incluso un inofensivo arado que oxidado reposaba en un rincón tuviera una apariencia amenazante.

El SS estaba acostumbrado a que su sola presencia provocase visibles temblores en las mujeres, pero esta no solo no pareció arredrarse, sino que se envalentonó con insolencia en su presencia. En uno de los vaivenes del quinqué pudo contemplar su rostro en un destello, de una forma que quedaría indeleblemente grabada en algún putrefacto recodo de su cerebro. Su ovalado rostro, cubierto por una alborotada mata de elegante pelo negro rizado, parecía el de una pálida muñeca de porcelana con unos ojos del mejor cristal de Murano que el más habilidoso de los artesanos de la pequeña isla veneciana hubiera diseñado en azul brillante. Mirándole con la cabeza gacha, Reinhardt se sorprendió admirando un rostro que rechazaba las sombras. Mientras que la penumbra reinaba en la habitación, ese semblante tocado por los dioses acaparaba toda la luz y, a diferencia de la fluctuante escena en la que la llama dibujaba un tétrico encaje de sombras en su parco reinado, el luminoso óvalo de su cara mostraba una serenidad con la que no podía competir el centelleante entorno. Y él era el afortunado que tenía esa visión a su entera disposición.

Sin embargo, algo no funcionaba. Para que esa chica le encendiese, debía aflorar el miedo de entre sus facciones. Reinhardt era un hombre cuyas enrevesadas tendencias sexuales se ponían en marcha a partir de un alto nivel de terror inducido. Era incapaz de excitarse sin el horror que destilaban las mujeres que tenían la desgracia de compartir sus veladas. El pánico era el desencadenante de su pasión; el combustible que por retroalimentación disparaba sus más bajos instintos.

—Hola, princesa —fue todo el saludo que con voz ronca pudo emitir mientras se limpiaba con la manga las babas que de pura agitación le caían desde la comisura de los labios. Se quitó la chaqueta, dejándola caer con parsimonia a su lado.

Ella no reaccionó a su saludo, impassible en el centro de la sala. Cautivaba la luz y esclavizaba la sombra. Un tirabuzón de pelo negro cayó sobre unos ojos que transmitían al SS un mensaje que Reinhardt interpretaba como un claro desafío a su autoridad: un aviso de que bajo ningún concepto conseguiría de ella lo que anhelaba. "Ya veremos", respondió la mirada del alemán.

Avanzó hacia ella con pausada decisión; como si le perteneciese. Como si, al igual que otras tantas veces que había repetido el mismo lance, fuera dueño absoluto de sus cuerpos y de sus mentes. Se erigía poseedor del carácter de la chica, algo que ella estaba muy lejos de consentir a base de fuerza de voluntad. Para su decepción, ella no mostró signos de sentir miedo, detalle que la flaccidez en su entrepierna le recordó con insultante apremio. La imperiosa necesidad de excitación le hizo recordar que en la caña de su bota guardaba su daga del honor^[39] y, muy despacio, intentando que ella se emparara de su amenaza, se agachó para extraerla. La recia hoja, cómplice con los objetivos de su dueño, estuvo a la altura de las circunstancias y de la frágil luz del candil arrancó un destello que se perdió entre las sombras que campaban a sus anchas por el cuchitril.

Al contrario de lo que esperaba Reinhardt, ella sostuvo su actitud, lista para un combate en el que, aunque sabía que tenía todas las de perder, no pensaba dejarse intimidar por aquel loco con uniforme. Procuró dejárselo bien claro entornando los ojos y él recibió el mensaje.

"Ya veremos", pensó otra vez mientras, sin soltar el cuchillo, se quitaba con torpeza la camisa. Su acalorado deseo hizo que, sin importarle mucho su uniformidad, tuviera que rasgar con la daga una manga para poder liberarla. Arrojó los restos de su camisa al rincón donde, en el momento que los hombres al mando del *untersturmführer* Reinhardt encerraron a la muchacha, habían quedado olvidadas la cordura y la razón.

—Esta noche me amarás —prometió el SS colocando la hoja de su daga entre su rostro y el de ella. Hubiera deseado que le hubiera escupido a la cara en ese momento pero su rostro, ese óvalo perfecto que, oponiéndose a sus deseos, permanecía imperturbable, seguía mirándole fijamente y respirando con ímpetu y ritmo. La ansiedad de Reinhardt crecía mientras pasaba el tiempo y no conseguía de ella la excitación que necesitaba. Comenzó a pasar muy despacio el cuchillo por su cara, intentando con su gesto quizás eliminar ese hipnotizante poder que de ella emanaba. Ella no advirtió la hoja de acero jugueteando con sus labios y clavó sus ojos, del color del hielo bajo un sol intenso, en los de él. Tan solo pasado el tiempo, Reinhardt fue consciente de lo que esa muchacha estaba haciendo era grabar a fuego su imagen en sus meninges.

Solo le preocupaba el poder inducir en ella cualquier sentimiento negativo que alimentase su tenebrosa libido, pero la muchacha se empeñaba en porfiar contra un destino que ya estaba decidido desde que los hombres del *untersturmführer* se fijaron en ella mientras transportaba heno por el centro de la aldea para apacentar el ganado.

Intentando forzar en ella un rictus de terror, introdujo el puñal entre sus labios. Si tan solo hubiera pedido clemencia en ese momento, él hubiera conseguido su deseada erección y la hubiera violado salvajemente allí mismo, pero la condenada se obstinaba en esconder su miedo. Ella ni siquiera tembló cuando muy despacio, con la poca delicadeza y precisión que podía tener aferrando el mango con toda la fuerza que su puño cerrado podía aplicar, seccionó el frenillo del labio superior con la hoja. Solo pudo notar en la valiente muchacha un ligero estremecimiento, por lo que continuó hundiendo la daga y cortando la carne entre la encía superior y el labio. Sin importarle que borbotones de sangre cayeran de su boca, ella seguía clavando su mirada en la de su torturador; con tal intensidad que Reinhardt tuvo que apartarse de su trayectoria. Demasiado tarde para él puesto que el desprecio de sus ojos ya había quedado estampado, indeleble, en la retina del SS, por lo cual optó por situarse detrás de ella sin dejar de recorrer con la punta de la daga el perímetro de la encía superior, separándola del labio.

Reinhardt descubrió cómo nuevas sensaciones recorrían sus podridos nervios. El calor tibio que la sangre de la muchacha derramaba en la mano que sostenía el puñal con el que llegaba al límite superior del maxilar tuvo la sorprendente capacidad de inducirle una excitación como no había conocido. Por fin había conseguido que esa terca muchacha acariciase su piel con alguna parte de su cuerpo, aunque fuera la roja sangre que, de transmitir energía a sus tejidos, había pasado a legar su cargamento vital en las callosas manos del *untersturmführer*. Este comenzó a sentir un deseado hormigueo en su bajo vientre, sensación que creció cuando, con la mano que sujetaba la cabeza, extendió por todo el rostro la sangre que manaba del labio superior. Realizando grandes círculos en su rostro, Reinhardt procuró que no hubiese en su hasta ahora desafiante rostro un rincón de piel sin teñir.

Una vez separado su labio de la encía superior, atravesó el cuchillo de arriba abajo por la parte posterior del carrillo para seguir cercenando el labio inferior. Este comenzó a colgar del angelical rostro de la muchacha mientras el SS, empuñando la daga con palpitante fuerza, seguía

introduciendo la hoja por debajo de los dientes inferiores para llegar al suelo del labio mientras que con la otra mano continuaba sujetando la cabeza y restregando la sangre inocente en amplios círculos por el rostro de la chica.

Ella seguía sin emitir sonido alguno pese al endiablado dolor y se orinó encima, pero el brutal SS no pareció reparar en ello. La muchacha tampoco.

Al mismo tiempo que crecía su excitación, cayó en la cuenta de que ya no necesitaba el miedo en los ojos de la mujer. Ni tan siquiera requería que le pidiese clemencia, sino que ahora era la sangre la que le inducía una erección que llevaba tiempo anhelando. De hecho, pronto fue capaz de enlazar ideas y asociar la cantidad de sangre que el rígido cuerpo de la muchacha dejaba ir con la presión que sentía entre las piernas y llegó a la conclusión de que necesitaba más sangre para hacer de ese un día inolvidable. No lo dudó un instante cuando, una vez acabada la circunferencia del interior de la boca, usó su daga para dar un profundo tajo de un lado a otro en la garganta de la muchacha. La sangre manó a borbotones, cálida y espesa sobre las manos de Reinhardt.

Ella, como todo signo de dolor ante el lacerante destrozo, con una pierna pateó el suelo una única vez, rígida la otra en el aire. Apoyada su espalda en su asesino, con el pie descalzo que posaba en el suelo removía la mezcla de sangre, orín y suciedad. A Reinhardt ya no le importaban las emociones de ella una vez conseguida la erección que buscaba. A la muchacha tampoco: comenzó a sentir un frío reparador que poco a poco fue congelando sus dolorosos sentimientos hasta convertirlos en una noche incontestable en la que la paz tomaba las riendas de su cada vez más angosto mundo.

—¡Para! —pudo oír Reinhardt en su ensoñación. Hubiera jurado que la voz que le decía que se detuviera no era ni de él ni de la mujer polaca—. ¡Aquí es! ¡Hemos llegado!

Sacudió la cabeza para darse de bruces con la realidad. Sus recuerdos volaron al instante desde la inmunda oscuridad de la choza de Wasilowice hasta el asiento del coche que compartía con sus hombres y en el que se encontraba en no sabía muy bien qué tipo de búsqueda. El vehículo se detuvo con la brusquedad justa para hacerle volver al presente. Su compañero, sentado junto a él, le observó con cierta benevolencia. Pensaba que su superior se había dormido con el lánguido traqueteo del coche que, a las órdenes de Zach, recorría la carretera mientras ese extraño escudriñaba el horizonte con los prismáticos. Unos pocos coches se cruzaron en su camino sin tener muchos problemas para adelantarlos en la larga recta que ante ellos hendía el paisaje. Reprimió una sonrisa cuando, mirando la abultada entrepierna de su superior, supuso que su sueño había sido tan profundo como para evocar algún amor especialmente intenso. Se abstuvo de hacer comentario alguno sobre la respuesta fisiológica de su comandante justo en el momento en el que Zach descendió del coche, señalando un punto al norte de su posición.

—Hemos llegado —anunció alegremente mientras volvía a sacar de su bolsillo el pequeño transmisor—. Capitán a Nostromo... ¿Me recibes? —repitió.

Esta vez no esperó un tiempo prudencial a que pudieran contestarle. Había visto con los prismáticos los restos calcinados del maldito jeep que usó para descender el pequeño talud y sabía que estaban en el lugar correcto. Si no hubiera sido por el amasijo de hierros quemados, hubiera supuesto que su nave se encontraba muy lejos. Se echó la bolsa al hombro con renovada decisión y comenzó a andar hacia el norte; persiguiendo de nuevo los cerros. Esta vez el *sturmbannführer* cerraba la procesión. A Zach le pareció algo menos colaborador, más resignado una vez dejó de insistir en volver al pueblo aunque, acuciado por la curiosidad, caminó con brío hasta el punto donde había localizado los restos del vehículo. No tardó mucho en llegar al cadáver del jeep; mucho menos de lo que le pareció en su viaje de ida.

–Capitán a Nostromo... ¿Me recibes? –repitió una vez más, marcando con un lápiz su situación en el mapa; y sin respuesta como las otras tantas veces que había lanzado su pregunta al éter.

–¿Es esto todo lo que hemos venido a buscar? –preguntó el *sturmbannführer* Reinhardt desde el amasijo de hierros retorcidos, mirándolos con desdén—. Si es así, creo que podemos dar por terminada la búsqueda e irnos al pueblo a tomarnos la tarde libre.

Zach procuró desviar la curiosidad de lo que quedaba del jeep. Sabía que su examen podía suscitar muchas dudas cuya explicación le privaría de un tiempo que le era muy necesario. De una manera lo más lacónica posible, indicó que esos restos eran una señal que le indicaban que se encontraban en el buen camino.

Volvió a lanzar su pregunta a las ondas y, dado que por enésima vez seguía sin respuesta, subió las estribaciones de la meseta. A diferencia de las anteriores ocasiones, esta vez la certeza de que se encontraba siguiendo el rastro correcto le otorgó la fuerza necesaria para llegar arriba antes que sus compañeros, de manera que pudo enviar su mensaje por radio antes de que el primero de los expedicionarios alcanzase la cumbre. Se sintió extrañamente nervioso porque sabía que una vez en la planicie se encontraba dentro del alcance de su transmisor.

Sin embargo, el silencio que hasta ahora había contestado sus preguntas se mostraba reticente a abandonarlo. Sus compañeros pudieron intuir que algo iba mal cuando comenzó a andar en desesperados círculos esperando una contestación que no llegaba; y que la jovialidad que había exhibido Zach se iba esfumando. Pese a todo, lanzó su mensaje una vez más.

A medida que el aplomo de Zach se desvanecía, se acrecentaba el de Reinhardt. El hecho de subir el repecho en último lugar no le impidió transmitir, una vez más, su convencimiento de la inutilidad de la expedición y de las pocas posibilidades que tenían de terminar su tarea sin un descanso apropiado en el confort del caserío.

Las ideas del *sturmbannführer* sobre el fracaso de la misión comenzaban a hacer mella en Zach. No tenía ninguna certeza de que sus compañeros hubieran sobrevivido a la espera. Con un escalofrío recordó que las directrices de Bifrost eran muy claras en lo tocante a mantener la discreción en la primera fase de la misión; y dejaban bien claro que, ante cualquier amenaza externa debía detonarse una de las bombas que el avión transportaba para hacer desaparecer todo rastro del paso de un bombardero estratégico americano en la España del 1940.

Lo único importante de la misión era que Zach contactase con los dirigentes alemanes y les transmitiese su información; objetivo que ya había sido alcanzado con éxito. En cualquier caso, se negaba a continuar su misión dando por perdida la parte más importante de ella. Transmitió su mensaje una vez más, imaginando la sorpresa de sus compañeros al atisbar algo de vida en un enlace de radio que había estado muerto hasta ese momento. El transmisor siguió empecinado en no darle ninguna alegría. Decidió entonces adentrarse algo más en la llanura, rumbo a las montañas. Recordó que al dejar el avión había seguido la trayectoria más perpendicular posible a las montañas, por lo que, seguro de que estaba en la buena dirección, apremió a los demás a seguirle, ante la molesta y patológica incompreensión de Reinhardt.

Miraba más al suelo que a cualquiera de sus compañeros, buscando algún rastro que le indicase que se encontraba en el lugar exacto. Lamentablemente, semanas de tormentas los habían hecho desaparecer del terreno. Habría quien hubiera ido a ver los restos calcinados de lo que él había definido en su momento como una aeronave en vuelo de pruebas y, de existir huellas salientes, hubiera sido fácil seguirlas.

De repente, se detuvo fulminado. Como una centella se le pasó por la cabeza la idea de que unas indiscretas huellas podrían haber llevado multitud de curiosos hacia el avión, lo que

derivaría en la terminación abrupta del proyecto. Mientras sus compañeros le miraban expectantes, Zach miró en derredor, intentando medir las distancias para determinar su situación. Lanzó otra vez su mensaje; de nuevo sin respuesta. Ocultar su preocupación le costó más trabajo del esperado. Incluso el *sturmbannführer* Reinhardt se daba cuenta de que su rostro transmitía un único e inequívoco mensaje: algo había salido mal. Zach pudo intuir que el jefe de la expedición iba a dar una orden que no admitiría discusión y obró en consecuencia. Había apelado a una orden directa de Hitler para pasar por encima de las órdenes del SS al mando, pero ahora, tendría problemas para mantener esa autoridad sin haber encontrado sus objetivos. Comenzó a andar hacia las montañas a la desesperada mientras sostenía con fuerza el walkie. Sabía que podía entrar sin querer en la zona de seguridad del avión y ser abatido, pero poco le importaba. Si era verdad que el avión había desaparecido, necesitaba ver sus restos aunque con ello se expusiera a una dosis letal de radiación; algo que en su situación le pareció trivial: su único trabajo era el de asesorar a la elite científica alemana y poco podía explicarles sobre tecnología nuclear si no eran capaces de tener una bomba para trabajar en ella. Quizás, como mucho, la teoría sobre la reacción en cadena; pero poco más.

–Capitán a Nostromo... ¿Me recibes? –preguntó, con un toque de frustración. A esa distancia debían ser capaces de contestarle desde el avión, pero seguía sin haber respuesta. A una orden del *sturmbannführer*, el resto de la expedición hacía tiempo que había quedado atrás y él no podía hacer nada por evitarlo. Podía ser que estuviera en lugar equivocado, pero su certeza era tan grande que no podía permitirse vacilar. Rayando en la locura, siguió adelante hacia las montañas repitiendo su letanía de comunicación con sus compañeros hasta que la realidad le asaltó, dando con sus rodillas en tierra y maldiciendo esa absurda misión sin retorno que le había llevado a un lugar y un tiempo que no le correspondían para intentar cambiar un mundo que quizá no quisiera ser cambiado.

Se arrodilló sobre la gris arena del desierto que había visto aterrizar y desaparecer su avión y lloró en silencio su desesperación. No habían llegado hasta allí para nada. Un segundo más tarde se levantó dispuesto a empezar de cero, guardando el transmisor en el bolsillo del pantalón. Debía olvidar a su avión y a Diane; y volver a Berlín para comenzar su labor. Esta vez con la dificultad añadida de no tener una prueba física en la que apoyarse. Quién sabía cómo sería tratado ahora en la cancillería sin la principal prueba que les había prometido. Levantó la vista un segundo para mirar a sus compañeros alemanes, que le esperaban en lejanía. Se les veía expectantes, intentando guardar sus muchas preguntas hasta tener a Zach a distancia.

–Estación llamando... ¿Nostromo? ¡La película *Alien* no se estrena hasta dentro de unos años! –exclamó con seguridad una voz masculina desde el walkie en su bolsillo. Zach quiso darse la vuelta tan rápido que se trastabilló para caer de bruces sobre el pedregal. Pataleando sobre el suelo como si se le hubiese metido un escorpión dentro de sus pantalones intentó sacar el walkie de su bolsillo de una forma que sus lejanos compañeros de expedición, sin saber nada de lo que sucedía, hubieran tachado de cómica; pese a que para Zach era quizás la comunicación más seria que había recibido en los últimos días.

Tras una pequeña lucha, consiguió ponerse por fin de pie y sacar el transmisor de su bolsillo.

–¿Keith? ¿Eres tú?

–¡Capitán Schneider! No sabes lo que nos alegra volver a oírte –una pequeña pausa, que a Zach le supo a gloria mientras hacía gestos al resto de la expedición para que se le uniesen. Sus compañeros estaban vivos y la operación en marcha–. ¡Zach! Soy Diane –una voz de mujer le saludó–. Os tenemos en el radar desde hace un rato ¿Estás bien? ¿Todo ha ido según lo previsto?

–Hola, Diane. Me alegro de oírlos. Todo ha ido de maravilla. Me acompaña una expedición de las SS... Y, joder... Tengo muchas cosas que contar –añadió atropelladamente. Miles de sucesos acaecidos desde que abandonó la nave se agolpaban en su mente, pugnando por salir para ser transmitidos.

–¿Comenzamos entonces el procedimiento de contacto?

–Comenzamos. Corto –Zach hizo un esfuerzo por encerrar sus pensamientos para liberarlos más tarde en la tranquilidad de su nave; aunque entraba en lo posible que no pudiese disfrutar momentos sosegados en mucho tiempo si quería salir de allí cuanto antes. Hinchido de gozo se giró hacia los alemanes que, a distancia, lo miraban con ojos curiosos esperando una explicación.

–¡Los he encontrado! –gritó mostrando el walkie–. ¡Están aquí!

Como para recalcar sus palabras, una bengala se elevó en el cielo azul tras Zach, indicando el lugar donde se encontraba el Northrop B-2. Era la señal que esperaba y, exhortando a los guardias a seguirle, se dirigió con decisión hacia el punto que indicaba la columna de luz. Sus compañeros de misión sabían que debían seguirle.

El cansancio había desaparecido. Avanzaba sobre las piedras como si su vida dependiese de ello, reconociendo a cada paso el entorno. Ahora que se sabía en la pista correcta, identificaba el terreno en el que había aterrizado su avión frente a una explosiva tormenta, gracias al breve reconocimiento que tuvo que hacer antes de la toma. Hizo una pausa para mirar con sus prismáticos el punto desde el que se había elevado la bengala, esperando al grupo de rescate. Le parecía una descortesía presentarse sin ellos. No le costó mucho encontrar el bombardero, tapado por la lona protectora. Si no hubiera sido por el rastro de la bengala que señalaba su posición, le hubiera sido muy difícil encontrar el avión incluso mirando con unos prismáticos en su dirección.

Los alemanes le dieron alcance, y esta vez, el *sturmbannführer* se encontraba a la cabeza.

–¿Ha encontrado lo que buscaba? –su voz mostraba algo más de fastidio de lo que hubiera sido deseable en alguien implicado en la operación. Zach asintió con solemnidad, comprobando cómo, por el contrario, los demás miembros de la expedición mostraban abierta y sinceramente su alegría por la consecución del objetivo palmeando el hombro de Zach.

Se dirigieron todos a la nave. Zach tuvo que satisfacer su curiosidad sin tapujos de ningún tipo. De nada valía esconder el avión cuando había sido encontrado, al parecer en buen estado. Les adelantó que lo que habían estado buscando era un avión escondido en el desierto; un avión como nunca habían visto antes. Sus compañeros lanzaron emotivos vítores cuando llegaron a un punto en el que el B-2 podía verse a simple vista. Zach se detuvo señalándolo con la mano que portaba el walkie, indicando el lugar donde reposaba el avión a quien quisiera verlo. O a quien pudiera. El hecho de saber dónde tenía que mirar le otorgaba cierta ventaja a la hora de visualizar el avión, y la cobertura actuaba como un camuflaje perfecto, de forma que ni tan siquiera con prismáticos era fácil verlo. De repente, alguien tras él lanzó una exclamación. Era la de la primera persona del 1940 que veía el avión.

–¡Lo veo! ¡Parece cubierto por algo, como una tienda de campaña! –declaró uno de los guardias, tras lo cual fue Reinhardt quien le quitó los binoculares para mirar en la dirección en la que parecía estar ese maldito avión. Tras un minuto, lo vio.

–Yo también lo veo... –admitió con cierta reserva–. Pero me parece ver a gente delante de él. Alguien con un uniforme grisáceo.

–Sí señor, son mis compañeros guardianes del avión. Ellos son los que se han encargado de mantenerlo en condiciones hasta este momento –suscribió Zach con orgullo y siguiendo su camino. No tenía paciencia como para dar explicaciones cada diez metros.

Zach empezó a agitar los brazos en ademán salutorio mucho antes de llegar. No podía aguantar la alegría por el reencuentro que significaba la culminación de Bifrost. Ya no habría nada ni nadie que le impidiese llevar a cabo su misión y las personas como el asesino de su esposa no tendrían cabida en el mundo del que ya apenas podía recordar. Sus compañeros se contagiaron de su entusiasmo y recorrieron apresuradamente los últimos metros que los separaban del avión. Zach, todavía el primero de la fila, se fundió en un sentido abrazo con Diane y con Keith, que lo esperaban fuera de la lona. Hacía poco estaba convencido de que no volvería a verlos jamás. En realidad, desde que salió con su jeep en busca del Tercer Reich había estado inclinado a creer que no volvería a verlos. Tras ellos, como convidados de piedra, el resto de la expedición quedaba sin saber muy bien qué hacer, mirando con desorbitados ojos la mole de tela color tierra que debía esconder lo que Zach definió como un avión. De entre todos ellos, con especial interés miraba la escena el *sturmbannführer* Reinhardt.

No miraba la especie de tienda de campaña que habían venido a ver desde Berlín. Sus ojos permanecían clavados en la figura que, como un habitante del averno, había venido, enfundada en un traje beige, para torturar sus más primarios y salvajes instintos. Porque la figura que efusiva saludaba a Zach, enfundada en un ajustado material, mostraba unas curvas que pertenecían a una mujer. Y cuando pudo por fin acercarse lo suficiente como para ver su rostro, sus peores pesadillas se desataron; aquellas en la que una muchacha polaca de aterciopelado rostro ovalado entregaba su vida y su sangre para satisfacer la lujuria de Reinhardt. Los ojos de la mujer que ahora Zach presentaba a sus subordinados no tenían ni el brillo acerado ni la intensidad glacial de los de la muchacha de Wasilowice, pero el rostro bien podía pasar por el de ella; solo que estaba vivo. Rebosante de vida y de sangre. Se relamió los labios resecaos por el ambiente desértico antes de dirigirse al grupo en el que Zach seguía con las presentaciones. Este tuvo una sensación extraña al verlo llegar. Su falta de interés y su desidia parecían haber dado paso a un renovado empeño que brillaba en sus pequeños ojos porcinos.

—Diane, Keith... Os presento al *SS-sturmbannführer* Reinhardt, oficial al mando de esta misión de rescate —presentó Zach volviendo a hablar en alemán e imprimiendo un gesto amplio a su brazo.

—¡Heil Hitler! —gritó Reinhardt en reglamentario saludo mano en alto, contestando a su presentación e intentando averiguar con qué tipo de gente se habían encontrado. Para su sorpresa, ambos respondieron de inmediato a su saludo, devolviendo otro de impecable ejecución y sentida culminación, afirmando que llevaban tiempo esperando ese momento.

—También me alegro de haberlos encontrado —añadió el SS, pasando a estrechar sus manos—. Créanme, es para mí un placer estar con ustedes... Y espero que esa sensación vaya en aumento a partir de ahora.

Zach, a un lado, no pudo evitar darse cuenta de que durante la última parte de su frase había lanzado a Diane una mirada cargada de intenciones. Quizás solo durante una fracción de segundo, pero aquel sudoroso *sturmbannführer* había lanzado una amenaza con la mirada que pudiera haber pasado desapercibida en la excitación del encuentro; pero que a él le puso en alerta. No quitaría ojo a ese desagradable tipo a partir de ahora.

Ni tan siquiera cuando fueron invitados a ver el bombardero dejó Reinhardt de mirarla a hurtadillas. La experiencia que para el resto era una de las más sorprendentes de sus vidas, parecía no tener especial interés para Reinhardt que, ausente, asentía como un autómatas a las explicaciones de Zach. Este, mirando a los jóvenes que componían la expedición, recordó el primer día que pudo encontrarse frente al B-2, un avión que hipnotizaba con su figura y su color negro. La fascinación de los soldados era parecida a la él que sintió en su día.

Tan solo cuando Reinhardt fue, igual que el resto, invitado a subir a bordo, pareció dejar de mirar subrepticamente a Diane para centrarse en la cabina del avión, el único compartimento que quiso Zach que fuera visitado, puesto que a última hora pensó que no era necesario que les enseñase las bodegas y su cargamento de muerte. Por ahora, solo sabrían lo obvio: que tenían un avión con una tecnología avanzada que debían escoltar hasta su llegada a un punto todavía no determinado de Alemania. Keith propuso mostrar todo el esplendor del avión encendiendo los paneles de la cabina, boquiabierto al verse rodeado por verdaderos miembros de las SS. Zach decidió que los soldados solo debían conocer lo que habían venido a custodiar y no estaba dispuesto a gastar un valioso combustible en encender el avión y mostrarles pantallas de colorines. En realidad, solo estaba deseando que acabase el protocolo para que los soldados comenzasen su labor de escolta y poder hablar a solas con sus compañeros de siglo.

Afortunadamente para él, fue el *sturmbannführer* quien tomó las riendas de la situación en el momento preciso, llevándose a sus hombres a tierra y repartiendo funciones en seguida. Ordenó que un retén permaneciese junto al avión mientras que un pequeño grupo debería ir al pueblo a buscar equipo extra, provisiones y la radio que les pondría en contacto con sus superiores para esperar órdenes. Zach achacó a un repentino ataque de responsabilidad el hecho de que decidiese formar parte del contingente que habría de custodiar el avión, cuando hasta hacía poco exigía regresar a Bujaraloz con una cadencia rayana en la impertinencia. Mientras había insistido en la necesidad de tomarse un respiro antes de continuar con la misión, llegó a sugerir a Zach que se desplazase hasta el caserío para descansar y así encontrarse en plenitud de facultades al día siguiente; lo que le hizo volver a recelar. Había algo de enfermizo en la actitud de ese hombre, que entraba y salía de la escena con poco verosímiles fundamentos y un brillo en la mirada que no transmitía la seguridad que un líder de expedición con las ideas claras debía mostrar. Zach rechazó la idea, dejando bien claro que pasaría esa noche y las siguientes dentro del avión. Reinhardt no pudo reprimir un rictus de fastidio durante un instante, antes de sonreír como un estúpido y dirigirse al exterior de la lona para despedir a sus hombres.

Tras despachar a sus hombres dándoles orden de traer todo el material que habían traído junto con provisiones, Reinhardt se dirigió de nuevo hacia la fresca penumbra que reinaba en la lona que cubría el avión, dejando al resto de sus hombres montando un perímetro de seguridad. Tenía muchas preguntas que hacer y muchos apetitos que saciar. Se esforzó en no mirar demasiado a esa mujer de rostro de porcelana que había despertado sus instintos en el lugar más inesperado ¿Quién le iba a decir a él que esa expedición de mierda le iba a llevar a encontrar una mujer que se pareciese tanto a la muñeca polaca que entregó la vida por amor? Esperaba, a la vista de la apabullante seguridad con la que se desenvolvía en ese desconcertante entorno, que brindase el mismo espectáculo de fatuo orgullo antes de morir que la campesina. Tal imagen le hizo arder por dentro de una forma que sabía muy bien de qué forma apagar. Y por eso se sintió frustrado cuando Zach le vetó la entrada a la lona.

–Soy el jefe de la expedición. No puede prohibirme moverme por donde me venga en gana –escupió Reinhardt con desprecio y desabrochándose la cartuchera en visible ademán–. No me obligue a recordarle quien manda aquí.

–No sea torpe, *sturmbannführer* –replicó Zach con jactancia. Reinhardt pudo percibir un tono de burla que le hizo enloquecer–. Ambos sabemos quién manda aquí. Tiene usted mi total apoyo si decide preguntar a Cancillería si este avión es *gekados* para usted o no. Estoy dispuesto a acatar las nuevas órdenes de Adolf Hitler pero, hasta ese momento, solo seguiré la orden que él me dio –expuso de una forma que no admitía replica; tras lo cual, sin más preámbulo, cerró la abertura de la lona dejando al SS fuera, en su mundo.

–¿De verdad viste a Adolf Hitler? –preguntó Diane tras él sin ocultar la admiración que tal hecho le producía.

–¿Que si lo vi? –contestó Zach con festividad. Volvía a encontrarse entre amigos–. ¡Me disparó!

–¿Quieres decir que Adolf Hitler en persona quiso matarte? –exclamó Keith, emitiendo un silbido de admiración–. ¡Todo un honor!

–Me dijo que me conocía y que era un impostor –añadió sin darle mucha importancia.

–Pero eso es imposible –puntualizó Diane.

–Eso fue lo que le dije.

Se sentaron frente a la improvisada mesa que les había servido de punto de reunión durante la larga y penosa espera que habían tenido que hacer. Junto a ellos, el radar de superficie portátil que les había alertado de todas las intromisiones en el exterior mostraba profusión de ecos que se correspondían con las fuerzas amigas que habían tomado posiciones alrededor del avión.

–Pensamos que habías muerto –expuso Diane con una tristeza que agujoneó el alma de Zach. Su pierna rozó inadvertidamente la de Zach–. Un policía local que capturamos demasiado cerca del avión afirmó haberte dado caza mientras huías.

Zach se relajó. Tenían tanto de que hablar... Les explicó cómo, sin saber todavía muy bien el porqué, la Guardia Civil le detuvo nada más aparecer y, tras fugarse gracias a un par de lugareños, tuvo que cargarse a uno de ellos y ponerle sus ropas y su documentación para que dejaran de seguirle. Sus compañeros le explicaron que un agente de la Guardia Civil grande como una montaña aseguró haberlo abatido desde no sé cuántos metros y que se lo cargaron tras hacer su afirmación. Zach rió pensando en el sargento Robles.

–Menos mal que su compañero nos dijo antes de morir que el único que creía haberte eliminado era ese mastodonte –sentenció Diane–. Nos dijo que todo el mundo sabía que era imposible que te hubiese acertado, pero que nadie se atrevía a llevarle la contraria –hizo una pausa cargada de sentimiento mientras posaba una amigable mano en su hombro. Zach aspiró el aroma a piel limpia de mujer–. Si no hubiese sido por el testimonio de ese otro, habríamos detonado la nave, Zach. Eso es lo que dicen las directrices de Bifrost... ¿Por qué no llamaste por radio?

–Lo intenté... Pero no me dejaron. Según parece, había quien pensaba que yo era un espía y se negaban a dejarme hablar con nadie que no fuera aprobado por mi contacto –suspiró relajando su postura, liberando con ello muchas de las tensiones acumuladas durante la misión. Ahora hubiera matado por una cerveza.

Pasaron un tiempo hablando de sus cosas. Sobre todo Zach, que se extendió en los detalles de su encuentro con Adolf Hitler y de las dificultades que encontró hasta topar con él. Les relató cómo tuvo que acabar con dos gendarmes franceses y con un hotelero avaricioso hasta poder llegar a Berlín, donde fue detenido por la *Gestapo* de inmediato. No se prodigó en los oscuros detalles de su arresto, aunque les hizo participar de que se encontró prisionero en los sótanos de la central de la Prinz Albrecht Strasse hasta que Albert Speer y Rudolf Hess en persona se presentaron para sacarle de aquel agujero infecto. El reencuentro era tan distendido que, confiados en la seguridad que daba un contingente de las SS escoltando el avión, dejaron de prestar atención al radar de superficie junto a la mesa. Si lo hubiesen mirado, se habrían dado cuenta de que había un hueco importante en el círculo que rodeaba su posición en el punto central de la pantalla. El sector que el *sturmbannführer* Reinhardt se había autoasignado estaba desierto.

Este se encontraba pegado a la lona que cobijaba el avión y sus dueños, incapaz de controlar sus emociones y su percepción de la realidad. No le hacía falta ni un gran esfuerzo de

imaginación ni cerrar los ojos para regresar mentalmente a aquel chamizo polaco en el que se encontró con la mujer cuyo rostro había vuelto a ver entero en medio de un apestoso desierto español; situado de nuevo, por arte de algún extraño y mortificante hechizo, en la cara de una mujer que tras un impecable saludo nazi, dijo haber estado esperando su llegada. Se obligó a pensar que eso solo podía ser una señal del buen dios alemán que, escrito en la hebilla de su cinturón, afirmaba estar con él. Extrajo de la caña de su bota su cuchillo de honor: el mismo con el que había obrado el milagro de convertir a una imperiosa campesina polaca en una amante sumisa y perfecta. Haría lo mismo con esa mujer.

Como un torbellino de imágenes agolpándose en su cerebro con enfermiza nitidez, podía ver a la aldeana polaca caer exangüe a sus pies en el interior de aquella choza, entre ligeras convulsiones que no hacían sino enardecer su deseo. Recordó que con el cuchillo todavía tibio en sus manos, introdujo sus dedos en la pavorosa herida que de lado a lado del cuello de la muchacha seguía vertiendo sangre, hurgando entre los tejidos desgarrados como si al hacerlo pudiera rebuscar su alma entre jirones de músculo y vasos sanguíneos pulsantes. La vida se escapaba por aquella herida como agua de un vaso desfondado, y Reinhardt comprobó cómo, al contrario que el suyo que respiraba desbocado, el pecho de la muchacha había dejado de moverse casi al mismo tiempo en que la sangre que se vertía por el cuello se tornaba un hilillo laxo. Entonces se dio cuenta de que había amansado ese cuerpo que había osado oponerle resistencia y no darle lo que había ido a buscar. Tan solo le faltaba poseerla como jamás lo había hecho con ninguna otra mujer. Ese pensamiento le hizo eyacular con violencia bajo sus pantalones, de manera que una vez aliviada su pasión, decidió quitárselos.

Para culminar su obra solo hacía falta prodigar el contacto que impidió la sólida barrera que el rechazo de su mirada había construido antes entre ellos. Nunca supo con qué fines lo hizo ni cómo se le pasó por la cabeza, sino que supuso que ella, de alguna manera sumisa, se lo pedía desde el fondo de su muerto corazón. Comenzó a prolongar el corte del cuello con el cuchillo, de manera que lo alargó hasta detrás de las orejas, componiendo una macabra mueca que parecía reírse de su propio destino. Una vez completado el corte, introdujo las manos teñidas de rojo por debajo de la herida y tiró de la piel hasta que comenzó a separarse del paquete muscular del cuello. No tardó mucho en librar el delicado mentón de ella, donde se había formado un pequeño coágulo sobre un discreto hoyuelo en el que no había reparado antes. Una vez traspasado el umbral de la barbilla se encontró con el corte circular alrededor de las encías, con lo que medio rostro se encontraba ya reposando flácido en sus manos. No tenía ninguna prisa cuando, muy despacio –de una forma que a él le pareció sensual– sacó las manos de por debajo de su dermis para continuar definiendo con su daga el contorno de su cara, con tanta fuerza que podía oír el roce de la hoja contra el hueso del cráneo. Una vez acabó el corte, introdujo el cuchillo por debajo de la piel para cortar los cartílagos que pudieran dificultar su tarea y secciono inmisericorde las orejas y la nariz a ras de hueso. Acto seguido dejó caer el cuchillo sobre el jergón que se encontraba en un rincón de la choza, disponiéndose a realizar su obra de amor suprema.

Con malsana parsimonia procedió a tirar de la piel de la faz de la mujer hasta que, con la única dificultad de los párpados, fue cediendo a su gesto como si solo hubiera estado pegada a su cráneo por un débil pegamento. No tardó en tener sobre sus manos el rostro de ella, reposando con la misma consistencia de la masa de pizza a la que por error se le hubiera añadido un tanto chapuceramente el tomate antes de darle forma. Lo manipuló para hacer que, sobre sus manos todavía, el inerte trozo de piel que había sido un hermoso semblante lo mirase sin ojos; solo con unos párpados deslavazados, caídos y cóncavos en el lugar donde la existencia de un globo ocular

por debajo debía mantenerlos convexos. Poco a poco fue acercando el rostro de la muchacha al suyo, sintiendo cómo una nueva erección, quizás más triunfante que la anterior, volvía a abrasar su entrepierna.

Reinhardt elevó su cabeza para depositar sobre ella el legajo de piel que hace no mucho era la cara de la chica, cuidándose de hacer coincidir sus facciones con las del pellejo sanguinolento. Cuando estuvo ajustado, comprobó que encajaba y retiró las manos describiendo un arco que descendía hasta situarlas a sus costados. Boca arriba con el rostro de la mujer sobre el de él, abrió la boca para dejar salir una lengua que introdujo en el agujero que formaban los labios de ella, investigando torpemente con ella el reverso de su piel como si fuera un repugnante gusano examinando el exterior de su inmundo agujero. Le supo salado, con regusto a hemoglobina oxidada.

Ahora sí. Ahora poseía el alma y el cuerpo de esa desdichada que había pensado que sería fácil desafiarlo en su terreno. Y no se pararía ahí. Debía ser suya.

Con una mano tiró del rostro que descansaba sobre el suyo, lanzándolo contra la pared, emitiendo un ruido sordo como el que generaría un saco de babosas lanzado hacia un objeto sólido. Una vez impactó contra el muro, pegado a él comenzó a descender muy despacio hasta llegar al suelo, donde encontró reposo eterno.

Reinhardt se había colocado frente a ella, enhiesto, mirando los vidriosos ojos azules que a falta de unos párpados que les dieran expresión se habían vuelto descarados. Recordando la inminente aparición del *rigor mortis* volvió a empuñar su cuchillo para quitarle a cuchilladas la ropa al cuerpo sin vida, sin importarle si al cortar la tela sajava la carne por debajo o no. Largando mandobles a diestro y siniestro consiguió en poco tiempo despojar el cadáver de ropa y piel, generando una sangría que no hizo sino enardecer su deseo. Se arrodilló frente a ella y, separando sus muslos pegajosos de sangre, se introdujo en ella con ansia.

—¡No me mires, cerda! —le gritó al cadáver cuando, tras un repentino ataque de pudor, observó cómo sus ojos, aun sin vida, seguían perforando los suyos más allá de la razón. Comenzó a abofetear el indefenso despojo con furia al mismo tiempo que volvía a recuperar su daga para, con rabia, extraer ambos globos oculares y lanzarlos hacia el mismo rincón de la choza donde ya reposaba la piel del rostro; en una suerte de reunión *post mortem*.

Una vez vacías las cuencas y sin la amenaza del improductivo reproche de la mirada de una muerta, comenzó a moverse dentro de ella, arrancando del cuerpo pringosos sonidos cada vez que su vientre entraba en contacto con los charcos de sangre estancada en los cortes que hizo su daga al separar el vestido de la antes immaculada piel de la chica. No tardó mucho en dejarse ir en su interior, cayendo agotado sobre el frío cuerpo de la mujer que en una postura poco natural había aguantado sus embestidas. Al caer sobre su torso manaron de sus múltiples heridas los últimos chorros de sangre de su cuerpo. Entonces, el *untersturmführer* lloró violentamente al darse cuenta de que ese momento era irrepetible. Jamás volvería a arrancar ni de ese cuerpo ni de ninguno las emociones que le había brindado ese día, creencia que lo había ido torturando durante el resto de su existencia.

Hasta el día de hoy; en el que el destino, aliado de los que anhelan con debida paciencia, puso en su camino a esa mujer que debía ser una especie de reencarnación de la polaca.

Sin poder esperar ni un segundo, cortó en vertical la lona que protegía al avión y bajo la cual se encontraba su tesoro. Se introdujo en aquel territorio y permaneció quieto intentando calmar su desbocada respiración y esperando a que sus pupilas se adaptasen a la oscuridad. Pudo oír voces que, en un ambiente festivo, relataban historias en inglés que no podía entender. Como una serpiente se movió hacia la fuente de las voces, hasta situarse en un punto en el que la vio,

riéndose sentada al lado de ese hombre que los había llevado hasta allí y junto al compañero que junto a ella había custodiado esa extraña máquina. Estaban lo suficientemente cerca de la entrada como para que la luz inundase su rostro de tal forma que arrancaba de él destellos de felicidad cada vez que reía. Reinhardt tuvo entonces la certeza de que esa mujer era la misma que tomó en Wasilowice hacia algo más de un año.

Ajenos al intruso y creyéndose inmunes a todo mal en la seguridad de su refugio que tantas incómodas visitas había aguantado, los tres americanos intercambiaban las historias que le habían sucedido desde que se separaron. Zach llevaba la voz cantante puesto que su permanencia en el mundo que los había acogido había sido, de largo, mucho más fructífera en anécdotas que la de los guardianes del avión.

–Espera. Creo que si vas a empezar con la parte interesante el relato, será mejor preparar algo de café que tenemos guardado para la ocasión –interrumpió Diane mientras se levantaba cuando Zach comenzó a relatar su encuentro con Hitler–. No se os ocurra empezar sin mí.

Zach asintió mientras Keith comenzó a explicarle que con gran esfuerzo por parte de ambos, habían sido capaces de guardar algo de café para ese momento que cada día que pasaba veían más lejano. Dado que ambos no querían continuar la historia en ausencia de Diane, Keith hizo partícipe a Zach de las mil cuestiones que tenía sobre su contacto con la *Gestapo*. Era una organización que admiraba y le costaba creer que sin motivo aparente, uno de sus agentes hubiera aparecido borracho para eliminarlo. Mientras conversaban cayó en la cuenta de que echaba de menos el olor del café que precedía siempre a su servicio.

–¿No te parece extraño que no huela a café? –preguntó Zach mientras girando la cabeza miraba a la oscuridad tras él.

–Sí. El café está justo detrás de esas cajas –contestó Keith señalando un bloque de cajas cercano–. Espero que no se lo haya bebido todo ella –añadió con sorna.

–Para bebérselo primero debería haberlo hecho –concluyó Zach, pesimista. No le gustaba nada el silencio que se había producido bajo la lona y de un salto se puso en pie–. Y nadie parece haber hecho café aquí hace mucho tiempo. Algo pasa. Separémonos.

Keith asintió. También notaba algo raro en el ambiente y desenfundó su pistola, siguiendo de puntillas la dirección por la que Zach le había dicho que buscara. Este, al mismo tiempo, se deslizó silenciosamente en el sentido contrario, buscando sin encontrar algún indicio de Diane en la parte delantera del avión. Reparó en que en el lugar había más luz de la que la recia lona dejaba pasar, y tal cosa le extrañó justo hasta que pudo ver el roto por el que podía haber entrado una persona adulta. Los bordes del corte, hechos con un objeto afilado, oscilaban despreocupadamente, mecidos por la brisa que de una forma tan paradójica como confortable refrescaba el tórrido interior del recinto. Sintió el frescor del desierto en su rostro y aguzó sus sentidos. La adrenalina golpeó sus sienes cuando le pareció oír un gemido que no podía haber sido emitido por otra garganta que no fuese humana.

Con parsimonia avanzó junto a una montaña de enseres embalados en recio plástico negro hasta rodearla. Lo que pudo observar tras ella le heló la sangre en las venas.

Descamisado, con el torso desnudo y cubierto de sangre se encontraba arrodillado el *sturmbannführer* Reinhardt concentrado, cuchillo en mano, en tallar algo en una masa amorfa cubierta de la misma sangre que anegaba la escena. Estuvo a punto de chillar para hacerse notar y preguntar qué demonios estaba pasando cuando reconoció la forma que estaba bajo el SS. Lo que Reinhardt miraba con ojos idos de demente era en realidad el cuerpo de Diane. El *sturmbannführer* había arrancado a jirones el traje de cuero que vestía junto con trozos de piel que tapizaban el suelo a su alrededor. De alguna manera, las piernas que había deseado acariciar

desde que la conoció, todavía enfundadas en los pantalones, le hicieron caer en la cuenta de que no podía ser más que de Diane el cuerpo que sanguinolento yacía bajo Reinhardt, sentado a horcajadas sobre ella. Toda la sangre que bañaba el lugar parecía haber salido de una gran herida en el cuello de Diane que, de un lado a otro dibujaba una extraña mueca que le invitaba a pensar que una segunda boca, abierta más abajo de la que deseaba haber besado una y mil veces, reía su destino. Reinhardt tenía ambas manos dentro de la espantosa herida, y parecía tirar de ella hacia sí con fuerza, casi hasta levantar la cabeza de ella del suelo.

Reinhardt, concentrado en el rostro manchado de rojo y excitado ante el contacto de la sangre todavía caliente de la mujer que resbalaba espesa entre sus dedos introducidos en su garganta, comenzaba a visualizar en su enfermiza cabeza los siguientes pasos a seguir tras haber tenido la fortuna de pillarla desprevenida y cortar su delicado cuello. Ahora que la sangre fluía de su cuello con menor presión se dispuso a asir con fuerza el cuchillo para dibujar un corte que le permitiese separar el rostro de la mujer con facilidad. Pensaba que este encuentro, aunque más fugaz que el que marcó su vida en tierras de Polonia, podía ser igual de satisfactorio si conseguía arrancar la cara de la mujer junto a su pelo, brillante y rojizo bajo la gruesa capa de sangre que se había depositado sobre él, apelmazándolo. Abstraído en su tarea, no pudo entender cómo algo con la contundencia de un tren de mercancías, le golpeaba la sien derecha, levantándolo de su posición sobre la mujer y empujándolo hacia un lado. Al mismo tiempo que recibía el golpe, pudo escuchar un crujido como de ramas podridas, sin saber qué era su propio cráneo el que había estallado. Cayó boca arriba, a un palmo de la inconsciencia, junto a su recién conquistado amor. Todavía era incapaz de saber que había pasado, y no sería capaz de comprenderlo en lo que le quedaba de vida: escasamente unos segundos.

Tan solo acertó a ver una sombra que desafiante se erguía frente a él. Hubiera podido jurar que la figura humana respiraba entrecortadamente, como reprimiendo una ira que le embargaba. La visión se le nublaba, pero acertó a vislumbrar al capitán Schneider que había tenido que escoltar hacia ese lugar. Pese a la fractura de cráneo que le había producido la tremenda patada en la sien que le había dado, intentó sonreírle, agradecido por haberle llevado hasta ese lugar donde había encontrado el alma gemela de la mujer que le había robado el corazón en una choza polaca. Sin embargo, ese hombre desagradecido pareció no apreciar su gratitud. Al contrario, aparentó estar muy irritado al gritar algo que debía ser una llamada hacia alguien a su espalda, agachándose acto seguido junto a su amada. Por un momento creyó que ese tipo se haría cargo de ella cuando otra figura apareció en escena. No podía girar la cabeza para variar su ángulo de visión, pero por el mismo punto por donde estaba ese tal Zach aparecía otro hombre enfundado en el mismo material claro que, antes de que se lo hubiera quitado a golpe de cuchillo, cubría el cuerpo de la mujer que yacía a su lado. Su creciente lentitud de reflejos le hizo darse cuenta demasiado tarde de que se trataba del otro hombre que, junto a la mujer con el rostro de su amada, había custodiado esa máquina que el *Führer* había ordenado ir a buscar. Parecía tan iracundo como el que les había llevado hasta allí. Quizás algo más, porque vociferó algo en un idioma incomprensible. Alguien esgrimió sacó su pistola, cosa extraña puesto que nadie en su sano juicio encañonaría a todo un *sturmbannführer* alemán; pero el cansancio que empezaba a nublar su entendimiento le hizo sentir algo parecido a un agradecimiento que le aliviaba de la pesada carga de la vida.

Por ello no se sintió culpable cuando escuchó el disparo del arma que le apuntaba a escaso metro y medio; tan solo una extraña oscuridad que pareció engullirle desde el punto donde debía estar el suelo. Se sorprendió de que antes de que las sombras se lo llevaran, de algún sitio acudieron en su ayuda los ojos azules de la muchacha polaca. Lo miraban con enfado, pero lo último que pudo entender era que, junto con su conciencia, su hechizo desaparecería para siempre.

De alguna manera, antes de hundirse para siempre en la sima del olvido, quedo agradecido a aquellos hombres que le habían extirpado la indeleble culpa que la feroz mirada de la mujer polaca grabó en su retina.

Zach gritaba su desesperación hacia el cielo mientras algunos guardias, alertados por el disparo y preocupados por el lamento, abandonaban sus puestos de guardia para introducirse en la nave. La escena que pudieron presenciar no se les olvidaría nunca pese a que algunos eran veteranos del frente y habían visto tantas atrocidades que eran incapaces de enumerarlas.

Zach se encontraba sentado en el suelo, sosteniendo la cabeza de la mujer en su regazo, intentando tapar con sus manos la herida por la que se le había ido la vida. De sus ojos goteaban lágrimas que, limpiando la sangre que cubría el rostro que ahora parecía más tranquilo que nunca, dejaban blancos lamparones entre los brochazos rojos que había creado la locura del *sturmbannführer* al extender por el rostro la sangre de la desdichada Diane.

Por segunda vez en su vida, paradójicamente casi cincuenta años *antes* que la primera, se vio en la situación de sostener el cuerpo sin vida de la persona que comenzaba a amar mientras se desangraba. Quizás no había sido consciente de su amor hasta ahora, pero en su fuero más profundo anhelaba que esa mujer taponase la brecha que había abierto la muerte de Lilian en el armario de su dormitorio. Sin embargo, el dolor había sido el mismo, y se sorprendió pensando con rabia que quizás su misión fuera estéril si ni siquiera adentrándose en el pasado había conseguido evitar la muerte de personas queridas.

Quizás el gobierno de gente tan indeseable como ese maldito *sturmbannführer* no fuera la solución a los problemas del mundo. Por lo pronto a él le habían arrancado las ganas de vivir.

Capítulo 28

En el despacho particular de su casa, Tim abrió la Herring Hall & Marvin para retirar de ella el informe Bifrost para buscar inspiración sobre el siguiente paso a seguir tras dar por cerrado su viaje al desierto español en el que se suponía había aterrizado el avión en el pasado, buscando indicios sobre él. Aunque solo habían pasado dos días desde su viaje a Los Monegros, solo recordaba un par de cosas de su periplo: haber pasado un calor espantoso y las mil reticencias de los parroquianos en un bar situado en la plaza del pueblo. Nadie sabía nada de alemanes en la zona ni quería saber: las heridas de la guerra seguían abiertas. El viaje tan solo le sirvió para ejercitar el poco español que había aprendido en sus noches locas en Ibiza.

Al ojear el expediente, supo por dónde debía buscar. Quizás porque la idea ya llevaba tiempo bullendo en su cerebro, lo tuvo claro en cuanto la lectura del proyecto confirmó que, tras aterrizar el avión en cualquiera de los sitios predeterminados, las diferentes opciones de la misión convergían en un punto en el cual debía contactar con Albert Speer. Se había decidido que el arquitecto sería alguien accesible dentro de la estructura jerárquica alemana por el talante abierto que siempre había mostrado en la abundante documentación que existía sobre él. Nunca había sido un fanático, a diferencia de sus compañeros en las altas esferas nazis, y estaba contrastada su puntual oposición a las ideas de Hitler, lo que lo convertía en una persona con una influencia y una seguridad en sí mismo que lo hacía idóneo para contactar.

No le costó mucho encontrar en internet dónde había vivido Speer, y tal información le arrancó una sonrisa. Heidelberg. Esperanzadoramente cerca.

Sin perder más tiempo, traspasó a su móvil toda la información que pudo sobre Speer y regresó a su coche, todavía crepitando su estructura mientras se enfriaba frente a la puerta de su casa. Volvió a pasar junto al aeropuerto al que había llegado hacía algo menos de una hora y se dirigió al sur en busca de la residencia de Albert Speer. En realidad no sabía ni ni cual era y ni si habría alguien en ella, pero el tiempo se le acababa antes de la reunión anual de Thule. Se había gastado una fortuna y ni tan siquiera sabía si la supuesta manipulación del pasado había corregido el presente o si por el contrario, había tenido efecto en a saber cuántos universos paralelos. En este proyecto, su bagaje era bastante parco: ni siquiera sabía si algo había ocurrido. Cuando acabase su visita a la casa de Speer iría a ver a Michelle y arriesgarse a hablar de más con su novia a cambio de una información que pudiera compartir con sus compañeros de Thule, ávidos de información y resultados.

No se le hizo muy largo el viaje hasta la universitaria ciudad de Heidelberg. Detuvo el coche cerca del centro, repitiendo la jugada que realizó por la mañana en Bujaraloz, el pueblo español en el que había intentado recabar información útil. Se introdujo en uno de los más vetustos bares que pudo encontrar en la preciosa Plaza del Mercado, en pleno centro histórico del que la ciudad hacía gala, bajo la fortaleza que presidía el casco antiguo; y comenzó sus pesquisas preguntando al camarero sobre la última morada de Albert Speer. De forma parecida a lo que sucedió en España, su curiosidad suscitó reacciones negativas. Nadie parecía querer que un extraño rebuscase en un pasado que costó sangre, sudor y lágrimas olvidar. Pero, a diferencia de su experiencia española, esta vez parecía que la gente era mucho más reticente a facilitar información. Tim supuso que, si en España estaba buscando algo que pudo no haber sucedido nunca, en su patria se interesaba por hechos que existieron y que la masa social estaba deseando olvidar.

–Pertenebió a mi familia antes de que la tomase Speer –justificó Tim. Su alegato pareció relajar un poco la actitud de la gente local.

–¡Un momento! ¡Yo le conozco! –exclamó alguien al final de la barra–. ¡Usted sale por la tele!

Las tornas habían cambiado. No era lo mismo tener a un neonazi entremetido como otros muchos que solían acudir a la ciudad preguntando por un pasado que todos deseaban olvidar, que a una celebridad a cuya familia hubieran arrebatado los nazis la residencia familiar. Los parroquianos se le acercaron, una vez fue reconocido como protagonista de numerosas portadas de prensa de diversa índole. No tardó en trascender que Tim Gottlieb, famoso empresario y uno de los solteros más cotizados de Alemania se encontraba, de una forma anónima, en un bar del centro de la ciudad.

Pese a haberle abierto alguna puerta, toda aquella expectación no le favorecía. Parte del éxito de su misión dependía de la discreción con la que pudiera averiguar algo. Si trascendía que el archiconocido Tim Gottlieb andaba buscando inmuebles de antiguos mandatarios nazis, la prensa podía pensar cualquier cosa si le daba por atar cabos con su habitual tendenciosidad. Sin borrar de su cara la mejor de sus sonrisas pudo por fin enterarse, tras protagonizar varios *selfies*, del nombre de alguien que pudiera enseñarle la casa. Para su alegría, el teléfono correspondía a un particular; mucho mejor que tener que tratar con una incómoda inmobiliaria con la que difícilmente podría abordar temas personales. Se preguntó si era de alguien de la familia de Speer, pero solo había una manera de saberlo. Despidiéndose de todos y dando efusivas gracias por la ayuda recibida, se dirigió hacia su coche para ponerse en marcha y aparcar un par de manzanas más allá, lejos del pequeño tumulto que su presencia había generado.

Marcó el teléfono en el sistema de manos libres del coche, pasando el audio al sistema de altavoces del vehículo. No tardó mucho en contestar una voz de hombre que, entre toses, se presentó como Carl. Tim le adelantó que le habían facilitado su teléfono en el pueblo y transmitió su interés en la mansión que le dijeron tenía a la venta. Tras un breve instante de un silencio suave y denso como el terciopelo el interlocutor, una vez aclarada la voz; admitió tener las llaves de una gran casa en las afueras de la ciudad, a poca distancia del centro histórico de Heidelberg y con envidiables vistas al valle del río Neckar. Tim volvió a insistir en su interés en la propiedad y solicitó una visita al inmueble para hoy.

Tras el inconfundible sonido de una calada a un cigarrillo, la voz de Carl resolvió acceder a su petición.

–¿Sabe usted dónde está la casa? –preguntó tras un nuevo acceso de tos.

–No. Pero si me da usted la dirección puedo introducirla en el GPS –contestó Tim con toda naturalidad.

–GPS... GPS... Tonterías... ¿Está usted en Heidelberg?

Tim contestó afirmativamente, ante lo cual el llamado Carl le emplazó a estar en quince minutos ante la iglesia de los Jesuitas.

–¿Cómo le conoceré?

–Estaré junto a mi coche, un deportivo alemán color blanco, apoyado en la puerta del conductor que tendré abierta. Le espero –concluyó Tim. Ante un gruñido de asentimiento del interlocutor, colgó el teléfono y se dispuso a dirigirse hacia el punto de reunión. Por suerte, tuvo que invertir los quince minutos que Carl le había dado para dejar el coche enfrente de la iglesia, en un lugar no del todo adecuado para aparcar. Menos mal que había asegurado que estaría a los pies de su coche, porque dejarlo en ese sitio hubiera sido una invitación para la grúa.

Puntual como un reloj suizo, se le acercó un hombre con un pitillo encendido colgando de

los labios.

–¿Es usted quien quiere ver una casa en la ciudad? –preguntó a modo de presentación, mirándolo de arriba a abajo sin ningún tipo de recato.

Tim confirmó tal suposición y se presentó extendiendo una mano que Carl se demoró en aceptar. Debía ser más joven de lo que su agrio carácter y las arrugas de su rostro dejaban ver; quizás por su atuendo, más acorde con una novela de Dickens. Vistiendo un gabán que había conocido días mejores y con una espesa mata de pelo gris sobre la cabeza, disimulada por una nube de humo blancuzco de tabaco, parecía más bien el espíritu de las navidades pasadas que alguien dispuesto a enseñar una mansión a un posible comprador. Se preguntó si quizás era la causa de que todavía siguiera a la venta.

–Bonito coche –afirmó pasando una sarmentosa mano por el techo del BMW de Tim–. ¿Es suyo?

Tim aseveró, más divertido con la situación de lo que la aparición del espectro podía haber presagiado. Le invitó a subir al coche si era capaz de llevarle hasta la casa, no sin antes pedirle que apagase el rubio americano que ahora sostenía entre sus dedos. Carl tosió quedamente mientras mascullaba algo ininteligible para, calada tras calada, apurar el pitillo antes de dejarlo caer y apastarlo con la punta del zapato, en un gesto que a Tim le pareció elegante; sobre todo proveniente de tan patibulario sujeto.

Una vez en el coche, Carl le fue mostrando de qué manera llegar a la casa de los Speer. Le hizo rodear la fortaleza de la ciudad para seguir por la carretera durante un par de kilómetros, momento en el que le indicó que la dejase para callejear en una zona en la que abundaban las casas solariegas: la que un alto cargo de un gobierno podía haber elegido para su retiro. Le anunció que se detuviese frente a una vetusta verja de hierro negro tras la cual se adivinaba una cuesta junto a un talud del más intenso verde.

En cuanto pararon, Carl se apeó del vehículo y antes de haber cerrado la puerta ya tenía un nuevo cigarrillo en la boca. Lo encendió con rapidez usando un mechero de gasolina que, bajo la mano que lo amparaba de una ligera brisa que amenazaba su poder de combustión, reflejó en su rostro una titilante luz anaranjada que resaltó las arrugas que poblaban su cara. Tim seguía dentro del coche esperando instrucciones. Carl aspiró con satisfacción el humo de tabaco, como si los escasos diez minutos que había estado oxigenando su sangre con aire limpio hubiera causado un daño que el tabaco reparase.

–Puede dejar el coche arriba si lo desea, aunque es mejor dejarlo aquí para subir andando. Así podremos ver un poco la finca –expuso el hombre, apoyado sobre el quicio de la ventana de Tim. Este decidió que si quería que ese hombre le diera respuestas a preguntas que no suelen hacer los compradores de mansiones, debía darle algo de coba.

–¡Qué demonios! ¡Vamos a ver esa finca! –exclamó apagando el motor del coche. Carl se apartó de la puerta para franquearle la salida.

Comenzaron los dos a subir por la cuesta que daba acceso a la casa. Carl enumeraba datos sobre la finca mientras señalaba las partes de las que hablaba con un huesudo dedo manchado de nicotina amarilla. Tim asentía simulando un interés que distaba de sentir.

Tras tomar un recodo a la izquierda, como descorriéndose un telón vegetal, apareció una bonita mansión de estilo neoclásico que podía muy bien haber competido en encanto con la de Tim. Era algo más pequeña que la que él habitaba, curiosamente en un entorno muy parecido pero de estilo similar. Se sorprendió al comprobar que el arquitecto de Hitler y él tuvieran gustos arquitectónicos afines, sensación que se desvaneció al traspasar el umbral de la puerta principal que Carl abrió con un antiguo juego de llaves tras apagar la colilla.

La puerta principal se abrió con un chirrido quejumbroso para dar paso a un interior en el que parecía haberse detenido el tiempo hacía un siglo. Con sólo dos pasos, Tim retrocedió hacia el pasado, lo que supuso una especie de augurio favorable en su búsqueda de datos sobre viajeros en el tiempo. Tras el arco de entrada se abría un gran salón sumergido en la penumbra que producían unos pesados cortinajes oscuros que pendían de las grandes ventanas. Carl, con parsimonia, se dirigió a uno de ellos y no sin esfuerzo lo descorrió, dejando entrar la luz a raudales pese que en el exterior el día no era de los más luminosos que recordaba. Tim pudo entonces observar mejor el salón, en el que todos los elementos, muebles, lámparas y cuadros incluidos, habían sido cuidadosamente cubiertos con sabanas amarillentas que otorgaban a la estancia un aire fantasmal. Se preguntó si su enviado al pasado habría estado sentado en alguno de esos sillones que escondían su secreto bajo pálidos lienzos. Quizás un equipo de científicos liderado por Michelle podría extraer de entre sus tapicerías muchas más información de la que a simple vista transmitían.

—Entre usted y yo... —advirtió Carl tras aclararse la voz con una ración de toses—. No ha venido aquí a interesarse por este edificio como si fuera un palacete más, ¿Verdad? —para enfatizar sus palabras decidió que no había nada mejor que encender otro pitillo.

—No entiendo a donde quiere llegar, Carl —respondió Tim con cierto azoramiento.

—Esta ciudad es muy pequeña para que las noticias que puedan parecer insignificantes pasen desapercibidas —aclaró Carl, esgrimiendo una sonrisa que tensaba sus arrugas—. Sé que su interés en esta casa es porque fue de sus antepasados antes de pertenecer a la familia Speer.

Tim sonrió abiertamente. No le sorprendió la actitud del hombre, aunque sí la frialdad con la que le miraba; una actitud que no sabía muy bien cómo interpretar. Supo que si jugaba bien sus cartas, podía sacar algo en claro de su visita. Asintió, con cierta relajación. Era el momento de lanzar la apuesta.

—Esta casa perteneció a mi familia, y aquí se encuentran muchos recuerdos que nos pertenecen —comenzó a andar por el salón despreocupadamente, intentando no mostrar interés y mirando los cuadros que lucían como rectángulos colgantes de tela blanquecina—. Son esos recuerdos los que busco, no la casa.

—También sé que es usted una persona muy importante —añadió Carl tras él—. Si me dijera qué es exactamente lo que busca, quizás podríamos llegar a un acuerdo.

Tim sonrió. Horas y horas encerrado en consejos de dirección de empresas, reunido con todo tipo de tiburones de las finanzas y con águilas de los negocios le había dado la posibilidad de detectar la codicia en cuanto hiciera acto de presencia en su interlocutor. Y ese tipo acababa de irradiar una querencia por el dinero que debía erigirse en uno de los mayores aliados de Tim. Se giró hacia él desde el centro del salón.

—En ese caso, podremos entendernos, Carl —ahora era Tim quien miraba a su anfitrión con renovado interés—. Seré sincero. Lo que busco son objetos personales antiguos que pudieran haber pertenecido a mi familia y que los Speer hubieran guardado en esta casa.

—¿Algo que le hubieran expoliado? —tosió Carl.

—Poco más o menos. Y estoy dispuesto a pagar muy bien —Tim abrió la cartera para extender una tarjeta a Carl. Un fajo de billetes pugnaba por salir de ella, detalle que no pasó desapercibido para el hombre, cuya mirada emitió un destello de codicia que indicó que había mordido el anzuelo—. Solo necesito que recoja cuantos objetos personales de los Speer pudiera enviarme por correo a mi dirección. Con cada envío recibirá una suma, independientemente de la importancia de lo que me mande.

—¿Desea comenzar ya a llevarse cosas, señor? —Carl cogió la tarjeta que se le ofrecía y la

guardó con mimo, como si de ella dependiese una mejor jubilación.

–No, para eso está usted. Puede empezar ya mismo, yo ahora tengo muchas cosas que hacer –se dio la vuelta hacia la salida de la casa–. Conozco el camino hacia el coche.

Sonrió con suficiencia mientras se marchaba. Consideraba que la búsqueda del rastro de sus hombres había comenzado. Solo esperaba que diera sus frutos antes de la reunión anual de Thule, que se le echaba encima.

Capítulo 29

Aunque tan solo hubieron pasado dos años desde los brutales bombardeos a los que se sometió a Barcelona en el 1938, la ciudad se recuperaba poco a poco del fin de la Guerra Civil. Era difícil distinguir las cenizas de los bombardeos de las que arrojaban al oscuro cielo los cientos de chimeneas que vomitaban su carga de humo de carbón, impregnando todo de la pátina pegajosa y negruzca que caracterizaba cualquier típica zona industrial portuaria de 1940. El ajetreo en el puerto de Barcelona se recuperaba poco a poco tras haber sido arrasado por los bombarderos italianos que, por su cuenta, sembraron de bombas y muerte las dársenas en cruel misión de entrenamiento nocturno. Por la bocana del puerto entraba plácidamente el *Wismar*, un mercante alemán que desplazaba 12.000 toneladas, mientras Enrique Feliú, práctico del puerto, se acercaba a su costado dispuesto a abordarlo para asesorar al capitán en la maniobra de atraque. Ya había sido alertado por las autoridades portuarias de que, por orden superior, no debía mostrar interés alguno ni por la carga del navío ni por el personal militar que pudiera portar.

Se trataba de un mercante civil por muy armado que pareciese estar, y gracias a esa advertencia no se extrañó cuando nada más subir, un estricto SS con cara de pocos amigos se situó a corta distancia tras él para mirar donde mirase, respirar el aire que respirase y gruñir cuando se interesase por algo que no debiese. Tuvo la sensación de ser escoltado hasta el puente de mando en lugar de ser acompañado, que era lo habitual. Allí se encontró con una escena más familiar, en la que el capitán, un tipo muy mayor que quizás no estuviese ya para esos trotes, sostenía en su mano izquierda una humeante taza de café mientras que con la derecha se masajeaba la densa barba gris claro que continuaba en una tupida cabellera del mismo color. Al verlo entrar en el puente, le saludó y le dio la bienvenida a bordo que hasta ese momento le habían negado, presentándose como capitán de la marina mercante Wolfgang Meier. Inmediatamente, conociendo cada uno el papel del otro, se pusieron manos a la obra, guiando el barco con maestría dirigida con experta precisión; todo ello sin reparar en el impasible SS que sin pestañear seguía observando con gesto hosco cada movimiento del práctico.

Entre ambos hombres guiaron al barco entre los entresijos del puerto de Barcelona: el práctico, Feliú, conocedor de las grandezas y miserias del puerto y el capitán Meier, avezado conocedor de los vicios y virtudes de su navío. Rozando con el costado del barco el muelle que había sido aislado para él quedó listo para que, a una orden del capitán, se lanzasen gruesas estachas a tierra para asegurar el buque por el diestro personal que esperaba al barco en tierra firme.

Cuando Enrique Feliú dio por finalizado su trabajo se despidió del veterano capitán. Su escolta SS entonces, sin ocultar las ganas que tenía de despedir al escuálido intruso del barco, casi fue empujando al práctico hasta desembarcarlo a empellones por la cubierta abajo.

Desde una de las barandillas superiores, el *hauptsturmführer* Wolfgang Weindorf miraba la escena con cierta apatía a través de su monóculo. No aprobaba los modales simiescos del *scharführer* que había acompañado de una forma tan grosera al práctico a tierra firme, pero tampoco sentía especial simpatía por cualquier ser humano que no perteneciese a las SS. Los sentimientos habían acabado en empate técnico en este caso, por lo que, sin darle mayor importancia, se levantó el cuello de la guerrera para protegerse del relente y desapareció en las entrañas del buque para supervisar la labor de descarga de su preciado cargamento.

Tras la retirada del práctico de escena, un enjambre de tropas alemanas desembarcó para

organizar un perímetro de seguridad en el que comenzar. Una vez cerrado el espacio seguro, y antes de que llegasen miradas curiosas, se procedió al desembarco de la carga del navío. Una gigantesca grúa extrajo de la panza del barco una cisterna cargada con 10 toneladas de un combustible especialmente destilado y tres camiones de transporte cargados con placas de metal que, tras haber sido depositados en el muelle, recogieron al contingente de soldados armados hasta los dientes. Una vez listos, con un total desprecio por la vida de los mirones que habían comenzado a agolparse junto al barco, salieron zumbando del puerto en dirección al oeste por la Avenida del Paralelo para enlazar con la carretera que une la ciudad con Madrid.

En la cabina del primer camión se encontraba sentado el *hauptsturmführer* Weindorf, pensando en las particularidades de su nueva misión. Había repasado varias veces la documentación sobre esta que ahora portaba entre sus manos, pero en ningún apartado se hacía mención del porqué de la desaparición del anterior comandante de la expedición. Él era alemán, militar destinado a la *SS-HaPerStab*^[40] y por tanto, acostumbrado a misterios, pero no a que se hablase en los informes de comandantes desaparecidos en extrañas circunstancias cuando se trataba de misiones encargadas por Adolf Hitler. Se caló su monóculo para ojear el estudio previo a la misión que comenzaba con un amplio dossier recalcando la credibilidad de las afirmaciones de un extraño personaje cuya identidad no ha podido ser verificada, sobre un tipo de aeronave de procedencia desconocida y que, en un examen preliminar, parece estar muy por encima de toda la tecnología actual. A continuación se encontraba un fajo de hojas pulcramente mecanografiadas y firmadas por Albert Speer, aunque corroboradas por el *SS-reichsführer* Heinrich Himmler, en las que definía su misión como el traslado ultrasecreto de la nave hasta una base en territorio alemán para su confinación y estudio. Y una de las premisas era que debía ser trasladada en vuelo. Una sencilla hoja manuscrita por *herr* Speer en la que transmitía un efusivo saludo a un tal Schneider y le emplazaba a un próximo y deseado encuentro, cerraba la carpeta con los datos de su misión. Sin encomendarse a nadie, decidió hacer desaparecer el mensaje de Albert Speer por la ventanilla. Ni las SS eran correo de nadie para hacer llegar cumplidos ni su misión era servir de mero mensajero entre civiles. Como integrante de la oficina de la SS dedicada a los proyectos personales de Himmler, no estaba sometido a las órdenes de ningún arquitecto, por muy amigo del *Führer* que fuese.

Por lo que parecía, su destino era un sitio olvidado de la mano del buen Dios alemán y en el que los comandantes desaparecían de forma totalmente antirreglamentaria.

Cuando levantó la vista del informe, la ciudad se había esfumado para dar lugar a una yerma sucesión de paisajes montañosos en los que alternaban demacradas poblaciones. Los baches de la carretera, transmitidos con dureza por la espartana suspensión del camión, aconsejaron una postura en la cabina que, pese a ser menos marcial, le permitiría acabar el viaje con el coxis de una pieza.

El final de la ruta llegó mucho antes de lo que pensaba. La presencia de un cartel que anunciaba la cercanía del pueblo de Bujaraloz encendió en su mente una luz de esperanza cuando reconoció el nombre como el del final de la ruta. Solo esperaba que no se demorase su escolta hasta la aeronave, en cuyo caso caerían cabezas.

Un coche con discretas insignias militares alemanas se ofrecía ante la entrada del pueblo junto a otro vehículo negro de marca y procedencia desconocida. El *hauptsturmführer* Weindorf dio la orden de parada del convoy y este se detuvo ante el coche alemán, casi tapado por sus ocupantes, que mantenían una impecable actitud de saludo desde el momento en que vieron aparecer la comitiva en lontananza.

Weindorf descendió del camión y saludó al que se presentó como *oberscharführer*

Glöckner, al mando de la expedición desde la desaparición del *SS-sturmbannführer* Helmuth Reinhardt. Decidió que indagaría sobre ese particular más tarde, una vez puesto al mando. Oyó una tos forzada tras él y giró su cabeza para buscar al que había osado carraspear tras todo un *hauptsturmführer*. Descubrió a un chico delgado y alto, embutido en un traje en extremo pomposo que le sonreía de una forma de lo más estúpida, como si precisase caer bien a todo el mundo. Intuyó que sería algún tipo de autoridad local que de alguna forma había supuesto que su presencia sería bienvenida cuando no lo era. El *oberscharführer* le confirmó discretamente que esa especie de maniquí era el nuevo alcalde del pueblo, elegido tras el inesperado suicidio del anterior. Según parece, el último apareció colgado de una viga de un corral cercano a su casa, con la lengua pendiendo de su boca como un resecó calcetín azulado y una carta destinada a su mujer que nunca llegó a ser leída por nadie. Ante tal bodevil, Weindorf decidió saludar sombríamente al nuevo regidor para no volver a hacerle caso en lo que le quedaba de vida e insistir en llegar cuanto antes a la causa de su estancia en ese perdido rincón del planeta. El *oberscharführer* sugirió a su nuevo superior ocupar un asiento privilegiado en su vehículo, mucho mejor preparado para afrontar las irregularidades del terreno y con algo más de comodidad que el recio y espartano camión. Weindorf no tardó en aceptar la invitación más tiempo que el que tardó en llevarse una mano enguantada a una dolorida nalga que pedía a gritos un transporte más cómodo.

Tras unos pocos kilómetros de marcha, el convoy que lideraba redujo la marcha casi hasta pararse para adentrarse en el grisáceo desierto que agazapado les llevaba acompañando; como esperando este momento para engullirlos. No pasaron mucho tiempo en movimiento hasta que de repente el conductor, callado hasta ese momento, decidió señalar un punto en el horizonte para indicar de una forma tan críptica como antirreglamentaria que allí se encontraba su destino. El *hauptsturmführer* supuso, fijando su monóculo en el cuello abierto de la camisa del conductor, que la falta de mando y disciplina había provocado su dejadez y tomó nota mental de arreglarle las cuentas a ese piojoso que se atrevía a tratar a su superior como si fuera su camarada cuartelero. Siendo consciente del error de protocolo de su conductor e intentando subsanarlo, el *oberscharführer* transmitió según las ordenanzas que estaban llegando a su destino. Algo más satisfecho por el nuevo informe, Weindorf intentó mirar entre el polvo del camino en la dirección que le indicaban, sin llegar a distinguir nada que no fuese la misma tediosa y cargante monotonía desértica. Se encogió de hombros, momento en el que le dejaron unos prismáticos.

Mirando a través de las lentes distinguió algo diferente en las lomas que se alzaban ante ellos. Se trataba de un gran objeto delante de la cual se movían figuras humanas, y un escalofrío de satisfacción recorrió su cuerpo al entender que, si bien no había llegado a su destino, no tardaría mucho en hacerlo.

Solo cuando el coche llegó a su destino y se detuvo ante la nave que debía poner en orden de marcha se dio cuenta del auténtico alcance de la misión de rescate que debía comandar. De repente tuvo la seguridad de que le habían asignado un servicio de suma importancia. Su sección de la SS, destinada a los proyectos personales de Himmler, había tenido varios, cada uno quizás más fantasioso que el anterior; pero todos ellos estaban basados en simples conjeturas o con el único respaldo de una leyenda con frecuencia poco conocida. Pero esto era real.

Sin articular palabra se bajó del coche y, absorto en la gran mole tapada por la lona que se erigía delante de él, se olvidó por primera vez en su vida de las ordenanzas y se quitó la gorra, dejando a la vista una calva blanquecina cruzada de lado a lado por un par de mechones de apelmazado pelo sudoroso. Mientas el *oberscharführer* Glöckner lo seguía de cerca, Weindorf se dirigía hacia el avión sin reparar en nada más. Tanto que cuando le intentaron presentar a Keith, emocionado por su introducción en el Tercer Reich, lo despachó con un despectivo además de su

mano al que Keith no prestó la menor atención, encantado de que un *SS-hauptsturmführer* de verdad le tratase del mismo modo que a sus subordinados reales. Se encontraba inmerso hasta las meninges en su papel nazi.

Weindorf no pudo reprimir una exclamación de sorpresa al entrar en la carpa que ocultaba el avión. La visión del avión negro levantado sobre sus largas patas y con un aspecto tan poco habitual le produjo tal fascinación que su monóculo se desprendió. Estuvo sus buenos cinco minutos boquiabierto, posando su mirada en la nave.

–Necesito ver el interior de ese avión *ahora* –ordenó al *oberscharführer* que había permanecido en la entrada de la carpa.

–¡A sus órdenes, *herr hauptsturmführer*! –aulló Keith Alsop entusiasmado–. Tengo el honor de declarar que es usted muy libre de acceder al avión como guste. Puede usted usar la escalera central que le llevará a su interior –extendió una mano obsequiosa hacia el avión.

No le agradó que ese tipo embutido en una especie de mono de trabajo ajustado le respondiera. Al fin y al cabo, esa era *su* misión y no tenía que pedir permiso a nadie. Avanzó hacia lo que le pareció un monstruo dormido hasta situarse bajo él, frente a la empinada escalera que le habían indicado. Miró hacia arriba esperando encontrar un robot extraterrestre como los que se veían en las películas americanas de ciencia ficción que solo unos pocos en Alemania podían visualizar, pero no había nada salvo lo que parecía una pequeña sala.

Temblando de emoción subió por la escalera. Una vez arriba se encontró con un único compartimento en el que se situaba en un extremo lo que parecía ser la cabina del aparato. Nunca había visto nada igual, y supo que si Alemania podía disponer de un avión como ese, sus enemigos morderían el polvo mucho antes de lo que los excelentes planes de guerra del *Führer* habían previsto. Sonrió mientras se dirigía a la cabina del ingenio.

–No se le ocurra tocar nada, amigo –le exhortó alguien tras él con el lenguaje más irrespetuoso que había oído en años. Se volvió como un león amenazado.

–¿Pero cómo se atreve?... –comenzó a chillar como un histérico, recurso que no solía fallar con aquellos que, igual que aquel que le interpelaba de aquella manera, demostraban haber perdido el deseo de vivir atreviéndose a hablarle en ese tono.

–No pierda el tiempo con amenazas, *herr hauptsturmführer* –respondió ese hombre que, saliendo de la zona trasera de la cabina, se dirigió a él sin ambages, como si estuviera convencido de que podría pasar por encima de todo un oficial de las SS–. No sé si se ha dado cuenta de que este avión es territorio estadounidense y yo soy la máxima autoridad en él.

–Pero... ¿Cómo se atreve? –redundó Weindorf buscando la pistola de su cartuchera con torpeza.

–No cometa una equivocación. Lo puedo dejar frito de un disparo antes de que respire –respondió Zach fríamente, sacando su arma de su funda en una fracción del tiempo que tardo Weindorf en quitar el seguro a la suya–, al igual que hice con su predecesor –añadió con una rabia que preocupó al *hauptsturmführer*. Parecía muy capaz de hacerlo aunque gritase pidiendo auxilio a sus hombres.

–¿Quién es usted? –acertó a preguntar el SS, suspicaz.

–Primero guarde el arma, *hauptsturm*. No somos enemigos.

El oficial, a regañadientes y valorando la situación, hizo lo que se le pedía.

–¿De verdad asesinó usted al *sturmbannführer* Reinhardt? –inquirió con visible hostilidad–. Si es así, debe entregarse y dejar que la justicia alemana siga su curso.

–Déjese de tonterías. Todos sus hombres son testigos de que mató a sangre fría a mi compañera para violarla –interrumpió con el amargo sabor de la bilis en la voz cuando tuvo que

recordar la escena—. Estaba profanando el cadáver de mi compañera. Lo maté como a un perro; y solo siento haber tardado tan poco en hacerlo.

Por un momento, Zach pudo ver algo parecido a un atisbo de sorpresa en la cara del oficial. No debían haberle informado de los detalles de lo sucedido allí y, con marcada desconfianza, guardaron ambos el arma.

—Mi nombre es Zach Schneider, *herr hauptsturmführer* —se acercó a él y adelantó una mano para saludarle, obviando adrede el protocolario saludo nazi. Había dejado de hacerle gracia—. Soy el capitán al mando de esta nave y el único que sabe cómo funciona y cómo hacerla volar. Debo recordarle que mi presencia aquí es consecuencia de una orden directa de Adolf Hitler; y que solo a él o a *herr* Albert Speer le debo cuentas. Su propósito aquí es organizar a sus hombres para que yo me lleve este avión de aquí cuanto antes. Nada más. Bajo esta tela mando yo, y cualquier duda que tenga deberá hacérsela saber a cualquiera de ellos —aclaró Zach antes de conminarle a bajar.

Puesto que ese impertinente capitán americano que hablaba alemán había decidido saltarse el protocolo, Weindorf no fue menos y, sin despedirse ni chocar sus tacones descendió hasta el suelo. Una vez en tierra, sacudió el uniforme y recompuso su orgullo para encarar la jornada lo antes posible. Al levantar la vista se encontró con el *oberscharführer* y ese extraño tipo sonriente que ahora supo que pertenecía al equipo del capitán Schneider. Unas cuantas cabezas se perfilaban curiosas por la entrada contra la luz del exterior.

—*Oberscharführer* Glöckner... ¿A qué está esperando para ponerse manos a la obra? —ladró su orden una vez recuperó la entereza. Estaba allí para eso—. Queda nombrado mi ayudante ¡Descargue los camiones! —hizo una pausa—. Si tiene alguna duda sobre la misión, puede consultarla con mi edecán, *unterscharführer* Bach.

Alegre por haber salvado su pellejo y mantener su mando, Alexander Glöckner salió como un cohete de la escena. Durante mucho tiempo creyó que, pudiendo ser hallado culpable y responsable de la muerte del sádico de Reinhardt, podría haber sido condenado a muerte solo por ser el siguiente en la cadena de mando; pero parecía que el nuevo comandante había renovado la confianza en él. No pensaba defraudarle y para mostrar la idoneidad de su nombramiento, puso a todo el personal a descargar camiones para dejar las planchas de acero perforado traídas desde Alemania apiladas en varios montones junto a la tienda de campaña que había sido levantada como centro de operaciones. El camión cisterna maniobró para apartarse hasta recibir órdenes.

El *hauptsturmführer* Weindorf procuraba enterarse de lo que se cocía en ese sitio tentando a Keith. Ya había notado que ese hombre era bastante más disciplinado y mucho más receptivo a los ideales alemanes que el adusto capitán Schneider, y entabló conversación con él para sonsacarle. Sabía dónde estaba su sitio y cuál era su misión exacta, aquella que el arisco capitán le había recordado a punta de pistola; pero la curiosidad que ese extraño avión despertaba en él era más fuerte que su estricto sentido castrense.

Hablando con él pudo saber que Keith Alsop era un civil americano, y que su responsabilidad en la misión era la de asegurarse que ese avión llegase entero a manos alemanas y la de impedir que Zach Schneider se desviase de su objetivo. A Weindorf le sorprendía que un civil estadounidense tuviera un sentimiento ario tan arraigado, aunque tuvo que reconocer que en realidad desconocía cómo eran los pensamientos de los americanos ante el nazismo. En cualquier caso, supo que tenía delante un valioso aliado a la hora de conseguir pilares para apuntalar su poder en esa misión que, de completarla, le llevaría a recibir una medalla. Estaba seguro. Tan solo tenía que darle cuerda a ese tal Keith que, según sus propias palabras, ardía en deseos de servir al *Führer*. Tras su jactanciosa afirmación, tuvo a bien explicarle que el capitán Schneider

no fue el mismo desde que aquel maldito *sturmbannführer* asesinó a su compañera.

Su conversación duró lo que tardó Zach en bajar del avión y exigir al *hauptsturmführer* la puesta en marcha inmediata del proceso de acondicionamiento del lugar para poder llevarse al avión. Recordó también a Keith que debía guardar la entrada al avión y denegar la entrada en él a cualquiera que no fuera expresamente autorizado por él.

Keith chocó sus tacones mientras que sus superiores se dirigían hacia los camiones, donde una nube de soldados había montado una cadena humana para trasladar las planchas hacia una zona frente a la carpa del avión.

Comunicando a Zach que antes que nada debía ser montado el equipo de radio para comunicar a Berlín el éxito de su misión, Weindorf llevó al capitán hasta su tienda particular. A Zach le pareció que entraba en un decorado de la película *Mogambo*, en el que detalles del más refinado lujo se encontraban en un entorno poco merecedor. Tenía incluso un camastro con tela mosquitera por encima, algo superfluo en ese lugar donde los mosquitos no eran el peor de los problemas. Una gran alfombra de tonos cálidos tapizaba el suelo de la tienda y en un rincón reposaba una radio de baquelita hacia la que Weindorf se dirigía con decisión.

Tan solo realizó una pequeña transmisión en la que, usando un aparatoso micrófono más digno del cantante de una *big band* que de un cuartel, declaró sin excesiva alharaca tener todo listo. Zach paseaba por la tienda, sin prestar excesiva atención al informe del nuevo comandante. Ahora que había llegado a su destino trayendo la desgracia, no le interesaban los enlaces de radio que le negaron hacía un par de días.

Tan solo se sintió vagamente interesado cuando la radio les emplazó a una nuevo contacto nocturno, cuando la actividad solar permitiese una mejor transmisión. En ella, Albert Speer hablaría con Zach.

La conversación no duró mucho más y, tras un pequeño gruñido de estática, Weindorf levantó un aparatoso interruptor que apagó la máquina con un latido grave en los altavoces.

—Ya ha oído. Parece que esta noche tendrá usted una comunicación con *herr* Speer. Supongo que le hará ilusión hablar con sus amigos de Berlín—escupió el *hauptsturmführer* de una manera que Zach no supo muy bien cómo interpretar. En cualquier caso, lo dejó ir. No tenía ganas de perder el tiempo con semejante tontería y prefirió abandonar la tienda para ponerse enseguida manos a la obra. Con cierta desgana, el *hauptsturmführer* salió de su tienda tras Zach y en poco tiempo le explicó que habían traído planchas de acero para tapizar una superficie de algo más de dos mil metros de largo por sesenta de ancho, más diez toneladas de combustible fabricado bajo sus especificaciones. Zach asintió. Una pista y combustible era todo lo que le hacía falta para salir de allí. Pese a su parca respuesta, se sentía sorprendido por la rapidez con la que todo se había resuelto. Speer era un magnífico organizador, pues no solo había estado centrado en su proyecto, sino que al mismo tiempo tendría que haberse ocupado de los suyos propios.

Terminó muy pronto con el estirado *hauptsturmführer*. Sin dudarle un instante, se despojó de su camisa y tras coger una azada se aproximó a la zona en la que varios muchachos estaban allanando la superficie del desierto para colocar las planchas de acero que habrían de servir como pista de despegue. Sabían que tenía grado de capitán porque Keith se había encargado de que todos lo supieran y, aunque muchos de ellos no habían visto jamás a un oficial descamisado trabajando con el ahínco que demostraba Zach, en seguida contagió a los demás su febril forma de trabajar. Salvo Keith, que acarreaba planchas de acero y las unía a las ya colocadas, nadie sabía que en realidad Zach estaba eliminando sus miedos y afianzando sus creencias por medio del trabajo.

Al cabo de un rato ya estaba sudando bajo el sol. Grandes goterones de sudor caían por su

frente, yendo a parar a la tierra donde, levantando imperceptibles nubes de polvo, eran inmediatamente absorbidos por el yermo suelo. Pasadas un par de horas oyó cómo lo llamaban con vehemencia.

–¡Capitán Schneider! –la voz era la de Weindorf, quizás el más sorprendido de toda la expedición de verlo trabajando como un vulgar obrero–. ¡Su amigo Speer quiere hablar con usted! ¿Es que se le ha olvidado?

El nazi pensaba que si eso era el proceder de un oficial americano, quizás su ejército no fuera todo lo potente que se le suponía. Podía ser que debido a ese incidente con su compañera, que incluso le hizo confesar su terrible crimen, actuase como nunca debe hacer un superior. Hubiera preferido la de un auténtico alemán intachablemente entregado a la causa, parecida a la de su adorable y fornido compañero Keith, al que cada vez veía con mejores ojos.

Dejó a un lado la azada y se dirigió hacia donde se encontraba Weindorf. Ni tan siquiera se preocupó de adecentarse, y esperaba que no le importase al *hauptsturmführer* que entrase sudando en su tienda. Se equivocaba. La expresión de Weindorf no daba lugar a dudas, como tampoco la daba la de su edecán, el afeminado ordenanza que salía de la tienda cuando Zach entraba.

–No creo que sea propio de un oficial de ningún ejército mezclarse con la clase de tropa en ese tipo de trabajos –manifestó Weindorf a través de su monóculo.

–Yo lo veo de otra forma, *hauptsturmführer*. Cualquier ayuda es buena para salir de aquí cuanto antes.

La conversación con Speer fue tan monótona como las anteriores. En ella el arquitecto le expresaba su satisfacción por comunicarle que todo estaba organizado para su partida al día siguiente. La alegría que tal afirmación produjo en Zach se truncó enseguida, cuando Speer solicitó una conversación entre ellos, sin testigos.

–Lo siento, *herr* Speer –contestó Weindorf tras arrebatarse apresuradamente el micrófono de manos de Zach–. Debería usted saber que no suelo recibir órdenes de civiles.

Pese a lo descortés de la respuesta, los tres supieron que tenía razón. Sus órdenes eran sacar de allí el avión y darle escolta hasta un determinado aeródromo en Alemania, y cualquier otra orden de Speer, aunque todos supieran que era quien mandaba en la operación, debía pasar por la omnipotente burocracia militar alemana. Solo Adolf Hitler y un par de altos cargos nazis estaban por encima de ella.

Speer pasó entonces a notificar con displicencia que había coordinado con la escolta en Sariñena que el día siguiente a primera hora sobrevolarían su posición para que él, que debía estar listo, se uniese a ellos para ser acompañado hasta un campo de vuelo en territorio alemán, dónde se había acondicionado un hangar para el estudio de la aeronave. Añadió, como dato personal, que Anselm Franz esperaba ver allí el avión y que él haría lo posible y lo imposible por estar con ellos a su llegada, aunque no le prometía nada.

Aunque no lo manifestó, Zach agradeció las palabras del arquitecto en esos momentos en los que su fe en la misión flaqueaba al mismo nivel que decrecía su confianza en la raza humana.

Con ese pensamiento, Zach se despidió de Speer. El arquitecto, a su vez, deseó lo mejor al capitán antes de pasar de nuevo el peso de la conversación a su asesor, que tomaría nota de los últimos avances en la misión y de las estimaciones de su término que le facilitaría Weindorf para coordinar con máxima precisión la salida del avión con el servicio de escolta de los cazabombarderos de Sariñena.

Con el *hauptsturmführer* dando datos por la radio y sin apenas emitir un ronco sonido a modo de despedida, Zach salió de la tienda. El sol del desierto le hizo daño en los ojos y,

haciendo visera con sus manos, se dirigió hacia el tramo ya construido. Se dispuso a quitar su grano de arena del desierto para poner rumbo a Alemania cuanto antes.

Trabajó como el que más hasta que la luz ambiental obligó a suspender la tarea. Levantó la cabeza hasta un cielo que el sol, levemente bajo el horizonte, teñía de un vivo color violeta que viraba al naranja en el punto donde se había escondido el astro rey. Zach se dirigió indolente hacia la carpa del avión en la que Keith montaba guardia. Antes de ingresar en la carpa giró la cabeza para ver un par de nubes solitarias se encendían incandescentes con el contacto de los últimos rayos del sol contra el límpido cielo amoratado. Deseaba algo de acción. Y pronto.

Allí, en el reinado del Northrop, Keith se afanaba en servir su parte del rancho cuartelero que le habían facilitado desde la cocina de campaña alemana. Habían cerrado la entrada a la carpa y, aunque sabían que el destacamento alemán se preocupaba de hacer las guardias, no quitaban ojo a la pantalla del pequeño radar de tierra, con un alcance mucho mayor que la vista de los soldados en la noche cerrada que comenzaba a caer sobre el campamento. Keith intentó hacer bromas sobre el cambio que suponía en su vida como pareja el reemplazar la televisión por cable por una pantalla de radar. Sabía que en el fondo, Zach agradecía ese tipo de ironías que solo podía tener con él porque parte de su soledad radicaba en que nadie en ese mundo sabía lo que era la televisión por cable. Tal complicidad tenía la particularidad de evitarles caer en el olvido de su mundo y de mantener de lado la locura de comprender que la vida que habían conocido no volvería jamás. Hablar de hechos que todavía no habían tenido lugar los ponía en su sitio, pero Zach ya no estaba para bromas.

–Te mueres de ganas de ir con ellos, ¿verdad? –inquirió Zach si tan siquiera mirar a Keith.

–Espero que no te moleste, Zach. Llevo encerrado bajo esta lona desde hace demasiado tiempo, y estar con auténticos SS es parte de mis sueños.

–Pues vete. No te prives –Zach le miró, transmitiendo un cansancio mental que sorprendió a Keith–. Yo me quedaré aquí viendo *la tele*.

–Si eres capaz de aceptar un consejo, deberías descansar. Mañana va a ser un día muy intenso y deberías estar en la mejor de las condiciones –se levantó del fardo que hacía las veces de sofá mientras se dirigía a la puerta. Antes de recorrerla se volvió hacia Zach–. Vinimos dos personas contigo para evitar que la pérdida de una diera al traste con el proyecto, Zach. Diane se ha ido y no volverá, pese a que tenemos una máquina del tiempo. Saltar al pasado provocaría una paradoja de consecuencias imprevisibles.

Era cierto que había pensado usar la máquina del tiempo en su beneficio para evitar la muerte de Diane, pero no había caído en que aunque podría retroceder, no disponía de tiempo para intercalar sus nuevas acciones con las que ya había llevado a cabo.

–No te tortures y descansa. Te necesitamos –concluyó Keith antes de salir a respirar el frío aire nocturno, que generó una nube de vaho al pronunciar sus palabras.

Zach quedó solo dentro del área del avión, mirando en la pantalla de radar cómo el eco que debía ser Keith se reunía con los otros puntos que representaban los demás agentes de guardia y se levantó de un salto, enfadado. El maldito tenía razón. No ganaría nada maldiciendo su mala suerte cuando en realidad era un afortunado que se encontraba en disposición de cambiar el mundo a mejor. Un mundo donde desalmados no lo tuvieran fácil para cometer sus tropelías sin tener que responder de sus acciones, sin importar que sean hijos de políticos judíos u oficiales de las SS. Con tales pensamientos decidió que aceptaría su destino, pero que eso tendría que esperar al día siguiente. Por lo pronto debía descansar y se tumbó en el cuarto de estar hasta que el sueño pudo con él.

Se despertó tras un sueño reparador. No tardó en reconocer dónde y bajo qué

circunstancias se encontraba. En el exterior, con el sol calentando la lona, se adivinaba una frenética actividad y se esforzó en mantener una actitud positiva, como había sugerido Keith la noche anterior.

Iría a ver al *hauptsturmführer* para ofrecerle sus disculpas y su colaboración, y con ese fin recorrió la cremallera de entrada, esperando instintivamente el dolor que la luz del sol infligiría a sus todavía dormidas pupilas. Sin embargo, una vez pudo abrir los párpados y mirar el paisaje, llegó a la conclusión de que sería un buen día, al fin y al cabo.

Decenas de soldados alemanes, entre los que pudo reconocer a un hacendoso Keith Alsop, iban trasladando las últimas planchas de acero para ensamblarlas en el terreno ya despejado.

Al verlo de pie frente a la carpa, un grupo de soldados dirigidos por Keith se dirigió hasta el avión con la intención de desmontar el campamento que se había construido bajo él. La hora había llegado y Zach desapareció en el interior del avión para comenzar el trabajo que devolvería la vida a su máquina.

Desde la cabina pudo ver cómo retiraban la lona que tan buen servicio había prestado. El Northrop B-2 veía la luz del sol por primera vez desde que llegó a este tiempo, libre sobre la llanura desértica, como oteando un horizonte que la lona le había negado desde que llegaron. Zach, vestido de nuevo con el uniforme americano, se descubrió en la cabina de su avión echando de menos el vuelo y sus sensaciones. Se obligó a recordar que una vez todo hubiera acabado, quizás como pago por sus servicios podría pedir retirarse de la vida pública y dedicarse a volar y enseñar a otros a hacerlo. Tuvo que desechar la idea cuando cayó en la cuenta de que estaban en guerra, y que las únicas escuelas de vuelo eran las que necesitaban carne de cañón para alimentar la insaciable maquinaria militar.

Sentado frente al cockpit pudo ver cómo se acercaba el *hauptsturmführer* Weindorf mientras que tras él, unos pocos zapadores ultimaban los detalles para dejar la pista operativa, recorriéndola de un extremo al otro en busca de la más mínima irregularidad para eliminarla. El resto del contingente contemplaba el avión como si su altivez fuera consecuencia de su trabajo. En cierta forma, así había sido.

Zach descendió a tierra para notificar a Keith que estaba todo listo y este pidió que desde la tienda de mando se enviase la señal convenida al campo de vuelo de Sariñena para que los pilotos pusieran sus monturas a punto para realizar un despegue inmediato en cuanto les fuera transmitida la orden. Mientras Zach, sentado sobre una rueda del tren principal calculaba el combustible a cargar, en un aeródromo unos diez kilómetros al noreste, pilotos de caza se prepararon enseguida para el vuelo en servicio de escolta.

Zach decidió cargar todo el combustible posible y así se lo comunicó al camión mientras él quitaría el maldito deflector del tren delantero. Ya no sería necesario. Oyó pasos tras él y volvió la cabeza para ver a Weindorf que se le acercaba con gesto flemático.

—Yo tengo otra misión que cumplir, ordenada por mis superiores —respondió nada más llegar junto a Zach. Parecía haber macerado la respuesta hasta soltarla—. Mi jefe, el *reichsführer* Heinrich Himmler me ha ordenado, a petición de Hermann Göring y previa consulta y aprobación de Adolf Hitler, que permanezca a bordo de la nave. Considérela como una muestra de buena voluntad hacia el pueblo alemán, último destinatario, según sus palabras, de este avión —se deleitó en la cara de sorpresa de Zach antes de soltar su última y demoledora baza—. Puede usted comprobarlo por sí mismo si lo desea. La radio de mi tienda está a su disposición si desea consultar la orden con su amigo arquitecto.

Lo último que quería era al cargante oficial a bordo, pero ni quería demorar más la salida ni perderse en la burocracia alemana. El rostro de Weindorf ostentaba una seguridad de la que no

cabía duda.

–Está bien. No hay problema –contestó Zach, intentando no darle la satisfacción de verle contrariado. Sin embargo, otorgó a su expresión el tono más solemne que pudo imprimir–. Pero debe tener claro que en mi avión mando yo. Usted es un mero espectador.

Weindorf asintió en silencio, esperando algún problema en lugar de una sumisa aceptación de las condiciones. Zach aprovechó la momentánea docilidad del *hauptsturmführer* y llamó al *oberscharführer* Glöckner para darle las normas que la tropa debían observar en tierra.

Cuando le comunicaron el fin de la carga de combustible, dirigió la mirada al cielo para que el suave viento le diera en la cara y así poder decidir por dónde despegaría. Anunció a Glöckner que una vez puestos los motores en marcha, se dirigiría a la cabecera que se encontraba a la izquierda del avión, donde esperaba la formación de escolta para despegar y poder así unirse a ellos. Una vez se cercioró de que el *oberscharführer* había entendido las órdenes, se introdujo en el avión para poner en marcha la rutina que los llevaría al aire, su elemento natural.

En tierra, el plan de Speer seguía su curso. El resto de material que habían traído era considerado fungible e iría a parar a una gran pira que eliminaría cualquier rastro de ellos. Zach pudo enterarse de que una vez ellos se fueran al aire, desmontarían la pista para volver a cargar las planchas en los dos camiones que las trajeron, mientras que el soporte vital de las tropas sería desmantelado. Una vez estuviera todo cargado y recogidos los residuos de la operación que el fuego no hubiera podido consumir, esparcirían las cenizas con rastrillos por la planicie que había ocupado la pista. Antes de que se les echase la noche encima debían haber dejado la zona como si allí no se hubiera escrito una de las páginas más importantes de la historia del siglo XX; donde la tecnología de la era espacial se había encontrado con el despuntar de la era de la electrónica para amplificarla hasta niveles que nunca antes habría sido conocidos. El mundo jamás habría conocido un crecimiento tecnológico similar desde el descubrimiento de la rueda.

Tras comprobar que todo iba bien, se asomó por la trampilla ventral para encontrarse con la mirada de perro pedigüeño de Weindorf, que continuaba de pie junto al tren principal, esperando que le dejaran subir a bordo. Era un tipo bastante extraño. A veces se comportaba como un auténtico oficial prusiano, capaz de guiar y de mandar a sus hombres hasta el infierno si fuera necesario; pero otras veces parecía un pelele inseguro que era incapaz de abrocharse un botón si no le decían cómo debía hacerlo. No sabía a cuál de los diferentes Weindorf quería a bordo.

–¿Está la escolta en disposición de volar? –preguntó Zach al *oberscharführer* Glöckner, el cual declaró con algo de orgullo que le habían confirmado por radio que estaban listos para volar hasta donde se encontraban. Harían una pasada por la pista para que pudiera verlos y unirse a ellos.

Zach tomó aire. Ahora estaba todo en marcha.

–Está bien, *oberscharführer*. Nosotros estaremos listos en muy poco –comunicó solemnemente.

Glöckner chocó sus tacones, sin saber muy bien cómo responder a un extraño uniforme azul con bandera americana. Mientras el *oberscharführer* se dirigía a las tropas que quedaban en tierra, Zach ordenó subir a sus dos pasajeros al *Spirit* mientras él hacía una última inspección del mismo. Esta vez se alegraba de poder hacerla él en vez del habitual segundo piloto porque lo que necesitaba era estar a solas con su montura. Cuando la completó, lanzó un gesto de conformidad a los espectadores y, sin más, subió al avión por la escalera ventral para cerrarla tras él.

Una puso el cinturón a Weindorf, boquiabierto por cuanto se desarrollaba a su alrededor, se dispuso a iniciar la rutina del vuelo. Con la misma determinación con la que un bebé se lanza a

andar comenzó Zach la secuencia de puesta en marcha de los motores. Una vez acabado el proceso, una atmósfera de relajación saturó la cabina, traída por el zumbido de las turbinas. Tras Zach y Keith, sentados en los asientos del cockpit, el *hauptsturmführer* Weindorf ocupaba la butaca de descanso, sin poder articular palabra. Esta vez, Zach no lo achacó a su lado lánguido, sino a que tan solo se encontraba sobrecargado de sensaciones en un mundo donde los motores a reacción no existían salvo en la mente de algunos pocos ingenieros... Y de Zach.

El primer problema se le presentó cuando intentó sintonizar la torre de control. No solo no tenía torre, sino que de tenerla, desconocía la frecuencia de radio para comunicarse con ella. De hecho, no podía comunicarse con nadie por radio. Por un momento se planteó abortar la operación, pero al final decidió que, si la misión era transportar el avión hasta tierra alemana, el silencio de radio por su parte no era el peor de los problemas que pudieran presentarse. Tenía una escolta que podría responder por él y la seguridad de que no serían tomados por enemigos.

Sin encomendarse ni a dios ni al diablo, soltó los frenos del avión y este, aún con los motores al ralentí, comenzó a moverse muy despacio sobre las rocas del desierto. Experimentaba una comprensible satisfacción por perder de vista para siempre el escenario de la muerte de Diane.

Tuvo especial cuidado en salvar la transición entre el suelo del desierto y la pista, el único punto débil de toda la construcción. Se puso especial interés en hacerla lo más fácil posible porque, de haber sido demasiado abrupta, el avión podía no haberla superado jamás. La estructura del tren podía correr a cientos de kilómetros por hora y los motores podían impulsarlo a velocidades que eran impensables en ese mundo, pero no podía subir escalones.

Los zapadores se habían esmerado en su trabajo, y el avión hizo la transición del pedregal al acero como si nada. Una vez se encontró sobre las planchas, Zach notó cómo el avión dejó de trepidar y avanzaba con mayor facilidad mientras viraba buscando la cabecera. Mentalmente, Zach repetía listas de chequeos que en condiciones normales debía haber hecho con su segundo pero que ahora no tenía más remedio que hacer él solo. No tuvo especial prisa en llegar al final de la pista sabiendo que allí todavía debería esperar la llegada de los cazas. Una vez llegó a la cabecera, giró con cuidado. Pese a que con muy buen juicio se había ensanchado la pista en sus extremos, a su criterio no se había hecho con suficiente amplitud y temía irse al campo. De salirse de la pista, sería muy difícil volver a subir al aparato hasta allí.

Consiguió alinear el avión con la pista y lo detuvo para esperar la escolta. Desde la cabecera podía ver cuán larga era. Habían hecho un buen trabajo con ella. Presentaba altibajos, pero no mucho mayores que cualquier pista construida con mejores medios. Repasó una vez más las velocidades a las que debía irse al aire y, mientras esperaba, sintonizó en su radio unas cuantas frecuencias conocidas. El silencio de radio seguía siendo tan intenso como el que había cuando el avión estaba apagado. Le explicaba la situación a sus compañeros de viaje cuando un ruido ensordecedor les embistió desde detrás. La escolta había llegado y les sobrevolaron a baja cota para dividirse a continuación en dos grupos que rompieron a derecha e izquierda de la pista para volver a situarse tras él. El momento había llegado. Con mano firme y sin esperar confirmación, pisó ambos pedales para frenar el avión mientras empujaba hacia delante las palancas de gases, de manera que el avión quedaba quieto mientras los motores aceleraban. No quiso mirar hacia atrás, pero supuso que el *hauptsturmführer* debía estar asustado en su asiento. Cuando los motores alcanzaron su régimen máximo, soltó ambos pedales para liberar los frenos. El avión salió catapultado hacia delante con rabia mientras los parámetros de motor y de velocidad aumentaban en las pantallas. El traqueteo que sacudía el avión aumentó mientras ganaba velocidad y lo que parecía una pista firme sobre el terreno se convirtió en un camino de cabras

según se acercaban a los cien nudos de velocidad y subiendo. El final de la pista se les aproximaba vertiginosamente pero, en cuanto alcanzaron la velocidad de rotación, Zach tiró de la palanca de control. El avión levantó dócilmente el morro y se fue al aire sin saber que ya estaba reescribiendo la historia.

Una vez en el aire, desapareció la vibración que se les había hecho tan eterna como preocupante. Zach levantó la palanca que accionaba la subida del tren y, tras el ruido que indicaba que el tren se estaba plegando, este quedó guardado y bloqueado.

Siguió volando en rumbo de pista, esperando que la escolta se situase a ambos lados. Detrás de él, en tierra, el contingente que había quedado observaba boquiabierto cómo se alejaba la silueta del avión. Nunca habían visto nada igual y todos ellos morirían sin verlo. Esperaban una orden para desmontar la pista y dejarlo todo como estaba. Si había algún problema en el despegue, el avión procedería al aeródromo de Sariñena, por lo que la pista que habían construido a base de tanto sudor ya no tenía razón de ser.

Desde el cockpit pudieron ver los rostros de admiración de los pilotos de los grises bimotores de escolta que aparecieron enseguida a ambos lados, tan cerca del avión que Zach pudo observar cómo uno de ellos, que debía de ser el líder de la formación, hablaba por el prehistórico micrófono acoplado al casco de vuelo de cuero marrón.

El líder de formación, a escasos metros a la derecha del morro de su aparato, le hacía señas ostensibles de que había algún fallo en las comunicaciones, tocándose el auricular con su mano derecha en gesto interrogativo mientras articulaba a saber qué palabras por el micrófono. Zach repitió el gesto, solo que para indicar que no recibía transmisión alguna señaló unos auriculares tan diminutos que el piloto de escolta no pudo verlos. Pese a todo, el gesto era lo suficiente elocuente como para no dar lugar a dudas sobre el problema de recepción del fantasmal avión. El piloto, dándose por enterado, sugirió mediante mímica que les siguiera. La petición era clara. Debía seguirlos hasta su destino, lo que significaba que debería hacer volar el avión a mano, sin hacer uso del piloto automático.

Para dar a conocer visualmente que había copiado sus intenciones, hizo alabear el avión hasta que el líder de la escolta asintió repitiendo el gesto y mostrando visible una amplia sonrisa bajo la máscara de vuelo. Transmitió órdenes a sus compañeros y al poco tiempo, la escolta coordinó un viraje a la derecha. Zach fue con su avión tras ellos mientras ascendían hacia el cielo que ese día parecía especialmente claro.

Sentado en su avión y estabilizado el vuelo a una altura de 31.000 pies mientras dejaba atrás la península ibérica, Zach llegaba a la conclusión de que a falta de comunicación con su escolta, no se había coordinado una acción defensiva en caso de verse en problemas. Él lo tenía muy claro: en caso de ataque, subiría hasta 50.000 pies lo más rápido posible hasta dejar atrás sus perseguidores. Pero para eso primero debía verlos. Si era atacado por sorpresa, podía ser derribado y, aunque su escolta quizás viera el peligro antes que él, no podían comunicárselo. En previsión de problemas, sugirió a sus acompañantes no quitar la vista de su escolta. Al más mínimo problema, se lanzaría a un ascenso vertiginoso. Ya se preocuparía más tarde de aterrizar en cualquier sitio. Tenía combustible a bordo para ir y volver a Berlín.

La escolta no les quitaba ojo. Les habían dicho que debían escoltar un nuevo tipo de aeronave, pero jamás hubieran imaginado que su servicio fuera para un avión tan extraño como ese: sin motores, sin deriva, sin alerones, sin fuselaje... Tan atractivo que no le costaría esfuerzo derrotar a sus enemigos con tan solo su imponente presencia.

El vuelo transcurrió sin incidencias significativas. Pese a no disponer de puntos externos de referencia, el preciso sistema de navegación inercial del avión les mantenía informados de su

posición. La base de datos del avión, presciente, les informaba sobre un mapa de la situación de aeropuertos cercanos que posiblemente ni tan siquiera estuvieran en proyecto mientras Zach, mandos sujetos con fuerza, no dejaba de mirar parámetros de vuelo. Temía que el combustible tuviera impurezas o elementos extraños que causasen fallo de motor. En casos como ese era cuando más se alegraba de tener cuatro de ellos.

Habían bordeado la costa sur francesa hasta llegar a Italia, momento en el cual viraron hacia el norte buscando Suiza tras dejar atrás el punto que el B-2 identificaba como el aeropuerto de Niza. Atravesaron el espacio aéreo suizo en seguida y se adentraron por derecho en territorio alemán, con un aire que a Zach le pareció triunfal, como acompañando una obra de Wagner.

Según avanzaban hacia el corazón de Alemania, de repente los cazas se abrieron, como indicando un viraje. Pero esta vez, en lugar de cambiar el rumbo, descendieron deprisa en un principio para comunicar sus intenciones, pero más suavemente una vez Zach las entendió. Puso al B-2 en una tranquila actitud de descenso para dejar que la escolta que actuaba de guía se colocase formando una flecha delante de ellos y a sus lados, indicando el camino a seguir. Se dio cuenta de que se preparaban para enfilarse la pista de aterrizaje que los sistemas del avión no podían localizar, tras volver a virar a la derecha a una altura que le hizo suponer que se encontraba en el tramo final de la aproximación a algún desconocido aeródromo. Zach escrutaba con interés el horizonte frente a ellos, buscando algún tipo de luces que le ayudasen a localizar la pista mientras seguían descendiendo. Como no la viera pronto, debería frustrar el aterrizaje. El radar del aparato le indicaba que no había cerca formaciones montañosas que pusieran en peligro la operación. Pero en el momento en el que, mano en la palanca de gases, se dispuso a realizar la maniobra de motor y al aire, pudo ver el umbral de una pista en la que se veía con dificultad su indicativo. Al no tener luz alguna que le indicase su presencia, supuso que el aeródromo debía ser secreto y por eso no tenía nada que pudiese llamar la atención.

—¡Ahí! —exclamó su circunstancial copiloto cuando pudo ver la pista, señalando sobre el cockpit el umbral que parecía dirigirse hacia ellos, dándoles la bienvenida al Tercer Reich.

En el momento en el que Keith vio la cabecera, la escolta rompió hacia ambos lados y hacia arriba, dejándolo solo para completar la maniobra. Sabiéndose libre de acompañantes, Zach sostuvo su avión a la misma altura para sobrevolar la pista y examinarla a consciencia. Parecía tener una longitud y un firme adecuado para su avión. Mientras hacía una pasada baja, pudo ver a su izquierda varios hangares de gran tamaño y barracones. Speer había hecho, una vez más, un buen trabajo al llevarle hasta un aeropuerto con buenas infraestructuras.

Suponiendo que la escolta se había retirado a un sitio donde no entorpeciese la maniobra, rompió a la derecha para iniciar un circuito con el campo a la vista, esta vez para toma final. Supuso que en tierra, numerosos ojos estarían ahora mismo pendientes de su avión, entre ellos los de Albert Speer. Comprobando que sus acompañantes estaban asegurados para la maniobra, inició un abrupto descenso atacando la cabecera 08 que había visto antes mientras, virando de nuevo a su derecha, desplegaba el tren de aterrizaje. Puesto que bajo la capa de nubes tenía buena visibilidad decidió no encender las luces de aterrizaje que pudieran delatar su posición. Estabilizó su nave a pocos metros sobre la cabecera y tomó tierra alemana con suavidad por primera vez en su vida. Recorrió la pista entera, buscando un punto por el que poder abandonarla y dirigirse a la plataforma a su izquierda que parecía ser la principal. Suponía a las autoridades aeroportuarias al corriente de su problema de comunicaciones y abandonó la pista por la última rodadura, donde un numeroso grupo de uniformes desde la plataforma de gala indicaban que era la dirección correcta. El avión se acercó al nutrido comité de bienvenida, buscando Zach a Speer con la mirada sin encontrarlo. Un par de operarios le guiaba desde tierra con palas luminosas

hacia un puesto amplio en la plataforma, y Zach guió su avión hasta donde le indicaban. Una vez en el que suponía era su sitio, encendió el motor de potencia auxiliar y apagó los motores. Desde su posición podía ver a su escolta tomar tierra y dirigirse hacia una posición más apartada.

Mientras desanclaba a Weindorf, Keith, nervioso por la inminente puesta de largo en su misión, intentaba arreglar su imagen en el escaso reflejo que le ofrecían las ventanas de la cabina. Zach no tenía especial intención de adecentarse, sino que se limitó a bajar la escalera ventral y descender por ella, seguido de sus dos pasajeros. En el momento en el que pisaron tierra, el comité de bienvenida les ofreció, sincronizados en su respuesta, un impecable saludo nazi al que inmediatamente respondieron Keith y Weindorf. Zach se limitó a levantar la mano derecha mostrando su palma hacia los que le esperaban, entre los que destacaba una figura oronda embutida en un traje azul cielo con excesivos oropeles.

–Zach ¿Has visto? –preguntó Keith en voz baja al pasar junto a quien todavía era su capitán–. Ese del traje celeste... ¡Es Hermann Göring! ¡El de verdad!

Asintió. Sabía por lo que estaba pasando Keith. Él ya se había dado cuenta de que lo que vivía era real, y no un desfile de locos nostálgicos. Era evidente que el *feldmarschall* llevaba la voz cantante en el comité de bienvenida, puesto que los demás seguían su gesto. Cuando bajó el brazo para terminar su saludo, todos los demás lo hicieron, sincronizando sus movimientos como un solo hombre.

Mientras tanto, Zach seguía buscando algún rostro conocido entre las aproximadamente veinte personas que los habían recibido. No vio por ningún lado ni a Speer ni a Anselm Franz, lo que le produjo una visible desazón cuando comprobó que aquel comité era de naturaleza política. Eran solo algunos grandes cargos que, movidos por la curiosidad, se habían desplazado hasta ese aeródromo para ver el avión. Las cruces de hierro en los uniformes de los que los recibían emitían destellos con tal intensidad que podía haber aterrizado usándolos como ayuda, pero no parecía haber nadie con formación técnica. Los ingenieros no suelen recibir condecoraciones.

El *hauptsturmführer* Weindorf tomó las riendas de la reunión, adelantándose a ellos y presentándose ampulosamente ante el *feldmarschall*. Este lo miraba por encima del hombro, prestando ahora excesiva atención a los dos extraños que le acompañaban. Una sonrisa boba de insolente confianza en sí mismo ocupaba su rostro redondo, mientras con sus rechonchas manos se acariciaba una panza que debía costar buen trabajo mantener. A Zach le parecía inverosímil que ese hombre fuera uno de los ases de la aviación alemana de la Primera Guerra Mundial, llegando a formar parte de la escuadrilla de Manfred Von Richthofen, más conocido como *Barón Rojo* por el color de su triplano Fokker. De lo que estaba seguro que parecía era un ejemplo de cómo pueden echarse a perder los cuerpos cuando se les otorga un poder desmesurado. Como era de esperar, a Keith el encuentro con una leyenda del nazismo le hizo mucha mayor ilusión que a él. Zach, en ese momento que se suponía que era de los más importantes en su misión, solo pensaba en que quizás la organización de Bifrost debía haber enviado con él a alguien menos influenciado para el papel de comisario político. Emitió un velado suspiro cuando entendió que en un principio, la sensatez de Diane había servido de contrapunto a su impulsiva actitud; y ahora que ella no estaba, daba rienda suelta a sus sentimientos.

El mismo Hermann Göring que con su presencia había dejado boquiabierto a Keith, le pareció a Zach como un niño maleducado, acostumbrado a que no se le negase nada. No solo no presentó al resto del comité, sino que dirigiéndose al avión, supuso que iba a campar por él a sus anchas. Zach valoró sus opciones y decidió dejarle hacer, con la esperanza de que se fuera cuanto antes. Además, si le dejaba seguir podía evitarse un engorroso y tedioso protocolo si debía presentar a todo el mundo. Con ese pensamiento, hizo lo posible por parecer un buen anfitrión;

aunque para ello tuviera que seguir servilmente al *feldmarschall*.

Volvió a subir al avión para ver la cara de sorpresa que Göring se empeñaba en disimular. Parecía querer transmitir la impresión de que estaba muy por encima de sorpresas, y que no había nada en este mundo ni fuera de él que pudiera sorprenderle; como si fuera una persona muy viajada que hubiera visto de todo en su interesante vida. Zach esperaba que ese diletantismo le garantizase una corta visita.

Solo tuvo que encender el cockpit para que el rostro de Göring se iluminase con la misma intensidad que las pantallas de datos del avión. Ahora no podía aparentar indiferencia cuando sus ojos se abrieron hasta adquirir el diámetro del fondo de una sartén a la vista de la cabina del avión repleta de luces de colores. Junto con su recién adquirida apariencia de humanidad, afloró su alma de aviador y se dispuso a sentarse en el avión. Una vez aposentado en el asiento de la izquierda, observó con ojo experto alguno de los instrumentos que conocía mientras los acariciaba con su mano enguantada. Pese a que se habían digitalizado, todavía podía reconocer algunos instrumentos que se usaban en caso de emergencia.

–¡La palanca! –exclamó Göring, alborozado como un niño señalando la palanca de retracción del tren. En realidad, el diseño de esta no había variado sustancialmente desde los comienzos de la aviación. Incluso, como hace tanto tiempo, se remataba con una pequeña rueda para recordar a los pilotos su función. El reconocimiento de la palanca, de alguna forma trajo de vuelta al *feldmarschall* a la situación mientras sacaba un papel doblado con esmero del bolsillo de su guerrera–. Seré muy franco, señor Schneider –Zach se sorprendió de que supiera su nombre–. Tengo orden directa de Adolf Hitler para probar este avión. Puede usted comprobarla. Tenemos a su disposición combustible de sobra como para hacer volar este avión de nuevo y mientras repostada puede usted comer algo abajo, con mis ayudantes. Dado que el *Führer*, por seguridad, no puede ir a bordo, desea conocer de mi mano si es verdad lo que usted aseguró sobre la operación de este avión. Según tengo entendido, lo que usted mencionó era que este avión podía volar de una manera segura sobre Londres y volver sin un rasguño. He sido designado para realizar con usted un vuelo de ida y vuelta hasta Londres.

Zach reprimió un escalofrío. Lo que había asegurado era que podría hacer eso mientras dejaba caer una bomba de tal potencia que borraría a Londres del mapa.

–Me temo, querido amigo, que no tiene usted elección –cloqueó Göring, mostrando una sonrisa falsa que indicaba que lo que le estaba dando era lo que llevaba tanto tiempo pidiéndoles: la posibilidad de colaborar con ellos. De algún modo, Zach percibió que ahora, con el avión en poder de los alemanes, su papel era más prescindible que hacía un par de días.

–¿Y tiene que ser ahora?

–Prendemos estar de vuelta en casa para la hora de la cena –agarró del hombro a Zach, confidencialmente–. No querrá usted conocer a mi encantadora esposa. Se pone como una fiera cuando llego tarde a la mesa –le guiñó un ojo.

Sonrió la broma, intentando no parecer descortés, tras lo cual asintió y pidió reabastecer la nave de combustible. Trataría de solucionar algunos problemas mientras llegaba la cuba. El primero de ellos, era desconocer las reglas del aire en la época en la que estaba. Para ello, solicitó a Göring que les acompañase un aviador experto.

–Querido amigo... ¡Lo tiene usted a bordo! –relinchó Göring orgulloso, abriendo los brazos como para centrar la atención en su grasienta barriga.

Zach había vuelto a olvidar que el hombre que tenía delante había sido uno de los ases de la aviación alemana en la Primera Guerra Mundial. En realidad había pensado en alguien en activo, pero parecía que Hermann Göring lo tenía todo planeado.

–Iremos usted y yo, capitán, de forma que podamos hablar sobre las características de este avión maravilloso.

–Preferiría contar con alguien más, como mi compañero Keith –sugirió Zach. Göring no dejaba de sonreír.

–Creo que su compañero será mucho más útil si se queda en tierra preparando la infraestructura para que la legión de científicos que esperan su turno para examinar el avión pueda acceder a él cuanto antes –aclaró Göring–. ¡Alguien debe prepararle a usted la habitación!

–Quizás *herr* Speer pueda ocupar el asiento vacío –tentó Zach–. Todos nosotros le debemos el que este avión se encuentre aquí para su estudio.

–Sin duda, sin duda... Pero el arquitecto tiene cosas más importantes que hacer que revisar el avión. Nuestro *Führer* ha decidido que, pese a que sigue organizando con notable eficiencia todo lo referente a nuestra misión, no es ni piloto ni ingeniero –Göring evitó la mirada de Zach, sabiendo que lo que iba a decir no sería de su agrado–. Aquí no pintaría nada.

Reconoció que tenía parte de razón, pero al recordar que el avión sería estudiado por un equipo de ingenieros, se le ocurrió una tercera alternativa.

–¿Y qué tal si invitamos a subir a Anselm Franz? –sugirió convencido–. Para llevar un asiento vacío, prefiero ir con alguien que pueda sacar algún dato aprovechable de este vuelo.

Göring solo tuvo que pensarlo un segundo para acceder a su petición. Aunque su único motivo era satisfacer su propia curiosidad, el fin último de la misión era analizar el avión. Podría hacerle ganar enteros ante Hitler si comenzaba a recabar datos desde el primer momento, sobre todo en ese instante en el que anhelaba convertirse en Mariscal del Reich. Cuando Zach vio la intención del *feldmarschall* de descender del avión para ordenar que trajeran a *herr* Franz hasta el avión aprovechó para pedirle las coordenadas del aeropuerto. Göring dudó puesto que la localización de Giebelstadt era uno de los secretos mejor guardados por la Luftwaffe, aunque tuvo que acceder, asumiendo que el mismo secretismo envolvía al avión. Cuando volvió a bordo se encontró a Zach inmerso en cálculos sobre pesos, combustibles y consumos. Lo que Göring no pudo comprender era cómo, en lugar de hacer esos cálculos de la manera habitual sobre una mesa rodeado de papeles, se encontraba inclinado sobre una pequeña pantalla en la que letras luminosas de colores arrojaban los datos que se le pedían. Si Alemania pudiese disponer de esa tecnología, sería imbatible. Cuando Zach terminó sus cálculos levantó la vista hasta encontrarse con la sonrisa boba que solía mostrar Göring y aprovechó para preguntarle acerca de frecuencias de comunicaciones y sobre las ayudas a la navegación, si había alguna. El *feldmarschall* le dio los datos que se le pedían, pero solo mostró interés cuando Zach le explicó que al introducir los datos del origen del viaje, el sistema de navegación inercial del aparato sería capaz de saber su localización en todo momento y poder volver al punto de partida sin referencia exterior alguna.

En el momento en el que Göring pidió más información sobre ese sistema, apareció Anselm Franz por la compuerta de entrada, visiblemente impresionado por cuanto veía.

–Zach Schneider... ¿Eres tú?

Se dirigió hacia él para fundirse en un abrazo que sorprendió al ingeniero de la Junkers y a Hermann Göring. No parecía que en el Reich se prodigasen muestras de efusión. Quizás en una sociedad que se esforzaba en forjar una población lo más endurecida posible, tales manifestaciones estuvieran fuera de sitio. En cualquier caso, Zach no sintió reparo en manifestar que le alegraba verlo a bordo y comenzó en seguida a hacer un briefing sobre la improvisada misión. Göring confirmó a Zach lo que este sospechaba: su avión no podía sintonizar las frecuencias de las radioayudas con las que contaba la aviación alemana. Ni tan siquiera disponía de un radiogoniómetro, y las frecuencias de las más nuevas ayudas de guiado a la navegación

quedaban fuera del alcance de recepción del avión. Tendría que conformarse con el sistema de navegación inercial, sobre el cual ya había mostrado Göring un gran interés. Cuando Zach comunicó al *feldmarschall* que su intención era realizar un vuelo a 40.000 pies de altura, este no pudo sino emitir un silbido de admiración. A esa altura no habría nadie que pudiera entorpecer su ruta. El dato de la altura de crucero también asombró a Anselm Franz, deseoso de ver en funcionamiento los motores que portaba el avión.

Mientras Zach fue a supervisar la carga de combustible, pidió a sus invitados que le acompañasen: a Franz para transmitirle nuevos datos sobre los motores y lo que vería en vuelo, a Göring para tenerlo controlado y no dejarlo solo en la cabina, sabiendo que no reconocería autoridad ninguna y que se supondría libre para toquetear cuanto le viniese en gana. Durante el proceso, explicó a Franz los parámetros de motor que más tarde podría ver en las pantallas de datos del avión, y a Göring, datos inútiles sobre consumos y economía de guerra. No se le ocurría nada más para mantenerlo junto a él.

Una vez finalizado el repostaje, Göring aposentó con dificultad su grueso trasero en el asiento de cabina mientras que Franz tuvo que resignarse a ocupar el asiento para descanso de tripulación, aunque Zach requirió la presencia del ingeniero para que presenciase el proceso de apertura de válvulas y de bombas de combustible que se necesitaba para poner en marcha cada uno de los cuatro motores. Pudo observar cómo en el antebrazo de Franz, descansando sobre el pedestal central de la cabina, sus pelos se erizaban al oír el lejano rugido de las turbinas mientras que Göring, muy atento, se limitaba a asentir en silencio, como si la hubiera visto una y mil veces. Sin embargo, la tarea en la que sí notaba que estaba familiarizado era la de probar los pedales de dirección para comprobar que funcionaban, acompañando sus movimientos con habilidad. Ante el claro deseo de Göring de formar parte activa de la tripulación, Zach tuvo que dejar bien claro que en esa misión, él era el capitán de la nave y que su papel, por muy *feldmarschall* que fuese, se vería relegado al de segundo de a bordo. Las maniobras principales las realizaría él o en su defecto, el avión. Le confirmó que había cargado en el ordenador de vuelo una ruta directa hasta el lugar donde en el futuro se asentaría el aeropuerto internacional de Heathrow, en Londres.

Tras poner en marcha motores y soltar el freno de aparcamiento, se dirigió a la pista del aeropuerto para despegar, de nuevo sin tener que pedir autorización tras instar a Franz que se asegurase en su asiento. Empezaba a acostumbrarse a las operaciones sin control de tierra. Una vez en vuelo, viró a su derecha y pasó el control del vuelo al ordenador; el cual tenía órdenes precisas de rumbos y altitudes a mantener. Zach se relajó, esperando que sus dos pasajeros hicieran lo mismo.

Sin embargo, no fue así; y ambos pasajeros dispusieron de un par de horas de vuelo para coserle a preguntas. Conocía instructores de vuelo menos inquisidores que cada uno de ellos. Göring, por graduación e interés, llevaba la voz cantante, interesándose en aspectos operativos. Preguntó varias veces acerca de la autonomía del aparato, la altitud máxima a la que podía volar, la velocidad que podía alcanzar y sobre el armamento. Dentro de la mentalidad bélica actual no tenía ningún sentido fabricar un avión sin una mísera ametralladora con la que poder defenderse de sus enemigos, pero Zach se encargó de explicar que sus prestaciones eran muy superiores a las de cualquier avión de la época o de cualquier armamento. Estaban a salvo, volando muy alto sobre una capa de nubes que debía estar dejando caer torrenciales lluvias en los Países Bajos. Anselm Franz no quitaba ojo a los parámetros de motor, datos sobre consumos de combustible, temperatura de gases de escape y proporciones entre presiones; datos que le había comentado Zach con anterioridad. Eran esos números los que le volvían loco en sus primeras investigaciones sobre el motor a reacción con compresor axial que Zach le sugirió hacía unas semanas. El reactor

de Franz alcanzaba enormes temperaturas que llegaban a fundir sus componentes, y el consumo de combustible se disparaba hasta niveles que lo hacían poco operativo. Estaba deseando echarle el guante a ese motor para desentrañar sus secretos. Ahora sabía que funcionaba, y ese avión era la mejor prueba. Con su silueta en mente, era muy difícil pensar que cuatro enormes motores de compresión centrífuga pudieran equiparlo.

Por otra parte, el *feldmarschall* Göring se interesaba en detalles mucho más escabrosos, sobre todo cuando, por un claro entre capas de nubes pudieron ver la línea blanca de las costas de Dover, lo que les indicaba que se adentraban impunemente sobre Inglaterra. Nadie allí abajo los oiría o los vería; y aun en caso de hacerlo, no podrían enviar nada que pudiera serles una amenaza. Sin embargo, él si estaba muy interesado en el daño que desde el avión se podía infligir a Londres. No paró de preguntar sobre las bombas que portaba el avión hasta que Zach le aseguró que, sin el más mínimo margen de error, cualquiera de ellas podría arrasarse Londres hasta los cimientos. Göring sonrió satisfecho aun cuando tras tentarlo, Zach le aseguró que bajo ningún concepto dejaría caer una de esas bombas una vez tuvieron la ciudad del Támesis a la vista entre jirones de nubes.

El *feldmarschall* no insistió más, pero se repantingó en su asiento con una sonrisa peligrosamente suficiente. A partir de ese momento, solo pareció interesarse por el sistema de navegación inercial y por la posibilidad de poder pilotar ese avión. Las nuevas peticiones no le parecieron tan peligrosas a Zach, por lo que dio la misión de reconocimiento por zanjada y programó una vuelta directa al punto de partida.

Quizás si consiguiese dirigir la atención de Göring hacia los mandos de vuelo y el sistema de navegación le hiciera pensar en otras cosas menos perniciosas.

Zach estaba inquieto. Su intención era la de llevar armamento nuclear para dar al Tercer Reich una arrolladora capacidad disuasoria con la que afrontar la guerra con una superioridad que a la postre sería determinante. Jamás se le ocurrió que, sin mediar provocación alguna, nadie en su sano juicio quisiera arrojar un par de megatones sobre una ciudad repleta de gente. No quería eso sobre su conciencia. Decididamente, dejaría pilotar a Göring.

Capítulo 30

En la terraza de su chalet en el Berghof, Hitler bajaba la visera de la gorra de plato que remataba su uniforme para bloquear la molesta luz que el sol, saliendo por encima de los riscos, arrojaba a sus sensibles ojos azules. Tras él, su secretario Rudolf Hess departía con Eva Braun sobre la previsible bonanza del verano entrante, tanto desde el punto de vista meteorológico como militar. No era Hitler muy amigo de que se compartieran impresiones militares con su amante, sino que por su posición pensaba que no debían mezclarse asuntos íntimos con la dirección de un país. Llevaba tan a rajatabla sus convicciones en ese sentido que, para dar a su pueblo una imagen de caudillo militar inaccesible e inalcanzable para los asuntos terrenales, había decidido permanecer célibe y mantener a su amante en un discreto segundo plano.

Esa era una de las razones por las cuales cada vez se sentía más a gusto en su chalet reformado expresamente para él en el Obersalzberg tirolés, en un terreno rodeado por un inexpugnable perímetro de seguridad y comunicado en todo momento con su Estado Mayor. Allí solía reunir además a su más íntimo círculo de amistades, de manera que la sensación de libertad era doblemente gratificante. Todos los altos cargos del partido tenían una residencia allí; excepto aquel a quien estaba esperando. No era Hermann Göring precisamente bien recibido en su entorno más cercano; pero necesitaba reunirse con él lo antes posible para oír su informe sobre el avión que ese alienígena les había traído. Y Hess formaba parte de los planes que habían tejido entre él y Göring, por lo que tendría que soportar los malos gestos que su secretario solía dedicar al grueso morfínmano de Göring. Al menos esperaba terminar la reunión lo antes posible para despedir lo más rápido posible a sus invitados y poder así dedicarse a su afición favorita: el visionado de películas mientras devoraba pasteles en la sala de proyección que para él se había habilitado en el Berghof.

Hitler distinguió entre los árboles el Mercedes deportivo que solía usar Göring en sus desplazamientos particulares subiendo las empinadas cuestas que trepaban hacia el Obersalzberg desde el pueblo de Berchtesgaden y se apresuró a despachar a Eva hacia el interior del chalet. No le gustaba nada la forma que tenía Göring de mirar a su amante. De todos era conocida la ambición del *feldmarschall* por todo cuanto poseía Adolf Hitler, y seguramente tenía a Eva como a otra de las ventajas de su cargo.

En el momento en el que ella desaparecía sumisa por el pasillo que llevaba a sus habitaciones, Hitler y Hess se dirigieron a la sala de reuniones mientras en el aparcamiento del chalet, Göring se apeaba de su deportivo con la misma agilidad que un escarabajo boca arriba.

En la estancia crepitaba un gran leño en la chimenea, colocado por el servicio de la casa con la antelación necesaria para que la estancia fuera lo más confortable posible. La gran mesa central estaba despejada a la espera de los planos que debía traer el mariscal.

Unas afectadas toses anunciaron la llegada de Hermann Göring a la sala, reverberando entre las paredes de piedra decoradas con apenas un par de candelabros en los que, con un papel más decorativo que útil, chisporroteaban una velas reseca. Los saludos entre los tres fueron tan escuetos como protocolarios; y Hitler comenzó a exponer sus ideas en cuanto el servicio, atento, les sirvió agua en una hermosa vajilla de porcelana. Göring suspiraba por trasegar alguno de los vinos que poblaban su bien surtida bodega particular, pero se guardó muy mucho de hacérselo saber a su anfitrión. Por suerte, en previsión de problemas de esa índole, llevaba en la guantera de su coche una petaca llena del mejor *slivovitz*^[41] serbio que pudo encontrar y de la que daría

buena cuenta en cuanto abandonase el chalet. Habérsela bebido antes de entrar hubiera sido un error, puesto que Hitler olía el alcohol a metros de distancia.

–¡Querido Hermann! –le asió por los hombros mientras lo miraba a los ojos con expresión escrutadora. Debía de tener mucho que contarle–. ¿Qué impresiones ha tenido del paseo en nuestra nave? Estoy desando oírlas antes de poner en marcha nuestros planes.

Göring se sirvió un vaso de agua. Como no había otra cosa, intentaría sugestionarse de que paladeaba un *Château Lafite*.

–Las mejores, *mein Führer*. Aun teniendo en cuenta que, pese a que nuestra relación es excelente, no ha sido usted capaz de revelarme cómo hemos conseguido una aeronave con insignia americana tan tecnológicamente avanzada; debo confesar que, pese a que estoy informado de las últimas investigaciones en lo tocante a tecnología aeronáutica, la diferencia entre este avión y el estado actual de nuestras investigaciones más avanzadas es abismal –expuso Göring con sarcasmo–. ¿Es posible que ahora que lo he llegado a pilotar pueda saber su origen?

–Lo siento, Hermann. No es lo más adecuado –en realidad, lo que le preocupaba a Hitler era que no supiese mantener la boca cerrada–. Sin embargo, si es usted capaz de adiestrar a alguno de nuestros pilotos en el uso de esa nave, le nombraré *reichsmarschall*.

Göring sopesó sus opciones. Ser nombrado Mariscal del Reich sería el equivalente a ser designado su segundo y sucesor en caso de haber cualquier incidente. Sonrió puesto que intuía que era muy capaz de hacer lo que Hitler le pedía. Saludó marcialmente chocando los tacones, tras lo cual pasó a narrar su experiencia en el avión mientras Hess, frunciendo el ceño, se mantenía en segundo plano. El *feldmarschall* comenzó asegurando que era capaz de volar el avión o de enseñar a otros a hacerlo. Había visto cómo se ponían los motores en marcha y se detenían; y cómo se pilotaba el avión. No había sido capaz ni tan siquiera de pensar en manejar la máquina en la que su piloto introducía los datos necesarios para que el avión volase sin ayuda hasta donde se le dijera. De llevarse a cabo la operación que habían planeado él y Hitler, debería contar con tres pilotos, escogidos entre la élite de la Luftwaffe, que se turnasen para pilotar el avión. Sin embargo, para recalcar sus consideraciones, repitió que todo en ese avión había sido construido –no sabía por quién– para hacer del vuelo una situación de lo más llevadera para los pilotos. Aun para alguien avezado en el vuelo pero con experiencia nula en ese avión, podía hacerse muy fácil el pilotarlo.

Tras dar un sorbo a su vaso de agua, pasó a dar la mala noticia. Había sido imposible sonsacar a su piloto el funcionamiento del sistema de lanzamiento de las prodigiosas bombas que había vuelto a asegurar que podrían arrasarse una ciudad del tamaño de Londres. Y no parecía que fuera fácil porque, según le pareció, tal acción se hacía desde el extraño panel de introducción de datos. A este respecto, Göring añadió que había en el avión un sistema de navegación que no necesitaba de señales externas para calcular la posición, sino que partiendo de una posición inicial conocida podía deducir su situación en todo momento tan solo midiendo los desplazamientos realizados desde el punto de partida. Con semejante tecnología, mucho más asequible para ellos, podían construir un sistema de guiado de bombas para que estas cayesen en el objetivo que se les hubiese programado. Göring terminó su pequeña exposición sugiriendo que una vez entendido el sistema de guiado, quizás fuera más fácil desentrañar cómo funciona el mecanismo de lanzamiento de bombas.

Hitler preguntó de una forma en exceso solemne si pensaba que esa nave podría dar a Alemania una ventaja importante en la guerra. Göring aseveró categóricamente lo que acababa de expresar. No creía haber sido tan poco claro. Incluso llegó a pensar que, de no ser porque era imposible, habría asegurado que ese avión había llegado de un futuro lejano para ponerse a su

disposición. Había omitido ese pensamiento para no ser tomado por loco.

–¿Cree que podemos esperar algún tipo de colaboración con nuestros planes por parte del piloto de esa nave? –consultó Hitler a su mariscal.

–Lo dudo, *mein Führer* –confesó Göring con una mueca desaprobatoria–. Me pareció un engreído taciturno del que puede esperarse poca colaboración. Sin embargo, su ayudante parece un buen patriota dispuesto a colaborar cuándo y de la manera que se le pida.

Hitler torció el gesto con desaprobación. Recordaba haber hablado con Zach y no le pareció que fuese un *engreído taciturno*. En cualquier caso no podían arriesgarse a pedir su colaboración si no estaba muy dispuesto a darla, porque la reacción de este cuando se enterase de sus verdaderas intenciones era, cuanto menos, imprevisible.

–¿Cree que pueda sospechar algo de nuestros planes?

–Bajo ningún concepto. En todo momento se le ha dado a entender que nuestro objetivo principal era Londres, pese a lo cual ha ofrecido poca colaboración –aclaró Göring, con rostro molesto.

Hitler ya había tomado una decisión.

–Gracias, *herr Göring* –a este le resulto molesto que no se refiriese a él por el su rango–. En ese caso, podemos dar por buenos los planes que hemos concebido con esa máquina prodigiosa.

Como impulsado por un resorte, Hitler se dirigió al legajo de documentación que había traído Hermann Göring, dispuesto a extenderlo sobre la mesa central de roble. Hess pasó de su voluntario mutismo a ocupar su lugar junto a la mesa. De repente, lo que había pensado que era una reunión de rutina, había cobrado un interés que no hubiera sospechado, pese a la asistencia del petulante de Göring.

Hitler revolvía papel tras papel, buscando algo que al final pareció encontrar. Lo extendió con satisfacción sobre la mesa. Hess reconoció el inequívoco perfil de un aeropuerto.

El *Führer* miró el plano con satisfacción mientras siguió revolviendo hasta encontrar otro similar al que había extendido; solo que algo más grande.

–Esto, señores, es nuestro futuro –declaró Hitler, visiblemente emocionado y dejando caer su mano sobre el pequeño de los dos mapas mientras Göring, al tanto del anteproyecto, mostraba una sonrisa algo más estúpida que la de costumbre. Hess se encontraba perplejo, intentando reconocer el campo de vuelo que se correspondía con el plano.

Hitler tomó aire de la misma manera que cuando empezaba uno de sus multitudinarios discursos en los que inflamaba la pasión de su auditorio.

Comenzó a parlotear en un tono relajado que ambos oyentes sabían que iría subiendo de volumen a medida que fuera aumentando la importancia de su mensaje. Hitler les explicó que el plano correspondía a un pequeño aeropuerto secreto en el noroeste de España. Aclaró que su secretismo radicaba en dos hechos independientes.

Por un lado estaba asentado en un país en el que con su apoyo militar habían inclinado a su favor la balanza en una reciente guerra civil; pero que ahora había traicionado a Alemania declarando al mundo su neutralidad en la guerra que habían emprendido. Hitler había transigido en respetar la no beligerancia de España a cambio de algunas concesiones. Ese pequeño aeropuerto era una de ellas.

Situado al norte de la ciudad de origen romano que le daba nombre, el pequeño aeropuerto de Lugo tenía un papel secreto en la guerra, mucho más importante de lo que se supondría a un aeródromo perdido en la esquina más olvidada del país. Se acababa de pedir permiso al gobierno del Generalísimo Franco para la construcción de una base secreta que diera servicio a una de las

antenas del revolucionario sistema *Elektra Sonne*, una de las primeras ayudas electrónicas a la navegación.

El sistema constaba de una serie de radiofaros instalados en diversos puntos de la geografía europea. Cada uno de ellos se componía de un grupo de tres antenas de más de 100 metros de altura que transmitían una serie de secuencias en Morse que se recibían de diferente forma dependiendo del radial^[42] en el que se encontrase el receptor, de manera que un equipo sintonizado en la frecuencia del radiofaro recibiría una señal que, tras ser interpretada, lo situaría en un radial determinado respecto a la antena. Con solo recibir la emisión de dos radiofaros diferentes y saber su posición respecto a ellos, podía saberse la intersección de los dos radiales, dando con muy poco margen de error la situación en la que el receptor se encontraba^[43].

Hitler explicaba que se había decidido ampliar el importante aeródromo cuyo plano golpeaba una y otra vez con la punta de su dedo índice, marcando con ello cada una de las sílabas de la palabra *importante*. Extendió el nuevo plano con la descripción de la ampliación que se había planeado, marcando con ese hecho una pausa en su desahogado discurso.

Pasó a continuación a referir que la pista pasaría a tener más de 1200 metros, casi todo lo que la irregular orografía de la zona permitía; y que en lugar de un pequeño cobertizo para ocultar una nave del tamaño máximo de un Junkers Ju-52, se construirían tres hangares de grandes dimensiones que habrían de ser el máximo exponente de la arquitectura aeronaval del momento^[44].

–Supongo, *mein Führer*, que explicará el porqué de la ampliación –interrumpió Hess, emocionado. Por un segundo, la mirada gélida de Hitler le atravesó como un dardo al rojo vivo traspasaría una cortina de mantequilla. Acto seguido esbozó lo que intentó fuese una conciliadora sonrisa.

–Así es, querido Hess. El aeródromo será ampliado para poder alojar el fantástico avión que nuestro capitán Zach ha tenido a bien hacernos entrega. Tengo importantes planes para ese enclave tan estratégicamente cerca de los Estados Unidos.

Hermann Göring aplaudió al otro lado de la mesa, más para hacer saber que estaba al tanto de los planes que Hitler les revelaba que para dar su conformidad a la operación.

Hess sonrió caballunamente mientras su idolatrado *Führer* continuaba relatando con creciente apasionamiento los pormenores de la operación. Sin que el capitán Zach Schneider sospechase, deberían convencerlo de que, en compañía de dos pilotos adiestrados por Göring para estar ya familiarizados con el avión, la aeronave debía ser trasladada al aeródromo de Lugo para continuar con seguridad su estudio. Sin embargo, la realidad sería otra muy diferente. El avión formaría parte de una misión militar real.

Rudolf Hess levantó un dedo para hablar.

–¿Estamos seguros de que accederá a llevar su avión hasta ese aeropuerto?

–Alegaremos problemas de seguridad –explicó Göring con la aquiescencia de Hitler–. La nave se encuentra ahora en el aeropuerto de Giebelstadt, la instalación aérea más secreta del Reich. De hecho, la pista acaba de ser pintada para que no pueda ser vista desde el aire –eligió una foto de la carpeta que había depositado en la mesa con documentación sobre la misión para mostrarla primero a Hitler y luego a Hess. Era una vista aérea de la pista a muy poca altura, como si se hubiera tomado desde un avión aterrizando. Pese a ser en blanco y negro, se podía adivinar cómo la pista había sido pintada del mismo tono que el césped circundante. A alguien se le había ocurrido la idea de pintar sobre el asfalto varias ovejas que parecían pastar–. Su camuflaje no pasará desapercibido siempre^[45], por lo que le exigiremos que lleve su avión a un aeródromo fuera de Alemania para poder continuar con su estudio. No podrá negarse.

Hitler caminaba de un lado a otro durante la breve exposición del nuevo *reichsmarschall*.

En cuanto este terminó, volvió a la mesa, deslumbrante el rostro de pasión.

—¡El aeródromo de Lugo servirá como base para una misión de bombardeo que borrará Washington de la faz de la tierra! —aulló Hitler, volviendo a golpear la mesa con furia a cada palabra. Hess reprimió un escalofrío de satisfacción.

Tras el exabrupto, Hitler pareció más relajado. Tanto que comenzó a detallar la aterradora afirmación que acababa de lanzar. Comenzó explicando lo que ya sabían: que pronto la vieja Europa continental sería alemana y que en breve comenzaría la conquista de los territorios hacia el oeste que culminaría con la llegada del Reich hasta el océano Atlántico. A partir de entonces, los verdaderos enemigos del Tercer Reich serían las únicas potencias a batir. La guerra había sido un paseo militar hasta ese momento, y habían hecho lo fácil. Las revolucionarias técnicas de la guerra relámpago y de la guerra móvil de Heinz Guderian habían conseguido someter la Europa continental en un suspiro. Pero, pese al inmenso poder alemán, el Reino Unido se encontraba protegido por el Canal de la Mancha; los Estados Unidos por un océano todavía más inexpugnable, y las llanuras rusas eran tan grandes y su ejército tan vasto, que antes de poder derrotarlos se quedarían sin balas.

Ninguno de ellos permanecería de brazos cruzados frente a la conquista de Europa por parte de Alemania. La ofensiva hacia el oeste estaba a punto de ser lanzada y sabían que la supuesta invulnerabilidad que los franceses otorgaban a sus defensas eran como un muro de polvo que no resistiría el más mínimo embate de sus fuerzas.

Hess empezó a vislumbrar lo que Hitler quería transmitirle y esbozó una tímida sonrisa.

—Nuestras opciones pasan por la eliminación preventiva de enemigos —concluyó Hitler antes de matizar su afirmación. Nunca había escondido la simpatía que sentía hacia el Reino Unido y haría lo posible por no tener que eliminarlos. Era, sin embargo, consciente de la importancia de la guerra en el mar y de la abismal diferencia a favor de la Royal Navy frente a la débil Kriegsmarine. Por ello, animado por Göring, había decidido dar a su poderosa Luftwaffe una oportunidad. Intentarían lograr la superioridad aérea frente a la Royal Air Force para, de esa manera, forzar un armisticio con los ingleses que los dejase fuera de Europa.

Por el contrario, atemorizar a las fuerzas americanas era imposible. No tenían modo alguno de atravesar el Atlántico con garantías. Hasta ese momento.

Hitler describió el plan que había urdido con Göring. La autonomía del avión de Zach y la altura a la que podía volar le daban plena confianza para poder realizar un viaje de ida y vuelta con garantías, aunque para ello debía partir desde el punto más cercano a la costa este americana. Por ese motivo, el aeródromo de la desconocida ciudad de Lugo con el que había abierto su disertación sería una base ideal para, desde allí, despegar rumbo a Washington, dejar caer su mortífera carga y volver. Si arrasaban su capital y amenazaban con hacer lo mismo con cualquiera de sus ciudades, a los americanos se le quitarían las ganas de meter las narices en sus asuntos tras semejante demostración de fuerza. Ni siquiera se atreverían a apoyar económicamente a los ingleses. De repente, Hitler se detuvo en su exposición. Las aletas de su nariz temblaban de rabia y el puño derecho descansaba vibrante sobre la mesa.

—Hemos calculado que tendremos seis meses a partir de ahora para preparar la operación —aclaró Hitler mientras con la izquierda intentaba abrirse un poco el cuello de la camisa. Hess advirtió un notable temblor en su mano—. Todo dependerá de la colaboración que el capitán Schneider quiera brindarnos.

—Mucho me temo, *mein Führer*, que debemos esperar poca o ninguna ayuda de ese capitán —carraspeó Göring para llamar la atención—. Sin contar con su temperamento esquivo, no hay que olvidar que ha declarado en todo momento, y ha hecho hincapié en ello, que es americano. Por ese

motivo me he tomado la libertad de mantenerlo al margen, incluso de dejarle ver que su avión no será usado para una misión real. Se ha evitado nombrar su país en su presencia e incluso el vuelo que tuve la oportunidad de realizar con él se realizó sobre Londres –realizó una pausa para dejar que asimilasen sus palabras–. Creo que una vez conozcamos los secretos de su nave deberíamos eliminarlo.

Hitler negó con la cabeza.

–Salvo que se convierta en un verdadero problema, debemos respetar su vida. Lo más fácil será apartarlo de la misión con cualquier pretexto –No quería mostrar que tenía miedo a las represalias de sus congéneres si eliminaba ese *mensajero estelar*–. Si se están adiestrando pilotos para pilotar ese avión e incluso se prevé que hagan el viaje hasta ese aeropuerto dentro del avión para hacerse con su manejo, dejemos que sean esos héroes los que lleven la bomba milagrosa hasta Washington.

–Me permito sugerir, *mein Führer*, que si hace falta alguien que pilote ese avión, debería ser alguien con contrastada capacidad de vuelo –interrumpió Hess muy nervioso–. Y si puede ser alguien de la confianza del capitán, mucho mejor. En este punto debo hacer ver que fui yo quien lo sacó de los sótanos de la *Gestapo* donde le esperaba una muerte segura. Ese hombre confía en mí y está en deuda conmigo. Por capacidad y cercanía al capitán, yo soy el candidato perfecto a pilotar ese avión.

Sus dos compañeros de sala lo miraron con curiosidad, aunque para Hess fue más difícil interpretar la mirada de Hitler, entre empalagosamente cariñosa y mortal de necesidad.

–Mi querido Rudi... Te agradezco tu ofrecimiento, pero he pensado que tu papel en esta operación ha de ser mucho más importante que la de llevar un avión –graznó Adolf Hitler mientras se dirigía hacia su secretario con el mismo cuidado con el que un cazador se acerca a su presa–. Tu misión será crucial para el futuro de tu país. Deberás negociar la paz con los ingleses.

Hess, sin mediar palabra, se apuntó con el dedo índice al pecho, sorprendido. Comenzaba a preguntarse cuál sería su papel en todo aquello, pero hubiera deseado un sitio más cercano a Hitler. No se veía como embajador porque carecía del tacto necesario, y lo sabía.

–En cuanto conquistemos Francia, los chicos de Göring comenzarán el bombardeo de Inglaterra –aclaró Hitler–. Pasados unos meses, usted volará en solitario hasta el norte del Reino Unido para contactar con facciones afines a nuestra causa. Se le proveerá de un caza modificado para vuelo nocturno que, siguiendo nuestro sistema de guiado, le llevará hasta un aeropuerto en Escocia –Hitler hizo una pausa para comprobar cómo había encajado Hess su misión. Su secretario boqueaba como un pez recién sacado del agua–. Una vez en contacto con nuestros simpatizantes, deberá esperar acontecimientos. Si el bombardeo debilita la moral inglesa, deberá usted promover el derrocamiento de Churchill e instaurar un gobierno favorable a nuestros intereses. Por el contrario, si como esperamos se mantienen fuertes y sea necesario destruir Washington, contactará con el gobierno inglés en categoría de enviado oficial del Reich para advertirles de que o nos siguen el juego o les espera el mismo destino que a sus aliados americanos. Una vez que tanto los americanos como los ingleses estén fuera de nuestro camino, atacaremos al sucio bolchevique con todas nuestras fuerzas. En ese momento nada ni nadie podrá interponerse en nuestro camino –Hitler levantó las manos al cielo, poniendo al Dios alemán por testigo de sus afirmaciones–. ¡Por fin nuestro pueblo tendrá el sitio que le corresponde en la historia!

Rudolf Hess se encontraba lívido. Llevaba tanto tiempo junto a Hitler que la sola idea de tener que realizar su labor lejos de él le producía vértigo. Sin embargo, tuvo que admitir que el plan estaba bien planteado. Con ayuda de esa máquina volante y su poderosa bomba dejarían fuera

del mapa a los Estados Unidos mientras que él debería introducirse en Inglaterra para formar un gobierno títere del alemán. No podía fallar a su bien amado *Führer*, y menos en un momento como ese, en el que tres hombres se repartían el mundo que resultaría una vez Alemania hubiera doblegado a sus enemigos y disfrutado del Reich de los mil años.

Göring se relamía. En ese caso, y teniendo en cuenta de que, a falta de confirmación oficial, había sido investido con poderes suficientes como para ser considerado sucesor de Hitler, sería un juego de niños intrigar para dejar fuera del gobierno al *Führer*. En ese caso, y con el palurdo de Hess en Inglaterra, nada podía interponerse en su carrera hacia la cancillería del Reich. Tan solo quedaba un cabo suelto que vigilar.

–*Mein Führer...* ¿Y qué haremos con Albert Speer? –preguntó Göring extremando la cautela. Sabía que se movía por terreno resbaladizo al traer a colación a una de las personas por la que Hitler sentía más aprecio—. Está al tanto de todos nuestros movimientos.

–¿Qué insinúa? –bramó Hitler, molesto por la apreciación—. Albert Speer es una persona imprescindible. Gracias a él disfrutamos de esta posibilidad que el destino ha puesto en nuestras manos. No quiero ni oír la posibilidad de dejar a Speer de lado. Lo necesito para otras tareas.

–Estoy de acuerdo –aventuró Hess, de nuevo dentro de la conversación—. Pero será necesario interrumpir el contacto entre el capitán Schneider y Speer para que no puedan atar cabos. Al menos por el momento.

Hitler asintió a regañadientes. Su secretario tenía razón. Desde que los sorprendió en el apartamento de Berlín tuvo la corazonada de que esos dos ocultaban algo.

–Si se me permite la idea, *mein Führer*, puedo hablar con el *SS-gruppenführer* Müller para que la *Gestapo* intercepte y filtre todas las comunicaciones entre Speer y Schneider, de manera que no puedan intercambiar palabra sin su permiso.

Hitler meditó durante un par de segundos.

–Está bien, Hess. Que Müller impida el contacto directo entre ellos y lea toda su correspondencia. Tendremos que investigar si ocultan información –concedió al fin antes de dirigirse a sus dos compañeros de reunión—. Y de ustedes espero que otorguen a esta operación la mayor de las prioridades y la lleven con discreción. Sobre todo en lo tocante a Schneider. No debe sospechar nada. Es posible que ese hombre tenga ocultos algunos poderes que desconocemos y que supongan nuestra destrucción.

Göring y Hess se miraron con preocupación tras la críptica frase con la que Hitler dio la reunión por concluida. Por primera vez en sus vidas –y la última– estaban de acuerdo en algo; que Hitler parecía estar cada vez menos en sus cabales.

Capítulo 31

Zach llevaba algo más de diez meses recluido en jaula de oro. Bien era cierto que gozaba de cierta libertad, pero esta se circunscribía al entorno de la base de Giebelstadt y el pequeño pueblo que se había construido a su lado. Gozaba de todos los privilegios a los que la omnipresente *Gestapo* tuviera a bien permitirle, pero en todo momento, la alargada sombra de los tipos de abrigo de cuero y sombrero caído le seguía allí donde se dirigiese.

Los primeros meses fueron frenéticos, puesto que era el único que sabía acceder a los secretos del *Spirit*. Sin su ayuda hubiera sido imposible acceder a zonas específicas sin dañarlo. Tuvo que estar encima de los ingenieros que venían a ver el avión, como cuando el grupo de Anselm Franz se puso manos a la obra con uno de los motores, sugiriendo actuaciones para llegar a él y abriendo los registros correspondientes que les harían llegar a sus puntos clave. En muchos casos, Zach desconocía los detalles de funcionamiento de sistemas concretos, pero al menos era capaz de indicar cómo podía accederse a ellos para su estudio. Su colaboración había sido clave a la hora de fabricar elementos externos que dieran servicio al avión, como un acople de energía eléctrica externa para que no tuviera que estar todo el tiempo con el APU encendido dentro del hangar. Una vez se consiguió obtener una conexión eléctrica, todo fue más fácil para el equipo, porque Zach podía atender otras peticiones en lugar de estar pendiente del avión en todo momento.

Las áreas que mayor atención atraían en el primer momento de contacto fueron los motores, el sistema de navegación inercial y el análisis de las bombas atómicas. Para su mejor examen en condiciones de seguridad acordes con la peligrosidad del material radiactivo que portaba, se aisló una de ellas para ser llevada por carretera a la Kaiser Wilhem Society para su análisis en Berlín-Dahlem. En su momento, Zach sugirió que debían llevarse ambas bombas puesto que nada se conseguía dejando una en el avión, pero su petición fue pasada por alto. No tenía control sobre el plan de examen del avión. Más tarde llegarían al hangar de Giebelstadt hordas de científicos interesados en los sistemas de comunicaciones del avión, su capacidad de ocultarse al radar y sus ordenadores y sistemas informáticos.

Zach llegó a ser preguntado por su conocimiento sobre tecnologías que el avión no portaba. Recordaba con especial interés el día que lo llamaron para reunirse con un joven y prometedor ingeniero que decía ser doctor en ingeniería aeroespacial. Al entrar en el pequeño despacho en el que solía reunirse con todo aquel que necesitase su consejo, se encontró con Wernher Von Braun sentado a la mesa y mirándole con una sonrisa nítida. Sin apenas probar bocado, departieron durante algo más de seis horas en las que Von Braun, en un ajado bloc de papel, tomaba notas sobre balística y motores. Zach no era experto en cohetes, pero pilotaba bombarderos que los transportaban; y poseía un importante conocimiento sobre misiles, tanto de combustible sólido como líquido, además de saber, al igual que muchos americanos de su época, datos sobre cohetes espaciales que serían de mucha utilidad a Von Braun. Zach tuvo que reprimir varias veces el impulso de hablar con honestidad a aquel que tras la guerra llegaría a los Estados Unidos por medio de la Operación *Paperclip*^[46] para desarrollar el mismo programa de misiles y cohetes de los que estaban hablando en ese momento. Se sentía como si estuviera enseñando a su maestro, sin olvidar que gran parte del dominio que su país tendría en un futuro vendría de los conocimientos de ese hombre. Sonrió pensando que si le contaba que un día construiría un cohete llamado Saturno V que llevaría a los primeros seres humanos hasta la luna, se caería de espaldas. Tuvo que conformarse con explicarle a él, el más grande pionero en viajes espaciales, cómo

convenía fabricar cohetes con varias etapas para poder superar la velocidad de escape^[47] de la Tierra.

Antes de irse, Wernher Von Braun le pidió información de primera mano sobre los sistemas de navegación inercial que había oído portaba el avión. Por vez primera, Zach supo de una aplicación concreta de los sistemas del avión cuando le comentó, en un tono de confianza, que pensaba utilizar navegación inercial para guiar misiles hacia su objetivo. Zach reprimió las ganas que tenía de preguntarle por el desarrollo de las famosas bombas volantes que, construidas por su equipo, habrían de erigirse como los primeros misiles de la historia; con una eficiencia y precisión tales que, tras ser capturadas por los aliados, lanzarían la carrera armamentística americana hasta el punto de convertir a los misiles balísticos basados en la V-2 en el principal bastión de la guerra fría que habría de mantener a los Estados Unidos como única potencia capaz de hacer frente a la Unión Soviética.

Le acompañó hasta el hangar donde yacía el *Spirit* para enseñarle el funcionamiento del sistema inercial desde dentro, así como una visión general del resto de la aeronave. Von Braun estaba, como todo aquel que había subido por vez primera al avión, absorto; sin importar que estuviera lleno de gente trabajando en él. Huecos en los racks de sistemas y de cables a la vista demostraban que el avión se encontraba bajo estudio. Tras mostrarle muchos de los sistemas de a bordo, Zach no quiso que se fuera sin antes enseñarle la única bomba que portaba todavía el avión. Una vez en tierra, Von Braun pasó su mano por el flanco de la bomba, acariciándola con respeto.

–¿Y dice usted que puede destruir una ciudad entera? –preguntó Von Braun, visiblemente inquieto.

–Es de potencia variable, pero incluso si se selecciona la menor podría destruir una ciudad importante hasta los cimientos.

–No quisiera que uno de mis cohetes portase tanta destrucción –subrayó el ingeniero tras mirar en todas direcciones. Su comentario podía ser tratado como derrotista en según qué ámbitos.

–En realidad, esta bomba no es para ser usada. Su poder es disuasorio.

–¿Está usted seguro? –respondió Von Braun con una buena dosis de suspicacia mientras esbozaba una sonrisa cargada de intención y mirando de reojo a Zach–. En cualquier caso, quiero darle las gracias por dedicarme su tiempo. Sus consejos me han sido de gran ayuda –añadió jovialmente, palmeando el bolsillo de su chaquetón de cuero donde guardaba las notas que había tomado.

Se despidieron sin más, mirando Zach cómo el ingeniero se ponía su sombrero y se iba.

Como sucedió con Wernher Von Braun, sus conocimientos resultaron ser igual de útiles que el avión. Interminables fueron sus reuniones con Robert Lussar en los que los conocimientos sobre misiles de crucero, adquiridos como comandante de B-52 y perfeccionados en el B-2, le permitieron establecer las bases para el diseño de la bomba V-1. Incluso cuando se permitió el lujo de sugerir un pulsorreactor para propulsar el artefacto de la Fieseler, empresa de la que *herr* Lussar era ingeniero, le enviaron a Fritz Gossiau para recibir instrucciones sobre cómo fabricar un motor a reacción de reducido tamaño que otorgase el empuje preciso para impulsar un ingenio de pequeñas dimensiones.

Sin embargo, toda su colaboración no le proporcionó ni mucho menos el nivel de bienestar que habría esperado de un benefactor del Tercer Reich. Su libertad estaba muy limitada. Hacía tiempo que su único contacto con el mundo exterior era Albert Speer, aunque no podía hablar con él a solas, y el correo que del arquitecto recibía mostraba claras señas de haber sido abierto, manipulado y censurado.

Su conversación acababa derivando, una vez satisfechos los requisitos técnicos, en un ferviente deseo de mantener una reunión que nunca llegaba a tener lugar. Zach intuía que Speer albergaba mil preguntas que hacerle, pero el omnipresente estado les impedía cruzar sus caminos para poder hablar con tranquilidad. Speer seguía siendo el único en el mundo, aparte de Keith, que conocía la verdad sobre su presencia en el gran hangar de Giebelstadt... Y Keith, ahora admitido en las SS, pasaba cada vez menos tiempo en la base. Las pocas veces que habló con él pudo comentarle que en breve sería admitido en la *Gestapo*, algo de lo que estaba orgulloso. Zach quedó perplejo al escucharlo. Para tranquilizarle, Keith le aseguró que no había juramento al *Führer* tan fuerte como el que hizo a la dirección de la misión. Jamás traicionaría Bifrost y, sabiendo que gracias al B-2 y las enseñanzas de Zach Alemania ganaría la guerra de calle, no debía preocuparse del brutal futuro que sabía esperaría al terminar la guerra, de haberla perdido, a los agentes de la *Gestapo*.

Más delicado fue el tema de la máquina del tiempo. Ligeramente ruborizado y con una total falta de tacto y de profesionalidad comunicó sin tapujos que Zach debía destruirla. El dispositivo se encontraba, como ambos sabían, oculto en la taquilla del dormitorio que el capitán ocupaba en la base. Le explicó que, aunque su fe en la victoria final era incorruptible, estaba seguro que sería, gracias a sus aportaciones, mucho antes de lo que se pensaba, de manera que debía hacer desaparecer la máquina lo antes posible para dejar zanjado ese particular.

Por último, Keith le comentó desde un punto de vista confidencial que, por motivos de seguridad, se planeaba llevar al avión a otro aeropuerto mientras que las diferentes líneas de investigación abiertas con la tecnología que se iba obteniendo del avión pasarían a unas instalaciones subterráneas cerca de Nordhausen.

Según pudo enterarse Zach más tarde, la idea de Speer era la de llevarse la producción a una antigua mina de anhidrita que pasaría a formar el complejo de Mittelwerk, mientras que el avión sería trasladado a una base fuera de territorio alemán hasta que pudiera retornar con garantías. Habían tenido en cuenta que con la ampliación de las fronteras, Giebelstadt quedaría cada vez más lejos de los lugares donde hiciera falta la Luftwaffe, por lo que los escuadrones armados serían llevados más cerca de la línea del frente. La instalación sería clasificada como secreta para el adiestramiento de tripulaciones. Se rumoreaba que el primer caza alemán provisto de motores a reacción estaba de camino a la base. Barajaba la posibilidad de quedarse allí pero entendía que, de llevarse el avión fuera de ella, tendría que ir con él hasta su destino; aunque siempre quedaba la opción de entrenar a alguien para que pudiera hacerse cargo de la aeronave.

Por ese motivo cambiaba horas de adiestramiento en el bimotor Heinkel 111 por formación en su avión. Zach estaba encantado de volar en esos potentes bombarderos aunque, dada su trascendencia dentro de la operación de estudio del avión, no le fue autorizado participar en ninguna misión real. Tenía dos pilotos de su confianza a los que no les ofrecía formación práctica en su avión, pero les mostraba todos sus sistemas y les explicaba, dentro de lo posible, cómo funcionaban. Pese a que lo anhelaba, no pudo ofrecerles una prueba de vuelo en ese momento porque el avión no estaba operativo al estar desmontados muchos de sus sistemas para su estudio, algunos enviados a lejanos laboratorios ultrasecretos de los que sabía poco o nada. Cuando Speer le adelantó que por orden de Hitler el avión sería puesto en estado de vuelo y trasladado a otro aeropuerto, lo cual significaría que tendría que volver a volar y que sus alumnos podían acompañarle, esperaba que su deuda hacia ellos quedase rebajada.

Su rutina a finales de mayo del 1940 se limitaba a permanecer en la base, cada vez menos para mostrar su avión a los ingenieros y más para volar con sus dos alumnos los pocos bombarderos He-111 que no habían sido destinados a participar en la Batalla de Inglaterra.

Cuando no volaba con ellos, pasaba largas horas satisfaciendo la interminable curiosidad que ambos pilotos mostraban por todos y cada uno de los sistemas del B-2. Se podía afirmar que llevaba una vida demasiado tranquila para su gusto en la seguridad de Giebelstadt. Incluso el histórico vuelo que realizó con Göring parecía ahora muy lejano.

Todo cambió cuando leyó en el *Völkischer Beobachter* las declaraciones de Goebbels en las que afirmaba que la desertión de Hess al volar por su cuenta y riesgo hasta Escocia era únicamente la obra de un loco delirante.

Zach había pensado que estaba cambiando la historia para dejar un mundo mejor en manos de los ganadores de la guerra, con un sentido de la rectitud y de la disciplina del que carecían los vencedores que su podrido mundo había conocido. Sin embargo, la noticia le produjo un torrente de sensaciones contradictorias. Por un lado suponía que su nuevo impulso a la industria armamentística alemana haría innecesario el viaje de Hess; pero por otra parte intuía que el hecho de que se produjese ese viaje le daría una credibilidad a prueba de bombas ante Speer. Reconoció que de no realizar Hess su misterioso vuelo nocturno que le hizo dar con sus huesos en la Torre de Londres hasta el final de la guerra, Speer podría haber llegado a pensar que había dado crédito a un charlatán que hablaba de eventos que nunca se producirían, aunque nunca un farsante había aparecido con semejante bagaje.

En cualquiera de las dos valoraciones de la situación, tuvo claro que lo que tenía que hacer era hablar con Albert Speer y, con decisión, se dirigió hacia la sala de comunicaciones para pedir una conferencia con Berlín, la cual le fue denegada con demasiada rapidez. El operario le había apuntado que sería imposible antes tan siquiera de intentarlo, pero le sugirió que se mantuviera localizado para que pudiera ser avisado si la conseguía. Zach suspiró resignado. En los últimos diez meses, las comunicaciones verbales con Speer podían contarse con los dedos de una mano y siempre bajo estrictas medidas de seguridad que incluían una total falta de privacidad entre ellos. Zach nunca pudo disfrutar de una conversación particular entre ellos puesto que por orden superior siempre debía estar presente un agente gubernamental. Por la actitud de Speer, Zach pudo deducir que al arquitecto le pasaba algo parecido.

Reprimió una oleada de indignación que amenazaba con hacerle perder los papeles y pedir línea directa con Adolf Hitler, algo que hubiera sido tomado como una amenaza directa contra el *Führer*. Sin embargo, cuando le sugirieron que lo intentase por la tarde, optó por tranquilizarse. Cansado, decidió que daría un paseo por el pueblo y que hoy no habría nadie a cargo del B-2.

Cada vez que salía de la base, dos esbirros con abrigo de cuero negro lo seguían sin disimular en absoluto su condición de escolta. Ni le dirigían la palabra ni le interrumpían en su paseo, pero se mantenían a una distancia prudencial tras él, pendientes de sus movimientos en todo momento. Zach, consciente de su situación, se dejaba seguir sin problemas porque, al fin y al cabo, no tenía nada que esconder. Entendía que todo ello formaba parte del juego y que el estado alemán velaba en todo momento por la seguridad de aquel que debía ser uno de sus secretos mejor guardados, pero hoy no tenía ganas de ser observado por el estado alemán ni por ninguno de sus testarudos agentes, sino de paladear la libertad que este le negaba, aunque fuera por un segundo.

Sin tener forjado un plan abandonó la base para dirigirse hacia el vecino pueblo de Giebelstadt e inmediatamente se situaron a su espalda dos hombres con gabán. Zach les saludó aunque no tenía por qué hacerlo... Eran los mismos que le habían seguido una y otra vez. Dado que nunca había planeado burlar su vigilancia, ellos no se habían dado cuenta de que la rutina y la colaboración de Zach habían relajado los procedimientos de seguimiento. Había adquirido la costumbre de ir siempre a la misma cafetería cuando quería estirar las piernas o despejarse un poco para sacudirse el opresivo ambiente cuartelero. Por lo general una bebida caliente era

suficiente para templar sus nervios y la poca sed de aventuras que le quedaba, pero hoy era diferente. Sin poder escuchar los consejos de Speer, único conocedor de su realidad, había decidido unilateralmente que iba a dejar por unas horas de ser una herramienta más del sistema y convertirse en una persona. El Reich había anulado su capacidad como individuo para decidir con quién quería hablar. Le exigía dedicación plena sin ofrecerle nada a cambio y hoy, tras la enésima negativa a hablar con Speer, necesitaba algo de libertad tras dedicarle una placentera sonrisa cómplice a sus sombras y acabar el segundo de los pastelitos de nata que encargó. De la forma más inocua que fue capaz de componer se dirigió al desvencijado baño de la cafetería, sabiendo que para otorgarle algo de ventilación extra, el dueño de la casa había decidido instalar una ventanilla de un tamaño más que suficiente como para servir de vía de escape a alguien con ganas de respirar lejos de la *Gestapo*.

Abrió el amplio ventanuco y, tras comprobar con satisfacción que el aire libre olía mucho mejor que el del cuarto de baño, tuvo que hacer algo de contorsionismo para salir por el hueco de la ventana hacia la calle. Se estiró como un gato recién despierto y se alejó del lugar de la forma más rápida posible sin levantar sospechas. Ya se había dado cuenta de que en el Tercer Reich todos eran sospechosos de algo, y mucho más si merodeaban cerca de una base secreta. Con resolución se apropió de la primera bicicleta que vio, sin importarle el estado en el que se encontraba y, embozándose con el cuello del más raído gabán que había encontrado ese día para ponerse, se puso a pedalear por la calle principal. Suponía que las personas que circulan sin ambages por la calle principal del pueblo llamarían menos la atención de la policía militar que abundaba en el pueblo, cuyo adiestramiento castrense les había enseñado que las personas con actitudes recelosas solían ser directamente sospechosas. Pedaleó hacia el norte para, en cuanto pudo, girar a la derecha buscando el río Meno. Con su fuga se había colocado en una situación harto delicada, porque a partir de ahora sus anfitriones sabrían que su actitud ya no era de plena colaboración, sino que pasaría a ser cautivo del sistema, con una vigilancia reforzada... siempre que le permitiesen continuar con vida. Sabía que más pronto que tarde darían con él y no quería hacerse el héroe cuando lo encontrasen; entre otras cosas porque era un hombre de palabra y su misión todavía no había terminado. Pero estaba solo en ese mundo y necesitaba respirar en libertad.

Un cartel junto a la carretera le indicó que había llegado a un pueblo llamado Ochsenfurt y se sentó en un montículo junto al río, cerca del puerto fluvial de la pequeña ciudad. Un sitio perfecto para pasar algún tiempo antes de que fuera detenido por alguien a quien le pareciese demasiado ocioso y tener que explicar que en realidad era un protegido del régimen que había decidido tomarse sin permiso unas vacaciones de un par de horas.

El problema de la máquina del tiempo y cómo deshacerse de ella se había vuelto el más acuciante de sus quebraderos de cabeza. Podía meter la máquina en una bahía de carga del B-2 y lanzarla sobre el océano aprovechando el viaje que se rumoreaba debía realizar hasta un punto seguro. La dificultad de esta operación era tener que recogerla de su taquilla e instalarla en la bodega subrepticamente. Quizás la opción más segura fuera hacerla desaparecer a martillazos. Después de todo, lo que se requería es que no quedase nada de ella que se pudiera usar, de manera que esa tecnología nunca pudiera llegar a manos de los nazis. La máquina deshecha e inutilizada a golpes quedaría irreconocible.

Una vez resuelto el problema de la máquina debía resolver el suyo. Había notado que su papel en la Alemania de 1941 era cada vez menos relevante y que Bifrost estaba a punto de concluir. El avión ya había sido examinado al milímetro y pocos sistemas útiles quedaban por ser investigados.

Hacia poco había llegado un equipo de ingenieros capitaneados por los hermanos Walter y Reimar Horten, dos inteligentes pilotos muy interesados en los mecanismos de control del avión y dispuestos a estudiar su apantallamiento radar. Zach sabía que el radar inglés, una versión muy rudimentaria de los que escrutarían el cielo entre EEUU y la URSS tras la guerra, comenzaba a causar problemas a las incursiones de la Luftwaffe sobre Inglaterra, al poder advertir de la presencia de ecos radar que se aproximaban a los acantilados de Dover. Zach les explicó gustoso cómo su avión reducía su eco e incluso les facilitaba datos sobre la manera de absorber ondas de radar, de frecuencias que todavía tardarían mucho en hacer acto de presencia. Estaba dispuesto a enseñar a los nazis incluso el sistema de tratamiento de aguas residuales y a hacerles un esquema de cómo funcionaba la taza del baño químico del avión, pero lo cierto era que su papel en Bifrost estaba tocando a su fin. Esperaba que le dejaran marchar cuanto antes.

Eligió otra piedra cercana con forma discoidal y la tiró al agua en rotación, esperando que rebotase en la superficie del río. Comenzaba a sentirse mejor al perder la agobiante presión a la que se veía sometido en la base.

Tenía que hablar como fuese con Albert Speer para llegar a un acuerdo respecto al fin de su misión. Si era cierto que debía llevarse su avión a un país neutral quizás, en su calidad de instructor, pudiera terminar de enseñar a dos o tres aviadores a pilotarlo y retirarse en el país que le recomendasen, esperando pacientemente el fin de la guerra para poder hablar con Speer de una forma anónima. Quizás podía ganarse la vida como escritor de ciencia ficción, escribiendo sobre el injusto futuro que él había conocido y que gracias a su intervención jamás vería la luz. Permaneció durante un tiempo indeterminado pensando en su hijo Joey hasta que una voz le hizo retornar a la realidad.

–Caballero... ¿Le importaría no tirar más piedras al río? Me está espantando la poca pesca que hay.

–¿Perdón? –Zach parpadeó con intensidad. Junto a él se había situado un tipo diminuto con una rudimentaria caña. No parecía enfadado cuando blandía el palo al que había acoplado un trozo de cuerda que intentaba parecer un sedal. Con eso lo único que conseguiría pescar sería un resfriado si permanecía al relente con su magra figura embutida en un holgado gabán negro que no parecía adecuado para el frío que todavía reinaba en esa época del año.

–Los peces –añadió el hombrecillo con lo que intentaba ser una sonrisa amable en el rostro–. Intento conseguir la cena y si continúa usted tirando piedras, me será muy difícil pescar algo.

Zach se puso en tensión. Había algo en ese tipo que no le acababa de gustar. Mostraba unos modales correctos, pero algo no cuadraba. No podía hablar en serio si pretendía pescar con una cuerda atada a un palo, y le extrañó mucho que alguien de su edad estuviera campando a sus anchas en un país movilizado para la guerra. Pese a su poco cuerpo y la calva que empezaba a dejar el cuero cabelludo a la vista entre el pelo peinado hacia atrás, parecía en edad y condiciones de ser llamado a filas. Y por la actitud confiada tampoco parecía un desertor. Por lo que sabía, en el Tercer Reich la gente no se acercaba así como así a hablar con desconocidos, aunque le ahuyentasen la pesca.

De pronto cayó en la cuenta: apestaba a *Gestapo*. No podía ser otra cosa.

–Puedo explicarlo –comenzó Zach a justificarse. Sabía que una vez echado el lazo, muchas de sus posibilidades pasaban por evitar un primer disparo en la nuca mostrando una actitud tranquila–. Mi intención fue solo la de tomar algo de aire fresco. Lo necesitaba.

–Todos necesitamos aire fresco de vez en cuando –convino el pequeño hombre, caña en mano. Mostraba un semblante cuanto menos desconcertante, acorde con su actitud poco

amenazadora. Si era de la *Gestapo*, debía ser un tipo muy peligroso si era capaz de mantener esa aparente frialdad y falta de interés al detener a un fugitivo—. Yo también estaba disfrutando de esta fresca mañana.

Zach observó a su acompañante bajo un prisma diferente. Ahora sabía que ese hombre ni estaba allí por casualidad ni había ido a pescar con tan estrafalario aparejo. Y posiblemente ni disfrutaba de la fresca mañana y los peces le importaban un bledo. Tampoco parecía haber ido allí a detenerlo; y menos él solo.

—Me llamo Dennis —anunció el desconocido tendiendo una mano amistosa. Zach se presentó asimismo tras apretar la mano de ese intrigante hombre, notándola muy robusta para su escaso tamaño.

Los dos hombres comenzaron una conversación intrascendente en la que se hacía patente que cada uno escudriñaba al otro mientras hablaban del tiempo. Zach tuvo que reconocer que se encontraba embobado por la situación. Si ese hombre hubiera querido hacer algo con él, habría podido actuar hacia bastante rato. Estaban los dos solos en el descampado cerca del puerto, y cualquier cosa que hubiera sucedido en ese rincón hubiera pasado desapercibida. Cuando por la mañana salió de la base pensando en dar un paseo en libertad por los alrededores, desestimó llevar un arma que podía haber complicado su posterior detención; pero ahora hubiera deseado haber contado con una Luger en el cinturón. Quizás ese tipo fuera un espía.

Barajó la posibilidad de que pudiera detener a este hombre y hacerlo comparecer ante la *Gestapo*. Pensaba que si aparecía con un sospechoso de espionaje podría ofrecer una coartada válida para explicar el abandono de sus funciones cuando, tras mirar de refilón dentro del gabán del hombrecillo, descubrió algo que a punto estuvo de dejarlo sin respiración. Colgando de una cartuchera, ese hombre tenía bajo el brazo un subfusil Heckler & Koch MP5K. El abrigo se había abierto lo suficiente como para ver un arma que, de ello estaba seguro, no sería diseñada al menos hasta 1960.

Durante un segundo en el que el extraño pudo ver la incertidumbre en el rostro de Zach, ninguno de los dos supo qué había pasado. El pequeño hombre del subfusil no había sido consciente de haber dejado ver su arma, y Zach se encontró en medio de un torbellino de sensaciones desconocidas. No podía comprender qué hacía allí un hombre con un subfusil que todavía no había sido diseñado. Pero lo que tenía claro era la imposibilidad de que dos personas venidas del futuro hubieran coincidido aleatoriamente en un pueblo desconocido en el corazón de Alemania. No lo tuvo bien claro, pero supo que lo que tenía que hacer era huir de allí a la desesperada. Quizás ese hombre no quisiera sacar su arma en público.

Tras un salto, empujó al hombre hacia el río y sin mirar atrás, salió corriendo en dirección al centro del pueblo; oyendo cómo detrás, el pequeño extraño le gritaba algo incomprensible que no pensaba quedarse a debatir. No le pareció haber oído el golpe del hombre al caer al agua, como hubiera querido hacer con su empujón y se arrepintió de no haber coordinado más su acción. No era eso lo que le había enseñado en la academia militar, pero ninguno de sus instructores le enseñó a reaccionar ante un hombre portando armas del futuro; lo cual era, además, lo que estaba haciendo él.

—¡Para! ¡Conseguirás que te disparen! —pudo oír Zach que le exhortaba la voz del hombrecillo desde detrás y tuvo que reconocer que tenía razón. Si las fuerzas del orden estaban al tanto de su desaparición, cabía pensar que estuvieran en alerta; y en esa situación de tensión, era muy posible que, de ver la escena, alguien disparase a matar antes de hacer ninguna pregunta.

Zach levantó las manos mientras paraba su loca carrera.

—Está bien... Está bien —balbució Zach falto de aire tras la explosiva carrera. El

desconocido del Koch & Heckler llegó en seguida a su lado.

–¿Qué ha pasado? –preguntó, sofocado.

–Lleva usted un arma que todavía no ha sido diseñada –expuso Zach señalando la zona bajo el gabán en la que había visto el subfusil. Decidió no andarse con rodeos.

El desconocido se sintió contrariado en lugar de sorprendido. Había quedado claro que ambos sabían de qué estaba hablando. Suspiró.

–Me temo que aquí solo usted y yo sabemos lo que es la *perestroika* –anunció el extraño con una forzada mueca amistosa, abriendo su abrigo y mostrando su arma–. He venido aquí para salvarle.

Un repentino disparo a quemarropa no le hubiera causado una impresión mayor. Si ese tipo no hubiese llevado ese subfusil, jamás lo hubiera creído. Por un segundo recaló en la dificultad que tiene, en momentos de tensión, admitir ese tipo de afirmaciones aun teniendo pruebas de ello; y reconoció el mérito de Speer en creer su historia con apenas un par de datos con poco fundamento.

–¿Para salvarme? ¿Salvarme de quién? –Zach tenía miles de preguntas pugnando por salir y no sabía cuál de ellas era más importante–. ¿Salvarme por qué?

–Corre peligro –atajó el desconocido.

–¿Qué tipo de peligro?

–Está bien... –el tipo hizo ademán de pedirle que lo siguiera hacia el lugar donde se habían encontrado, a lo que Zach accedió de mala gana–. Tengo que enseñarle algo que le interesará.

Zach comenzó a andar hacia el pequeño muelle que, disimulado por unas aulagas, permanecía escondido de la calle en la que, a pesar de la hora cercana al mediodía, poca gente transitaba.

–Le voy a ser franco –se arrancó el desconocido antes de llegar al espigón, mirando en todas direcciones comprobando que nadie les había seguido–. Lo sé todo sobre usted. Sé lo que ha venido a hacer aquí, lo que ha traído, y cuáles son sus intenciones. A partir de ahí, le tengo que pedir que escuche lo que tengo que decirle y mostrarle; y luego actúe en consecuencia –llegaron al muelle–. Tengo pruebas de las verdaderas intenciones de los nazis: quieren eliminarle y usar su avión para volatilizar Washington con una de sus bombas nucleares.

Zach permaneció en pie, mirándolo con el mismo desconcierto con el que lo hubiera mirado si le hubiese mostrado su hígado sobre la palma de su mano.

El desconocido se llevó una mano al interior de su abrigo y, cuando Zach pensaba que lo iba a liquidar por haber escuchado más de la cuenta, sacó un pequeño objeto negro rectangular. Pese a que no veía uno hacía mucho tiempo, lo reconoció enseguida. Era un móvil. Si le cabía alguna duda de que el portador del subfusil Heckler & Koch era su contemporáneo, le acababa de mostrar una prueba definitiva que mostraba el anagrama de una manzana mordida. Tras desbloquearse al haber reconocido el teléfono el rostro de su dueño, Zach decidió acercarse a él una vez desechó la idea de que ese tipo quería acabar con su vida. Aquel hombre le dejó el teléfono como si le quisiera enseñar las fotos de la comunión de su hija; aunque lo que vio fueron fotos de planos. Comenzó a navegar entre las fotos.

–Las hice en el despacho del *reichsmarschall* Göring –murmuró el hombrecillo, reconociendo la perplejidad de Zach–. Son fotos de los planes de ampliación de una pista para poder operar su avión; y más tarde se detalla cómo usted será eliminado para que los pilotos que usted mismo está adiestrando se hagan cargo del avión –señaló–. Y el bombardeo de Washington no es una opción... Será una realidad si usted y yo no lo impedimos.

Zach tuvo que volver a pasar fotos adelante y detrás hasta que se convenció de que lo que

veía era cierto. Le habían escondido sus verdaderas intenciones. En un escondido recodo del Meno, dos hombres miraban la pantalla de un móvil de última generación que no verá la luz hasta dentro de setenta años, en la mente del consejero delegado de una empresa de alta tecnología gestada entre tres amigos en el sótano de una casa en California.

Sin embargo, para los protagonistas de la imagen, aquello no tenía más de especial que ver que en sus manos tenían la opción de remediar un desenlace que nunca hubieran querido.

Zach se sintió muy contrariado. Desde que Diane fuera violada y asesinada por aquel cerdo de las SS, su participación en la misión había caído hasta la dejadez. No había supervisado el uso que se daría de la tecnología que procuraba a los nazis, y ahora se le había ido de las manos. Diane estaba muerta, y si no hacía algo rápido, cientos de miles de compatriotas suyos también.

Zach levantó la mirada desde la pantalla del teléfono hacia el rostro del pequeño hombre que a saber que aventuras había recorrido hasta dar con él.

—¿Quién es usted? —preguntó Zach, frunciendo el ceño y decidiendo no dar un paso hasta que esa pregunta se viera resuelta.

Capítulo 32

Durante un par de segundos que parecieron una eternidad, los dos viajeros del tiempo se examinaron uno al otro, sentados en la balaustrada del puerto fluvial de Ochsenfurt. Zach era el que se hallaba más intrigado por el repentino giro de la situación. Su recién aparecido compañero de viaje temporal miraba condescendiente al capitán porque el encuentro había sido largamente esperado por él; hasta que, teniéndolo a la vista, decidió que no merecía la pena esperar más.

–Pertenezco a las fuerzas especiales alemanas del siglo XXI y mi misión es impedir que usted complete la suya. Debo evitar un pavoroso derramamiento de sangre y solo usted puede detenerlo –alargó de nuevo una mano hacia Zach. Este, aún perplejo, la estrechó con cierta indolencia.

–Pero... ¿Cómo ha llegado usted hasta aquí? ¿Cómo ha conseguido esos datos sobre mí? – las preguntas, miles de ellas, se agolpaban en la mente de Zach–. ¿De qué manera ha conseguido las fotos de esos documentos? ¿Quién le envía?

El desconocido se presentó como Dennis y comenzó a narrar su historia. Refirió cómo fue elegido para realizar un salto al pasado utilizando la misma tecnología empleada para traslocar el avión y su tripulación, solo que él fue lanzado en paracaídas portando entre sus brazos una pequeña máquina de un solo uso que lo envió a la época en la que se encontraban, mientras descendía. Inició su viaje en el siglo XXI a diez mil pies de altura para caer en la época prebélica de la Alemania nazi. Justificó su decisión de llegar con tanta antelación porque, según los datos que había podido conseguir, sabía que el salto se produciría sobre España pero, al desconocer la fecha exacta, tuvo que llegar con la suficiente anticipación para tejer la telaraña que pudiera interceptarle antes de que pudiera entregar su avión a los nazis.

–Tuve que buscar un empleo que me permitiese tener poder para dar las órdenes pertinentes para lograr mi objetivo –concluyó Dennis–. Entré en la *Gestapo*, lo que me proporcionó la oportunidad de cotillear para enterarme de los detalles de su misión y del uso que los nazis quieren dar a su avión. En cuanto cayó en mis manos un documento que hablaba de una portentosa máquina voladora que estaba siendo examinada en Giebelstadt, supe que solo podía ser la que iba a destruir Washington. A partir de ahí tuve que apostarme cerca de la base y esperar a que salieses. Tu intento de fuga no hizo más que ponerme las cosas fáciles... ¿Algún problema? – inquirió Dennis viendo la cara escéptica de Zach y poniendo en el hombro de este una mano que intentaba ser conciliadora.

–No sé... Hay algo que no me acaba de cuadrar del todo –Zach miró la mano de Dennis sobre su hombro con un claro rictus desaprobatorio, ante lo cual el pequeño agente la retiró mientras asentía–. He conocido a tipos de la *Gestapo* y no pareces uno de ellos.

–¿Lo dices por mi estatura? –cloqueó Dennis llevándose una mano a la cabeza como remarcando su altura y quitando importancia a la arisca actitud de Zach–. Los tipos de las SS cometieron el error de subestimarme al verme, pero cambiaron de opinión cuando de un solo golpe dejé sin sentido a una masa de músculos de más de dos metros de altura –se jactó antes de proseguir–. Quizás tampoco veas en mi mirada el fanatismo que brilla en los ojos de la *Gestapo*. Entre tú y yo: no lo tengo. Me costó mucho convencerlos de mi devoción hacia el *Führer* y para ello tuve que usar mis mejores dotes escénicas, pero todo eso era imprescindible para poder contactar contigo. Ahora estoy adscrito al servicio de contraespionaje, a la oficina de información sobre los países del este; de los cuales tú y yo sabemos mucho. Incluso cómo acabará esto.

–¿Piensas pronosticar la *perestroika*? –preguntó Zach aún receloso, más para tantear el origen real de ese tipo que atendía por Dennis.

–No, aunque no sería mala idea –escupió el hombrecillo de la *Gestapo*–. Al padrecito Stalin le daría un síncope inmediato si supiera lo que preparará Gorbachov. Escogí con cuidado al equipo al que voy a ser traspasado en breve –explicó Dennis tras ponerse en pie para pasear ojo avizor por la pequeña explanada. Sabía que dos hombres ociosos frente al muelle de una ciudad no tardarían en llamar la atención de las autoridades y no quería que les interrumpieran antes de dejar las cosas claras con Zach–. Iré al grupo SS de Reinhardt Gehlen el cual, con mi ayuda, recabará información sobre la URSS en tal cantidad y calidad que al terminar la guerra, los americanos (tus compatriotas) nos abrirán las puertas del paraíso cuando se den cuenta de que el bolchevique es el enemigo a batir. Y esto no es ni una suposición ni una teoría, sino que sé que sucederá –Dennis se detuvo en su paseo para encararse altivamente a Zach–. ¿Ya has pensado que vas a hacer cuando termine la guerra? Y sobre todo... ¿Con qué bando la vas a terminar?

Zach, desarmado ante la pregunta que se había hecho una y mil veces, no supo qué contestar. Los planes que había estado tejiendo para el fin de la guerra eran para él solo; y siempre bajo la premisa de que Alemania ganaría la contienda. Ahora dudaba. Si lo que apuntaba Dennis era cierto, no estaba seguro de querer ser parte del equipo que consiguiese borrar Washington del mapa. Cuando tuvo que disparar al teniente Brandon Fischer para iniciar la misión que tan lejos le había llevado, concluyó que su cupo de compatriotas muertos por su causa ya estaba cubierto.

Antes que admitir que le asaltaban las dudas sobre su misión, tuvo que reconocer que no había planeado nada en firme. Dennis, mirando alrededor sin ocultar su nerviosismo, se dirigió de nuevo hacia Zach.

–En ese caso puedes venir conmigo. Cuando acabe la guerra, pasaremos poco tiempo en un campo de concentración americano, pero en cuanto Gehlen les muestre a los americanos todo lo que tiene sobre la URSS, seremos imprescindibles para ellos –Dennis se detuvo ante Zach, brazos en jarras–. Lo que te propongo es formar parte de mi equipo y acabar tus días como un hombre libre en los Estados Unidos.

–Ya puedo acabar mis días como un hombre libre en Alemania –sentenció Zach. Recordó que las directrices de Bifrost le prohibían expresamente volver a los Estados Unidos–. Supongo que para poder formar parte de ese plan que me presentas, tendré que dar algo a cambio... ¿No?

Dennis sonrió como un felino.

–Deberás ayudarme a cargarme tu avión –sentenció.

Esta vez fue Zach el que se levantó sobresaltado. Su mente era un maremoto de dudas. No podía obviar los motivos que le habían llevado hasta allí y por los cuales había dado su palabra; algo que siempre había sido ley. Pero ahora, inmerso en el Reich que había prometido salvar, no estaba tan seguro de que hacerles ganar la guerra fuera la mejor de las opciones. Aunque nunca quiso vincularse a Alemania como un salvador de la patria puesto que lo que en realidad buscaba era salvar la suya, en este momento preciso era un pelele en manos del gobierno alemán. Mientras su proyecto iba ganando autonomía, su presencia era cada vez menos necesaria; y el Tercer Reich se lo recordaba con descarnada crueldad cada vez que quería comportarse como una persona libre. Por la mente, igual que un tornado de los que azotaban Oklahoma en junio, destrozando cuanto encontraban, se le cruzó el pensamiento de que tras lo que había vivido, quizás la eliminación de libertades que preconizaba la Alemania nazi no fuera la solución para los males del mundo; aunque seguía prefiriendo la opción por la cual había ido hasta allí. Ni su hijo Joey ni su amada mujer Lilian hallarían paz si los alemanes perdían la guerra, otorgando el poder del

mundo a la judería internacional. Pensó que quizás todos los males que había visto en Alemania se difuminasen una vez ganada la guerra. Rememoró la corta estancia que le mostró en Berlín una sociedad feliz y sin problemas, parecido al mundo ideal que quería dar a Joey, y decidió que ese era el legado que quería dejarle.

–¿Estás seguro de que Washington será bombardeada? –preguntó Zach, intentando poner sus pensamientos en orden, ahora que los cimientos que tan sólidamente habían sostenido sus principios comenzaban a tambalearse ante la visión apocalíptica de la capital de su país arrasada por la tecnología que él había llevado hasta allí–. ¿Lo *viste*?

–No. De lo único que estoy seguro es que los nazis planean destruirla con tu avión. Si será bombardeada o no es una cuestión que ahora mismo depende de ti –sentenció Dennis.

Zach, furioso, dio una patada a un guijarro, lanzándolo lejos hasta la calle. El maldito enano tenía razón.

–Y si quisiera ayudarte ¿Cómo podría hacerlo? –concedió Zach. Si el avión iba a ser utilizado contra ciudadanos americanos, debía ser neutralizado.

En ese mismo momento, la piedra que Zach había pateado acabó de rodar lánguidamente frente a un par de botas de cuero negro. El dueño de las botas de caña alta vestía un uniforme verde con el distintivo collar del *Ringkragen* y, tras mirar hacia el lugar desde donde había venido la piedra, sonrió como una hiena viendo a los dos hombres palidecer al comprender que la policía de campaña los había encontrado.

–¡Alto a la *Feldgendarmerie*! –aulló el perro de presa^[48] mientras desenfundaba su pistola y hacía sonar su silbato.

–¡Nos han descubierto! –se lamentó Zach.

–Recuerda que soy *Gestapo* –murmuró Dennis forzando una sonrisa dirigida a los guardias–. Estamos en misión oficial... ¡Pero necesito saber si puedo contar con tu ayuda para destruir el puto avión! ¡Necesito entrar con el coche en Giebelstadt!

El *feldgendarme* corría hacia ellos, pistola en mano.

–¡Claro que quiero! –silbó Zach mientras levantaba las manos–. Cuenta conmigo, pero... ¡Joder! ¡Sácanos de aquí antes!

Dennis cambió su sonrisa amistosa por una mucho más tenebrosa, justo en el momento que llegaba el gendarme hasta donde se encontraban y se detenía, abriendo las piernas y apuntándoles con su arma.

–¡Alto! –repitió el agente una vez, estático y sonriendo mientras enseñaba la dentadura superior en una fea mueca. Le encantaba el efecto que esas palabras tenían en las personas. Hace unos años, en el orfanato, sus compañeros se burlaban de su rostro simiesco; y ahora, con el uniforme de la *Feldgendarmerie*, no había nadie que osase llevarle la contraria cuando hacía tintinear su collar mientras le daba el alto. Su compañero, un *feldwebel* de mucha más edad que él apareció en escena, alertado por el silbato.

–¡*Feldwebel*! ¡Aquí! –llamó a su superior sin quitar la mirada de los dos hombres–. Creo que tenemos al hombre que estábamos buscando.

El repugnante *gefrierter* que los apuntaba con su pistola se relamía los belfos como lo haría un gorila. Atisbaba una medalla si conseguía capturar al misterioso tipo que había huido de Giebelstadt. Zach permanecía con los brazos semi levantados, pero no así Dennis que, desafiante, se había colocado brazos en jarras mirando hacia el gendarme.

Una vez llegó el *feldwebel*, sonrió de satisfacción al ver a los sospechosos. Estaba seguro que ese hombre que levantaba los brazos con resignación era el fugitivo que buscaban. Tan solo ladró una orden.

–¡Papeles! –exigió mientras doblaba los dedos en gesto prusiano, con la palma de la mano hacia arriba y reclamando la documentación a los dos tipos. Reparó en la presencia del pequeño hombre que se encontraba con el sospechoso, sin duda un pobre lugareño que había cometido el fatídico error de encontrarse en el sitio incorrecto en el peor momento–. Y... ¿Qué hace aquí este enano? –preguntó torciendo el gesto.

–Lo desconozco, *feldwebel*, pero tiene pinta de ser un saboteador –comentó el *gefreiter* entre hipos de risa. Lo que acababa de decir, expresión máxima de su nivel de inteligencia, le parecía la frase más ocurrente que había tenido en años y decidió recordarla para sucesivas detenciones.

–Desde luego, *gefreiter*... Va en uniforme de gala de gran saboteador –convino con el subordinado que todavía le cubría con su arma–. ¡Levanta las manos, mico, si no quieres que te fusile ahora mismo por sabotaje de las órdenes!

A la mayor gloria del nerviosismo de Zach, Dennis no solo no movió un músculo, sino que mantuvo desafiante la mirada del *feldwebel* de los perros de presa.

–Obedece, enano, o te ahorco sumarísimamente en la primera farola que encuentre –amenazó entre dientes el veterano *feldwebel* con rabia.

–Llevamos siempre encima el equipo de juicio rápido para saboteadores –agregó el *gefreiter*, encantado de sí mismo y del desternillante humor ácido del que hacía gala hoy.

Hubo un momento de tensión en el que nadie se atrevió a decir nada. La actitud desafiante de ese hombre comenzaba a levantar sospechas.

–¡Sangre de burdel! –exclamó Dennis de repente, balanceándose sobre sus botas y con un tono de voz que nadie hubiera supuesto hubiera salido de un hombre tan menudo–. ¿Cómo se le ocurre interrumpir una misión del Reich? ¿Es que está cansado de la vida, imbécil?

El exabrupto descolocó a los gendarmes. La veteranía del mayor de ellos le sugería que un hombre que se atrevía a hablar en esos términos delante de todo un *feldwebel* de la *Feldgendarmarie* estaba o loco o muy seguro de sí mismo. El *gefreiter* no pudo reaccionar, recordando de repente los gritos que le dedicaban sus cuidadores del orfanato en Jena y, sin dejar de apuntar al sospechoso, comenzó a temblar como un perro mojado recordando las palizas que recibía allí por los motivos más peregrinos.

El *feldwebel* arqueó una ceja. No sabía qué era lo que quería aparentar ese hombre. Lo miró de arriba a abajo, pero no supo muy bien si tenía delante a alguien bien respaldado o a uno de tantos simuladores que aparentaban ser lo que no eran para intimidar a sus captores y huir así de su destino. Como se tratase de este último tipo de personas, le sacaría la piel del culo por encima de las orejas, pero una insignificante incertidumbre reclamaba su atención en lo más hondo de su cerebro, indicándole que tuviera cuidado con ese hombre si quería seguir viendo su cabeza sobre sus hombros. De un tiempo a esta parte, el verdugo de Plötzensee hacía horas extra.

–¿Cómo que quién soy? ¿Esa qué manera es de dirigirse a un superior, *feldwebel*? –Dennis avanzó un par de pasos hacia los gendarmes blandiendo un dedo acusador–. Le advierto: siga entorpeciendo la labor de la *Gestapo*, grupo VI, y se verá en Torgau en menos que canta un gallo... ¿No es capaz de ver que estoy en servicio de custodia de este invitado del Reich?

La sola mención a Torgau, la más temible de las instituciones penitenciarias militares alemanas, tuvo un efecto devastador en la entereza del *feldwebel* de los perros de presa. Y por si fuera poco, le había confirmado que pertenecía a la sección de contraespionaje de la *Gestapo* y que ese hombre era el fugitivo que andaban buscando, cosas que sabía eran *gekados*. Nervioso, se cuadró reglamentariamente.

–Baje el arma, *gefreiter* –silbó entre dientes sin moverse, cayendo en la cuenta de que el

tarado de su acompañante seguía en pie encañonando a ese hombre.

Dennis seguía aproximándose al *feldwebel*, observándolo como lo haría un animal de presa. Zach bajó las manos, sabiendo que la escena había dado la vuelta. Es más: le divertía pensar que ese hombre que le había confesado venir de su mundo estaba poniendo firme a todo un sargento de la policía militar, algo que ni tan siquiera el descerebrado de Keith sería capaz de hacer ni aunque ensayase una semana ante un espejo.

–Debemos partir de inmediato para Giebelstadt –anunció Dennis en voz alta, mirando de refilón a los gendarmes–. El tiempo apremia y, si estos caballeros no nos hacen perderlo más, nos pondremos en marcha ahora mismo.

El *feldwebel* se ofreció como escolta hasta la entrada a la base, intentando parecer amable de repente.

–¿Insinúa usted que la *Gestapo* es incapaz de encontrar el camino por sí misma? –apuntó Dennis, sintiéndose belicoso–. ¿Acaso duda de la victoria final?

El *feldwebel* replicó vehemente e inmediatamente que jamás en su vida lo había dudado. Cualquier otra respuesta le hubiera valido un tiro en la nuca. Dennis sabía que a medida que avanzase la guerra, el pueblo y el ejército iría perdiendo esa fe en la victoria, pero en cualquier caso, nadie que no estuviera en sus cabales lo admitiría. Sonriendo, el pequeño hombre consintió en que los *perros de presa* les escoltasen hasta su coche.

Zach se sorprendió. No sabía que Dennis tuviera uno. El hombre de la *Gestapo* indicó que se pusieran en marcha mientras los policías se dirigían hacia un coche desvencijado en el que subieron para, siguiendo las indicaciones de Dennis, dirigirse hacia el centro de la ciudad y parar al poco tiempo junto al puente que cruzaba el Meno; donde se subieron a un Kübel con las insignias de la RSHA. Llegados a ese punto, Dennis accedió a que los dos gendarmes les siguieran hasta la base suponiendo que les proporcionaría un toque de importancia cuando apareciera con Zach en el asiento del acompañante. Los dos coches salieron de Ochsenfurt dejando silencio tras ellos.

Por el camino, Zach y Dennis ultimaron el plan que cortó la irrupción de los agentes de la *Feldgendarmerie*. El pequeño repitió que lo único que tendría que hacer era ser su coartada para ayudarle a entrar y a colocar los explosivos que tenía guardados en el coche; advirtiéndole de que deberían hacer el trabajo lo más deprisa posible porque no pasaría mucho tiempo hasta que alguien de la base llamase a Berlín preguntando por él y se enterase de que estaba de permiso, momento en el cual estaría todo perdido. Afortunadamente era viernes y, aunque en Berlín podían certificar que Dennis pertenecía al grupo VI de la *Gestapo*, todos los que podrían verificar su misión se encontrarían de permiso de fin de semana en sus domicilios, lo que significa que tendrían dos días para volar el avión.

De repente, Zach se dio una palmada en la frente.

–¡Dios mío! ¡La bomba! –exclamó con fastidio–. ¡No podemos destruir el avión! ¡En la bodega hay todavía una bomba nuclear!

–Pero no explotará si detonamos el avión –tranquilizó Dennis. Sabía que una explosión convencional no haría estallar la bomba.

–No, pero se convertirá en una bomba sucia^[49] y extenderá material radiactivo en muchos kilómetros a la redonda. Contaminaremos la zona desde Núremberg hasta Frankfurt –explicó Zach–. Radiactividad. Algo que este mundo desconoce y de lo que no tiene miedo. Pueden morir millones en las próximas generaciones si la nube es dispersada por el viento.

Los dos hombres callaron. No habían contado con esparcir mierda radiactiva por toda Alemania, y a ninguno de los dos le convenía.

–¿De cuánto explosivo dispones? –disparó Zach.

–Unos 400 kilos de TNT.

Zach torció el gesto. Era suficiente como para reventar el avión y la bomba en su interior. Tendría que pensar la forma de sacar del avión el artefacto que todavía portaba en su bodega.

De repente, la solución le vino a la cabeza. Recordó que antes de dejar la base por la mañana había pedido hablar con Speer y le dijeron que podría hacerlo por la tarde. Explicó a Dennis tal situación y sugirió pedir al arquitecto que desalojasen la bomba hacia Berlín lo antes posible. Al fin y al cabo, la bomba no hacía nada provechoso en la base. Nadie la estudiaba allí porque no había el equipo necesario, de manera que permanecía improductiva adosada al carrusel de la bodega derecha del avión. Intentaría meter a Speer toda la prisa que pudiera para que se llevaran la segunda bomba lejos de allí cuanto antes. Dennis asintió. No les quedaba otra solución.

Cavilando cómo traspasar el explosivo desde el coche hasta el avión llegaron a la entrada de la base. Los guardianes de esta empuñaron sus fusiles cuando vieron acercarse la comitiva, pero los bajaron al ver los banderines de la RSHA que portaba el Kübel, seguido de cerca por otro vehículo con la insignia de la *Feldgendarmarie*. Dennis sonrió satisfecho al ver el efecto que producían. Si en ese momento los guardias hubieran continuado hostiles y creando complicaciones, todo se hubiera torcido tanto que podía haber mandado la operación al garete. Les dieron el alto, pero tanto él como Zach notaron que de una forma más protocolaria que alarmada. A la vista del invitado que daban por fugado, desde la entrada llamaron al cuerpo de guardia, de modo que a los pocos segundos se presentó en la puerta un mal encarado contingente de las fuerzas de las SS encargadas de la seguridad del recinto. Zach reconoció a la mayoría por sus rostros y supo enseguida que no le perdonaban el haberles dado esquinazo. Dennis se dio cuenta de que la bravuconería fácil que había usado con los *perros de presa* no iba a funcionarle ahora. Esos tipos eran de otra pasta bien diferente.

Sin mostrar servilismo alguno, se bajó del coche con ademán de suficiencia y se presentó a los SS como *obersturmführer* Dennis McGrath, asignado a la oficina VI de la *Gestapo* en la Prinz Albrecht Strasse, obviando el saludo nazi. Zach ya sabía que no se utilizaba en determinados círculos. Lo que estaba presenciando era una lucha de serpientes. Dennis declaró que se encontraba de misión para supervisar la seguridad de la base cuando se encontró con aquel a quien debían proteger.

–¿Tiene una orden? –preguntó el comandante de la guardia que ostentosamente acababa de hacer acto de presencia. Dennis se dio cuenta de que no iba a ser fácil lidiar con aquellos tipos.

–Los de la sección VI no la necesitamos. Puede usted preguntar por mí en Berlín cuando quiera, pero será después de que termine mi informe –Dennis ni se bajó del coche, pero levantó la vista muy despacio hacia el comandante–. Le adelanto que no saldrán ustedes muy bien parados... ¿Se imagina lo que hubiera pasado si este hombre hubiera caído en manos de nuestros enemigos? ¿Quién se haría cargo del avión y de su armamento? ¿Usted?

–Este hombre... ¿Se encontraba bajo la estricta vigilancia del servicio de seguridad de la base y la burló con sombríos motivos, *herr obersturmführer*! –ladró el comandante, visiblemente más nervioso que hacía un minuto.

–¡En efecto! –contestó Dennis volviéndose hacia Zach–. Pero ya no se encuentra. Dígame, señor Schneider... ¿Le ha sido difícil burlar la seguridad de la base?

Zach permaneció en silencio durante un segundo. Cuando ese hombre le pidió ayuda para entrar en la base no se imaginó que se refería a una citación como testigo.

–La verdad es que solo tuve que saltar por la ventana del baño –concedió con honestidad

tras madurar la respuesta.

–Ha quedado claro. Dígame, comandante... –prosiguió Dennis cambiando su mirada hacia el SS– ¿Se considera usted una persona competente?

–Por supuesto. Mi historial de servicio es intachable –tragó saliva porque eso no era del todo cierto. Aunque no pudieron condenarle, su nombre había aparecido no hacía mucho junto al de unos condenados por contrabando de café en un turbio asunto que acabó en un batallón disciplinario.

–Me alegra oír eso, porque necesitamos oficiales competentes para limpiar de partisanos los territorios del este –sentenció Dennis. El comandante se derrumbó ante su vista y sólo consiguió cuadrarse y chocar sus tacones con estrépito–. Ahora necesito dejar a este hombre en la base. Permaneceré en ella hasta que comprueben mi identidad, y una vez mi informe haya sido dado curso, espero de usted una solicitud para ser trasladado a Bielorrusia. Los bosques de Minsk están atestados de partisanos que hay que eliminar.

–Entendido –consiguió articular el lívido comandante, tras lo cual ordenó levantar la barrera. Tras el Kübel, el coche de la *Feldgendarmerie* los seguía, ambos ocupantes disimulando con cara de circunstancias. Esperaban perder de vista a ese detestable *Gestapo* cuanto antes.

–¿Que te ha parecido? –sonrió Dennis, sonriendo mientras se echaba hacia atrás en su asiento y agarraba el volante con una sola mano.

–Innecesario –sentenció Zach–. ¿De verdad era necesario enviarlo con Dirlewanger^[50]?

–No siento ninguna simpatía hacia estos cerdos –aseveró Dennis borrando la sonrisa del rostro en una fracción de segundo–. Mi padre me enseñó a odiar a los nazis.

Tras un incómodo instante de silencio entre ambos, le preguntó hacia dónde debía dirigir el vehículo. Pese a haber vigilado la base desde hacía un par de semanas, su conocimiento no era tan detallado como para saber sus particularidades. Y ahora estaba dentro. Llegaron a una explanada ante los hangares, donde se detuvieron para que Dennis pudiera despedir a los gendarmes sin apenas más que una palabra áspera, tras lo cual, sin perder un segundo, recordó a Zach que debían pedir a Speer que ordenase la retirada de la segunda bomba.

La noticia de la presencia del agente de la *Gestapo* que pretendía despachar al *oberscharführer* a liquidar partisanos al este había corrido como un reguero de pólvora encendido, de manera que no le costó a Zach mucho llevarlo, entre furtivas miradas, hasta el cuarto de comunicaciones, donde esta vez pudo obtener comunicación con Speer. Quizás la presencia de Dennis había obrado el milagro, de manera que intentó dar a la situación una vuelta de tuerca pidiendo al veterano operario de comunicaciones algo de intimidación para hablar con Speer de temas de lo más trascendental e importante para el futuro del Reich.

–Lo siento –respondió al instante, dirigiendo su mirada hacia Dennis–. Debo declarar que mis órdenes son indiscutibles en ese sentido. No puedo dejar mi puesto si no me muestran una contraorden.

Dennis se encogió de hombros mientras Zach, resignado a no poder hablar con confianza con su único amigo, pidió comunicación con el despacho de Albert Speer en la nueva cancillería del Reich, la cual esta vez no tardó mucho en llegar. Al igual que otras ocasiones, el arquitecto se encontraba feliz de poder hablar con Zach, aunque le comunicó que, al igual que él, no se encontraba solo en la estancia. De nada hubiera valido despedir al operador de radio cuando había otro censor pegado al micrófono de la radio de Berlín.

Tras los obligados cumplidos de rigor y las preguntas protocolarias por sus respectivas vidas, Zach decidió ir al grano y solicitó a Speer permiso para enviar a un laboratorio la bomba que permanecía dentro del avión, manifestando su convencimiento de que su presencia en el avión

era estéril y que podía dar mucho más provecho al Reich si es trasladada a algún sitio donde pudieran estudiarla a conciencia.

–Soy de tu misma opinión y debo decir que eso es algo que ya propuse en su tiempo, pero siempre se me ha negado ese permiso, alegando que la bomba debe permanecer en el avión –se hizo una pausa en la transmisión en la que se pudo oír como una mano censora tapaba el micrófono de Speer, dándole una serie de órdenes suponía que sobre la confidencialidad de la información que transmitía. Al poco, desde el cuarto de transmisiones se pudo volver a oír la voz del arquitecto, molesta–. Si puedo ayudarte en algo más...

Zach transmitió con cierta desgana su negativa a recibir alguna ayuda una vez le fue denegada la que había solicitado y prosiguió su conversación apelando, como lo hacía desde que dijeron adiós en la cancillería, a la esperanza de poder reunirse en breve para tratar de sus asuntos personales.

Una vez cortada la comunicación, se despidieron del operario y salieron a la explanada de la plataforma de la base.

–O sea... Que lo del bombardeo de Washington es verdad –admitió Zach sin rodeos–. Hay una orden para dejar la bomba en el avión a toda costa, supongo que para que pueda ser usada.

–No he dejado de afirmarlo. Y te mostré fotos de los documentos que lo atestiguan.

–Pero ahora todo cuadra –concluyó Zach–. Speer ha admitido tener órdenes de no tocar el bombardero. Y no pasará mucho hasta que deba llevar ese avión a otro sitio con la bomba en su interior.

–Pues deberemos destruirlo con la bomba –propuso Dennis mientras un pequeño grupo de aviadores pasaba por su lado saludando brazo en alto. Respondieron al saludo reglamentario mientras pensaban en el siguiente movimiento a hacer. El tiempo se les echaba encima.

–Bajo ninguna circunstancia permitiré contaminación radiactiva en la zona –sentenció Zach una vez los pilotos se hubieron ido–. Antes prefiero estrellarme con la puta bomba en el Atlántico.

–Te necesito junto a mí en la oficina para recabar datos sobre los rusos. Es nuestro pasaporte hacia los Estados Unidos... ¿Recuerdas? –Dennis negó con la cabeza intentando zanjar la cuestión. Zach tuvo la impresión de que su nuevo compañero insistía demasiado en la destrucción del Northrop sin importarle las consecuencias y pensaba a toda prisa. La idea de abandonar Alemania como parte de la operación *Paperclip* le seducía, aunque tuvo que recordar que su misión era impedir ese futuro sin pasar por borrar a Washington del mapa. Todavía tenía la máquina del tiempo en la taquilla y muchos ases en la manga para decidir el futuro de la guerra sin el *Spirit*.

–Se me ocurre una cosa –admitió Zach tras sopesar sus opciones–. Podemos mantener la bomba lejos de la explosión si pido que sea trasladada a una nave más alejada con la excusa de inspeccionar cualquiera de los sistemas de la bodega para que los científicos del Reich los copien –hizo una pausa para comprobar la actitud ante su propuesta. A Dennis le resplandecía el rostro cuando vio luz verde para hacer desaparecer el avión–. Evitaremos la muerte de miles de inocentes y la contaminación del terreno durante cientos de años.

–Pero la maldita bomba seguirá operativa y libre para que sea estudiada por los nazis –observó Dennis.

–Así es... –a Zach le sorprendió el interés de su compañero por evitar que el material cayera en manos de los alemanes. Había admitido varias veces que su único interés era salvar a Zach y a Washington –. Pero ellos ya tienen bajo estudio una igual que esta y sin el B-2 no tendrán con qué cruzar el charco son ella.

Dennis sonrió, como recuperándose de un deslíz.

–Es cierto –exclamó jovialmente, cambiando el gesto–. Podemos enviar la bomba a otro sitio y, si la explosión es muy fuerte, podemos dejarla inoperativa sin desmantelarla del todo. Debemos jugar esa carta, Zach. Una vez enviemos ese avión y todo lo que contiene al infierno, podremos dedicarnos a la gran vida.

Zach no estaba muy seguro de ello. No le cabía duda de que los alemanes querían usar su avión y su bomba para hacer daño a americanos, pero la actitud de Dennis cada vez era más sospechosa. Sus intenciones no eran muy claras, y decidió que debería vigilarlo de cerca aunque le hubiese proporcionado suficientes pruebas como para no dudar de las intenciones de los nazis. La chocante orden del gobierno de no separar bomba y avión le concedió la decisión que le faltaba para destruirlo. Aquello le iba a doler en el alma, pero era un soldado y tenía que tomar una decisión.

Capítulo 33

El hecho de no tener su coche favorito en revisión no privaba a Tim Gottlieb de conducir al límite su BMW Z4 camino de Berchtesgaden. La menor potencia de su actual montura respecto a la que llevó el año pasado tenía una relación directamente proporcional con la falta de ilusión que mostraba, provocada por la desconsoladora falta de información sobre su proyecto estrella. Mientras adelantaba a toda velocidad a un camión cargado de troncos ordenadamente colocados sobre el remolque, pensaba que en realidad no era la falta de ilusión lo que definía su estado de ánimo. Decepción y frustración quizás explicaran mejor sus sentimientos; a los que se sumaba un creciente miedo al rechazo y a la incomprensión mientras se acercaba a su destino. Sabía que las preguntas sobre el desarrollo de Bifrost arreciarían desde el primer momento, y no tenía respuestas ni para una décima parte de las que esperaba recibir.

Pese a todos sus esfuerzos no había conseguido dato fiable alguno sobre la manera de percibir el cambio que debía haberse producido y ni siquiera podía certificar que este hubiera tenido lugar. Ninguno de los envíos que había recibido desde la casa de Speer había dado pistas sobre la llegada del bombardero a su destino y, aunque conocía el detalle del rastro a través de la espuma cuántica a la hora del salto, era un dato poco determinante que lo único que podría evidenciar era que se produjo una importante distorsión del tiempo en esas coordenadas, pero no indicaba que nada que tuviera la masa de un bombardero hubiera pasado a través de esa deformación. Confesar a gente poderosa ávida de información que todos sus esfuerzos habían valido para determinar que se había distorsionado el tiempo era un bagaje escaso para un proyecto de esa entidad. Al menos no había habido desembolso alguno de dinero por parte de los fondos de Thule, sino que había sido la fortuna personal de Tim la que había financiado por completo el proyecto, aun a costa de haber dejado sus cuentas en un estado lamentable. De haber dilapidado fondos de la sociedad, se vería inmerso en un problema de considerables dimensiones y del que sería mucho más complicado salir porque le pedirían unas explicaciones más difíciles de justificar que las morales. En su actual situación, perdería su posición como miembro más influyente de Thule para convertirse en un soñador que se embarcó en un proyecto del cual salió tan arruinado como desprestigiado. Pisó el acelerador con rabia. No podía consentirlo. Había consagrado su vida a liderar Thule y no podía verse transformado en un juguete roto olvidado en un oscuro rincón del desván.

También el paisaje parecía más triste que el que hace justo un año pudieron disfrutar en la última reunión de Thule. Ese año el invierno había hecho aparición mucho antes, dejando las primeras nieves casi un mes antes de lo esperado. Tim miró al cielo gris uniforme que presagiaba nevada inminente, y esperó que no fuera muy intensa. El Obersalzberg disponía de un excelente servicio quitanieves que garantizaba la operatividad de la red principal de carreteras, pero no quería ni pensar que una nevada de fuerza inusual le dejase incomunicado en el mismo chalet en el que podía vivir su mayor descalabro como miembro de Thule. Prefirió no especular con esa posibilidad y concentrarse en la carretera de la cual dependía su vida, no así como del examen al que se vería sometido en Thule. Si caía en desgracia, ya idearía el modo de levantarse. Se consoló sabiendo que no podía ser expulsado de la Sociedad y que, en realidad, Bifrost no había fracasado, sino que no se sabía nada de su desenlace.

Además tenía el problema añadido de la repentina desaparición de Michelle. Hacía unas dos semanas que no sabía nada de ella. No solo no contestaba a sus llamadas, sino que tampoco se

dignaba a responder sus mensajes. La última vez que la había visto fue en el domicilio de ella, cuando se desplazó desde su mansión para verla para que tras tan excitante encuentro le explicase en qué consistía lo que había descubierto sobre la espuma cuántica. En esa ocasión, ella se enfadó cuando antepuso los negocios al placer y desde entonces no pudo comunicarse con ella para disculparse. Le torturaba considerar que esa pequeña trifulca hubiera sido el motivo de su desaparición, y ahora no podía dejar de recordar su enojado rostro.

Abandonó la autopista para tomar el desvío hacia Berchtesgaden cuando vio que a lo lejos las nubes bajas tapaban los picos grisáceos que rompían el horizonte del Obersalzberg. Quizás debía haber madurado Bifrost algo antes de presentarlo en la última reunión, aunque de nada valía lamentarse sobre el pasado aunque tuviese la tecnología adecuada para acceder al él. Se preguntó si quizás él pudiera realizar un viaje al pasado para arreglar su situación, pero para ello precisaba a Michelle.

La necesitaba para eso y para otras cosas. En realidad no le había dado nada que no le hubiera ofrecido antes cualquier otra mujer, pero no podía apartarla de su mente porque se había hecho un hueco en su mundo y lo había llenado de una sensación tan cálida y confortable que ahora su falta se volvía insoportable. Daría lo que fuera por volver a sentir esa sensación que solo ella le había procurado. Durante las apenas cincuenta milésimas de segundo que duraba un parpadeo podía todavía sentir cómo la mirada de ella le acariciaba el alma con solo posar sus pupilas en las suyas y no podía dejar de pensar en cómo sus finos dedos realizaban con incomparable gracia cualquier movimiento que hicieran. Se preguntaba qué era lo que había podido fallar en una relación que desde el minuto uno parecía ir viento en popa cuando, justo al pasar por su lado, el efecto Döppler^[51] tornó más grave el agudo sonido de un claxon asustado por las descontroladas maniobras de su coche.

Tras haberse dado cuenta de que pensando en Michelle había estado a punto de perder el control del vehículo, concluyó que en ese momento era más importante llegar de una pieza a la sede de Thule que divagar sobre las razones por las cuales ella había bajado el volumen.

Miró el reloj del salpicadero del coche. Su búsqueda de indicios del buen funcionamiento de Bifrost lo habían demorado; si bien no tanto como para llegar tarde, lo que era una de las peores afrentas que uno pudiera llevar a cabo en la Sociedad, paladín de las costumbres germánicas, lo suficiente como para no tener tiempo para prepararse una vez llegase al chalet... ¡Demonios! ¡Si ni tan siquiera había tenido tiempo para afeitarse!

Pasó por la circunvalación del pueblo para, una vez cruzado el puente sobre el río, negociar las empinadas cuestas que lo llevarían hasta la sede de Thule. Engranó una marcha más corta para que el motor entregase potencia para efectuar el alarde de acelerar en tan pronunciada pendiente y llegar antes al chalet. Fuera lo que fuese lo que le esperaba en esa reunión anual de Thule, quería que sucediera rápido.

De similar parecer eran los guardias que custodiaban el chalet donde se reunían en secreto las personas más poderosas de Alemania. Pareció que la mansión lo había engullido, en lugar de ser él quien accediese a ella.

Detuvo su coche en su plaza de aparcamiento. Con el resto de plazas ocupadas parecía haber llegado el último, cosa que le extrañó cuando de nuevo miró el reloj antes de bajar del coche. Aunque no había llegado tarde, tenía la extraña impresión de que era el último en aparecer; y no era ese el mejor de los presagios. Necesitaba adecentarse antes de la presentación protocolaria en el salón esperando que se anunciase la cena, y algo de tiempo extra para poder relajarse tampoco le hubiera venido mal. Dado que todavía quedaba algo más de media hora para la hora oficial del comienzo de la reunión, intentó pasar con cierto disimulo por la puerta

principal de entrada, desechando la idea de acceder al chalet por la puerta de servicio. Pese a su inestable situación económica y los problemas de liderazgo que acarrearía su desconocimiento de la prometedora empresa en la que se había embarcado, seguía siendo Tim Gottlieb, uno de los rostros más conocidos de Alemania; y no podía cometer la ordinariez de acceder por una puerta secundaria.

Sin esperar a que el servicio de la mansión llevase su equipaje a su cuarto, recogió una pequeña mochila del maletero junto con una bolsa de mano con algo de ropa para, pertrechado con su tablet en la otra mano, dirigirse sigilosamente hacia la puerta principal maldiciendo la gravilla que tapizaba el aparcamiento y que con tan poca discreción crujía bajo sus zapatillas deportivas. Abrió el portalón e ingresó en el hall de la mansión. Cerró la puerta con cuidado pero, cuando se giró dispuesto a dirigirse a la escalera que daba acceso al piso superior donde estaban las habitaciones, se encontró con un comité de recepción presidido por Florian Baumgarten, una especie de venenosa sabandija que mediante poco transparentes mecanismos de intriga había sido elegido nuevo Gran Maestro de Thule tras la repentina muerte de Mathias Eggers.

–¡Bienvenido, señor Gottlieb! –cacareó Baumgarten, seguido por un coro de murmullos de los restantes miembros. A Tim no le hizo mucha gracia. Sabían todos de sus problemas, pero seguía siendo miembro de pleno derecho de la Sociedad y no merecía ese trato vejatorio y burlón–. Lo estábamos esperando con impaciencia... Y por eso creo que hemos llegado tan pronto todos. Estamos deseosos de que comparta con nosotros sus investigaciones sobre la arriesgada promesa que nos hizo hace un año.

–Hola a todos –consiguió contestar Tim, levantando una mano en actitud de saludo. La imagen de todo un coro de compañeros posando en él sus inquisidoras miradas era más de lo que podía soportar. Había pasado por multitud de situaciones peligrosas en su vida como perder un esquí en pleno descenso del Mont Blanc o encontrarse con que la ola que había montado en Nazaré era varias veces más fuerte de lo que había previsto en un primer momento, pero jamás había tenido obstáculo alguno en las relaciones personales. Su facilidad para encandilar a todo aquel que tuviera delante le había procurado siempre unas excelentes habilidades sociales; aunque todo su encanto parecía no surtir ningún efecto en ese entorno. Se sentía violentado en esa situación en la que el molesto comité de bienvenida le rodeaba, creando un ambiente tan espeso que podía cortarse en tiras con un cuchillo.

–Pareces cansado –terció Kristian Bohm, el más anciano de la Sociedad y por ello poco influenciable por la nueva corriente mandataria. Lo recordaba como uno de sus grandes aliados a la hora de presentar Bifrost el año pasado y ahora su mirada le transmitía un mensaje de tranquilidad que el ambiente contradecía–. Es pronto y quizás deberías ir a tus aposentos a acicalarte. Aún queda tiempo para la cena.

Florian Baumgarten giró la cabeza despacio para mirarle con poco disimulada hostilidad. Parecía que la intención de la sociedad comandada por su Gran Maestro era la de interrogar a Tim en ese preciso momento y el señor Bohm había hecho valer su situación para al menos darle la oportunidad de mostrarse ante sus compañeros en un digno estado de comparecencia. Ahora no le podían negar la ocasión de rehacerse de esa primera andanada de hostilidad.

–Está bien –concedió Florian volviendo la mirada a Tim–. Todavía estamos a tiempo de dejar que nuestro invitado más esperado pueda presentarse en mejores condiciones –a Tim no le hizo ninguna gracia que se refiriesen a él como invitado–. Pero espero que tenga la decencia de no hacer esperar mucho a sus camaradas y nos honre pronto con su presencia.

Tim aprovechó que la nube de acólitos de Florian Baumgarten se movió hacia el salón para dirigirse a su habitación con rapidez, portando su escueto equipaje. Había un sentimiento de

animadversión que no podía esquivar por mucho que intentase crear un ambiente favorable para explicar cómo era posible que sus gestiones hubieran dado tan mal resultado. En el salón del chalet, Florian Baumgarten, chasqueando los dedos, daba órdenes al servicio de seguridad de la mansión para que se dirigieran a la habitación de Tim.

Mientras entraba en sus aposentos, Tim se esforzaba pensando cómo encajar la amenaza que había percibido en el hall. Sus compañeros de Thule estaban enfadados con razón, puesto que en realidad había sido él quien les había fallado. Les había prometido el cielo en el que proclamar los ideales que todos los miembros de Thule habían jurado defender y, por desconocimiento del medio en el que se estaba moviendo, había sido incapaz de demostrar la consecución de sus objetivos. Lo que más le sorprendía era que todo eso no era como para tener que soportar la humillación que había sufrido.

Tim encendió la luz de la entrada y se dirigió al cuarto de baño para apoyar sus manos en el borde del lavabo y mirarse en el espejo, seguro de sus opciones. No debía ser tan difícil hacer ver a sus camaradas que si no disponía de datos fiables sobre el éxito de su misión era porque el campo que había explorado era tan desconocido que solo había insustanciales hipótesis sobre el desarrollo de los hechos.

En ese momento, un ligero ruido imprevisto llamó su atención. Algo había rozado con algo dentro de su habitación... ¡No estaba solo!

—¿Hay alguien ahí? —preguntó a la oscuridad en la que todavía se encontraba sumido su cuarto. Tan solo algo de luz reflejada por el espejo del baño alcanzaba a adentrarse algo más de un metro en su apartamento.

Se incorporó deprisa cuando no obtuvo respuesta y se obligó a serenarse. Estaba en el lugar más inviolable del planeta y nada podía hacerle daño entre camaradas. Seguro que había sido algún cojín que había caído de la cama movido por las vibraciones generadas al cerrar la puerta. Sacudió la cabeza para conjurar el sobresalto, saliendo del cuarto de baño para dirigirse hacia la zona principal, donde se prepararía para una ducha rápida y poder salir así cuanto antes hacia el salón en el que le esperaban sus camaradas.

Aprovechando la poca luz que le llegaba desde el baño, tanteó la pared de su izquierda buscando un interruptor cuando, como un relámpago, sintió que le atrapaban desde detrás al mismo tiempo que una mano firme le tapaba la boca. Tim intentó zafarse del abrazo mientras un torbellino de malos presagios confundidos con la más extrema de las sorpresas se le pasaba por la cabeza... ¿Qué estaba ocurriendo? Que supiera, era la primera vez que se recurría a la violencia en el seno de Thule.

Su captor dio un extraño golpe de cadera a la pared, como si hubiera resbalado con algo; y la luz se encendió. Tim intentó liberarse por segunda vez, pero tuvo el mismo poco éxito que la primera vez. Aquel tipo lo estrechaba con fuerza, pero no parecía querer nada más.

La mano que firme le tapaba la boca olía a Esencia de Loewe y se extrañó. Los malos nunca usan perfumes caros, aunque entraba en lo posible que lo hicieran los que estaban a sueldo de organizaciones de millonarios. El agresor relajó el abrazo sin apartar la mano de su boca y Tim pudo entonces, con cierta dificultad, girarse hacia el hombre que le había asaltado. Se quedó petrificado al ver su rostro.

Era Mario. Mario Adler, su amigo de la infancia. Ahora caía en la cuenta de que con la tensión del comité de recepción, no lo había visto en la entrada. Los ojos de Tim se contrajeron, todavía tapada la boca por la mano de Mario, en un rictus interrogatorio cuando Mario, llevándose un dedo a la boca que exigía silencio, le dejó girar hasta situarse los dos amigos frente a frente.

Mario Adler no perdió el tiempo y rápida y silenciosamente sacó un tablet de pequeño tamaño del bolsillo de su chaqueta y lo encendió para, usando un programa de dibujo, escribir un mensaje a mano sobre la pantalla.

NO HABLES. HAY MICROS. PUEDES PONER MUSICA?

Tim volvió a sorprenderse... ¿Micrófonos en Thule? Algo había cambiado en la Sociedad hasta tal punto que no podía reconocerla. No dudó de su amigo, en cualquier caso, y buscando su teléfono extrajo un pequeño altavoz cúbico de su maletín para encenderlo y esperar que enlazase vía Bluetooth con su reloj. Una vez conectados ambos, seleccionó un disco de Ramones. Tras ordenar su reproducción, la frenética mano de Johnny Ramone arrancó de su Mosrite los primeros acordes de *We Want the Airwaves*. Comprendiendo al instante que lo que se proponía Mario era llenar de sonido la habitación para enmascarar los suyos, subió el volumen de la música antes de pedir la tablet a su amigo para escribir.

PASA ALGO?

Como toda respuesta, Mario se abrazó a Tim antes de continuar escribiendo.

TIENES QUE IRTE. RÁPIDO.

Tim frunció el ceño antes de responder.

CUÁNDO? AHORA?

Mario se hurgó en los bolsillos de su pantalón hasta encontrar unas llaves de un coche.
SI. SALTA POR LA TERRAZA Y CORRE. EN EL PUEBLO TIENES UN COCHE MÍO
JUNTO A LA ESTACIÓN DE TREN. CÓGELO Y SAL PITANDO.

—¿Cómo? —preguntó Tim sin articular sonido alguno, guardándose mucho de mover los labios sin decir palabra—... ¿Y por qué?

VAN A MATARTE.

HAS HABLADO MAS DE LA CUENTA, JODER

Tim miró a Mario con una expresión mitad de incredulidad mitad de pánico.

CORRE!

Tim, cercano al shock, no sabía qué hacer. O sea que era eso. Thule había estimado que había hablado de más para conseguir sus objetivos, algo que tuvo mucho cuidado en no hacer. Ahora parecía que no había puesto el suficiente empeño. Maldita sea. Mario le alentaba con gestos a que abandonase el chalet cuanto antes, aunque para ello debiera saltar por la ventana.

Nadie era fugitivo de la Sociedad para siempre, y una vez que se había revocado su pertenencia no había posibilidad alguna de apelación ni de petición de clemencia. No podría pedir explicaciones a nadie porque no había ventanilla de reclamaciones. Tampoco le serían escuchadas por nadie de Thule, porque a todos los efectos había dejado de existir, y la Sociedad no cejaría hasta cumplir la orden de *retirar* al miembro del que se había decretado expulsión. De repente Tim sintió náuseas cuando cayó en la cuenta de que no solo era él quien debía ser eliminado, sino que también Michelle sería objetivo de cuantos mercenarios hubiera decidido Thule contratar para acabar con la vida de ambos. Le flaqueaban las piernas mientras pensaba que con su indiscreción había sellado el fatal destino que aguardaba a la mujer que amaba.

Una de las preguntas que bullían en su mente en esos escasos dos minutos en los que Mario Adler le había advertido del peligro que se cernía sobre él si continuaba dentro del chalet, era dónde ir; pero ahora lo tenía claro: debía partir cuanto antes para buscar a Michelle para prevenirla. Aunque para eso debería comunicarse con ella primero, cosa que no había conseguido hacer en los últimos dos días.

Sin perder un instante más se miró de arriba abajo. Se acababa de convertir en un fugitivo que debía dar las gracias a su amigo por permitirle conservar la vida y cuyo mayor interés era

ahora preservar la de su amada. Dispensó un fuerte abrazo a Mario y, tras coger la pequeña mochila con sus cosas y la chaqueta informal que había traído, se dirigió a la terraza agradeciendo el haber llegado a la cita de Thule con una guisa que antes, por lo deportivo, le había parecido inapropiada. Ahora, decidido a saltar de un primer piso para salir corriendo como alma que lleva el diablo, se le antojaba muy conveniente. Solo esperaba que la mullida suela de sus zapatillas de deporte, tendencia ese año, sirviese para algo más que para estar a la moda y estuviera a la altura de lo que esperaba de ellas.

Saltó por encima de la balastrada de la terraza para, descolgándose sobre el vacío, caer sobre una capa de nieve virgen entre dos vehículos. Se metió las manos en los bolsillos, ateridas de frío tras permanecer solo diez segundos agarrado a las barras de metal de la terraza y dándose cuenta de que unos guantes le habrían venido de perlas.

Permaneció agachado, aguardando algún ruido que revelase que había sido descubierto por el servicio de seguridad. En la espera se dio cuenta de que sus deportivas no le iban a ser de mucha ayuda para aislar sus pies del frío de la nieve y de que su chaqueta azul marino, aunque de un material sintético muy aislante, lo hacía destacar entre la nieve recién caída como un neumático flotando en un lago de leche. Sabiendo que tardaría tiempo en codearse con la alta sociedad y en prestar debida atención a los dictados de la moda y del buen vestir, no le importó mucho dar la vuelta a su chaqueta para ofrecer el forro interior de un algo más discreto tono gris claro que no ofreciese tanto contraste con el blanco entorno. Su vida podía depender de lo desapercibido que pudiera pasar desde su situación actual hasta la valla que rodeaba el chalet, y el crujido que emitía la nieve virgen al ser pisada no ayudaba. Esperaba que los perros guardianes de la finca no comenzasen a ladrar, alertando a los guardias. Nunca le habían gustado los perros.

Sabiendo que el tiempo que permanecía agazapado tras un Maybach era tiempo que perdería esperando que descubriesen su fuga, se obligó a tomar una decisión rápida. Debía salir de allí cuanto antes, aunque eso le supusiera correr como un conejo asustado los cuarenta metros que le separaban del cerramiento de hormigón camuflado tras una hilera de cipreses clónicos. Miró a ambos lados de su posición para descubrir dos torres dotadas de cámaras que vigilaban su área con celo. Hasta ese momento había pensado que eran un seguro de vida, mientras que ahora, en su situación, se erigían como sus principales amenazas. Giró su cuello hasta hacer chasquear sus cervicales. En las películas las vallas eran más fáciles de saltar.

Anduvo un poco más hacia la izquierda para buscar otras torres, aun sabiendo que no tenía todo el tiempo del mundo para investigar el terreno. Unas decenas de metros de exploración podían suponer la diferencia entre la vida y la muerte. La suya.

La tranquilidad del Obersalzberg le dejaba la mente clara para especular sobre su situación, pero tal remanso de paz no habría de durar mucho. Un par de gritos daban la alarma a su izquierda, cerca de donde estaba lo que hasta ese momento había sido su habitación. Una ráfaga de disparos le confirmó que habían descubierto su falta y que estaban dispuestos a todo para acabar con él; si era dentro del complejo, mucho mejor y más fácil de justificar ante las autoridades. Sintió como el pánico golpeaba sus sienes y extrajo las llaves del coche que le había dado su amigo, desplegándolas en la palma de su mano. Maldita sea. Alfa Romeo. Un coche italiano. Deseó con todas las fuerzas poder contar con la ocasión de reprocharle al bueno de Mario el hecho de haberle dado las llaves de un coche no alemán.

De repente oyó ladridos que se acercaban. O hacía algo en seguida o sería un cadáver sobre la nieve. No tenía opción y levantándose como empujado por un resorte se dirigió hacia la valla, acercándose al poste de vigilancia más próximo que encontró. Corriendo pesadamente sobre la nieve, levantó la vista hasta las torres de vigilancia que se erguían ante él. Las dos

cámaras, manejadas por el eficiente personal de seguridad de la finca, se movieron al unísono, enfocándolo mientras que los perros, azuzados por sus perseguidores, ladraban en su dirección. Apretó el paso, dando las zancadas más grandes que le permitía el resbaladizo terreno nevado. La distancia que en terreno normal le habría llevado un instante se le hizo eterna, no como parecía suceder a los perros que le perseguían.

Cuando llegó al muro, los perros habían dejado de ser el problema más acuciante. La valla era tan infranqueable para salir como para entrar.

Ante él se levantaba, desafiante, la cerca del chalet. Una podada fila de cuidados cipreses escondía a la vista del interior de la finca una pared de hormigón rematada por un ovillo de alambre de espino que no le iba a hacer nada cómoda la huida.

Se colocó entre dos cipreses, intentando buscar un apoyo en ellos que le permitiese trepar. Luego vería cómo libraría el alambre de espino. No era tarea fácil mantenerse alejado de sus ramas que, aunque por fuera parecían de un acogedor verde esponjoso, resultaron ser secos y espinosos en el interior de la copa del árbol, donde tenían la anchura suficiente como para sostener su cuerpo.

Comenzó a notar más cerca el ladrido de los perros, pero no fue eso lo que le insufló la fuerza y la determinación para acometer con rabia la escalada de la cerca, sino los disparos que levantaron remolinos de nieve a su derecha. Tim se asustó. Esos tipos iban en serio. Había sido una ráfaga de advertencia, y no pensaba quedarse a descubrir dónde iba a ir la siguiente.

La descarga de adrenalina tuvo la facultad de borrar el dolor que las espinosas ramas marchitas le infligían cuando se clavaban en sus brazos y piernas al buscar puntos de apoyo para trepar. El poste de vigilancia, tan frío como seco, se erigió como un valioso aliado a la hora de buscar apoyo para salvar el obstáculo. Los perros seguían acercándose tanto que con el rabillo del ojo pudo verlos salir disparados como galgos en carrera desde la fila de coches que había dejado atrás hacía poco. No podrían trepar por los cipreses, pero podían despedazarlo si caía. A la vista de los agitados perros, supo que si hiciera falta, usaría sus dientes para agarrarse y no poner pie en el suelo. Una ráfaga de balas estalló sobre su cabeza, y a punto estuvo de hacerle caer si con su mano izquierda no se hubiera agarrado con todas sus fuerzas a una rama que traspasó su piel en una aparatosa herida. Pese al dolor que sentía, no pensaba soltarse y, recostado en el poste, se sujetó con la derecha en un punto más cómodo del ciprés para aflojar la fuerza con la que su mano herida aferraba la rama con desesperación. Sin esperar ni un segundo siguió subiendo, apoyándose en el frío poste de vigilancia que amenazaba con arrancar su piel cada vez que lo tocaba.

Solo le faltaban unos centímetros para poder saltar con garantías sobre el alambre de espino que serpenteaba en lo alto de la valla. No se encontraba con fuerzas para acometer la titánica empresa de impulsarse sin apenas apoyo para librar el remate, pero el poder de convicción de los perros ladrando y echando espumarajos por la boca, junto a varias ráfagas de disparos, lo convencieron para sacar fuerzas de donde no las tenía y abalanzarse sobre el alambre de espino sin pensar en lo que había al otro lado. No podía ser peor que lo que había en este.

Se quedó algo corto en su salto, lo que le dio cierta ventaja. De haber saltado limpiamente por encima del alambre, habría tenido una caída de funestas consecuencias sobre el terreno que, a sotavento tras el muro, no tenía ni una mísera capa de nieve que hubiera amortiguado su caída desde unos tres o cuatro metros, pero el alambre de espino hizo presa en la manga de su abrigo y en la fina piel que había debajo. Tim emitió un grito al notar cómo el frío acero perforaba su carne, desgarrando la epidermis cuando quedó suspendido del muro por el alambre.

Usó su otra mano para librarse del abrazo punzante del erizado enemigo. Para ello tuvo que rasgar la manga del abrigo con rabia. Los agentes de seguridad de Thule se le echaban encima

a toda velocidad y sin pensárselo dos veces tiró de la manga con todas sus fuerzas, desgarrando tejidos textiles y orgánicos. Se mantuvo un segundo con sus doloridas manos sobre el borde superior de la valla y se dejó caer al suelo, rodando hacia el bosque cercano mientras oía a sus perseguidores al otro lado de la cerca gritar improperios para que se detuviera. Otra voz reclamaba refuerzos a la central para continuar la persecución desde el exterior, mientras que un coro de armas automáticas rugía su desesperación por no haberle alcanzado. Pudo oír balas estrellarse contra el interior del muro de hormigón mientras huía como alma que lleva el diablo hacia el bosque que se extendía pocos metros más allá del recinto de la sede de Thule, sintiendo el dolor en su mano izquierda a medida que entibiaba la herida producida por el alambre de espino.

Corrió por el bosque frío sabiendo que cada segundo que ganase a sus perseguidores era tiempo de vida que obtendría. Su cabeza analizaba su situación con la misma velocidad con la que sus pies se deslizaban por el suelo húmedo del bosque, al que las agujas de pino fermentadas convertían en una excelente pista de patinaje. Supuso que si llegaba a una zona habitada sus posibilidades de sobrevivir aumentarían, siempre y cuando sus perseguidores no quisiesen cometer un asesinato en el centro de una población con un importante atractivo turístico como Berchtesgaden. Solo tenía que llegar al pueblo antes que ellos y buscar el coche que le había procurado Mario para la huida. Planteado así, parecía fácil.

Oyó el lejano rugido de un motor tras él. Si habían emprendido su búsqueda con vehículos, tenía muy pocas posibilidades de huir a pie. Pensó en esconderse entre la húmeda hojarasca cuando los malditos perros anunciaron que habían vuelto a encontrar su rastro a base de ladridos que helaban la sangre en las venas. No sería tan cómodo escapar de ellos.

Tendría que correr, pero... ¿Hacia dónde? Los pies empezaban a dolerle por el frío y se encontraba desorientado. No estaba acostumbrado a huir: en toda su vida había afrontado las dificultades encarándose a ellas y tomando el toro por los cuernos; pero ahora no había otra opción. Se encontraba en terreno desconocido, corriendo hacia ninguna parte como un fugitivo y sin saber muy bien lo que le esperaba detrás del siguiente árbol. De lo único que estaba seguro era de lo que harían si lo atrapaban, reflexión que mitigó su dolor y que le dio un punto extra de lucidez para pensar que tenía que buscar la carretera que se introducía en el Obersalzberg y rezar para que algún coche parase y le llevase hasta la explanada frente a la estación de tren donde dijo Mario que tenía un coche esperando. En una de las vigorosas brazadas que daba mientras corría sin resuello entre los pinos pudo observar la mano herida. Pocos conductores pararían a un hombre desharrapado y chorreando sangre por el brazo.

Entre jadeos por el esfuerzo, levantó la vista hacia delante para distinguir un claro en el bosque. Una zona lineal por la que se colaba la gris claridad del día nublado que, pese a que seguía tranquilo, amenazaba más nieve. Dudaba si llegaría. Los perros –los *malditos* perros– se acercaban a toda prisa. Y ellos, a diferencia de las balas, podían esquivar y rodear los árboles hasta dar con él.

Tras los perros, apoyando los pies en el suelo para mover su moto y esquivando los árboles montado en una BMW 1200 GS, un tipo musculoso ocultaba su cabeza calva bajo un casco negro al que no parecía estorbar su gran bigote que caía por ambos lados de una boca comprimida en un eterno gesto de desagrado. Bernd Siegbert había dado hace años su palabra de cumplir las órdenes de Thule con rapidez y eficiencia cuando fue nombrado director de seguridad de la Sociedad. Y no tenía intención de que un petimetre criado entre algodones le diera los problemas que ese hombre le estaba generando con su huida. Se colocó unas gafas azules de aviador antes de bajar la visera del casco de un golpe.

Se encontraba rabioso. Estaba acostumbrado a ver orondos millonarios pululando por las reuniones de Thule y sabía que debía despachar al más joven de todos ellos y que cuidaba su cuerpo tanto como sus negocios, pero jamás imaginó que sería capaz de saltar por encima del muro. Estaba seguro de que por muchas partidas de pádel que jugase y por muchas pistas negras que descendiera en Gstaad, no sería rival para su equipo de mercenarios de élite, pero los hechos hablaban por sí mismos y ahora se veía persiguiendo al fugitivo en medio de ese maldito bosque. Cometió el error de suponer que no le costaría gran cosa meter en cintura a alguno de esos rambos de gimnasio. Mientras sorteaba pinos con su moto, se había dado cuenta de que la persecución no iba a durar mucho más. Comenzaba a ver al objetivo de vez en cuando, mostrándose fugazmente entre los troncos. No pensaba fallar ahora, por lo que redujo un poco la velocidad mientras conducía la moto con la derecha, utilizando la otra mano para sacar de su funda el pequeño subfusil Ingram modelo 10. No era ni mucho menos la mejor arma del mundo, pero Bernd se tenía por un clásico y la Ingram le valía para la caza del hombre.

No tenía problema para sacar la pistola con la izquierda. Hacía mucho tiempo que había aprendido a desenfundar con ambas manos, pero un tirón de origen desconocido le arrancó el arma. Tardó un instante en parar, desarmado y sin saber qué demonios había pasado. A punto de estamparse contra un par de pinos, consiguió dar la vuelta para ver la Ingram balanceándose indolentemente de una rama que, situada contra su trayectoria, se la había arrebatado de las manos con insultante brusquedad. Bernd lanzó un juramento pensando que el tiempo que estaba perdiendo le podría impedir hacer blanco y se lanzó hacia el subfusil con ansia. Lamentablemente para él, al retirarlo, el tipo había desaparecido de su vista; y por lo que podía advertir, había llegado a la carretera. El sonido de los perros le indicó que debían estar muy cercanos a hacer presa en su objetivo, pero esa idea no le hizo mucha gracia. Thule le pagaba un dineral para mantener el orden, y por ese motivo debía situarse siempre al frente de las incidencias; no los perros. No podía dejar que estos le dejasen en evidencia y aceleró su moto para llegar a la carretera cuanto antes, pensando que ese maldito tipo debía haber llegado ya a ella. Esperaba que los perros no lo hubieran destrozado para poder hacerlo él con sus propias manos.

Mientras tanto, en la carretera, Tim veía acercarse su salvación. Bregando con la pronunciada cuesta abajo, un vetusto tractor actuaba como freno de un remolque hasta los topes de leña. Se ocultó lo que pudo en la cuneta hasta que la carga del tractor le sobrepasó. En ese momento, la poca velocidad del vehículo propició que pudiera situarse tras él y subir al remolque, no sin dificultades por el mal estado en que se encontraba su mano. Se asió al borde de la caja y se subió a él justo cuando aparecieron los perros. Se encajó entre la leña mientras los sabuesos le ladraban, echando espumarajos por la boca. Por un lado se había salvado de ellos pero por otro el conductor del tractor, extrañado por la escena, había parado el vehículo. Desde su escondite, Tim veía entre los vástagos secos como el conductor, un anciano de grandes bigotes grises al estilo del Kaiser, no se atrevía a poner un pie en tierra con semejantes fieras deseando destrozar a alguien a dentelladas, pero miraba hacia la carga con extrañeza. Suponía que algún animal salvaje había buscado refugio en su remolque y se dispuso a poner de nuevo el convoy en marcha cuando algo que irrumpía desde el bosque atrajo su atención. El anciano miró hacia la ruidosa moto y reconoció enseguida el uniforme de su conductor. Era un guardés de una misteriosa finca del vecindario, de la que sabía lo suficiente como para entender que sus asuntos no eran de su incumbencia y que debía permanecer al margen de sus problemas. Dedicó una sonrisa forzada al dueño de la moto cuando este levantó la visera de su casco, momento en el que entró en escena una segunda moto igual que la primera.

Bajando de su montura, Bernd reconoció a su vez al abuelete que pilotaba el tractor y

respondió a su sonrisa llevándose una mano a la sien en marcial saludo. Era un vecino de la zona que se mantendría callado por la cuenta que le traía. A una señal de Bernd, el otro motorista encañonó al conductor, pero este se limitó a levantar las manos en un ademán tranquilizador. No pretendía causar problemas a tan extraños vecinos, sabiendo que desde la Segunda Guerra Mundial, el vecindario habitual de esa zona no tenía ningún sentido del humor y sí un gatillo fácil.

Bernd Siegbert se dirigió hacia los perros para apartarlos del tractor. Habían cumplido su cometido, señalando al fugitivo que estaba escondido en ese remolque. No tendría escapatoria.

De la misma opinión era Tim, de manera que, cuando se llevaron los perros hacia donde estaban las motos, aprovechó para bajarse y, deseando que todos se fueran cuanto antes, esconderse tras un montículo junto a la cuneta contraria. Sus temores se confirmaron enseguida, cuando el guardia blandió su metralleta y abrió fuego a discreción contra el montón de leña. Horrorizado, comprendió que pese a estar oculto por la nieve y el cargamento, se encontraba en la línea de fuego. Se apartó como pudo de su posición, lo que le quitó de en medio mientras las balas silbaban a su alrededor. Había caído a la cuneta y no tenía dónde esconderse cuando ese maldito guardián terminase de vaciar su furia contra los arbustos secos que portaba el remolque. Estaba acabado, sobre todo porque acababa de presenciar cómo sus perseguidores no dudarían en liquidarlo ante testigos.

De repente, la ametralladora terminó su serenata de muerte. Tim, aterrorizado, sintió la suya muy cerca cuando a lo lejos divisó el motivo del cese de la lluvia de balas. Una moderna autocaravana llena de pegatinas se acercaba a ellos, descendiendo desde el corazón del Obersalzberg.

Tim pudo ver al guardia que había abierto fuego sobre el remolque hacer señas a la furgoneta tal si fuera un policía para que pasase despacio junto a ellos, como si tuviera que templar una situación que se había puesto difícil. Entonces, decidió que su única oportunidad era subirse a esa autocaravana. Por ese motivo se situó junto al remolque, intentando no ser visible a sus perseguidores.

La furgoneta pasó muy despacio junto a él, pero no pudo abrir ninguna puerta para acceder al interior. Tan solo pudo esbozar una sonrisa de triunfo cuando comprobó que tras la caja portaba dos bicicletas de montaña que serían su vía de escape. Con decisión, retiró una de ellas de su soporte y, tras volver a ajustarse su mochila, abrocharse el abrigo y montarse en ella, se lanzó a un descenso a tumba abierta que podría significar su muerte si no ponía en él sus cinco sentidos. O si los ponían sus perseguidores.

Ya en las primeras pedaladas notó que la suerte, esta vez, le había sonreído poniendo a su alcance una bicicleta decente para realizar la bajada que se disponía a acometer. No en vano su afición por los deportes de riesgo le había llevado a ser asiduo de carreras extremas de *mountain bike*. Había participado varias veces en el descenso del Alpe D'Huez, lo que le daba una experiencia en esas lides que habría de serle muy útil mientras cambiaba a una marcha larga y daba a su montura un par de vigorosas pedaladas que lo lanzaban colina abajo a una velocidad endiablada.

La suerte que había hallado Tim fue la que le faltó a Bernd Siegbert. Según daba paso a la autocaravana, interpretando el papel de poli bueno que ayuda a un tractor cargado de leña, pudo distinguir al tipo que debía eliminar saliendo de detrás del remolque con una bicicleta, y sin tan siquiera mirar atrás se lanzaba cuesta abajo. En ese momento abandonó su máscara de guardia de tráfico y, sin pensar en las consecuencias, sacó su ametralladora para apuntar a Tim que, de espaldas, ofrecía un blanco tan fácil que Bernd pudo permitirse el lujo de apuntar. Sin embargo, al apretar el gatillo, seguro del derribo de su presa, no sintió el habitual tableteo de los proyectiles

al desfilarse por la boca del cañón. Su Ingram se había quedado sin balas justo antes de que su objetivo desapareciera por el desnivel. Era la primera vez en su vida que su arma favorita le fallaba y se obligó a recordar que a partir de ese momento se dejaría de sentimentalismos y usaría un arma con mayor capacidad de disparo.

Con rapidez se dirigió a su moto y, tras ordenar a los guardias que acababan de llegar que se quedasen con los perros, la puso en marcha para, junto con otra motocicleta, lanzarse ambos cuesta abajo en persecución de Tim. No le harían falta balas si conseguía tocar la endeble bicicleta con la que ese desdichado pretendía huir. Esperaba que se abriese el cráneo contra un pino, lo que evitaría tener que hacer incómodas justificaciones sobre la muerte del empresario.

Levantando la rueda delantera, partió en pos del ciclista que con total desprecio por su vida se había lanzado a un descenso suicida. No se encontraba cómodo. Debía frenar con excesiva frecuencia, contrarrestando el poderoso par motor que impulsaba su moto cada vez que abría gas, de manera que no sabía si debía descender por gravedad o a golpe de acelerador. En este último caso, debería usar con frecuencia el cambio de marchas para no castigar los frenos. Su compañero le adelantó, quizás más familiarizado con ese tipo de conducción, pero en la siguiente curva, la moto que tenía delante se encabritó en la frenada, lanzando a su piloto por los aires. Bernd quedaba solo en persecución de su objetivo, y extremó las precauciones en la conducción. No podía permitirse el lujo de irse al suelo mientras que su objetivo parecía bajar la ladera cómodamente encima de la mísera bicicleta de un turista.

Tim, pese a bajar como una centella y aparentar entereza a los ojos de su único perseguidor, no las tenía todas consigo. Bien era cierto que no era la primera vez que se había lanzado por una pendiente de vértigo encima de una bicicleta, pero no disponía ni de lejos del equipo necesario. Y no hablaba de elementos de seguridad, sino de las prendas de abrigo. El aire frío que impactaba en sus desnudos dedos comenzaba a hacer doloroso incluso el hecho de pensar en ellos. Tocar el freno con unas manos a punto de congelarse era tan atormentador que se le quitaban las ganas de frenar. Sin embargo, todavía le dolían, lo que significaba que no se habían congelado. En cuanto dejasen de dolerle, se encontraría en problemas. Y los síntomas eran mucho peores en el rostro desprotegido. Había cerrado los ojos, rodeados por escarcha de lágrimas, hasta tener que observar la carretera a través de una rendija entre sus párpados. A duras penas alcanzaba a ver los vehículos que se cruzaba tanto en su misma dirección como en la contraria. Podía oír cómo el claxon de los coches que adelantaba le recriminaban su temerario descenso, y al poco volvía a escuchar el mismo tono de reprobación cuando la moto que lo perseguía adelantaba al mismo vehículo con similar imprudencia. Con titánico esfuerzo, frenó antes de entrar en otra curva, pensando en cuántas más podría superar antes de que el frío paralizase sus dedos. De repente el techo vegetal comenzó a apartarse al mismo tiempo que suavizarse la pendiente criminal: parecía haber llegado al pueblo. Ahora debía buscar el coche de Mario en la explanada de la estación de tren. Tras él, lejano se oía todavía el rugido de la moto del tipo ese que había demostrado que no se pararía ante nada antes de verlo muerto.

El recuerdo de su perseguidor junto con la imposibilidad física por congelación para ejercer la debida presión en los frenos le hizo desistir de su deseo de reducir la velocidad. Ahora el problema había dejado de ser el terreno para presentarse bajo la forma de numerosos vehículos y peatones que cruzaban las calles de Berchtesgaden. Y seguía sin poder ver bien.

En ningún caso había pensado atravesar el pueblo con discreción, pero no hubiera esperado que un coche de policía le diera el alto al primer stop que se saltase. Entraba dentro de lo posible que desde algún teléfono móvil en uno de los coches que había esquivado se hubiera comunicado a la policía que un par de locos sobre dos ruedas se iban a matar bajando

endemoniados desde el Obersalzberg, salvo que alguien hiciese algo.

Tim ya no pensaba detenerse ante nada. Ni tan siquiera ante el semáforo que regulaba el acceso a la carretera principal de Berchtesgaden que la unía con Salzburgo y, sin apenas tocar el freno y derrapando con la rueda trasera, giró hacia la izquierda esquivando como pudo un camión que mostraba el logotipo de una carnicería. El coche de la policía local hizo uso de su sirena al ver que el tipo de la bici no pensaba detenerse y se puso en marcha para pedir algo más que explicaciones al loco de la bicicleta. Tim, aterido de frío y salvado del colapso nervioso por la adrenalina que sus glándulas suprarrenales inyectaban a chorro en su torrente sanguíneo, no pensaba dejar de pedalear ahora que tenía el aparcamiento a la vista a lo lejos; sin importarle que un coche de policía se sumase a la persecución. Respirando con violencia y moviendo la cabeza al ritmo de sus poderosas pedaladas, solo esperaba que, si era capaz de llegar al coche, ese maldito vehículo italiano estuviese a la altura de las circunstancias.

Bastante por detrás, el coche de policía era incapaz de competir con la agilidad de la bicicleta de Tim entre el tráfico. Hacía chillar su sirena con todas sus fuerzas y el resto de vehículos se apartaba, aunque no tanto como para dejarle realizar una persecución efectiva. Los agentes estaban tan concentrados en no perder de vista la bicicleta que ni tan siquiera repararon en la potente BMW de trail que se había situado junto a ellos.

Sobre la moto, Bernd Siegbert se afanaba como podía en ocultar nerviosamente el subfusil de la vista de la policía mientras se maldecía por haber dejado que su presa llegase al pueblo. Sabía de la connivencia de la policía local con las actividades de Thule, pero no podría dar caza a aquel tipo delante de una patrulla sin montar un escándalo de proporciones indeseadas. De todas maneras, condujo su moto cerca del coche policial esperando una oportunidad. Las dudas se aclararon en seguida: el copiloto pedía refuerzos, contemplando impotente cómo su objetivo salía airoso de la siguiente intersección. Había albergado la esperanza de que en el cruce de la carretera general con la arteria del pueblo que enlazaba con el centro peatonal, su objetivo hubiera perdido el equilibrio. Entonces aprovecharía para salir disparado y romperle el cuello con su moto simulando un accidente con aquel loco de la bicicleta. El dinero que Thule pagaba a las arcas de la policía local podía muy bien disfrazar el atropello a modo de una acción tan desgraciada como fortuita. Pero Tim fue capaz de esquivar el tráfico que poblaba la intersección, arrancando pitidos de claxon de los conductores y ovaciones de un grupo de jóvenes que sabían apreciar y buscar el riesgo, ataviados con monos de esquí en brillantes colores y portando tablas de snowboard al hombro. Bernd, tentando con el puño el acelerador de su moto, veía cómo la bicicleta se escapaba una vez sorteado el cruce; y pensando si continuar su persecución o no, pudo oír el ruido de numerosas sirenas que pedían paso desde el pueblo. Comprendió que no podría cumplir su misión con la policía pisando los talones de su objetivo. Debería mantenerse al margen y esperar a que sus superiores pudieran darle acceso a la celda en la que meterían a ese tipo en cuanto le echasen el guante. Allí debía ser muy rápido para eliminarlo antes de que averiguasen su identidad.

Por delante de él, Tim pedaleaba sin mirar atrás, con desesperación, hacia el aparcamiento de la estación. Sabía que quitar la vista de la calzada llena de coches podía hacerle dar con sus huesos en el asfalto, y entonces todo habría terminado para él. Para su tranquilidad, ahora podía oír más sirenas a su espalda, pero todas ellas más lejos.

En el momento en el que irrumpió en el aparcamiento de la estación de tren se dio cuenta de que tenía otro problema añadido. Solo sabía el fabricante del coche y nada más. Esperaba que no hubiese muchos Alfa Romeo en ese aparcamiento y que no tuviese que buscar uno a uno, aunque lo más rápido era pulsar el mando a distancia de la llave y ver qué coche se abría. Con

este pensamiento, derrapó la bicicleta ante la parada de autobús situada en el centro del aparcamiento para bajarse casi en marcha y poder coger la llave del bolsillo de la chaqueta, maniobra que resultó ser más difícil de lo esperado cuando se dio cuenta de que para evitar un contraste estridente con la nieve, la llevaba del revés.

El entumecimiento que el viaje en bicicleta había producido en sus manos le había despojado de la sensibilidad necesaria como para buscar nada en la cazadora, y palideció cuando pensó que había perdido la llave durante el alocado trayecto desde las alturas. Mientras buscaba las llaves torpemente pudo ver las luces de la policía acercarse a toda velocidad al mismo tiempo que comprobaba que no parecía haber ningún Alfa Romeo en ese aparcamiento. En su desesperación, se quitó la chaqueta para, sosteniéndola en vilo, zarandearla a empujones cabeza abajo hasta que de uno de sus bolsillos cayó al suelo la tan anhelada llave. Tim se agachó tan rápido que la cogió antes de llegar al suelo y, con dificultad por la pérdida de sensación en sus manos, consiguió por fin sostenerla para pulsar el botón de apertura y apuntar a bocajarro a todo el parque móvil del aparcamiento; esperando en algún sitio un parpadeo de intermitentes que indicase la posición del coche.

No vio destello alguno, pero un ruido de apertura de seguros surgió tras un voluminoso Porsche Cayenne a su derecha. Corrió tras el ruido para encontrar un pequeño deportivo rojo escondido tras la mole fabricada en Leipzig. Tras abrir la puerta del coche y aposentar su cuerpo tras el pequeño volante en cuyo centro se mostraba la insignia de la empresa de Milán, introdujo la llave en el contacto para poner en marcha el motor. La puesta en marcha acabó en un impresionante rugido tras él, en el compartimento del motor. Si ese Alfa 4C mordía tanto como ladraba, quizás tuviera que cambiar de idea respecto a la superioridad de los coches alemanes. Su experiencia en todo tipo de deportivos le ayudó a encontrar el selector de modos de conducción en el momento en el que, con el excesivo cuidado que mostraban los depredadores cuando olían la presa cerca, el primero de los coches patrulla entraba en el aparcamiento. De repente, al seleccionar el modo de carrera, como anunciando que todo estaba listo, el equipo de audio del coche hizo acto de presencia y Tim reconoció la voz de Billy Joel cantando *Piano Man*; no el estilo de música que hubiera elegido, pero el adecuado como para que accionando las levas de cambio de marcha en el volante, el pequeño deportivo saliera disparado desde su estacionamiento hacia la salida del parking, estratégicamente situado junto a la carretera que le habría de llevar al corazón de Alemania.

Por el empuje del motor, ya en los primeros metros supo que no le sería difícil dejar atrás a los coches de la policía de Berchtesgaden a medida que aceleraba cuesta arriba dejando atrás a los coches patrulla pero pensó que eso era solo un problema menos, mientras los seis altavoces del vehículo afirmaban que el micro del hombre del piano olía a cerveza.

No tenía dónde ir, y con toda seguridad la policía de otros departamentos estaría formando un equipo de persecución. Y a los deportivos que se usaban para persecución de coches como el suyo en las autopistas alemanas no iba a ser tan fácil dejarlos atrás.

Se sintió, por primera vez en su vida, solo y desamparado; con una extraña sensación de que su vida dependía de aquello que llevaba encima en ese momento. No podía acceder al dinero que tenía repartido por paraísos fiscales de medio mundo porque, al ser requisito obligado de la Thule el saber todo de sus miembros, sería donde primero rastrearían para dar con él. Tampoco podía buscar ayuda exterior porque estaba siendo perseguido por la policía y por el servicio de seguridad de Thule. Los buenos y los malos tras él... La perspectiva no podía ser peor.

De repente, cuando levantó el pie del acelerador intentado que una menor velocidad no llamase tanto la atención, tuvo un pensamiento para Michelle. Su amada Michelle que podría tener

los mismos problemas que él.

Solo ella podría ayudarle, pero para ello primero debía encontrarla. Entonces, añadiendo un escalofrío de indignación a los producidos por la dolorosa vuelta de sus extremidades a una temperatura más habitual, recordó que era posible que Michelle estuviese muerta, razón por la cual no se dignaba a contestar a sus llamadas.

Maldijo el momento en el que se había metido en camisa de once varas. Ahora mismo podía estar tomando una bebida caliente en el chalet mientras discutían sobre aburridos informes económicos favorables a los intereses pangermánicos mientras que Michelle estaría esperando su regreso leyendo un libro en un cálido sofá situado enfrente de una bien nutrida chimenea. En su lugar, se encontraba aterido de frío dentro de un pequeño coche, llorando por la pérdida de la mujer que amaba y dándose cuenta de que en realidad, estaba muerto.

Decidió que al menos moriría lo más cerca de Michelle y mentalmente calculó la ruta más corta hasta Frankfurt, deseando que no le interceptasen antes. Y si alguien debía hacerlo, esperaba que fuese la policía porque no pensaba que fueran a matarlo por conducir como un loco. El de la moto sí lo haría.

Capítulo 34

Acompañado por Dennis y mirando cómo descendían el segundo artefacto nuclear del B-2, Zach comprendía que la suerte estaba echada. El día anterior descargaron los explosivos del coche y hoy buscaban la oportunidad para colocarlos en los puntos débiles del avión. No era una labor de la que estuviera especialmente orgulloso, pero la inconsistencia de órdenes como la de mantener la bomba a bordo a toda costa para ser trasladada a un lugar por motivos de seguridad cuando la propia base era un fortín, junto a las fotos de los planos y documentos que Dennis le había mostrado en su móvil habían consolidado su opinión. Bajo ningún concepto permitiría que su país fuese atacado con su arma, y entendía que su misión había llegado a un punto en el que la información que ya había sido extraída del avión junto con otras muchas más ideas y descripciones que Zach era capaz de suministrar, deberían ser suficientes como para relanzar la carrera armamentística alemana hasta el punto donde Bifrost quería situarla.

Tenían la impresión de que el tiempo se les iba a acabar en breve. Como habían supuesto, el personal de seguridad de la base había llamado a la central de la *Gestapo* para corroborar la misión de un tal Dennis McGrath, pero solo habían podido confirmar su existencia. El personal que podía certificar la veracidad de su servicio estaba en su casa hasta el lunes, pero en cualquier momento podría aparecer alguien por la Prinz Albrecht Strasse que descubriese que su agente tan solo estaba de permiso.

Todavía tenía que decidir qué hacer con la máquina del tiempo, que reposaba en el armario de su cuarto como si fuera una vieja raqueta de tenis que da pena tirar. No se atrevía a decirle a Dennis que la tenía guardada porque a cada momento detectaba una nueva contradicción en lo que ese *Gestapo* del siglo XXI manifestaba. A Zach le daba la impresión de que le movían intereses diferentes de lo que esgrimía como única razón de su presencia allí. Decía estar para salvar Washington de la destrucción, pero eran más las veces en las que hablaba de motivos personales.

Entre ellos se había creado una especial complicidad favorecida por el poco frecuente hecho de haber vivido la misma época. Pero tal circunstancia le hacía recelar más todavía. La noche anterior, hablando antes de que Zach se retirase a su habitación y Dennis a la pequeña residencia de oficiales de la base, tuvieron un emotivo recuerdo de su paso por España. Según parecía, Dennis había comenzado allí la búsqueda de Zach puesto que lo único que sabía era que iba a ser su punto de entrada a Alemania. Con cierta camaradería compartieron recuerdos que a Zach, ahora desde la lejanía le parecieron menos desagradables que cuando los padeció. Dennis le confesó que siendo agregado a la embajada alemana en España había dado orden de que le fuera comunicado cualquier dato referente a un piloto alemán que hubiese aparecido de la nada con un avión, pero que su búsqueda había sido infructuosa. Hubiera preferido haber terminado su misión allí.

Zach ató cabos enseguida. Ahora encajaba todo lo sucedido en España y decidió tomar las riendas de la conversación.

—¿Conociste al cabo Robles, de la Guardia Civil? —preguntó sin encomendarse a Dios ni al diablo, mirando con renovado interés a Dennis. Este quedó fulminado.

—Si —se limitó a contestar, faltándole las palabras y señalándole con el dedo—. No me digas que tú...

Zach asintió reprimiendo una sonrisa de triunfo.

–O sea... ¿Eras el alemán que encontró en los Monegros el imbécil de Robles? –volvió a preguntar Dennis, riendo de repente–. Todos pensamos que ese inútil te había derribado de un disparo.

–El cuerpo que encontrasteis era el de un pastor de por allí que me había ayudado a llegar hasta la frontera francesa –contestó Zach desapasionadamente mirando hacia otro lado–. Le puse mis ropas y le descerrajé un tiro en la cara para desfigurarlo.

–Menos mal que no cancelé la búsqueda; porque si no te hubiera seguido buscando, no te habrías enterado del verdadero fin de tu avión: destruir Washington –admitió Dennis con cierta alegría, pero dejando a Zach pensativo.

Algo había dicho que no le había gustado. Desde el primer momento manifestó que su misión era destruir el avión para impedir una masacre en los Estados Unidos; pero si, tras aparecer su cadáver, admitía haber continuado su búsqueda, significaba que la amenaza que quería neutralizar era él. De repente, Zach lo vio claro: lo buscaba a él y solo a él, un viajero en el tiempo. No debía saber que había viajado con su avión, porque en ese caso hubiera buscado el *Spirit* en el desierto, mucho más fácil de localizar. En España no sabía nada del avión.

Dennis siguió refiriéndole cómo decidió prolongar la búsqueda en España un par de meses más al final del cual se encontró en un punto en el cual supuso que su objetivo había debido llegar al Reich; y para tener acceso a determinada información, ingresó en la *Gestapo*. Como policía secreta del estado pudo averiguar las verdaderas intenciones de los nazis para con Zach y su avión. Dennis reconoció haberse impresionado cuando vio la foto de un B-2 en los papeles de esa base secreta de Lugo, por lo que redobló los esfuerzos puestos en su búsqueda; hasta el presente.

Zach confesó sin mucho entusiasmo que el hecho de que Dennis siguiese buscando alemanes en España pudo otorgarle la tranquilidad necesaria para llegar a Alemania y, tras terminar la conversación de la forma más natural posible, se dirigió a su cuarto.

Se tumbó en la cama, mirando al techo mientras rumiaba una preocupación que le quitaba el sueño. Su objetivo era él. Si en España lo quería matar sin saber que había venido en avión y que este sería utilizado para arrasar Washington, una vez destruido este su vida volvería a no valer nada. No le había dicho los verdaderos motivos por los que le buscaba, y alguno especial, aparte de salvar Washington, debía haber que no le había contado. Miró de reojo el armario donde estaba escondida la máquina del tiempo. Su presencia le insufló algo de valor.

No dejaría de vigilar a Dennis, y se guardaría mucho de facilitarle información extra sobre los detalles de la operación. Seguro que no sabía que tenía la máquina del tiempo en su armario ni que disponía de un as en la manga en forma de ayudante. No sospechaba que tuviera a Keith en la base, y ni siquiera podía imaginar que no hubiera venido solo, porque hubiera sido lo primero que le hubiera preguntado. No sabía hasta qué punto podía confiar en Keith ahora, pero una cosa era segura: debía hacerle partícipe de la verdad sobre ese tipo de la *Gestapo* que paseaba por la base amenazando con mandar al frente a todo el mundo.

Zach durmió con dificultad, igual que Dennis. Este pareció haberse dado cuenta de que algo se le había ido de las manos y no sabía qué era. Decidió, al igual que Zach, no quitar el ojo a su compañero una vez hubiera destruido la aeronave.

Al día siguiente, se encontraron pronto y se pusieron manos a la obra al instante, cada uno de ellos escudriñando al otro para no perderlo de vista. La solicitud de traslado de la bomba había sido admitida y ahora ambos observaban hipnotizados cómo era descendida de la bahía para ser cargada en una góndola para ser llevada a un hangar contiguo. Los dos hombres se miraron. Creyeron haber puesto a la bomba a una distancia del avión que la dejaría fuera de combate sin destrozarla y dejar su contenido al aire.

Zach pudo ver por un segundo a Keith, acompañado por uno de sus superiores, andando por el exterior del hangar más impenetrable del mundo en el que se guardaba la más importante de las armas secretas alemanas; y se encaminó hacia él para contarle parte de la verdad sobre su ilustre visitante. Se despidió de Dennis y salió hacia el exterior a toda prisa, aunque aquel no permitió que se le dejase de lado tan fácilmente y abandonó el hangar tras los pasos de Zach. Al ver que se dirigía a hablar con un SS, determinó que quizás no era tan buena idea mostrarse. No olvidaba que su coartada podía deshacerse como un azucarillo en un café denso y prefirió no tentar su suerte.

Una vez en el exterior y habiendo verificado que Dennis no le había seguido, habló con Keith sin ambages y le puso en antecedentes. Le comunicó que ese *Gestapo* que decía comprobar los sistemas de seguridad de la base era en realidad un agente alemán enviado desde el futuro para sabotear el avión cuando alguien supo que este sería utilizado para dejar caer un par de megatones nucleares sobre Washington. Keith cambió su rostro, de un tiempo a esta parte siempre sonriente desde que había sido admitido en las SS, para mostrar una mueca de fastidio.

–¿Cómo? ¿Estás seguro de eso? –preguntó con rabia contenida entre los dientes.

–Me ha mostrado fotos de todo en su teléfono... ¿Te das cuenta? No puedo tener dudas ni de quién es ni del proyecto para borrar Washington del mapa –concluyó Zach.

–Entonces hay que matar a ese cabrón –escupió Keith.

–No. Si es verdad lo del bombardeo, cosa que creo, hay que destruir el avión –terció Zach, intentando aplacar la ira de Keith–. Pero no me parece trigo limpio. No sabe nada de tu existencia –levantó despacio la vista para encontrar la de Keith–. No le pierdas de vista.

Keith permaneció quieto por un segundo. Sabía que ahora no recibía órdenes de Zach, pero había jurado lealtad eterna al Movimiento antes que al *Führer* y era hora de cumplir su primera promesa. Quizás pudiera negociar su salida de Bifrost tras este servicio para dedicarse en cuerpo y alma a su nuevo cargo para convertirse en el ejecutor de los enemigos de su patria, como siempre había deseado. Se cuadró reglamentariamente ante Zach para confirmar que había recibido la orden y que pensaba acatarla. También sería la última vez que dedicaba un saludo a un civil.

Zach sonrió condescendiente y volvió al avión, donde la bomba ya había sido acoplada a su soporte para sacarla por la puerta.

–¿Quién es ese SS que te saluda tan marcial? Es el primero que veo hacerlo en toda la base –preguntó Dennis sin apenas mirarle, de pie frente al avión con los brazos cruzados en aire de suficiencia.

–Un novato que cree que voy a hablar a Hitler bien de él si me busca una conversación con Albert Speer –improvisó Zach, simulando poco interés.

–Ya –fue toda la respuesta que propinó Dennis, sonriendo.

Zach concluyó en ese preciso momento que, una vez que volasen el maldito avión, acabaría con ese entrometido en el tumulto tras la explosión. Y esa decisión no solo no le abandonó a lo largo del día, sino que no hizo más que amplificarse cuando, con terrible desgana y deseando que todo acabase, bajo la ubicua sombra de Dennis tuvo que atender a los visitantes programados para el día.

Se sintió extrañamente tranquilo cuando se fue la última visita, de forma que solo quedaba él a solas con el avión sobre el que caía una sentencia de muerte. El hangar estaba tan vacío que los pasos de Dennis resonaron en la cúpula al entrar este en él. Pudo sentir cuándo se detuvieron en el centro del edificio.

–Es la hora –se limitó a exponer.

Zach, sin articular palabra ni emitir confirmación alguna, dio media vuelta hacia su coetáneo, dispuesto a meter en el hangar la letal carga de explosivo plástico que reposaba bajo el Kübel de la RHSA. Entraron en el edificio con el mismo empaque que mostrarían un par de verdugos entrando en el patio de la cárcel con la horca bajo el vehículo. Dado que con frecuencia Zach se quedaba junto al avión a última hora para realizar tareas de mantenimiento, nadie se extrañó de verlo entrar en el hangar montado en el coche y nadie se preocupó de supervisar sus actividades. Naturalmente, los dos montaron con rapidez los 400 kilos de explosivo y su detonador por si eran descubiertos en plena acción. Zach no tenía excusa si eran sorprendidos y le pedían explicaciones detalladas; tan solo las que pudiera dar Dennis.

Se produjo un momento de tensión cuando una pareja de SS apareció por el hangar pero, como Zach había supuesto, su imagen hurgando en el avión era tan común que nadie le prestó la más mínima atención.

Dieron una hora a los temporizadores para hacer su trabajo, tiempo más que suficiente para poder quitarse de en medio y prepararse para el desconcierto que acompañaría a la explosión. Lo que cada uno desconocía era que el otro tenía planes especiales tras la detonación.

Dennis optó por comer en la cantina de oficiales, pero en cuanto Zach insistió en ir a cenar junto a la clase de tropa, algo más alejada del hangar, tuvo que desistir para acompañarle. Los marcajes iban a ser férreos en esa hora de nerviosismo.

Tras recoger su cena y dejar sus abrigos apoyados en el respaldo, se sentaron frente a sus bandejas de comida bajo el retrato de Hitler que presidía el comedor de la base, pero ninguno de ellos tenía hambre. Resultaba una escena de lo más insólita ver a dos hombres sentados frente a sendas bandejas de comida, enmudecidos dentro del murmullo que inundaba el comedor y mirando cada uno a un lado diferente. Zach miraba su reloj una vez tras otra mientras que Dennis había adquirido la desesperante costumbre de tamborilear con sus dedos sobre la mesa.

Tan estrafalaria escena llamó la atención del comandante SS de la guardia del día anterior que había sido urgido a pedir su inmediato traslado a la brigada Dirlewanger y se colocó frente a ellos, abiertas las piernas y brazos en jarras en ademán desafiante.

–Tengo el honor de comunicarle, *mein obersturmführer*, que he investigado su situación –sonrió con gesto de triunfador de póker–. Debo adelantar que a falta de comunicación oficial, no parece tener usted misión alguna. Creo que no seré yo quien se presente a *herr* Dirlewanger.

Zach revisó nervioso su reloj una vez más. Faltaban escasos minutos para la detonación y ese entrometido había venido a pavonearse en el peor momento. El nerviosismo de Zach no pasó desapercibido ni para el comandante de la guardia ni para Dennis, el cual saltó como un resorte.

–¡Maldita sea! ¿Ha perdido el juicio? –exclamó Dennis tan alto como pudo dando un puñetazo en la mesa que hizo que el murmullo que llenaba el comedor cesara de repente, todas las miradas concentradas en la mesa que ellos ocupaban.

Zach no sabía a dónde quería llegar en ese momento en el que en breve deberían pasar todo lo desapercibido posible. Miró de nuevo su reloj. Apenas dos minutos.

–Parece que nuestro invitado se encuentra nervioso –añadió el comandante, esquivando sin mucha seguridad la pregunta de Dennis. Quizás debería haber esperado a soltar sus bravatas a la confirmación de su compañero Steiner en Berlín que le había asegurado que Dennis McGrath estaba de permiso y ahora se contagiaba del nerviosismo que flotaba en torno a esa mesa.

Dennis blandió un dedo amenazador frente al rubio SS, disponiéndose a poner en su lugar al tipo ese, pero no pudo iniciar su frase.

El infierno que habían preparado hacía una hora se desató en el exterior. La deflagración sacudió el comedor con tanta fuerza que cayó gente al suelo, empujada por la onda expansiva.

Sobre ellos, el retrato de Hitler se soltó de su soporte y cayó irreverente ante el comandante, el cual, tras sujetarse a la mesa para no caer, extrajo su pistola de la funda para realizar un par de disparos al techo antes de especular con lo que había pasado. Zach se dio cuenta que era de los que disparaba primero y preguntaba después, lo que lo convertía en un excelente aliado a la hora de neutralizar a Dennis, que había logrado permanecer de pie apoyado contra la pared. No convenía que él lo eliminase en ese momento a la vista de todos, pero podía achucharle a ese estúpido SS.

Se encontraba caído de espaldas junto a la pared, con el engrudo de puré de patatas y tocino indecorosamente caído sobre su uniforme de aviador alemán. Los explosivos, pensó, han debido ser eficaces si habían causado semejante destrucción en el comedor situado a unos doscientos metros del hangar donde reposaba el B-2. Comenzaban a oírse los primeros quejidos de aquellos que habían salido peor parados de la explosión cuando la voz de Dennis se elevó por encima de las demás.

–¡El avión! ¡Alguien ha destruido el avión!

Era ahora o nunca. Había planeado mezclarse con el tumulto para ir a ver qué había sido del bombardero, pero el exabrupto de Dennis había puesto a todo el mundo en guardia. En seguida comprendió que lo que quería hacer era enviar a todos al centro de la explosión para eliminar el mayor número de testigos.

–¡Ha sido él! –gritó Zach, elevando el tono a un nivel mayor que el utilizado por Dennis. Este lo miraba, incrédulo–. ¡Me ha amenazado de muerte para entrar en la base y destruir nuestro avión!

El SS lo observaba, estupefacto, con el arma todavía humeante en la mano.

–¡No tiene tiempo que perder! –le espetó Zach, viendo la indecisión en los gestos del SS–. ¡Usted *sabe* que este hombre es un impostor!

Como movido por un resorte, el gigantesco SS saltó rugiendo hacia Dennis, momento que Zach aprovechó para ponerse en pie y observar cómo forcejeaban los dos hombres, derribando las pocas mesas que la explosión había respetado.

–¡Él fue quien colocó los explosivos! ¡Debe ser arrestado! –mientras tomaba la precaución de lanzar lejos de la trifulca el pesado abrigo de Dennis que contenía su arma, Zach azuzaba al rubio comandante de la guardia en la desigual pelea en la que los casi dos metros de SS darían cuenta del pequeño Dennis en segundos. Zach salió hacia el exterior lo más deprisa que pudo, después de gritar teatralmente que el avión corría peligro y arrancó hacia donde se encontraba el B-2. Necesitaba saber a ciencia cierta si había sido destruido, lo que pudo constatar en cuanto salió a la calle. En el lugar que ocupaba el hangar donde reposaba el bombardero se elevaba una gigantesca columna de humo. El hangar que lo contenía había sido reducido a un montón de escombros humeantes. Unas sirenas lejanas le indicaron que el sistema de extinción de incendios de la base se había puesto en marcha.

Los soldados correteaban de un lado a otro como gallinas descabezadas, sin orden aparente; y Zach discurrió sobre qué hacer en ese momento. Quizás debería ir a las ruinas en las que se había convertido el hangar, para intentar recabar más información sobre lo sucedido. Con suerte podría achacarse a un accidente fortuito.

Mientras Zach se dirigía hacia el cráter de la explosión. Dennis, todavía en el interior del comedor, luchaba por su vida. Pugnaba por mantener la distancia con el gigante rubio que, con los ojos inyectados en sangre, se había tomado ese combate como una oportunidad para eliminar a aquel enano que había osado sugerir que debería acabar sus días limpiando de partisanos los bosques de Ucrania. El SS movía los puños como aspas de molino, derribando todo aquello que

se interpusiera entre él y su objetivo, sin dar opción a Dennis de acercarse a su abrigo, donde el subfusil Heckler & Koch daría cuenta de ese gigante en medio segundo. Intentó moverlo en círculos con la esperanza de dar la vuelta a su posición y poder alcanzar así su arma, pero la mole de músculos enfadados no pensaba dejarle un metro para maniobrar. Tendría que cargárselo con sus propias manos, algo muy complicado puesto que aquellos brazos que hacían silbar el aire con cada puñetazo lanzado al vacío no dejaban hueco alguno. Lo único que podía esperar Dennis era que el gigante bajase la guardia un segundo, de manera que templó su cuerpo buscando una oportunidad que no tardó mucho en llegar.

Solo tuvo que esperar que el SS se trastabillase con una silla mal caída para que usase uno de sus brazos como punto de apoyo, antes de caerse estrepitosamente entre el caos en el que se había convertido el conjunto de mesas, sillas y comida cuartelera. En ese momento, Dennis tensó los músculos de sus piernas con una fuerza que solo un férreo entrenamiento podía haber conseguido y saltó hacia el gigante con los pies por delante. Como un martillo pilón, sus dos botas impactaron a la vez con fuerza en el rostro del gigante. Este, durante un momento, bizqueó intentando buscar el tren de mercancías que lo había atropellado en medio del comedor. Un par de segundos más tarde se desplomó sin sentido hacia atrás, como un fardo.

Dennis saltó por encima del SS inconsciente para ponerse su abrigo. El peso del subfusil de combate le proporcionó renovadas fuerzas y salió corriendo en busca de Zach. No tenía ni idea de dónde estaba, pero más tarde o más temprano lo encontraría y le haría pagar la jugada a traición que había urdido. Le habría gustado divertirse un poco con él antes de mandarlo al otro barrio, acabando de esa manera la misión que había durado tantos años; pero no debía tomar sus acciones a la ligera, sino mantenerse frío y pensar cuál sería su siguiente movimiento. Por lo pronto no sabía dónde estaba.

Debía emboscarse y esperarle allí donde sabía que asomaría más tarde o más temprano: cerca de su habitación. Más bien de lo que quedase de ella. El edificio, contiguo al hangar, había quedado en un estado semi ruinoso, por lo que cabía la posibilidad de que su cuarto hubiera quedado sepultado. Descubrió un sitio para poder acechar y se acopló como pudo contra una pared que, pese a estar medio derruida, parecía ofrecer suficiente refugio como para esconderse hasta que apareciese Zach.

Mientras tanto, este intentaba en vano enterarse de qué se sabía. De librarse de Dennis se ocuparía el SS comandante de la guardia. Sin embargo, podían hacerle incómodas preguntas si a alguien le daba por investigar por qué le ayudó a entrar, aunque aseguraría que le había obligado a ser su cómplice en la operación de sabotaje. Lo sucedido había sido tan grave que lo interrogarían, y ya había conocido los sótanos de la *Gestapo*.

La situación era más difícil de lo que había calculado en un primer momento. Si se demostraba su culpabilidad en la operación de sabotaje de la nave, su vida no valdría ni un pimiento. Debía salir de allí y buscar la ayuda de Speer porque tampoco albergaba esperanza alguna de pasar la guerra como un fugitivo. Los perros de presa eran perseguidores implacables, y se sabía que un ínfimo porcentaje de desertores conseguía escapar. Y él tenía la dificultad añadida de que no conocía el país y sus circunstancias tan bien como para esquivar a los guardias hasta el fin de la guerra.

Tras comprobar que el bloque donde se había guardado la segunda bomba estaba razonablemente entero y que no había habido fuga de contenido radiactivo, se alejó de la turba dispuesto a ir a su dormitorio. El edificio en el que estaban las habitaciones de la tropa había quedado severamente dañado por la explosión, lo que podía ser una ventaja si al haber destruido el avión, de paso había neutralizado la máquina del tiempo. Tendría que ir a ver cómo había

quedado su cuarto y si había sido, como deseaba, reducido a escombros, saldría de la base en el vehículo más rápido que pudiese encontrar. Si era en un avión, mucho mejor. Al fin y al cabo, se encontraba en una base aérea.

A medida que se alejaba del centro de la explosión, menor era el número de gente que se cruzaba en su camino y más extrañados resultaban al ver cómo se alejaba. Todo el mundo en la base lo conocía y le parecía raro que corriese en dirección contraria a donde se encontraba su avión.

Al doblar una esquina pudo ver el bloque de habitaciones. Su indeterminado estado, entre ruinoso e indemne, le obligaba a comprobar que la máquina del tiempo había sido destruida; y cumplir con su misión en caso de que no hubiese sido así.

Con sumo cuidado y tanteando cada muro antes de adentrarse en el edificio medio a oscuras, logró llegar a su habitación. El hecho de que esta estuviera en el centro del edificio había hecho que sufriera menos daño, lo que le obligaría a destruir la maldita máquina. Con precaución apartó la puerta que la deflagración había reventado y entró en su cuarto hasta el armario, lo abrió con la llave y buscó la tapa del escondite secreto que la albergaba. La onda expansiva no había hecho mella en su protección y, con cuidado, pudo sacar el artilugio sin problemas.

–Te esperaba... ¿Creías que me ibas a dejar atrás con tanta facilidad? –una voz salió de entre las sombras enroscadas en un rincón de la estancia. Zach giró la cabeza hacia donde salía el sonido y pudo ver cómo la escasa luz iluminaba el cañón de un arma. De una Heckler & Koch–. Te dije que no debías subestimarme, capullo fascista.

Dennis salió de entre las sombras sin dejar de encañonarle. Una herida en la frente había derramado un hilo de sangre, ahora seca, sobre sus cejas; y un gesto de sorpresa iluminó su rostro al ver lo que Zach sostenía.

–¡La máquina! –señaló con el mentón el pequeño aparato que obraba el milagro temporal–. ¡Qué sorpresa! ¡No me lo esperaba!

Zach había cometido el imperdonable error de ir a por ella sin saber si le seguían. Podía haber sido cualquiera que le hubiera visto salir de la escena donde tuvo lugar la explosión, pero... tenía que haber sido Dennis. Y la actitud de este ahora no ocultaba sus odios.

–Era esto lo que buscabas... ¿Verdad? –aventuró Zach, mirando hacia la puerta y valorando sus opciones de escape.

–No. Lo siento. Mi objetivo eres tú –cloqueó Dennis siguiendo la mirada de Zach hasta la puerta–. Ni se te ocurra huir. Te mataré como a un perro si lo haces.

–¿Dónde ha quedado nuestro acuerdo de acabar la guerra dando información sobre los rusos a los Estados Unidos? –preguntó levantando los brazos tras dejar la máquina del tiempo sobre la cama destrozada.

–¿Te tengo que explicar que ha quedado revocado? –sonrió Dennis con malicia–. Parece que no lo entiendes. Tú eres a quien debo eliminar. Todavía eres muy peligroso para el futuro. Eres un puto fascista y todavía puedes cambiar el rumbo de la guerra... ¿No me digas que no lo habías pensado?

Zach asintió. Por supuesto que lo había considerado. Unas mil veces. De hecho, su conocimiento de su nave y de los sistemas de armamento que habrán de desarrollarse en un futuro eran más que suficientes como para estimular la industria armamentística alemana hasta dejarla unos años por delante de lo que se encontraba. Ni siquiera tenía que hablar de armamento, sino que con sugerir a Hitler de que el desembarco aliado se produciría en Normandía en lugar de Calais, el Reich habría podido asestar un golpe definitivo a la fuerza aliada.

–Compréndelo... No puedo dejar que cambies el resultado de esta guerra... –le espetó

Dennis, como leyendo sus pensamientos—. Mi padre fue un soldado americano que conoció a mi madre alemana tras la ofensiva aliada de Normandía. Si no hay día D, mis padres no se conocen y yo no existiría. Es muy fácil... Lo entiendes... ¿Verdad?

No podría hacer nada contra esos motivos personales que implicaban su propia existencia, aunque ahora lamentaba no haber seguido los dictados de su instinto que nunca le había fallado y haber acabado con ese malnacido antes. Lo habría tenido muy fácil con haberlo denunciado al cuerpo de seguridad de la base, y ahora veía como ese enano tensaba el brazo que sostenía el subfusil. Iba a usarlo, y no percibía en su mirada, ahora frunciéndose tras la mirilla que lo apuntaba inmisericordemente, atisbo alguno de remordimiento. Solo esperaba que lo que había proporcionado a los eruditos del Reich hubiese sido suficiente como para cumplir su objetivo de dar a Alemania el poder necesario para extender su modelo de sociedad por todo el mundo de manera que, con mano dura, acabase con el cáncer de permisividad que había conseguido que un niño acabase con la vida de la mujer que amaba; y que su hijo, por desapego, le hubiera aborrecido de por vida. Mientras el dedo de Dennis se contraía sobre el gatillo, se le pasó por la cabeza la idea de que hubiera sido capaz de dejar morir a la población entera de Washington si con eso conseguía salvar la vida de Lilian. Con la mente puesta en su amada, se dispuso a recibir la bala que, quién sabía, quizás le hiciera reunirse con ella a través de los océanos de tiempo que había surcado para intentar salvarla. No daría a ese cretino la satisfacción de pedir clemencia.

—¡Baja tu arma, cabrón! —tronó una voz en el pasillo de la residencia. Una voz que ninguno de ellos esperaba y que en una fracción de segundo se erigió como la única esperanza de Zach para salir de allí con vida.

Los dos hombres se volvieron hacia el punto de donde partía el grito, sorprendidos. Zach incluso tardó un segundo en reconocerla. Bendito sea. Era la voz de Keith Alsop la que surgía del pasillo medio en ruinas, cumpliendo la última orden que el comandante de Bifrost le había dado de no dejar de vigilar a Dennis. Ninguno de los dos lo veía, motivo por el que permanecieron en una tensión que los dejó inmóviles.

Fue Dennis el primero que rompió la quietud, dando un salto hacia atrás tan repentino como ágil. Zach advirtió que lo hizo para quitarse de en medio, hacia una zona en la que ninguna bala procedente del pasillo podía alcanzarle. Una vez estabilizado, apuntó su Heckler & Koch contra Zach dispuesto a liberarse del mayor de sus problemas, cuando Keith entró en tromba en la habitación, disparando a diestro y siniestro. Dennis osciló su fusil para apuntar a Keith, momento que aprovechó Zach para abalanzarse sobre la máquina que todavía reposaba sobre el maltrecho catre cuartelero y buscar una vía de escape que se abrió en una fracción de segundo, la que tardó Dennis en alojar una corta ráfaga de balas en el pecho de Keith.

Antes de salir de la habitación como una exhalación, pudo ver como su compañero parecía como empujado contra la pared por una mano de plomo de calibre 9mm. De su pecho manaba abundante sangre que salía directamente del corazón y Zach, de un vistazo a la carrera, supo que estaba muerto antes de que, apoyado contra la pared, sus piernas fueran incapaces de sostenerle y comenzase a desmoronarse sobre los escombros. Una nube de polvo producida por el impacto de otra ráfaga contra lo que quedaba del quicio de la puerta mientras abandonaba la habitación le indicaba que Dennis no pensaba perder más tiempo del necesario en continuar su caza tras matar a Keith, lo que le dio alas, buscando el pasillo mientras sorteaba paredes venidas abajo y techos desplomados.

A Zach no le quedaba otra opción que huir desarmado. Quizás con una pistola podía haber intentado una emboscada, pero sin más armas que sus manos, no se atrevía a un enfrentamiento directo con Dennis. El enano ya había demostrado que no vacilaría en dispararle en cuanto lo

tuviera a la vista. Sus opciones para escapar pasaban por lo que tenía consigo: un artefacto más potente que las balas del subfusil de Dennis; pensó mientras apretaba la máquina del tiempo contra su pecho. Zach paró un segundo para tomar aire mientras averiguaba dónde estaba Dennis.

No podía pedir ayuda al personal de la base porque tendría que responder a incómodas preguntas sobre su participación en el sabotaje de la aeronave; y no había recorrido medio siglo en el tiempo para encontrarse frente a un pelotón de fusilamiento.

Tras un recodo de un edificio dedicado a talleres, apareció Dennis blandiendo su arma. Sus miradas se cruzaron durante un segundo, y Zach pudo ver una chispa de odio prendiendo en la mirada de su enemigo, al cual el caos reinante en la base le otorgaba una innegable ventaja a la hora de perseguirle a muerte. No podría aguantar mucho tiempo escondido de sus balas, y menos dentro de la base, donde en ese momento se podría haber puesto precio a su cabeza.

Solo le quedaba una salida. Por aire.

Pese a ser noche cerrada, tras librar el edificio de mantenimiento divisó el campo de vuelos, donde un par de aviones reposaban esperando algo de luz para que alguien pudiera surcar el aire con ellos.

Con extraordinaria cautela se acercó a las pequeñas avionetas, intentando no llamar la atención de Dennis. Amparado por las sombras distinguió dos Fieseler *Storch* mientras, bajo la vacilante luz de una bombilla resguardada de la intemperie por una pantalla metálica. Trepó al alto tren principal de una de las avionetas, lo que le daba la apariencia ciconiforme^[52] que le daba nombre; abrió el registro de acceso al motor y, con rapidez, cambió los bornes de la batería para invertir la polaridad del circuito eléctrico. Una vez completada la operación, descendió del tren y se dirigió hacia la otra avioneta mientras a lo lejos todavía aullaban las sirenas de los bomberos.

Tras colocarse el paracaídas se sentó en el espartano puesto de pilotaje del frágil aeroplano de enlace. No estaba familiarizado con él, pero el cuadro de instrumentos mantenía el mismo esquema que todas las avionetas del mundo, con la barra de dirección al frente de panel. Recordó que no sabía dónde estaba Dennis y con algo de nerviosismo buscó el selector de magneto para el arranque, enriqueció la mezcla de combustible y aire hasta el nivel adecuado y puso el motor en marcha. Este emitió un petardeo que Zach temió llamaría la atención de su perseguidor, motivo por el cual comenzó a rodar para despegar cuanto antes desde la plataforma semicircular del aeródromo. No necesitaría más distancia para esa avioneta.

Al poco de irse al aire sintió el silbido de las balas tras él, perforando el fuselaje. Dennis lo había descubierto. Afortunadamente, el avión era tan sencillo que las balas podían atravesarlo sin dañar ningún componente importante. De todos los elementos del avión, él era el más frágil.

Agotado Dennis en tierra tras la carrera que había realizado tras escuchar la explosión que había emitido el motor de la *Storch* al arrancar, vació con poca fe un cargador. La pequeña avioneta había salido de la zona de influencia de los focos que iluminaban la rampa y había volado sin una luz que identificase su posición. A duras penas podía distinguir al *Storch* del fondo y se limitó a disparar contra la fuente de ruido. Maldiciendo su falta de previsión al no pensar que un aviador iría directo hacia el primer avión que encontrase, se dirigió hacia la otra avioneta que parecía estar esperándole y en un alarde de coordinación se subió a ella de un salto. No tenía tiempo que perder si no quería perder el rastro de Zach en plena noche.

No tardó en darse cuenta de que algo iba mal. No era solo el hecho de que no arrancaba, sino que no hacía sonido alguno al intentarlo. Y un olor a cable quemado comenzaba a invadir el habitáculo de la *Storch*. Condenó su mala suerte al tomar el avión averiado. Si hubiese sido Zach quien lo hubiera elegido en primera opción, ahora su enemigo estaría muerto. Propinó un golpe a la cabina mientras quitaba el contacto, temiendo que la nave empezase a arder de un momento a

otro, llamando una atención que no le beneficiaba. Debía pensar cuanto antes en cómo salir en búsqueda de Zach, aunque sus opciones se diluían como tinta china en un cubo de noche oscura.

No se encontraba mucho más a gusto Zach en su avioneta. Pese a haber despegado hacía unos minutos seguía decidido a no encender luz alguna que pudiera delatar su posición, pero había cometido el error de comenzar un vuelo nocturno cuando no había nada que ver. La única claridad que podía iluminar el entorno provenía de una débil luna en cuarto creciente que asomaba de cuando en cuando entre nubes quebradas. Ni siquiera tenía donde ir, aunque no tardó mucho en resolver poner rumbo a Berlín. Si tenía todavía alguna posibilidad de continuar con vida en el Tercer Reich, sería en su capital, donde sus primeros valedores en su misión todavía podían otorgarle credibilidad, algo que la *Gestapo* no estaría dispuesta a darle. Debía volver a contactar con Speer, antes de que cualquiera de sus múltiples perseguidores le echase el guante; aunque lo primero que debía hacer era deshacerse de la maldita máquina del tiempo que reposaba entre sus piernas desde que se sentó en el asiento de la avioneta. Pensó en dejarla caer desde donde estaba, pero ese movimiento dejaba una gran parte de su eficiencia al azar, algo que no podía permitirse.

Quizás la solución más sensata era aterrizar en algún sitio tranquilo para continuar su viaje por tierra, antes de que la aproximación a Berlín de una avioneta sin identificar fuera tomada como una amenaza. Una vez en el suelo, podía hacer estallar la *Storch* con la máquina dentro y habría solucionado uno de los problemas que llevaban tiempo acuciándole.

De repente, un ruido creciente tras él le avisó de que algo iba a pasar a su lado como una exhalación. Zach a duras penas pudo controlar su avión en la estela turbulenta que había generado un Messerschmitt Bf-109 al pasar junto a él a toda pastilla. Zach soltó un improperio cuando nadie podía oírle. Debía ser un avión de Giebelstadt que había salido en su búsqueda y que acababa de encontrarlo. Imaginaba que en este momento, mientras el piloto del caza iniciaba una subida delante de él para hacer un *loop* que lo situaría a su cola, estaría comunicando a la base que había encontrado su objetivo. En pocos minutos, aquello se iba a llenar de aviones de caza con intenciones asesinas.

Soportando un puñado de veces la fuerza de la gravedad en la cabina del Messerschmitt, Dennis no tenía intención de comunicar a nadie su presencia, pero estaba decidido a acabar su misión de una vez por todas para dedicarse en pleno a justificar su presencia en la base de Giebelstadt alegando una misión oficial cuando se encontraba de permiso. Quizás podría alegar un exceso de celo al descubrir que el individuo que decía haber traído su avión para ayudar al Reich en realidad quería sabotearlo tras ser sobornado por el enemigo. Pero para ello tendría que completar su misión y matar a Zach. Los muertos tenían la espalda muy ancha y podían cargar con cualquier culpa. Con ese pensamiento terminó de colocarse detrás de la *Storch* y armó sus ametralladoras.

En su frágil avioneta, a Zach no le quedaba otra opción que reducir su velocidad al mínimo para hacer su persecución incómoda. Dado que la *Storch* podía volar a una velocidad mucho menor que el Messerschmitt, a este le resultaría difícil ponerse a su cola sin exponerse a una pérdida de sustentación que a esa altura podía resultar fatal. Mientras tanto, en la mente de Zach se iba fraguando una vía de escape alternativa. Todavía guardaba un arma secreta que, si bien no tenía posibilidad alguna de atacar, podía facilitarle la huida para volver al tablero de juego en una posición ventajosa.

Tenía a bordo la máquina del tiempo, y podía usarla antes de que un enjambre de cazas se presentase para derribarle. En ese momento, un rastro de balas trazadoras a su derecha le indicó que el caza que había maniobrado para situarse tras él abría fuego. Zach giró bruscamente la palanca de dirección de la avioneta a la izquierda, lo que le otorgó otra oportunidad. Su

contrincante había abierto fuego muy pronto, revelando su posición y dándole tiempo para evitarlo. Su baja velocidad en comparación con la del caza hizo que el Messerschmitt pasase de largo enseguida.

Sin embargo, Zach sabía que el piloto del caza que ahora volvía a ascender y maniobrar para ponerse a su cola no iba a cometer el mismo error dos veces. Si volvía a ganar su espalda, dispararía cuando tuviese seguro el blanco.

Programando el temporizador del artilugio, sabía que todo lo que tenía que hacer era asegurar su situación actual y determinó que para ello no tenía mejor opción que atrasarse mucho en el tiempo; lo suficiente como para alertar a Speer de que prestase atención en un futuro a un extraño visitante que le prometería poder militar para Alemania. Sin embargo, pese a haber leído sus memorias una y otra vez, la vida de Speer antes de pertenecer a la maquinaria de guerra alemana era poco conocida.

El tiempo se le echaba encima con la misma rapidez con la que el caza volvía a ganar su cola, y de repente supo cuál era el punto hacia el que debía apuntar. Conocía de memoria una fecha. El ocho de noviembre de 1923: la fecha en la que Adolf Hitler intentó el *putsch* en Múnich y que le hizo dar con sus huesos en la cárcel. Podía volver a ese tiempo y advertir a Hitler de que le escuchase con toda su atención.

No le quedaba mucho tiempo para pensárselo, de modo que inició un brusco viraje a la derecha para ponérselo difícil al del caza mientras sostenía con dificultad la máquina del tiempo. Recordó que antes de tomar tierra en España, Keith le indicó por encima su funcionamiento y no parecía muy complicada, con solo un par de indicadores y un panel digital donde se introducían las coordenadas temporales de destino; pero la tensión del momento imprimía a sus dedos un temblor que dificultaba la selección de la fecha de destino. El nerviosismo aumentó cuando tras introducir la fecha correcta, la máquina se deslizó entre sus dedos. Calculó entonces que su enemigo podría haber encontrado su cola. No tenía ya tiempo que perder, de modo que sosteniendo la palanca firme entre sus piernas y la máquina con fuerza entre sus manos, con un exabrupto, pulsó el botón que liberaría las partículas que habrían de llevarle casi veinte años atrás en el tiempo.

En ese momento, una sensación por la que Zach hubo pasado inundó la cabina de la pequeña avioneta. Al igual que hacía unos meses en la cabina de su B-2 ahora malogrado, una oleada de luz líquida inundó su campo de visión, indicando que la máquina había vuelto a obrar el milagro. En medio de un festival de una radiación tan densa que podía ser respirada y llevada hasta sus más recónditos tejidos corporales, Zach se sintió aliviado de evitar el peligro por ahora mientras se dejaba diluir en una atmósfera de luz efervescente.

No todos podían decir lo mismo. En la cabina del Messerschmitt, Dennis se había situado a la menor velocidad posible tras la cola del frágil *Storch*. Esta vez no pensaba fallar y tensó su dedo sobre el disparador de la palanca de control del avión cuando delante de él un relámpago de un blanco tan intenso como jamás volvería a ver le cegó.

En el punto donde hacía un segundo estaba la avioneta se generó una explosión que carecía de onda expansiva, pero que hacía gala de una claridad tan cegadora que sus ojos quedaron deslumbrados. Se llevó las manos a los párpados que permanecían cerrados, intentando estimularlos. Recordaba esa luz cuando lo acompañó durante el salto temporal, pero dentro de la esfera no era tan hiriente.

Todo fue en balde. Había perdido la orientación en la noche y no podía ver el tablero de instrumentos que le indicaba que la actitud de su avión había cambiado para convertirse en un abrupto picado del que jamás salió.

Justo antes de que, por alguna extraña razón, su cerebro le revelara que el suelo se encontraba ya demasiado cerca y aproximándose tan rápido que apenas tuvo tiempo de pensar que posiblemente ya no podría asegurar que su padre conociese a su madre tras el desembarco en Normandía.

El suelo le impactó con tanta violencia que ni siquiera pudo pensar en la hermana que con tantas esperanzas le había mandado al pasado a recomponer el futuro.

Capítulo 35

Tim no había conocido nunca esa sensación de tener que conducir sabiendo que era perseguido; y no le gustaba nada. Estaba acostumbrado a tener que fijar su atención solo en la carretera y en los requerimientos de su coche, pero ahora todos los vehículos se habían convertidos en sospechosos de querer acabar con él. En ese momento le perseguía tanto el servicio de seguridad de Thule como la policía.

Mientras adelantó de forma temeraria a un todoterreno, Tim pensaba una vez más sobre su situación, y tuvo claro que prefería que fuera la policía quien lo detuviese. Por un segundo pasó por su mente la idea de entregarse al primer coche patrulla que se cruzase en su camino, pero eso no haría más que hacerlo localizable. No podría estar para siempre bajo la protección policial y no le encerrarían mucho tiempo por ir como un loco con una bicicleta por el centro de un pueblo.

Debía encontrar a Michelle para usar su maldita máquina para retroceder un año, cancelar el proyecto y cerrar el pico en la reunión anterior de Thule. De no haber lanzado Bifrost no hubiera conocido a Michelle, pero si retrocedía el tiempo justo podría seguir en contacto con ella, relanzando su proyecto con más tranquilidad y bajo mecanismos de control que solo él supiera. Quizás lo que debía haber hecho era haberse centrado en las innumerables ventajas económicas del proyecto en lugar de intentar modificar el pasado, lo que había demostrado haber sido la forma más eficiente de destrozarse el presente.

Camino de Frankfurt paró a repostar y reconoció que no había pasado peor momento en su vida. La angustia de saberse perseguido se conjuraba con la incertidumbre de no saber si estaba siendo observado. Mantuvo su mano herida dentro del bolsillo para no llamar la atención cuando pagó con el poco efectivo del que disponía y se obligó a pensar que debía serenarse. De nada servía huir bajo el aroma del miedo que podía ser lo suficientemente tóxico como para hacerle cometer un error, de modo que intentó componer la más natural de sus sonrisas que hace no mucho llenaba portadas de las revistas de mayor tirada.

Una vez de nuevo en el coche, arrancó y se puso en marcha sin especiales alardes. Una vez de vuelta a la *autobahn* rumbo a Frankfurt tuvo que admitir que ese pequeño coche italiano le había dado mejor resultado de lo que habría esperado de un coche no alemán. Sonrió mientras palmeaba el volante. Su mundo automovilístico también se tambaleaba.

Aprovechó el momento de relativa tranquilidad para llamar a su secretario. Tampoco daba señales de vida, y Tim llegó a pensar que todos le daban la espalda. Tras la llamada a David, intentó telefonar a Michelle por enésima vez en los últimos tres días. Y de la misma manera que todas las anteriores, sin éxito. La sonrisa se esfumó de su rostro, diluida por una desesperación tan cáustica que sintió una oleada de angustia recorrer su cuerpo. Lo que había podido ver del lado oscuro de Thule en este último día no invitaba al optimismo y, dado que ella no había tenido un Mario Adler que le avisase del peligro que corría, era posible que los desalmados de la Sociedad se hubieran ocupado de ella sin dificultad. Apretó los dientes reprimiendo lágrimas de rabia, pese a lo que continuó su viaje hacia casa de Michelle. No descansaría hasta conocer la verdad aunque para ello tuviera que arrancarle las uñas a ese maldito motorista criminal. Solo pensaba en Michelle y deseaba con toda su alma que estuviese viva, aunque fuera porque los malnacidos de Thule la hubieran retenido para usarla como cebo para atraerlo. En ese caso, no le importaría entregarse a una muerte segura si con ello pasaba algo de tiempo con ella. Prefería morir a su lado que malvivir sin su presencia.

Recorrió con ira los últimos kilómetros hasta el domicilio de Michelle y, una vez allí y tras sacar de su mochila las llaves de casa de ella junto con el mando del garaje, que usó para abrir la puerta que le daba acceso al patio trasero cerrado que hacía las veces de aparcamiento. No se sintió a salvo cuando dejó el coche en un sitio libre, sino que todavía le asaltaba una sensación de peligro. Alguna presencia malvada se cernía sobre él, sospechó mientras miraba al lúgubre cielo gris que no le había abandonado desde que llegó esa mañana a Berchtesgaden; y no podía ni localizarla ni conjurarla. Quizás esa sensación fue la que le hizo reaccionar con un respingo al inocuo saludo del portero del inmueble al entrar en el edificio, aunque Tim reaccionó rápido y dedicó un gesto tranquilizador al hombre que limpiaba el portal a conciencia. No ganaría para sustos si veía una amenaza en cada persona que se cruzaba en su camino aunque se habría dado cuenta que eso era precisamente lo que debía hacer si hubiera visto cómo, tras entrar en el ascensor ultramoderno que lo llevaría al ático de Michelle, el portero sacó su móvil para enviar un mensaje a un teléfono. Resultaba que un tipo con una apariencia de lo más respetable le había prometido al portero una considerable cantidad de dinero si le avisaba cuando Tim Gottlieb apareciese por su edificio. Había supuesto que se trataba de la prensa del corazón dedicándose a lo que mejor sabía, y pensó que no haría ningún mal en aprovecharse de su posición. Al fin y al cabo, ese tipo tan conocido estaba podrido de dinero. Al poco tiempo de enviar su mensaje le llegó la contestación donde se le daban las gracias más la promesa de que alguien se pasaría para hacerle entrega de su recompensa. Un simple mensaje del que nunca nadie sabría nada le había dado la posibilidad de llevar este verano a su mujer a Palma de Mallorca.

Ajeno a las previsiones estivales del portero, Tim entraba en el apartamento de Michelle para encontrarse con el paisaje desolador que había temido encontrarse.

De pie ante el ático, su llave todavía dentro de la cerradura, contemplaba boquiabierto la escena en la que un huracán parecía haberse dedicado a arrasarse la casa que tan bien ordenada recordaba y que tanta nostalgia le generaba. No abandonó la sensación de vivir una pesadilla que le había acompañado desde que entró por última vez en el chalet de Thule. Era todo tan irreal, cuando hacía nada todavía estaba en la cresta de la ola...

Centrando su atención en el ático devastado, algo le decía que Michelle no estaba allí cuando su apartamento fue registrado. No eran señales de lucha lo que tenía delante. A medida que se adentraba en el domicilio de Michelle comprendió que si el forcejeo había producido ese caos, debía haber sido extremadamente violento y por toda la casa. No había esquina que no hubiera sido desmontada, ni cajón que no hubiera sido abierto, volcado y examinado su contenido sobre la moqueta. Para su consuelo, no encontró el rastro rojo de la sangre que suele acompañar las peleas.

Si el apartamento había sido registrado en ausencia de Michelle... ¿Dónde estaba ella? ¿Y por qué estaban allí todas sus pertenencias? No podía saber si todo su vestuario estaba en el suelo o si por el contrario faltaba ropa para hacer un viaje corto o para dar la vuelta al mundo. Si habían rebuscado hasta en el vestidor ¿Qué demonios estaban buscando?

Tim paseó por la casa, intentando recordar si le había dado a Michelle algún documento trascendente. Llegó a la conclusión de que no le había dado nada más que las especificaciones que necesitaba para diseñar el corazón de la máquina del tiempo. Ningún papel que pudiera implicarle había pasado por las delicadas manos de la doctora. Demonios... Si incluso tuvo a bien dejar en su coche el informe de Bifrost la última vez que estuvo en esa casa para no dejarlo a la vista. Ese día bajó hasta el aparcamiento y recogió del Mini la documentación para poder dar los datos requeridos sobre el momento del salto, pero ni un solo segundo separó el informe de sus manos.

De vuelta en el salón, el aire que entraba por la puerta de la terraza agitó unas pocas hojas que estaban frente a un cajón abierto del mueble principal del salón, dejando ver un reflejo

plateado debajo de ellas. Las apartó para descubrir el ordenador portátil extraplano de Michelle abierto contra el suelo. No se le ocurría dónde había podido ir sin él. Recordaba sus frágiles dedos recorriendo el teclado cada vez que tenía que introducir la contraseña para acceder al contenido de su portátil.

–¿Qué tipo de contraseña usa una mujer como tú? –recordó haber preguntado Tim con galantería uno de los felices días que tuvo la fortuna de compartir con Michelle.

–Una científica solo puede usar el número *pi* –la respuesta a esa pregunta asaltaba sus recuerdos con hiriente emoción. Tim era capaz de recordar el agradable gesto de complicidad que acompañó la respuesta de Michelle.

Sabiendo la respuesta, Tim colocó el sofá en su posición habitual para sentarse con el ordenador de Michelle sostenido sobre sus rodillas. Al intentar acceder a él, surgió un impertinente cuadro que pedía la contraseña para autorizar el acceso. Tecleó 31416, seguro de saber la respuesta a la pregunta del sistema. El acceso le fue denegado.

Intentó sin éxito otras combinaciones escritas del número mágico que relaciona el diámetro con el radio de una circunferencia, incluso escribiendo en letras *trescatorcedieciseis* en el campo que, ya de una forma burlesca, insistía en pedir sus credenciales sin procurarle acceso. Comenzó a pensar que era posible que Michelle hubiera cambiado de contraseña cuando se le ocurrió que haberse quedado en el número *pi* que se enseñaba en el colegio habría dicho muy poco de una inteligencia tan brillante como la de su amada. Lamentó no estar a la altura de las circunstancias en decimales del número inacabable cuando recordó que en su *smartphone* tenía la respuesta.

Sacó de la mochila su teléfono para buscar el número exigido en un buscador de internet. Tras un par de intentos supo que la contraseña del ordenador de Michelle era 31415926535 y el delgado portátil abrió sus secretos para Tim. Abrió deprisa el navegador para consultar el historial. Quizás hubiera allí alguna pista sobre qué había sido de ella. No tuvo que indagar mucho para ver que la última página que había visitado era la de reservas de vuelo de Lufthansa. No pudo abrirla porque debía haber entrado entonces con su número de tarjeta de pasajera frecuente, pero el nombre de la página corroboraba que Michelle había comprado un billete de avión antes de salir de su casa, y un vistazo a un par de páginas antes le daba el nombre del destino de Michelle: Ámsterdam.

Tim pensó por un segundo qué era lo que tenía la capital holandesa como para que ella lo dejase todo. No se le ocurría qué podía ofrecerle esa ciudad hasta que miró por la cristalera a la terraza y se levantó del sofá para salir a ella, recordando que hacía un mes escaso que ella le había confesado en ese mismo sitio que de poder volver al pasado habría vuelto a su juventud en Scheveningen. Dedujo que Michelle debía tener familia en Holanda y que podía haber buscado su protección.

Mirando hacia la calle, un par de coches que circulaban más deprisa que el resto llamaron su atención. No tenía nada de extraño ver un coche moverse con rapidez, pero en su actual estado de paranoia, ver dos vehículos seguidos con idéntico apremio hizo saltar sus alarmas de peligro; sobre todo cuando los dos giraron para enfilarse por la calle donde estaba situado el inmueble de Michelle. La casa donde se encontraba había sido objetivo de los matones de Thule y sería siendo durante un tiempo; hasta localizarle. Mostraba un blanco fácil mientras estuviera en ese piso y, tras recoger el ordenador todavía abierto sobre el sofá, quiso salir de allí cuanto antes.

Justo antes de abrir la puerta que daba al rellano, vio las llaves de un coche sobre el mueble de la entrada y las recogió. Si el coche estaba abajo, sortearía la vigilancia que se centraba en el Alfa. Cerró la puerta sin echar la llave y bajó las escaleras de dos en dos, creyendo

que el ascensor podía convertirse en una ratonera si lo interceptaban en él. No olvidó, pese a todo, llamar al ascensor desde arriba para situarlo lo más lejos de la planta baja.

A medida que descendía, bajó el ritmo de sus pasos para ganar algo de discreción; por el momento lo único que podía salvarle la vida. Al llegar al primer piso, casi andaba de puntillas para no llamar la atención de los cinco matones trajeados que esperaban el ascensor en la planta baja. Con sumo cuidado se asomó al hueco de la escalera para ver cómo un tipo calvo de grandes bigotes hablaba con el portero mientras le daba un sobre en ademán de felicitación sin quitarse sus gafas de sol de aviador. Los ojos del empleado del edificio brillaban de codicia. Algo en los gestos del jefe le dijo que era el mismo que lo persiguió en Berchtesgaden. Por fin le veía la cara, algo que le impidió el casco que llevaba por entonces.

Tim se retiró de la vista sin saber dónde esconderse. De su bolsillo sacó la llave del coche de Michelle y la examinó: Hyundai. Un débil pensamiento de desaprobación atravesó su mente mientras, a través de una ventana que daba desde el rellano del primer piso a un pequeño tejado sobre la entrada al edificio desde el aparcamiento, buscaba algún automóvil surcoreano.

Bernd Siegbert recibió con alivio la llegada del ascensor a la planta baja, preocupado por haber tenido que untar al portero. Podía transformarse en un incómodo testigo si alguien le hacía las preguntas adecuadas bajo la presión suficiente. En cuanto despachase a su objetivo pensaría qué hacer con él y antes de entrar al elevador ordenó a sus pistoleros que subieran a pie para peinar la escalera hasta el ático. Al llegar al primer piso uno de ellos, mirando hacia la ventana abierta que daba al garaje, observó que hacía demasiado frío fuera como para que el portero la dejase de par en par por mucho que necesitase orear el rellano. En cualquier caso, las costumbres de ventilación del portero no eran de su incumbencia y continuó escaleras arriba tras su compañero.

Bajo el quicio de la ventana que no le había dado tiempo a cerrar, Tim, comprimido sobre el tejado, respiraba entrecortadamente tras comprobar que sus perseguidores ni siquiera se habían detenido en el primer piso. Reptó hacia el borde del alero para intentar oír algo de lo que sucediera en la planta baja, frente al ascensor. Los matones que hacía un minuto hablaban con el portero parecían haber desaparecido. Quizás se disponían a subir hacia el domicilio de Michelle. Con el debido respeto que ha de tenerse con el miedo, descolgó la cabeza para mirar hacia dentro del edificio por debajo del saliente. Para su tranquilidad, la entrada principal del edificio estaba vacía, por lo que se acomodó para bajar desde el techo al garaje.

Aunque el peligro se dirigía en ascensor hacia el ático del edificio, Tim buscaba un Hyundai en el aparcamiento hasta reparar en un coche blanco que mostraba una pegatina de una oveja negra en el portón trasero. Accionando el mando a distancia comprobó que era ese el coche de Michelle y entró en él, acomodando pronto su asiento a su estatura una vez sentado. Con una tranquilidad que esperaba no levantase sospechas sacó el vehículo de su aparcamiento y, tras pasar por delante del deportivo Alfa Romeo de Mario que lo había llevado hasta allí, abrió la puerta corredera del garaje y se incorporó al tráfico camino del aeropuerto. Arriba, en el piso de Michelle y mediante un directo a la mandíbula de uno de sus secuaces, Bernd Siegbert aliviaba su frustración al comprobar que el petimetre que debía liquidar se había vuelto a escabullir. El sicario fue a parar contra una estantería, dejando caer una cascada de libros técnicos sobre él cuando llegó al suelo, masajeándose el dolido mentón y mirando extrañado a su jefe. Este tendría que resignarse a que alguno de los fugitivos mordiese alguno de los anzuelos que les habían colocado. Se dirigió al helipuerto.

Mientras tanto Tim, poco acostumbrado a conducir coches con menos de 200 caballos se veía inmerso en el tráfico de la ciudad como un asalariado cualquiera. Poco a poco, camuflado

entre el tráfico llegó a la conclusión de que no le seguía nadie y se relajó decidiendo el próximo movimiento a realizar que pasaba por poner rumbo al aeropuerto internacional de Frankfurt y buscar la forma más rápida de llegar a Ámsterdam. Desconocía la ventaja que Michelle le llevaba, pero fuera mucha o poca, debía llegar a Scheveningen cuanto antes. No pasó mucho tiempo hasta que divisó la inconfundible silueta del hotel Hilton sobre la estación de tren del aeropuerto, similar a un crucero que, de una forma un tanto poética, evocaba en un mismo punto lo mejor de los transportes por tierra, mar y aire. Dejó el coche de Michelle en el aparcamiento pensando que era posible que jamás volviera a verlo; aunque se le ocurrió que quizás esa fuera la manera más eficiente de no pagar la enorme factura que generaría la presumible larguísima estancia del Hyundai en ese estacionamiento.

Una vez en el hall de salidas del aeropuerto se retiró a una zona más discreta para, por medio de su móvil, descubrir que ese día no habría más vuelos a Ámsterdam. No le quedaría otra que pasar la noche en el aeropuerto como si fuera un indocumentado, pero no podía exponerse a volver a salir a la calle. Seleccionó el primer vuelo de Lufthansa del día siguiente y tras introducir su número de tarjeta de crédito, la compra fue completada con cierto suspense. El navegador de su teléfono tardó un instante más de lo normal en dar la compra por terminada y Tim sospechó que quizás sus cuentas habían sido intervenidas. Afortunadamente para su salud cardíaca, la página web de Lufthansa confirmó la compra y Tim pudo sacar su tarjeta de embarque *online* para pasar por el filtro de pasajeros con rapidez, dado su escaso equipaje de mano.

Una vez en la zona de embarque los agentes de seguridad lo miraban divertidos con el rabillo del ojo, cuchicheando unos con otros sobre el personaje público que se despojaba del cinturón frente a uno de los filtros de seguridad. Hasta ese momento nunca le molestó ser reconocido, pero ese no era uno de esos días. Comenzó a pensar que jamás querría volver a ser famoso. Parecía que había dado esquinazo a los matones de Thule, pero esa situación no habría de durar siempre. Debía cambiar de apariencia cuanto antes y, tras un paso por las tiendas libres de impuestos compró algo de ropa y utensilios de afeitado para dirigirse con ellos a los baños y disponerse a rapar su costoso corte de pelo. Cambió también su raída chaqueta que había sufrido tantas agresiones tanto del derecho como del revés, saliendo del baño con un aspecto muy diferente al que tenía cuando entró. Tan solo su herida en la mano seguía siendo visible pese a que había intentado limpiar la sangre.

Sin acostumbrarse del todo a que el aire acariciase su cuero cabelludo allí donde hasta hacía poco tenía una bien cuidada mata de pelo, se dirigió a la zona de embarque y, tras buscar una butaca que pareciese cómoda y aislada y programar la alarma de su reloj de pulsera a una hora a la que le diese tiempo a llegar al embarque de su vuelo, colocó su mochila bajo la cabeza al tumbarse y dar la espalda al mundo dispuesto a tener el sueño más reparador posible.

No fue así. Pesadillas en las que Michelle le reprochaba haber intentado cambiar el rumbo del mundo mientras era salvajemente asesinada ante sus narices por los sicarios de la Sociedad le hicieron sudar a chorros antes de que la alarma le salvase de caer en la desesperación onírica más profunda. Lo malo fue que despertarse no fue mucho mejor. La realidad le había alcanzado y amenazaba con no dejarle en paz un segundo mientras viviera.

Tenía que encontrar a Michelle como fuera, pero mientras se desperezaba comprendió que no sería tarea fácil.

Capítulo 36

Andando por el centro de Múnich camino de la Bürgerbräukeller por segundo día tras no haber podido ver a Hitler en un primer intento, Zach no dejaba de maravillarse sobre cómo una máquina tan compacta que podría caber en una mochila pudiese cambiar el universo que lo rodeaba. Pese a que era esa la impresión que daba, realmente lo que había hecho era cambiar la cantidad de bosones de Löwe a la correspondiente a una semana antes del 8 de noviembre de 1923, fecha que correspondía al día de ayer y en la que comenzó el *putsch* del NSDAP en la cervecería.

Consiguió destruir por fin la máquina del tiempo junto con la Fieseler *Storch* hacía una semana cuando, tras un vuelo visual desde el punto cercano a Giebelstadt donde desapareció hasta las cercanías de Múnich, encontró un prado en el que dejarse caer en paracaídas desde la avioneta tras reducir la velocidad de esta al mínimo. Para evitar cualquier toma accidental, tiró hacia atrás de la palanca de control antes de abrir la portezuela y dejarse caer al vacío, de manera que la dócil avioneta remontó un poco antes de entrar en pérdida y desplomarse contra el terreno ocasionando una explosión que Zach pudo ver en una loma antes de tocar suelo colgando de su paracaídas. Pese a haber seleccionado un terreno llano para el salto, tuvo una accidentada caída sobre un arbusto que a punto estuvo de dejarlo tuerto si en el último instante no hubiera apartado la cara de él. Palpó su rostro para confirmar que el dolor que sentía provenía de un corte que dejaba caer un reguero de sangre por su cara y lavó la herida en un arroyo cercano. Tuvo que arrancar el forro interior de su chaqueta para usarlo como un apósito que debía presionar con sus manos mientras que una ráfaga de aire gélido le hizo pensar que quizás quitar el forro interior a su chaqueta no era una buena idea en noviembre, pero de alguna manera tenía que taponar la herida lo antes posible si no quería morir de septicemia.

Una vez arreglado el corte, Zach tuvo parecida impresión a la que tuvo al salir a respirar el aire en España, tras tomar tierra con el B-2, solo que esa vez no tenía un equipo que respaldase su misión. Ni tan siquiera tenía su documentación y por no tener, ni dinero le había dado tiempo a llevar. Se encontraba en medio de un prado con las ropas que llevaba encima como únicas pertenencias; y el uniforme que vestía podía no haber sido diseñado todavía, por lo que tendría que deshacerse de él en cuanto pudiera cambiarlo.

Comenzó a caminar hacia Múnich, estudiando la manera de conseguir algo de dinero. Echaba de menos la pequeña fortuna que había dejado en su bolsa, allá en la base de Giebelstadt y extenuado llegó a la población de Ismaning, en los arrabales de la ciudad. Su viaje por el tiempo y el ritmo de vida que llevaba habían destrozado el equilibrio de su sueño y, pese a ser poco más de las 12:00, hora del salto, no pudo recordar cuándo había sido la última vez que había dormido sin preocupaciones ni temores. Suponía que debían de haber transcurrido más de 24 horas. Le parecía que nunca hubiera descansado lo suficiente, cosa que sería lo primero que haría una vez terminada la misión.

Aún tenía que decidir qué advertencias debía transmitir a Hitler. Podía ser complicado buscarlo, ahora que junto con algunos de sus *Alte Kämpfer*^[53] debía estar ultimando los detalles de su ilícita toma de poder mediante el golpe de estado que en poco menos de una semana iba a dar en la Bürgerbräukeller. Muy pocos, aparte del mismísimo Adolf Hitler debían conocer la existencia del *putsch*. Y muchas menos personas aún sabían el desenlace de este, con Hitler compartiendo celda con Rudolf Hess y dictándole *Mein Kampf*. Sonrió con desgana al recordar a

ambos personajes tan tranquilos en la cancillería del Reich.

Comenzó a dolerle de nuevo el feo corte de la cara y lo presionó con fuerza, intentando cortar la hemorragia. Procuró que el dolor no empañase sus pensamientos puesto que todavía tenía que decidir qué información transmitir al joven Adolf Hitler cuando lo encontrase. A lo peor no tendría todo el tiempo que quisiera, por lo que debía decirle un par de frases que no pudiese olvidar y que le facilitasen la misión en el futuro que había dejado atrás para siempre, quizás un mensaje principal acompañado de tantos consejos como pudiera decirle.

Sin haber sido un estudioso de la contienda que estaba a punto de asolar Europa, sabía que en ella había varios puntos en los que una mala decisión había enviado la victoria alemana al traste. Podía recomendar a Hitler que no comenzase la ofensiva contra Rusia en junio, o al menos que tuviera en cuenta que el invierno ruso puede ser más decisivo en la batalla que el más aguerrido de los ejércitos. Otra opción era, como había pensado antes del último salto, hacerle considerar que el desembarco aliado definitivo se produciría cerca de Caen, en la Normandía francesa; de modo que estando prevenido pudiera asestar un golpe letal a las fuerzas aliadas del que podrían no recuperarse nunca. También podía decirle que en el futuro se abstuviese de gastar todos los recursos militares en conquistar Stalingrado solo porque compartía nombre con el comandante en jefe del Ejército Rojo. Tenía tantos sucesos importantes sobre los que prevenirle que le costó elegir cuál acompañaría su mensaje.

Tenía claro que su interés prioritario debía centrarse en transmitir con la mayor claridad que debía creer a un joven que en el futuro contactará con él para proporcionarle las armas necesarias para ganar la guerra en un corto espacio de tiempo. Era posible que ni tan siquiera supiese de qué guerra le estaba hablando, pero debía llamar su atención para dejar un mensaje que asegurase su futuro. Quizás podría estar esperándole si el mensaje calase lo suficientemente hondo en su cerebro, de manera que toda la operación fuese mucho más fácil al no tener que convencer a todas y cada una de las personas con las que se encontró de que su objetivo era salvar al Reich. Si desde su aterrizaje en España se hubiera encontrado facilidades en lugar de un problema en cada situación, podría haber terminado su misión mucho antes; y quizás podría haber salvado la vida de Diane.

Pensó de nuevo en si merecía la pena su misión, valorando si salvaría a gente como la que asesinó a Diane con la intención de violarla. Una mirada tranquilizadora al mundo que lo acogía le convenció de que era la guerra lo que engendraba monstruos como los criminales que había conocido vistiendo el uniforme alemán. Desgraciadamente, delincuentes cobijados bajo ropa militar había habido en todas las guerras de la historia; maleantes que encontraron la muerte bajo el hacha del verdugo una vez terminó la guerra que les dio la fuerza que necesitaron para efectuar sus fechorías.

Su problema empezaba a ser otro. Al creciente dolor que le producía la herida de su rostro se unían sensaciones de hambre que, unidas a un desfallecimiento general, le hacían dudar de que pudiese llegar al todavía lejano Múnich por su propio pie. Debería parar en Ismaning a media tarde para reponer fuerzas, pero no sabía cómo debía hacerlo, herido y sin dinero en el bolsillo para pagar ni una mísera escudilla de sopa. En ese estado no podría ayudar a construir un mundo mejor para su hijo Joey. Recordó de nuevo el oro y los diamantes que hoy le habrían sido de gran utilidad.

Se sentó en una plaza de la pequeña localidad para tomar algo de aire mientras se ajustaba el apósito que encharcado en sangre no podría cumplir su función durante mucho más tiempo. Un grupo de jóvenes hizo ruidosa irrupción en la plaza y Zach temió que supusieran un peligro cuando advirtieron su presencia pero, a diferencia de lo que había esperado, una vez lo vieron, dejaron

sus cánticos para acercarse interesados.

–¿Te encuentras bien, camarada? –preguntó uno de ellos, el que había mandado callar a sus compañeros una vez reparó en la presencia de Zach. Este no supo muy bien qué decir porque solo pensaba en no desplomarse ante esos chicos.

Esa vez, sin un protocolo que seguir, no había nada que dictase lo que debía exponer ni con quién debía contactar. Y no era tan conocedor de la situación a la que acababa de llegar como para declarar sus intenciones sin ambages. Era incluso posible que hubiera dado con comunistas, de forma que se tomasen como una afrenta su interés con hablar con Hitler, por lo que más le valdría estar callado hasta saber dónde y con quien estaba.

–Pero... ¡Mira cómo se encuentra, Alex! –interpeló uno de ellos a su líder cuando vio la cara de Zach hinchada por efecto de la herida.

–Dime... ¿Han sido los rojos? – le preguntó Alex, al que todos los demás trataban con especial respeto. Zach levantó la vista, interesado por ese hombre que había soltado la palabra *rojos* con un desprecio tal que no dejaba lugar a dudas sobre su ideología. Sonrió al comprobar que había contactado con las personas adecuadas.

–Si... Ha sido un grupo de rojos –aclaró Zach, escupiendo sobre el suelo–. Me han cogido por sorpresa y tras sacudirme, me han robado todo.

Su respuesta arrancó un torrente de exclamaciones de indignación que Zach agradeció con emoción. Tras haber burlado al tiempo un par de veces, parecía que ahora el destino le era propicio. Hasta ese momento, todos cuantos se había cruzado habían querido matarlo.

–Afortunadamente para ti, camarada, la nueva Alemania se ocupará de ti. Mientras estés con nosotros no te faltará de nada –anunció el tal Alex tras estrechar la mano de Zach–. ¿Eres militar?

Zach dudó un segundo. No tenía ganas de meter en esto al ejército pero se dio cuenta de que iba vestido con ropa militar y que no podía negar la evidencia, salvo que admitiese que había robado el uniforme; lo que podía llevarle ante un pelotón de fusilamiento.

–En efecto, camarada –admitió–. Desde que dejé el ejército, mi vida no ha dejado de ser un infierno.

Era la respuesta que querían oír.

–¡Ahí tenéis, camaradas, lo que ha hecho Alemania con sus soldados! –comenzó a clamar Alex su diatriba–. La puñalada por la espalda que supuso la rendición en la guerra sigue haciendo daño a nuestro ejército... ¡Con la nueva Alemania jamás veremos un soldado como este, un viejo combatiente, a merced de los enemigos de la patria y sin recursos!

A Zach no le hizo mucha gracia oír lo de *viejo combatiente*, pero tuvo que admitir que no estaba como para exigencias. El tipo, en cuya mirada se podía distinguir el brillo del alcohol, siguió su discurso cargando sus palabras contra la República de Weimar y sus cobardes movimientos al firmar un armisticio a espaldas del ejército con los enemigos de Alemania en la Gran Guerra. Zach se limitaba a asentir con toda la vehemencia que podía cuando la pandilla hacía suyas las afirmaciones de su líder, convirtiéndose en uno de ellos al ser aceptado en su seno. Sobre todo cuando fue preguntado por el porqué de su presencia allí y Zach admitió sin tapujos que su objetivo era ver a Adolf Hitler.

Alex se adelantó hacia Zach y afirmó que sus motivaciones eran comunes y que en breve irían a Múnich a oír a ese hombre que decían enardecía las multitudes solo con el poder de su voz; pero antes debía verlo un médico que le atendiese y se ocupase de la fea herida de su rostro. Sin admitir ni una palabra más, llevó a llevar a Zach, ahora su invitado, a la casa del médico local para una vez allí explicarle que un grupo de comunistas había malherido a ese buen patriota que

había regado con su sangre el campo de batalla de la gran guerra. En su casa, el doctor asintió con gravedad antes de hacer pasar a Zach, acompañado por Alex.

El doctor, sin dejar de murmurar, se dispuso a limpiar la herida y aplicar polvos antibióticos, tras lo cual utilizó un par de puntos para cerrar la herida.

–Le dejaré cicatriz, amigo –fue todo lo que el doctor se limitó a decir antes de indicar sutilmente el camino de salida de su clínica a sus dos invitados.

–Es un buen patriota al que los rojos han dejado sin nada –se limitó a explicar Alex ante la mirada inquisitiva del galeno. Zach entendió que era su manera de decirle que nadie iba a pagar su minuta.

Una vez fuera, rodeados de los compañeros de Alex, se le comunicó con una buena dosis de humor que iría a pasar la noche a casa de *fräulein* Breitbarth y que no se hiciera ilusiones porque se trataba de una vetusta mujer de edad indeterminada, pero en cualquier caso por encima de los noventa. Al día siguiente irían a buscarle para ir todos a Múnich a ver a ese orador del Partido de los Trabajadores que tanto daba que hablar.

Y ahora estaba camino de la cervecería en la que había entrado Hitler el día anterior, dispuesto a todo por tener un minuto junto a él. Estaba plétórico: su herida estaba mucho mejor y había bajado la hinchazón, tenía algo de dinero y ropa nueva; aunque no había sido por obra y gracia de los chicos de Ismaning. Era un grupo de camaradas que hicieron por él cuanto pudieron creyendo que era uno de los miles de militares descontentos que tras dejarse la vida en las trincheras se sentían abandonados por su gobierno, pero no quería volver a depender ni del ejército ni de ninguno de sus sucedáneos. Por eso nada más llegar a Múnich contactó con un albergue para pordioseros y, tras conseguir algo de ropa y una ducha, consiguió algo parecido a un empleo en una cervecería junto a la catedral, lo que le permitió ahorrar algo de dinero en un par de días. Desconocía si seguiría allí tras hablar con Hitler, pero se había sentido a gusto llenando jarras de cerveza.

Zach no tuvo que llegar a la Bürgerbräukeller para ver a Hitler. La concentración se le aproximaba igual que la marabunta, precedida por dos líneas de camisas pardas mal encarados que actuaban como servicio de seguridad por delante de la cabeza de la manifestación. En ella se podían distinguir los contornos de un joven Adolf Hitler cuyo pequeño bigote parecía faltar al respeto al excelente mostacho del que hacía gala Erich Ludendorff junto al futuro *Führer*. El fiero aspecto de los SA que abrían la comitiva no permitía un acercamiento directo, por lo que no tuvo más remedio que dejar que el frente de la manifestación le adelantase para sumergirse en la vorágine y procurar llegar a la cabeza desde atrás, donde se suponía que solo había elementos afines al movimiento. Zach lo era, pero por otros motivos muy diferentes al del resto. Quería afianzar el futuro de la aventura que se estaba gestando en el puente sobre el Isar. Por primera vez en su misión se sintió parte de la historia.

Pese a encontrarse dentro de la manifestación, tampoco le era fácil llegar hasta el frente. Muchos eran los que querían situarse junto a los líderes y la competencia por avanzar un palmo dentro de la concentración era feroz. Levantó la vista hacia la calle que subía en ligera pendiente desde el río hasta el Isartor. Acababa de pasar por allí y sabía que la calle se ensanchaba en la plaza que albergaba la puerta de la muralla medieval más cercana al río, lo que podía darle una oportunidad de librarse de los codazos para acercarse a la cabeza de la manifestación. Al mismo tiempo, Zach pudo constatar que la presencia policial aumentaba a medida que se adentraban en el centro de la ciudad, aunque por haber estudiado el evento en su época de militancia en el Movimiento sabía que el hecho de tener en cabeza a Ludendorff, héroe de la gran guerra, les otorgaría carta blanca a la hora de continuar con la manifestación ilegal tras el nombramiento

ilegítimo del nuevo gobierno de Baviera que había tenido lugar en la Bürgerbräukeller. También recordaba que esa situación no habría de durar mucho, por lo que aumentó sus esfuerzos por llegar a la cabeza. Si podía dejar pronto su mensaje a Hitler se iría de allí y dejaría que la historia siguiese su curso.

Sin embargo, al aproximarse al frente, un soldado de camisa parda, alto como la puerta que daba nombre a la plaza se irguió frente a él con cara de pocos amigos.

–Si intentas acercarte más al frente, tendré que romperte las piernas –prometió el gigante rubio con una sonrisa de suficiencia que indicaba que no tendría el más mínimo problema en hacer cumplir su amenaza. Zach levantó las manos en ademán conciliatorio y siguió gritando las recién aprendidas consignas del partido, mirando de reojo al brutal SA sin abandonar lo que por el momento era una posición ventajosa.

La expansión que había supuesto la plaza pronto se trocó en un tapón humano al entrar en el centro urbano. Las estrechas callejuelas hicieron que el caudal de gente que venía desde el río tuviera que recolocarse antes de adaptarse a los nuevos anchos de calle. En ese momento, Zach se alegró de haber mantenido la posición en la que el SA le increpó, de manera que todavía tenía la cabecera a la vista, pero con la ventaja de que el flujo humano se había llevado al guardián hacia un punto en el que sus problemas eran otros diferentes a los de preocuparse de un único tipo que quería acceder a la cabecera. Poco a poco, libre el camino, se fue acercando a Hitler.

Pronto llegaron a la Marienplatz, frente al ayuntamiento muniqués. Para desesperación de Zach, una multitud enardecida esperaba la comitiva del NSDAP, uniéndose a la manifestación por el comienzo de esta y aumentando la distancia que lo separaba de su objetivo. Zach no era el único en ponerse nervioso, sino que parecía que también los SA pasaban por un mal rato. Por una parte el número de participantes en la marcha era más grande del que podían controlar, a lo que se sumaba el hecho de que la presencia policial fuera cada vez mayor. Levantando la cabeza por encima del gentío pudo ver la cabecera de la comitiva desde su posición y llegó a la conclusión de que estaban entusiasmados con la repercusión que había tenido su acción. El número de personas que había en la Marienplatz doblaba al de los participantes que habían cruzado el río Isar, y tal circunstancia pareció enaltecer el sentido de los dirigentes del NSDAP hasta el punto de decidir que el punto final de la manifestación, que hasta ese momento era la plaza central de Múnich, sería el ministerio de defensa de Baviera en el que se había hecho fuerte Ernst Röhm con sus milicias. Ludendorff anunció solemnemente el nuevo cambio de rumbo de la manifestación y a Zach se le echó el tiempo encima.

Debería darse prisa en entregar su mensaje a Hitler antes de que la manifestación acabase en tragedia; cosa que solo él sabía que sucedería.

Capítulo 37

Tras aterrizar a primera hora en el aeropuerto internacional de Schiphol, en Ámsterdam, Tim se encaminó a la estación subterránea de tren para dirigirse a La Haya. Mientras el tren cruzaba los Países Bajos, observó el cielo con melancolía. Quizás fuera una lúgubre casualidad, pero no había podido ver el cielo azul desde antes de poner rumbo a la infausta última reunión de Thule. Únicamente al volar sobre la capa de nubes pudo dirigir una mirada esperanzadora al sol cuando asomó por el este. No tardó mucho en llegar a la parada de La Haya. Tim bajó de la estación elevada hasta una parada de autobús para tomar el tranvía que habría de llevarle hasta Scheveningen.

Era muy pronto para que el tráfico de turistas que se dirigían a las playas y a la ciudad miniatura de Madurodam llenase el vagón, por lo que no tuvo problema para sentarse junto a una ventana por la cual poder ver el paisaje mientras comenzaba a pensar que todas sus opciones se reducían a nada.

Se encontraba en un país que no era el suyo, perseguido por un grupo de asesinos profesionales que pondrían todo su empeño en conseguir su cabeza. Y sus recursos eran muy próximos a cero. Se encontraba prácticamente en la ruina tras haber dilapidado su fortuna en un proyecto de remodelación del mundo que no había dado sus frutos. Tal circunstancia no le había importado gran cosa puesto que seguía estando al frente de un importante imperio empresarial que podría volver a encumbrarle a lo más alto de nuevo, pero desde que se puso precio a su cabeza no podía aparecer como un personaje público. Ni tan siquiera se había atrevido a volver a telefonar a David después de un par de infructuosas llamadas. Tampoco había avisado a ninguno de sus subordinados de que no volvería a presidir ningún consejo de administración. Se preguntó qué estaría pasando en el mundo del que huía. Lo más probable era que alguien hubiera lanzado una excusa más o menos convincente para explicar la desaparición de una de las personas más importantes de Alemania. Dentro de Thule se encontraban dueños de importantes cadenas de información que podían haber difundido cualquier bulo que justificase su desaparición, y tomó nota mental de que pararía en el primer quiosco que viese para ojear la prensa en busca de algún rumor sobre él.

Se sintió mareado al pensar que aunque ocupase un asiento en el tranvía, en realidad estaba muerto, intentando aferrarse a la vida con lo que tenía a mano. Muy poco para sostenerlo a flote.

Ni tan siquiera sabía si Michelle estaba en Scheveningen y, de estar, desconocía dónde había pasado la infancia o con quién. Todas las pistas que poseía se habían forjado en una conversación intrascendente a la que no prestó la debida atención. Intuía que había agujas mucho más enconadizas dentro inmensos pajares.

Una vez pasó Madurodam, Tim comenzó a mirar las casas con mayor detenimiento, pensando que en cualquiera de ellas podía ocultarse Michelle. Suspiró pensando que quizás estuviese persiguiendo fantasmas y que la mujer que amaba podía haber sido asesinada por los sicarios de Thule. Posiblemente le esperaba en el paraíso mientras él se empeñaba en esquivar su destino, aferrándose a un mundo que ya no quería saber nada de él. En cualquier caso, era una persona que no se rendía ante nada y esa vez no iba a ser menos.

La buscaría aunque fuese lo último que hiciera, resolvió una vez bajó del tranvía en la parada central de Scheveningen frente al hotel Kurhaus. Lo miró con una mezcla de añoranza por

la vida lujosa dejada atrás y la desesperación por saberse persiguiendo con ahínco un objetivo que no sabía dónde estaba.

Comenzó su singladura recabando información en una cercana tienda de periódicos. Sin embargo, nada más ojear el primer titular, la realidad sobre el mundo del que había estado ausente apenas un par de días le arremetió como nunca nada en su vida le había golpeado. No recordaba un momento tan duro en su vida, ni tan siquiera la muerte de sus progenitores. Quizás porque no estuvo implicado en ninguno de los dos fallecimientos que le convirtieron en el huérfano más rico del mundo.

Un violento sentimiento de culpabilidad le acribilló el alma cuando leyó en los titulares la muerte de Mario Adler, conocido industrial alemán y uno de los empresarios más modélicos de la última década. Tim se sobrepuso al mareo que amenazaba con dejarle sin fuerzas y leyó algo más sobre la noticia que ocupaba gran parte de la primera página. Cuando descubrió que Mario había sufrido un accidente en una carretera cerca de Berchtesgaden que había enviado su coche a un terraplén del que había tardado tres días en ser rescatado, dejó de leer. Sabía que no era cierto porque hacía tan solo dos días había estado con él y no había mostrado intención alguna de ir en coche a ningún sitio. Recordó los disparos que oyó en el edificio mientras huía y comprendió que esas balas llevaban el nombre de su amigo de la infancia que, por última vez y a costa de su propia vida, había echado otro capote a la disoluta vida de Tim Gottlieb.

–Fíjese usted... –añadió un hombre que pasaba tras él y quiso proporcionar su opinión gratuita-. Unos días estás arriba y al día siguiente la *gran certeza* reclama lo que es suyo.

Tim no pudo reprimir un respingo. Pese a la excitación por la muerte de Mario, no olvidaba que le perseguía una banda de los más sangrientos sicarios y de un brinco se apartó del pobre vecino que, viendo la cara de consternación de Tim, había dejado caer su granito de arena a la filosofía de la nada. Este salió del local andando hacia atrás, sin dejar de mirarlo.

El hombre que le había hablado observó cómo Tim se alejaba corriendo del local mientras, dirigiéndose al dueño del quiosco, se llevaba un dedo a la sien.

–Tan joven que parece y ya chalado perdido... –sentenció sin que nadie le diese o le quitase la razón.

Tim corría desahogado hacia ningún lugar. Desconocía dónde debía buscar a Michelle y no dejó de fijarse en toda chica cuya cabeza sobresaliese lo más mínimo de la media. Su obsesión le hacía pensar que cada mujer que se cruzaba era ella y llegó a pensar que de permanecer unas horas más en ese estado de nervios, su salud mental comenzaría a resentirse. Asumiendo que quizás en la playa habría más gente, abandonó la avenida principal para dirigirse al paseo marítimo. Una vez llegó a él reconoció que era poco probable que Michelle estuviera luciendo palmito en la playa si su vida corría peligro, aunque reconoció que esa zona, en la que los turistas se mezclaban con los lugareños paseando de un lugar a otro frente al Mar del Norte, era tan buena como cualquier otra. No quitaba ojo ni a los edificios frente a la playa ni a las terrazas que a ritmo de música *chill out*, atraían al público más joven a tomar cualquiera de los combinados de moda.

Como era de suponer, no había ni rastro de Michelle. Se desesperó cuando la densidad de edificios comenzó a clarear. Había sido un ingenuo si había pensado que, de estar Michelle escondida en Scheveningen, iba a encontrarla antes que un equipo de asesinos profesionales especialistas en la caza del hombre. Sintió el fantasma de la desilusión mientras desangeladamente se sentaba en una zona verde al final del paseo marítimo. Pese a ser media mañana, un bar sobre la arena emitía su música mientras dentro se adivinaba fiesta. Sopesó la opción de gastar lo que tenía en la cartera en unirse a ella para cauterizar su dolor en alcohol, pensando con razón en que no podía estar eternamente vagando por la ciudad en busca de una señal que podía no encontrar

jamás.

Quizás fue porque le valía cualquier pista o porque tuvo una revelación, pero al levantar la vista hacia los alrededores, encontró lo que estaba buscando.

Levantada contra el horizonte en medio del parque que delimitaba la ciudad por el este se levantaba la antigua torre de vigilancia meteorológica ya abandonada, pero que recordaba cómo Michelle le había dicho confidencialmente que era la zona de juegos de su infancia.

Algo en su interior le decía que la pista que la torre ofrecía era poco menos que circunstancial, pero era la única que había y no tenía otra cosa a la que agarrarse. Se dispuso a permanecer lo más cerca posible de ella cuando comenzó a recordar cada vez con mayor claridad cómo Michelle se emocionaba al hablar de sus veranos junto al mar en los que subía a la torre abandonada buscando velas en el horizonte. Quizás hoy sería Tim el que otearía el horizonte; y con esa ilusión se dispuso a buscar algo de comer y de beber para montar guardia. Camino de la vieja torre cayó en la cuenta de que, una vez desaparecido Mario, Michelle era la única persona en la que podía confiar. Si no era capaz de encontrarla allí, tendría que empezar de cero y solo, si los pistoleros de Thule no le encontraban antes.

Mientras buscaba un sitio cómodo con una buena vista de la torre y sus alrededores para esperar, pensó en que tampoco sabía qué decirle si la encontraba. Suponía que dependería de lo que ella supiera porque de encontrarla, más tarde o más temprano debería contarle la verdad. Cuando Michelle supiera el uso que había dado a su invento y por cuya causa los perseguían a muerte podía reaccionar de cualquier forma, pero dudaba que se mostrase comprensiva con sus estúpidos ideales sobre la supremacía de la maldita raza aria. Sentado sobre un montículo de arena mientras el sol desde las alturas comenzaba su descenso hacia el horizonte, se sintió incapaz de decidir si era mejor ver a Michelle o darla por perdida para siempre. No solo no había hecho nada para merecer su amor, sino que la persecución de un objetivo espurio había dado al traste con la única de las experiencias de su vida que habría valido la pena mantener. Cabizbajo, lloró al tomar conciencia de que su proyecto había destrozado la vida de las personas que más quería en lugar de arreglar algo que no estaba roto. Mientras la brisa que salobre venía del mar intentaba consolarle refrescando su cabeza, llegó a la conclusión de que si esa noche era incapaz de ver a Michelle, sería consecuente con su derrota y comenzaría la búsqueda, con permiso de los sicarios de Thule, de una nueva vida lo más lejos posible de la que había tenido hasta ese momento.

Las horas se desgranaban con lentitud, de manera que llegó a exasperarlo. La música de los bares de la playa llegaba con más claridad una vez se fueron extinguiendo los ruidos que le hacían sombra. Incluso la lenta caída del sol sobre el horizonte, casi paralela a este en las latitudes en las que se encontraba, contribuyó a que la espera se le hiciese más escabrosa. Una vez el sol se escondió lo suficiente como para ceder su protagonismo a las estrellas, el cansancio hizo acto de presencia. No solo fue la falta de luz solar lo que transformó el paisaje, sino un cambio de actitud de las personas. Los coches que venían al aparcamiento frente a la torre transportaban gente dispuesta a pasar un rato en compañía de los mejores DJ que pudieran pinchar en los bares playeros de la zona. A medida que avanzaba la noche, parejas buscando un amor tan fugaz como furtivo comenzaron a aparecer; algunos desde la playa, otros llegando en sus vehículos en busca de una tranquilidad que solo lugares apartados de la vorágine podían ofrecer.

—Déjalo... ¿No ves que es un borracho que no puede ni moverse? —pudo escuchar Tim cómo una voz de mujer puntualizaba al tipo que la acompañaba de la cintura hacia un sitio entre los matorrales donde dar rienda suelta a su pasión. Por un momento el chico pensó que era algún tipo de pervertido, pero ella tenía razón: ese hombre parecía no estar muy bien. Gruñó algo y decidió dejar en paz al hombre que, impertérrito, seguía vigilando el horizonte.

Dudaba mucho que Michelle apareciese a esas horas, pero hasta que no saliera el sol no pensaba bajar la guardia ni un instante, sabiendo que era la última vez que la buscaría. La humedad del mar comenzaba a instalarse en sus huesos ayudada por el frío de la noche.

Miró por encima de su hombro. Tras los árboles que guardaban la playa, la luz del sol comenzaba a teñir de un azul intenso el cielo. El día se abriría camino con la misma parsimonia con la que el sol abandonó el cielo al anochecer, pero su tiempo de espera tocaba a su fin. Y, como era de esperar, Michelle no había aparecido. Había cometido la estupidez de confiar su vida, todavía en peligro, a un imposible basado en endebles recuerdos. Mientras los coches comenzaban a desfilar llevando a sus dueños a sus domicilios, Tim comenzó a pensar cuál sería el siguiente paso a tomar cuando ni tan siquiera sabía en qué dirección debía encaminar su vida.

El sueño se alió con la desesperación para convertirse en su peor enemigo. Había pasado una infructuosa noche en vela y ahora debía irse. No sabía si le convendría dormir en la playa como un pordiosero o buscar un sitio confortable. Comenzaba a interesarse en dónde podría conseguir una identidad ficticia: lo primero que debía hacer si quería alejarse para siempre del largo y asesino brazo ejecutor de la Sociedad.

Desconocía si el sueño tenía el efecto de agudizar sus sentidos o de darle importancia a las cosas que no la tenían, pero justo al hacer ademán de levantarse se fijó en un Volkswagen rojo que, a diferencia de la marea de vehículos llenos de noctámbulos dispuestos a dormir o a seguir la fiesta en otro sitio, se adentraba en el parking contracorriente. Tim se volvió a acomodar, la mirada fija en ese vehículo que tan a deshoras entraba en escena para estacionar en un lugar bastante más alejado de lo habitual de los puntos de interés de la zona –bares y playa–. Como no queriendo espantar sus indolentes esperanzas, se acercó cuidadoso al vehículo hasta que, no sin estupor, pudo comprobar que no era el único que vigilaba el coche al que la luz amarillenta de la farola transformaba su color rojizo en un anaranjado pálido.

Mientras más se acercaba, más cuidado ponía en cada uno de sus movimientos. Había un tipo que parecía emboscarse con bastante más obstinación de lo que un amante celoso o un padre quisquilloso podría utilizar en un fisgoneo amateur. Ese hombre vigilaba el coche pertrechado como para ir a la guerra, vestido con un mono color negro a juego con un gorro del mismo color que lo camuflaban entre los matorrales a pesar de comenzar a despuntar la luz del día tras ellos. Tim quedó estático donde se encontraba, teniendo a la vista al tipo de negro y al coche rojo que ambos vigilaban, él con renovada entereza.

El resto de coches iba desfilando hacia la ciudad poco a poco hasta que en el aparcamiento sólo quedó el coche que despertaba su interés. Entonces, gracias a la mayor luz que arrojaba el amanecer sobre la escena, comprobó que el tipo que amagado tras un arbusto rebuscaba en su negra mochila le era familiar.

Se llevó una palmada en la frente al identificarlo. Lo había visto ya dos veces en las últimas veinticuatro horas en dos ciudades diferentes, en Frankfurt en el piso de Michelle y ahora en Scheveningen. Serían tres sus encuentros si suponía que era el tipo que le persiguió a muerte en Berchtesgaden desde el chalet de Thule. El gorro negro de lana no podía ocultar el cráneo afeitado del sicario que había resultado más terco de lo que hubiera sido deseable, y el bigote estilo Fu Man Chu que ahora veía con claridad no daba lugar a dudas sobre su identificación. La oleada de odio y resignación que Tim sentía se vio amplificadas cuando comprendió que si ese indeseable se encontraba siguiendo el coche rojo, este no podía ser otro que el de Michelle. La posibilidad de que pudiera verla aunque fuese por un segundo le causó una alegría tan grande que nubló su capacidad de entendimiento un instante: el que tardó en darse cuenta de que ese asesino la buscaba con despiadadas intenciones.

Tras unos tensos minutos, por fin pareció haber movimiento. La puerta del coche se abrió muy despacio. Una mujer salió de él y, mientras el sicario de Thule se esforzaba en hacer un reconocimiento positivo de ella, a Tim no le cupo duda de que la estilizada figura que temerosa cerraba la puerta del vehículo era la de Michelle. Solo ella podía mover el flequillo con esa gracia y solo ella podía mover las manos con la gracilidad con la que lo hacía. Conocía su cuerpo de memoria, tras haberlo recorrido con las yemas de sus dedos tantas veces. Y ahora que la veía tuvo que reconocer que desearía hacerlo toda la vida; intervalo que podía ser un periodo muy corto si se interponía el hombre que ahora sonreía al comprobar que esa mujer era la que había ido a buscar.

Y sería todavía menor si no tomaba cartas en el asunto antes de que el tipo del bigote usara el fusil que muy despacio había comenzado a montar tras sacarlo de la mochila que tenía junto a él en el suelo. Michelle se acercaba cautelosa a la vieja torre, y Tim supo que debía dejar fuera de combate al asesino. Si se iba a convertir en un proscrito con otra identidad, más le valdría llevarse a ese hombre por delante antes de que hiciese daño a Michelle. Sabía que era un profesional de la lucha y que no tendría nada más que una oportunidad de cargárselo antes de que pudiese reaccionar.

Bernd terminó de montar su arma y sonrió ladinamente pensando que en breve acabaría con parte de su misión tras una jugada maestra. Mientras que él se ocupaba de Tim en Frankfurt, uno de sus hombres le comunicó que había descubierto que la familia de Michelle tenía una casa en la localidad costera holandesa. No le costó mucho colocar un transmisor GPS en el coche que permanecía dentro de esa casa. Una vez Bernd perdió la pista a Tim, se dirigió a Scheveningen en helicóptero para seguir esa pista, con excelentes resultados.

Tim recogió entonces del suelo la piedra más grande y contundente que pudo encontrar y la sostuvo en su mano antes de moverse muy despacio hacia la espalda del sicario. Cuando lo tuvo a la vista tras un arbusto, aquel ya había montado su carabina con silenciador y apuntaba con ella a Michelle mientras esta buscaba algo junto a la torre. Se dio cuenta de que le iba a ser difícil acabar con la vida de ese hombre, pero cuando presumió que ese tipo había liquidado a Mario Adler y que si no hacía algo rápido haría lo mismo con Michelle, no lo dudó.

Debía quitarse de en medio a ese hijo de puta, y con ese pensamiento se dirigió a él con decisión mientras el asesino sonreía tensando el dedo sobre el gatillo. Debía de tener a Michelle a tiro, y por ello Tim apresuró sus silenciosos pasos hasta una cadencia en la que cualquier movimiento en falso podía delatarlo.

La adrenalina golpeaba sus sienes y, piedra en mano, convirtió sus precavidos pasos iniciales en apresurado trote. Tan poca cautela tuvo que alguno de sus pasos emitió un ligero sonido apenas apreciable; lo suficiente como para hacer perder la concentración al pistolero y variar un ápice su posición antes de apretar el gatillo. Disparó.

Michelle, ajena a la escena que se desarrollaba entre los arbustos y pensando que con todas las precauciones que había tomado estaba sola, se encontraba agachada junto a la pared del observatorio, curioseando con atención la base del torreón. Había estado casi diez días sin salir de la antigua casa de su padre, esperando reunir el valor para buscar un mensaje que hace menos de un mes su hermano convino con ella en dejar escondido en el viejo observatorio. Pero, cuando más segura estaba de que no la habían seguido, pudo ver que había sido así. Alguien había disparado contra ella y había errado el disparo por muy poco. Ocurrió tan rápido que casi oyó al mismo tiempo el silbido de la bala y el impacto de esta sobre la piedra, tres centímetros sobre su cabeza. Una nube de polvo que el proyectil arrancó de la pared le confirmó que la habían encontrado y que su apresurada huida no había valido para nada.

Se desplomó sobre el suelo, maldiciendo su suerte y sin saber qué hacer. Su hermano le había dicho que su vida corría peligro y que tenía que desaparecer, pero antes de partir había olvidado explicarle cómo debía conjurar ese peligro. Ahora, incapaz de encontrar el mensaje que debía haberle dejado en el escondite privado de su juventud, había perdido la manera de seguir en contacto con él y se sintió desfallecer.

De opinión contraria era Tim. De pasar a no albergar esperanza alguna sobre su vida, todo pasó a tener sentido cuando vio viva a Michelle. Por eso en lugar de correr, decidió volar el último metro antes de golpear al tipo con la piedra que sostenía con tanta fuerza que parecía que las uñas le iban a saltar en pedazos.

—¿Qué demonios...? —fue todo lo que consiguió articular el pistolero cuando giró la cabeza para ver a Tim saltando en escorzo sobre él para imprimir, sin el apoyo del suelo, toda la fuerza posible al golpe.

El impacto de la piedra en la cabeza de Bernd, cubierta todavía por el gorro negro, sonó como una botella de champán francés al descorchar; y el ruido del corpachón del matón al encontrar el suelo, como las cucharadas de puré de patata que en su infancia, su institutriz dejaba caer sobre el plato a la hora de la comida. Mientras aterrizaba escandalosamente pensó que ambos recuerdos no habrían de volver.

Se levantó todo lo deprisa que pudo, dispuesto a dejarse la vida luchando contra el gigante si hacía falta, pese a saber que en ese caso lo tendría todo en su contra. Sin embargo, el agente de Thule no se movía, abatido en el suelo. Tim recuperó algo de aliento antes de darse cuenta de que Michelle podía estar herida, momento en el cual dejó caer la piedra sobre el suelo para salir corriendo hacia el torreón.

—¡Michelle! —gritó sin preocuparse de que alguien pudiera oírlo. Lo único que le interesaba ahora era no volver a perderla—. ¿Estás bien?

—¿Tim? —se sorprendió ella. Todavía echada en el suelo, no le hacía la misma ilusión el encuentro.

Una vez llegó junto a ella, no supo qué hacer. Michelle yacía boca abajo con las manos sobre la cabeza mientras que el polvo grisáceo arrancado de la pared por el disparo la cubría. Ella lo miraba con un ojo entre los brazos pero, de un primer vistazo, Tim pudo comprobar que la habitual mirada que lo solía asaetear con lujuria había desaparecido. En su lugar un sentimiento de rechazo era ahora el ingrediente mayoritario de la mirada de Michelle.

—Todo ha pasado —acertó a decir Tim mientras tendía una mano a Michelle—. Ese tipo ya no nos molestará más.

Ella se descubrió la cabeza mientras se incorporaba muy despacio hasta quedar frente a frente a Tim Gottlieb, el cual sonreía de una manera un tanto estúpida, con la culpabilidad sobre la situación reflejada en la cara.

—¡Idiota! —le lanzó Michelle un exabrupto mientras con la mano derecha abofeteaba el rostro de Tim. Este no reaccionó aunque borró la expresión de su semblante. Ella, viendo su falta de reacción, comenzó a aporrear con ambos puños su pechera—. ¡Eres un inconsciente! ¡Mira lo que has hecho! —sollozó.

De alguna manera, ella sabía que había sido él y sus peregrinas ideas quienes habían arruinado una vida que se prometía llena de éxitos personales y laborales. Y ahora, sin saber muy bien por qué, se veía escondiéndose como una fugitiva para que nadie disparase contra ella nada más pisar la calle. Buscando una justificación para un sueño que más tenía de idea de adolescente inmaduro, Tim había destrozado su vida.

Con toda la ternura que pudo, agarró con sus manos los pequeños puños de ella para que

dejase de golpearle.

–Lo siento –se sinceró. No se le ocurría otra cosa que decir para paliar todo el daño que había hecho–. Cometí un error y te arrastré conmigo. No tengo perdón.

–¿Quieres perdón? ¡Eres un monstruo! –se desasí con brusquedad mientras le daba la espalda con serenidad imprimiendo vuelo a su pelo–. Lo sé todo, Tim. Todo.

Toda clase de enseñanzas sobre liderazgo y gestión de recursos no le valían de nada cuando oyó gimotear a Michelle. El mundo que le quedaba se hundía, y nada podía hacer para salvarlo si todo lo que podía decir era lo mucho que lo sentía y lo poco que podía hacer para remediarlo. Extendió una mano hacia el hombro de ella, pero antes de decidir si debía tocarla o no, ella se dio la vuelta hacia él con brusquedad. Su mirada mostraba desafío cuando el flequillo cayó sobre su rostro.

–¿Querías una evidencia de que tu maldito proyecto ha funcionado? –escupió Michelle con desprecio–. Es lo que estoy buscando aquí: una confirmación de que he podido contrarrestar tu locura de dar a Hitler el arma definitiva. Pero... ¡Joder! ¿Cómo se te ocurre?

Maldita sea. No sabía cómo, pero lo sabía. Comprendió enseguida que no podría engañarla con excusas baratas. Ella sabía de lo que hablaba pese a que había tomado todas las precauciones para evitar filtraciones. Evitó que viera el dossier, pero aún así conocía el fin último de Bifrost: ansias dominadoras de un grupo de ricachones que, al igual que él, lo tenían todo al alcance de su mano. Ahora comprendía que a lo que se jugaba en aquel chalet era un pasatiempo entre millonarios que se había tomado demasiado en serio, arruinando su vida y la de Michelle. Había intentado cambiar el universo para alimentar las ganas de sus compañeros de jugar a ser Dios.

–He aquí tu maldita prueba... No ha funcionado –afirmó categóricamente abarcando la torre con un ademán.

Ahora que le ofrecía aquello que había enviado sus perfectas vidas al garete, descubrió que no le ofrecía satisfacción alguna. Solo quería pedirle perdón aunque fuera a costa de su propia vida, y ni tan siquiera sabía cómo hacerlo.

–Eres un monstruo, Tim –manifestó Michelle ante la pasividad de Tim que comenzaba a exasperarla–. Todavía no consigo entender cómo una persona que se supone inteligente ha podido urdir un plan nada menos que para resucitar el Tercer Reich que tanta sangre costó enterrar y que tantas vidas se llevó por delante... ¿Y todo para qué? ¿Para volver a traer el terror y la muerte?

–No lo sé, Michelle –pudo articular por fin. Comprendía que no había excusa para su comportamiento–. Es una promesa que hice cuando entré en esa maldita Sociedad y que ahora me arrepiento de haber intentado cumplir. Haría lo que fuera por deshacerla.

Avanzó un paso buscando un contacto que ella se encargó de denegar dando un ligero pero perceptible paso hacia atrás.

–Afortunadamente para el mundo, ya me he encargado de eso, Tim... Mierda... ¡Mi propio hermano se ha sacrificado para impedir que tu maldito proyecto tenga éxito! –estudió las siguientes palabras a decir, pero no pudo más que escupir su desprecio–. ¡Te odio!

Era lo que le faltaba a Tim para sentirse tan mal como nunca en su vida. Desconocía de qué manera había llegado Michelle a saber esos detalles, pero los conocía. Siempre había calculado que Bifrost supondría pérdida de vidas humanas, sobre todo las necesarias para ganar la guerra; pero no había previsto bajas de seres queridos en el momento actual.

–Lo siento, Michelle. Jamás imaginé que....

–¿Qué es lo que jamás imaginaste, Tim? –le interrumpió con ímpetu–. ¿Que fuera capaz de enterarme de tus intenciones? La policía alemana sospechaba de ti. Eligieron un policía anónimo,

a mi propio hermano Dennis, para abrir tu coche en mi garaje el tiempo justo para enterarse de tus planes examinando el informe que llevabas en la guantera la última vez que viniste a mi casa... ¡Y para poder detenerlos ha desaparecido para siempre!

No acertaba a expresar cuanto lo sentía mientras mentalmente ataba cabos con rapidez. Recordaba la vez que fue a buscar consejo a casa de Michelle, llevando el dossier de Bifrost en la guantera de su coche por si hacía falta buscar algún dato puntual para determinar con mayor exactitud si la operación había tenido éxito o no. Ese movimiento parecía haber sido el que había sellado su destino al considerar Thule que había dejado escapar información sensible fuera del exclusivo entorno de la Sociedad—. Siento que para parar esta locura hayas perdido a tu hermano. Jamás pensé las consecuencias reales de mis actos.

—¿Qué no pensaste? —esta vez fue Michelle la que se acercó a Tim, pero distaba mucho de parecer amistosa. Su frágil rostro estaba encendido de ira—. ¡Mi hermano y yo estábamos condenados por tu estúpido proyecto de una forma u otra!

Tim Gottlieb estaba cada vez más confundido. Por una parte le costaba entender cómo podía saber que Bifrost no había funcionado como había afirmado hacía un instante. Tampoco le constaba que Michelle tuviera hermano alguno y lo que era peor: no sabía la manera de enfocar ninguna de sus preguntas. Miles de dudas junto a un tremendo sentido de culpabilidad pugnaban por mostrarse, pero Tim había perdido su antiguo talante. Toda la facilidad de palabra y la seguridad en sí mismo de las que hacía gala se basaban en una posición de éxito social que ahora había perdido.

—Escúchame, Michelle. Estamos en peligro —terció Tim, intentando reconducir la situación.

—No me digas... ¿En qué lo has notado? —respondió ella burlona, señalando el orificio de bala en la pared.

—No es momento para sarcasmo. Debemos ponernos a salvo —calmó, midiendo cada palabra—. He dejado fuera de combate a uno de ellos, pero pronto vendrán más y debemos estar preparados —hizo una pausa para mirar a Michelle. Parecía prestar atención a lo que le decía—. Solo cooperando podremos salir con vida de esta.

Ella no dijo palabra, pero tras un instante de duda empezó a andar con decisión hacia el coche rojo que la había traído. Tim partió tras ella.

—¿Es que no lo pillas, Tim? Te he dado lo que me pedías... Tu estúpido proyecto no ha funcionado. No te debo nada y no quiero volver a verte en la vida —le soltó a bocajarro antes de llegar al coche—. ¿Entiendes? ¡En la vida! Tu locura ha significado una desgracia para mi familia, sobre todo para...

—¡Calla! —le interrumpió Tim.

—Pero... ¿Cómo te atreves? —de indignación, el rostro de Michelle pasó del rojo al fucsia—. No estás en situación de impedirme hablar...

Tim, sacando una entereza de la que había carecido en los últimos diez minutos, actuó rápidamente ante la respuesta de Michelle y, de un solo movimiento, le tapó la boca con una mano mientras que con la otra le empujó para hacer que se sentase en el suelo arenoso. Ella temió que Tim fuese a hacerle daño y se dispuso a morder su mano con todas sus fuerzas.

—¡El asesino! —le susurró Tim al oído, despertando el interés de Michelle. Esta pensó que si tenía que arrancar trozos de la mano de Tim a mordiscos, podía esperar un instante—. ¡Mira! ¡No está donde estaba antes!

Señaló el punto donde creía haber matado al sicario de Thule, y ya no estaba ni este ni su impedimenta. Los ojos de Michelle se abrieron cuando entendió que el peligro no había pasado, solo que esta vez ninguno de los dos veía al pistolero. Una vez Tim se dio cuenta de que ella había

comprendido que estaban en peligro, relajó la mano que le había impedido seguir hablando; lo que podía haber delatado su posición.

–No tengo intención de evitar que te expreses, sino al contrario –explicó Tim–. Debemos salir de aquí los dos para hablar sobre todo esto. Tenemos muchas cosas que explicarnos uno al otro.

–De eso nada –susurró Michelle–. Yo me iré por mi lado y tú por el tuyo. Ya tienes lo que querías: sé que tus locuras no han funcionado, y para averiguar eso ha tenido que sacrificarse mi hermano.

Tim iba a responderle, pero se quedó quieto cuando vio al tipo de Thule caminando muy despacio hacia la vieja torre que habían dejado atrás. No tenía el gorro negro de lana, pero se había vuelto a poner las gafas de aviador con las que lo había visto siempre. De su cabeza calva, un reguero de sangre se había secado sobre el rostro, pero no parecía importarle demasiado mientras quitaba el seguro a la pistola que ahora empuñaba en su mano derecha. Mientras tanto, Michelle se arrastraba hacia el coche y Tim volvió a ir tras ella.

–No tendré lo que quiero si te vas, Michelle –Tim usó el tono de voz más alto que podía usar dada las circunstancias. Parecía que el sicario no les había visto y quería que fuera así el máximo tiempo posible–. Es posible que antes quisiera una solución con urgencia, pero ahora lo único que necesito es empezar una nueva vida lejos de esa gente.

–Te lo repito, Tim... No te debo nada –Michelle, desde el suelo, abrió la puerta del coche con la llave–. Adiós. No puedo decir que me alegre de haberte conocido.

–Sí me debes algo. Ya sé que tu hermano perdió la vida por mi proyecto, pero tú me debes la tuya –apeló Tim–. Si no hubiera sido por mí, ese tipo te habría despachado de un tiro en la cabeza –a medida que veía cómo la cara de Michelle se suavizaba, fue bajando el tono hasta emitir un susurro–. Si te hubiera eliminado, mi vida habría dejado de tener sentido.

–Mierda –escupió Michelle dando un golpe al volante–. Está bien. Sube.

Mientras subía arrastrándose al coche por un lateral y rezando porque el matón no les viera, Tim reprimió una sonrisa que en ese momento hubiera sido contraproducente.

Bernd no podía verlos desde donde estaba. Rodeaba la base del antiguo observatorio como un hurón, y con cada paso que daba menos esperanzas tenía de encontrarlos allí. Le dolía mucho la cabeza y recordaba que el *yuppie* guaperas le había sorprendido saltando sobre él cuando tenía esa zorra a tiro. Le había golpeado el cráneo con algo duro y había perdido el conocimiento. Cuando recuperó la conciencia se había olvidado de dónde estaba y qué estaba haciendo, pero enseguida recordó la misión que tanto se estaba alargando. Se incorporó con dificultad, convencido de que tenía que usar métodos más expeditivos si quería terminar pronto el trabajo que tenía entre manos. Al menos, si estaban los dos juntos, mataría dos pájaros de un tiro. Con ese convencimiento se dirigió pistola en mano al torreón.

Escondió la mochila en la maleza y se dirigió en busca de los dos pipiolos que tenían que morir. No tardó mucho en darse cuenta de que los dos polluelos habían dejado el nido. Solo al escuchar el sonido de un coche al ponerse en marcha se confirmó su sospecha; que se convirtió en certeza cuando vio el Volkswagen en el que había venido la chica maniobrar marcha atrás para salir del parking. En el coche iban dos personas y Bernd supuso que eran sus dos objetivos. Tal contratiempo no le supuso problema alguno. Al revés: excluyendo el incidente con el tipo que casi le deja fuera de combate, todo marchaba mejor de lo previsto. La jugada de colocar un transmisor GPS en el coche y esperar había salido redonda. Cuando perdió la pista a Tim en casa de la chica no le quedó otra opción que seguir la mejor pista que tenía: el coche con el transmisor. Ahora tenía a los dos y sería más fácil perseguirlos sin que sospechasen. Y en cuanto pensasen que el

peligro había pasado, sacaría del maletero del coche el misil antitanque FGM-148 *Javelin* que portaba para fines como esos. De los dos tortolitos no quedaría trozo alguno más grande que una uña. Sonrió mientras se dirigía a su vehículo, sintonizando la señal del localizador en su teléfono. El coche de ella aparecía como un punto rojo que parpadeaba sobre el mapa en dirección al pueblo de Scheveningen. Sería pan comido.

Dentro del coche, la escena era mucho menos idílica de lo que había imaginado Bernd. Michelle se preocupaba de no aparentar que huía y Tim pensaba cuál sería su próximo movimiento ahora que ella había aceptado el juego. Ambos miraban hacia atrás nerviosamente de vez en cuando, buscando algún vehículo. Tim aún no había olvidado la persecución sobre dos ruedas en Alemania.

–¿Dónde vamos?

–Eso no te lo diré, Tim –anotó Michelle–. Pero te llevaré hasta Ámsterdam. Allí te perderás y saldrás de mi vida para siempre.

–No sabía que tuvieras un hermano –dejó caer Tim intentando llevar la conversación por otros derroteros más emotivos. Quizás hablando de sentimientos pudiera implicarla.

–Aunque acabé odiando a nuestro padre cuando abandonó a mi madre, nunca dejé de estar en contacto con él. De hecho yo cambié el apellido de mi padre por el de ella; y así yo pasé a llamarme Michelle Hüber y mi hermano siguió siendo Dennis McGrath –expuso Michelle, todavía fría como un témpano–. Y ahora no sé dónde está... ¿Era de eso de lo que querías hablar?

–Lo que pretendía era hablar de todo. Siento su muerte, pero no comprendo por qué ha tenido que morir.

–En realidad, no sé si ha muerto –argumentó Michelle, mirando a Tim tras buscar posibles perseguidores por el retrovisor–. Seré franca. Dennis, mi hermano pertenece a un grupo de élite de la policía, y lo envié con el prototipo de la máquina a la Alemania nazi con la misión de desbaratar la disparatada operación que montaste. La policía llevaba tiempo siguiendo tus movimientos, pero gracias a que pudo leer el dossier que dejaste en tu coche, se enteró de tus verdaderas intenciones y decidimos enviarlo al pasado a contrarrestar a tu agente.

–¡Dios mío! –Tim se llevaba las manos a la cabeza. Si la policía estaba involucrada, quizás tampoco era buena idea entregarse–. ¿Está la policía en todo esto?

–Parece que es lo único que te importa –añadió ella. Tim se dio cuenta de que contenía la rabia porque hablaba con frases cortas y esporádicas–. Tranquilo. No ha sido así. La policía te investigaba pero esto ha sido algo entre él y yo. No podíamos meter en esto a sus jefes sin parecer un par de locos. Y nos iba en ello la vida –tragó saliva para serenarse–. Quizás no seas consciente de tus actos, pero tu frivolidad podía haber costado la vida a mucha gente. Por ejemplo, yo. Mis padres se conocieron gracias a la invasión aliada. Mi padre era americano y conoció a mi madre en la postguerra. Sin desembarco en Normandía mis padres no se habrían conocido y yo no hubiera existido. Por eso mi hermano fue a desbaratar tus absurdos planes.

Tim no tuvo más remedio que aguantarse. Su egoísmo le había llevado a pensar en sus intereses y en los de la Sociedad.

–Y por eso sabes que no ha funcionado –admitió. Supuso que debía haber introducido métodos de control en su salto–. Ahora tienes información de él.

–Al menos, no ha funcionado en un modo que podamos ver. El pasado modificado no se ha manifestado en el presente –sentenció Michelle–. Antes de realizar el salto mi hermano me prometió dejar un mensaje en un buzón secreto en la vieja torre de la playa, donde de pequeños teníamos nuestro sitio personal para dejarnos mensajes. Nadie más que él y yo sabíamos de su existencia. Y no hay nada, lo que quiere decir que nunca se dejó ese mensaje.

Tim asentía despacio. Ahora que estaban ambos más relajados comenzaba a coger las riendas de la situación, aunque sabía que al llegar a Ámsterdam, su tiempo habría terminado. Y acababan de salir de La Haya. Tenía todavía 60 kilómetros para explicarle que todavía formaban un equipo. Y sabía por dónde empezar a conquistarla: por la inteligencia.

–Normal que no esté... Si tu hermano dejó su mensaje cerca del 1940 y es vuestro escondite secreto desde, digamos, 1990; ese mensaje debía estar en vuestro buzón la primera vez que lo usasteis. Quizás lo retirasteis de su sitio en vuestra infancia y no le disteis la menor importancia. A lo mejor lo tomó otra persona.

Michelle sonrió, por primera vez desde su último y desafortunado encuentro. Tim se fijó por primera vez en la graciosa forma en la que terminaba su nariz y vio el cielo abierto mientras admiraba los adorables hoyuelos que se le formaban en las mejillas al sonreír. En ese momento hubiera dado su vida por acariciar su rostro.

–Buen razonamiento, Tim –sentenció–. Pero no me parece bien que me subestimes. Ya había pensado en eso, y por ese motivo decidimos que dejaríamos el mensaje en un hueco que él excavaría diez ladrillos a la derecha de nuestro buzón. Estaba sin hacer. Jamás nadie puso la mano encima de esa piedra, incluyéndonos a nosotros cuando niños.

–A lo mejor algo le impidió dejar el mensaje –aventuró Tim.

–No lo creo. Aunque de pequeño sufrió una enfermedad que retrasó su crecimiento, Dennis es un soldado excelente –aclaró Michelle con orgullo–. Dudo mucho que haya fracasado, aunque no sé dónde puede estar. Esperaba ese mensaje con toda mi alma.

Todavía anduvieron con el coche un par de decenas de kilómetros en los que Michelle le preguntaba a Tim el motivo de realizar semejante disparate. Este se limitó a exponer los principios de Thule, sin implicarse demasiado. Mientras explicaba los motivos de La Sociedad para el control mundial, más se daba cuenta de lo irresponsable de su acción. El pasado estaba enterrado y revivirlo solo podía dar problemas, por mucho cuidado que uno pusiera en ello. Un ejemplo lo tenía en el caso de Michelle. Jamás tuvo en cuenta que los enlaces entre americanos y alemanas quedarían sin efecto si se impedía la invasión aliada en Normandía.

–Lo siento –repitió Tim, quizás la palabra más honesta que le venía a la cabeza.

–Podrías dejar de decir que lo sientes y concretar qué es lo que planeas hacer ahora –sentenció Michelle mirando el nivel de combustible del coche–. Tienes diez minutos para pensarlo, los que tardaré en repostar a toda prisa en la próxima estación de servicio que vea. Estoy segura de que no despistaremos tan fácilmente a ese tipo. Y tengo prisa.

Si hubiera sabido que apenas un kilómetro por detrás les perseguía Bernd Siegbert, habría apurado el depósito al máximo o hubiera planeado cualquier otra maniobra evasiva. Desde su vehículo, el agente ejecutor de Thule se sabía con el factor sorpresa de su lado. Sin quitar la vista de la pantalla que le mostraba la posición del coche, conducía plácidamente tras ellos. Por su actitud podía ver que no se sentían perseguidos... "Pobrecitos", había llegado a pensar Bernd sobre aquel par de *yuppies* que no sabían que en pleno siglo XXI podían ser rastreados a distancia de múltiples formas. Solo tenía que buscar un lugar tranquilo para disparar el misil antitanque que previamente había sacado del maletero para dejarlo en el suelo del asiento del acompañante.

Para su satisfacción, en la zona menos poblada que habían cruzado desde que salieron de Scheveningen, el monitor del GPS mostró que su objetivo reducía la velocidad para entrar en lo que la misma pantalla se encargaba de definir como una gasolinera. Dado el poco tráfico de la zona y la amplia visibilidad que proporcionaba la lisa orografía del país, decidió que era el momento perfecto para hacer desaparecer a esos dos de la faz de la tierra. Una ocasión que no podía desperdiciar después de tantos errores producidos por exceso de confianza.

Mientras pasaba de largo la estación de servicio pudo comprobar cómo el coche rojo de la chica se había detenido y sus dos ocupantes desaparecían en el interior de la tienda tras mirar alrededor. Sonrió al comprobar que su objetivo, si bien seguía ojo avizor, había relajado la guardia de manera significativa. Continuó con su vehículo hasta que se abrió un claro a su derecha. Un sitio en el que podía parar para acechar a sus víctimas, como una araña que hubiera decidido acabar con su presa de un misilazo.

Aparcó el coche en el claro, tras un pequeño árbol que le serviría de tapadera. El sitio era una posición inmejorable donde instalarse para hacer un blanco perfecto con el *Javelin*. Se bajó del vehículo y comenzó a vigilar de lejos el coche que seguía repostando. Bernd sonrió al pensar que sus ocupantes esperaban ir muy lejos con él cuando no llegarían a circular apenas un kilómetro con él antes de encontrar la muerte.

De repente, la pareja salió de la tienda de la gasolinera. Se les seguía notando algo nerviosos, sin duda porque debían de saberse acosados aunque no le vieran. Ambos, él y ella, habían intercambiado las camisetas y colocado unas gafas de sol que no conseguían despistarle. Cuando miraron a derecha e izquierda para ver si les seguían, se llevó el misil al hombro y lo armó cuando se subieron al vehículo, cambiando los prismáticos por la mirilla del *Javelin*; momento en el que vio cómo el coche, de una forma un tanto brusca, retomó la marcha. Seguramente tenían prisa, o quizás había sospechado de alguien, pero ya no importaba. Se dirigían hacia él confiados en su buena suerte, como si supieran que podían escapar de todo un especialista en liquidar gente.

Cuando el sistema de seguimiento de blanco del misil le confirmó que el objetivo había sido fijado, apretó el gatillo y la carga del tubo lanzador impulsó el cohete hacia el Volkswagen rojo.

No se preocupó de contar los segundos hasta que el proyectil impactó, sino que solo se sintió relajado de pensar que la misión había llegado a su fin. El coche rojo saltaba por los aires en una explosión que él, como espectador privilegiado, pudo ver a cámara lenta. El vehículo con los dos tortolitos saltaba en el centro de una columna de fuego donde permaneció suspendido en el aire durante un instante antes de abrirse como una fruta madura, momento en el que lo que podía considerarse un coche dejó de existir como tal, junto con todo aquello que contenía.

Habría una investigación, por supuesto, pero nadie podría averiguar la identidad de los ocupantes. De hecho ni tan siquiera se averiguaría si el coche tenía dentro a una, dos o tres personas en el momento de la explosión. El ADN de los ocupantes, tras la deflagración, sería indistinguible del de los mosquitos que repelaban el parabrisas.

La misión había sido cumplida satisfactoriamente. Y un instante antes de poner su coche en marcha, se lo hizo saber por teléfono a su jefe.

Capítulo 38

A Zach le costó un gran esfuerzo abrirse paso entre el gentío cuando la comitiva, encabezada por Ludendorff, dejó la Marienplatz para dirigirse al ministerio de defensa; pero el éxito o el fracaso de su misión dependían de lo cerca que pudiera situarse del frente de la manifestación. Aquello iba a acabar mal y quería transmitir su mensaje e irse. Adolf Hitler debía acabar en la cárcel, donde tendría tiempo de recapacitar sobre el mensaje de Zach mientras redactaba a Hess el libro en el que plasmaría sus ideales.

El hecho de abandonar la plaza principal muniquesa por una de sus callejuelas adyacentes dificultó mucho sus intentos de situarse entre los primeros pero, una vez dentro de la calle, le fue más fácil afianzarse en su posición. Seguía gritando como un poseso las consignas que se coreaban con creciente ímpetu, muy preocupado por parecer integrado en el movimiento. Desde luego, una vez terminase su misión, no querría tener nada que ver con los nazis todo lo que quedase de vida. Se iría de Alemania y buscaría alguna ocupación tranquila para esperar el fin de sus días lejos de problemas.

Con la energía que le proporcionaba la inmediata finalización de su misión, remontó unas cuantas posiciones, buscando la primera línea. Afortunadamente para él, desde el corto episodio de la Marienplatz, la presencia de agentes del servicio de seguridad en los puestos delanteros había descendido; casi al mismo tiempo que aumentaba el número de efectivos de la policía bávara. Sin embargo, la relajación en la seguridad de la marcha en el espacio tan estrecho de la Residenzstrasse no se tradujo en una buena colocación para hablar con Hitler. Zach comenzaba a impacientarse. Solo necesitaba un par de minutos tras los cuales podía irse a vivir su vida, pero las cosas se le estaban complicando. Al ver que un poco más adelante las casas que flanqueaban la calle se abrían para dar paso a otra plaza, tomó la determinación de jugar todas sus cartas cuanto antes para tener su breve pero trascendente entrevista con Hitler.

Cuando la llegada al espacio abierto de la Odeonsplatz permitió que aumentase el espacio entre los participantes, Zach decidió que ese espacio debía ser suyo. Tenía que aprovechar para dejar su mensaje antes de que los SD se reorganizaran. No olvidaba que aquello iba a acabar en una refriega, por lo que se abrió paso hacia delante con más vehemencia. Alguno de los manifestantes le llamó la atención, pero ya poco le importaba. Había llegado a la plaza cuando de repente, notó que la manifestación se había detenido. El sol bañaba tímidamente la escena desde todo lo alto, iluminando la fachada de la iglesia de los Teatinos y realzando sus tonos ocres.

Levantando la cabeza, a pocos cuerpos de la cabeza de la manifestación, pudo ver cómo delante de ellos, un importante contingente de la policía se había hecho fuerte. Desde un megáfono se conminaba a los manifestados a deponer su actitud, recordándoles que la manifestación era ilegal y sugiriendo disolverse para volver a sus casas. Zach maldijo en voz baja, encajonado entre la multitud. El momento de la verdad había llegado y se encontraba a escasos metros de la figura del joven Adolf Hitler, temerosa bajo la altiva figura de Erich Ludendorff. En ese momento las fuerzas de seguridad y los manifestantes se estudiaban con respeto.

El general comenzó a andar hacia las fuerzas del orden con tanta parsimonia como actitud desafiante. El resto de la comitiva hizo lo mismo mientras la policía levantaba sus armas dispuesta a usarlas para dispersar el gentío. Un tranvía quedó varado entre la multitud. Zach se apresuró a situarse junto a Hitler pero, cuando estaba a punto de alcanzarle, sonó un disparo.

Nunca se sabría quien hizo fuego, pero liberó la tensión del momento en forma de batalla

campal.

El griterío y la desbandada general que se formó en el frente de la manifestación tras esa primera detonación hicieron que perdiera de vista a Hitler el tiempo justo como para extraviar su rastro. No debía andar muy lejos, en cualquier caso. Zach miraba hacia todos lados, buscándolo y viendo cómo la policía abría fuego contra los manifestantes. Muchos de los camaradas del partido cayeron al suelo, momento en el que cada uno comenzó a preocuparse por su vida. Zach, a despecho de la suya propia, rastreaba las balas tras la pista de Hitler. El recuerdo de su hijo Joey le daba las fuerzas necesarias para hacer un último esfuerzo antes de dar su misión por concluida.

Tropezó con el cuerpo de uno de los manifestantes que le pedía ayuda desde el suelo, pero Zach no tenía tiempo para acciones humanitarias cuando tenía un objetivo que cumplir. Un grupo de gente chillando en estampida pateó el rostro del desconocido hasta convertirlo en papilla sanguinolenta. Volvió a alzar la vista, mirando en dirección contraria al frontal del Feldherrnhalle, levantado a la memoria de antiguos caudillos militares bávaros en el extremo de la Odeonsplatz por el que habían entrado. Tuvo que esquivar a la multitud que, huyendo del tumulto, intentaba retirarse del tumulto por la calle por la que habían llegado. La cola de la manifestación, aún empujando en dirección a la plaza, impedía la huida por ese lado de manera que la gente, como gallinas descabezadas, buscaba la forma más rápida de salir de aquella encerrona. Se escucharon nuevas salvas de disparos y nuevos simpatizantes del partido nazi cayeron al suelo derribados. Junto a él, una mujer que había asistido a la manifestación con un bonito vestido en tonos claros se llevó las manos al cuello al sentir un agujonazo. Cuando volvió a vérselas estaban bañadas en sangre. Su yugular había sido seccionada y la sangre salía a borbotones de la herida, salpicando a Zach en el rostro. Mientras veía a la mujer ponerse pálida y desplomarse para morir, sospechó que Hitler ya hubiera sido hecho prisionero y temió por el fin de su misión. Si perdía esa oportunidad, sería imposible buscar otra y habría fracasado. Nadie en su mundo sabría nada de su fiasco, pero no soportaba la sensación de fallar a Joey.

Un policía se irguió junto a él, levantando su porra con intención de golpearle, pero Zach se zafó lanzándole una patada al plexo solar. Aquello comenzaba a ponerse feo cuando, entre el gentío que protestaba en medio de efectivos policiales que todavía hacían uso de las armas, pudo ver la figura de Adolf Hitler arrodillada en el suelo reclamando a algunos de sus fieles SD que lo sacaran de allí. Junto a él pudo ver otro uniforme. Era Hermann Göring, mucho más delgado que el obeso *feldmarschall* que voló en su avión hacia Inglaterra. Corrió hacia ellos cuando vio cómo Göring caía entre las balas.

Zach descubrió un policía con una carabina sobre la escalinata del Feldherrnhalle que sonreía victorioso al comprobar que había hecho blanco en un militar con galones, sin saber a quién había herido. Tras abatir a Göring, pareció reconocer a Hitler y levantó su escopeta muy despacio, apuntando al líder del NSDAP.

El capitán comenzó a gritar el nombre de Adolf Hitler, intentando llamar su atención para prevenirle de que estaba siendo apuntado, pero el hombre de ridículo bigotito había escuchado corear su nombre demasiadas veces y no prestaba atención a tan espontáneas muestras de devoción por parte de sus camaradas. Zach no tuvo más remedio que saltar hacia él para sacarlo de la línea de tiro.

En la refriega, alguien le había pegado en la pierna derecha justo en el momento de derribar a Hitler. Alguno de sus SD podría haberlo visto como una amenaza y lo habría golpeado sin saber que lo que estaba haciendo era salvar la vida a su cabecilla, a sabiendas de que en un futuro no muy lejano debía liderar el país. Una vez en el suelo, levantó las manos en señal de sumisión, como haciendo ver a su atacante que no tenía intención alguna de atentar contra la vida

de su líder, pero allí, entre el tumulto solo estaban él y Adolf Hitler. Este le miraba con rostro incrédulo, balbuciendo algo que no llegó a entender.

Lo que sí comprendió fue que lo que hubo pensado que era un golpe en el muslo era en realidad un disparo de arma de fuego que había desgarrado su femoral. Pisadas inquietas en el charco que estaba formando su sangre salpicaban su ropa, y frente a él solo Adolf Hitler parecía interesarse por su estado. Por fin había conseguido que le prestase atención, pero mucho se temía que era a costa de su propia vida que se le escapaba a chorro por la arteria abierta.

Hitler le preguntaba por qué había realizado su heroica acción y que nunca lo olvidaría. Zach recordó cómo nada más llegar verlo por vez primera, ese mismo hombre que ahora le miraba con ojos de agradecimiento decretó su fusilamiento inmediato; e intentó convencerle de que no lo hiciera. Quería decirle muchas cosas, pero aunque su cerebro seguía funcionando, su cuerpo se quedaba sin fuerzas a medida que su sangre se extendía por el empedrado de la Odeonsplatz. Tragó saliva. Para Zach, viajero del tiempo, la escena parecía moverse a cámara lenta. Incluso la voz de Hitler parecía mucho más grave de lo que era en realidad. Hasta la herida que se hizo en el rostro al aterrizar en paracaídas desde la avioneta con la que hizo el último salto dejó de dolerle y notó cómo, mientras que el tiempo se ralentizaba, cada vez había más cosas que dejaban de tener importancia.

En su mente se veía completando su misión y dando a Hitler la valiosa información que debía entregarle; pero la realidad era otra.

En brazos de Hitler solo acertó a decir unas pocas palabras. El resto fue ininteligible.

–*Und ihr habt doch gesiegt*^[54] –balbució Zach, bizqueando de debilidad, como colofón a lo que creía había sido su exposición.

Adolf Hitler le mostró su agradecimiento una vez más. Zach yacía, sostenido por aquel que en unos años intentaría convertirse por la fuerza en el dueño del Europa y, con la ayuda del avión de Zach y prevenido por sus consejos, del mundo entero. Quizás en ese mundo, los buenos chicos como Joey podrían crecer y mujeres maravillosas como Lilian podrían vivir sin miedo a que nadie esparciese sus sesos por el armario del dormitorio.

Exhausto y pensando que su misión había finalizado con éxito y que su objetivo había sido cumplido, dejó caer la cabeza sin fuerzas para mantenerla erguida. No fue consciente de que Hitler, llevado a rastras por dos policías hacia un furgón donde eran introducidos los detenidos por su participación en el *putsch*, había dejado caer su cuerpo violentamente. Tampoco sintió el golpe contra el suelo ni como su sangre, viscosa, se enredaba en su pelo rubio. Solo percibió cómo cada vez notaba más distante el volumen de alaridos, sirenas, carreras, disparos y órdenes.

En medio de un silencio que solo existía en su cada vez menos oxigenado cerebro, acertó a ver uno de los leones de piedra que custodiaban la escalinata de acceso al Feldherrnhalle. Pero el rostro que le miraba desde arriba no era el de una estatua.

No entendía cómo era posible que la cara que le observaba fuera la de Joey. En realidad, cada vez tenía menos interés en entenderlo, pero la realidad era que su hijo le miraba desde la escalinata, petrificado el cuerpo y transformado en un león que guardaba la entrada al Feldherrnhalle. Sin embargo, el rostro de Joey no parecía demasiado amigable. Le miraba hosco, como aquella vez que el doctor Connor Lewis se lo llevó de su lado una vez terminó la pantomima de juicio en el que el asesino de Lilian quedó absuelto. Zach intentó preguntarle el motivo de su enfado, pero no hubo palabra alguna por ninguna parte. Cada vez se sentía más lejos de la escena y le costaba mantener la vista en el rostro de Joey.

Supuso que quizás Joey conocía lo que ahora sospechaba: que su misión había sido estéril y por eso le miraba con gesto desdeñoso. No soportaba haberle fallado y una lágrima abandonó el

ojo del cadáver de Zach para mezclarse en el suelo con una mezcla de sangre pisoteada y mugre.

Se sintió alejar flotando de la escena cada vez más hasta que la perdió de vista, sumido en una oscuridad incontestable. No sabía por qué pero supuso que estaba de nuevo en los campos de Arkansas que le habían visto crecer, aunque por alguna extraña razón se había hecho de noche.

La luz del día que estaba esperando jamás llegaría.

Capítulo 39

Julius Knut viró su lancha de pesca hacia el norte para enfilarse el embarcadero de Port Lautour, al sur de la isla de Aore en Vanuatu. Traía el barco cargado de víveres, aprovechando el viaje para llevar a una pareja de americanos a pescar en alta mar que había hecho hasta Luganville, en la cercana isla de Espíritu Santo. Habían perseguido sin éxito un *blue marlin*, pero los dos tipos, hartos de cerveza habían conseguido un atún amarillo y un *wahoo* con los que hacerse cientos de fotos para enseñar a sus amigos en los Estados Unidos. Julius no podía quejarse. Habían pagado la tarifa religiosamente y dejado una buena propina, de manera que podía dar la jornada por terminada y dedicar toda la tarde a su familia.

Tras frenar la lancha, se quitó la gorra para atusarse los rubios cabellos que bajo el sol del Pacífico habían vuelto a ganar reflejos dorados. Una vez colocada la cabellera volvió a colocarse la vieja gorra de los *Red Sox* de Boston que compró hace siete años, cuando llegó de vacaciones a Vanuatu junto con su mujer Katarina y decidieron quedarse allí. Les sedujo el modo de vida de la isla, en la que no había prisa para nada pero no se podía dejar de hacer algo; en el que dos recién llegados podían establecerse como perfectos desconocidos que hubieran vivido allí siempre. La habilidad de Julius con la lancha facilitó su conversión en marinero de fortuna a la busca de turistas con ganas de pasar una inolvidable jornada de pesca de altura en el océano. Muy pronto descubrieron que ese era el modo de vida que habían anhelado y, al poco tiempo de llegar a la isla y obtener un permiso de trabajo al que el paraíso fiscal de Vanuatu no puso muchas trabas, contrajeron matrimonio en una sencilla ceremonia típica local que se convirtió en confirmación de sus sentimientos. Julius no había dejado de amarla continua y crecientemente en esos siete años que pasaron juntos. Sobre todo desde hace cuatro años, cuando fueron bendecidos con el nacimiento del pequeño Mario. Jamás había dejado de agradecer al destino el haber tomado la decisión de instalarse allí, lejos del mundanal ruido. Más cerca del paraíso que lo que jamás hubo soñado.

Hace tiempo ambos, Julius y Katarina, se encontraban como pez en el agua viviendo en lo más alto de la escala social pero, jugarretas del destino, solo habían alcanzado la felicidad cuando tuvieron lo justo para vivir en un entorno lejos de la civilización. Ninguno de los dos se arrepentía de haber dejado atrás los oropeles que recordaban de su anterior vida. A decir verdad, había sido la existencia pomposa la que les había expulsado de lo que en su ceguera pensaron era el paraíso; pero a día de hoy no había ni un solo día en el que echasen de menos algo concreto de su vida antes de instalarse en los mares del sur. Al contrario, la adversidad les unió mucho más que cualquier lujo al que hubieran tenido acceso nunca. Quizás por eso Julius sonreía y se mantenía al margen de las conversaciones de sus clientes cuando, más para hacer ostentación que para otra cosa, comentaban en su presencia las últimas fluctuaciones del *Dow Jones* o las dificultades que encontraban para introducir su empresa en los mercados asiáticos. Ya había pasado por eso y no quería saber nada del mundo que dejó atrás y que casi acabó con él.

Al acercarse al estrecho muelle de Port Lautour, distinguió cómo la esbelta figura de Katarina, con su flequillo lacio caído sobre la cara, le saludaba mano en alto desde el comienzo del embarcadero. A sus pies, el pequeño Mario daba saltos de alegría cuando distinguió el barco de papá e, imitando a su madre, agitó su manita para saludar.

Cuando Julius atracó el barco, el niño salió corriendo hacia él con los brazos abiertos mientras ella andaba despacio, contorneando las caderas como solo ella sabía. Sostuvo a su hijo

en brazos para darle un beso y lo depositó dentro del barco.

–Papá... ¿Me has traído algo? –preguntó con su vocecita mientras examinaba las bolsas de la compra que se amontonaban en proa.

–Solo comida, Mario –contestó antes de abrazar a su mujer para besar sus labios carnosos que tanto le hechizaban. Sintió la misma sensación cálida que había sentido la primera vez que lo hizo. El paso de los años no había debilitado sus sentimientos ni un ápice y la quería un poco más cada día, independientemente de cuánto tiempo pasasen juntos.

No tardaron mucho en descargar las bolsas del barco. Julius había dejado una ligera bolsa cargada solo con algo de embutido para dejársela al pequeño Mario. Llevarla hasta el coche en la explanada mientras sus padres iban cargados hasta las trancas le hacía sentirse útil. Una vez cargado todo en la plataforma trasera del *pick up*, se dirigieron a su casa.

Estaba satisfecho con su Isuzu porque se había convertido en un trabajador incansable que nunca le había fallado y que jamás se había quejado de su antigua obsesión de menoscabar todo coche no construido en su Alemania natal. Al contrario, a base de tesón había conseguido hacerle pensar que, pese a haber pilotado potentes coches, no cambiaría el suyo actual por ninguno de ellos.

–¿Pasa algo? –preguntó en voz baja Julius percibiendo tensión en el ambiente.

–Ha llegado un paquete de correo a tu nombre –Katarina no se anduvo por las ramas. No habían tenido correspondencia desde que llegaron a Vanuatu–. Sin remitente desde las Islas Caimán.

Julius la miró a los ojos. Evidenciaban preocupación.

–¿Estás segura? –acertó a decir. Ella asintió en silencio, y así permanecieron hasta llegar a su casa.

Los dos presumían que nadie en el mundo estaba al tanto de su presencia allí. Su existencia discurría a nivel estrictamente local. Julius ofrecía sus servicios a su clientela a través de hoteles de la zona y nunca dejaba que nadie le hiciera una foto, por mucho que le asegurasen con cierta sorna que con ello no iban a robarle su alma. Katarina llevaba una vida muy intensa como profesora local y las veces que llevaba la barca a pescar seguía la misma rutina de privacidad que Julius.

La última vez que fueron vistos fuera de Vanuatu nadie se fijó en ellos. Los dos recordaban ese momento como el de su segundo nacimiento. Después de ser perseguidos a muerte tuvieron un golpe de suerte que todo el que pudo verlo coincidió en catalogar como milagroso. Ese día, tras parar a repostar y bajar del coche para usar el baño de la estación de servicio, alguien los siguió desde la zona de surtidores para avisarles.

–¡El coche! ¡Les están robando el coche! –les alertó el operario de la gasolinera.

Se dieron la vuelta rápidamente para ver cómo una pareja de ladrones, ya dentro del Volkswagen rojo de ella, ponía el motor en marcha para salir disparados por la carretera. Un instante más tarde, sin que nadie entendiera nada, el coche saltaba por los aires en una explosión pavorosa.

Mientras caían del cielo trozos de coche envueltos en llamas, nadie les prestó atención. El operario, absorto, volvió la cabeza para preguntar algo a los dueños del coche que había saltado por los aires, pero ya no estaban allí cuando quiso hablar con ellos. No hubo denuncia sobre el robo, no hubo cadáveres reconocibles y todo el suceso se clasificó como un ajuste de cuentas antes de recibir carpetazo para no volver a ser abierto jamás.

El nuevo Julius que acababa de nacer en ese momento actuó con rapidez al interpretar que aquellos que los habían perseguido a muerte se darían por satisfechos al ver la bola de fuego en la

que se había convertido el coche y los dejarían en paz para siempre. Cogió de la mano a la nueva Katarina para llevársela de allí y explicarle que, ahora que el mundo los había dado por muertos, sus problemas habían acabado y tenían la oportunidad de comenzar una nueva vida lejos de sus perseguidores.

No podían desperdiciar esa coincidencia del destino, por lo que tuvieron que eliminar las diferencias que habían surgido entre ellos para concentrarse en su nueva existencia. Con algo de dinero que pudieron conseguir en algunos poco claros negocios sometieron sus rostros a una operación de cirugía estética en un oscuro gabinete sin escrúpulos y compraron los billetes a Vanuatu. A los tres años de llegar, nació el primer hijo de ambos y Julius, como homenaje a aquel que dio su vida para que pudiera huir, lo llamó igual que su amigo de la infancia.

Ahora, siete años más tarde de su llegada a Vanuatu, por vez primera recibían una notificación del mundo que, allá en los Países Bajos, una explosión se llevó por delante. Vieron tambalearse el universo que tanto les había costado construir.

—¿Tendremos que volver a huir? —preguntó Julius a su mujer cuando llegaron a casa.

—Un momento, cariño —susurró ella para no asustar al pequeño Mario que comenzaba a sospechar que algo había pasado—. Esperaremos hasta después de cenar para abrir ese paquete.

Y así, entre forzadas sonrisas y ocultos temores, llegó la hora de acostar al pequeño.

—Papi... ¿Nos ha mandado un regalo el hombre malo? —preguntó Mario en la cama. No recordaba a sus padres preocupados de esa manera.

—No, chico... El hombre malo nunca nos encontrará. Te lo prometo —aseguró Julius antes de dar a su hijo un beso de buenas noches.

Diez minutos más tarde, Julius y Katarina se encontraban en silencio, sentados en la sala de estar de su domicilio. Encima de la mesa, enfrente de ellos se erguía amenazante la pequeña caja del tamaño de una caja de zapatos. Una simple caja marrón envuelta en un papel de lo más vulgar, enviada desde uno de los paraísos fiscales más impenetrables del planeta se erguía amenazadora en el mismo centro de su casa.

—¿La abrimos? —preguntó Katarina.

Julius no dijo palabra, sino que se levantó del sofá y se dirigió al paquete.

No tardó mucho en abrirlo. Dentro, ocultos entre una maraña de papel estraza que hacía de soporte, se encontraba una cámara de fotos compacta y un sobre cerrado.

—¿Has comprado una cámara de fotos, Julius? —preguntó ella mientras él negaba con la cabeza. No entendía nada.

Tendió la cámara de fotos a su mujer y abrió el sobre. Dentro había una carta manuscrita que comenzó a leer en silencio y muy despacio.

Estimado jefe.

Antes que nada, debo decir para su tranquilidad que su secreto está a salvo conmigo.

Nunca pensé que una persona tan inteligente como usted desapareciera de la faz de la tierra sin más. En el fondo siempre albergué la sospecha de que se encontraba a salvo en algún lugar, pero nunca supuse que se encontraba tan lejos. Y tan cambiado que solo con la experiencia ganada tras años en los que trabajé con usted codo con codo pude reconocerlo.

Tuve mucha fortuna para encontrarlo, debo reconocer, porque jamás pensé que mi novio Yaakov sugiriese ir a Vanuatu tras nuestra boda. Allí nos recomendaron un habilidoso

capitán de un pequeño barco con el que los dos podíamos hacer extraordinarias capturas de pesca. Pese a tener usted la agenda completa, no me impidió que alguien lo señalase en el puerto y que yo pudiera identificarlo. Admito que me costó bastante admitir que era usted, pero por mucho que haya intentado cambiar su rostro, nada pudo cambiar su mirada. Y me costó todavía más conseguir su dirección.

Espero que merezca la pena el que me haya puesto en contacto con usted, pero como verá he tomado todas las precauciones para esconder el envío, incluyendo el uso de un bufete de las Islas Caimán famoso por su discreción en el envío de documentación sensible.

Lo que le mando llegó a su casa en una de las remesas que cada mes llegaban desde Heidelberg. Creo que es lo que estaba buscando y por ello di orden al remitente de no enviar más cajas.

Le deseo lo mejor y le reitero mi fidelidad. Jamás le traicionaré.

David Vogt

Julius reprimió un escalofrío y una lágrima de agradecimiento. Si esa cámara había salido de los trastos que llegaban desde la antigua casa de Speer, debía ser importante.

En el momento menos esperado había recordado un doloroso pasado, cuando ambos habían dado todo aquello por olvidado. Aquel paquete había venido a despertar viejos fantasmas que no estaba muy seguro de querer revivir. Miró a su mujer y la vio observando la pantalla de la cámara con los ojos muy abiertos.

—Es una carta de David, mi antiguo secretario. Me ha encontrado, pero asegurado que será una tumba. Y le creo —explicó Julius intentando no alarmar a su mujer y pensando cómo le haría saber la procedencia de la cámara. Como siempre, por el camino más corto—. Afirma haber encontrado la cámara entre unos objetos que pertenecieron a Albert Speer, lo que indica...

Julius dejó la frase en suspenso tras observar que Katarina no le estaba prestando atención, absorta en el aparato. Tan solo acertó a decir una frase, continuando la de Julius.

—... Que tu maldito proyecto ha funcionado. Eso es lo que indica —concluyó, tras lo cual cedió la cámara a su marido.

—No me lo puedo creer —exclamó Julius mientras encendía la cámara—. Tiene casi un siglo... Pero con Wifi y GPS. Es un milagro que funcione.

Los dos se arremolinaron tras el visor para ver la primera imagen, que mostraba la inconfundible imagen de un Northrop B-2 seguida de otras en las que se veía un soldado alto y rubio frente a lo que parecía ser la cabina del avión. El tipo vestía ropas militares muy viejas de color azul ceniza; y sonreía con franqueza, como satisfecho de lo que había logrado.

Aún hubo un par de fotografías más de ese soldado dentro del avión. Aunque vestía lo que parecía ser un uniforme de aviador, desentonaba muchísimo frente al moderno panel de control del avión. Daba la impresión de que su uniforme parecía sacado de una película histórica.

Julius siguió pasando fotos en silencio. Había algunas de lo que parecían ser escenas cotidianas. Al igual que las anteriores, daba la impresión de que algo no encajaba. Las fotos mostraban una ciudad, pero de una época muy anterior a la que vivían, mucho antes de que esa cámara y su tarjeta de memoria pudieran haberse construido. Era el tipo de ilustraciones que uno

acostumbra a ver en tonos sepia, con coches cuadrados circulando por las calles y con la gente vistiendo ropas anticuadas con un aspecto personal muy arcaico; los caballeros con mostacho y bombín y las mujeres con largas faldas con vuelo y aparatosos peinados. Sin embargo, la imagen que mostraba la cámara no era antigua, sino muy actual, con unos colores claros y unos contornos perfectamente nítidos.

–Debe de ser Berlín –comentó Julius. Katarina asintió sin quitar la vista de la pantalla, analizando cada imagen que veía.

Si se encontraban asombrados, las dos últimas fotos fueron las que los dejaron sin respiración. En ellas se veía al aviador que había aparecido en las primeras fotos vestido de la misma guisa que la gente de la calle que mostraban las fotos anteriores. Eran dos autorretratos del mismo tipo rubio, sonriendo a cámara junto a un señor algo mayor que parecía estar confundido ante el objetivo. No debía haber visto muchos. Julius dio un salto del sofá buscando su tablet para realizar una búsqueda. Una vez encontró lo que quería se la mostró a Katarina.

En la pantalla de la tablet se veía al mismo tipo que con cara de asustado posaba junto al piloto. Era Albert Speer, con la misma edad con la que fue nombrado ministro del Reich; algo que no podía ser falsificado ni reproducido en un plató de cine.

–¡Dios mío! ¡Ha funcionado! –repitió Julius–. El tipo llegó a Alemania y contactó con las autoridades de Tercer Reich... ¡Debió entregarles el avión!

–Sí, pero afortunadamente no parece haber tenido el efecto que tu pandilla de tarados esperaba –Katarina se sentía enfurecer cada vez que recordaba esa época de sus vidas. Le había costado mucho olvidarlo y todavía se sentía horrorizada cuando pensaba lo que Julius había intentado hacer.

Él la abrazó con ternura y besó su cuello. Lo sintió cálido y recordó cómo estuvo a punto de perderlo para siempre. Cuando huyeron de aquella gasolinera dejando su coche volando en llamas con dos ladrones dentro, tuvo que esforzarse para que ella accediese a huir con él; y no le fue fácil. Solo cuando le hizo ver que estaban en el mismo barco comenzó ella a reflexionar sobre su situación.

–No entiendo cómo ha sido, pero el salto parece haberse producido sin influir en el presente. Y no sabes cuánto agradezco que haya sido así –dijo Julius. En realidad ardía en deseos de saber por qué no había hecho efecto su plan, pero no podría preguntárselo a Katarina sin enfadarla.

Ella lo hizo.

Expuso su teoría según la cual el pasado no puede ser modificado, sino que cualquier cambio que se le aplique se traducirá en un hecho que *siempre ha sido así*. Ella lo sabía bien porque fue la primera viajera en el tiempo y retrocedió una hora en su laboratorio para aparecer con la promesa que había hecho a sus compañeros de traer champán para brindar por el éxito del experimento. Siempre sospechó que mientras ella discutía en la sala de reuniones sobre el desarrollo del proyecto, al mismo tiempo estaba comprando el champán en otro sitio; y *siempre había sido así*.

Según su teoría, la emisión de antipartícula aniquilaba bosones de Löwe que se encontraba en su camino, de manera que en su radio de acción, la cantidad de bosón se reducía. Como los bosones se creaban continua y linealmente desde el *Big Bang*, produciendo el devenir del tiempo; el área donde la máquina había destruido bosones se veía traslocada a un punto en el que la cantidad de bosones del universo era igual que la que quedaba en el espacio en el que había actuado la máquina. Áreas con equivalente densidad de bosones se igualaban en el campo temporal.

Ella le explicó que en realidad, todo eso podía haber sucedido. Antes de que alguien en el siglo XXI pensase siquiera en enviar el avión al pasado, Alemania ya había experimentado un avance tecnológico sin igual en la Segunda Guerra Mundial. Le hizo ver que era posible que el espacio-tiempo fuese continuo aunque se intente volver sobre él, de manera que objetos enviados al pasado habrían estado allí *siempre*. Para ilustrar su teoría, Katarina planteó que si una persona que viviese en el año 3000 fuese trasladada al momento que vivían y les ofrecía los próximos diez resultados de la Superbowl para poder enriquecerse con las apuestas, en las hemerotecas del año 2900, antes de que el visitante con los resultados saliese, se hablaría ya de los tipos que a mediados de la década del 2010 habían ganado las apuestas diez años seguidos. De similar manera, antes de enviar al pasado el *Spirit* con su tecnología *ya se había* producido la expansión tecnológica que tal salto había propiciado. Alemania *siempre* realizó colosales avances tecnológicos durante la guerra por el envío futuro del avión y pese a todo fue incapaz de ganarla.

–Eso no me hace sentir mejor –objetó Julius–. Si es así, significa que todos nuestros esfuerzos solo sirvieron para alargar la guerra y con ello el sufrimiento y la muerte de millones de personas. Si no se hubiera enviado el avión, Alemania habría perdido la guerra mucho antes.

Ella lo estrechó contra su pecho, sintiendo su pena.

–¿Crees que si podemos dar un salto hasta antes de lanzar el proyecto se impedirá que se envíe ayuda a Alemania? –preguntó Julius.

–No lo sé, creo que lo mejor será dejarlo y seguir con nuestras vidas –sugirió ella.

Decidieron pasar la noche juntos revisando las fotografías de la cámara para mañana a primera hora, subir los tres al barco para lanzar la cámara con sus fotos lo más lejos posible.

El mar convertiría Bifrost en el secreto mejor guardado.

-
- [1] SA: Sturmabteilung, Sección de Asalto. Milicia de choque del partido nazi.
- [2] NSDAP: Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterparte. Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes, partido que llevó a Adolf Hitler al poder.
- [3] CEO: Chief Executive Officer: Director Ejecutivo.
- [4] London Calling, The Clash.
- [5] *Münchener Beobachter*: Observador de Múnich.
- [6] DAP: *Deutsche Arbeiterparte*: Partido de los trabajadores alemanes.
- [7] ^{15}O : Oxígeno-15. Isótopo del oxígeno con siete neutrones en lugar de los ocho del ^{16}O , el isótopo estable más abundante. Su periodo de semidesintegración es de 122,24 segundos, lo que significa que pasado ese tiempo su radiactividad se reduce a la mitad al desintegrarse la mitad de sus átomos y transformarse en nitrógeno.
- [8] Campo escalar: Ordenación espacial de la distribución de una magnitud, en la que cada punto tiene un valor determinado de una magnitud escalar, que es aquella que puede expresarse por un valor.
- [9] Cada una de las partículas en la naturaleza le corresponde una antipartícula de iguales características pero distinta carga. Cuando una partícula y su antipartícula se encuentran, se aniquilan liberando energía.
- [10] Sauerkraut: Comida típica alemana a base de col fermentada en salmuera.
- [11] Untermenschen: Subhumanos.
- [12] NOTAM: Acrónimo del inglés NOTice To AirMen. Boletín estandarizado de información aeronáutica.
- [13] No Remorse. See you in Valhalla, 1989
- [14] Nivel de vuelo 310: Equivale a una altura de 31000 pies, o unos 9500 metros
- [15] Yield: Rendimiento. Usado para designar la potencia de un artefacto explosivo nuclear en equivalente de toneladas de TNT
- [16] Navegación inercial: Ayuda computerizada a la navegación que mediante el uso de sensores de movimiento puede calcular, por estima y partiendo de una posición conocida inicial, la posición, orientación y velocidad de un avión en movimiento.
- [17] Transponder: Dispositivo de comunicación electrónica entre el avión y una estación terrestre. Al ser interrogado por la estación terrestre emite una señal con sus datos de vuelo.
- [18] VOR: VHF Omnidirectional Radio Range. Radiofaro omnidireccional de muy alta frecuencia. Radioayuda fija en superficie para la navegación de aeronaves.
- [19] Ortodrómica: Dos puntos cualquiera A y B sobre la superficie terrestre junto con el centro de la Tierra definen un círculo máximo que divide el planeta en dos hemisferios idénticos. La ruta ortodrómica entre los puntos A y B es el segmento de arco de su círculo máximo menor de 180° que los separa, y es el camino más corto entre ellos por la superficie terrestre.
- [20] En la Segunda Guerra Mundial no hubo operaciones significativas en el periodo comprendido entre la declaración de guerra del Reino Unido y la conquista alemana del Benelux y Francia. Los periodistas franceses llamaron a este periodo la *drôle de guerre* o *guerra de broma*, mientras que los ingleses lo bautizaron como *Phoney War* o *guerra falsa*.
- [21] Prinz Albrecht Strasse. Antigua calle berlinesa donde se situaban los cuarteles generales de la *Gestapo*.
- [22] Jawohl, herr Hauptmann: A la orden, mi capitán.
- [23] Gasógeno: Caldera generadora de combustible gaseoso a partir de la combustión parcial de combustible sólido. En situaciones de carestía puede alimentar un motor de combustión interna por gasificación de residuos sólidos combustibles, pero su eficiencia energética es tan pobre que frecuentemente se acompañaba de una nodriza; un reservorio de gasolina para alimentar el motor cuando el gas generado era insuficiente.
- [24] Scheisse: En Alemán, mierda.
- [25] Línea Maginot: Línea fortificada de defensa construida por Francia a lo largo de su frontera con Alemania.
- [26] Espuma cuántica: Cualidad del espacio tiempo subatómico que, a distancias extremadamente pequeñas permite saltos energéticos suficientes como para romper el espacio tiempo liso, dándole un carácter que se ha dado por llamar *espumoso*.
- [27] Lebensraum: Espacio vital. Término geopolítico que designa el espacio necesitado por un estado para atender sus necesidades.
- [28] El 27 de Febrero de 1933 se produjo un incendio en el Reichstag que lo destruyó por completo. Se inició en varios

puntos a la vez y pronto se supuso que había sido intencionado. Se culpó de él a Marinus van der Lubbe, un comunista holandés. El hecho proporcionó a Hitler, ya canciller alemán, una excusa para declarar el estado de emergencia y obligar al todavía presidente Hindenburg a promulgar el conocido como *Decreto del Incendio del Reichstag* que abolía la mayoría de los derechos de los ciudadanos que la República de Weimar les había otorgado; como la libertad de expresión, de prensa, de asociación, de reunión y concedía al estado la potestad de disponer de las propiedades de cualquier ciudadano. El decreto se erigió como sustento legal para que el partido nazi destruyese brutalmente cualquier oposición.

[29] Schnapps: Aguardiente típico alemán.

[30] Bala Dum-dum: Tipo de munición consistente en una bala normal a la que se ha practicado un corte en cruz en la punta para facilitar la deformación de esta al romperse la envoltura al hacer blanco. De esta forma, su poder destructor queda multiplicado.

[31] Gröfaz: Grösster Feldherr Alles Zeiten. El más glorioso Caudillo de todos los tiempos. Alusión despectiva a Adolf Hitler.

[32] Radiación de fondo: Campo electromagnético de microondas que inunda el universo y que se supone generado en el *Big Bang*.

[33] Gekados: Abreviatura de Geheime Kommandosache. Asunto secreto reservado al mando. Alto secreto.

[34] Hadamar: Centro psiquiátrico situado en la ciudad homónima, cerca de Koblenz.

[35] Touchdown: Tanto del fútbol americano en la que un receptor captura un pase dentro de la zona de anotación.

[36] Plötzensee: Prisión política en las afueras de Berlín.

[37] Krupp AG: Importante empresa metalúrgica alemana, líder en fabricación de acero con fines militares.

[38] Nostromo: Nombre de una nave ficticia de carga interestelar en la que se desarrolla gran parte de la película *Alien, el octavo pasajero*, del director Ridley Scott.

[39] Daga de honor. Puñal ritual con hoja de acero de 22 centímetros que se otorgaba a todos los SS independientemente de su graduación. En la hoja estaba grabado el lema *Meine Ehre Heist Treue* (El Honor es Mi Lealtad)

[40] HaPerStab: Hauptamt Persönlicher Stab: Directorio de las SS cuya misión era la de coordinar proyectos y actividades personales del SS-reichs*Führer* Heinrich Himmler.

[41] Slivovitz. Licor de ciruelas.

[42] Radial. Cada uno de los rumbos que parten del radiofaro hacia afuera.

[43] Las tres antenas estaban separadas entre ellas cerca de 1.500 metros, con la antena principal flanqueada por dos secundarias. Entre las tres antenas se conseguía enviar una señal dividida en una serie de sectores en los que se escuchaba una señal morse diferente en cada una de ellas, de manera que al decodificar la señal recibida se sabía en qué radial del emisor se encontraba uno. La señal podía ser utilizada por cualquiera que tuviera un receptor.

Se construyeron antenas de este sistema por toda Europa.

Los manuales del sistema *Elektra Sonne* fueron capturados a bordo de un submarino alemán, de modo que ambos bandos lo usaron. Tanto fue así que fueron los ingleses los que aportaron piezas y recursos para la reparación de una avería en las antenas situadas en Galicia.

[44] Los tres hangares del aeropuerto de Lugo se construyeron tan sólidos que a día de hoy todavía existen. De los tres hangares originales del aeropuerto, uno se trasladó a Palma de Mallorca y otro a Cuatro Vientos. El primero hubo de ser demolido, pero el segundo todavía presta un excelente servicio en el aeropuerto madrileño. El tercer hangar puede ser visitado en el actual aeródromo de Rozas, y es base del Real Aeroclub de Lugo.

[45] Se cuenta que el aeropuerto de Giebelstadt fue descubierto cuando, comparando diversas fotos aéreas de la zona, un avezado aviador comprobó que las ovejas no se habían movido de su posición en meses.

[46] Paperclip: Nombre en clave de la operación llevada a cabo por el gobierno estadounidense para trasladar científicos alemanes tras el fin de la guerra, con el fin de incorporarlos a sus propios programas.

[47] Velocidad de escape: Velocidad con la que debe lanzarse un objeto para que libre la atracción gravitatoria de un planeta. En el caso de la Tierra, esta velocidad es de 11,2 Km/s; o de 40.320 Km/h

[48] La *Feldgendarmarie* era la unidad de policía militar alemana. Su principal distintivo era una gorguera metálica especial llamada *Ringkragen* que por parecer un collar canino les valía el apelativo de *perros de presa*.

[49] Bomba sucia: Artefacto explosivo cuya peligrosidad estriba en la dispersión de elementos radiactivos en la atmósfera.

[50] Oskar Dirlewanger: Oficial de las SS al mando de su propia unidad que operó en zonas de Ucrania y Polonia, nutrida por los criminales más execrables rescatados del cadalso y conocida por los extremadamente brutales métodos de lucha que usaba contra los partisanos. Estos no vacilaban en usar esos mismos métodos cuando capturaban a uno de sus miembros.

[51] Efecto Döppler: Cambio de la frecuencia de una onda producido por el movimiento de esta respecto al receptor. Produce una frecuencia más alta cuando el objeto se acerca y más baja al alejarse.

[52] Ciconiforme: Orden de aves dentro del cual se engloban las cigüeñas. Storch, el nombre del avión, significa cigüeña, en alemán.

[53] Alte Kämpfer: En alemán, Viejo combatiente. Se usaba para referirse a los primeros afiliados al partido nazi

[54] *Und ihr habt doch gesiegt*: Y sin embargo, triunfasteis. Junto a una imagen del Feldherrnhale, inscripción en el reverso de la medalla de la Orden de la Sangre; condecoración instituida por el partido nazi en memoria de los caídos en el *putsch* de 1932.

Consideraciones

Pese a catalogar este libro como ciencia ficción, no todo lo que en él se cuenta es invención del escritor.

Los personajes que componen la cúpula nazi son obviamente reales. Quisiera que Adolf Hitler hubiera sido ficticio, pero no; fue espantosamente real. También lo fue su ayudante Rudolf Hess, y bien cierto es que acabó sus días en la prisión de Spandau y que realizó el viaje a Inglaterra que Hitler le encarga en la novela; pero los motivos que en esta se esgrimen son ficticios. De hecho ni siquiera se sabe si fue idea de Hitler o del propio Hess. A día de hoy tan solo hay conjeturas más o menos consistentes sobre el propósito real de su viaje. Esta novela tan solo se hace eco de una de ellas, aunque uno nunca sabe.

También fue muy real Albert Speer, y no menos cierto que fue el único mandatario nazi que esquivó la horca en los juicios de Núremberg que concluyeron en el 1946 tras casi un año de proceso. También es histórico que en ellos aceptó siempre su responsabilidad y que jamás eludió su culpa, lo que de alguna manera descolocó a alguno de los jueces de tal manera que, rota la unanimidad que condenó al resto de grandes dignatarios, le hizo esquivar la pena capital para serle conmutada por una condena de veinte años en prisión que cumplió íntegra. En este caso, que alguien le adelantase personalmente la brillante estrategia judicial que le llevaría a librarse de la horca es, naturalmente, ficticio; aunque uno nunca sabe.

Casi todos los personajes alemanes son reales. Real fue Hermann Goering y la irregular relación con el resto de gerifaltes nazis que se describe en la novela. Los detalles sobre la vida en la Cancillería son tan realistas como se ha podido construir de acuerdo con la mucha bibliografía que sobre este particular existe, como por ejemplo la propia autobiografía de Albert Speer.

Sobre las visitas que recibe Zach, Anselm Franz fue en efecto ingeniero de la Junkers y su genial desarrollo del motor a reacción cambió para siempre el mundo de la aviación. No es cierto que fuera perseguido por sus ideas; aunque sí que hubo gente que, como él en la novela, no tuvo más remedio que comulgar con ruedas de molino para poder disfrutar de una posición cómoda en la estructura del Reich. Tampoco es cierto que alguien le ayudase a crear el primer motor a reacción operacional de la historia tras aplicar una serie de astutas soluciones a los muchos problemas que presentaba el diseño inicial, aunque uno nunca sabe.

Igual de auténtico es el personaje de Werner von Braun, e igual de relevante es su papel en la historia, puesto que fue el padre de la exploración espacial actual. Es un hecho histórico que su equipo ostentase el dudoso honor de diseñar la V-2, el primer misil balístico de la historia capaz de llevar una tonelada de explosivo a más de 300 km. de distancia; pero a su favor tuvo el hecho de diseñar y construir el Saturno V, el enorme cohete que habría de llevar a Neil Armstrong a la

Luna para dar un pequeño salto que supusiera un hito gigante para la humanidad entera. Se le supone un genio en ingeniería espacial y no se tiene constancia de que sus revolucionarias ideas le fueran transmitidas por nadie, pero uno nunca sabe.

También existió Robert Lussar y su implicación en el diseño de la bomba V-1 que fabricó la Fieseler. Este misil guiado tuvo en realidad un innovador sistema de guiado inercial y, aunque todo el mundo está de acuerdo en que fue invención del propio Lussar, uno nunca sabe.

Mención especial merecen los hermanos Walter y Reimar Horten. Pese a que no tenían formación aeronáutica o ingenieril, entre sus logros está el proyecto de los aviones de diseño más avanzado del final de la Segunda Guerra Mundial: los complicados aviones en configuración de ala volante, sin deriva, que tantos quebraderos de cabeza han dado a tantos ingenieros aeronáuticos. De ellos, el máximo exponente es el actual Northrop B2, protagonista de esta novela. Los hermanos Horten llegaron a construir un avión operativo, el Horten Ho 229V3 que era una auténtica revolución en la aeronáutica militar. Afortunadamente, llegó tan tarde que no tuvo repercusión alguna en el desenlace de la guerra, pero no deja de ser una maravilla de la técnica que se adelantó tanto a la época en la que fue diseñado que se descubrió que la única unidad que pudo capturar el ejército americano para su estudio tenía capacidad real de absorción de ondas de radar. Estaba muy por delante de la tecnología que con su diseño pretendía inhibir. Su firma radar era ínfima, como los actuales aviones militares con ultramoderna tecnología stealth. El Northrop B2, estandarte de la disuasión estratégica americana, es un digno sucesor de sus revolucionarias ideas y hoy en día se admite que el diseño del Northrop está completamente basado en el Horten; aunque, una vez más, uno nunca sabe.

La sociedad Thule existió y sus objetivos e historia son tal y como se describe en la novela. A día de hoy no existe, aunque uno nunca sabe.

Es igual de real el aeropuerto de Lugo y su fascinante historia.

Es ficticia, por el contrario, la tecnología que posibilita los viajes en el tiempo, así como el bosón de Löwe. Pero el de Higgs se supone real, y ya se ha manifestado que de existir y de poder anular su efecto, nos veríamos liberados de la tiranía de la masa. Para bien o para mal.

Es igual de ficticio todo el periplo del avión por la España de postguerra y por la Alemania nazi, pero no lo son los lugares por los que transita, incluyendo la base de Giebelstadt y sus ovejas pintadas en la pista.

También lo son el resto de personajes.

Es, en resumen, ficticia toda la trama, pero lo que es muy real es el gigantesco aumento cualitativo tecnológico alemán en la Segunda Guerra Mundial. Escoja el lector una tecnología que considere propia y definitoria de la tecnología del siglo XXI y con toda seguridad, la elección habrá sido desarrollada en la Alemania nazi: televisores, ordenadores, aviones, electricidad, teléfonos, viajes al espacio, autopistas, codificación de señales, transporte por superficie, física nuclear... Incluso hay quien cree que semejante salto tecnológico solo fue posible con ayuda extraterrestre. No es de esa creencia un servidor, así como tampoco pretende que se crea que alguien cruzó el

espacio tiempo para llevar a los nazis la más puntera tecnología actual; pero uno nunca sabe.

Esta novela tiene una banda sonora. Se puede encontrar en:

<https://nuellmartin.bandcamp.com/album/operation-bifrost>

Acerca del autor

Nuell Martin

Nuell Martin es un escritor que realiza una aproximación única e inspiradora a sus novelas. Su formación científica como bioquímico, su creatividad y su facilidad para examinar la realidad bajo un prisma diferente le permiten abordar cuestiones hasta ahora no planteadas y llevar a sus lectores a enfocar la realidad bajo una luz completamente diferente.

Ávido lector desde edad temprana, su inquietud creativa le ha llevado a explorar otras vertientes artísticas como la pintura, escultura y composición musical. De hecho, su música sigue el mismo carácter descriptivo que sus novelas, llevando ingeniosamente a sus oyentes hacia el desenlace de sus historias. Numerosos seguidores le han animado a plasmar en novela su discografía; y Operación Bifrost es la primera de ellas.

En ellas, Nuell Martin promete no dejar a nadie indiferente abriendo nuevos horizontes en el mundo que conocemos, sugiriendo innovadoras propuestas y dando atrevidas interpretaciones sobre hechos que han estado siempre ante nuestros ojos, pero que quizás no hemos sabido ver. Desde el principio hasta el final de sus obras, sus lectores adquirirán nuevas perspectivas sobre historias conocidas que muy bien podrían haber ocurrido, permitiendo enfocar el mundo con un sorprendente matiz.